

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO
Y DE LA REFORMA,
DESDE LA ELECCIÓN DE LEÓN X
HASTA LA MUERTE DE CLEMENTE VII

POR

Ludovico Pastor


VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

R. P. Ramón Ruiz Amado

de la Compañía de Jesús

Volumen IX

(ADRIANO VI Y CLEMENTE VII) 
(1522-1534)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE UNIVERSIDAD, 45
MCMXI

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS,

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL É IMPERIAL,
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo IV

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO
Y DE LA REFORMA, DESDE LA ELECCIÓN DE LEÓN X
HASTA LA MUERTE DE CLEMENTE VII
(LEÓN X, ADRIANO VI, CLEMENTE VII)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR

CALLE UNIVERSIDAD, 45

MCMXI

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 8 de Abril de 1910.

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
SCRIB. CANC.

LIBRO SEGUNDO

**Adriano VI, último Papa alemán
(1522 - 1523)**

en Nuremberg, en el cual, después de mencionar los trabajos en orden á la paz, promovidos por él con gran celo, en atención al peligro con que los turcos amenazaban, trataba Adriano VI, de propósito, de las turbaciones de Alemania. Autor de ellas era Lutero, el cual se había hecho culpable de que el Papa no pudiese ya designarle con el nombre de hijo. Sin cuidarse de la bula pontificia que le había condenado, ni del edicto de Worms, continuaba aquel heresiarca turbando los ánimos y corrompiendo las costumbres en los países alemanes y limítrofes, por medio de sus escritos llenos de errores, herejías, injurias y espíritu revolucionario. Todavía era peor tener Lutero partidarios y fautores entre los príncipes, de suerte que ya se atentaba contra los bienes de los eclesiásticos (y esto era, por ventura, la principal ocasión de aquellos tumultos), y contra la autoridad eclesiástica y secular, y se había llegado á encender la guerra civil. De tal suerte, en los tiempos más difíciles que podían imaginarse, por causa de los ataques de los turcos, había estallado la discordia y la rebelión «en nuestra, por otra parte tan constante, nación alemana». El Papa recuerda de qué manera, siendo él todavía cardenal y hallándose en España, había oído con profundo dolor las turbulencias suscitadas en su patria alemana; entonces se había consolado con la esperanza de que no durarían ni se tolerarían por mucho tiempo, principalmente atendiendo á que en Alemania se habían levantado en todas épocas señalados impugnadores de las herejías. Pero como aquel árbol dañino, por ventura para castigo de los pecados del pueblo, ó por la negligencia de aquellos que deberían haberlo cercenado, comenzaba á extender sus ramas extraordinariamente, debían los príncipes y pueblos alemanes tener mucha solicitud, para que no se los considerara como fautores de aquella calamidad, si la contemplaban inactivos. «No podemos admitir, porque nos parece enteramente increíble, que una tan grande y poderosa Nación se deje arrastrar por un frailecillo, apóstata de la católica fe que durante muchos años había él mismo predicado, y apartar del camino que nos señaló el Salvador con sus santos Apóstoles, que sellaron con su sangre tantos mártires, y por donde anduvieron tantos varones sabios y piadosos, vuestros progenitores; como si sólo Lutero fuera sabio y poseyera el Espíritu Santo; como si la Iglesia, á la que Cristo ha prometido su asistencia hasta el fin de

todos los tiempos, hubiera andado en las sombras de la insensatez y en los extravíos de la corrupción, hasta que ha venido á alumbrarla la nueva luz de Lutero.»

Los Estados debían meditar, de qué suerte las nuevas doctrinas destruían toda obediencia, dando á cada cual permiso para hacer todo cuanto le viniere en deseo. «¿Serán obedientes á las leyes del Imperio, prosigue Adriano, los que no sólo desprecian las leyes eclesiásticas y los decretos de los Padres y de los Concilios, sino se atreven á hacerlos pedazos y quemarlos públicamente? Os conjuramos, pues, que dejéis todas las mutuas discordias y os esforcéis solamente por extinguir este incendio, procurando por todas maneras que vuelvan al recto camino Lutero y todos los demás causantes de los errores y turbulencias; lo cual, si felizmente sucediera, sería para nosotros lo preferible y más agradable. Pero si, lo que Dios no permita, se negaren á obedecer, será necesario emplear la vara de la severidad y del castigo, conforme á las leyes del Imperio y á las nuevas resoluciones acordadas. Dios sabe cuán de buena gana perdonamos; pero si se llegare á demostrar que el daño ha producido ya tan honda corrupción, que no puede sanarse con medios blandos, entonces es menester preservar de la enfermedad, por medio del rigor, la parte que todavía queda sana» (1).

(1) El mejor traslado del breve se halla en las *Reichstagsakten*, III, 399 s.; cf. también Redlich, 97 a. Este solo documento es suficiente para probar la falsedad de la afirmación de Gregorovius, VIII^o, 403, de que Adriano quiso «conciliar la contienda luterana por medio de un acomodamiento de los dogmas». Además de este breve general, expidieronse también, á fines de Noviembre de 1522, cartas del Papa á los príncipes y ciudades principales. Algunas de las mismas son únicamente credenciales para Chiericati; otras, como las dirigidas á Bamberg, Estrasburgo, Espira y Constanza, contienen una exhortación á que prohiban la impresión y venta de los escritos de Lutero; v. Walch, XV, 2562 s.; Virck, *Korrespondenz Strassburgs*, I, 77; Remling, Speier, II, 247 s., y especialmente *Reichstagsakten*, III, 404 s.; en este último lugar está también el breve al elector Alberto de Maguncia de 28 de Noviembre (v. más abajo) y el dirigido al elector Federico de Sajonia de 1 de Diciembre de 1522, en el cual Adriano le amonesta, que según su promesa hecha anteriormente al cardenal Cayetano, no proteja por más tiempo á Lutero, después que éste ha ya sido condenado por las autoridades eclesiásticas y seculares, sino que proceda contra él y sus secuaces. Esta copia impresa se le ha pasado inadvertida á Kalkoff; éste trae (*Forschungen*, 208 s.; cf. 85, 158 ss.) un texto divergente en pormenores, según el Cod. Vat., 3917. El breve á Federico, que comienza con las palabras *Satis et plus quam satis*, muchas veces reimpresso y muy extendido en manuscritos (hállase también en la biblioteca teodosiana de Paderborn, Lib. var., X, p. 130 s.), lo ha tenido por auténtico el mismo Raynald, 1522, n. 73; sin

Además de este breve, leyó Chieregati una Instrucción, redactada al mismo tiempo que él, y exigió luego la ejecución del edicto de Worms, así como el castigo de cuatro predicadores que esparcían herejías en el púlpito de las iglesias de Nuremberg (1).

La Instrucción, que comunicó Chieregati á los Estados, es de extraordinaria importancia para conocer los designios reformativos de Adriano VI, y el modo cómo juzgaba la situación presente (2). Este documento, que puede considerarse como único en su clase en la historia del Pontificado, explana más, en primer lugar, las razones ya desarrolladas en el breve, las cuales debían mover á los alemanes á proceder contra la herejía de Lutero. Además de la honra de Dios y del amor del prójimo, debían también tener presente la gloria de su tradicional fidelidad á la Iglesia, y el haber sido considerados hasta entonces como la nación por excelencia cristiana; y por el contrario, la afrenta que Lutero infería á sus antepasados, acusándolos de haber profesado una religión falsa y condenándolos al infierno. Además, debían considerar los peligros que estas doctrinas, bajo apariencias de evangélica libertad, traían consigo para la obediencia á cualquiera potestad superior, los escándalos é inquietudes que ya habían producido, el quebrantamiento de los santos votos que, contra la doctrina del Apóstol, se recomendaba; en lo cual había precedido Lutero peor todavía que Mahoma. Todo esto justificaba que Chieregati exigiera la ejecución de la sentencia

embargo de eso, es una falsificación; v. Kolde en los *Kirchengeschichtl. Studien*, 202-227. Sobre el breve peculiar al archiduque Fernando, v. *Reichstagsakten*, III, 404, nota, donde hay que añadir una remisión á Balan, Mon. ref. 297 s. El 18 de Diciembre de 1522, escribió Adriano á Hildesheim por causa de las contiendas del cabildo de esta ciudad; el breve se halla impreso en Lauenstein, *Hist. ep. Hildesh.*, I, 40.

(1) V. la relación de Planitz de 4 de Enero, edición de Wülcker y Virck, 307 s.; *Reichstagsakten*, III, 385; Redlich, 103 s. Los manejos de dichos predicadores despertaron en Roma inquietudes muy particulares sobre los progresos de la herejía; cf. la carta de V. Albergati, fechada en Roma á 12 de Enero de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Sobre los manuscritos é impresiones de la Instrucción, v. *Reichstagsakten*, III, 391 s., donde se reproduce también el impreso con mucha exactitud. El pasaje sobre la peste (v. abajo p. 109) indica con seguridad, que dicha Instrucción se compuso á fines de Noviembre; cf. p. 73 s. Tizio (*Hist. Senen. Cod. G. II*, 39, l. 179. *Biblioteca Chigi de Roma*) traslada la instrucción al 25 de Noviembre de 1522, lo cual podría ser verdad.

imperial y pontificia; aunque, al propio tiempo, no debía, sin embargo, negar el perdón á los pecadores arrepentidos.

La Instrucción refuta de la manera más cumplida la objeción, que seguía repitiéndose por todas partes, de que Lutero había sido condenado sin oírsele y sin convencersele suficientemente. Era menester dar fe á la autoridad divina, y no á los argumentos humanos; pues dice San Ambrosio: «¡Quitad allá los argumentos, donde buscamos la fe: creemos á los pescadores, no á los dialécticos!» Sólo podía tener lugar la discusión en lo referente al hecho de si Lutero había ó no hablado, predicado y escrito tales ó cuales cosas; pero el mismo derecho divino y la doctrina de los sacramentos, se demuestran como incommovibles verdades por la autoridad de los Santos y de la Iglesia. Casi todas las cosas en que Lutero se extravia, han sido ya condenadas por varios concilios, y no es menester poner de nuevo á discusión lo que los Concilios ecuménicos y la Iglesia universal han aprobado y establecido como proposiciones de fe. «Pues, ¿qué cosa pudiera tenerse por firme entre los hombres, ó cuándo se acabarían las disputas y litigios si se concediera á cualquiera hombre presuntuoso ó perverso, libertad para separarse de lo que se ha declarado firme y santo, no por sentencia de algún hombre particular ó de pocos, sino por la opinión concorde de tantos siglos y de tantos de los más sabios varones que vivieron, y por las resoluciones de la Iglesia, la cual es infalible en materia de fe? Mas como ahora Lutero y los suyos condenan los concilios de los santos Padres, destruyen las santas leyes y ordenaciones, lo confunden todo á su arbitrio é introducen la perturbación en todo el mundo; es manifiesto (si se obstinan en su manera de proceder), que como enemigos y perturbadores de la paz pública, deben ser oprimidos por todos los amigos y defensores de esta paz.»

En la última y más notable parte de la Instrucción, discute Adriano, con gran libertad de espíritu, las razones que los novadores, para legitimar su apostasía de la Iglesia, pretenden sacar de la corrupción del clero; y trata de esta misma corrupción. «Debes decir también, se advierte expresamente á Chierigati, que Nos reconocemos libremente, haber permitido Dios que aconteciera esta persecución de su Iglesia, por los pecados de los hombres, y especialmente de los sacerdotes y prelados; pues, ciertamente, no está abreviada la mano del Señor, de suerte que

no pueda salvarnos; pero los pecados nos apartan de Él de manera, que no escucha nuestras súplicas. La Sagrada Escritura anuncia claramente que los pecados del pueblo tienen su origen en los pecados de los sacerdotes; y por esto, como hace observar el Crisóstomo, nuestro Divino Salvador, cuando quiso purificar la enferma ciudad de Jerusalén, se dirigió primero al Templo, para reprender ante todo los pecados de los sacerdotes, imitando al buen médico que cura la enfermedad en su raíz. Sabemos bien que, aun en esta Santa Sede, vienen ocurriendo desde hace ya algunos años, muchas cosas dignas de reprensión; que se ha abusado de las cosas eclesiásticas, quebrantado los preceptos, y se ha llegado á pervertirlo todo. Así, no hay que maravillarse de que la enfermedad se haya propagado desde la cabeza á los miembros, desde el Papa á los prelados.

»Nosotros todos, prelados y eclesiásticos, nos hemos apartado del camino derecho, y hace ya mucho tiempo que no ha habido uno que practicara el bien. Por esta razón debemos todos glorificar á Dios, y humillarnos en su presencia; cada uno de nosotros debe considerar por qué ha caído, y juzgarse á sí mismo, mejor que esperar ser juzgado por Dios en el día de su ira. Por esto debes tú prometer en nuestro nombre, que estamos resueltos á emplear toda diligencia para que, en primer lugar, se reforme la Corte romana, de la cual han tomado por ventura su origen todos estos daños; y así sucederá luego, que, como por aquí empezó la enfermedad, comience también por aquí la salud. Nosotros nos consideramos tanto más obligados á llevar esto al cabo, por cuanto todo el mundo apetece semejante reforma. No hemos procurado nuestra dignidad pontificia, y de mejor gana hubiéramos terminado nuestros días en la soledad de la vida privada; de buena gana hubiéramos rehusado la tiara, y sólo el temor de Dios, la legitimidad de la elección, y el peligro de un cisma, nos determinaron á aceptar el supremo oficio pastoral. Por tanto, queremos ejercerlo, no por ambición de mando, ni para enriquecer á nuestros parientes, sino para restituir á la Santa Iglesia, Esposa de Dios, su antigua hermosura, prestar auxilio á los oprimidos, elevar á los varones sabios y virtuosos, y generalmente, hacer todo aquello que pertenece á un buen pastor y verdadero sucesor de San Pedro.

«Sin embargo, ninguno se debe maravillar de que no corri-

jamos todos los abusos de un solo golpe; pues las enfermedades están profundamente arraigadas y son múltiples; hay que proceder, por consiguiente, paso á paso, y oponerse al principio con oportunos remedios á los daños más graves y peligrosos, para no perturbarlo más aún todo con una precipitada reforma de todas las cosas. Con razón dice Aristóteles, que toda súbita mudanza es muy peligrosa para una comunidad.»

En algunas adiciones que se agregaron á esta Instrucción, por efecto de las relaciones de Chieregati, prometió todavía Adriano que, en lo futuro, no se cometería ninguna otra transgresión del concordato ajustado; y respecto á los procesos que se hallaban en la Rota, y se solicitaba fueran de nuevo remitidos á Alemania, ofreció que, en cuanto hubieran regresado á Roma los auditores, los cuales habían huido por causa de la peste, concedería todo aquello que fuese compatible con el honor de la Santa Sede. Por su parte, aguardaba ansiosamente que se le propusiera por qué medios se podrían impedir mejor los progresos de los novadores luteranos, y deseaba que se le indicaran los nombres de alemanes eruditos, piadosos é indigentes, para otorgarles los cargos eclesiásticos; pues ninguna cosa había sido tan perjudicial para la salud de las almas, como la concesión de beneficios á personas indignas.

La inaudita claridad con que se expresaba Adriano VI en esta instrucción, acerca de los abusos por tanto tiempo dominantes en Roma; y la comunicación de la misma á los Estados alemanes, la cual es cierto que no se hizo contra la voluntad del Papa, han sido frecuentemente reprendidas como un paso imprudente; y aun se ha llegado á pretender hallar falsa y exagerada aquella misma confesión de los defectos (1). Que sea exagerada,

(1) Pallavicini, II, 7, ha recogido las diversas objeciones contra el contenido de la Instrucción y la manera de publicarla, aunque por lo demás, de una manera atenta y templada (cf. Wensing, 223). Reumont (*Allgem. Zeitung*, 1890, Beil., n. 149) advierte sobre esto lo siguiente: «El juicio sobre la oportunidad de la Instrucción enviada á Nuremberg para el nuncio Chieregati puede ser diverso; mas la pública confesión de las faltas y pecados, hecha en el lugar de donde había de salir la corrección, tenía algo de grandioso, y la reforma eclesiástica efectuada por el Tridentino ha dado la razón á Adriano. Si el feliz éxito, á lo menos por entonces, no correspondió al noble intento; si la oposición, rechazando la mano que se le ofrecía, no quiso ni verdadera ni equitativa paz, y de una franca confesión sólo sacó utilidad para sus fines propios; si mezcló con los negocios eclesiásticos lo que era á ellos ajeno, y propuso medios, que

no puede, ciertamente, decirse: la corrupción era en Roma indudablemente tan grande como Adriano la describía; y que el noble Papa, entusiasta de la reforma, descubriera las llagas con heroico ardimiento, era necesario si había de obtenerse la curación.

Si se considera la Instrucción en su conjunto, reconócese que el Papa no se apartó en lo más mínimo del punto de vista rigurosamente eclesiástico; pues distingue clara y determinada-mente los elementos divino y humano de la Iglesia. La autoridad de la Iglesia se funda solamente en Dios, y en cosas de fe goza de infalibilidad; pero sus miembros están expuestos á la humana corrupción, y ninguno de ellos, ya sea bueno ó malo, debe avergonzarse de confesar sus culpas en presencia de Dios; confesión que todo sacerdote, aun el más santo, tiene que hacer en las gradas del altar antes de llegarse á ofrecer el santo Sacrificio de la Misa. Semejante confesión hizo Adriano VI, en su calidad de sacerdote sumo, de una manera solemne y resuelta, delante de todo el mundo, como expiación por los pecados de sus predecesores, y como promesa de un porvenir mejor. Firmemente convencido de la divinidad de la Iglesia, no temió lo más mínimo, y por esto mismo habló libremente, aunque lleno de dolor, de los abusos y escándalos que se hallaban públicamente expuestos á los ojos de todos, afeando su exterior aspecto (1).

Pero ¿qué hay que decir respecto del reproche de imprudencia

dado el rumbo que habían tomado las cosas, y la rebeldía á la autoridad eclesiástica, habían de ser infructuosos,—¿quién puede hacer de ello responsable al Papa; el cual, desde su advenimiento, en todos sus actos y manifestaciones, así eclesiásticas como políticas, puso por delante la paz de la cristiandad, y en pago se vió hecho blanco de los más ofensivos immoderados acometimientos por escrito, y de intrusiones manifiestamente injustas de los príncipes en la constitución de la Iglesia? Un acuerdo y adunación con el papado reformador hubiese podido salvar á Alemania del horrible trastorno que se produjo en la lucha de la nobleza contra el principado, y en la guerra de los campesinos, todo en nombre del Evangelio y del derecho divino,—trastorno, cuyo resultado final, tras de horrores sangrientos, ha sido la peor de las ordenaciones eclesiásticas, el papismo cesáreo, de cuyo error todavía adolece la Iglesia evangélica, á causa de su origen; la cual aun después de la remoción de los grandes daños é inconvenientes que de ahí se originan, y de los esforzados conatos por asegurar su constitución, está siempre expuesta al peligro ó de caer en poder del Estado ó de la anarquía. Pero los oradores de la oposición ya no pensaban ni intentaban, ni quizá tampoco podían siquiera juntarse con el papado, que tenía en proyecto la más vasta y extensa reforma.

(1) Cf. Bucholtz, II, 17 ss., y Wensing, 249 s.

que se ha dirigido contra aquella Instrucción: ¿Era realmente aquella confesión explícita de la corrupción romana, hecha por el Papa, impremeditada confirmación de lo mismo que constituía una de las más terribles armas de los adversarios? Muchos hombres de ideas rigurosamente católicas lo han creído así; pero, en realidad, este modo estrecho de concebir las cosas, es injustificado; y Adriano tuvo razón en pensar más altamente acerca de la Iglesia; también era él demasiado esclarecido teólogo para temer, de la confesión de una culpa real, el perjuicio de los verdaderos intereses eclesiásticos. No es la confesión de los pecados lo que deshonra, sino los pecados mismos.

Con sinceridad genuinamente germánica, y rectitud de corazón que los romanos no supieron apreciar, y lleno de magnanimidad y honradez, se había dirigido Adriano VI á su amada y noble Nación, confesando con libertad de espíritu los daños, prometiendo extensas reformas y exhortando á la conservación de la unidad eclesiástica y del orden legal. «A ella tocaba responderle con semejante nobleza de sentimientos; y si en esta coyuntura no hallaba el verdadero tono, quedaba irrevocablemente perdida la esperanza de una reconciliación; el abismo se hacía cada día mayor, y no había poder ninguno en la tierra capaz de colmarlo» (1).

Si se hubiera procedido conforme á la voluntad del Archiduque Fernando y del Príncipe elector Joaquín de Brandeburgo, hubiérase cumplido el deseo del Papa de que se pusiera en ejecución el edicto de Worms; pero no pudieron llevar al cabo su propósito. El representante del Príncipe elector de Sajonia, Hans von der Planitz, hombre práctico y astuto, y totalmente entregado á las nuevas doctrinas, supo diferir el negocio; y la mayoría resolvió por de pronto no dar ninguna respuesta definitiva, sino remitirlo todo á una comisión que deliberara sobre ello. A la presión que sobre ésta ejercería la efervescencia reinante en el Imperio, se agregó todavía un iracundo motín, hábilmente puesto en escena por el partido de los novadores, por haber pedido Chierigati que se procediera contra cuatro predicadores luteranos en Nuremberg. El Consejo de la Ciudad resolvió ya á 5 de Enero de 1523, estorbarlo, en caso de necesidad, con la fuerza; y como, á pesar de esto, persistiera Chierigati en sus requerimientos, se

(1) Höfler, 275.

remitió también este negocio á la Comisión (1). El representante del Papa se vió muy pronto expuesto á injurias y amenazas y á violencias de tal naturaleza, que apenas podía atreverse ya á dejarse ver en las calles (2).

Por su parte, los predicadores se mostraron todavía más impetuosos: «Aun cuando el Papa, decía uno de ellos desde el púlpito, en la iglesia de San Lorenzo, tuviera sobre la cabeza además de sus tres coronas todavía otra cuarta, no podría apartarme de predicar la palabra de Dios» (3). Esta disposición de los ánimos en la ciudad, así como la amenazadora situación en el Imperio, ejercieron desde el principio una presión poderosa sobre las negociaciones; y el resultado de ellas (4) no satisfizo á ninguno de los dos partidos; pues los novadores no habian en manera alguna obtenido una perfecta victoria, pero los católicos y el Papa no habian conseguido tampoco lo que para ellos tenía más importancia: la ejecución del edicto de Worms (5). Esta ejecución se tuvo por imposible, atendidas las circunstancias de la época, y al propio tiempo se reclamó de la Curia, en una forma injuriosa y provocativa, la supresión de los gravámenes de la Nación alemana (6), y la convocación de un libre Concilio cristiano en territorio alemán; hasta tanto no debía ser aprobado ni recibido por la Iglesia cristiana, «otra cosa que el Santo Evangelio según la exposición de los Libros sagrados, ni debía imprimirse ó ponerse á la venta ninguna cosa nueva, á no ser que estuviera revisada y permitida de antemano por personas doctas que para este efecto deberían especialmente designarse» (7).

El poco satisfactorio resultado de la Dieta sería inexplicable, atendida la preponderancia decisiva que tenían en ella los ecle-

(1) Redlich, 106 s. Reichstagsakten, III, 386. Janssen-Pastor, II^a, 290 s.

(2) Relación de Chieregati de 10 de Enero de 1523, publicada por Morsolin, 111 s.; cf. Sanuto, XXXIII, 599.

(3) Ranke, Deutsche Geschichte, II^a, 38.

(4) Redlich, 114 s. Reichstagsakten, III, 387. Janssen-Pastor, II^a, 293 s.

(5) Cf. Baumgarten, II, 234 s., 247 s.; Höfler, 284 s.; Hefele-Hergenröther, IX, 308; Histor. Zeitschr., LX, 110-111.

(6) Para eludir el ofrecimiento de la misma, se partió Chieregati de Nuremberg el 16 de Febrero de 1523; v. Planitz' Berichte, 383; cf. Reichstagsakten, III, 645 s., y Ehses en la Römischen Quartalschr., 1904, 373, Anm. Sobre los consejos que dió Eck respecto de los gravámenes, v. la memoria de Götz, número 18. citada arriba p. 89.

(7) Reichstagsakten, III, 447 s. Sobre la significación de la demanda del concilio, cf. las excelentes observaciones de Ehses, Conc. IV, xvi s.

siáticos, si todos éstos hubieran cumplido con su deber; pero fueron demasiados los prelados á quienes faltó el ánimo y la buena voluntad. En la peligrosa situación interior del Imperio, en el cual podía preverse que estallaría una revolución, muchos prelados, como escribe Planitz, temían por su pellejo. Sin el resuelto proceder del Nuncio, ni siquiera se hubiese llegado á tratar de la cuestión religiosa (1). A la vacilación de los ánimos de los prelados se agregó su aseglaramiento; pues, sin atender á lo apurado de la época, pensaban más en placeres mundanos, en banquetes y danzas, que en las negociaciones de la Dieta (2). La gravedad del Nuncio les era incómoda, y todavía más el proceder del Papa, que confesaba libremente las culpas de todos, y conocía harto bien la tibieza de los príncipes eclesiásticos de Alemania (3). La esperanza de Adriano, de que los prelados alemanes entrarían en sí y golpearían entonces con arrepentimiento sus pechos pecadores, resultó fallida. Muy lejos de conceder á la declaración del Papa alguna manera de aplauso, los prelados mundanos se sintieron ofendidos y se enojaron por ella. Así que, el celo, ya de suyo escaso, por cooperar á la realización de los deseos de Adriano, vino muy pronto á reducirse á nada; á lo cual se agregaba que, aun los consejeros que estaban al lado de los príncipes seculares católicos, tenían en su mayor parte ideas enteramente luteranas (4).

Los novadores, hábilmente dirigidos por Planitz y Juan de Schwarzenberg, observaron al principio un prudente silencio respecto á la magnánima libertad de espíritu del Papa, para poner luego en primer término el requerimiento de que se castigara á los predicantes y arrojarle con este pretexto sobre el Nuncio. Hasta un hombre de tan exquisita cultura como Melanchthon, no se avergonzó de pintar al Nuncio como si no fuera más que un fanfarrón (5). Todavía fué peor lo que permitieron Melanchthon y Lutero respecto de Adriano VI; en la primavera de 1523 publicaron un indecente libelo, en el cual interpretaban un monstruo,

(1) Redlich, 147.

(2) Cf. la relación de Chieregati de 28 de Noviembre de 1522, publicada por Morsolin, Chieregati, 108.

(3) Cf. el breve al elector Alberto de Maguncia, de 28 de Noviembre de 1522, en las Reichstagsakten, III, 406 ss.

(4) Cf. Redlich, 104 s., 148; Baumgarten, II, 234, 244.

(5) Cf. Corp. Ref., I, 605 s.

hallado en Roma en la época de Alejandro VI, como símbolo del más severo de los papas y el de más puras costumbres, que desde mucho tiempo se hubiera sentado en la Silla de San Pedro (1). Lutero no creyó que valía la pena ni siquiera de ocuparse detenidamente de las buenas intenciones de Adriano (2); en el Papa no veía otra cosa sino el Anticristo: «toda la injusticia y barbarie de su polémica» (3) se descubre en sus insultos contra «la necesidad é ignorancia» que tenía la osadía de atribuir á un varón semejante. «El Papa, escribe, es un *magister noster* de Lovaina; en aquella Escuela superior se corona á semejantes asnos»; por su boca habla Satanás (4).

De esta manera mostraron claramente Lutero y sus correligionarios, que no se proponían en manera alguna suprimir los abusos que hubiera en la Iglesia, sino destruir la misma Iglesia desde sus cimientos. Sin cuidarse de los acuerdos de Nuremberg, continuaban su agitación político-religiosa; á 28 de Marzo de 1523 envió Lutero un requerimiento á los Caballeros de la Orden Teutónica para que quebrantaran sus votos, tomaran mujeres y se repartieran entre sí los bienes de la Orden; y siguió insultando al noble Papa alemán, como desalumbrado tirano, hipócrita, y aun como especial servidor de Satanás (5).

Sirvió á Lutero de ocasión para esto, la canonización decretada por Adriano, á 31 de Mayo de 1523, del obispo Benón de Meissen. El mismo día se concedió el honor de los altares al arzobispo de Florencia San Antonino; pero Adriano VI suprimió los gastos desmedidos que hasta entonces habían solido hacerse en semejantes solemnidades (6). Con estas canonizaciones se debían

(1) Lange, *Der Papstesel* (Göttingen, 1891), 82 s., 86.

(2) Juicio de Redlich, 146.

(3) Así se expresa Harnack, *Dogmengesch.*, III^a, 733, sobre la forma de discutir que usó Lutero.

(4) V. Walch, XV, 2658 s.; de Wette, II, 351 s.; Höfler, 297 s., 299 s. Cf. Janssen, *An meine Kritiker* (1891) 74 s.

(5) V. los documentos en Janssen-Pastor, II^a, 298 s. Cf. *Mitteil. für Gesch. von Meissen*, II, 130 y Lemmens, *Alfeld* (Freiburg, 1899), 67 s.

(6) V. Raynald, 1523, n. 89-101; Bull. V, 15 s. Cf. *Acta consist. de 29 de Mayo de 1523 (*Archivo consistorial del Vaticano*); Sanuto, XXXIV, 244; Corp. dipl. Port., II, 170; Lett. d. princ., I, 115 s.; el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*; Ortiz en Burmann, 210 s.; las *cartas de V. Albergati de 13 y 18 de Mayo de 1523, que se hallan en el *Archivo público de Bolonia*; la *carta de L. Cati de 6 de Junio de 1523, existente en el *Archivo público de Módena*; Landucci, 366; *Mitteil. für Gesch. von Meissen*, II, 127 s.;

poner á los ojos de los aseglarados obispos, brillantes ejemplos de las virtudes antiguas (1); pero tales generosos propósitos del Papa, que se proponía por esta manera levantar el alto clero, no fueron comprendidos en Alemania ni tampoco en Italia (2).

El Papa sufrió también una amarga decepción con Erasmo (3); el cual había escrito á su antiguo profesor, luego después de la elección de éste, acentuando la ortodoxia de sus creencias, y dedicándole su edición de Arnobio; después de lo cual, Adriano VI, á 1 de Diciembre de 1522, dirigió á Erasmo un extenso y paternal breve (4), en el que le daba las gracias por su dedicatoria, y le tranquilizaba respecto de las acusaciones que se habían dirigido contra él; pero al propio tiempo le estimulaba eficazmente á emplear su extraordinario talento en escribir contra los nuevos heresiarcas. El práctico holandés elevado á la Silla de San Pedro, no se contentaba con recibir solamente hermosas frases, sino quería ver también hechos; y con mucha finura hizo observar á Erasmo, que semejante conducta sería para él el medio mejor de reducir al silencio á aquéllos que procuraban hacerle sospechoso de adhesión á la causa de Lutero. «Levántate, pues; levántate en auxilio de la causa de Dios, y prosigue utilizando para su honra las altas dotes de espíritu que de Él tienes recibidas. Piensa hasta qué punto depende de ti, con el auxilio divino, hacer que una gran

Kalkoff, *Forschungen*, 35; Schmidlin, 270. La canonización de Giustiniani (cf. Sanuto, XXXIV, 285), no llegó á su término.

(1) Hßler, 302.

(2) Es significativa respecto á esto, una *carta de Abbadino de 18 de Mayo de 1523, quien primeramente da cuenta del consistorio, en que se publicó la canonización de San Antonio, y después añade: *Hoggi se fatto un altro consistorio pur publico, nel quale se publicato beato Bennone Alemanno. Credo che questo papa habbi designato de far santi li morti et cazar disperati a casa del diavolo li vivi, maxime che havevano a negociar in questa corte, nella quale non si sono altri che disperati et malcontenti. *Archivio Gonzaga de Mantua*. De un modo semejante se burla *L. Cati en su carta de 29 de Mayo de 1523. *Archivio público de Módena*.

(3) La correspondencia de Adriano VI con Erasmo, se halla reimpressa en Burmann, 493 ss., sacada de las Opera Erasmi; de la misma hay una traducción alemana (hecha por Schlosser), Frankfurt a. M. 1849; cf. Danz, *Anal. crit. de Had. VI*, I, II, Jene, 1813 s.; Woker, *De Erasmi studiis irenicis*, Bonnae, 1872, 25; Bauer, *Hadrian VI* (Heidelberg, 1876), 107 s.; Maurenbrecher, *Kath. Ref.*, 211 s., 400, donde está corregido un craso error de Nippold, *Reformbestrebungen Adrians VI* (Hist. Taschenb., 1875, 205 ss.); Hßler, 333 s., y Hartfelder, 134-143.

(4) De la minuta original de Alejandro (*Cod. Vat., 3917, f. 16-17, cf. Paquier, 290 s.), Adriano VI había quitado todas las recriminaciones y asperezas.

parte de aquéllos, que han sido seducidos por Lutero, se restituyan al camino recto; que los que no han caído todavía permanezcan constantes, y que los que vacilan sean preservados de caer». Lo mejor sería que Erasmo se dirigiese personalmente á Roma, donde tendría á su disposición medios literarios, y gozaría del trato de varones piadosos y eruditos. Con esta coyuntura, Adriano, que conocía muy bien la aversión de Erasmo contra los procedimientos violentos empleados para reprimir á los novadores, le hace observar hábilmente, que también para él sería más optable la conversión voluntaria de los extraviados, que no la obtenida por medio de los castigos del poder espiritual y temporal; mas para alcanzar este objeto, Erasmo era el que podía contribuir mejor, combatiendo literariamente las novedades religiosas. Á esta empresa exhortaba también, y precisamente entonces, Adriano VI á la Universidad de Colonia (1).

El mismo Erasmo había dirigido á Adriano VI otro segundo escrito, á 22 de Diciembre de 1522, en el cual le indicaba ya suficientemente su consejo, que secretamente le explicaría con mayor amplitud: que en ningún caso se apelara á la violencia, ni se mezclaran odiosos asuntos privados, para daño de la causa de Cristo. A esto contestó Adriano VI, á 23 de Enero de 1523, invitando de nuevo á Erasmo, de la manera más amistosa, á dirigirse á Roma. Los consejos que se le ha prometido los espera el Papa con grande ansiedad, pues ninguna cosa desea más vivamente, que hallar los medios eficaces «para apartar aquella horrible enfermedad, mientras todavía fuera curable, de enmedio de nuestra Nación; no porque Nuestro prestigio y Nuestro poder, en lo que se refiere á Nuestra persona por sí misma, parezcan correr algún peligro en las deshechas borrascas de estos tiempos; —pues ninguna de estas cosas hemos pretendido jamás, y aun habiéndonos ofrecido sin nuestra intervención, sentimos grande aversión á ellas, y ponemos á Dios por testigo que las hubiéramos rehusado absolutamente, si no hubiéramos andado cuidadosos de ofender con ello á Dios y hacer contra Nuestra conciencia; sino porque vemos ser llevadas por el camino derecho de la perdición

(1) El correspondiente breve, fechado en Roma á 1 de Diciembre de 1522, se halla en un raro impreso contemporáneo: *Adrianus Papa Sextus | dilectis filiis Relectori et Universitat. Colonien. | Consta de cinco páginas impresas, y lleva al frente el escudo del Papa. Hay un ejemplar en la biblioteca de Berlín (Biblioteca Floss).*

tantos millares de almas redimidas con la sangre de Cristo y encomendadas á nuestra vigilancia pastoral, y que además, aun según la carne, pertenecen á Nuestro pueblo, engañadas con la esperanza de evangélica libertad, pero reducidas realmente á una servidumbre diabólica».

De la respuesta de Erasmo á este escrito, no se ha conservado sino una parte; pero lo que nos queda basta para conocer lo esencial de la actitud que observaba en aquel tiempo. Rehusó fríamente el requerimiento que le dirigía el Papa, celoso del bien de las almas, para que empleara su erudición, su prestigio y su influjo, en favor de la causa de la Iglesia. Alegó no poseer suficiente erudición ni bastante prestigio; pues sería hecho pedazos por ambos partidos, así por los luteranos como por sus adversarios. Aun cuando su quebrantada salud le hubiera permitido emprender el viaje á Roma, podía hacer mucho más permaneciendo en Basilea; á lo cual se agregaba que, escribiendo contra Lutero con moderación y decoro, tendría la apariencia de burlarse con él; «mas si atacara con hostilidad á los luteranos, imitando la propia manera de escribir de ellos, valdría tanto como picar en un avispero». A estas excusas agregaba Erasmo la prevención contra el empleo de medidas violentas; pero contradiciéndose á sí mismo, desea, sin embargo, que las autoridades «reprimieran las novedades religiosas». Al propio tiempo convenía que el Papa diera al mundo la esperanza de que se enmendarían algunas cosas, acerca de las cuales hay quejas no destituidas de razón. Para deliberar sobre estas reformas, recomienda que se llame á varones incorruptibles, benignos y libres de pasión, de los más diversos países de Europa. Con esto termina la carta; por lo cual no se puede colegir de ella con certeza, si Erasmo perseveraba todavía entonces en su plan de que se decidiese la cuestión luterana por medio de un juicio arbitral de sabios; en todo caso, las circunstancias eran á la sazón mucho más desfavorables aún para esto que en 1520, en cuya fecha se había esforzado Erasmo por llevar al cabo aquel su proyecto favorito (1).

(1) Cf. nuestras indicaciones vol. VII, p. 374-375. Redlich, 65, cree que Erasmo persistía en su antiguo proyecto; efectivamente, esto es probable, pero no cierto, mientras no se halle el fin de la carta. En 16 de Septiembre de 1523, dirigió Erasmo una carta al sacristán de Adriano VI, Pedro Barbirio, en la que

Adriano VI intentó asimismo ganarse al hombre que, de acuerdo con las ideas de Lutero, dirigía en la Suiza alemana el movimiento de apostasía de Roma. La situación del Papa respecto de los suizos era doblemente difícil, por cuanto León X les había quedado á deber todavía 36,000 ducados. Con gran trabajo logró Adriano VI recaudar por de pronto el dinero necesario para satisfacer á los de Zurich, y en Enero de 1523 les remitió 18,000 ducados rinianos (1). En Abril envió á los suizos á Ennio Filonardi, para atraerlos á la neutralidad, y á una alianza, en el caso de que los franceses hicieran una irrupción en Italia; y le dió una carta para *Ulrico Zuinglio*, en la que se prometían á éste recompensas, si prestaba su apoyo al Nuncio (2). Pero entre tanto, había Zuinglio, con la primera conferencia religiosa de Zurich, inaugurado su apostasía de la Iglesia católica (3); y parecidos planes acariciaba también el Gran Maestre de la Orden Teutónica, Alberto de Brandenburgo, por más que todavía aseguraba solemnemente su devoción al Papa y á la Iglesia, y llegaba hasta encargar al procurador de la Orden en Roma, solicitara del Papa un edicto de censura contra los caballeros que se adhiciesen á Lutero. Adriano VI, que había mandado á Alberto

pondera grandemente sus muy católicos sentimientos, se halla impresa en Nollac, Erasme en Italie, 112 s. La carta refleja la disposición de ánimo perturbada y desesperada del congojoso sabio, quien en medio de un gran movimiento popular, se ve estrechado por ambas partes á que tome una posición clara y determinada.

(1) Cf. Schulte, I, 235. Sobre las negociaciones con el embajador suizo dan nuevos pormenores las *relaciones de A. Germanello de 11 y 29 de Diciembre de 1522, que se hallan en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Zuingli, Opera VII, 264. «En la carta no está contenida una promesa determinada, y las posteriores afirmaciones de Zingg, de que «á Zuinglio se le ofreció todo por su silencio, hasta la silla papal», son una mala exageración. Hasta el tiempo de Clemente VII no se conoció en Roma, cuán peligroso podía ser el reformador de la curia, y entonces se recurrió á amenazas, no á promesas. Antes todavía no se apreciaba tanto su influjo, se le hacía esperar, sólo como á párroco de Glaris, un canonicato en Chur ó Basilea, para el caso que apoyase al nuncio en su comisión política, y se le concedió el título de ningún valor, de acólito del Papa, que él también aceptó. ¡Cómo podía haberse ocurrido tener de repente por tan importante, que se le ofreciese la púrpura, á un hombre que hasta hacía poco se contentaba también como cura de Zurich, con una pensión anual de 50 florines, para poner su influjo al servicio del Papal Wirz, Filonardi 59-60. V. Riffel, III, 43 s., acerca de la manera tan indigna, cómo Zuinglio puso sospecha en los esfuerzos que hacía Adriano VI por emprender la cruzada.

(3) Cf. Riffel III, 43 s. y G. Mayer en *Kathol. Schweizerbl.* 1895, 51 s.

proceder sin demora á la reforma de la Orden, que ya le había sido encargada por León X (1), no llegó á sufrir la amarga experiencia de que aquel príncipe alemán, quebrantando sus juramentos, procuraba la secularización de los territorios de la Orden, mientras había denunciado en Roma al rey de Polonia por semejante causa (2).

Después de Alemania, reclamaron también repetidas veces la atención de Adriano VI, los países escandinavos. La falta de resolución manifestada por León X ante el gobierno arbitrario del violento rey de Dinamarca Cristián II, había perjudicado allí gravemente la causa de la Iglesia. En el reinado de Adriano VI se impuso un más severo modo de concebir, como se colige de lo tratado en un consistorio de 29 de Abril de 1523 (3). Aun antes de que se hubiera tomado una resolución contra Cristián II, se vió éste obligado á abandonar su reino, cuyo gobierno tomó entonces su tío Federido de Gottorp (4). Fundándose en la unión de Kalmar, reclamaba también Federico que le reconocieran los suecos; pero inútilmente. Gustavo Wasa, genial adalid del partido nacional de Suecia, y Regente del Reino desde 1521, fué proclamado en la Dieta de Strengnäs, como rey de Suecia y Gotia, á 6 de Junio de 1523.

También las doctrinas de Lutero habían penetrado en Suecia por obra de Olao Petri, y se habían podido extender sin obstáculo durante las turbulencias producidas en la lucha por la independencia del país. Como secuaz del profesor de Wittenberg, cuyas lecciones había recibido, se disparó Olao Petri con entera publicidad en Strengnäs, contra la confesión y el culto de los Santos, y declarando al propio tiempo que la Iglesia debía volver á la pobreza apostólica. Pronto encontró en Lorenzo Andreä un colaborador de las mismas ideas; y la agitación anticatólica de ambos pudo desenvolverse sin impedimento, por cuanto la sede episcopal de Strengnäs se hallaba vacante. No hay

(1) Voigt, *Geschichte Preussens* IX, 685 s. Joachim III, 45 s., 63, 243 s. Pastor, *Albrecht von Brandenburg*, en el *Katholik* 1876 I, 180, Cf. *Hist.-polit. Blätter* CXXI, 331 s.

(2) Cf. Janssen-Pastor III^a, 79 s.

(3) V. Kalkoff, *Forschungen* 84 y Martin, G. Vasa 127.

(4) La noticia de esto llegó á Roma, á principios de Mayo; v. la "carta de V. Alberghati de 7 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia* cf. *Corp. dipl. Port.* II, 168.

cosa alguna que dé á conocer más claramente en cuán miserable situación se hallara la iglesia de Suecia, por efecto de las turbulencias de la época, que el hecho de no hallarse en todo el país otros obispos sino el excelente Juan Brask de Linköping y el anciano Ingemar de Vexjö (1).

No se ocultaban á Adriano VI las necesidades de la Iglesia sueca, y para remediarlas envió allá un legado oriundo de Suecia en la persona de Juan Magni, al cual había conocido personalmente en Lovaina (2). Magni llegó á Strengnäs cuando ya Gustavo Wasa había sido elegido Rey; y el astuto monarca, aunque interiormente apartado de la Iglesia, y codicioso de las ricas posesiones del clero (3), ocultó hábilmente sus verdaderas ideas, y recibió de la manera más honorífica al representante del Papa.

Juan Magni había recibido una comisión semejante á la de Chieregati: debía declarar, que Adriano VI se hallaba dispuesto á remediar el mal estado de las cosas eclesiásticas, requiriendo al propio tiempo al Gobierno del reino á proceder contra las novedades luteranas. La respuesta del Consejo Real, inspirada por el mismo Rey, expresaba, en primer lugar, la satisfacción por las promesas de reforma hechas por el Papa; pero acentuaba luego en seguida que, ante todo, era necesaria para la Iglesia de Suecia la formal deposición del «rebelde» arzobispo de Upsala, Gustavo Trolle, desterrado para siempre como partidario del rey de Dinamarca Cristián; así como el nombramiento de buenos obispos naturales del país, para las sedes vacantes, y principalmente, de un buen arzobispo amante de la paz. Hasta que esto se hiciera, sería muy difícil tratar de corregir los muchos errores que se habían introducido en la cristiana religión (intencionadamente se omitía aquí el nombre de Lutero). Después de zanjar la cuestión de los obispos, debía regresar el Nuncio pontificio, y reformar todas las cosas de la mejor manera posible (4). Habiendo además

(1) V. Weidling 122 s., 131; Geijer II, 34; Martin, G. Vasa 164 s., 222 s; cf. también Schück, Svensk Litt.-hist., Stockholm 1890, y Berggren en Upsala Universitets Årskrift 1899.

(2) V. Joh. Magni Hist. metr. en Script. rer. suec. III, 2, 75; Weidling 112 s., 138; Martin 172, 174; este último hace resaltar con razón la prudente reserva que se nota en el breve de 11 de Marzo de 1523, que anunciaba la misión de Magni (hállase publicado en Theiner, Schweden II, 5).

(3) Reuterdahl (Svenska Kyrkans Historia IV, 179); acentúa que esto y no la fatima convicción fué la causa de la apostasía de G. Wasa, cf. Martin, 227.

(4) Theiner, Schweden II, 7 s. Weidling 135.

el Legado hecho personalmente reflexiones al Rey acerca de haberse exigido dinero á las iglesias, y sobre los errores luteranos, obtuvo una respuesta tan favorable, que pensó haber llevado felizmente al cabo su misión (1); pero el excesivamente confiado Magni, parece no haber parado la atención en que el Rey, á pesar de todas sus muestras de cortesanía, omitía el punto principal, y no prohibía en Strengnäs la predicación luterana de Olao Petri.

A 10 de Septiembre de 1523, escribió el mismo Gustavo Wasa al Papa: que si se proveían los obispados vacantes con obispos pacíficos, que no pretendieran dañar á la Corona, y regresaba el Legado con nuevos poderes, emplearía todos los medios para desarraigar, conforme al consejo de los obispos, las corruptoras herejías y trabajar en la reunión de los moscovitas con la Iglesia romana, y en la conversión de los lapones. Pocos días después envió el Rey al Papa la lista de los obispos elegidos por los cabildos de Suecia, á cuyo frente se proponía para arzobispo de Upsala al mismo Legado pontificio; y solicitó la confirmación de los mismos, y la remisión de los derechos que solían pagarse (2). Era una jugada por extremo hábil, con que procuraba por esta manera enlazar estrechamente el propio interés de Magni con la formal deposición de Gustavo Trolle (3).

Magni se disponía á dirigirse á Roma, cuando llegó un breve de Adriano VI en el que se mandaba seguir considerando á Trolle como arzobispo de Upsala y volverle á recibir como tal. El Nuncio declaró aquel documento por ilegítimo; pero esta conjetura resultó falsa: Adriano había realmente dado aquel imprudente paso (4), y el Rey se quitó entonces finalmente la máscara. Influido, á lo que parece, por los acontecimientos que se desenvolvían por entonces en la Dieta de Nuremberg, y aconsejado por su secretario Lorenzo Andreä, que tenía ideas luteranas;

(1) Cf. la carta de Magni a Brask en *Handlingar rörande Skandin. Hist. XVII*, 157 ss.

(2) Theiner, *Schweden II*, 8 s. Balan, *Mon. ref.*, n. 131. Martin 185 s. *Weidling* 137 ss.

(3) *Weidling* 139. La idea que sostiene este autor sobre la condición de Magni, es combatida por Martin 176 s.; que Magni era demasiado crédulo, también lo admite Martin 183.

(4) Les termes d'un autre bref à Frédéric de Danemark confirment que la bonne foi du nouveau pontife s'était laissé surprendre par les intrigues de l'archevêque dépossédé. Martin 189.

presentó el Rey á la Santa Sede, á fines de Octubre, un amenazador ultimatum: si el Papa no retiraba sus exigencias referentes á Trolle, el revoltoso y traidor á su patria, él, en virtud de su real autoridad, dispondría de los obispados y de la religión cristiana en sus dominios, como creyera que debía ser grato á Dios y á todos los príncipes cristianos (1).

Todavía más claramente se expresó Gustavo Wasa tratando con Magni: Si su longanimidad y bondad nada conseguían, haría valer la fuerza del derecho y pondría fin á la servidumbre de su pueblo bajo el insoportable yugo de extranjeros. Un escrito real de 2 de Noviembre de 1523, anunciaba al Papa, de cuya muerte no se había tenido aún noticia; que si rehusaba la confirmación de los candidatos propuestos para las sedes episcopales vacantes, ó seguía difiriéndola todavía más, él, el Rey, tendría, por otro camino, solicitud de las iglesias desiertas, y acudiría á Cristo, pontífice sumo, para que confirmara los elegidos (2). No podía quedar lugar á duda, sino que el Rey estaba resuelto á separar sus Estados de aquella Iglesia á quien debían su cultura y civilización.

Proporcionaron á Adriano VI algún consuelo, en medio de los dolores que sintió por los peligros y pérdidas de la Iglesia en los países germánicos, la reunión del Patriarca cismático de Alejandria, Teófilo (3); las esperanzas que parecieron anunciarse de la conversión de los cismáticos rusos (4), y la dilatación del Cristianismo en el Nuevo Mundo. Para fomentar los trabajos de los Franciscanos en las misiones, concedió el Papa los más extensos privilegios á los que misionaban en América; los cuales podían, cada tres años, elegir por sí mismos á su Superior, con facultades semejantes á las del Ministro General y ejercitar aun las funciones episcopales, para las que no fuera prerequisite la consagra-

(1) Las cartas al colegio de cardenales de 10 de Octubre, y al Papa de 4 de Octubre de 1523, se hallan en Theiner II, 11 s., 13 ss. y Gustav. d. Förstes Registratur I, 143 s., 146 s.; cf. Weidling 140 s. y Martin 187 s.

(2) Gustav. d. Förstes Registratur I, 172 s., 181.

(3) Raynald 1523 n. 107. Paquier, Aléandre 296.

(4) G. M. della Porta, en 21 de Mayo de 1523 participa la victoria contra Sickingen y añade: *Par pur che Dio voglia alutar la religione christiana, che in questo tempo medesimo gli Moschoviti offeriscono a N. S. voler lasciar in tutto et per tutto le loro eresie et redursi sotto la total ubediencia de la Sede Ap., dal quale non vogliono di sorte alcuna altro privilegio salvo chel loro prencipe sia creato et nominato re. *Archivo público de Florencia*.

ción (1). Esta nueva organización hacía esperar que los pueblos que, á pesar del gran desenvolvimiento de su cultura, practicaban aún sangrientos cultos idolátricos, llegarían á salir de la noche del paganismo y quedarían conquistados para la verdad de la religión cristiana.

(1) Wadding XVI^a, 136 s. Höfler 173. Mejer, Propaganda I, 301 s. Hernaez, Colec. d. bullas rel. á la iglesia de América I, 332. Adriano VI favoreció también otras veces á los franciscanos y asimismo á los dominicos; v. Wadding XVI^a, 148, 561; Bull. ord. praed. IV, 408, 410 s. Un solo caso de ello es, el nombramiento de un inquisidor seglar hecho por Adriano VI en la persona de Francisco van der Hulst, que se efectuó con todo eso con importantes limitaciones, singularmente para proteger los derechos de los obispos; v. de Hoop Scheffer, *Kerkhervorming in Nederland* (1873) 181 s. y Finke en el *Hist. Jahrbuch* XIV, 337 s.

CAPÍTULO III

Esfuerzos del Pontífice para la paz y la cruzada.— Pérdida de Rodas y socorro de Hungría.—Intrigas del cardenal Soderini y rompimiento con Francia. Adhesión de Adriano á la Liga imperial y muerte del Papa.

1

No menos elevada gravedad y nobles sentimientos que en su manera de tratar los asuntos eclesiásticos, animaron á Adriano VI al tomar posiciones respecto de los conflictos políticos, dentro del sistema de los Estados europeos, el cual estaba pasando una crisis por extremo peligrosa, bajo la influencia de la rivalidad entre Carlos V y Francisco I, y de los renovados acometimientos de los Otomanos.

Como representante y Vicario en la tierra del eterno Príncipe de la paz, sentía con gravísimo dolor este egregio Pontífice, el estado de guerra que venía durando hacía ya años, y amenazaba al porvenir del mundo cristiano. Y como á esto se añadía, en lo exterior, el mayor peligro de parte de los enemigos de la fe (1), se consideró doblemente obligado, ante Dios y su propia conciencia, á emplear todos sus recursos para obtener una reconciliación de los monarcas que contendían con mortal enemiga.

(1) Con sentidas palabras pintaba este peligro la Epistola d. Marci Maruli Spalatensis. ad Adrianum VI, P. M. de calamitatibus occurrentibus et exhortatio ad communem omnium Christianorum unionem et pacem. Romae 1522.

La pacífica reunión de las Potencias cristianas para resistir á los acometimientos del Islam, fué, — á par de la reforma de los abusos eclesiásticos y el restablecimiento de la unidad religiosa, principalmente amenazada en Alemania, — el gran pensamiento que enseñoreó el pontificado de Adriano VI.

Desde el principio se mostró este Papa firmemente resuelto, al contrario que su predecesor, á no tomar partido por ninguna de las Potencias que entre sí contendían; sino procuró, por todos los medios que estaban á su alcance, se ajustara una paz ó, por lo menos, una tregua, para que entonces pudieran dirigirse todas las fuerzas reunidas de Europa contra el hereditario enemigo de la Cristiandad. En este sentido urgía ya en el escrito que dirigió al Emperador, á 25 de Marzo de 1522, para que éste ajustara la paz ó, por lo menos, una tregua, con el monarca francés (1); y con este mismo intento, hallándose todavía en España, envió á París á Gabriel Merino, arzobispo de Bari; y á Inglaterra á Alvaro Osorio, obispo de Astorga, á la conferencia del Emperador con Enrique VIII (2).

Un presto auxilio era urgentemente necesario, pues no había ya lugar á duda sobre que el sultán Suleimán I, después de haber logrado, en Agosto de 1521, la conquista de Belgrado, reunía ahora sus fuerzas para otro violento golpe que debía dirigirse contra la isla de Rodas, último baluarte de la Cristiandad en el Mediodía. Hallándose en manos de los Sanjuanistas, aquella isla, por su situación y fortaleza extraordinaria, era tan grande impedimento para el desarrollo del poder marítimo de los turcos, como posición de inestimable valor para la Cristiandad (3). Suleimán estaba, pues, resuelto á apoderarse de ella á cualquier precio; y á 1.º de Junio de 1522, envió su declaración de guerra al Gran Maestre de los Sanjuanistas, y en seguida puso en movimiento contra Rodas una poderosa flota, llevando á bordo 10,000 hombres y todas las cosas necesarias para un sitio. El Sultán se encaminó

(1) Gachard, *Corresp.* 50 ss.

(2) Cf. Höfler 169 y *Bullet. de la commiss. royale d'hist.* 3. Serie III, 297 s. En 20 de Septiembre de 1522, escribía G. Merino «ex Puysl non procul a Parisiis» al cardenal Schinner: «In re pacis nihil adhuc tactum est nec quid faciendum sit facile iudicari potest cum ex aliorum principum voluntate pendent, sed si quid per me fieri poterit, is ero semper qui fui et esse debeo. Cod. 1888, f. 21» de la *Biblioteca Angelica de Roma*.

(3) V. Baumgarten II, 137-138.

por el Asia menor á las costas de Caria, al frente de un ejército de 100,000 hombres. Aun cuando el Gran Maestre no podía disponer sino de 600 caballeros y 5,000 soldados, estaba, sin embargo, resuelto á defenderse hasta el último extremo. Los preparativos para sostener la bien proveída y fuertemente defendida posición, se habían dispuesto con tanta prudencia, y el ánimo heroico de los defensores era tan grande, que al principio todos los acometimientos de los Otomanos fueron rechazados; pero, á pesar de sus sensibles pérdidas, no se menoscabó el tesón de los enemigos; por lo cual todo dependía de si los sitiados recibirían ó no auxilio.

En el Occidente las circunstancias eran para esto lo más desfavorables que ser podían. En el Imperio alemán se preparaba, enlazada con los progresos de la revolución religiosa, otra revolución social; en términos que se hacía temer el trastorno de todas las instituciones. En Hungría, desgarrada por los partidos, no se hallaban las cosas mucho mejor. Venecia, la principal potencia marítima, parecía, como siempre, ocupada solamente en el amparo de sus propias posesiones (1). Las grandes potencias de la Europa central estaban enredadas guerreando unas con otras, y sólo el presto arreglo de sus contiendas ofrecía esperanzas de poderse obtener un movimiento de defensa. En este sentido, nadie trabajó más fervorosamente que Adriano VI; el peligro en que Rodas se hallaba, le preocupaba como un asunto enteramente personal (2). Por más que su empeño, en procurar la reconciliación de las Potencias cristianas beligerantes, ofrecía, desde el principio, muy pocas esperanzas de buen éxito, acometió el Papa este asunto con energía, y ningún fracaso fué suficiente para desanimarle.

La posición del Papa como medianero de la paz era, desde el principio, sumamente difícil, pues, por una parte, debía tratar de persuadir á Francisco I, que no se inclinaba con parcialidad del lado de su antiguo discípulo, señor y amigo, Carlos; y en éste se veía obligado á deshacer la sospecha, que pronto surgió, de que se inclinaba más hacia su adversario. Otra nueva dificultad nació de la resuelta mudanza verificada en el teatro de la guerra de Italia, donde los franceses, derrotados en Bicocca á 27 de Abril de 1522, poco después (á 30 de Mayo) perdieron asimismo á Gé-

(1) Zinkeisen II, 626.

(2) V. Baumgarten II, 250.

nova (1). La alianza del Emperador con Enrique VIII se hizo entonces más firme; en su viaje á España hizo Carlos una visita al monarca inglés, en la cual se acordó un ataque combinado contra Francia; y ambos monarcas esperaban seguramente ganar al Papa, para que fuera su tercer aliado contra Francisco I.

Al paso que las propuestas de mediación de Adriano VI hallaban oídos sordos, tanto en la Corte inglesa como en la imperial, el humillado monarca francés hacía semblante de querer reconciliarse, lo cual movió á Adriano á apretar de nuevo al Emperador en este sentido; pero Carlos V declaró, en su escrito de 7 de Septiembre de 1523, que no podía ajustar paz ninguna sin aquiescencia del monarca inglés, y calificó de inadmisibles las condiciones de avenencia ofrecidas por el rey de Francia (2). Adriano llamó la atención del Emperador sobre el peligro en que se hallaba Rodas, conjurándole, con las más apremiantes frases, á correr en auxilio de la isla, posponiendo sus intereses privados, y accediendo á una tregua. Si Carlos se hallara en Roma y oyera los clamores de auxilio que llegaban allá desde Rodas y Hungría, escribía Adriano, no podría contener las lágrimas. Él, el Papa, hacía lo que estaba en su mano, y había tenido que tomar prestados los dineros que les envió. No pretendía que Carlos hiciera las paces sin intervención del rey de Inglaterra, pero debía mover por lo menos á éste á una tregua (3).

A Inglaterra envió el Papa á Bernardo Bertolotti, el cual, lo propio que el Nuncio español, debía influir para la paz (4). Fuera de esto, en atención á la guerra de los turcos, ya en Agosto, se había confiado á Tomás Negri, obispo de Scardona, una amplia misión para los príncipes cristianos, y por de pronto se había dirigido Negri á Venecia (5).

(1) Sobre la historia de la guerra de Milán hasta la conquista de Génova por los españoles, v. Varnhagen, Lautrecho, eine italienische Dichtung des Francesco Mantovano, Erlangen 1896, I—LVI. Sobre la batalla de Bicocca, cf. Jähns Gesch. des Kriegswesens 1088 s.

(2) Gachard, corresp. 112 ss.

(3) Carta de 16 de Septiembre de 1522, publicada por Gachard, Corresp. 115 ss.

(4) Además de las fuentes aducidas por Gachard, Corresp. XLV s., cf. Brewer III, 2, n. 2607 y la *carta de G. M. della Porta, fechada en Roma, á 13 de Septiembre de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

(5) Sanuto XXXIII, 409 s. Más tarde (por Enero de 1523), T. Negri fué enviado á Polonia, para trabajar allí contra los luteranos y por la paz con la Orden teutónica. Acta Tomic. VI, 222 s.

En una carta escrita en francés á Carlos V, á 30 de Septiembre de 1522, que constituye un hermoso documento de las ideas verdaderamente nobles y cristianas de Adriano VI, procuraba éste tranquilizar al Emperador sobre los rumores de que favorecía más á Francisco I que á él; declarábale luego, que le era además imposible tomar parte en la guerra en favor de Carlos, aun por la total falta de medios materiales, para ello necesarios, en que se encontraba. Cuando había tomado posesión de la Santa Sede—*ce siège plein de misère*,—no se había hallado ni el dinero suficiente para sufragar los gastos ordinarios de la administración; pero aun cuando tuviese recursos, el mismo Emperador debía decir, si le sería decoroso, en vez de trabajar por la salud de la Cristiandad, entregarla á turbulencias y peligros todavía mayores. En una segunda carta del mismo día, requería urgentemente al Emperador, para que acudiera en auxilio de Rodas; él mismo ofrecería de buena gana su sangre para salvar aquel baluarte de la Cristiandad (1).

El Papa había exhortado gravemente, el día de su coronación, á los embajadores, y á 1.º de Septiembre de 1522 á los cardenales en Consistorio, á prestar auxilio á Rodas y Hungría; y á 4 de Septiembre estableció una comisión de cardenales que no debía ocuparse en otra cosa sino en este negocio (2).

Con extraordinaria economía reunió Adriano el dinero suficiente para tripular algunas embarcaciones (3); no se le ocultaba cuán poco era esto, pero no le era posible obtener más (4). Mil hombres que habían desembarcado en Nápoles á mediados de Octubre, se volvieron á dispersar porque no recibían sus pagas; á los imperiales les parecía más necesario amparar la Lombardía contra los franceses, que acudir en auxilio de los defensores de Rodas. «El Papa está desesperado, escribía el embajador de Venecia, porque no ve posibilidad ninguna de hacer pasar á Rodas

(1) Gachard, *Corresp.* 122-124, 125-127.

(2) Además de las *Acta consist. (*Archivo consistorial del Vaticano*) y Sanuto XXXIII, 440, 444 s., v. la *carta de Taurelli de 5 de Septiembre de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*, y las *relaciones de G. de' Médici de 3 y 4 de Septiembre de 1522, existentes en el *Archivo público de Florencia*.

(3) Con todo, por adversos accidentes no llegaron éstas al lugar de su destino; v. Jovius, *Vita Adriani VI* y Höfler 479.

(4) Esto lo pondera G. M. della Porta en su *relación de 23 de Septiembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

las mencionadas tropas» (1); á todo lo cual se agregó, haberse declarado otra vez la peste en Roma. De nuevo se tuvo que diferir la solemne toma de posesión de Letrán, que hasta entonces no se había celebrado por falta de dinero (2), y tampoco en el tiempo siguiente llegó á verificarse (3).

Junto con el peligro de los turcos, reclamó también la atención del Papa, al principio de su pontificado, el pacificar los Estados de la Iglesia; y merece ser generalmente reconocido, cuán presto se averiguó con las difíciles circunstancias en que se hallaban, y ejecutó sin dilación lo que le pareció necesario para salvar lo que podía salvarse (4).

Como se recibían las más graves quejas contra los gobernadores puestos por León X, ya en Septiembre de 1522 se trató de un completo cambio de ellos en todas las ciudades de los Estados pontificios (5).

Al paso que Adriano se mostró inclinado á la benignidad respecto de los duques de Ferrara y de Urbino, y toleró también que regresaran á Perugia los Baglioni (6), se resolvió desde el principio á negar su reconocimiento (7) á la usurpación llevada á cabo en Rimini por Segismundo Malatesta, á la cual se había opuesto hasta entonces inútilmente el Colegio Cardenalicio (8). En Diciembre de 1522 hizo prender en Ancona al hijo de Segismundo (9), al mismo tiempo que se ponían en movimiento contra

(1) Sanuto XXXIII, 523; cf. Jovius, Vita Adriani VI.

(2) V. *Acta consist. de 12 de Enero de 1523, que se hallan en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

(3) V. Cancellieri, Possessi 88.

(4) Brosch, Kirchenstaat I, 71.

(5) *Carta de Eneas Pio de 27 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo pubblico de Modena*. *Il papa manda novi gubernatori alle città di tutto il stato, che non è altro se non un levar le legationi, notifica G. M. della Porta en 12 de Octubre de 1522. *Archivo público de Florencia*. Con todo, parece que la cosa no se ejecutó en todas partes.

(6) Cf. Bollet. per l'Umbria V, 694.

(7) V. la *carta del Colegio de los cardenales á Rimini, fechada en Roma á 29 de Mayo de 1522. Hay una copia de ella en la *Biblioteca de Mantua* I, e 3-4.

(8) *N. S^a desegna recuperar Armini. G. de' Medici D. vigna dello ill. Medici á 30 de Noviembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(9) G. de' Medici D. vigna dello ill. Medici, á 21 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia*, y *la de V. Albergati, fechada en Roma á 21 de Diciembre de 1522, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

Rimini los soldados españoles que habían acompañado al Papa hasta Italia (1). La empresa, que al principio parecía muy difícil (2), se llevó al cabo con tanto mayor facilidad, por cuanto Malatesta se había hecho por extremo odioso á sus súbditos (3); y así el duque Alfonso de Ferrara, como Francisco María della Róvere de Urbino, que se habían reconciliado enteramente con la Santa Sede, le prestaron leal apoyo como buenos vasallos de la Iglesia. El hijo de Alfonso había ya ido á Roma á 17 de Septiembre de 1522 (4), donde se entablaron inmediatamente negociaciones para la absolución y renovación del feudo de su padre (5). Estas negociaciones llegaron á su término con sorprendente rapidez, pues ya á 17 de Octubre estaban todas las cosas puestas en orden. En la infeudación del ducado de Ferrara fueron también comprendidos S. Felice y Finale, en la Romaña (6); y Adriano llegó hasta mostrarse inclinado á restituir también al Duque las ciudades de Módena y Reggio, bien que no llegó á hacerlo, á causa de la resistencia de los cardenales (7). Según Contarini, habría también Adriano tenido el firme propósito de restituir asimismo á los venecianos Ravenna y Cervia; y hace creíble esta noticia la circunstancia de aborrecer el Papa los desmedidos co-

(1) *Carta de V. Albergati de 6 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*. En 28 de Diciembre de 1522, notifica G. de' Médici, que las tropas del Papa se han presentado delante de Rimini. *Archivo público de Florencia*.

(2) Se creía en Roma, que Malatesta era ayudado ocultamente por un Signore, y que había enarbolado la bandera de S. Marcos. *Carta de A. Germanello, fechada en Roma á 16 de Diciembre de 1522, existente en la *Biblioteca de Mantua* I, e 3-4.

(3) Malatesta, después de largas negociaciones, tuvo que resolverse á la restitución de Rimini; cf. la *carta de V. Albergati de 3 de Febrero de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*; las *relaciones de G. de' Médici de 19 y 25 de Febrero y 1 de Marzo de 1523, como también la *carta de T. Manfredi de 23 de Febrero de 1523 existente en el *Archivo público de Florencia*; Jovius, Vita Adriani VI; Ortiz en Burmann 202 s.; Carpesanus 1340; Lancellotti I, 427-438.

(4) *Carta de G. de' Médici de 17 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia* y *Diarium de Blasius de Martinellis que se halla en el *Archivo secreto pontificio*.

(5) *Cartas de G. de' Médici de 5 y 12 de Octubre de 1522, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*. Cf. Balan, Storia VI, 64.

(6) Theiner, Cod. dipl. III, 5:8 s.; cf. v. Domarus en el Hist. Jahrb. XVI, 73; v. también Sanuto XXXIII, 482 s.

(7) Cf. la *Carta de L. Cati de 30 de Diciembre de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*; *Acta consist. de 23 de Enero de 1523 (*Archivo consistorial del Vaticano*); Guicciardini XV, 1.

natos del clero por adquirir señoríos temporales. Desde este elevado é ideal punto de vista, consideraba en la grandeza de los Estados de la Iglesia un peligro, por cuanto era á propósito para apartar á los papas de su verdadera vocación (1).

Las negociaciones con Francisco María della Róvere, el cual, por recomendación del Colegio Cardenalicio (2), había sido ya absuelto de todas las censuras á 11 de Mayo de 1522 (3), se des- envolvieron con muchas dilaciones, y hasta que él mismo se dirigió personalmente á Roma, á 18 de Marzo de 1523 (4), no se ajustaron definitivamente las paces. Francisco María recibió de nuevo la infeudación del ducado de Urbino, bien que exceptuando á Montefeltre, cuyo feudo quedó en poder de los florentinos, á quienes se había cedido como pago por deudas de la Cámara Apostólica (5).

Los éxitos que obtuvo Adriano en la pacificación de los Estados de la Iglesia (6), no pudieron compensarle el haberse

(1) Brosch, *Kirchenstaat* I, 72. Las dudas de Hergenröther apenas tienen fundamento.

(2) Cf. el *breve de Adriano de 8 de Mayo de 1522, en el apéndice, n.º 68. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Sanuto XXXIII, 333 s. En el *Archivo público de Florencia*. Urb. eccl. hay un *breve de 30 de Agosto de 1522, en el cual se admite la excusa del duque, quien por enfermedad no pudo ir á Roma. Por dos *breves de 1 de Diciembre de 1522, Adriano pide al duque que le auxilie en la empresa contra Rimini. Por esta ayuda da las gracias al duque en 23 de Diciembre, á la duquesa en 24 de Diciembre de 1522, y reitera de nuevo su agradecimiento en un *breve de 9 de Enero de 1523. Todos estos *breves se hallan en el *Archivo público de Florencia*.

(4) V. la *carta de G. de' Médici de 18 de Marzo de 1523 (*Archivo público de Florencia*), y *la de Andrés Piperario del mismo día, que se halla en el *Archivo Gonsaga de Mantua*. Fr. María de Urbino tuvo audiencia el 20 de Marzo. *Diarium de Blasius de Martinellis, existente en el *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. las *cartas de G. de' Médici, de 16, 18, 24 y 26 de Marzo de 1523, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*; *Acta consist. de 26 de Marzo de 1523 (*Archivo consistorial del Vaticano*); *Carta de Abbadino de 26 de Marzo de 1523 (*Archivo Gonsaga de Mantua*); Sanuto XXXIV, 54 s.; Guicciardini XV, 1 y Höfler 493 s. Un ejemplar de la bula de restitución, de 27 de Marzo, se halla en el *Archivo Colonna de Roma*. Según una *carta de Abbadino de 8 de Mayo de 1523, la partida del duque de Urbino de Roma, se efectuó en este día. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(6) La conservación de la tranquilidad en Perugia es el blanco á que tiende el *breve á esta ciudad de 15 de Diciembre de 1522, que se halla en la *Biblioteca municipal de Perugia*. Por el mismo tiempo procuraba el papa la tranquilidad de Osimo; v. el *breve para Ioanni Casulano, commiss. not., de 13 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivo municipal de Osimo*.

estrellado contra insuperables obstáculos todos sus esfuerzos para alcanzar la unión de las principales Potencias cristianas contra los turcos. Fiel á su primitivo programa de ejercer el oficio de favorecedor de la paz, se negó constantemente á entrar en la Liga ofensiva procurada por la diplomacia imperial. Esto alteró sus buenas relaciones con el representante de Carlos V en Roma, y produjo tirantez con el mismo Emperador, á quien Adriano había procurado complacer inmediatamente en otras cosas, como por ejemplo, en lo tocante á la conservación de Nápoles junto con la corona del Imperio (1).

Pocas veces se ha hallado un embajador en una posición más incómoda que Don Juan Manuel con Adriano VI. Aquel prócer español, enérgico é inconsiderado, era hombre de inteligencia tan exclusivamente política, que le era de todo punto imposible comprender una índole como la de Adriano VI, el cual consideraba las cosas bajo aspectos ideales y religiosos (2). A su modo de ver, el Papa debía todo cuanto era al Emperador y, por consiguiente, consideraba como natural obligación del mismo el someterse en todas las cosas á los deseos de Carlos V; y á medida que iba conociendo que Adriano seguía su propio camino, su disgusto iba creciendo más y más.

Aun antes que Don Juan Manuel hubiera podido conocer á fondo al Papa, concibió la persuasión de que era una persona débil é impropia para su cargo; y el papel que tomó Adriano como mediador de la paz, le llenó de enojo y desconfianza. En sus relaciones, pintaba al Papa como codicioso, falto de conocimiento de los negocios políticos, indefenso é irresoluto como un niño; y aun llegó á denunciarle al Emperador, sin causa alguna, de mantener secretas negociaciones con Francia (3).

Adriano VI, que al principio había recibido á Don Juan Manuel de una manera muy amigable y hasta confiada (4), no pudo dejar de entender sus hostiles sentimientos; y las relaciones entre

(1) V. Raynald, 1522, n.º 17.

(2) V. Baumgarten, II, 221.

(3) Manuel á Carlos V, en 8 de Octubre de 1522, en Bergenroth, II, n. 485.

(4) V. en el apéndice n.º 70 la relación de G. de' Medici de 27 de Agosto de 1522. Este mismo participa, en 9 de Septiembre de 1522: «Il sig. Don Giovanni questi dì con bellissima compagna è andato a palazzo a presentar a N. S. una achinea molto richamente ornata per il censo di Napoli, al quale N. S. fa carezze e dimonstrazioni assai di confiar in lui. *Archivo publico de Florencia.*

ambos, agravadas todavía por la contienda sobre la provisión de las sedes episcopales en el Milanesado (1), llegaron en muy poco tiempo á tal grado de tirantez, que Don Juan Manuel comprendió lo insostenible de su posición y pidió su reemplazo. Medio desesperado salió de Roma á 13 de Octubre de 1522, con la firme resolución de producir un rompimiento entre el Emperador y el Papa (2). Llegó hasta aconsejar al Emperador que le negara toda obediencia (3), esperando forzar con esto al Papa á abandonar su posición neutral (4). En su lugar le substituyó, en Octubre de 1522, Don Luis de Córdoba, duque de Sessa (5). Aun cuando abrigaba pocas esperanzas de salir con su empeño (6), excitó, sin embargo, al Papa, ya desde su primera audiencia, á entrar en la alianza imperial. El Papa le respondió que, para hacer la guerra, le faltaban el dinero y el deseo, y que todos sus conatos se dirigían á obtener se ajustara una tregua y más adelante una paz (7); y como Adriano perseveraba en que, como Padre común de la Cristiandad, le incumbía la obligación de restablecer la paz en Europa (8), el duque de Sessa se vió pronto animado de sentimientos parecidos á los de Don Juan Manuel (9); á todo lo cual se agregaron también controversias sobre negocios territoriales (10).

Mucho más hábilmente que los imperiales trataron al nuevo Papa los franceses. Mientras los primeros repetían incesantemente, que la inclinación de Adriano VI á la paz, sólo servía para

(1) *Escrito de Manuel á Carlos V, con fecha 8 de Octubre de 1522, descrito del orig. en Col. Salazar-A, 26, f. 83 s. de la *Biblioteca de la Acad. de Historia de Madrid*.

(2) V. Negri in Lett. d. princ., I, 109^a, 112^a; Gregorovius, VIII^a, 397.

(3) *Manuel á Carlos V, en 8 de Octubre de 1522. *Biblioteca de la Acad. de Historia de Madrid*, loc. cit.

(4) En una *cifra de Castiglione, que desgraciadamente no expresa la fecha con más precisión, pero que sin duda pertenece á este tiempo, se lee lo siguiente: *Il S. Don Giovanni va tanto malcontento del papa quanto se possa dire ne dice assai male, pur mostra di credere chel Papa bisogni esser imperiale a suo dispetto ancorche lui dica voler esser neutrale. *Biblioteca de Mantua*.

(5) *Carta de G. de' Medici de 9 de Octubre de 1522, existente en el *Archivio público de Florencia*; cf. Corp. dipl. Port., II, 98.

(6) *Carta de Manuel á Carlos V, con fecha 8 de Octubre de 1522. *Biblioteca de la Acad. d. Historia d. Madrid*, loc. cit.

(7) Bergenroth, II, n. 490.

(8) Ibid., n. 496.

(9) Cf. sus relaciones en Bergenroth, II, n. 502, 509, 540.

(10) Cf. Sauer, Die Schrift des G. Valle Reginens. über das Exarchat in Italien, Göttingen, 1905, 12 s.

aumentar la obstinación de Francia, y que la única salud posible estaba en abrazar la liga imperial; Francisco I enviaba á Roma al cardenal Castelnau de Clermont, con el encargo de alabar los intentos pacíficos del Papa, y asegurarle que el monarca francés se hallaba animado de los mismos sentimientos (1).

Adriano que, por tanto tiempo había sufrido con paciencia á los representantes del Emperador y al Emperador mismo, llegó por fin á concebir alguna irritación contra él, la cual se refleja en sus cartas de 21 y 22 de Noviembre de 1522, en las que excita de nuevo con instancia á Carlos V á acudir en socorro de Rodas, y se queja amargamente de los daños causados por los imperiales en los Estados de la Iglesia; el favor que le manifestaba Carlos V consistía en palabras, pero no en obras (2). En tales circunstancias debía producir en Adriano extraña impresión que el representante del Emperador continuara presentándole incesantemente nuevos deseos y pretensiones de índole económica y político-eclesiástica. Muchas de las cosas que se pretendían de él, tuvo que rehusarlas Adriano por conciencia de su deber (3); y entonces procuró el embajador español ganar por medio del soborno á las personas que rodeaban al Papa, y logró enterarse de muchos secretos por medio del secretario pontificio Zisterer; pero, sin embargo, nada pudo conseguir en el asunto principal, por haberle salido falso lo que suponía, de que Adriano se dejaba dominar completamente por las personas que le rodeaban.

Generalmente se juzgaba al Papa, en la Corte imperial, de una manera del todo equivocada; pretendiéndose continuar viendo en él principalmente al antiguo súbdito de Carlos, que todo lo debía al Emperador, y de quien se creían autorizados á exigir un incondicional apoyo, como cumplimiento de imperioso deber. En tono propio de un mayordomo palaciego, se permitió Gattinara traer esto á la memoria al Jefe supremo de la Iglesia (4).

Pero la importuna presión de los españoles no logró sino confirmar á Adriano VI en la política de rigurosa neutralidad adop-

(1) Gachard, *Corresp.*, XLVI s., 140.

(2) *Ibid.*, 133 s. Höfler, 459 s., 465. Cf. Baumgarten, II, 223.

(3) Lepitre, 298 s. Höfler, 460 s. Para conocer las muchas pretensiones de Carlos V, es característica su carta á Margarita de Austria, con fecha 15 de Agosto de 1522, existente en el *Archivo público de Bruselas*, Pap. d'état reg. n. 35, f. 26 s.

(4) Brewer, III, 2, n. 2718; cf. Baumgarten, II, 257-260.

tada, y sólo cuando Francisco I hizo irrupción en Italia, declaró que estaba dispuesto á tomar partido contra él (1). El inconsiderado Don Juan Manuel promovió en este tiempo un incidente, que hubo de producir en Adriano la más dolorosa impresión. El cardenal Castelnau de Clermont, para emprender su viaje á Roma, á donde llegó á 6 de Diciembre de 1522 (2), se había hecho expedir un salvoconducto del Gobierno español, que debía darle seguridad contra las tropas imperiales. A pesar de esto, Don Juan Manuel hizo prisioneros á los que acompañaban al cardenal y embargó sus haberes, con lo cual incurrió en la pena de excomunión dictada contra aquellos que detenían á los que se encaminaban á Roma. A esto se agregaba ser Castelnau, no sólo embajador del monarca francés, sino cardenal y Legado de Aviñón; por lo cual, con aquel hecho se provocaba directamente al Papa. Habiendo sido infructuosas las negociaciones pacíficas, Adriano VI pronunció la excomunión contra Don Juan Manuel y solicitó que el Emperador desaprobara su proceder; mas las negociaciones acerca de esto aumentaron todavía notablemente la irritación en el ánimo de Carlos V (3).

Á pesar de lo ocurrido hasta entonces, Adriano VI seguía esperando un cambio de ideas de su antiguo discípulo; y para ganarle en favor de la causa común de la Cristiandad, había destinado para él la espada bendecida en la Nochebuena, que los papas suelen enviar á los defensores de la fe. Un accidente vino á turbar aquella solemnidad, pues el arquitrabe del ingreso de la Capilla Sixtina se derrumbó aplastando á un suizo, á muy poca distancia del Papa (4). Al Dux de Venecia, había llamado de

(1) Hüffer, 467.

(2) Esto lo anuncia *G. de' Medici en 8 de Diciembre de 1522 (*Archivo público de Florencia*). En una *carta de A. Germanello de 16 de Diciembre de 1522, se lee: El card. de Aus è venuto ad habitare ad una vigna del commendator de S. Spirito poco lontano dal palazzo per haver commodità negociar con el Papa. *Biblioteca de Mantua*.

(3) Cf. Gachard, *Corresp.*, 139 s., 153 s., 160, 185; Sanuto, XXXIII, 580 s.; Lett. d. princ., I, 109; Lepitre, 301 s. Acerca del enojado ánimo de Carlos V, cf. su carta á Sessa, publicada por Bergenroth, II, n. 521. De la *carta de Manuel á Carlos V, fechada á 8 de Octubre de 1522 (*Biblioteca de la Acad. de Historia de Madrid*), saqué el hecho interesante de que aquél había aconsejado al emperador, que enteramente no concediese ningún salvoconducto al cardenal Castelnau.

(4) Lett. d. princ., I, 110. Sanuto, XXXIII, 561. Brewer, III, 2, n. 2763. Ortiz en Burmann, 205. Jovius, Vita Adriani VI (cf. Steinmann, Sixtina, I, 166). *Car-

nuevo enérgicamente la atención Adriano VI, ya á 10 de Diciembre de 1522, sobre el peligro creciente con que amenazaban los turcos, y por medio del Nuncio Altobello, le había exhortado á prestar su auxilio (1).

A 1 de Enero de 1523 participaba Adriano al Emperador, que Francisco I había autorizado á su embajador para celebrar un tratado de paz; pero antes que éste se ajustara, debía firmarse una tregua por tres años; el Papa esperaba que Carlos accedería á ello, lo cual, por causa de la amenaza de los turcos, era más necesario que en tiempo alguno (2). Apenas se acababa de expedir este escrito, cuando llegó la noticia de que los imperiales habían saqueado la ciudad de San Giovanni, en los Estados de la Iglesia, y hecho prisionero al Comisario pontificio que allí estaba. Adriano, en otras ocasiones tan pacífico, se llenó con esto de indescriptible irritación; hizo llamar inmediatamente á Don Lope Hurtado de Mendoza, y le declaró, que sólo su grande propensión al Emperador le había detenido para no aliarse en seguida con Francisco I; contra los autores de aquel violento atentado, Don Juan Manuel y Próspero Colonna, iba á pronunciar la excomunión (3). Los imperiales entendieron que era menester hacer algo para apaciguar al Papa; y en orden á esto hizo el de Sesa que viniera el Virrey de Nápoles Carlos de Lannoy, el cual había contraído amistad con Adriano en los Países Bajos (4).

ta de L. Cati de 26 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivio pubblico de Modena*. *Carta de A. Germanello, de 29 de Diciembre de 1522, que se halla en el *Archivio Gonzaga de Mantua* (v. apéndice núms. 76 y 77). Los embajadores florentinos notifican desde Valladolid, el 8 de Junio de 1523: *Hiermattina nella chiesa di S. Paolo con solenne ceremonie prese questa M^a la spada et el capello mandati dalla S. di N. S. *Archivio público de Florencia*.

(1) *Breve de 10 de Diciembre de 1522. El original se halla en el *Archivio segreto pontificio*, Arch. s. Angeli, Arm. IV, c. II, n. 31. Ibid., n. 32, hay un *breve al cardenal Médici, de 10 de Diciembre de 1522, en que le dice el Papa que ayude á los húngaros.

(2) Bergenroth, II, n. 518.

(3) Ibid., n. 519. *Qua è notorio che la S^a di N. S. sta malissimo con li ill. s. Prospero Columna et marchese de Pescara per le invasioni, incendii et rapine de li castelli de Pallavicini de Piacentino et se la venuta di questo s. duca oratore Cesareo non la medica et tempera overo altramente si componga per certo si tiene ne habia a seguire qualche demonstratione vindicativa. Jac. Cortese á la marquesa Isabel desde Roma, 5 de Enero de 1523. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) *Carta de G. de' Médici, de 25 de Enero de 1523 (*Archivio público de Florencia*) y Blasius de Martinellis, *Diarium (*Archivio segreto pontificio*).

Pero el presentarse el Virrey en Roma tenía también otra causa diferente. Ya antes se habían recibido las más intranquilizadoras noticias acerca de la suerte de Rodas (1); y Lannoy trajo la nueva de que, conforme á seguras comunicaciones particulares, Rodas había capitulado. Adriano VI, al escuchar esta noticia, prorrumpió en lágrimas: «Sin embargo; todavía no lo puedo creer», exclamó. Desde aquel momento, declaró luego á los cardenales, no se atrevía ya á hacer gasto ninguno, pues quería emplear todas sus rentas para defensa de la Cristiandad, aun cuando hubiera de contentarse con usar una sencilla mitra de lino (2).

El 28 de Enero de 1523, se celebró un consistorio, á que dió principio el Papa con un discurso acerca de Rodas, declarándose dispuesto á vender todos sus objetos preciosos, para hacer la guerra á los turcos. Se acordó establecer una comisión cardenalicia, la cual debería ocuparse en el restablecimiento de la paz en la Cristiandad y la recaudación de recursos pecuniarios para la guerra contra los infieles (3). Luego al día siguiente se reunió dicha comisión (4). El espanto producido por la noticia traída por Lannoy, era tanto mayor, cuanto que, por el mismo tiempo, anunciaban de Alemania el progreso de los errores luteranos (5).

Según este último, Lannoy el 31 de Enero volvió á ponerse en camino de improviso.

(1) *Carta de V. Albergati de 9 y 12 de Enero de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Sanuto, XXXIII, 605. *Rhodi certissimamente è perso a patti xoe per deditione spontanea... Hosi N. S. ha lachrimato per pietate excusandosi non haver potuto tirar li principi christiani al suo soccorso. L. Cati en 27 de Enero de 1523. *Archivo público de Módena*.

(3) *Die merc. 28. Ianuarii 1523: S. D. N. fecit verbum de rebus Turcarum et de periculo, in quo versatur insula Rhodi, et ad hoc deputavit nonnullos rev. dominos cardinales ad cogitandum modum et formam in quo possit fieri concordia et pax inter principes christianos et ad inveniendas pecunias pro mantentione belli contra praefatos hostes fidei christianae (*Archivo consistorial del Vaticano*); cf. Blasius de Martinellis, *Diarium (*Archivo secreto pontificio*); *Carta de V. Albergati de 1 de Febrero de 1523 (*Archivo público de Bolonia*). Consta por la *relación de G. de' Medici de 28 de Enero de 1523, que en el consistorio se leyó también una carta del rey de Hungría. *Archivo público de Florencia*.

(4) *Carta de G. de' Médici, de 29 de Enero de 1523 (*Archivo público de Florencia*) y Blasius de Martinellis, *Diarium (*Archivo secreto pontificio*).

(5) *Heri giunse la infelice et dolorosissima nova della perdita de la isola et città di Rodi, la quale ha fatto restare tutta questa corte et maxime quelli che hanno intelligentia attoniti et stupetati. Piaccia a N. S. per sua misericordia

Otras relaciones aseguraban entretanto que Rodas continuaba resistiéndose; y tampoco Adriano parece haber creído del todo, por algún tiempo, en la pérdida de la isla; todavía á 3 de Febrero de 1523, acentuaba, en un escrito por demás cariñoso al Emperador, que mientras Rodas se hallaba en el mayor peligro, no podía él, por ningún concepto, entrar en la Liga á que Lannoy pretendía inclinarle (1). Pero de la alocución que pronunció Adriano VI en el Consistorio, á 11 de Febrero, se colige que ya entonces consideraba como perdido aquel importante baluarte. En la mencionada asamblea comunicó el Papa á los cardenales su resolución de mandar observar á los príncipes cristianos una tregua de tres ó cuatro años, imponer un diezmo y enviar legados, principalmente á Hungría (2). Pocos días antes, la embajada de obediencia del rey Ferdinando, había expuesto de una manera urgente el peligro en que se hallaba aquel país, y prometido auxilio contra los infieles (3).

A 23 de Febrero volvió á celebrarse consistorio, en el cual comunicó el Papa, que Francisco I se había declarado dispuesto á la paz; pero que faltaba todavía la respuesta de Carlos V y Enrique VIII; por lo cual proponía el Papa, que el Sacro Colegio invitara de nuevo á ambos príncipes á celebrar una paz, ó por lo menos, á admitir una tregua. El nombramiento de Legados para los príncipes cristianos se cometió al Papa (4), á lo cual siguió primeramente, á 27 de Febrero, el nombramiento de Colonna para Hungría (5).

pigliare la protectione de sua santissima fede, perche da uno lato el Turco, da l'altro Luttero et tra li principi tanta dissensione et rabie fanno che molti secoli sono la religione christiana non si trovò a maggior pericolo. N. S.^a per sua somma bontà non mancherà de fare tutte le possibili provisioni per la publica salute. V. Albergati en 27 de Enero de 1523. Cf. también la *carta de 12 de Enero de 1523, sobre el acrecentamiento del luteranismo en Alemania. *Archivo público de Bolonia*.

(1) Bergenroth, II, n. 525. Tampoco muchos otros creían entonces todavía en la pérdida de la isla; v. las *cartas de V. Albergati de 6 y 10 de Febrero de 1523, que se hallan en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. *Acta consist. en el apéndice n.º 80. Cf. Sanuto, XXXIII, 615; Ortiz en Burmann, 200 s.

(3) V. *Acta consist. (*Archivo consistorial*) y V. Albergati en 10 de Febrero de 1523 (*Archivo público de Bolonia*). El Papa ya había antes aconsejado se prestara auxilio á Hungría; acerca de sus planes, v. la *carta de G. de' Medici, de 23 de Enero de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(4) V. *Acta consist. en el apéndice, n.º 82; cf. Lett. d. princ., I, 111^b.

(5) Además de las *Acta consist. (*Archivo consistorial*), cf. la *carta de G. de' Medici, de 27 de Febrero de 1523 (*Archivo público de Florencia*), la *carta

El que Adriano se ocupara entonces, ante todo, de la defensa de Hungría era de todo punto razonable. Durante mucho tiempo se había puesto en duda en Roma la pérdida de Rodas, pues se recibían las más contradictorias noticias, llegando hasta decirse, que los turcos habían sido rechazados con grandes pérdidas. Hasta el fin se había esperado que aquella fuerte isla podría resistir (1); lo cual hizo que los ánimos se abatieran tanto más, cuando se obtuvo la completa certidumbre de que el Gran Maestre había sido obligado á capitular á 21 de Diciembre de 1522 (2). Los caballeros habían resistido con valor sin ejemplo y rechazado victoriosamente veinte asaltos; y sólo cuando hubieron quemado el último cartucho, tuvieron que aceptar una capitulación, por lo demás sumamente honrosa (3), aquellos heroicos defensores á quienes el Occidente había abandonado, á pesar de las exhortaciones de Adriano VI (4).

2

Cuando el embajador de Venecia comunicó al Papa una relación por menor de la caída de Rodas, exclamó el Pontífice con los

de A. Germanello, de 5 de Marzo de 1523 (*Archivo Gonsaga de Mantua*) y *In de V. Alberghati del día último de Febrero de 1523 (*Archivo público de Bolonia*).

(1) Cf. Lett. d. princ., I, 111^b. Todavía en 2 de Marzo de 1523, notificaba *G. M. della Porta, que Rodas hacía aún resistencia. *Archivo público de Florencia*. Cf. Lancellotti, I, 437.

(2) El Papa había tenido noticia *del todo cierta* de la pérdida del importante baluarte, lo más tarde, desde el 23 de Febrero, como consta de su carta á la reina de Inglaterra, Catalina (Gachard, *Corresp.*, 273).

(3) *Nonnunquam papa Adrianus scribebat in calce brevium ad reges et presertim ad imperatorem hanc clausulam: Benedicat te, fili carissime, Deus omnipotens tribuatque omne optatum ad defensionem fidei sancte sue. Cod. 1888, f. 29 de la *Biblioteca Angelica de Roma*.

(4) Noticias muy minuciosas sobre la pérdida de Rodas pueden verse en Sanuto, XXXIII, y Tizio, *Hist. Senen. (*Biblioteca Chigi de Roma*); cf. además Jovius, Vita Adriani VI; Vertot, Hist. d. Hospitaliers, III, 291-396; Charrière, I, 92 s.; Zinkeisen, II, 621 s.; Guglielmotti, Guerra, I, 217 s.; Hertzberg, 674 s.; Höfler, 477 s.; Hopf, Griechenland, 169 s.; Züricher Taschenbusch, 1888; Zeitschrift für Geschichte der Oberrheins, 1895, 576 s.; Röhrich, Pilgerreisen², 58 s. La acusación que levantaron á Adriano VI sus adversarios, tanto en Italia como en Suiza, de que la pérdida de Rodas no le había producido pena alguna, es estigmatizada por Höfler, 395, como «falsa y absurda». Cf. también Ortiz de Burmann, 204 s.; Raynald, 1522, n. 20, é ibid., 1523, n. 118 el juicio de Panvinio, como también Hefele-Hergenröther, LX, 284 s.

ojos arrasados en lágrimas: «¡Pobre Cristiandad; yo moriría contento si hubiera unido á los príncipes para la resistencia!» (1)

Con penetrante mirada reconoció el Papa la trascendental importancia de la conquista de Rodas y de las islas que dependían de ella, con lo cual quedó abierto para las flotas otomanas el paso, hasta entonces obstruido, entre Constantinopla y Alejandría, y metida una á manera de cuña entre las islas de Chipre y Creta, que se hallaban todavía en poder de los venecianos. Mientras los turcos se preparaban á levantarse con el señorío del Mediterráneo oriental, avanzaban asimismo un paso considerable para llegar á la conquista de Italia (2); y ya se hablaba de sus designios de intentar un desembarco en la Apulia. El Papa, escribe un agente de Wolsey, está sobrecogido de mortal angustia, y otro tanto les pasa á todos; en términos que, cuando Aníbal estuvo ante las puertas de la antigua Roma, no fué el miedo la mitad que ahora; pues se sabe que hay que habérselas con el mayor soberano del mundo. Muchas personas distinguidas se disponían ya á abandonar á Roma; y se creía que el Papa se dirigirla á Bolonia, con tanto mayor razón cuanto en Roma se habla vuelto á declarar la peste (3). Todavía se aumentó el temor cuando fueron apresados en Roma varios espías turcos (4).

La sensible pérdida que había sufrido la Cristiandad, envolvía una grave acusación contra la negligencia de las Potencias occidentales, y una no menor justificación de la política de Adriano. La idea de abandonar á Roma no pasaba por las mentes de este noble Papa: animosamente perseveraba en su lugar, á pesar de

(1) Sanuto, XXXIV, 28.

(2) Höfler, 482.

(3) Además de la relación á Wolsey, publicada por Brewer, III, 2, n. 2891, y la de Miguel da Silva, que se halla en el Corp. dipl. Port., II, 121 s., cf. Sanuto, XXXIV, 28, y la "carta de G. de' Medici á los Otto di Pratica, fechada en Roma á 3 de Marzo de 1522 [st. fl.]. Dicese en ella: "Per lettere di Vinetia affermono la perdita di Rodi e che in Candia havea cominciato a comparir de cavalieri di Rodi. N. S.", benchè sempre l' habbia creduta, ne sta di mala voglia ne si pensa habbia a tonersi sicuro qui per ogni piccola novità facessi el Turco in Puglia o le Marche e di già intendo si ragiona di fuggir la peste a Bologna seguitandoci di far danno. *Archivio público de Florencia*. V. también la "carta de V. Albergati, de 6 de Marzo de 1523, existente en el *Archivio público de Bolonia*.

(4) V. la "relación de V. Albergati de 6 de Marzo de 1523 ("Qui in Roma si sono discoperti alcuni Greci spioni di esso Turcho) que se halla en el *Archivio público de Bolonia* y la "carta de G. de' Medici, fechada en Roma á 11 de Marzo de 1522 [st. fl.], que se halla en el *Archivio público de Florencia*.

todos los peligros con que le amenazaban los turcos y la peste, esforzándose fervorosamente por salvar lo que todavía podía salvarse (1). Por de pronto dió un paso, acerca del cual mantuvo tan estrecho secreto, que, como anunciaba el embajador imperial, que ejercía sobre todas las cosas solicita vigilancia, ni el secretario pontificio Zisterer, ni otro alguno, tuvo el menor barrunto de ello (2). Después que Adriano, por medio de un escrito de 2 de Marzo de 1523, hubo rehusado su entrada en la Liga particular que le proponía Carlos V, y presentado sus querellas por los excesos cometidos por los servidores del Emperador, principalmente por Don Juan Manuel; al siguiente día dirigió á su antiguo alumno y señor, otro documento redactado con no menor libertad de ánimo. En él echa una mirada retrospectiva á sus esfuerzos, hasta entonces infructuosos, para mover al Emperador y á los demás príncipes á ajustar una paz, en orden á hacer la guerra á los turcos. No hay duda alguna de que el Sultán, hallándose en posesión de Belgrado y Rodas, continuará sus guerras de conquista, tanto en Hungría como en el Mediterráneo, y este peligro sólo podría evitarse ajustando los príncipes cristianos la paz entre sí. Sus esperanzas de que el Emperador sería el primero que concurriría á esto, habían salido por desgracia fallidas; mas si ahora Carlos y los reyes de Inglaterra y Francia no renunciaban á sus contiendas, por lo menos durante el tiempo de una tregua de tres años, y emprendían de común acuerdo la guerra contra los turcos, podría aún acontecer al Emperador, verse lanzado de sus Estados hereditarios. El peligro era tanto mayor, por cuanto algunos príncipes cristianos oprimían á sus súbditos más todavía que el Sultán; él, el Papa, estaba necesitado, por la obligación de su cargo, á imponer á los príncipes beligerantes la paz, ó por lo menos una larga tregua (3).

En aquel mismo día se expidieron escritos de tenor semejante, á los reyes de Francia, Inglaterra y Portugal; y poco después, también á otros príncipes cristianos, como Segismundo de Polonia. A Francisco le traía el Papa á la memoria, la suerte de los príncipes asiáticos, los cuales habían sido derrotados por los turcos por haberse mecido en una falsa seguridad. En virtud, pues, de

(1) V. Höffler, 482 s.

(2) Bergenroth, II, n. 534.

(3) Bergenroth, II, n. 532-533.

la obediencia que se debía al representante y Vicario de Cristo, le mandaba, conminándole con el castigo del Dios omnipotente, ante cuyo tribunal habría algún día de comparecer, que tan luego como recibiera este escrito diera su asentimiento para una tregua, y tomara después enérgica participación en la guerra contra los turcos. También el escrito dirigido al rey de Portugal está concebido en términos por demás severos. «¡Ay de los príncipes, se dice allí, si no emplean la soberanía recibida de Dios, para su gloria y para defensa de su pueblo escogido, sino abusan de ella para la contraria ruina!» (1) Al Colegio Cardenalicio excitó á que, en cartas particulares, recordara sus deberes á los reyes cristianos (2). Al cardenal Wolsey hizo notar Adriano VI, que el lugar más apropiado para las negociaciones acerca de la tregua era Roma (3); y además se volvió á enviar á Londres como Nuncio á Bernardo Bertolotti, con el encargo de influir también en Francisco I, á su paso por Francia (4). Con lágrimas en los ojos hizo el Papa á los embajadores que moraban en Roma, las más apremiantes reflexiones (5): ya le parecía ver á los turcos en Italia (6), pues se supo que, en su entrada en Rodas y en Constantinopla, habían clamado: «¡A Roma! ¡A Roma!» (7)

Con estas serias exhortaciones á las potencias cristianas, juntó Adriano VI decisivas medidas para recaudar los recursos pecuniarios indispensables para la cruzada; y á causa de la pobreza de la Cámara apostólica, se vió forzado á acudir á los diezmos y tributos, medios que, por otra parte, hubiera ahorrado de buena

(1) Las cartas respectivas pueden verse en Charrière I, 96 ss.; Rymer XIII, 790; Corp. dipl. Port. II, 116 s.; Acta Tomic. VI, 254 s. Cf. Ortiz en Burmann, 208 s.

(2) Charrière I, 103 ss. Brewer III, 2, n. 2871.

(3) Ibid. n. 2849.

(4) V. la *carta de A. Piperario, fechada en Roma á 16 de Marzo de 1523, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *relación de G. de' Médici de 1 de Marzo de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia* y Gachard, Corresp. LIII.

(5) Corp. dipl. Port. II, 123.

(6) *N. S. sa del certo che il Turco fa una spaventissima et tremenda armata a Costantinopoli per la impresa de Italia. V. Alberghati, en 11 de Marzo de 1523. *Archivo público de Bolonia*.

(7) *In la sua intrata et uscita di Rhodi li Turchi mai fecero altro che gridare Italia, Italia, a Roma, a Roma et altre tante hanno fatto nel suo triomphante ingresso in Costantinopoli. El Papa todo lo hace, reúne dinero, exhorta á la paz. Así lo notifica V. Alberghati, en 16 de Marzo de 1523. *Archivo público de Bolonia*.

gana. Ya á fines de Enero se había tratado de adoptar estas medidas, y el Papa dijo entonces á los cardenales, que él mismo quería vender su vajilla de plata: antes de imponer á los otros países un tributo para la guerra contra los turcos, quería principiar imponiéndolo á las provincias que le estaban sometidas (1). Estas medidas se pusieron ahora en ejecución: una bula de 11 de Marzo de 1523 imponía á todo el clero y á todos los empleados de los Estados de la Iglesia, un diezmo para los dos años próximos, destinado á la guerra contra los turcos, y cuya recaudación fué encargada al cardenal Fieschi. Adriano justificó esta medida, con el peligro en que se hallaban Roma y toda la Cristiandad (2). Se esperaba la inmediata publicación de esta bula (3), pero parece que los cardenales hicieron todavía alguna resistencia, y hasta 16 de Marzo no dieron su consentimiento, en un consistorio en que solicitó socorro el enviado del Banus de Croacia (4). A 18 de Marzo se pudo publicar otra segunda bula que obligaba á cada hogar de las ciudades de los Estados de la Iglesia al pago de medio ducado (5). Por medio de estos tributos se esperaba adquirir el dinero necesario para poder disponer para la guerra contra los turcos, un ejército de 50,000 hombres, cuyo mando superior se pensó encomendar al duque de Urbino (6). Es significativo, para

(1) V. la *relación de G. de' Médici, fechada en Roma á 29 de Enero de 1522 [st. fl.], en la que se lee: *S. S^{ma}... disse quando bisogni che vuole vender quanti argenti ha et altri che puo per tale impresa ne voler si gravassi per ancora altri potenti, ma che li sua subditi fussino li primi a cominciar ad aiutar. *Archivo público de Florencia*.

(2) Bula Etai ad amplianda ecclesiarum omnium commoda, existente en el Corp. dipl. Port. II, 124 ss. *Io non fo altro di et notte che fare minute et bolle per decime et impositione per tutta la Christianità etc. escribe V. Alberghati, el 11 de Marzo de 1523. *Archivo público de Bolonia*.

(3) *Domani si publicano le decime per tutto il dominio ecc^{mo} alli preti et qui sopra a tutti li ufitali. G. de' Médici, en 10 de Marzo de 1522 [st. fl.]. *Archivo público de Florencia*. Cf. *sanuto XXXIV, 39.

(4) *Acta consist. (*Archivo consistorial*). Cf. también la *carta de G. de' Médici de 16 de Marzo de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*, y *la de Andrés [Piperario] de 18 de Marzo [1523], que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) *In consistorio di stumatina è suto publicato la bolla di porre mezo ducato per fuoco a tutti li subditi della chiesa. G. de' Médici, en 18 de Marzo de 1523. *Archivo público de Florencia*. Cf. *Acta consist. en el *Archivo consistorial*; *relación de A. Germanello de 28 de Marzo de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua* y *carta de V. Alberghati de 20 y 31 de Marzo de 1523, que se hallan en el *Archivo público de Bolonia*.

(6) Así lo refiere Andrea [Piperario] en una *carta de 18 de Marzo [de 1523]

conocer el fervor del Papa, haber éste recibido entonces dinero por cargos y dignidades, contra los principios que en las demás ocasiones había profesado, lo cual justificó Adriano con el apuro de la Cristiandad, que hacía lícitos semejantes medios. El Papa (anunciaba el que daba estas noticias), se halla tan abatido por los cuidados, que casi se arrepiente de haber aceptado la tiara (1); pero no por esto desmayaba en sus esfuerzos para la defensa de la Cristiandad, en primer lugar del reino de Hungría, á la sazón principalmente amenazado. A 23 de Marzo tuvieron lugar acerca de esto, en el consistorio, largas deliberaciones: tratábase ante todo de recaudar los fondos que debían darse al legado destinado á Hungría, al cual se había de conceder además (aunque secretamente, y sólo para un caso de necesidad) facultad para que pudiera enajenar bienes de las iglesias húngaras, con el fin de defender aquel país contra los turcos (2). Al rey Ferdinando I le otorgó Adriano, por una bula de 4 de Abril de 1523, en consideración á la guerra contra los turcos, la tercera parte de la renta anual de todo el clero secular y regular del Tirol (3).

El embajador portugués, Miguel da Silva, en una relación á su Rey, aducía también, entre otras razones que debían moverle á enviar buques y dinero para la guerra contra los infieles, la forma de vida sobremanera santa del Papa, la cual debía mover á todo buen cristiano á amarle y prestarle eficaz auxilio (4). Mayor impresión hicieron en los príncipes las concesiones que se resolvió á hacerles Adriano VI; así concedió al rey de Portugal, para todo el tiempo de su vida, la administración de la Orden militar de Cristo, á lo cual se añadieron en lo sucesivo todavía otras muestras de favor (5). Al rey de Inglaterra procuró el Papa ganarle para la empresa de la cruzada otorgándole, con excepcionales dispensas, varias de sus pretensiones tocantes á los asuntos beneficiales de su omnipotente ministro el cardenal

existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *carta de V. Albergati de 23 de Marzo de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(1) Brewer III, 2, n. 2893.

(2) V. *Acta consist. (*Archivo consistorial*) en el apéndice n.º 84.

(3) V. Hirn, *Gesch. der Tiroler Landtage von 1518 bis 1525* (Erläuterungen zu Janssens *Gesch.*, herausgeg. von Pastor, IV, 5, Freiburg 1905) 59, donde hay pormenores acerca de la resistencia que se hizo á esta bula.

(4) Corp. dip. Port. II, 121.

(5) Ibid. 131 s., 134 s., 139 s., 140 s. Schäfer, Portugal III, 89; V, 150, 159.

Wolsey (1); y finalmente llegó á conceder á éste, para todo el tiempo de su vida, la legación de Inglaterra (2). Sobre esto logró Wolsey determinar á su soberano á enviar como embajador especial al doctor Clerk, para las negociaciones acerca de la paz y la tregua (3).

Francisco persistió, respecto del Papa, en la política hasta entonces por él seguida, que consistía en demostrar en la apariencia una actitud por extremo complaciente, asegurar con las más enérgicas frases su propensión á la paz y á la guerra contra los turcos; pero insistiendo al propio tiempo en que se le debía restituir previamente el Ducado de Milán como herencia suya legítima (4).

Después de haber recibido el apremiante breve de 3 de Marzo, se dijo que Francisco I había dado carta blanca para la paz (5); pero á fines de Marzo se recibió un escrito del Rey redactado en altanero estilo, en el cual volvía el monarca á sus exigencias sobre la previa restitución de Milán (6). Esto debió afectar al Papa tanto más penosamente, cuanto que Francisco I, todavía á 5 de Febrero, le había elevado, con la mayor sumisión, el expreso ruego de que, en virtud de su autoridad, tomara á su cargo las negociaciones para la paz y la tregua (7). Adriano

(1) Cf. Creighton V, 203; Hefele-Hergenröther IX, 281.

(2) El 22 de Febrero de 1523, le daba por ello las gracias Enrique VIII. Yo hallé el *original de esta carta en el *Archivo del castillo de Sant-Angelo*, Arm. IV, c. n. 26.

(3) C. Gachard, Corresp. LV.

(4) Cf. las dos *cartas de Francisco I á Adriano VI, fechadas la una en París, á 5 de Febrero de 1523 y la otra en St.-Germain-en-Laye, á 29 de Febrero de 1523 (Hay de ellas copias contemporáneas en el *Archivo público de Viena*). Las dos cartas son singularmente significativas. En la segunda ya se habla de la pérdida de Rodas, la cual lamenta mucho Francisco I, ponderando con las palabras más enérgicas que se pueden imaginar su pronta disposición para la guerra contra los turcos (*Nous qui desirons ne porter le titre de très chretien sans cause), y añade que ciertamente se le debe restituir á Milán porque charité bien ordonnée commence par soy.

(5) Esta importante noticia, que está confirmada por la indicación de Praet en Gachard, Corresp. LIV, se halla en una *carta de Andrea Piperario de 16 de Marzo de 1523: *De Franza se intende che'l re ha mandato la carta bianca al papa de la pace quasi per acquistare la benivolentia del papa et irritare S. S.^{ma} contra di Cesare. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) Gradenigo á 1 de Abril de 1523, en Sanuto XXXIV, 93 y Bergenroth, II, n. 540. Cf. nuestras indicaciones arriba, not. 4.

(7) *Très saintct père nous supplions et requerons encore très dévotement V^{re} d. S.^{re} qu'il luy plaise prendre en mains le faict de la paix universelle ou très-

salió enteramente fuera de sí, cuando todavía el cardenal Castelnau de Clermont pretendió, con altaneras frases, justificar el proceder de Francisco I. «El Rey, replicóle el Papa, es causa de que no se obtenga la tan necesaria paz.» Los cardenales á quienes el Papa se quejó de la contumacia del monarca francés, repusieron, que ningún árbol cae al primer hachazo; que Adriano debía enviar otro segundo breve (1); y el Papa siguió este consejo (2); pues todavía continuaba esperando que el rey de Francia cambiaría de sentir.

Mucho más políticamente se portó entonces el Emperador: el proceder resuelto de Adriano, y más todavía la circunstancia de tomar un curso desfavorable la guerra contra Francia en Picardía y en los Pirineos, habían producido una mudanza en el ánimo de Carlos V, ya á mediados de Febrero. Entonces hizo comunicar al duque de Sesa las condiciones bajo las cuales estaba dispuesto á aceptar una tregua ó la paz; pero era menester que ni el embajador inglés ni el francés se enteraran de nada de esto. Con tal complacencia pretendía Carlos ante todo, obtener la concesión, por tanto tiempo solicitada inútilmente, de la bula de Cruzada, y la cuarta parte de las rentas eclesiásticas en sus Estados (3). La pérdida de Rodas había indudablemente producido honda impresión en el ánimo del Emperador; pero otras eran las ideas de los que le rodeaban. Gattinara aconsejaba que no se diera respuesta ninguna al apremiante breve de 3 de Marzo (4); Carlos V se resolvió, no obstante, á enviar al duque de Sesa poderes para ajustar una tregua, teniendo presentes las cláusulas ofrecidas por

ve et en usant de son auctorité mecre peinne de la conduyre, faire treiter et concluire telle, que nul des d. princes n'ait cause de la réffuser. *Carta fechada en París, á 5 de Febrero de 1523. Hay de ella una copia en el *Archivo público de Viena*.

(1) Gradenigo, loc. cit.

(2) De este *breve, que falta en Charrière, fechado en Roma á 2 de Abril de 1523, y que empieza con las palabras: *Litterae M^{ae} tuae ult. februarii* [v. arriba p. 145, not. 4] *proxime praeteriti ad nos datae et paucis ante diebus exhibitae non modica animi admiratione nos affecerunt*; hallé yo el original en el *Archivo nacional de París* L. 357.

(3) Gachard, *Corresp.* LI, 174. Baumgarten II, 263-264. La *instrucción para Claude de Bissy de 15 de Febrero de 1523, citada por este autor según el archivo público de Viena, se halla también en el *Archivo público de Bruselas* (*Corresp. de Charles V, avec divers en Italie*). También hay aquí la *respuesta de Adriano VI al emperador, fechada en Roma á 15 de Abril de 1523.

(4) Bergenroth, II, n. 534.

Adriano VI. Al propio tiempo envió á Roma un memorial encaminado á justificar su modo de proceder hasta entonces y cambiar el ánimo del Papa. Las más de las propuestas que contenía aquel documento, no eran á la verdad otra cosa que una serie de ventajas que trataba de asegurarse Carlos V; y al propio tiempo, procuraba por medio de un extenso sistema de soborno, influir en aquellos que poseían la confianza del Papa (1).

Cuando las negociaciones habían llegado á este punto, ocurrió un acaecimiento que cambió de un golpe la situación de las cosas en Roma.

A su llegada á Italia, había hallado Adriano dividido el Colegio Cardenalicio, y el partido contrario á los Médici le presentó las más graves quejas, principalmente á causa del proceso seguido con motivo de la conjuración de Petrucci. Adriano no pudo menos de mandar incoar una revisión del mismo (2), la cual no dió, sin embargo, resultado alguno. La tentativa de reconciliar con el Vicecanciller Médici, al cardenal Francisco Soderini, amargado con particular saña (3), fracasó por completo; lo cual no es de maravillar; pues el Vicecanciller tenía noticia de la parte que había tomado Soderini en la conjuración tramada en Florencia (4).

Médici, que no podía consolarse de la pérdida de su gran influjo en la Curia, se había retirado á Florencia en Octubre de 1522 (5), dejando con esto á su adversario Soderini libre juego en Roma. Las desavenencias de Adriano con el Emperador, y el proceder por algún tiempo prudente de Francisco I, le

(1) Gachard, Corresp. LVI, 175 ss. Bergenroth II, n. 540. Höfler 487 s.

(2) Respecto á esto, Soderini desplegó una singular actividad; v. la *carta de G. M. della Porta de 13 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(3) *N. S. stringe de metter bona pace et concordia fra mons. rev^{mo} et Volterra; notifica G. T. Manfredi en 29 de Septiembre de 1522. Cf. también la *relación de G. de' Médici de la misma fecha (*Archivo público de Florencia*) y las *cartas de A. Taurelli de 28 de Septiembre y 1 de Octubre de 1522, que se hallan en el *Archivo público de Módena*.

(4) V. sobre la misma Giorn. stor. d. Arch. Toscani, III, 121 s., 185 s., 239 s.; Giorn. d. lett. Ital., XXXIX, 328 s.; Perrens, III, 89 s., y Zandonati, La congiura contra il card. G. de' Médici, Rovereto, 1891; cf. Arch. stor. Ital., 5 serie, X, 235.

(5) Supartida, efectuada el 13 de Octubre, la notifican G. de' Médici (v. arriba p. 90) y Castiglione en una *carta de 13 de Octubre de 1522, existente en el *Archivo Consaga de Mantua*.

fueron muy útiles; de suerte que el antiguo partidario de Francia fué ganando cada día más terreno en la confianza del Papa. Verdad es que Soderini acertó á ocultar á Adriano VI la parcialidad con que trabajaba en interés de aquella Potencia; antes bien simulaba, en la apariencia, entrar fervorosamente en los designios del Papa en favor de la paz, y le prevenía contra el cardenal de Médici, amigo del Emperador é inclinado á la guerra; y aun llegó á hacerle sospechoso de haberse enriquecido por medios ilícitos en tiempo de León X (1). El duque de Sesa y el cardenal Médici ejercían entretanto un solícita vigilancia sobre las relaciones de su adversario con Francisco I; y á fines de Marzo de 1523 logró el de Médici haber á las manos á un siciliano, llamado Francisco Imperiale, que, por encargo de Soderini, debía dirigirse á Venecia y Francia donde moraban sus sobrinos. En poder de dicho siciliano se hallaron cartas del cardenal en las que se decía, que si Francisco I difería todavía más tiempo el presentarse en Italia personalmente, le serían infieles los venecianos y los demás amigos que allí tenía; y habiéndose traducido los pasajes cifrados de las cartas, se reconoció tratarse de una conjuración en Sicilia para promover un levantamiento contra el Emperador, el cual, puesto en escena con la cooperación de Francia, serviría á Francisco I de señal para invadir el Norte de Italia. Además, en otras cartas, faltando enteramente á la verdad, se pintaba al Papa como partidario de Carlos V. El cardenal Médici envió inmediatamente su hallazgo al embajador imperial en Roma, y éste se apresuró á comunicarlo todo al Pontífice (2). Así el de Médici como el representante del rey Ferdinando, se regocijaron por haber á las manos una clara prueba de las malas artes de los franceses; y esperaban seguramente reducir por este medio á

(1) Jovius, *Vita Adriani VI*.

(2) Además de las relaciones de los embajadores de Portugal (Corp. dipl. Port., II, 143 ss., 162 ss.) y Venecia (Sanuto, XXXIV, 122 s.), v. la relación de F. Strozzi en el Arch. stor. Ital., 5 serie, XIV, 38; Cornelius de Fine, **Diario (Biblioteca nacional de París)*; la *relación de Balbi de 12 de Abril de 1523 (*Archivo público de Viena*), que se halla en el apéndice n.º 85, y la *carta de G. de Médici, fechada en Roma á 10 de Abril de 1522 [st. fl.], existente en el *Archivo público de Florencia*. Aquí al emisario preso se le llama Francisco Imperiale; cf. con eso el documento que se halla en Bergenroth, II, n. 539. V. también Brewer, III, 2, n. 3002; Jovius, *Vita Adriani VI* y de los modernos V. Epifanio en *Atti d. congress. internaz. di scienze storiche*, III, Roma, 1906, 385 s.

Adriano á abandonar su actitud neutral (1); para este fin no hubo medio que no pusieran en juego (2).

Adriano VI no quería, al principio, creer la traición de Soderini; pero pronto hubo de persuadirse de que aquel cardenal se había atrevido á trabajar contra sus ardientes deseos de paz, y en el momento crítico del mayor peligro de los turcos, atizar en Italia el incendio de la guerra. Resolvió, pues, arrancar la máscara al culpable y castigarlo severamente, no quedándole ya duda de que Soderini le había engañado también respecto del cardenal Médici. Antes de pasar más adelante llamó á éste, que era en el Sacro Colegio el jefe de los imperiales; y el de Médici, que hasta entonces había permanecido en Florencia, disgustado y en expectativa, acudió á su llamamiento con el mayor regocijo. Con una comitiva verdaderamente regia, compuesta de varios miles de jinetes, hizo su entrada en la Ciudad Eterna á 23 de Abril de 1523, saliéndole al encuentro hasta Ponte Molle las personas más distinguidas, varios cardenales y hasta algunos que habían sido antes sus mortales enemigos, como Francisco María della Róvere. A 25 y 26 de Abril se presentó en el Consistorio, y en este último día tuvo, después de comer, una audiencia privada con el Papa, acerca de la cual se dijo, que le había acompañado al Belvedere y luego á una viña, y que habían pasado juntos toda la tarde.

Al siguiente día, 27 de Abril, hacia las veintitrés (7 de la tarde), envió Adriano por el cardenal Soderini, el cual montó á caballo y se dirigió apresuradamente al Vaticano seguido de su comitiva. En los Banchi y en el Borgo se admiraron de que un cardenal fuese á la audiencia en hora tan desacostumbrada; media hora más tarde se vió regresar á la comitiva de Soderini sin el cardenal, y á poco se entendió que éste había quedado preso. En realidad era así.

(1) Algunos creyeron en Roma que todo el proceso contra Soderini fué una *pratica, puesta en escena hábilmente por los españoles, per fare saltare questo christianazo del papa a pedi gionti in la parte imperiale con questo mezo che non potra dire più de volere essere neutrale. Así lo dice L. Cati en una *relación cifrada al duque de Ferrara, fechada en Roma á 29 de Abril de 1523, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

(2) Bergenroth, II, n. 544. G. de' Medici escribe ya el 10 de Abril de 1523: *Non so quel che farà il papa per la sua bontà, pure questi Imperiali intendo li caricheranno li panni adosso quanto porranno. *Archivo público de Florencia*. V. también la relación de Balbi (*Archivo público de Viena*) en el apéndice n. 85.

Cuando Soderini se presentó ante el Papa en la torre Borja, encontró allí al cardenal Médici y al duque de Sesa. A las preguntas de Adriano, sobre si había escrito al rey de Francia, contestó Soderini negativamente; después de lo cual el Papa le puso ante los ojos las cartas interceptadas; y como el bellaco se empeñara todavía entonces en negar, concibió Adriano VI la mayor irritación y le declaró que estaba preso. Inútilmente suplicó Soderini que se le dejara en el Vaticano: fué conducido al castillo de Sant'Angelo, sin que pudiera seguirle ni uno solo de sus servidores. Aquella misma noche fueron embargados todos sus papeles y objetos de valor, y en un Consistorio celebrado á la mañana siguiente, expuso el Papa las razones de su proceder, y confió á los cardenales Carvajal, Accolti y Cessi, la inspección del proceso incoado contra Soderini. El cardenal prisionero en el castillo de Sant'Angelo se negó á tomar alimento; de suerte que el alcaide, movido á compasión, llegó á probar delante de él los manjares para excitarle á comer. También el Papa se compadeció de la avanzada edad de aquel varón, y en adelante le concedió tres de sus servidores y le hizo restituir sus haberes. Sin embargo, dejó curso expedito á los procedimientos judiciales, con tanto mayor razón cuanto se vino en conocimiento de que Soderini, durante la ausencia de Adriano, había procurado promover un cisma con el auxilio de Francia (1).

La caída de Soderini dió de un solo lance al Vicecanciller cardenal de Médici, una posición predominante en la Curia, y en su palacio reinó muy pronto una vida más activa que en el Vaticano; las antesalas estaban repletas de visitantes que aguardaban audiencia, y no pasaba día en que no se presentaran allí cuatro ó cinco cardenales. Ya se hablaba de que el cardenal Médici sería

(1) Además de Sanuto, XXXIV, 122-123, 137, 149, 221-222, v. Strozzi en el Arch. stor. Ital. 5 serie, XIV, 39; Ortiz en Burmann, 209; *carta de A. Germanello de 27 de Abril de 1523 (*Archivo Gonzaga de Mantua*; v. apéndice n.º 86); *carta de V. Albergati de 27 y 30 de Abril de 1523 (*Archivo público de Bolonia*); Sessa en Bergenroth, II, n. 545; Brewer, III, 2, n. 3002 y señaladamente la muy circunstanciada relación de Miguel da Silva, que hasta ahora no se ha publicado en ninguna parte, y se halla en el Corp. dipl. Port., III, 63 s. V. también P. Martyr, Op. epist., 778, y Jovius, Vita Adriani VI. Es un error, que Sauli formase parte de la comisión de cardenales, como refiere Höfler, 489, pues había muerto hacía tiempo (v. vol. VII, pág. 186). Más tarde, á los tres cardenales se les añadieron E. de Cardona y G. Ghinucci; v. Epifanio, loc. cit., 401. Sobre el consistorio de 28 de Abril de 1523, v. apéndice n.º 87 (*Archivo consistorial*).

el futuro Papa (1). También sobre Adriano VI fué desde entonces muy grande su influjo, y los imperiales observaron con satisfacción, que el Jefe supremo de la Iglesia se hallaba animado de sentimientos mucho más favorables hacia Carlos V; bien que se equivocaron, no obstante, cuando pensaron que Adriano estaba dispuesto á convertirse enteramente en partidario de la política española. Aun cuando el Papa hizo al Emperador una importante concesión, disponiendo, á 4 de Mayo, la anexión permanente á la Corona española de los tres grandes maestrazgos de Santiago, Calatrava y Alcántara (2), procuró, sin embargo, conservar como antes la neutralidad que convenía al Padre de toda la Cristiandad, en las grandes cuestiones de la política europea, promoviendo la paz por todos los medios posibles (3). Para este último fin, expidió á 30 de Abril una bula en la que, en virtud de su autoridad suprema, ordenaba para toda la Cristiandad una tregua de tres años, cuya observancia mandaba á los príncipes, so pena de las más graves censuras eclesiásticas, de inmediata excomunión ó interdicto. Bastante sangre cristiana se había derramado; los príncipes se habían encrudelecido ya demasiadamente unos contra otros, y tenían todos los motivos para obrar de suerte que no se les quitara el poder que se les había sido concedido por Dios (4).

En favor de Hungría, entonces la más próximamente amenazada (5), hizo Adriano todo cuanto estuvo en sus fuerzas (6). La misión del Legado destinado á aquel país, se había diferido por haber rehusado los cardenales en quienes se pensaba, primero Colonna (7)

(1) Sanuto, XXXIV, 221; cf. 123 y Albèri, 2 serie, III, 110, 125.

(2) Bull. V, 13 s. Höfler, 491.

(3) *N. Sig.* al presente non attende ad altro che a procurare la pace trali principi christiani. V. Alberghati, en 18 de Abril de 1523. *Archivo pubblico de Bologna*.

(4) La bula Monet nos se halla en Acta Tomic., VI, 271 s.; Bull., V, 10 s., y en el Corp. dipl. Port., II, 145 ss.; en este último lugar está el breve de 1 de Mayo, que acompaña á la misma. La bula, que se había concluido el 26 de Abril (*carta de A. Germanello de 27 de Abril de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*) se halla también en Sanuto, XXXIV, 180 ss. Cf. Rymer, XIII, 780.

(5) Cf. las *cartas de V. Alberghati de 24 de Abril y 5 de Mayo de 1523, existentes en el *Archivo pubblico de Bologna*.

(6) Cf. Panvinus en Raynald, 1523, n. 119. V. también Burmann, 67, 125, 212, 338.

(7) Cf. la *carta de A. Germanello de 14 de Abril de 1523, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

y luego Campegio (1); y porque la recaudación de los auxilios pecuniarios destinados á Hungría tropezaba con las mayores dificultades. Llenaba al Papa de profundo dolor, á vista de los peligros que por parte de Hungría se le pintaban con los más vivos colores (2), el no poder prestarle inmediato auxilio. Ya se temía en Roma que el rey de Hungría acabaría por ajustar la paz con los turcos (3); aun luego que se logró, finalmente, hallar un legado á propósito en la persona del cardenal Cayetano, todavía costó los mayores trabajos reunir la suma de 50,000 ducados que debía llevar consigo. El nombramiento de Cayetano como Legado para Hungría, Polonia y Bohemia, se hizo en un Consistorio de 8 de Mayo (4); pero acerca de la recaudación de los recursos pecuniarios se negociaba todavía en otro Consistorio de 27 del mismo mes (5). Los romanos oponían la mayor resistencia al pago del impuesto para la guerra contra los turcos (6); muchos, movidos á disgusto por los nuevos impuestos, llevaban su osadía hasta calificar de quimeras los esfuerzos del Pontífice para la cruzada (7). Esta falta de espíritu de sacrificio no molestaba al Papa menos que la duración de la peste en Roma (8). Desde el 19 de Mayo sufrió él mismo accesos de fiebre;

(1) A los muchos errores que se hallan en la «Geschichte der katholischen Reformation» pertenece también éste: que Campegio entonces había sido enviado realmente á Hungría.

(2) *Acta consist. (24 de Abril de 1523. *Archivo consistorial*.)

(3) *Qui sono lettere d' Ungheria e dubitasi forte chel re non s' accordi col Turco visto le poche provisione che si sono fatte e disengnono da farsi per la cristianità. *Carta de la embajada florentina de obediencia, fechada en Roma á 28 de Abril de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(4) *Acta consist. (8 de Mayo de 1523. *Archivo consistorial*). Cf. Sanuto, XXXIV, 149 y la *carta de G. M. della Porta, de 10 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(5) *Acta consist. (27 de Mayo. *Archivo consistorial*); v. en el apéndice n.º 88, la *carta de V. Albergati, de 30 de Mayo de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(6) *Carta de Abbadino de 24 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. Lett. d. princ., I, 114 s.

(7) Andrea [Piperario] escribe en cifra, el 18 de Marzo [1523]: *Qui ognuono se trova mal contento per il pessimo governo del papa e se dubita che la cosa de queste decime non sia una chimera e che non si faccia nulla che vaglia. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también Tizio, *Hist. Senen. *Biblioteca Chigi*.

(8) Cf. Sanuto, XXXIV, 188; *Carta de los embajadores florentinos para dar obediencia, fechada en Roma á 22 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*, y *Acta consist. (15 de Mayo de 1523. *Archivo consistorial*.)

pero el 27 se hallaba ya de nuevo restablecido (1); el mismo día se recibió la noticia de que el soberano de Valaquia había hecho ya sus paces con los turcos (2): «Cotidianamente, refiere el embajador portugués, habla Adriano del peligro de los turcos» (3). Repetidamente se ocupaba el Consistorio en los clamores de auxilio que llegaban, tanto de Hungría como de Croacia (4). El Papa tuvo que rehusar como temerario un plan propuesto con buena intención por los Minoritas, según el cual, todas las Órdenes debían formar tropas con sus religiosos (5); á todo esto se hallaba Adriano en la más extrema perplejidad; pues no podía enviar al Legado con las manos vacías (6). Al 1.º de Julio se pusieron, finalmente, en orden todas las cosas: Cayetano se despidió en el Consistorio de aquel día, y á la mañana siguiente emprendió su viaje en postas aceleradas (7). A 9 de Julio envió todavía el Papa

(1) Los embajadores especiales florentinos, que el 27 de Abril habían prestado obediencia (*Acta consist. existentes en el *Archivo consistorial*), refieren en 20 de Mayo de 1523: «N. S.^r hebbe hyeri uno poco di scesa e con epsa alquanto di febre. Sta nocte passata posò... Questo giorno è stato assai quietamente in modo si spera che non habbia haver altro e così a Dio piaccia che sarebbe troppa gran perdita. 22 de Mayo: El Papa no está todavía libre de la fiebre, pero va mejor. 27 de Mayo: *El Papa questa mattina cavalcho a S. Maria del popolo. *Archivo público de Florencia*. Cf. la *carta de Abbadino de 24 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. El embajador imperial ya pidió instrucciones para un conclave. Bergenroth, II, n. 553. La suposición de Höffner, 521. de que la enfermedad de Adriano fué efecto de envenenamiento, no halla ningún apoyo en las fuentes contemporáneas; v. abajo.

(2) *D' Ungheria hyeri ci furon lettere come il Valacho Transalpino sera accordato col Turcho, la quale cosa non è di picolo momento e da dispiacere assai a tucti quelli che sono fauctori della fede christiana. *Carta de los embajadores florentinos de obediencia, fechada en Roma á 28 de Mayo de 1523. Cf. la *carta de G. M. della Porta de 29 de Mayo de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(3) Corp. dipl. Port., II, 161.

(4) *Acta consist. (1 y 17 de Junio de 1523. *Archivo consistorial*). Cf. las *cartas de G. M. della Porta de 6, 10 y 21 de Junio de 1523, existentes en el *Archivo público de Florencia*, además Sanuto, XXXIV, 194-195, y la *carta de V. Albergati de 3 de Junio de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(5) Ortiz en Burmann, 213. *Carta de V. Albergati, de 30 de Abril de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*. Charrière, I, 102. Zinkeisen, II, 638 s. Histor. Taschenb., 3. Folge, VII, 575 s. Hefele-Hergenröther, IX, 285.

(6) Cf. la *carta de A. Germanello, de 25 de Junio de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) Acta consist. en Kalkoff, Forschungen, 134. *V. Albergati en 1 de Julio de 1523 (*Archivo público de Bolonia*). Cf. Corp. dipl. Port., II, 168; Sanuto, XXXIV, 193, 292, cf. XXXV, 114 s.; Ortiz en Burmann, 212 s.; Fraknófi, Ungarn,

á su camarero Pietro á la Marca con nuevos fondos, para comprar allí cereales para el ejército húngaro (1).

Desde hacía ya largo tiempo se temía, tanto en Ragusa como en Roma, que los turcos procurarían, enviando una flota contra Italia, dividir las fuerzas de los cristianos y hacerles desistir del socorro de Hungría. El Papa había hecho todo lo posible, escribe Vianesio Albergati, para restablecer la paz; pero los corazones de los cristianos estaban endurecidos. «Francisco I quiere á toda costa á Milán, Carlos V á Fuenterrabía, y Enrique VIII la Breña: sólo Dios puede venir en nuestra ayuda» (2).

Fué un acaecimiento satisfactorio para Adriano, la reconciliación, finalmente obtenida, entre Venecia y el Emperador. Desde hacía meses venía trabajando para ella, así directamente como por medio de su Nuncio (3); pero por mucho tiempo sin resultado. A 12 de Junio se recibió la noticia de ser inminente la reconciliación (4); pero esta nueva era, sin embargo, prematura. Todavía á 14 de Julio se vió obligado el Legado pontificio Tomás Campegio á emplear con el Dux enérgicas palabras, sobre la falta de amor á la paz que se manifestaba en la República (5), y el mismo Papa hacía las más severas reflexiones al embajador veneciano en Roma, llegando hasta amenazar con un

22 s.; *carta de A. Germanello de 1 y 3 de Julio de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) *N. S. oltre le bone provisione ha fatte et mandate col rev^{mo} legato hieraera mandò m. Pietro da Roma suo cameriere in la Marca per la posta con bona summa de denari a comprare frumenti et altre vituglie necessarie da mandare in Ungheria et Croatia per sussidio di quelli paesi. V. Albergati en 10 de Julio de 1523. *Archivo público de Bolonia*. Acerca del auxilio que Adriano VI prestó á Hungría informa más por menudo un *breve de Clemente VII á J. A. Pullio, baro Burgii, fechado en Roma á 30 de Marzo de 1534. En él se lee: *Cum sicut accepimus fe. re. Hadrianus VI praed. nost. triginta tria millia et 700 ac 50 ducat. monetarum novae ad rationem centum denarior. pro quolibet ducato in Ungariam miserit etc. Min. brev., 1534, vol. 48, n. 140. *Archivo secreto pontificio*.

(2) *Carta de V. Albergati de 5 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(3) Para eso, además de las noticias que se hallan en Sanuto, XXXIV, y Höfler, 512 s.; v. los *breves á T. Campegio de 15, 20, 31 de Enero y 12 de Febrero, á Fernando I de 4 de Febrero y á H. Adorno de 12 de Febrero de 1523 (este breve está en lengua española) que se hallan en los *Archivos públicos de Venecia y Milán*, respectivamente. Cf. Libri commemor., VI, 172.

(4) *Carta de los embajadores florentinos de obediencia, de 12 de Junio de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(5) Sanuto, XXIV, 298, cf. 263 s.

monitorio (1). Pero sólo después que los delegados imperiales hicieron muy importantes concesiones, se varió la situación. Inútilmente empleó la diplomacia francesa, todavía á última hora, todos sus recursos, para retener en su alianza á la República, y fué para ella fatal en este concepto, el haber enfermado ya en Mayo, en Ginebra, Ludovico di Canossa, el cual había sido enviado á Italia, y no pudo llegar á Venecia hasta principios de Julio (2). Desde allí escribía á 10 de Julio á la reina de Francia, que la alianza de Venecia era tan importante, que Francisco I debía acceder á todo para no perder aquella aliada (3). El hábil Canossa llegó demasiado tarde: á 29 de Julio se ajustó entre el Emperador, su hermano Fernando, el duque de Milán Francisco Sforza y Venecia, un tratado para defender á Italia contra cualquiera ataque de los príncipes europeos. El Papa había contribuido á ello sin separarse de su actitud neutral (4); pero en lo sucesivo tuvo también que abandonar ésta á causa del apasionado proceder de los franceses.

Así el partido francés de Roma, como Francisco I, consideraron la prisión del cardenal Soderini como un acto de abierta hostilidad por parte de Adriano VI, el cual habría cedido por injusta manera á la voluntad de Médici y los imperiales. El cardenal Trivulzio llegó á permitirse decir al Papa, en su rostro, que no se le había elegido para que encarcelara sin causa á los

(1) G. M. della Porta refiere en 30 de Junio de 1523: *N. S. con molta istanza sollecita Venetiani alla pace con Cesare, y en 23 de Julio: *Il papa ha parlato all' ambasciatore Venetiano sopra l' accordo tanto gagliardamente che quasi gli ha chiarito dover esser sforzato di publicar contro quel stato il monitorio quando recusì l' accordo, et S. S. si move sanctissimamente per la pace d' Italia. *Archivio pubblico de Florencia*. Cf. también Sanuto, XXXIV, 307.

(2) Las noticias que trae Orti-Manara (Ludovico di Canossa, Verona, 1845), 18, sobre la misión del vescovo di Bajosa, en el año 1523, son muy insuficientes. Los datos del texto están tomados de la correspondencia de Canossa todavía inédita, la que yo hallé en las *Bibliotecas capitular y comunal de Viena*, y acerca de la cual trataré en otro lugar, valiéndome de los datos que R. Rolland se ha servido poner á mi disposición. Cf. especialmente las *cartas á Francisco I de 16 de Mayo, á F. Robertet (cf. Bourrilly-de Vaissière, 34 s.) de 18, 21 (desde Lyon), 28 (desde Ginebra) de Mayo y de 2 de Julio de 1523 (desde Grezzano). Cf. también la *carta á la reina francesa de 1 de Julio de 1523.

(3) *Solo gli voglio dire che importando li sig^a Venetiani per le cose de Italie quanto importano che la M^a del re deve dare ogni cosa per non li perdere. *Canossa a Madama la regina di Francia, fechada en Venecia á 10 de Julio de 1523. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Sanuto XXXIV, 316 ss.; cf. Libri commem. VI, 171 s., 173; Bergenroth II, n. 566, 568, 570, 572, 576-577; v. Baumgarten II, 278; Sismondi XV, 54 s.

cardenales en el castillo de Sant-Angelo (1). También otros miembros del Sacro Colegio se querellaron del proceder del Papa que, según pretendían, mostraba poco respeto á la dignidad cardenalicia (2); pero Adriano no se dejó arredrar por estas querellas, como tampoco por las amenazas de Francisco I, y el proceso continuó su curso. El Papa quería que se procediera con rigoroso orden jurídico (3), y como Soderini lo negaba al principio todo, y además se puso enfermo en Junio, y durante mucho tiempo no se halló ninguno que quisiera defenderle; las actuaciones se dilataron con gran prolijidad. Se creía que terminarían con la deposición del cardenal, á quien se había convencido de alta traición, pero que Adriano se abstendría de pronunciar contra él la pena de muerte (4).

(1) Sanuto XXXIV, 149.

(2) *Carta de Abbadino, fechada en Roma á 6 de Mayo de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Así lo refiere *V. Albergati en 21 de Mayo de 1523. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Además de Sanuto XXXIV, 194, 237, 244, 257, 262, 285, 292, 302, 359; Berghenroth II, n. 555; State Papers VI: Henry VIII, v. 122; Luzio, Lett. di Giovio 25, 29 cf. las *cartas de los embajadores florentinos de obediencia, de 28 de Mayo (*Questo giorno sono stati incontanente a esaminare mons. di Volterra e tre cardinali deputati), 4 de Junio (*L'examina del card. di Volterra si va continuando. Como él está enfermo, pide un médico, lo que le será concedido), 14 de Junio (*La examina del card. di Volterra e di Bernardo d'Averragano non se potuto finire rispetto che l'uno di loro e l'altro hanno facto ammalato et N. S. non mostra di curarsene molto forse parendoli che quello che ha confessato et confirmado sino aqui sia abastanza per poterne pigliare ogni deliberatione), 17 de Julio (*La examina di Volterra è finita). Muy por menudo da cuenta de esto G. M. della Porta; 16 de Mayo: *Il processo di Vulterra si fa et trovasse che ha errato gravemente contra N. S., la cui S^a par che gli usi troppo clemenza a lasciarlo tanto vivere. 29 de Mayo: *Gli tre rev^{mi} deputati giudici ne la causa di Vulterra havendo prima renuntiati di esser hanno ubediti a N. S., che ha voluto così et sono stato allo examine, del quale intendo che non ne hanno per ancora cavato altro se queste due parole: non so, non mi ricordo. 3 de Junio: *Mi vien detto che havendo minacciato la giustizia di dar la tortura a Vulterra ha confessato tutto quello che prima havea negato. 10 de Junio: *Dicesi chel processo contro Vulterra è finito et che dimani gli giudici hanno da fare la relatione in consistoro. 17 de Junio: Soderini será condenado (Lett. d. princ. I, 116). 24 de Junio: *Il processo contro Vulterra non si sollecita più con diligenza; el Papa le ha dado un defensor. 30 de Junio: *N. S. rinova la diligenza nel processo di Vulterra. 4 de Julio: Soderini niega, pero con todo confiesa algo. 11 de Julio: *Le cose di Vulterra si sollecitano assai; ello sta di la persona peggio assai del solito et N. S. ha commesso agli physici soi che lo visitino. 17 de Julio: Las opiniones sobre Soderini son muy diversas. *Archivo público de Florencia*. Cf. también *la carta de A. Germanello de 11 de Julio de 1523, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. El proceso contra

Aun cuando Bernardo Bertolotti, vuelto de su misión a mediados de Mayo, trajo muy desfavorables noticias sobre la disposición de los príncipes cristianos para unirse entre sí (1), no desfalleció Adriano VI en sus esfuerzos para procurar la paz. Francia no quería admitir una tregua sino, cuando mucho, por dos meses; mientras los imperiales exigían un armisticio, por lo menos, de medio año. El Papa era de parecer que, en todo caso era de grande importancia poner algún principio; y confiaba que la esperada misión de Canossa á Roma produciría mudanzas favorables (2); pero el mencionado diplomático no venía, al paso que las negociaciones de los imperiales con el cardenal de Clermont dejaban augurar cada día menos probabilidades de buen éxito. Perdidas todas las esperanzas, regresó el cardenal á Aviñón á 23 de Junio (3). A 15 de Junio había rogado Adriano VI al monarca francés, entablara nuevas negociaciones con el Nuncio pontificio. El Papa le suplicaba que, al menos finalmente, obrara del modo que correspondía á su alta dignidad y á su nombre de Rey Cristianísimo, lo cual era tan necesario para la defensa de la Cristiandad (4).

Pero el Rey «Cristianísimo» no pensaba, ni remotamente, en prestar oídos á semejantes reflexiones. El cambio que se había producido en la Curia en beneficio del Emperador, por efecto de la traición de Soderini, había llenado á Francisco I de un furor que no conocía límites; y habiendo mandado Adriano guardar la

Soderini va adelante, escribe Sessa en 28 de Julio de 1523, á la duquesa de Saboya, y creo sin duda que su B^a le castigara conforme á sus deméritos que son pequeños (*Archivo público de Viena*). El 8 de Julio de 1523 participa V. Albergati, que el Papa ha querido en vano dar cima al proceso, antes que los cardenales fuesen á veranear (*Archivo público de Bolonia*). En 8 de Agosto de 1523, escribe Jovius: Volterra sta per esser scappellato. Braghirolli, Lett. ined., Milano 1856, 25.

(1) *Carta de los embajadores florentinos de obediencia de 15 de Mayo de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(2) *La tregua per dui mesi si pratica ancorche gl'Imperiali dicono volerla almeno per sei, pur N. S^{re} inclina á darvi in ogni modo qualche principio et tanto più venendo Bayosa, come dicono che vene col mandato di prorogarla bisognando et che l'arivata sua sarà al più alto á S. Giovanni. G. M. della Porta desde Roma, en 15 de Mayo de 1523; cf. también la *carta del mismo, de 13 de Mayo. *Archivo público de Florencia*.

(3) Sanuto XXXIV, 149, 156, 193, 262. *Carta de G. M. della Porta de 17 de Mayo y 24 de Junio de 1523 (*Mons. d' Aus parti hieri). *Archivo público de Florencia*.

(4) Charrière I, 106 ss.

tregua, á causa de la guerra contra los turcos, llegó á decir: que el verdadero turco á quien se debía combatir, era el clero (1). Hablando con el embajador de Venecia, en la segunda mitad de Junio, hízole observar que el Derecho canónico prohibía que el Papa impusiera una tregua con pena de excomunión; mas si Adriano persistía, con todo eso, en hacerlo, él le opondría un antipapa (2).

También debe proceder sin duda de aquella época el escrito, enteramente inaudito, en que Francisco I amenazaba al Papa con la suerte que había sufrido en Anagni Bonifacio VIII; esto es; con que se vería atacado en el Vaticano por la violencia de los franceses, y privado de su libertad y aun por ventura de la vida (3). En la introducción de esta amenazadora carta, comienza Francisco I por enumerar los merecimientos que había alcanzado Francia respecto de la Silla Apostólica, desde el rey Pepino hasta él mismo. Aquéllos que debían reconocer estos merecimientos, destruían ahora los privilegios franceses y empleaban su potestad para impedir la devolución de Milán á Francia. Con urgentes frases se trae además allí á la memoria, que los papas habían temido siempre el poder del Emperador en Italia, y

(1) Relación mantuana escrita desde Roma, en Sanuto XXXIV, 193.

(2) Carta de Badoer de 24 de Junio de 1523, en Sanuto XXXIV, 289.

(3) La minuta original se halla en la *Biblioteca nacional de París*, Ms. Franc. 3002, f. 1-6. Hay una copia (utilizada por Lepitre 315) en Ms. Franc. 8527, f. 1 s. Con la falsa dirección «á Clemente VII» está impresa esta carta con muchos defectos en el Arch. stor. Ital. App. I, 396 s. Mejor, aunque no del todo correcta, es la reimpresión que se halla en Cabinet hist. XIII (1867) 1, 62 s.; aquí se retrasa por error el documento á Mayo de 1523. Höfler, que trae 507 ss. un resumen muy bueno de la carta, del que me he servido en el texto, advierte solamente: «Es imposible que esta carta pueda ser la misma que dice Bergenroth (Introduct. CLXXVI), que Adriano recibió el 28 de Marzo de 1523», y luego más adelante expresa la conjetura (524), que la verdadera fecha podría ser el 4 de Julio. Lepitre, 315, cree que Adriano contestó á la insolente carta con el afable breve de 15 de Junio. Pero esto es pedir demasiado al amor de la paz del Papa. Aunque tampoco es verdadera la conjetura de Höfler. Sácase esto, y al mismo tiempo la demostración de que la carta realmente fué enviada, de dos relaciones de G. M. della Porta. Este notifica en 25 de Junio: «Dicesi chel re di Franza ha scritto al papa mirabilmente sopra la liberation di Vulterra. En 26 de Junio: E stato vero chel re di Franza ha scritto al papa ferventemente sopra la liberation di Vulterra licentiando da la corte sua il nunzio di S. S^{ma} et revocando Bayosa, il quale deve esser a questhora in Venetia et l'altri che veneano in sua compagnia se ne sono ritornati di longo al suo re et parlase del impresa de Italia. *Archivio público de Florencia*.

hallado en Francia la protección contra él. Mas los defensores de los Estados de la Iglesia sufrían ahora los perjuicios, y los enemigos de ella obtenían los provechos. Aun cuando él había temido desde el principio, que el Papa Adriano se dejaría empujar por los caminos de León X; había siempre estado, sin embargo, persuadido de su bondad y rectitud, así como de que pensaría en la salud de su alma, y en su honra y ancianidad, para no tener ante los ojos sino el derecho y la equidad, como Padre común de los príncipes cristianos. Desgraciadamente los primeros temores no habían sido infundados; pues Soderini solamente había sido reducido á prisión por haber comunicado el de Médici al Papa que favorecía á Francia; si, pues, dominara el derecho y la igualdad, debería procederse de la misma manera con los adversarios del Rey. Francisco I califica de cosa muy extraña, que el Papa haya publicado una tregua de tres años so pena de censuras eclesiásticas, como si él, el Rey, fuera enemigo de la paz, á pesar de que para procurarla había tenido un delegado en Calais, y enviado al Papa su secretario á Niza, y luego á Clermont á Roma; y cuando Adriano le requirió para ajustar una tregua para defensa de la Cristiandad, se había declarado dispuesto á ella, con tal que se le restituyera Milán, su posesión legítima. Y como el Papa hallara que esto último iba demasiado lejos, había él enviado á Roma delegados para ajustar la paz ó una tregua por dos meses, ó aun para más largo tiempo. Más no había podido hacer. Pero cuando entendió que el Papa quería publicar una tregua incondicional, había prohibido á sus enviados acceder á ello, y expuesto al Papa por qué razones no aprovecharía nada una tregua de tres años. Si Adriano ordenara con censuras una tregua, sin entenderse con los príncipes, y sin determinar fijamente dónde habrían de dirigirse los contingentes para el ejército cruzado; las tropas francesas serían atacadas en caso de acudir. Adriano había repartido á los adversarios del Rey bulas para recaudar fondos, mas á él le había olvidado. Si fuera tan fácil á los papas excomulgar á los príncipes, traería esto las peores consecuencias, y las almas grandes no podrían hallarlo bueno. Los privilegios de los monarcas franceses, los defenderán sus súbditos hasta derramar la última gota de su sangre; por lo cual ninguna censura podía dictarse contra él sin observancia de las formas y solemnidades correspondien-

tes. Los predecesores de Adriano habían guardado esto perpetuamente, y aunque es verdad que el Papa Bonifacio había emprendido algo contra Felipe el Hermoso, tuvo mal resultado: «Seguramente pensaréis también en ello, conforme á vuestra prudencia.» Una tregua por tres años le ataba las manos á él, el Rey, y le impedía defender sus Estados, si Carlos se dirigiera á Italia durante aquel tiempo, so pretexto de la coronación imperial. Era cosa de maravillar, que los cardenales que aconsejaban ahora semejante tregua, no la recomendaran cuando León X se disponía á quitar á los franceses Milán, por más que entonces sitiaron los turcos á Belgrado. Lo que Adriano intentaba ahora tenía, sin duda, la apariencia de ir encaminado contra los turcos; pero en realidad iba contra él, el Rey. Era pues menester que el Papa no hiciera lo que no convenía á un prudente y buen pastor, para no producir, en lugar de paz, turbaciones todavía mayores. Desde que se había esparcido la noticia de la tregua, sus contrarios no cesaban de hacer grandes preparativos para el ataque, que él, sin embargo, estaba dispuesto á rechazar. De otra suerte, en caso de que los turcos acometieran á Hungría ó á Nápoles, estaba dispuesto á oponerles resistencia personalmente; por consiguiente, si quisiera Su Santidad concederle las bulas para recaudar fondos, semejantes á las que había concedido á sus adversarios, no haría el Papa con esto sino cumplir lealmente su obligación.

Al mismo tiempo que esta amenazadora epístola, llegó á Roma la noticia de que Francisco I había roto las relaciones diplomáticas con el Nuncio pontificio (1). Lo que Adriano, con su actitud rigurosamente neutral — permanece incommovible como un peñasco en medio del mar, escribía el Embajador de Enrique VIII — se había esforzado por impedir, es á saber, una irremediable desavenencia con Francia, llegó á estallar finalmente.

Para los enemigos de Francisco I no podía dejar de ser por extremo apetecible el brusco proceder que el monarca francés usaba con el Papa; y más que nunca apremiaban á éste los representantes del Emperador y del rey de Inglaterra á ajustar una alianza ofensiva y defensiva para proteger á Italia contra los franceses, sus comunes enemigos, y poner á Francisco I en la

(1) Cf. arriba p. 158, not. 3, la *carta de G. M. della Porta de 26 de junio de 1523.

imposibilidad de mover guerra en adelante. El cardenal Médici, cuyo influjo continuaba siendo muy grande con Adriano VI, se adhirió á ellos; mas aun entonces perseveró el Papa en negarse á tomar partido de esta suerte, como de él se pretendía (1). Se creía tanto más obligado á ello, por cuanto no se le ocultaba que, el definitivo rompimiento con Francisco I, traería en pos de sí consecuencias de todo punto incalculables. «No quiero declararme contra Francia, escribía á Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles, porque en el mismo día en que esto hiciera, faltarían los recursos que vienen de aquel Reino, de los cuales vive principalmente mi Corte; y porque sé de buena fuente, que el rey de Francia favorecería los errores de Lutero y ordenaría en nueva forma los negocios eclesiásticos de su Reino (2).

También algunos cardenales que intercedían por que se hiciera gracia á Soderini, señalaban á Adriano VI con la mayor urgencia, los peligros que, en caso de proceder ásperamente, debían temerse del poder de Francia, de la energía juvenil de Francisco I, y de la hostilidad de sus consejeros contra Roma (3).

Mas si estos dictámenes se mantenían dentro de los términos de una prudente moderación, no faltaban tampoco otros partidarios de Francia que representaban de una manera ofensiva al Papa, cuidadoso de observar la más rigurosa neutralidad, que no podía otorgar mayores concesiones á sus paisanos y á aquellos que le habían procurado la tiara, pues, en caso contrario, se hacía sospechoso á los demás soberanos. Estas mismas personas establecían como axioma, que Francia había de poseer la Lombardía (4).

Aun cuando á principios de Julio se supo que Francisco I

(1) V. la relación de Clerk de 11 de Junio de 1523, publicada por Brewer III, 2, n. 3093; cf. de Leva II, 172.

(2) *Carta de Lannoy á Carlos V, fechada en Nápoles á 15 de Julio de 1523. *Bibl. de la Acad. de Historia de Madrid*, A. 28. Cf. de Leva II, 172.

(3) Por Sanuto XXXIV, 359 se sabía, que se habían pedido los dictámenes de los cardenales acerca del proceso de Soderini. Tres *dictámenes de este género, dirigidos á Adriano VI, hallé yo en la *Biblioteca Vaticana*, en Cod. *Vat. 3920, f. 60-61, 137 hasta 137*, y 140-140*. Los publicaré en las *Acta pontif.* Merece notarse, que los dictámenes dan como indudablemente auténticas las cartas en que Soderini instigaba á la guerra á Francisco I.

(4) Cf. la *Oratio ad S. D. N. Adrianum VI, que se halla en el Cod. Vatic. 3890, f. 35-40 y 6559, f. 81-83* de la *Biblioteca Vaticana*. v. Domarus (*Hist. Jahrb.* XVI, 85) tiene esta pieza equivocadamente por un discurso del embajador húngaro.

había prohibido todo envío de dinero á Roma (1), difirió aún Adriano VI el tomar una resolución definitiva, y antes quiso conocer todavía el parecer de Lannoy, con quien se hallaba unido en amistad, desde su permanencia en los Países Bajos. Un breve de 18 de Julio le requirió, pues, á dirigirse á Roma en secreto con la mayor celeridad (2).

Lannoy acudió inmediatamente; él, el duque de Sessa y el cardenal Médici, lo propio que los embajadores ingleses (3), apremiaban con la mayor fuerza al Papa para que se coaligara con el Emperador (4); principalmente el de Médici, que todos los días se presentaba al Papa por lo menos una vez, era infatigable en su empeño (5). Los mencionados podían hacer observar, que Francisco I había reunido numerosas tropas al pie de los Pirineos, en Suiza y cerca de las fronteras de Italia, para poner por obra sus amenazas desde hacía tanto tiempo repetidas, y emprender la guerra para la reconquista de Milán. Vinales muy bien á los imperiales, el haberse recibido un nuevo escrito del monarca fran-

(1) *El re de Francia ha levate tuete le expeditioni de Francia ad la corte de Roma et non vole li ne venga alcuna. Darà gran danno ad li officii. Carta de A. Germanello al canceller de Mantua, fechada en Roma á 3 de Julio de 1523. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(2) *Breve de 18 de Julio de 1523 (*Archivo público de Viena*), que está en el apéndice, n.º 90.

(3) Anibal y J. Clerk, llegado el 3 de Junio para prestar la obediencia. V. la *carta de G. M. della Porta de 3 de Junio de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*. Cf. Hölzer 502 ss.

(4) Además de la relación que se halla en Bergenroth II, n. 573, cf. la *carta de los embajadores florentinos de obediencia, de 24 de Julio de 1523. Según ella, Lannoy llegó la tarde del 23, et questo giorno decte desinare a mons., ill^{mo}. Dipoi se ne andorno insieme a palazzo e con loro el duca di Sessa e li oratori Inglesi, dove sono stati infino ad nocte e vedesi che da ognuno è sollicitato forte questa lega. En 25 de Julio, notifica G. M. della Porta, que Lannoy ya se parte por la tarde. Dicesi che N. S. farà concistoro lunedì o martedì. V. también la *carta de G. M. della Porta de 26 de Julio de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*. Según la *carta de V. Albergati de 27 de Julio de 1523, no partió Lannoy hasta el 26 de Julio. *Archivo público de Bolonia*.

(5) *El card. de Médici ogni di una volta almeno è col papa; ellos deliberan sobre lo que hay que hacer si los franceses invaden á Italia, refieren los embajadores florentinos de obediencia, el 17 de Julio de 1523 (*Archivo público de Florencia*). Según la *carta del Archidiacono Gabbioneta, fechada en Roma á 25 de Julio de 1523, decía ya entonces Médici, que la Liga entre el Papa, el emperador é Inglaterra se publicaría el miércoles (*Archivo Gonsaga de Mantua*). Por una *carta á Francisco I, de 22 de Julio de 1523, Adriano denegó la confirmación de la elección del obispo de Sitten. Ms. Beth. 8535, f. 65, de la *Biblioteca nacional de París*.

cés, de 18 de Julio, en virtud del cual no se podía ya dudar de sus designios de invadir á Italia, con un proceder doblemente culpable, en atención al creciente peligro de los turcos (1). El Papa comprendió que debía abandonar ahora, como destituido de toda esperanza, el papel de mediador de la paz, que hasta entonces tan rigurosamente había conservado (2); y con esto no creyó, en manera alguna, ser infiel á la política hasta entonces seguida, pues ya antes había acentuado que, en caso de invadir Francisco I la Italia, se vería precisado á tomar partido contra él (3).

La epístola de Francisco I, en que amenazaba á Adriano con una suerte parecida á la de Bonifacio VIII, estaba tanto más presente al ánimo del Papa, cuanto que el Rey, en otro escrito de Julio dirigido á los cardenales, se expresaba por semejante manera (4). A 16 de Julio invocó Adriano el auxilio de Enrique VIII (5); y cuánto temiera un acometimiento de los franceses, lo mostró el hecho de haber tomado prevenciones para guardar con seguridad las puertas de Roma (6). Era evidente que el Papa abrigaba cuidados por su libertad y aun por su vida; y sólo cuando las cosas hubieron llegado á este extremo, cediendo á la fuerza de las circunstancias, abandonó la conducta neutral que hasta

(1) Cf. la *Carta del nuncio de Hungría de 25 de Junio de 1523, la que remitió G. M. della Porta en 16 de Julio. V. también la *relación de este último de 22 de Julio. *Archivio público de Florencia*.

(2) V. las relaciones de M. Foscari en Sanuto XXXIV, 350. G. M. della Porta escribe el 13 de Julio de 1523: *Il papa ha detto haver per certa la liberatione della passata de Francesi in Italia, et hieri mandò per l' homo del s. Alberti di Carpi usandogli queste parole: Gli Francesi vengono et tuo padrone è Francese. Noi vogliamo la roccia nostra di Reggio. Scrive che subito ne la restituisca, et così appresso S. S^a gli ne scrisse breve. Hor in tutta Roma non si parla d' altro che di questa callata. El 15 de Julio: *S. S^a non ha nova alcuna del suo nuncio in Franza, anzi teme, chel non sia in sua libertà... Qua dicono bisognando di far duo millia fanti Spagnoli... Al papa era stato proposto dal Colonna che in tanta necessità di denari S. S^a facesse la restitution di Modena e Reggio con ducento millia duc. et far il duca confalloner de la chiesa, la quale non monstra di volervi attendere. *Archivio publico de Florencia*.

(3) Cf. arriba p. 135.

(4) Sanuto XXXIV, 340 ss. En el Cod. *Vat. 6198, f. 1 s., la carta lleva la fecha, no de 4 de Julio de 1523, como en Sanuto y Cod. Vat. 3890, f. 18, sino de 5.

(5) Brewer, III, 2, n. 3185.

(6) Este hecho interesante lo refiere A. Germanello al canceller de Mantua en una *carta de 22 de Julio de 1523 (*Archivio Gonzaga de Mantua*). También se sospechó que fué intencionado el incendio que hubo en el Vaticano la noche del 11 de Julio de 1523; v., en el apéndice n.º 89, la *carta de A. Germanello de 12 de Julio de 1523.

entonces había conservado (1). A pesar del proceder hostil de Francisco I, no quiso, sin embargo, ni aun entonces, entrar en una Liga ofensiva, como lo procuraban los imperiales, y solamente se declaró dispuesto á ajustar una alianza defensiva, creyéndose deudor de esta reserva á su posición, como Padre común de la Cristiandad. El bien universal de Europa, la paz de Italia y la defensa contra los otomanos, continuaban siendo, como antes, sus más elevadas normas (2).

A 29 de Julio se celebró un consistorio, el cual abrió Adriano con un discurso acerca del peligro de los turcos, y la necesidad de que los príncipes cristianos, en vez de perturbar la paz de Europa, opusieran resistencia á los infieles. En prueba de las inclinaciones belicosas de Francisco I, leyó la epístola, llena de amenazas y ataques, que aquel monarca había dirigido al Papa, y luego también el escrito á los cardenales redactado en el mismo tono. Acerca de si, en vista de la inminente invasión de los franceses, convenía ajustar una alianza defensiva para la protección de Italia, se manifestaron diversos pareceres, pero, finalmente, de los veintiocho cardenales que asistieron al consistorio, sólo cuatro dieron un voto negativo, es á saber, los cardenales Monte, Fieschi, Orsini y Trivulzio (3).

(1) H88er 511.

(2) Cf. Ortiz en Burmann 214 y la *carta de G. M. della Porta, fechada en Roma á 27 de Julio de 1523, quien, dando cuenta de la tardanza de Adriano en proceder contra Francia, añade: *Dio faccia che N. S. sia degli soi desiderii tutti pienamente soddisfatto essendo la mente de S. S^{ma} dirizata al ben di la religion christiana tanto sanctamente quanto fosse mai animo d' altro pontefice (*Archivo público de Florencia*). El 28 de Julio notifica á la duquesa de Saboya la entrada del Papa en la Liga. La *carta se halla en el *Archivo público de Viena*.

(3) Cf. *Acta consist. (*Archivo consistorial*) en el apéndice n.º 12; Sessa en Bergenroth II, n. 594; la *carta de los embajadores florentinos de obediencia, de 29 de Julio de 1523 (*N. S. questa mattina pubblicò nel consistoro la lega da farsi... Li rev^{mi} da pochissimi infuora aprovarno unitamente la lega da farsi, e crediamo si publicherà sollemnemente in S. Maria del popolo el dì di S. Maria della neve. A Dio piaccia che e sia la salute e quiete de' la christianità come si desidera), y la *relación de G. M. della Porta, fechada en Roma á 30 de Julio de 1523. Aquí se refiere expresamente, que tanto la carta de Francisco I á los cardenales, como la dirigida al Papa, fué leída en el consistorio. Más adelante se dice: *Tra gli cardinali nel votare questa deliberation quatro ve ne sono stati contrarii: Monte, Fiesco, Uraino et Trivulzi; gli dui Venetiani Grimani et Cornaro non vi si sono trovati. *Archivo público de Florencia*. Es falso que sólo se opuso un cardenal (Baumgarten, II, 280). Cf. también la *relación de V. Albergati de 31 de Julio de 1523, que se halla en el *Archivo pú-*

Por la Liga firmada por Adriano á 3 de Agosto (1), se aliaron el Papa, el Emperador, Enrique VIII de Inglaterra, el archiduque Fernando de Austria, el duque de Milán, Francisco Sforza, el cardenal Médici, en nombre de los florentinos, Génova, Sena y Lucca, para cuidar, de común acuerdo, de poner en pie de guerra un ejército capaz de repeler á los franceses de la Lombardia; Adriano se obligó á pagar para este fin, 15,000 ducados mensuales, y como jefe superior del ejército designó á Lannoy, con cuyo nombramiento declaró estar conforme Carlos V (2).

Los imperiales se entregaron al júbilo: «La Liga y el Tratado de Venecia con el Emperador, escribía el duque de Sessa, han producido una completa mudanza en el estado de la política europea»; la influencia de Médici estaba entonces, al parecer, sólidamente establecida (3). Así en Roma como en toda Italia, el nuevo rumbo de las cosas fué recibido con casi universal aplauso; y aun aquellos que hasta entonces se habían opuesto con hostilidad á Adriano, alababan ahora al excelente Papa, señalado por su piedad; cuyo prestigio creció también notablemente por el procedimiento contra Soderini. Muchos entendían ahora que los reproches fundados en su pretendida irresolución, habían sido injustos (4). En numerosos círculos se tuvo por removido el peligro

blico de Bolonia, y la *relación de L. Catí de 31 de Julio de 1523, existente en el *Archivo público de Modena*, quien cita como opuestos á esta deliberación, á Fieschi, Orsini y Trivulzio.

(1) Cf. la *carta de los embajadores florentinos de obediencia, de 3 de Agosto de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*, y la carta de Gabbioneta del mismo día, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también Raynald, 1523, n. 111, y Ortiz en Burmann, 214 s. Lepitre, 317, equivocadamente traslada ya la alianza al 3 de Abril.

(2) El texto del convenio no está publicado; sólo se conoce su contenido; v. especialmente Guicciardini, XV, 2, quien, entre otras cosas, aduce como cláusula del mismo, que los contratos debían conservar su fuerza durante la vida y un año después de la muerte de cada uno de los contrayentes; la cantidad convenida de dinero y tropas debía ser otorgada inmediatamente sólo para tres meses. Cf. Sismondi, XV, 56 s., y Ebses, *Politik Klemens'* VII, 561. Ya ha notado este último que Vettori, 347, indica ser 15000 ducados, y Guicciardini 20000, la suma con que contribuyó el Papa. Los imperiales habían deseado que se hubiese concedido á Carlos V el nombramiento del generalísimo; v. **Responsio data per oratores Caesaris duci Albaniae in urbe* en la *Biblioteca del Re de Turín*, *Miscell. polit.*, n. 75, p. 242 ss.

(3) Bergenroth, II, n. 582; Baumgarten II, 280.

(4) Jovius, *Vita Adriani* VI. Tizio pertenecía, naturalmente, á aquellos que estaban muy descontentos con el influjo de Médici; cf. su **Hist. Senen. Cod. G*, II, 39, de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

de una irrupción de los franceses y por cierto que se lograría emprender una expedición contra los turcos (1).

A 5 de Agosto, fiesta de Santa María de las Nieves, se publicó solemnemente la Liga en Santa María la Mayor; y el Papa se dirigió ya el día antes, para este fin, á la mencionada basílica. Parece haber temido asechanzas por parte del partido francés; pues, contra la costumbre observada por Julio II y León X, fué allá á caballo, rodeado de la guardia suiza. Era la primera vez que el Papa atravesaba la Ciudad con sus ornamentos pontificales, y regresó al Vaticano en extremo fatigado (2).

La cabalgata bajo el ardiente sol de Agosto, y un enfriamiento, y más todavía las excitaciones de su ánimo, obligaron al Papa, cuyo estado de salud no venía ya siendo el mejor desde hacia largo tiempo (3), á rendirse en cama luego después de esta solemnidad. La lucha entre los partidos francés é imperial le habían mantenido en una no interrumpida sobreexcitación, y ahora, cuando había ya sobrevenido el desenlace, sentíase desfallecer (4). Pesaba gravemente sobre su ánimo el que, á pesar de su amor á la paz, se veía forzado á tomar parte en la guerra, bien que sólo por la necesidad extrema de reprimir á los que perturbaban la unión de la Cristiandad (5). Por muy grande que fuera la alegría del Emperador (6) y de sus partidarios, no les parecía, sin embargo, haber obtenido bastante con una mera

(1) Cf. las características *cartas de V. Alberghati, de 24 de Julio y 5 de Agosto de 1523, existentes en el *Archivo público de Bolonia*, de L. Cati, de 3 de Agosto de 1523, que se halla en el *Archivo público de Módena*, y de G. M. della Porta, de 20 de Agosto de 1523, que se halla en el *Archivo público de Florencia*, V. también Janssen-Pastor, II^a, 332 s.

(2) Los datos del texto están tomados de la puntualizada *relación de Gabbioneta, de 5 de Agosto de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también la *carta de los embajadores florentinos de obediencia, de 5 de Agosto de 1523, que se halla en el *Archivo público de Florencia*, y Negri en Lett. d. princ., I, 116.

(3) Ya á mediados de Julio se hallaba indispuerto por efecto del gran calor; v. la *carta de L. Cati, de 13 y 19 de Julio de 1523, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

(4) Además de Bergenroth, II, n. 594, cf. la *carta de Gabbioneta, de 7 de Agosto de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, y Jovius, Vita Adriani VI.

(5) V. Höfler, 526.

(6) Además de la carta de Carlos, citada por Gachard, LXVI, cf. también su *carta á Lannoy, fechada en Burgos, á 1 de Septiembre de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bruselas*, Corresp. de Charles V.

alianza defensiva, y esperaban que lograrían determinar á Adriano á entrar en una alianza ofensiva contra Francisco I; pero el estado del Papa hizo por de pronto imposible toda negociación. Todas las audiencias quedaron suspendidas (1), y como también el datario Enkevoirt se hallaba indispuerto, los asuntos quedaron durante algún tiempo enteramente paralizados. Reinaba un calor verdaderamente intolerable, por efecto del cual muchos, y entre otros también el cardenal Grimani, enfermaron gravemente (2).

Acerca del estado del Papa se dijo, tratarse de un enfriamiento que le había atacado al principio al cuello, y luego después á los riñones (3). Cuando hubo reventado la apostema del cuello, sintióse Adriano algo mejor; y así pudo, á 12 de Agosto, recibir al marqués de Pescara, el cual se había dirigido apresuradamente á Roma en interés del Emperador (4).

Por más que continuaban los ardientes calores (5), se mejoró la salud del Papa, el cual pudo dejar el lecho y volver á celebrar

(1) *Tutti li aditi sono preclusi, escribe Gabbioneta el 10 de Agosto de 1523 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). V. también la *relación de los embajadores florentinos de obediencia, de 11 de Agosto, citada más abajo, nota 3.

(2) *El card. Grimani ha la febre e se dubita assai di lui, por estar desfallecido y por causa del extremo caldo et quodammodo insupportabile che fa adesso in Roma, quale è tanto che non gli è memoria che mai el fosse simile et per questo infiniti caschano amalati. La peste va pur pigliando, ma non fa molto danno. Gabbioneta en 10 de Agosto de 1523. Cf. también la *carta del mismo de 12 de Agosto, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, y Sanuto, XXXIV, 363, 371, 378, 385. *Molti se amalano et moreno et gli caldi sono eccessivi da pochi di in qua, escribe G. M. della Porta en 10 de Agosto de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. Ortiz en Burmann, 216. Los embajadores florentinos de obediencia notifican, el 10 de Agosto de 1523: *N. S. è stato indisposto 4 giorni d' un poco di ascesa che ha facto capo, secundo intendiamo, sotto l' orecchio, e questa mattina ha rocto di dentro; sperasi che in brevissimi di sarà libero a ogni modo. En 11 de Agosto: *El papa va guarendo e domattina ha detto di voler dare audientia al m. di Pescara; è stato 5 ó 6 giorni che non ha dato audientia a persona ne voluto fare faccende di nessuna sorte (*Archivo público de Florencia*). Gabbioneta, en su *relación de 10 de Agosto, habla también de la descesa assai gagliarda nella maxilla dextra, que padecía Adriano VI (*Archivo Gonzaga de Mantua*). El dolor de riñones lo menciona expresamente V. Albergati en sus *relaciones de 5, 9 y 12 de Agosto de 1523. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Hoy Pescara fué á ver al Papa, quien se halla mejor, pues la apostema se ha abierto. Gabbioneta, el 4 de Agosto de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Por efecto del cual enfermó también Gabbioneta de fiebre; v. su *carta de 20 de Agosto de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. la *carta de G. M. della Porta, de 23 de Agosto de 1523, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

la misa y despachar algunos negocios; y aun cuando había quedado muy enflaquecido y se sentía muy débil, creyóse, sin embargo, en su pronto y completo restablecimiento (1). Un inesperado ingreso le hizo posible, por este tiempo, pagar su contribución a la Liga (2).

El cardenal Grimani murió en la noche del 26 de Agosto (3); mas Adriano, por el contrario, hacia el fin del mes quedó restablecido, aun cuando experimentaba grande inapetencia (4). A 27 de Agosto concedió audiencia al embajador de Venecia, donde el día de la Asunción de la Virgen Santísima se habían publicado la paz y la Liga (5); y, lleno de gozo, otorgó entonces á la Señoría la facultad de imponer dos diezmos á su clero (6). Al propio tiempo excitó al Dux á que enviara tropas á los puntos

(1) Además de las *cartas de los embajadores florentinos de obediencia, de 17, 19, 22, 23, 25, 26, 28 y 30 de Agosto de 1523, cf. las *relaciones de V. Albergati, de 12, 16 y 21 de Agosto (*Archivio público de Bolonia*), y las *cartas de G. M. della Porta de 14 de Agosto (*N. S. sta bene et promette fra dui di dar audienza), 19 de Agosto (*N. S. sta pur ancora un poco indisposto di dolore di renelle, et la discesa che comenzò all' orechia è callata nel braccio, ma del uno et l' altro S.^{ma} sta in miglioramento); 20 de Agosto (*N. S. sta pur rinchiuso come di molti di in qua. Hoggi intendo, che si ha fatto cavar sangue, ma di certo nulla si po intendere, chel palazzo sta abandonato et gli medici non escano mai de le camare, dove habita S.^{ma}; pur credesi chel mal sia poco); 27 de Agosto (*N. S. ha cominciato ad negociare qualche poco et puossi dir guarito del tutto), que se hallan en el *Archivio público de Florencia*. Cf. también la *carta de A. Germanello de 20 de Agosto de 1523. El 28 refiere el mismo: *El papa sta meglio, ma è anchora debile e ha quasi perso lo appetito. *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(2) G. M. della Porta notifica, el 23 de Agosto de 1523: *N. S. va megliorando, ma fa adagio come fanno e vechli; è morto un chiericho di camera chiamato mons. d' Illermet, che gli ha lasciato meglio di XX^o duc. d'ufitii, che è cosa da farlo guarire a facto. *Archivio público de Florencia*. Sobre el pago de los derechos, v. Vettori, 347.

(3) G. M. della Porta, que el *23 de Agosto anuncia el desabuciado empeoramiento del estado de salud de Grimani, escribe el 27 de Agosto, que el cardenal murió la noche pasada (*Archivio público de Florencia*). Cf. Sanuto XXXIV, 387, la *carta de V. Albergati de 28 de Agosto de 1523, existente en el *Archivio público de Bolonia* y el *Diarium de Blasius de Martinellis, que se halla en el *Archivio secreto pontificio*.

(4) Cf. las relaciones de V. Albergati de 21, 24, 28 y 29 de Agosto de 1523, existentes en el *Archivio público de Bolonia*.

(5) *El papa... non da anchora audientia; heri solo la dexte a lo orator Veneto. A. Germanello en 28 de Agosto de 1523. *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(6) El original del breve al dux con la facultas imponendi clero duas decimas, lleva la fecha de 5 de Septiembre de 1523 (*Archivio público de Venecia*); Sanuto XXXIV, 394 a., 400, 413 ss. y Libri comm. VI, 175. El 1 de Septiembre, que se halla en Höfler 528, es un error.

amenazados de la frontera. Al marqués de Mantua, Federico Gonzaga, se le envió orden de incorporarse al ejército imperial en Plasencia, y proteger á Alejandria (1). A 31 de Agosto, día aniversario de su coronación, celebró el Papa un consistorio en su aposento; pero se halló demasiado débil para tomar parte en la misa pontifical (2).

A 1 de Septiembre, Lille d'Adam, Gran Maestre de los Sanjuanistas, llegó á Roma, donde Adriano le señaló habitación en el Vaticano, y le honró de todas maneras (3). Venía á tratar de la nueva residencia de los caballeros arrojados de Rodas, y de sus labios escuchó Adriano todos los pormenores sobre la pérdida, para él tan dolorosa, de aquella isla (4). Si esto hubo de ejercer un influjo pernicioso en el anciano y enfermo Papa, no le impresionarían menos desfavorablemente las noticias sobre la guerra comenzada en Lombardía, que alejaba por un tiempo indefinido la realización de sus más nobles designios, respecto de la paz de Europa, la cruzada y el concilio de reforma (5). El dolor por esto, influyó indudablemente en la nueva enfermedad que acometió al Papa á 3 de Septiembre. En Roma se esparció ya el rumor de que había muerto, y los cardenales comenzaron á

(1) Gachard, *Corresp.* 277 s., 279 s., y en el apéndice núms. 93-95, los breves de 26 de Agosto y 8 de Septiembre de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Lett. d. princ. I, 118; la *carta de V. Albergati de 2 de Septiembre de 1523, existente en el *Archivo público de Bolonia*, y la *carta de L. Cati de 2 de Septiembre de 1523, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

(3) V. la *carta de los embajadores florentinos de obediencia de 1 de Septiembre, y *la de G. M. della Porta de 1 de Septiembre de 1523, existente en el *Archivo público de Florencia*, como también la de L. Cati de 2 de Septiembre de 1523, que se halla en el *Archivo público de Módena*; Sanuto XXXIV, 395; el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*; Lett. d. princ. I, 118; el *Diarium de Blasius de Martinellis, que se halla en el *Archivo secreto pontificio*. El gran maestre vivía en las stantie di Innocentio (VIII), notifica V. Albergati en 2 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Bolonia*). Cf. Charrière I, 110. Acerca de una nueva residencia para los de Rodas, Adriano VI, ya en 30 de Junio de 1523, había pedido el parecer del rey de Portugal. Corp. dipl. Port. II, 171 s.

(4) Consta de la carta que trae Luzio, Lett. di P. Jovio 29, que también Jovio había recibido de boca de los defensores las interesantes particularidades del sitio de Rodas, que cuenta en su Vita Adriani VI.

(5) Sanuto XXXIV, 378, 385. Gregorovius VIIP, 411. G.M. della Porta refiere, el 6 de Septiembre de 1523: *E gionto un cavallaro hoggi, che testifica la venuta del Christianissimo con potentissimo exercito. *Archivo público de Florencia*.

tratar de la elección de Papa (1); pero la naturaleza tenaz de Adriano pareció vencer todavía el mal otra vez; á 6 y 7 de Septiembre se halló de nuevo notablemente mejor (2), y entonces suscribió la bula en que se concedía á Carlos V, y á sus sucesores, la facultad de presentar prelados de su elección para los obispados y abadías consistoriales de los reinos de España, con la única excepción de las vacantes *in Curia* (3). La mejoría del Papa resultó engañosa: en la noche del 7 de Septiembre se produjo un agravamiento tal, que el enfermo no se forjó ya ninguna ilusión, y conoció que se aproximaba su muerte. A la mañana convocó cabe sí á los cardenales y les rogó que otorgaran el nombramiento de cardenal de Enkevoirt, á quien á 11 de Marzo de 1523 se había concedido el obispado de Tortosa (4). Este ruego del Papa gravemente enfermo, en favor de su fiel servidor y amigo, halló resistencia, pues el Datarío era odiado por su índole áspera y severa. Por la tarde se sintió el Papa tan débil que casi no podía hablar. Apenas se encontró algo mejor á la siguiente mañana (9 de Septiembre), mandó hacer á los cardenales, por medio de Heeze, reflexiones en virtud de las cuales una parte de ellos prometió dar su voto para la promoción de Enkevoirt. El 10 todavía reunió otra vez Adriano á los cardenales en consistorio, en la habitación en que se hallaba enfermo; y haciendo observar la antigua costumbre, de que los papas otorgaran su título cardenalicio á una persona de su confianza, les rogó accedieran á que él concediese esta gracia á un varón sabio y bueno; y cuando todos hubieron asentido, nombró al datario Enkevoirt; el

(1) V. Foscari en Sanuto XXXIV, 398, como también las *relaciones de los embajadores de 3 y 5 de Septiembre 1523, las dos *cartas de G. M. della Porta de 6 de Septiembre de 1523 (*Archivio pubblico de Florencia*) y la *carta de V. Albergati de 5 de Septiembre de 1523 (*Archivio pubblico de Bolonia*).

(2) El papa, notifican los embajadores florentinos, está mucho mejor: **passaggia senza affanno, non ha febbre e ha la voce gagliarda et parli sentirsi meglio*. G. M. della Porta participa el 7 de Septiembre: *N. S. ha continuato, Dio gratia, il miglioramento. Ha oído hablar con enfado de las negociaciones acerca de la elección de Papa. *Archivio pubblico de Florencia*. Cf. la *carta de L. Cati de 7 de Septiembre, existente en el *Archivio pubblico de Modena*.

(3) Rigant. in reg. I, cancell. s. I n. 284, 285. Mariana, De reb. Hisp. XXVI, 2. Höfler 533. La Fuente V, 139. Archiv für Kirchenrecht X, 16. Gams III, 2, 155.

(4) *Acta consist. del vicecanciller, que se hallan en el *Archivio consistorial del Vaticano*. A Enkevoirt y á sus sucesores en Tortosa dió Adriano VI el privilegio de llevar solideo encarnado; v. Barbier de Montault, Le costume I, Paris 1898, 230, y The Burlington Magazine 1905, 287.

cual, con disgusto de la Corte, fué inmediatamente recibido en el Sacro Colegio (1).

Acabado el consistorio tomó el Papa algún alimento, después de lo cual le acometió una calentura sobremanera intensa. Como ésta hubiera cedido hacia la mitad del día siguiente, no consintió el enfermo que le apartaran de volverse á dedicar con fidelidad conmovedora á los negocios. Expidió algunas bulas y breves, suscribió súplicas y llegó hasta dar audiencias, por más que le fatigaba grandemente el hablar. La mejoría continuó el 12 de Septiembre (2), á pesar de lo cual, los médicos, que desempeñaban su oficio con todo celo, desahuciaron al enfermo, no pudiendo atajar ni la fiebre ni el rápido caimiento de fuerzas. Consumida de los cuidados y solicitudes, de la ancianidad y la enfermedad, se apresuraba rápidamente á su fin aquella vida cuya conservación hubiera sido de tan grande importancia para el bien del mundo Cristiano (3).

Con asentimiento de los cardenales dictó entonces el enfermo sus últimas disposiciones, en las cuales puso otra vez de manifiesto su horror á todo género de nepotismo. A la *famiglia* dejó solamente aquellos haberes que había llevado á Roma desde España, pero nada de los bienes que siendo Papa había adquirido. Sus posesiones en los Países Bajos, especialmente en Lovaina y Utrecht, debía enajenarlas Enkevoirt para gastar el producto en pobres y en fines piadosos, en sufragio de su alma; su casa de Lovaina la destinó para establecer un colegio de estu-

(1) V. la importante **relación de G. Germanello, de 12 de Septiembre de 1523 (*Archivo Gonsaga de Mantua*). Cf. además la **carta de Salamanca, de 12 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Viena*), la *carta de los embajadores florentinos, de 10 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Florencia*), y *las de V. Alberghati de 8 y 10 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Bolonia*); Bergenroth II, n. 597; Sanuto XXXIV, 402, 409-410; Ortiz en Burmann 217; Blasius de Martinellis en Höfler, 532.

(2) V. la *relación de A. Germanello de 12 de Septiembre de 1523, la *carta de V. Alberghati de 12 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Bolonia*), la carta de L. Cati, de 12 de Septiembre de 1523 (*Archivo público de Módena*) y Sanuto, XXXIV, 410.

(3) Höfler, 534. L. Cati escribía ya en 11 de Septiembre de 1523: *In summa le cose di N. S. vanno peggiorando — está perdido per esser extenuato et fiaco et ridotto ad extrema magrezza; più si parla del novo papato che di altro. *Archivo público de Módena*. Los embajadores florentinos refieren, el 13 de Septiembre de 1523: *N. S. ha passato questa nocte sanza accidenti e così questa mattina, nondimeno è molto debole, e si questa febre gl'ia a durare al caso suo non si vede rimedio. *Archivo público de Florencia*.

diantes pobres, el cual dotó abundantemente. Preguntado acerca de su sepultura, prohibió toda ostentación de fausto, y quiso que para sus exequias no se gastaran más allá de 25 ducados. Recibió la Extremaunción con el mayor fervor, y mientras pudo hablar, procuró consolar á sus amigos. Apacible, piadosa y santamente, como había vivido, escribe uno de éstos, terminó también su vida (1).

Era el 14 de Septiembre hacia las 19 (las 2 de la tarde), cuando el último Papa alemán, y último también no italiano, rindió su noble alma (2). Los codiciosos romanos sospecharon que había amontonado grandes tesoros en su gabinete de estudio, que guardaba rigurosamente (3); pero no encontraron allí, fuera de algunas sortijas y piedras preciosas de León X, sino cartas y otros papeles. En todo cuanto dejó, no se hallaron, según los más altos cálculos, más allá de 2,000 ducados (4).

Como el cadáver quedó muy desfigurado é hinchado, se extendió en seguida la sospecha de que Adriano había muerto por envenenamiento, y los españoles echaron entonces en cara á los holandeses, que no habían sido bastante previsores, permitiendo á algunos franceses entrar en la cocina del Papa. Pero la autopsia del cadáver no ofreció ningún punto de apoyo á la suposición de que Adriano hubiera sido víctima de un criminal atentado; á pesar de lo cual, siguieron muchos abrigando esta sospecha, en particular, por cuanto también Próspero Colonna murió por ve-

(1) V. la carta de Guillermo de Lochorst, publicada por Burmann, 218 s., 507; cf. también Blasius de Martinellis en Gatticus, 440; Ortiz en Burmann, 218 s.; Sanuto, XXXIV, 410, 439 y Corp. dipl. Port., II, 174 s. Según Sanuto, XXXIV, 438, determinó Adriano que el asunto de Soderini se decidiese en el futuro concilio. Sobre las disposiciones testamentarias confiadas á Enkevoirt y su ejecución, cf. Archief v. kerkelijke geschiedenis IX (1838), 152 s., 185; Kerkelyk Nederlandsch Jaarboek 1848, 171 y Archief v. h. Aartsbisdom Utrecht, XXVIII (1902), 141 s. Sobre el colegio de Lovaina, que todavía subsiste, v. Burmann, 22 s., 31 s.; Annuaire de l'univ. de Louvain, 1879, y Anal. p. s. à l'hist. eccl. de la Belgique, XVII (1882), 87 s.

(2) Cornelius de Fine, en su *diario (*Biblioteca nacional de París*), pone las 18, como la hora de su muerte; los embajadores florentinos (*Archivio pubblico de Florencia*) hore 18 ¹/₂; Germanello, en consonancia con Blasius de Martinellis, dice que Adriano murió á las 19 horas.

(3) Jovius, Vita Adriani VI.

(4) Sanuto, XXXIV, 410, 430, 439. Respecto de la escena referida por Sessa (Bergenroth, II, n. 601), ya advirtió Höfler, 536, que ni los venecianos, ni Blasius de Martinellis dicen nada de ella. Tampoco ofrecen confirmación alguna otras muchas relaciones de embajada que yo he utilizado.

nenos (1). La descripción de la enfermedad no ofrece argumento ninguno de una muerte preternatural, y es mucho más razonable suponer, que Adriano sucumbió á una incurable enfermedad de los riñones (2), después que su cuerpo, de suyo débil, se enflaqueció todavía más por lo desacostumbrado del clima (3), por los cuidados y sobreexcitaciones. El rumor de un envenenamiento se concibe fácilmente, por cuanto el partido amigo de Francia y hostil á la reforma, continuó persiguiendo al Papa, aun después de muerto, con un odio verdaderamente encendido, y porque ya antes se había hablado de algún atentado para asesinarle (4).

Por de pronto fué Adriano enterrado provisionalmente en la capilla de San Andrés de la iglesia de San Pedro, entre Pío II y Pío III, que tantas relaciones habían tenido con Alemania; y la inscripción sepulcral interina decía: «Aquí yace Adriano VI, quien consideró como la mayor desdicha haberse visto obligado á reinar» (5).

El agradecido cardenal Enkevort tuvo cuidado de hacerle labrar un digno monumento, el cual no se terminó hasta un decenio después de la muerte de Adriano: el 11 de Agosto de 1533 se sacaron sus restos mortales de San Pedro, y se trasladaron á la iglesia nacional de los alemanes de Santa María dell' Anima (6). En el coro de esta iglesia, á la derecha mano, se había alzado el monumento, cuyo bosquejo era traza de Baltasar Peruzzi, y la ejecución en mármol procedía del Tríbolo, uno de los discípulos de Sansovino, y de Miguel-Angel da Siena. Sirvieron de modelo á esta construcción, algún tanto pesada, los sepulcros de prelados

(1) Ortiz en Burmann, 219 ss.

(2) Cf. arriba, p. 167, Sanuto, XXXIV, 439 y las *relaciones de los embajadores florentinos de 3 y 5 de Septiembre de 1523, existentes en el *Archivio público de Florencia*.

(3) Este causó en el Papa tanto mayor daño, porque Adriano, como verdadero sabio poco práctico, descuidó acomodar al clima su manera de vida.

(4) Todavía en 12 de Junio de 1524 escribía Castiglione al marqués de Mantua desde Roma: «Qui è preggione un fornaro, il quale dà certi indicii assai manifesti che papa Adriano fosse avenenato. *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. Sanuto, XXXVI, 368.

(5) Cf. Acta caerem. en Gatticus, 479 s.; Brewer, III, 2, n. 3464; Schmidlin, 271. V. también los epitafios publicados por Müller, *Het oudste cartularium v. het sticht Utrecht, 's Gravenhage*, 1892, 182 ss. La oración fúnebre que pronunció Conrado Vegerio (v. Giordani, App. 67), se imprimió en seguida; cf. *Serapeum*, XXIV, 363.

(6) Cf. Gatticus, 479 s.; Schmidlin, 288 s.

y cardenales, con que la época precedente había adornado tantas iglesias de Roma, especialmente la de Santa María del Popolo. En la hornacina central se ve el sarcófago de Adriano profusamente adornado, con las armas de aquel Papa y la sencilla inscripción: «Adrianus VI. P. M.» A los lados de él hay dos geniecillos con antorchas invertidas. Sobre el sarcófago, en un lecho mortuario, yace la estatua del Papa, de tamaño natural; Adriano está representado con todos sus ornamentos pontificales y, como si durmiera después de un intenso trabajo, apoya con la siniestra mano la tiara que lleva en su cabeza, y que le fué tan pesada. Su noble rostro, marcado con hondos surcos, manifiesta una conmovedora gravedad y solicitud profunda. En las lunetas superiores se representa, conforme al uso antiguo, á la Santísima Virgen, poderosa medianera en la hora de la muerte, y á su lado los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo. En el arquitrabe se ciernen dos ángeles, llevando palmas, la tiara y las llaves. En los nichos laterales se ven, entre robustas columnas corintias, las nobles figuras de las cuatro Virtudes Cardinales. Bajo el sarcófago hay un hermoso relieve que representa la entrada de Adriano en la Ciudad Eterna, de cuyas puertas sale á su encuentro la imagen de Roma adornada con yelmo. Una espaciosa lápida de mármol colocada en el zócalo, contiene la inscripción sepulcral, compuesta por Tranquilo Molossus; á uno y otro lado de la misma, debajo de los nichos, hay geniecillos que sostienen el sombrero de cardenal y las armas del fundador Enkevoirt, y entre el sarcófago y el relieve de la entrada en Roma, se leen, en lugar eminente, las melancólicas palabras: «¡Oh! ¡cuánto importa, aun para el más excelente varón, en qué época ejercita su virtud!» (1)

Hay pocas inscripciones sepulcrales tan oportunas, como este

(1) *Proh dolor, quantum refert in quae tempora vel optimi cuiusque virtus incidat.* Cf. Forcella, III, 447. Sobre el sepulcro y los autores de su ornamentación, tratan muy en particular Schönfeld, Sansovino, 19, 54 s.; Grävenitz, *Deutsche in Rom*, 118 s., y Schmidlin, 281 s.; á los copiosos datos bibliográficos que trae este último, hay que añadir también: Dollmayr en la *Zeitschr. für bildende Kunst*, N. F. I, 295 s.; L'Arte, III (1900), 255 s., y Frascchetti en el *Emporium*, 1902, 124. Schmidlin hace notar muy bien que los antiguos retratos (publicados por Burmann, 80, y Cicconius, III, 440) muestran que el sepulcro primitivamente era todavía mucho más rico; con todo, yerra Schmidlin, al creer que sobre el mismo estaban «colocadas, como una serie de medallones, las cuatro monedas de Adriano». Cicconius, como indica su nota marginal, colocó aquí, como en alguna otra parte, las monedas, como aditamentos *siyos*.

resignado lamento, que el Papa difunto se había aplicado á sí mismo alguna vez. De una manera expresiva describe la acción del último Papa de origen alemán, tantas veces desconocido é injuriado, cuyos fatigados ojos vieron rasgarse al mismo tiempo la unidad de la Iglesia, y la unidad religiosa de su cara patria alemana; y esas palabras nos dan la mejor declaración, así sobre el destino de su vida, como acerca de su breve reinado, en el cual se sucedieron, con no interrumpido encadenamiento, las desdichas y los acaecimientos desgraciados.

Sin haber jamás pretendido una dignidad, aquel flamenco modesto y profundamente religioso, había ido ascendiendo desde la más llana condición á altura cada vez mayor, hasta alcanzar, finalmente, la tiara.

El resplandor de ésta no le deslumbró, y en la dignidad pontificia, que le cupo en una hora de aciagos destinos, no consideró sino una carga intolerable. A cualquiera parte que volvía su mirada, no veía sino inminentes males: en el Norte, una perniciosa herejía, en el Oriente, el creciente peligro de los turcos, y grandes guerras trabadas en el centro de la Cristiandad. Habiendo llegado, por fin, á su residencia, después de un viaje difícil, halló todas las arcas vacías; á los curiales, codiciosos de lucro y llenos del orgullo de su nacionalidad, en una disposición sumamente hostil hacia él, y la Ciudad atacada de una enfermedad contagiosa. A esto se agregó, que su índole, genuinamente germánica, no se acomodó, ni en lo corporal ni en lo espiritual, al lugar en donde le había colocado súbitamente un superior Poder. A pesar de todas estas dificultades, no perdió el ánimo, y poniendo en ello todas sus fuerzas, se consagró á la casi sobrehumana incumbencia que se le había cometido. Puso manos á la obra con las más puras intenciones; ningún instante se desvió del camino de sus deberes, cumpliendo su vocación con fidelidad concienzuda, hasta que las sombras de la muerte velaron sus fatigados ojos.

Sin embargo, de todas las cosas que con tan leal esfuerzo había procurado, no se le había concedido conseguir ninguna. Siendo personalmente un dechado de buenos sacerdotes, verdadera y profundamente piadoso, severo guardador de las antiguas máximas eclesiásticas, había emprendido animosa, firme, resueltamente, y sin miramientos, el combate gigantesco contra el ejército de abusos que desfiguraban, así la Curia romana como

casi toda la Iglesia. A pesar de su férrea tenacidad, las dificultades que se opusieron á sus esfuerzos eran tan grandes y numerosas, que ni siquiera una vez pudo llevar al cabo todas sus propias ordenaciones; así, por ejemplo, las referentes á los beneficios (1). La insuperable fuerza de las circunstancias hizo fracasar sus mejores intentos; y así, su breve acción se terminó sin haberse suprimido los más graves daños. La generosa apelación dirigida á sus paisanos, la pública confesión de los defectos, que había mandado hacer, por medio de su Nuncio, en la Dieta de Alemania, fueron contestados por parte de los novadores con burlas, insultos y escarnios, y muy lejos de disminuir la perniciosa división de la Iglesia promovida por Lutero, Adriano hubo de presenciar, de qué manera iba diariamente acrecentándose.

Lo propio que por la unidad y reforma de la Iglesia, se afaná también inútilmente para proteger á la Cristiandad gravemente amenazada por los otomanos. Con las cajas vacías y cargado de opresoras deudas, tenía que acudir con su auxilio á todas partes. Si hacía economías é imponía contribuciones para apoyar á los Caballeros de Rodas y á los húngaros, era tenido por avariento; si gastaba los dineros recaudados en la guerra contra los turcos, en vez de repartirlos á los artistas y literatos, se le consideraba como un bárbaro. Inútilmente se aquejó por Rodas y Hungría; en vano suplicó y amenazó á los príncipes, los cuales, en vez de volver sus armas contra los enemigos de la Cristiandad y de la civilización occidental, se despedazaban mutuamente en guerras inacabables. El joven Emperador, con quien tantas y tan estrechas relaciones tenía, no comprendió la actitud neutral que su paternal amigo, elevado á la dignidad de supremo Jefe de la Iglesia, debía tomar si quería cumplir con las altas exigencias de su cargo. Los representantes de Carlos V no tuvieron para la conducta del Papa sino burlas y mofa; no acertando á pensar, en su miopía, sino exclusivamente en las inmediatas ventajas de su soberano. El astuto monarca francés recompensó la benevolencia de Adriano con traiciones, amenazas y violencias, y él fué quien,

(1) Cf. Sanuto, XXXIII, 481 y Tizio, *Hist. Senen. Este último refiere lo que sigue—lo cual es importante para demostrar que Adriano VI no era, en manera alguna, excesivamente riguroso y se rendía á la razón: *coepitque Italico more atque curialium... beneficia conferre, ad tria incompatibilia dispensationem concedere... dicebat quidem in huiusmodi dispensationibus se exhibuisse difficilem quando putabat Italica beneficia sicut Hispanica esse pinguiora.

con su invasión en Italia, obligó al Papa, que hasta el último extremo había mantenido su posición neutral entre todos los partidos, á acceder á los deseos del Emperador entrando en una alianza, la cual, si bien conforme á la voluntad de Adriano, debía ser sólo defensiva, le envolvía no obstante en la lucha. La muerte de Adriano, el mismo día en que los franceses pasaban el Tesino, libró al más amante de la paz entre todos los papas, de tomar parte en una sangrienta guerra. Y con esto se ahorró también experimentar la vergonzosa ingratitud de aquellos por cuyo verdadero bien tanto había trabajado.

Fueron muy pocos los italianos que hicieron justicia al Pontífice extranjero; y una gran mayoría de ellos celebró su muerte como una liberación (1), no viendo en su pontificado sino una época de sufrimientos (2). En Roma, la aversión contra el «bárbaro», se juntó con el odio de todos aquellos que se veían turbados en la manera de vivir hasta entonces seguida, por la severidad de costumbres de Adriano y sus esfuerzos para la reforma. A esto se agregó el descontento por causa de las desacostumbradas contribuciones directas, y por la cesación de aquella vida espléndida á que se habían acostumbrado principalmente en tiempo de León X. El haber celebrado al médico (3) del difunto, como «libertador de la patria», no fué, con mucho, lo más escandaloso; los literatos que se habían visto pospuestos, tomaron venganza terrible con innumerables ataques. En todas las plazas públicas se leían las más venenosas invectivas, en las que se insultaba al difunto como asno, lobo, harpía, y se le comparaba con Caracalla y Nerón. La estatua de Pasquino se vió formalmente cubierta de versos infamatorios (4); con salvaje

(1) Cf. Gori, Archivio, IV, 246; Alfani, 301, é *ibid.*, nota 2, el juicio de Bon-tempi: *Nihil boni fecit in eius papatu et in eius morte fuit infamatus de haeresi, prout audiui*. Guicciardini escribió á Módena, en 16 de Septiembre de 1523: *Con più dispiacere ho inteso li Franzesi avera passato il Tesino, che la morte di N. S^{ra}, perchè di questa nuova potria uscire qualche buon frutto, di quella non si vede altro che distavore e danno*. Disp. 217. Puede verse en Sanuto, XXXIV, 410, uno de los pocos juicios favorables emitido por un contemporáneo italiano. Varias poesías laudatorias se hallan en las *Corcyana*, Roma 1524, JJ, 2^o s.

(2) *Tempus aerumnarum*. Carpesanus 1353.

(3) Giov. Anracino (v. Jovius, Vita Adriani VI). Fuera de éste tuvo también Adriano por médicos á los españoles García, Carastosa y al italiano Franc. Fusconi; v. Marini I, 320 ss.

(4) V. la relación del embajador inglés, publicada por Brewer, III, 2, n. 3464; cf. Luzio, Aretino e Pasquino 12 s., Giorn. d. lett. Ital. XVII, 298; Creig-

alegría se ensalzaba la muerte del aborrecido Papa, y se atribuían todos los vicios imaginables, la embriaguez y hasta la más escandalosa inmoralidad, á uno de los más honestos varones (1) que en tiempo alguno hubieran gobernado en Roma. Cada una de las acciones del noble Papa, toda su manera de ser y las personas que le rodeaban, se vieron destrozadas con mentiras chuscas, y mofadas con la más refinada malicia. La universal afición á calumniar, uno de los mayores vicios de la época del Renacimiento, levantó orgullosamente su cabeza, y no hubo manera de agotar la vena de tantas injurias y calumnias. Todavía un mes después del fallecimiento de Adriano, da cuenta el embajador de Mantua de la furia de aquella peste que había invadido los ánimos; aquel diplomático enviaba á su soberano uno de los más escandalosos sonetos, «no para hablar mal de Adriano, pues me desagradan aquellos que lo hacen; sino para que conozca Vuestra Excelencia, cuántas malas lenguas hay en esta Ciudad, en que todos se entregan á las peores murmuraciones» (2).

El severo y piadoso Adriano, fué, en el más amplio sentido de la palabra, hecho «holocausto del escarnio de Roma» (3); por mucho tiempo continuaron profiriéndose las injurias, y el rencor de muchos, principalmente de los literatos, parecía insaciable. Da alguna idea de la magnitud de él, el escrito de Vianesio Albergati sobre el conclave de Clemente VII; en el cual, mientras se enaltece á León X como columna de Italia y felicidad de su

thon V, 323 y Bertani, 36. Una serie de estos pasquines puede verse en Tizio, *Hist. Senen. loc. cit. (*Biblioteca Chigi de Roma*); de otros hace mención V. Albergati; v. abajo p. 179, nota 1. Cf. también Besso, *Roma e il Papa nei proverbi*, 2ª ed., Roma 1904, 276.

(1) V. la carta de C. Batti á Parma, publicada por Burmann, 436-440 y Wolf, *Lect. II*, 191 s. Cf. en cambio Schröckh, *Allgem. Biographie V*, 114 s.

(2) *Non per dirne male, che mi dispiacquon quelli, che ciò fano, ma per far che V. Ex. lo veda et comprenda quante malissime lingue sono dal canto di qua, dove non è che dicha se non male. G. B. Quartino desde Roma, á 13 de Octubre de 1523. El soneto adjunto empieza de esta manera:

*Perfido come il mare Adriano,
Ipocrito, crudel, invido, avaro,
Odioso ad cinscun, a nesun charo,
Incantator, mago, idolatra, vano,
Rustico, inexorabil, inhumano,
Falsario, traditor, ladro, beccaro,
Solitario, bestial e fatuchiaro etc.

Archivo Gonsaga de Mantua.

(3) Burckhardt, *Kultur I*, 175.

siglo; el autor no puede hallar palabras suficientes para describir la avaricia, la dureza y la necesidad de Adriano. De todas las desgracias, hasta de la caída de Rodas, ningún otro tuvo la culpa sino aquel bárbaro y tirano (1). Aun después que hubo caído sobre Roma, como un castigo del cielo, el célebre Sacco, continuaba Pierio Valeriano insultando «al más rencoroso enemigo de las Musas, de la elocuencia y de todo lo bello», cuya vida, si hubiera sido más larga, hubiera vuelto á traer los «tiempos de la barbarie gótica» (2). Cuán hondamente arraigada estuviera la aversión contra el Papa extranjero, y cuánto se hubieran acostumbrado á no considerarlo sino por un lado totalmente burlesco, lo muestra principalmente la biografía de Adriano por Paulo Giovio. Compuesta por encargo del cardenal Enkevoirt, debía ser propiamente un escrito laudatorio; pero en realidad, sólo puede hacer esta impresión á un lector muy superficial; y apenas se necesita saber leer entre líneas, para echar de ver que el desagradecido Giovio interpone, donde le viene á cuento, observaciones mordaces y burlonas, y procura hacer ridículo de la más baja manera al Papa alemán, el cual, con angustioso cuidado de su salud, interrumpe los más importantes negocios por aproximarse la hora de comer, y muere finalmente víctima del excesivo beber cerveza (3). Aun aquellos italianos que se mantuvieron alejados del general espí-

(1) El escrito de V. Alberghi se halla con diversos títulos (Clementis VII. P. M. conclave et creatio; Commentaria conclavis Clementis VII; Commentarii rerum sui temporis; Obitus Adriani VI et conclave Clementis VII; Historia Adriani VI; Gesta Romae et Italiae ab excessu Adriani VI ad elect. Clementis VII.) Anoto los siguientes manuscritos: 1) *Florenia, Biblioteca nacional*, Cod. Magliab. XXXVII, 204, f. 6 s. 2) *Nápoles, Biblioteca nacional*, VIII, B, 37, 3) *Mantua, Biblioteca Capilupi*. 4) *Roma, Archivio segreto pontificio*: Varia Polit. 8, f. 403 y 174; *Biblioteca Vaticana*: Ottob. 986. Cod. Barb. XXXII, 85 y 260, XXXIII, 45, 92, 163, XXXIV, 13 (cf. Ranke III, 14^a s.); *Biblioteca Corsini*: 34 G. 13. 5) *Viena, Archivio privado de palacio y público*. Bacha en los Comptes rendus de la commiss. d'hist. 5 Serie I, Bruxelles 1891, 109-166, trae una impresión en modo alguno exenta de faltas, fundada en las copias romanas. Sobre Alberghi cf. ibid. 4. serie XVII, 129 s. y Fantuzzi I, 137 s. Es inexacta la observación de Fantuzzi respecto del obispado de Caiazzo, porque en las cartas de Alberghi de 29 de Octubre de 1522 s., que se hallan en el *Archivio público de Bolonia*, se firma el mismo electus Caiacen.

(2) De infelicit. lit. ed. Menken III, 382.

(3) Burckhardt, I, 176; Virgili, Berni 71. Sobre el principio y origen de la Vita, cf. Denkschriften der Münchener Akad. Hist. Kl. 1891, 532. También en su escrito De piscibus, se burla Jovio del Papa; v. Cian en el Giorn. de lett. Ital. XVII, 298.

ritu burlón y hostilidad contra Adriano, no le hicieron entera justicia; para entender lo cual, es característico el juicio de Francisco Vettori, quien opina: «que Adriano fué indudablemente piadoso y bueno, pero que hubiera servido mejor para clérigo regular; por lo demás su gobierno no fué suficientemente largo para poder pronunciar sobre él un acertado juicio» (1).

La fórmula, que Adriano no era un hombre de Estado, se había extendido desde el principio en los círculos de los políticos (2), y se repitió ahora (3). Esta manera de juzgar á un Papa, es extraordinariamente característica para la época del Renacimiento, en la cual se habían acostumbrado hasta tal punto á no considerar en el poseedor de la Santa Sede sino al príncipe temporal y político y al mecenas (4), que no había aptitud para comprender á un pontífice que colocaba resueltamente en primer término sus incumbencias religiosas, y quería ser ante todo pastor de las almas. Aquel grande, grave y santo varón, para quien eran indiferentes las antigüedades y los humanistas, que evitaba cuidadosamente en la política los caminos de Maquiavelo, y vivía exclusivamente consagrado á las obligaciones de su cargo; era, para los italianos de aquella época, una aparición de otro mundo, para ellos totalmente incomprensible.

Lo que vino á dificultar extraordinariamente una profunda y

(1) Vettori 347. V. también Guicciardini XV, 2 y Chiesi 118. Dejadas aparte algunas pocas excepciones (Foscari en Albèri I. serie III, 125; Paruta I, 218 s.) todos los italianos, no solamente Sannazaro (cf. Burmann 428 y Gothein *Kulturentwicklung* 460), sino también Alberini (325 s.), y Bembo (cf. Cian 19), juzgaron á Adriano VI con suma injusticia. Justiniano (*Hist. rer. Venet.* 1611, 256) reconoce en verdad la sencillez del Papa, pero luego cuenta una anécdota de gran simpleza. Qué injusticia, y qué absoluta falta de inteligencia hubo y había en Roma respecto del Papa extranjero, aun en la segunda mitad del siglo XVI, lo muestra la «Vita que se halla en el Cod. 38, A. 6 de la *Biblioteca Corsini de Roma*.

(2) V. la «carta de G. M. della Porta de 22 de Septiembre de 1522 (*Archivo público de Florencia*), quien aduce como prueba una falta de memoria del Papa! Cf. también la «carta de Castiglione de 14 de Septiembre de 1522, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. También Tizio escribía entonces: «De pontífice vero multí indicabant, litteras atque bonitatem non sufficere ad regnum ecclesiae, Aristoteles namque in libris de regimine «non decet», inquit «bene principari, qui non sub principe fuit». *Hist. Senen. Cod. G II, 39, f. 139* de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) Sanuto XXXIV, 439 y la «carta de V. Albergati de 14 de Septiembre de 1523 que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. VIII, p. 361 s.

justa apreciación de Adriano, fué, además, haberse llevado de Roma su secretario Heeze los más importantes documentos referentes á su gobierno, la correspondencia con los Príncipes y con los Nuncios; privando con esto á la investigación científica de fuentes de la mayor importancia (1). Así pudo acaecer que, aun el mismo Pallavicini juzgara, insistiendo en las apreciaciones generales de los italianos, que Adriano había sido un excelente sacerdote, obispo y cardenal; pero con todo eso, no más que un mediano Papa (2).

Ya en 1536, un paisano y contemporáneo de Adriano VI, Gerardo Moring, había expresado, en una biografía, un juicio más justo acerca de él; el cual obtuvo, sin embargo, poca aceptación; y asimismo produjo éxito escaso, que en Italia salieran á defender la memoria de aquel noble Papa historiadores como Panvinio, Raynald, Mansi y Muratori. En Alemania influyeron todavía largo tiempo las calumnias de Lutero; y juicios católicos como el de Kiliano Leib: que su época no había sido digna de la

(1) Gregorio XIII en 1575 procuró en vano recobrar estas importantes scripturae, cf. Theiner, *Annal. eccl.* II, 130; de Ram en el *Bullet. de la commiss. royale d'hist.*, 2 serie, XI, 59 s., y Bacha en los *Comptes rendus de la commiss. d'hist.*, 1890, 125 s. Puede aquí con todo no tratarse de todas las scripturae de Adriano VI, porque, como indica v. Domarus en su valiosísima memoria publicada en el *Histor. Jahrb.*, XVI, 75 s., la que he citado con frecuencia, en el *Archivo secreto pontificio* se han conservado muchos tomos de registros, del ramo de hacienda y de súplicas, tocantes á Adriano VI; júntanse á éstos el tomo de súplicas de la biblioteca vaticana (Cod. Vat., 8655) y algunos tomos que hay en el archivo público de Roma, como también el tomo 8 de los *Regest. brev. Lateran.*, que no se ha puesto en el archivo vaticano sino hasta después de la publicación de la memoria de v. Domarus. Sin embargo de este considerable número de manuscritos, Pieper (*Histor. Jahrb.*, XVI, 777 s.) sostiene con toda razón la afirmación de Gregorio XIII, de que Heeze se llevó consigo á Lieja las scripturae omnes de Adriano, porque por estas palabras sólo se entendía la correspondencia extranjera del Papa. Esta comprendía principalmente las cartas de los príncipes y nuncios y los breves propiamente dichos, por tanto, precisamente las fuentes más importantes; pues los registros que se conservan en el Vaticano, son «á lo sumo importantes para un investigador local», como me lo comunicó v. Domarus, el 20 de Enero de 1900, quien tuvo que revolverlos todos para ver lo que se relacionaba con Alemania. Yo no puedo hacer otra cosa que confirmar este juicio. Por la significación de los escritos que se llevó Heeze, hice un viaje especial á Bélgica y Holanda por otoño de 1896 con el fin de volverlos á hallar; pero fueron inútiles todas mis diligencias para descubrir allí tan preciosos papeles.

(2) Pallavicini, II, 9. Contra este juicio protestó al punto J. Lannoy (v. *Burmann*, 360 ss.); es, en efecto, sumamente injusto, como lo acentúa también Hefele-Hergenröther, IX, 326.

santidad de aquel Papa (1), no lograron prevalecer (2). No se dió el impulso para una mudanza favorable hasta el año de 1727 en que el jurista Gaspar Burmann de Utrecht, publicó una tan diligente como copiosa colección de materiales consagrada al Papa flamenco. A este investigador protestante, cuyo trabajo será siempre de gran precio, corresponde el mérito de haber incoado una reacción en desagravio de Adriano (3); en el siglo XIX, historiadores holandeses (4), belgas (5), alemanes (6), franceses (7), ingleses (8), y no menos italianos (9), han hecho finalmente justicia al Pontífice por tanto tiempo mal conocido; y es cosa notable que en esta parte no han puesto valla ninguna las diferencias de las confesiones religiosas. Un distinguido investigador estrictamente protestante, ha resumido recientemente su opinión sobre Adriano en la siguiente forma: «Un juicio que no se detenga en la escasez de los éxitos del Papa, ni en sus públicas confesiones, verá en Adriano VI una de las mas nobles figuras que se sentaron en la Silla de Pedro; un varón de la más pura voluntad, solamente enderezada

(1) Aretin, Beiträge, IX, 1030; cf. también la crónica publicada en el Archiv für Altere deutsche Geschichte. N. F. VII, 182.

(2) Cf. el injusto juicio de Spittler, Werke, IX, 270.

(3) El influjo de Burmann, se echa de ver especialmente en Schröckh, Allgem. Biographie V, Berlin, 1778, 1-133.

(4) Bosch, Jets over Paus Adriaan VI, Utrecht, 1835. Wensing, Het leven van Adriaan VI, Utrecht, 1870. Christoffels, Paus Adriaan VI, Amsterdam, 1871.

(5) Gachard (1859), Reusens (1861) en los escritos citados arriba pág. 29, not. 4, y Claessens en la Rev. cath. de Louvain, 1862, 543 ss., 596 ss., 725 ss.

(6) La obra de Hüßler (Wien, 1880) reúne todas las ventajas y desventajas de este escritor (cf. mi recensión publicada en el Histor. Jahrb., III, 121 ss.); tenía que ser insuficiente, pues el autor casi no aduce ningún material auténtico, á pesar de que ya entonces era del todo dueño de utilizar las relaciones de los Archivos de Bolonia, Mantua, Módena y Florencia, que yo habia sido el primero en citar. Carecen de todo valor Nippold (Reformbestrebungen Hadrians VI, estudio publicado en el Hist. Taschenb., 1875), Gsell (Der Pontifikat Adrians VI, memoria dada á luz en la Theol. Zeitschr. aus der Schweiz, 1894); algo mejor es Bauer (Hadrian VI, Heidelberg, 1876; cf. Lit. Rundschau, 1876, 161), aunque no suficiente aun para las más moderadas exigencias. Lo mejor de la parte protestante es el trabajo de Benrath, tan imparcial como substancioso, publicado en la Herzogs Realencyklopädie, VII³, 311 s.

(7) Lepitre, Adrien VI, Paris, 1880.

(8) Casartelli, The Dutch Pope, en Dublin Review, CXXXV, London, 1904, 1-45. Creighton, por desgracia, todavía se mueve por el antiguo derrotero.

(9) Cf. de Leva, II, 192 s.; Cipolla, 875 s.; Capponi, St. di Firenze, III³, 158 s.; Marchesi, Papa Adriano VI, Padova, 1882. El primer italiano que en el siglo XIX hizo justicia á Adriano VI fué César Cantù; v. P. Campello della Spina, Nel centenario di C. Cantù, Firenze, 1906, 13.

al acrecentamiento de la Iglesia, por extremo concienzudo en la elección de los medios que, á su modo de ver, respondían verdaderamente á la santidad de sus fines; y una víctima digna de compasión de las personas que le rodeaban, profundamente inferiores á él, codiciosas y corruptibles, y de dos soberanos que le enredaron con sus planes dirigidos exclusivamente á sus particulares provechos y no al de la Iglesia» (1).

La historia de Adriano ofrece un carácter eminentemente trágico; pero también aquí se confirma la máxima experimental de que, á la larga, los nobles esfuerzos, á pesar de todos los fracasos, no dejan de alcanzar fruto y reconocimiento. La imagen, por tanto tiempo desfigurada, del noble Papa que escribió en su bandera la paz de la Cristiandad, la empresa de rechazar al Islamismo y la reforma de la Iglesia, ha vuelto á renacer de nuevo con su originaria alteza, y actualmente es contado, por hombres de todos los partidos, entre los papas más dignos de veneración. Nadie niega ya, que fué uno de aquellos hombres raros, que no sirvieron más que á las causas, no buscando nada para sí y peleando animosamente contra la corriente de la corrupción. Aun cuando, por la extraordinaria brevedad de su gobierno, no pudo alcanzar ningún resultado positivo, cumplió, no obstante, con el primer requisito de la curación, que consiste en descubrir los daños; dió indicaciones de suma importancia, y señaló las líneas fundamentales con arreglo á las que más adelante se llevó á cabo la reforma de las cosas eclesiásticas. Su acción formará siempre un capítulo glorioso en la historia del Pontificado.

(1) Benrath en Herzogs Realencyklopädie, VII^o, 315.

LIBRO TERCERO

Clemente VII

(1523-1534)

CAPÍTULO PRIMERO

Elección, carácter y principios del reinado de Clemente VII; sus inútiles esfuerzos en favor de la paz, y alianza con Francisco I de Francia.

El vacilante estado de salud de Adriano VI hizo que la diplomacia imperial se ocupara muy de propósito, ya en el verano de 1523, en la futura elección de Papa; pues Carlos V conocía bien, de cuánta importancia había de ser, en su lucha con el monarca francés, la actitud que tomara el nuevo Jefe Supremo de la Iglesia. Ya á 13 de Julio comunicaba á su embajador en Roma, el duque de Sessa, extensas instrucciones para el conclave, las cuales iban á parar en que debían ponerse en juego todos los medios, para que el cardenal Vicecanciller Julio de' Médici obtuviera la dignidad pontificia. Asimismo, en el tiempo siguiente, persistió Carlos en la candidatura de aquel príncipe de la Iglesia, el cual, en el reinado de los últimos papas, se había mostrado siempre fiel partidario del Emperador (1).

Esta actitud de Carlos V debía ya por sí misma amenguar las probabilidades de la candidatura del Cardenal Wolsey, el cual, en posición y fama, casi se igualaba con el de Médici; pero además, todas las altivas esperanzas del purpurado inglés, que en unión con Enrique VIII trabajaba con el mayor ardimiento para su

(1) Gachard, *Corresp. de Charles-Quint*, n. 17, 23; cf. Bergenroth, II, n. 562, 604.

propia elección (1), quedaron aniquiladas por la circunstancia de hallarse la gran mayoría de los cardenales, menos dispuesta que nunca á oír hablar de la elección de un prelado ausente y no italiano. Mas tampoco el cardenal Médici parecía en manera alguna estar seguro de alcanzar su fin, á pesar de sus más ardorosos afanes (2); pues, todos los franceses eran resueltamente adversarios del que consideraban como fiel defensor de los intereses imperiales; y además, el partido de los cardenales antiguos era completamente hostil al adalid de los cardenales jóvenes nombrados por León X.

Los partidos en que se dividía el Colegio Cardenalicio, eran semejantes á los del conclave de Adriano VI; el embajador de Mantua refería en un despacho de 29 de Septiembre de 1523, que Médici sólo podía contar seguramente con unos 17 votos, pero que esta vez no podía aplicarlos á otro; y también se ofrecía con muchas probabilidades la candidatura del cardenal Gonzaga para la dignidad suprema (3). Este juicio se conformaba más con la situación real de las cosas, que el del optimista embajador de Florencia, que daba cuenta, en aquel mismo día, de las crecientes esperanzas del cardenal Médici (4). Fué, además, en extremo perjudicial para éste, la circunstancia de que, lo propio que en el último conclave, también ahora se manifestó vehementemente adversario del Vicecanciller el cardenal Colonna, á pesar de su resuelta adhesión al Emperador y de la promesa que había dado al representante de éste; antes bien se juntó con los cardenales antiguos, y hasta con los franceses (5). No era menor impedi-

(1) Renmont, Wolsey, 24 ss. Sägmüller, Papstwahlen, 155 s. Baumgarten, Karl V, II, 295 s. Martin, 352 ss.

(2) Cf. *Lettera del card. Medici al padre del card. M. Cornaro, fechada en Roma á 19 de Septiembre de 1523, existente en el Cod. Urb., 538, f. 64 s., de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) *Solum li significo che tra questi r^{mi} cardⁿⁱ succedono quasi le medeseme secte che erano ad la morte de Leone. El r^{mo} de Medicis ha de li voti circa XVII li quali concurrono in la sua persona, ma non li po voltar dove vole como posseva li XV ad lo altro conclave per la morte de Leone. Il r^{mo} cardⁿⁱ de Mantua è anchora lui in gran predicamento de papatu, spero che Dio ne adiutarà. Carta de Angelo Germanello al marqués de Mantua, fechada en Roma á 29 de Septiembre de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua*, Cf. además Bergenroth, II, n. 605 y 606.

(4) *Despacho de Galeotto de' Medici, fechado en Roma á 29 de Septiembre de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(5) Jovius, Vita Pomp. Columnae, 151-152; cf. de Leva, II, 196, Anm. 5.

mento el que Soderini, el enemigo mortal del cardenal Médici, hubiera sido librado de su prisión y admitido al conclave, por los esfuerzos de los cardenales antiguos, que amenazaron con promover un cisma (1). Por estos motivos, ya á 27 de Septiembre se presentó en primer término la candidatura de Farnese, como peligroso competidor de Médici (2). «Este último se esforzaba ardorosamente por alcanzar que las potencias extranjeras apoyaran su elección (3), y estaba firmemente resuelto á sacar triunfante á cualquier precio su propia candidatura, ó si esto fuera imposible, promover á la tiara á alguno de sus partidarios» (4).

En esta situación de las cosas, se preveía un largo y tormentoso conclave, cuando se reunieron en la capilla Sixtina, á 1.º de Octubre de 1523, los 35 electores, mientras en el exterior se descargaba una violenta tempestad (5); y así en esto, como en la circunstancia de haberse puesto la celda del cardenal de Médici debajo del fresco de Perugino «Elección de San Pedro como Cabeza de la Iglesia», se quiso ver un prenuncio de lo por venir. Tampoco faltaron por otra parte profecías en favor de Médici (6), para cuya elección trabajaba el duque de Sessa con actividad febril (7); pero también sus adversarios se afanaban infatigablemente. Al principio procuraron éstos diferir cualquiera resolución, hasta la llegada de los cardenales franceses (8), y por esta

(1) Cf. las *relaciones de V. Albergati, fechadas en Roma á 18 y 21 de Septiembre de 1523, existentes en el *Archivio público de Bolonia*.

(2) Sanuto, XXXIV, 438, 452 s., 461; XXXV, 35; cf. Bergenrot, II, n. 606 y la *carta de A. Germanello de 28 de Septiembre de 1523, que se halla en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. la carta al dux, publicada por Gregorovius, VIII^a, 414, nota 1.

(4) Guicciardini XV, 3, y Lancellotti, Cron. Mod., I, 476.

(5) Sanuto, XXXV, 55. *Despacho de Galeotto de' Medici de 1 de Octubre de 1523. (Questa sera a hora 24 entraron los cardenales en el conclave. Nuestro cardenal tiene buena esperanza). Cf. el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(6) Sanuto XXXV, 67 s., y *Conclave Clementis VII: Medici cella obtigit sub pictura quae est Christi tradentis claves Petro, quae Iulio 2º obvenisse aiunt. Cod. XXXIII, 142, f. 161 de la *Biblioteca Barberini de Roma*.

(7) Sessa se afanaba de una manera especial por ganar el partido de Soderini: *Carta de Lope Hurtado al Emperador, con la fecha Roma 5 Octubre de 1523. Colec. Salazar A. 29, f. 170 s. *Biblioteca de la Acad. de Historia de Madrid*. En una *carta á Carlos V, fechada á 14 de Abril de 1524, reconocía Clemente VII los méritos de Sessa en su elección. Min. brev. Arm. 40, vol. 8, n. 162 del *Archivio secreto pontificio*.

(8) *Así lo refiere en 5 de Octubre G. de' Médici, sin perder con todo la esperanza por Médici, et ancora che la venuta loro habbi a far delle difficoltà

causa no se hizo entretanto sino leer la bula de Julio II contra la simonía. En la mañana del 6 de Octubre debía celebrarse el primer escrutinio; pero se desistió de ello cuando en el mencionado día se presentaron súbitamente en el conclave, con no pequeña incomodidad de los imperiales, los cardenales franceses Luis de Borbón, Francisco de Clermont y Juan de Lorena; los cuales, para viajar con más celeridad, se habían puesto trajes cortos seglares, y entraron en el conclave con botas y espuelas (1). Todas las negociaciones quedaron entonces estacionadas (2).

Las celdas de madera destinadas para los electores se habían separado unas de otras por medio de pequeños pasadizos, y distinguiéndose con las letras del alfabeto; los adornos de las celdas de los cardenales creados por León X, eran de color rojo; y los de las demás, de color verde; y la custodia del Vaticano se había confiado á la guardia suiza. Quince cardenales se mantuvieron firmes en la elección de Médici, que era el candidato del Emperador; pero no había sido posible ganar á otros cuatro, asimismo imperiales, á cuya cabeza estaba el poderoso Colonna; el partido francés constaba de doce cardenales, y otros seis se mantenían en actitud neutral (3). Ninguno de los tres partidos pensaba en ceder; y como competidores del de Médici se designaron, en los primeros días del conclave, Fieschi, candidato de Francia, Jacobazzi, en cuyo favor trabajaba Colonna, y finalmente y ante

e ne bisogní dua vocie più che prima non dubitamo ne perdiamo di speranza, ma sol ne dispiacie che la cosa andrà più lunga non saria andata. *Archivo público de Florencia.*

(1) Bergenroth, II, n. 606; Brewer III, 2, 3464. *Diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*). **Relación de Gabbioneta de 7 de Octubre de 1623 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). G. de' Médici escribía el 6 de Octubre: *Questa mattina si doveva far lo squittino. Non era finito ancora la messa che li 3 cardinali Francesi in poste arrivarono; montarono in palazzo e stivalati e fangosi entrarono in conclavi sollecitati dalli loro respecto dubitavano per lo scrutino si dovea far questa mattina non venissi facto el papa come facilmente posseva lor riuscir. La venuta lor intorbiddò tutto e sanza si facessi scrutino si misono a mangiare. *Archivo público de Florencia.*

(2) V. la *relación de V. Albercati de 6 de Octubre de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(3) V. Sanuto XXXV, 223-224. Las primeras **vacilaciones de algunos cardenales según los embajadores de Mantua, de las cuales la primera pertenece todavía á Septiembre, la segunda va adjunta á una *relación de 10 de Octubre de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

todos, Farnese; y repetidas veces se llegó á publicar en Roma que este último estaba ya elegido (1).

Farnese era, en realidad, el único de los electores que podía medirse con el cardenal de Médici; era de más edad, natural de Roma, é indudablemente muy superior á su rival en penetración política, elevación de conceptos é inteligencia de los negocios eclesiásticos (2); y además le era de provecho su posición neutral, si bien más inclinada hacia el Emperador.

En el primer escrutinio de 8 de Octubre, midieron sus fuerzas los diferentes partidos: los cardenales Fieschi y Del Monte, adictos á Francia, obtuvieron 11 votos cada uno, y el mismo número recayó sobre Carvajal, que pertenecía al partido del Emperador (3). Tampoco los escrutinios siguientes dieron ningún resultado: todos esperaban que se decidiría presto la guerra de Lombardía, y por esta causa procuraban diferir la elección (4); y en tales circunstancias, fué una gran dicha que, en Roma, ni antes de comenzarse el conclave, ni tampoco luego, se intentara ninguna seria perturbación del orden (5). Mas no por eso se puede vituperar á las Autoridades de la Ciudad, porque á 10 de Octubre se quejaron de que la elección se difiriese tan prolijamente; y por ventura á consecuencia de aquellas reflexiones, á 12 de Octubre, los amigos de Colonna y los franceses hicieron una tentativa para ceñir la tiara al cardenal Antonio del Monte; bien

(1) Sanuto XXXV, 67, 77, 88, 90. *Cartas de V. Albergati de 5, 6, 8 y 9 de Octubre de 1523, existentes en el *Archivio público de Bolonia*. *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 8 de Octubre de 1523, que se halla en el *Archivio público de Florencia*. *Relación de Giov. Batt. Quarantino, fechada en Roma á 10 de Octubre de 1523, existente en el *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(2) Juicio de Reumont, Wolsey, 42.

(3) Sanuto XXXV, 88 y *despacho de G. de' Médici de 8 de Octubre de 1523: *Li rev^{mi} di conclavi hanno facto questa mattina il primo scruttino senza accesso e ciascun di lor sig. r^{ma} è stato lontano al papato. *Archivio público de Florencia*.

(4) *Despacho de G. de' Médici de 9 de Octubre de 1523 con esta postdata: Stamattina li rev^{mi} deputati soliti di venir allo sportello non volsono si mettesi dentro che una sola vivanda.

(5) V. los *despachos de G. de' Médici, fechados en Roma, á 15 y 23 de Septiembre de 1523 (Le cose qui vanno quietissime e non pare che sia sedía vacante); y á 4 y 8 de Octubre (La terra sta pacífica sanza rumor alcuno; le botteghe stanno aperte come se non fossi sede vacante). *Archivio público de Florencia*. Cf. las *cartas de V. Albergati de 20 y 23 de Septiembre de 1523, existentes en el *Archivio público de Bolonia*.

que sin obtener resultado (1). «Nuestro cardenal, anunciaba el embajador de Florencia á 13 de Octubre, está unido estrechamente con sus amigos y se mantiene firme.» Colonna perseveraba también entonces, á pesar de las reflexiones del duque de Sessa, en su resistencia contra la elección del odiado Médici (2); la situación de las cosas permanecía, pues, inalterable, y vanamente suplicaban los romanos, todavía otra vez, que se acelerase el negocio de la elección. El cardenal Armellini les contestó: «Si os contentáis con un Papa extranjero, estamos casi á punto de daros uno que vive en Inglaterra.» Sobre lo cual se promovió un vehemente alboroto, exigiendo los romanos que se eligiera á uno de los presentes, «aun cuando hubiera de ser un tarugo» (3).

También en los días siguientes se mantuvo el de Médici inflexible con sus 16 á 18 partidarios, frente á la oposición, que constaba de 20 á 22 cardenales. No se tenía cuenta alguna con la observancia de la clausura, y todos los electores trataban libremente con las personas de fuera (4). «Las cosas se hallan casi tan adelantadas como el primer día», anunciaba un veneciano á 19 de Octubre. «Los cardenales, exclamaba desesperanzado un diplomático mantuano, parecen querer pasar el invierno en el conclave» (5).

(1) Sanuto XXXV, 118; cf. Bergenroth, II, n. 611; la «relación de Giov. Batt. Quarantino de 13 de Octubre de 1523 (*Archivo Gonsaga de Mantua*), y G. de Médici, quien el 13 de Octubre de 1523, escribe lo siguiente: «In lo squittino di hier mattina il rev. Monte andò avanti a tutti che hebbe sedeci voti e tre d'acceso ne per questo si crede il papato habbia a venir in lui che ha facto l'ultimo suo sforzo e evi concorso tutta la faction francese e Colonna. Vannosi a questo modo berteggiando l'un l'altro ne si vede segnio si deliberino o convenghino in alcuno. *Archivo público de Florencia*. Cf. Petrucci della Gattina I, 542 s.

(2) G. de Médici, el 13 de Octubre de 1523: «Di conclavi ritrago m^o nostro ill. si mantiene ben unito con li amici suoi e sta forte. *Archivo público de Florencia*. Cf. Petrucci della Gattina, I, 543.

(3) Despacho de los embajadores ingleses, que se halla en State Papers: Henry VIII. Foreign VI, n. 64; «Despacho de G. de Médici de 15 de Octubre de 1523, existente el *Archivo público de Florencia*.

(4) Sanuto XXXV, 119. Bergenroth II, n. 606. «G. de Médici, en 19 de Octubre de 1523 (In conclavi non si fa ancora resolutione per stare obstinati li adversarii di non voler dar li voti ad alcuno della parte nostra... La confusione è grande più che mai perchè li adversarii non s'accordono a chi di loro vogliano voltare il favore... Li nostri stanno uniti—espera la derrota de los adversarios) y en 20 de Octubre (Li amici di mons. ill. stanno unitissimi). *Archivo público de Florencia*.

(5) Sanuto XXXV, 135. **Relación de Giov. Batt. Quarantino de 21 de Octubre de 1523. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

Cada partido aguardaba con grande expectación el giro que tomarían las cosas en Lombardía (1); los romanos se mostraban cada día más inquietos, y Farnese procuraba apaciguarlos (2). Junto á Farnese aparecieron en aquellos días otros candidatos enteramente nuevos; por ejemplo, el minorita Cristóbal Numai, Aquiles de Grassis y, sobre todo, Segismundo Gonzaga (3). Á 28 de Octubre insistieron los romanos en sus representaciones; pero las cosas permanecían en el mismo estado. Médici y Farnese andaban en balanzas. Llegó el mes de Noviembre, y todavía no se podía prever el fin de las negociaciones, á pesar de las nuevas representaciones de los romanos. La Corte estaba sumida en la desesperación; y ya se temía que acabara por estallar un cisma (4).

La llegada del cardenal Bonifacio Ferrero, adicto á los franceses, el cual entró en el conclave á 12 de Noviembre, volvió á paralizar todas las negociaciones. Con él subía á 23 el número de los enemigos de Médici, y el de los electores á 39 (5), y si se

(1) *Relaciones de G. de' Médici, fechadas el 22 y 23 de Octubre (In conclavi sono stati dua o tre di sanza far scrutino tractando modo d'accordarsi... Il cardinale nostro con li amici suoi stanno unitissimi e gagliardi e vanno acquistando continuamente) y el 24 (Credo staranno ancora qualche di venendo a proposito la dilation a ciascuna delle parte per veder il successo delle cose di Lombardia). *Archivo público de Florencia*. Cf. la *relación de Giov. Batt. Quarantino de 25 de Octubre de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) **Galeotto de' Médici en 25 de Octubre de 1523. *Archivo público de Florencia*.

(3) Sanuto XXXV, 148. *Galeotto de' Médici en 26 de Octubre de 1523. *Archivo público de Florencia*. Sobre las esperanzas de Gonzaga habla extensamente la *relación de Gabbioneta de 17, 21, 28 de Octubre y 15 de Noviembre de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. el despacho de los embajadores ingleses de 7 de Noviembre publicado por Brewer III, 2, n. 3514; Jovius, Pomp. Columna 152, donde hay también una poesía contemporánea; Sanuto XXXV, 149, 150, 167, 168; Ortiz en Burmann 223; *G. de' Médici en 4 y 5 de Noviembre de 1523. *Archivo público de Florencia*. *Relación de Gabbioneta de 7 de Noviembre (Tutta questa corte sta desperata e mal contenta per questa tardità de fare el papa. *Archivo Gonzaga de Mantua*). *Cartas de V. Albergati de 2, 6, 8, 10 y 11 de Noviembre de 1523, existentes en el *Archivo público de Bolonia*.

(5) Sanuto XXXV, 198. *G. de' Médici en 9 de Noviembre de 1523 (La venuta del rev. Ivrea dopoi se intesa ha facto fermar in conclavi ogni pratica e vi stanno le cose nel medesimo modo che il primo di v' entrarono. *Archivo público de Florencia*). *Diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*). El número 39, nombrado también en una comunicación notarial existente en el Archivo IV, 246 de Gori, en el *Diarium de Blasius de Martinellis (Cod.

ha de creer al embajador de Venecia, por entonces logró el cardenal Farnese atraer hacia sí, y apartar del cardenal Médici, al duque de Sessa, haciéndole grandes promesas (1).

Á pesar de esto, el de Médici no pensaba, ni remotamente, en ceder de su pretensión; y en realidad podía abrigar aún grandes esperanzas; pues su partido permanecía adicto á él con incommovible firmeza (2). Muy de otra manera pasaban las cosas entre sus adversarios; los cuales sólo estaban de acuerdo en no querer por Papa al poderoso cardenal Médici; pero en lo demás se hallaban desde el principio completamente divididos, por cuanto los más de ellos procuraban la tiara cada uno para sí (3). Mas, como observa Guicciardini, es difícil que dure la concordia, cuando estriba principalmente en la envidia y en la ambición. En esto había fundado Médici, ya desde mucho antes, sus esperanzas, y trabajaba por todos los medios para dividir á sus adversarios (4); y es por extremo maravilloso, haber venido en su auxilio, en esta empresa, no menos que el embajador francés.

Francisco I, inmediatamente después de la muerte de Adriano VI, había querido dirigirse él mismo personalmente á Italia (5);

Barb. lat. 2799) y en el *diario francés que se halla en el Cod. Barb. lat. 3552 (*Biblioteca Vaticana*) es indudablemente el verdadero, aunque las mismas *Acta consist. (tanto las que se hallan escritas en el *Archivio segreto pontificio*, como las del *Archivio consistorial*) indican 38. Vettori 347 nombra 33 + 3 + 1, y en parte le sigue Reumont, III, 2, 161. Guicciardini XV, 3, comete un error, al hacer comenzar el conclave con 36 miembros. La dificultad suscitada por Grethen 21, not. 1, de que Clemente, en 23 de Diciembre, distribuyó sus beneficios entre sus 37 electores, se solventa, como ya él sospechaba, por el hecho de que Grassis había muerto el 22 de Noviembre.

(1) Baumgarten, Karl V, II, 284; cf. además O. R. Redlich en Hist. Zeitschr. LXIII, 128.

(2) Sanuto XXXV, 197-198. *G. de' Médici en 7 de Octubre y 3, 7, 11 y 13 de Noviembre de 1523 (Ogni giorno li rev^{ti} fanno scrutinio e danno li voti in modo compartiti che nessuno d'epsi passa 10 voti). *Archivio público de Florencia*.

(3) Sanuto XXXV, 199. Bergenroth II, n. 606. *Cartas de G. de' Médici de 1, 3 y 14 de Noviembre de 1523, existentes en el *Archivio público de Florencia*. Cf. la *relación de Gabbioneta de 18 de Octubre de 1523, que se halla en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. la importante *relación de G. de' Médici de 15 de Octubre de 1523: Mons. nostro ill. per tutte le vie e modi puo va ghodendo il tempo iudicando li habbia ad esser molto a proposito per andar al continuo guadagniendo delli avversarii e rompendoli la unione hanno facto non sarà punto stabile per non esser d'acordo infra epsi chi di loro habbi ad esser papa per voler ciascuno di loro essere. *Archivio público de Florencia*.

(5) Rawdon Brown III, n. 756. Sigmüller, Papstwahlcn 159.

pero las dificultades suscitadas por la defección del Condestable de Borbón, que se había pasado al Emperador, le forzaron á abandonar aquella idea; por lo cual, hubo de limitarse á emplear la influencia de los cardenales franceses (á los cuales designó, como candidatos suyos, á Fieschi, Soderini y Scaramuccia Trivulzio), y á enviar á Roma nuevos delegados. Ludovico di Canossa, que tan fervorosamente trabajaba por los intereses de Francia, recibió demasiado tarde el mandato del Rey de partirse á Roma (1); de suerte que sólo el conde de Carpi llegó todavía á buen tiempo para el conclave (2). «Los enemigos triunfaban al principio, escribía el duque de Sessa á 28 de Octubre; porque Carpi es públicamente partidario de Francia, y además venía como enviado del rey Francisco I; pero su antigua amistad con el cardenal Médici es más poderosa que su espíritu de partido, y así ha logrado dividir á los adversarios.» En realidad, no era sólo la amistad antigua lo que movía á Carpi á tomar esta extraña actitud, sino muy verosímilmente, la promesa de neutralidad por parte del cardenal Médici, que hasta entonces se había mostrado enteramente adicto á los imperiales (3).

Vino á producir la definitiva resolución, el haber abandonado finalmente el cardenal Colonna su resistencia contra el de Médici. Este cambio de actitud se originó de haberse indisputado Colonna con sus amigos franceses, por negarse éstos á elegir á Jacobazzi, que era adicto al Emperador. Uno de los cardenales franceses, Francisco de Clermont, llegó entonces, en atención á

(1) Cf. las tres cartas de L. di Canossa, dirigida la primera á Francisco I, fechada en Gargnano, á 29 de Septiembre de 1523, la segunda á Bonniwet, almirante de Francia, fechada en Verona á 30 de Septiembre, y la tercera al cardenal Trivulzio, fechada en Verona á 4 de Octubre, las cuales se hallan en la *Biblioteca capitular de Verona*.

(2) Grethen, 21, pone la llegada de Carpi demasiado pronto, por habersele pasado inadvertida la relación que se halla en Petrucelli I, 543, la cual señala la llegada del sobredicho para la tarde del 17 de Octubre.

(3) Bergenroth, II, n. 606; cf. n. 612. Según las relaciones venecianas de 18 y 31 de Octubre, publicadas por Sanuto XXXV, 136. 169, Médici hizo al rey de Francia promesas tan amplias, que ya de suyo parecen inverosímiles; además estas promesas no se pueden poner absolutamente en consonancia con las tentativas posteriores de Francisco I, para alcanzar que el Papa le reconociese por señor de Milán. Más probabilidad tiene la conjetura de Grethen, 22, de que Médici sólo se obligó á la neutralidad. L. di Canossa, luego después de la muerte de Ariano, procuró entablar negociaciones con el cardenal Médici, pero éste no quiso acomodarse á ello. V. la carta de Canossa á Francisco I, de 20 de Octubre de 1523. *Biblioteca capitular de Verona*.

que cada día era más penosa para los ancianos la permanencia en el pestilente conclave, á proponer la elección del cardenal Orsini, tan hostil á los Colonna como á Carlos V. Médici hizo semblante de favorecer á este antiguo amigo de su familia; y entonces comprendió Colonna, sumamente atemorizado, que debía ceder; lo cual le aconsejaba también su hermano, empleado en el servicio del Emperador. Púsose, pues, de acuerdo con el de Médici, el cual le prometió la gracia de Soderini (1) y ciertas ventajas personales: esta unión de los dos adversarios, que durante tanto tiempo se habían combatido, tuvo lugar en la tarde del 17 de Noviembre.

Colonna arrastró entonces en pos de sí cierto número de cardenales, en primer lugar á su amigo Jacobazzi, luego á Cornaro y Pisano, después á Grassis, Ferrero y otros; con lo cual Médici pudo ya disponer de 27 votos, y su elección quedó decidida. El mismo día 18 de Noviembre había, dos años antes, entrado en Milán. La publicación del nuevo Papa se difundió no obstante, porque antes debía asegurarse la gracia de Soderini, y subscribirse la capitulación electoral. Ésta disponía, que los beneficios que había poseído el Papa, siendo cardenal, serían distribuidos entre sus electores. Entonces también los 12 cardenales franceses abandonaron, por no ser ya de provecho, su abierta resistencia; en la mañana del 19 de Noviembre se repitió otra vez la elección para mayor seguridad (2), y después fué proclamado como Papa electo

(1) Cf. Epifanio en *Atti d. congresso internaz. di scienze storiche* III, Roma 1906, 419 ss.

(2) Sobre la mudanza decisiva que tuvo por efecto la elección de Médici, concuerdan esencialmente las mejores fuentes, de modo que los datos de la relación, por otra parte muy preciosa, de Blasius de Martinellis (publicada por Creighton V, 325 s.), deben ser rechazados; cf. junto con Guicciardini XV, 3 y Jovius, *Pomp. Columna* 151 s., especialmente las relaciones florentinas publicadas en el *Giorn. d. Archivi Toscani* II, 117 s., 122 s. y por Petrucci I, 550, las venecianas que se hallan en Sanuto XXXV, 207, 225, las portuguesas, existentes en el *Corp. dipl. Port.* II, 178 s., 180 s., 198 s., las *cartas de V. Albergati de 18 y 19 de Noviembre de 1523 (*Archivo público de Bolonia*), la carta del embajador inglés, que está en *State Papers: Henry VIII. Foreign VI*, 195 ss. y en Brewer III, 2, n. 3592, la carta de Sessa, que se halla en la *Colec. d. doc. inedit.* XXIV, 333, y la carta de Negri (de 19, no 18 de Noviembre), que puede verse en *Lettere di principi* (edición veneciana de 1570 s., de la que me he servido siempre para lo que sigue) I, 100^b. Vienen también en confirmación de estas relaciones impresas, dos hasta el presente desconocidas, conviene saber, un **despacho de G. B. Quarantino, de 23 de Noviembre de 1523 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y una *carta de Andrea Piperario á B. Castiglione, fechada

por unanimidad el cardenal Julio de' Médici (1). El candidato que había quedado vencedor después de una tan reñida lucha de cincuenta días, tomó el nombre de **Clemente VII**, y el primer acto de su gobierno fué confirmar la capitulación de su elección, bien que con la cláusula de que, en caso necesario, podría modificarse en consistorio (2).

El prestigio que Clemente VII, en el tiempo de su cardenalato, había adquirido, por su actividad política en el reinado de León X, y su acertado gobierno de Florencia, así como por su carácter grave, comedido y adverso á todos los vanos placeres, reverberó ahora sobre el principio de su pontificado. Pocas veces ha sido un nuevo Papa saludado con tanta universal alegría y recibido con tan grande expectación como él. En lugar del sencillo Adriano VI, dedicado casi exclusivamente á los negocios eclesiásticos, había ahora un Papa como lo deseaba la mayor parte de la Curia: un gran señor y un político experimentado. Los romanos se entre-

en Roma á 19 de Noviembre de 1523, cuya copia se halla en la *Biblioteca de la ciudad de Mantua*. De que Médici hiciese promesas á Colonna, en Jovius sólo se halla una indicación general, mientras que Guicciardini menciona una promesa por escrito del oficio de vicecanciller y del palacio de Riario. Las fuentes diplomáticas arriba mencionadas, no dicen absolutamente nada acerca de esto.

(1) Blasius de Martinellis en Chreighton, V, 326. Gabbioneta, como al principio otros relatores, participa en un **despacho de 18 de Noviembre de 1523, que el nuevo Papa ha tomado el nombre de Julio III. Qué origen tuvo esta mala inteligencia, la cual se extendió por toda Roma, lo declara Quarantino en una **relación de 19 de Noviembre, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Los anuncios oficiales de la elección, tanto de parte de los cardenales (Giorn. d. Arch. Tosc. II, 123 s.), como del mismo Papa (por una carta que empieza; Salvator etc.) no se dieron hasta el 26 de Noviembre, día de la coronación. A algunos, como v. gr. á Florencia (v. Giorn. d. Arch. Tosc. II, 123 s.), y al marqués de Mantua, Federico, ya se expidieron tales anuncios el 22 de Noviembre, en otra forma y disposición. V. el *original de este último anuncio en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. También Francisco I recibió un anuncio ya antes de la coronación; v. Raynald, 1523, n. 128.

(2) La capitulación para la elección se halla impresa en el Giorn. d. Arch. Tosc. II, 107 s., la cláusula está publicada en Creighton V, 326. Si se compara con la capitulación para la elección de Adriano VI, se ve que hay más precisión en los pormenores, como también una porción de nuevas determinaciones (Art. 6, 7, 20-25) en favor de los cardenales y de los caballeros de Rodas.

(3) Además de Lettere di principi I, 100^a s., cf. también el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*), el *despacho de G. d' Médici de 21 de Noviembre de 1523 (*Archivo público de Florencia*), dos *cartas de Piperrario á B. Castiglione, fechadas en Roma, á 19 y 23 de Noviembre de 1523. (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

gaban al júbilo, esperando del Papa Médici una renovación de los dichosos tiempos de León X; un largo reinado brillante y fecundo para las ciencias y las artes; en lo cual se confirmaron, por cuanto Clemente VII llamó en seguida á su servicio á hombres eminentes, señalados por su formación clásica, como Giberti y Sadoletto (1); cuidó con grande acierto de la administración de justicia, dispensó audiencias públicas de la manera más generosa, y se mostró con todos por extremo afable (2) y muy liberal en el repartimiento de gracias. «De éstas, escribe el enviado de Bolonia, ha repartido más en el primer día de su pontificado, que Adriano VI durante toda su vida» (3). No era menor la satisfacción de los electores, á los cuales distribuyó el Papa todos sus beneficios, que producían una renta anual de unos 60,000 ducados. El cardenal Colonna obtuvo, además, el palacio de Riario, la Cancelaría, y el empleo de Vicecanciller; Cornaro el palacio de San Marcos, y á Soderini se le concedió una completa amnistía (4). La coronación, celebrada á 26 de Noviembre, se verificó de una manera brillantísima y con increíble concurso del pueblo. En la tribuna se leía la inscripción: «Clemente VII restaurador de la paz universal y perpetuo defensor del nombre cristiano.» «Parece, escribe Baltasar Castiglione, que aquí todos tienen acerca de este Papa las mejores esperanzas» (5).

(1) *Despachos de G. de Médici de 24 de Noviembre (S. S^a *sia sana lieta e attende ad ordinar tutte le cose necessarie e maxime della iustitia*) y 8 de Diciembre de 1523, existentes en el *Archivo público de Florencia*.

(2) Esto lo pondera el cardenal Gonzaga en una *carta á la marquesa Isabel, fechada en Roma á 19 de Noviembre de 1523. *Biblioteca de Mantua*.

(3) *Carta de V. Albergati de 19 de Noviembre de 1523, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(4) Cf. la *carta de Piperario á B. Castiglione de 23 de Noviembre (*Biblioteca de Mantua*) y el despacho de G. de Médici de 29 de Noviembre (*Archivo público de Florencia*). Aquí se refiere ya la repartición de los beneficios; la *bula correspondiente (Clem. VII, secret. IV, [1440], f. 44. *Archivo secreto pontificio*), lleva la fecha de 23 de Diciembre; cf. Ehses, *Politik Klemens VII*, 562 y el apéndice núms. 97 y 98.

(5) *Carta de B. Castiglione al marqués de Mantua, fechada en Ravena á 30 Noviembre de 1523 (*Biblioteca de Mantua*). Sanuto XXXV, 235, 243. Cf. además Brewer, III, 2, n. 3594; *Lettere volgari*, I, 60-7 y la *carta de V. Albergati de 26 de Noviembre de 1523 (*Archivo público de Bolonia*). En 13 de Diciembre de 1523 recibió Giberti duc. 945 *pro expensis factis pro coronat.* S. D. N. (*Intr. et Exit. 561 del *Archivo secreto pontificio*). V. además *Acta consist. (*Archivo consistorial*), *G. de Medici de 27 de Noviembre de 1523 (*Archivo público de Florencia*) y el *diario de C. de Fine (*Biblioteca nacional de París*). El día de la coronación recibieron el cardenal L. Pucci el *gubernium* de Bagnores, el

También en el resto de Italia, principalmente en los Estados de la Iglesia, produjo la elección pontificia una muy favorable impresión (1). Alfonso de Ferrara había aprovechado la sede vacante para volver á recobrar por la fuerza la posesión de Reggio y Rubbiera, y se preparaba á dirigirse contra Módena, cabalmente cuando tuvo noticia de la elevación de Clemente VII. Entonces desistió inmediatamente de ello, y envió al Papa un mensajero, y más adelante á su hijo primogénito, para prestarle la obediencia y preparar el terreno á una concordia, la cual no se llegó á obtener; mas, en su lugar, se acordó una tregua de un año. Las turbaciones que Juan de Sassatello había excitado en la Romaña, en nombre del partido güelfo, pero secretamente apoyado por Franciá, cesaron inmediatamente tan luego como hubo salido de la urna electoral el nombre del Papa Médici (2). En Florencia se computaban con sagacidad genuinamente mercantil, las ventajas del pontificado de otro Médici; innumerables florentinos se dirigieron á Roma para hacer allí fortuna (3). En Venecia las manifestaciones de alegría fueron casi exageradas; el Dux escribía, que enviarla á los más ilustres varones para venerar á Clemente VII como una divinidad en la tierra. «¡Alabado sea el Señor eternamente! exclamó Victoria Colonna, cuando recibió la noticia de la elevación de Clemente VII; y ojalá haga seguir á este principio tal progreso y éxito, que se manifieste no haberse puesto nunca por obra otra cosa más saludable, ni que haya descansado sobre un fundamento más racional.» Lo mismo que esta noble señora, pensaban y esperaban entonces muchas personas; un canónigo de Plasencia era de opinión, que Médici guiaria segura-

cardenal Cesi el gubernium de Sutri, el cardenal Pallavicini el gubernium de Montefiascone (*Regest. 1239, f. 36, 38, 127), y el cardenal Jacobazzi el gubernium de Pontecorvo (*Regest. 1243, f. 85. *Archivio segreto pontificio*).

(1) *Relación de 1.º de Diciembre de 1523, existente en el *Archivio público de Bolonia*.

(2) Guicciardini, XV, 3. El *salvoconducto para Hércules, hijo de Alfonso, está fechado en Roma, á 11 de Diciembre de 1523. Data del mismo día un *breve de Clemente VII á Alfonso, en que se lee: Nunc autem nobilitatem tnam si, ut ipse nobis Franciscus [Cantelmus, portador de una carta de Alfonso al Papa] affirmavit, officium suum debitamque observantiam huic S. Sedi praestiterit, omnia a nobis sibi proponere atque expectare volumus quae sunt ab optimo pastore amantissimoque patre requirenda. Los dos documentos se hallan en el *Archivio público de Módena*.

(3) *Tutta Firenze concorre quà, escribe V. Albergati desde Roma, el 7 de Diciembre de 1523. *Archivio público de Bolonia*.

mente con su prudencia la amenazada barquilla de Pedro, hacia el puerto de la salud (1). El marqués de Pescara decía, acerca del resultado de la elección: que nunca por ventura se habían cumplido en tan alto grado los deseos de todos. «Clemente VII, opinaba Bembo, será el más grande y prudente, y al propio tiempo el más venerado Papa que la Iglesia haya tenido desde hace muchos siglos» (2). Casi universalmente se apartaban los ojos de las grandes debilidades que el nuevo Jefe supremo de la Iglesia juntaba en su carácter con cualidades innegables.

Clemente VII (3) era, á diferencia de la mayor parte de los Médici, un hombre hermoso; tenía figura elevada y primorosa, y en su semblante distinguidos y regulares rasgos; que fuera un poco bizco del ojo derecho, apenas lo notaba sino un muy atento observador. Por entonces iba todavía sin barba, como le había representado Rafael en el retrato de León X (4). La salud del Papa nada dejaba que desear, y como, fuera de esto, vivía con moderación y severa moralidad, y no tenía más de 45 años, podía augurársele un largo reinado (5). Aun cuando, como verdadero

(1) *Callisti Placentini [can. regul.] *Dialogus ad Clementem VII de recte regendo pontificatu*. Cod. Vat. 3709 de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Sanuto XXXV, 216 ss. Tolomei, 5. Reumont, B. Colonna, 42 s. Bembo, Op. III, 54 (carta de 11 de Diciembre de 1523).

(3) Sobre la vida anterior del nuevo Papa, v. nuestras indicaciones, vol. VII, p. 99.

(4) El exterior y la condición de Clemente VII están pintados muy por menudo en las relaciones de los embajadores venecianos Foscari (1526), Contarini (1530) y Soriano (1531), impresas por primera vez en Albèri, 2 serie, III, y en parte corregidas por Sanuto; cf. también la memoria publicada en el Archivo, IV, 269 de Gori y Guicciardini. Hicieron magníficos retratos de Clemente VII, Sebastión del Piombo (Galería de Parma; v. Hofmann, *Villa Madama*, Dresden, 1900, Tafel I), Bronzino (según la fotografía de Alinari, se halla en Heyck, *Mediceer*, 119) y Vasari (cf. Giordani, Doc. 192). Sobre éstas y otras imágenes, cf. Gotti, I, 162, 268; Gruyer, *Raphaël peint. d. portr.*, 348 s.; Crowe-Cavalcasse, VI, 401 s.; Gasperoni, *Arte e lett.*, II, 164; Nolhac en *Gaz. d. Beaux Arts*, 1884, I, 428; Kenner, 145, y *Giorn. d. lett. Ital.* XXXVIII, 178, nota. De los bustos del Papa, pasan por los mejores, los de A. Lombardi y Montorsoli; v. Müntz, III, 210, 432.

(5) E continetissimo, nè si sa di alcuna sorte di luxuria che usi, dice Foscari. Sanuto XLI, 283. Lo mismo dicen Vettori, 381, y Guicciardini, XVI, 5. V. además los testimonios de Campeggio y Eck, aducidos por Ehses (Concil. IV, cix). Los rumores en contrario (v. Gauthiez, 66) son acusaciones que carecen de demostración. Aunque Clemente VII como Papa, vivió honestamente, pudiera, sin embargo, en su juventud no haber estado libre de excesos; esto significa con bastante precisión la manera cómo se expresa Soriano (Albèri, 2 serie, III, 277); cf. también Heine, *Briefe*, 378. Es con todo muy inseguro lo que

Médici, era amigo de la literatura, del arte y de la música, en el fondo poseía, sin embargo, Clemente VII una índole prosaica (1). No era con mucho de tan variadas aptitudes ni tanto ingenio, como León X; pero no era tampoco tan liviano, amante del placer, pródigo y fastuoso. Graves observadores advirtieron con satisfacción, que el convite de su coronación se celebró sin el exagerado lujo, y sin los juglares acostumbrados en tiempo de León X (2). De todas aquellas diversiones vanas, ninguna conservó Clemente VII, el cual, desde hacía muchos años, venía siendo hombre de austero trabajo. Tampoco hallaba gusto en las ruidosas cacerías, ni en las excursiones que hacían perder mucho tiempo y costaban mucho dinero. Sólo muy raras veces visitó la Magliana, y aun á su misma hermosa villa del Monte Mario, se dirigía con poca frecuencia (3). Genuino Médici y político del Renacimiento, sobrepujo Clemente VII en diplomática reserva y sagacidad aun al mismo León X. «Este Papa, refería Loaysa al Emperador, es el hombre de más secretos del mundo, y tan lleno de cifras como ningún otro con quien yo haya jamás hablado» (4).

En el cumplimiento de los deberes de su cargo era el nuevo Papa infatigable. Consagrábase á los negocios con la mayor puntualidad, grande empeño y nunca deficientes ganas de trabajar (5). Casi no se permitía ninguna recreación sino durante el tiempo de la comida, en el cual él, que era también buen músico (6), se deleitaba con oír canto figurado (7), y se entretenía

opina Gauthiez, 62 s., alegando á Varchi, que Alejandro de' Médici era hijo bastardo del cardenal Médici. Contemporáneos muy bien informados, como Contarini en su relación de 1530, dicen expresamente, que Alejandro era hijo ilegítimo de Lorenzo de' Médici, duque de Urbino. Esto también sostiene Reumont (Toskana, I, 20), uno de los mejores conocedores de la historia de los Médici.

(1) Cf. Reumont, III, 2, 432.

(2) Sanuto XXXV, 243; XXXVII, 10.

(3) Foscari publicado por Sanuto XLI, 283.

(4) Heine, Briefe, 86, 401; cf. 195.

(5) Cf. Guicciardini, XVI, 5.

(6) Sanuto LII, 648; cf. Albèri, 2 serie, III, 278.

(7) Motetti. V. Cellini, Vita, I, 4; cf. Plon, 10; v. además Sanuto LVIII, 610. Eleazar Genët dedicó á Clemente VII sus célebres lamentaciones; cf. Ambros, III, 276 y Haberl, Musikkatalog der päpstlichen Kapelle, Leipzig, 1888, 22, 43. Sobre los cantores de la capilla papal que Clemente VII, ya por Abril de 1526, reorganizó en Orvieto (Sanuto XLVII, 270), cf. Schelle, 258 s. Por entonces se contrataron músicos en Francia y Flandes (cf. *Nunziat. di Francia, I, 303, 337, en el *Archivo secreto pontificio*); por lo demás, ya en 1524, aparece un músico

tratando de asuntos graves con artistas y hombres doctos. A su mesa, en la cual se servía con mucha parsimonia, asistían también siempre dos médicos. Fuera de la comida principal, tomaba el Papa muy poca cosa más; observaba los ayunos con gran rigor; pero al contrario, solamente celebraba la misa en los días de gran festividad. Su porte en todas las solemnidades religiosas estaba lleno de dignidad y mesura. «No es posible hallar otro, opinaba Soriano, que celebre con una actitud más devota y decorosa» (1). Aun cuando Clemente VII no manifestó en manera alguna, bajo el aspecto eclesiástico, la severidad de su predecesor, y mostró generalmente mayor conocimiento y experiencia en los asuntos políticos que en los religiosos (2); sin embargo, adviértese en él una ventajosa mudanza en comparación con la liviandad de León X.

El embajador veneciano Marco Foscarini, que durante los tres años de su embajada pudo observar muy cuidadosamente á Clemente VII, juzgaba: «El Papa está lleno de piedad y de justicia; en la signatura no haría cosa alguna en perjuicio de otras personas, y cuando concede una solicitud no se retracta nunca, como solía hacerlo León X. No vende ningún beneficio, ni los concede por simonía. Al contrario de León y de otros papas, no exige ningún servicio cuando concede gracias, sino desea que todas las cosas se hagan conforme á derecho» (3).

La grande economía de Clemente VII dió lugar á muchos desmesurados ataques (4), y habiendo él con frecuencia ido de

de Cambrai en las *cuentas (S. Maria Novella, 327. *Archivio pubblico de Florenzia*). V. también Bertolotti, *Artisti Urbinati a Roma, Urbino, 1881*, donde, para 1529, se menciona como cantore un tal Cristoforo da Urbino. Por Diciembre de 1524 aparecen un Petrus Maler (sin duda alemán) et socii musici. *Intr. et Exit. 861 (*Archivio segreto pontificio*). Los nombres de los 24 cantores de la capilla se hallan inscritos en los *Mandati, IV (1529-1530), f. 68, para Abril de 1530; ibid. *VI (1530-1534), se ponen 23 cantores, y además el magister y sacrista. *Archivio pubblico de Roma*. Por un *breve, fechado en Marsella á 9 de Noviembre de 1533, Clemente VII da las gracias á F. Sforza por haberle enviado el «tibicen» Moscatellus. El original se halla en el *Archivio pubblico de Milán*.

(1) Albéri, 2 serie, III, 278. Sanuto XXXV, 241; XLII, 27. Aun durante su cautividad en el castillo de Santángelo, ayunaba Clemente VII; v. *Histor. Zeitschr.*, XXXVI, 168.

(2) Cf. Ehses, *Concil. IV*, xvii.

(3) Sanuto XLI, 283.

(4) Quien con más violencia le ha lanzado este vituperio ha sido Ziegler en su apasionada Vita, publicada por Schelhorn, *Amoenitat.*, II, 300 s., la cual más parece una invectiva que un trabajo histórico. Sobre Ziegler, v. vol. VII p. 191, nota 1; Hüßler, *Adrian VI*, 408 y Riezler, *VI*, 410, 521.

masiado allá en esta parte, se explica fácilmente el reproche de avaricia, aun cuando no se puede justificar en todos respectos. Esto se convence desde luego, por cuanto Clemente VII distribuía limosnas por todas partes con tanto fervor como León X (1); y el haberse abstenido de las prodigalidades de su primo, cuyas deudas tuvo que pagar (2), antes es digno de alabanza que de vituperio. Los puntos sombríos de Clemente VII se hallaban en otro orden, y estaban íntimamente enlazados con su peculiar carácter, que describe muy de propósito el embajador de Venecia Antonio Soriano. Éste se opone á la opinión corriente de ser el Papa de índole melancólica; «antes bien, observa, le tienen los médicos por sanguíneo, con lo cual se explica asimismo su ligereza en el hablar» (3). Contarini pondera también el buen juicio que poseía Clemente VII: es verdad que no tenía grandes ideas, pero hablaba muy bien acerca de todas las cosas que se le proponían. Por su índole fría, que Rafael caracterizó maravillosamente en la figura del cardenal pintada en el retrato de León X, explica Contarini, que Clemente VII fuera muy tardo en sus resoluciones, y no poco tímido; y también Soriano acentúa, que el Papa tenía un corazón muy frío (4).

Siempre lleno de vacilaciones, pertenecía Clemente VII al

(1) La indicación de Foscari sobre la gran liberalidad de Clemente VII, está confirmada plenamente por Ciaconius, III, 474 y especialmente por los libros de cuentas del Papa. Ciertos conventos recibían limosnas con regularidad, como por ejemplo, las monjas de S. Cosimato, la abadesa del monast. murat. de urbe y los Fratres S. Crisogoni de Roma (v. *Intr. et Exit., 561, del *Archivio segreto pontificio*), como también las monjas de S. Maria Annunziata de Florencia; v. *Mandati, III, 1527 (*Archivio público de Roma*); aquí mismo hay una limosna en dinero para el hospital de Letrán. En los *libros de cuentas de Clemente VII, que se hallan en el *Archivio público de Florencia*, hay asentadas limosnas para los años 1524 hasta 1527, destinadas para el príncipe di Cipri y para su hija, para los frati d' Araceli, para Filippo Cipriota, para los frati della Minerva, para la compagnia della carità, para Madonna Franceschina (figliuola del Gran Turcho), para la redención de los esclavos de los turcos, para los turcos convertidos, para la compagnia della Nunziata per maritar zitelle. Para cada pascua de 1525 y 1526 se apuntaron como limosnas 300 ducados (S. Maria Novella 327). Además, para 1528 y 1529 aparecen limosnas para las monjas de S. Maria in Campo Marzo, S. Cosimato, Tor de' Specchi y monastero dell' Isola, para los frati de S. Giovanni e Paolo, S. Pietro in Montorio y S. Onofrio, como también para los poveri di S. Lazaro (S. Mar. Nov. 329).

(2) V. Schulte, I, 236.

(3) Albéri, 2 serie, III, 278. Sobre la elocuencia de Clemente VII, v. Balan, VI, Nachträge, xix.

(4) Albéri, 2 serie, III, 265, 278.

número de aquellos infelices caracteres, en quienes la reflexión no aclara las ideas ni confirma la voluntad, sino suscita incesantemente nuevas dudas y dificultades. A consecuencia de esto, se arrepentía muy presto de las resoluciones una vez tomadas, titubeaba casi constantemente entre varios extremos, y dejaba pasar de ordinario el instante á propósito para obrar. La irresolución y ánimo vacilante del Papa, debía influir tanto más en su ruina, cuanto se juntaba con ellos un alto grado de timidez. Por esta timidez, demasiadamente grande, como también por la nativa irresolución, y la economía muchas veces mal aplicada, explica Guicciardini que Clemente VII, cuando era necesario ejecutar las resoluciones, tomadas después de larga consideración, nunca llegaba á ponerlas por obra (1).

Estas perniciosas condiciones de carácter, habían sido muy poco observadas en el tiempo en que Julio de' Médici era consejero de León X, y por ventura tampoco se habían desarrollado en él tanto como más adelante. Todo el mundo sabía entonces, que el cardenal servía al Papa reinante con gran fidelidad é infatigable constancia de trabajo; en aquel tiempo se estimaba en mucho más de lo que en realidad era justo, la influencia política y la actividad incesante de aquel hombre prestigioso; y aun se llegaba á atribuir los más de los éxitos políticos de León X, no al Papa, sino á su consejero el cardenal. Sólo cuando este mismo fué colocado al frente del gobierno, se evidenció que, ni sabía tomar una resolución á tiempo, ni cuando la había tomado era capaz de llevarla al cabo, porque, por efecto de su exagerada prudencia política, no sabía desentenderse de las dificultades, y el temor constante de peligros reales, y con harta frecuencia sólo imaginados, paralizaba todas sus empresas y no le dejaba proceder de una manera resuelta y consecuente. Una carta, una palabra, eran suficientes para trastornar de súbito una resolución tomada después de muchas meditaciones y cálculos, y bastaban para sumir de nuevo al Papa en la misma falta de consejo en que se había hallado antes de resolverse (2). A los ojos de los contemporáneos escaparon casi completamente, en los

(1) Guicciardini, XVI, 5. Sobre la inseguridad y timidez de Clemente VII, habla también muy duramente L. di Canossa en una *carta á Alb. di Carpi, con fecha 6 de Octubre de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

(2) Guicciardini, XVI, 5; cf. vol. VIII, p. 70 s.

primeros momentos, las perniciosas condiciones de carácter de Clemente VII; por lo cual fué tanto más penosa su sorpresa, cuando vieron que, de aquel gran cardenal tan respetado, no resultó sino un Papa pequeño y de quien se hacía poco aprecio (1).

Los que mayor desengaño sufrieron fueron los imperiales; los cuales, de una manera sobrado optimista, se habían entregado á las más exageradas esperanzas: «El Papa es enteramente criatura de V. M., escribía el duque de Sessa, inmediatamente después de la terminación del conclave. El poder de V. M. es tal, que puede trocar las piedras en hijos obedientes» (2). Al hablar así, perdía Sessa de vista que la elección no había sido exclusivamente obra suya, y que el cardenal de Médici, ya durante el conclave, había venido á colocarse en una posición más neutral. Tampoco echaba de ver que Clemente debería tomar como Papa una actitud diferente de la que como cardenal había guardado. Evidentemente, el ideal que tenía ante los ojos el Papa Médici, al entrar en su gobierno, consistía en ser lo más imparcial é independiente posible, así respecto del Emperador como de Francia; trabajar para el restablecimiento de la paz europea, doblemente necesaria en atención al peligro de los turcos y á los progresos de la herejía en Alemania; y al propio tiempo, asegurar la libertad de Italia y del Pontificado (3); pero desgraciadamente, aun cuando conocía muy bien la dificultad de la situación general (4), faltaban al Papa de todo punto la resolución, firmeza é intrepidez de un Julio II, que le hubieran sido necesarias. Desde el principio se notaron en él las más notables vacilaciones; y ¿cómo hubiera podido ser esto de otra suerte cuando (cosa bastante característica) los dos principales consejeros del Papa eran representantes de los dos grandes partidos opuestos? El uno, el excelente é irrepreensible Juan Mateo *Giberti*, á quien se nombró Datarío, cuanto más conocía los peligros que amenazaban á la libertad de Italia y de la Santa Sede por parte de la preponderancia española, se iba

(1) Vettori, 348.

(2) Bergenroth, II, n. 610, 615, 622.

(3) Baumgarten, II, 287.

(4) Cf. el «breve á Canossa, fechado en Roma á 11 de Diciembre de 1523 (*Archivio segreto pontificio*, Arm. 39, vol. 43, n. 36). La situación política se pinta con colores muy oscuros, especialmente en Tizio, «Hist. Senen. (Cod. G. II, 39 de la Biblioteca Chigi de Roma.)

inclinando más del lado de los franceses; el otro, Nicolás de *Schönberg*, era, por el contrario, fielmente adicto al Emperador. Guicciardini atribuye principalmente á los contrarios influjos de estos dos consejeros, la conducta vacilante que Clemente VII manifestó muy pronto, con universal asombro de todos (1).

Luego en los primeros días que siguieron á su elección, entabló el Papa negociaciones secretas con el veneciano Foscari, descubriendo á éste su designio de unirse con Venecia y con el duque de Milán, y hasta de separar á Suiza de Francia, juntándola asimismo consigo. Con estas operaciones intentaba quitar á los franceses todas las esperanzas sobre Italia, y trabajar al propio tiempo contra los planes del Emperador, para poder ser de verdad Papa, y no siervo, como había sido Adriano. Sin embargo, no por eso quería emprender otra cosa alguna contra el Emperador, sino más bien conservar la amistad con él. No pensaba en hacer guerra, sino en procurar una tregua, con tanto mayor razón cuanto que la Curia no solamente se hallaba desprovista de dinero, sino además cargada todavía con las deudas contraídas por León X. Y como se veía acometido de una parte por los imperiales, y de la otra por el conde de Carpi en favor de Francia, deseaba mucho conocer los designios de Venecia antes de declararse (2).

El duque de Sessa, que no miraba en Clemente VII sino al antiguo partidario de la política imperial, sufrió la más tremenda decepción: el Papa se negaba rotundamente á transformar en alianza ofensiva, la defensiva ajustada con Adriano VI; continuaría pagando los subsidios estipulados para el ejército imperial; pero, como Padre común de todos, era su primera obligación restablecer la paz universal en la Cristiandad. «Todas mis representaciones en contra, anunciaba á 30 de Noviembre otro diplomático imperial, el protonotario Caracciolo, han sido infructuosas; el Papa observaba, que no se podía declarar públicamente en favor de una Liga contra Francia, sino debía más bien procurar que llegara á ajustarse una tregua universal entre todos los Estados cristianos» (3). A esto se encaminaban, en efec-

(1) Guicciardini, XVI, 5. Ya por otoño de 1524 se decía que Giberti era el cor del Papa; v. Sanuto XXXVI, 619; cf. Engl. hist. Rev. XVIII, 34 s.

(2) Carta de Foscari al consejo de los Diez, de 23 de Noviembre de 1523, publicada por Baumgarten, Karl. V, II, 287.

(3) Bergenroth, II, n. 613, 615. Grethen, 25 s.

to, al principio, los esfuerzos del Papa. Ya había acentuado sus designios pacíficos, principalmente en consideración á los peligros con que los turcos amenazaban, en el escrito expedido aun antes de su coronación, por el que notificaba su elección al monarca francés (1).

Clemente VII confiaba poder satisfacer á los imperiales, sin oponerse con pública hostilidad á los franceses (2); al paso que, cada uno de los dos acérrimos contendientes, así Carlos como Francisco, requerían que el Papa tomara resueltamente partido en su favor. En este sentido se afanaban, no sólo los cardenales y embajadores de una y otra parte, sino también especiales comisionados del Emperador y del rey de Francia. El enviado de Francisco I, Saint Marsault, llegó á Roma á 1 de Febrero de 1524; y por más que sus ofrecimientos fueron muy grandes, Clemente VII se negó á reconocer á Francisco I como soberano de Milán, y se mostró ansiosamente solícito por evitar aun la apariencia de favorecer á Francia (3); pero tampoco se alargó á hacer mayores concesiones que las obtenidas en el tratado estipulado por su predecesor con Carlos V, el cual debía durar hasta Septiembre de 1524. A pesar de sus apuros financieros, pagó los subsidios convenidos; pero hizolo en secreto, por consideración á Francia (4).

El duque de Sessa estaba fuera de sí por la irresolución del

(1) Raynald, 1523, n. 128.

(2) Despacho de Foscari, de 7 de Diciembre de 1523, publicado por Baumgarten, Karl. V, II, 299.

(3) Brown, III, n. 800, 804. Bergenroth, II, n. 617, 619. Sanuto XXXV, 394. Bucholtz, II, 254. Grethen, 27 s. G. de' Medici refería, en 10 de Febrero de 1524: «Mons. de San Marseo da buone parole á N. S. chel suo re farà quanto vorrá. S. S^{ma} non viene a ristretto. Volentieri fariano una tregua con tener quello hanno acquistato in Lombardia. Li Imperiali non la vogliono ascoltare e sperono recuperare quello hanno perso. *Archivo público de Florencia.* Clemente VII alaba los buenos servicios de Saint-Marsault, en un *breve á Francisco I, de 10 de Abril de 1524. Arm. 40, vol. 8 (Min.), n. 155 del *Archivo secreto pontificio*.

(4) Mignet, Rivalité, I, 457, nota. Ehses, Politik Klemens' VII, 563. En *Intr. et Exist. 561 (*Archivo secreto pontificio*); vense registrados al 30 de Enero de 1524, duc. 24000 Paulo Victorii capit. pro subvent. belli in Lombardia. Sobre las dificultades financieras de Clemente VII, v. también la relación de Castiglione, de 7 de Marzo de 1524 (Delle Esenzioni, 57) y la carta de 4 de Mayo de 1524, que se halla en [P. Rajna,] Tre lettere di Alessandro de' Pazzi (Per Nozze), Firenze, 1898, 14. En 26 de Diciembre de 1524, Fr. Gonzaga da cuenta con fuertes expresiones de la penuria del Papa. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Papa, el cual era adicto al Emperador, pero hacía continuamente guiños á Francia: cuanto más le instaba, tanto el Papa se volvía más reservado (1); y tampoco fué más feliz otro segundo enviado de Carlos V, Adriano de Croy. Cabalmente manteniéndose neutral, declaraba el Papa, podría trabajar con más fruto para la paz (2). En esta neutralidad le confirmaban las amenazadoras noticias que, precisamente en la primavera de 1524, se recibieron acerca de los progresos del luteranismo en Alemania, y el creciente peligro de los turcos (3); el que las Potencias cristianas, á la vista de semejantes riesgos, se despedazaran mutuamente, le parecía cosa intolerable, y esperaba, por medio de sus diplomáticos, lograr por lo menos una tregua. A España, donde se hallaba el Emperador, había enviado Clemente VII, á 8 de Diciembre de 1523, á su camarero Bernardino della Barba, para proponer una mediación encaminada á la paz (4). Una deliberación tenida en consistorio, á 9 de Marzo de 1524, acerca de los medios para establecer la tan necesaria paz universal (5), dió por resultado que Nicolao de Schönberg fuese enviado á las Cortes de Francia, España é Inglaterra. Schönberg se partió luego á 11 de Marzo, no muy de buena gana, porque conocía muy bien las dificultades de su misión (6), y porque, en ausencia suya, Giberti ejercería un influjo ilimitado (7). La instrucción dada á Schönberg no deja lugar á dudas sobre la seria voluntad del Papa de preparar el camino para la paz. Schönberg hizo su viaje muy rápidamente, y á fines de Marzo se hallaba en Blois, donde se detuvo hasta el 11 de Abril; y luego de haber tratado en Burgos

(1) Bergenroth, II, n. 619.

(2) Bergenroth, II, n. 617, 624. Sanuto XXXVI, 19, 27, 42. Grethen, 30 s.

(3) Cf. los *despachos de G. de' Medici de 15 y 20 de Febrero, y 19 de Marzo de 1524 (*Archivo público de Florencia*); Sanuto XXXV, 435 y *Acta consist. publicados por Kalkoff, Forsch.*, 87.

(4) Cf. Ehses, *Politik Klemens' VII*, 571. La fecha de la partida de Barba está conforme con la *carta del virrey de Nápoles al emperador, fechada en Pavia, á 20 de Diciembre de 1523, existente en el *Archivo público de Bruselas*, *Corresp. de Charles V avec l'Italie I*.

(5) *Acta consist., existentes en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

(6) Cf. la relación en la *Notizenblatt zum Archiv für österr. Gesch.*, 1858, 181.

(7) La fecha de la partida, hasta ahora incierta, se saca de una *carta de B. Castiglione á María Equicola, fechada en Roma á 12 de Marzo de 1524: *L'arcivescovo è andato mal voluntieri. M. Giov. Matteo resta pur patrone d'ogni cosa. Biblioteca de Mantua.*

con Carlos V, se dirigió otra vez á Blois, y desde allí á Londres á 11 de Mayo (1).

En Roma, donde poco después de haber llegado la embajada de obediencia de los florentinos (2), comenzó á cebarse la peste (3), trabajaban entretanto, en interés del Emperador, el duque de Sessa, Don Lope Hurtado de Mendoza y los diplomáticos ingleses; al paso que Marsault y Carpi, apoyados por el poderoso Giberti, se empleaban en favor de Francisco I. Verdad es que aun entonces evitó el tímido Papa tomar partido tan resueltamente como lo deseaban los imperiales; pero de todas maneras, bajo la impresión de las noticias recibidas de Lombardía, donde Bonnivet, General de Francisco I, operaba muy infelizmente, se inclinaba más á favor de Carlos V (4); aun cuando no pensaba,

(1) Todos los pormenores sobre el envío de Schönberg se hallan en el tratado por extremo precioso de Ehses, *Politik Klemens' VII*, publicado en el *Hist. Jahrb.*, VI, 571 s., 575 s., donde también hay la instrucción, tomada del Cod. Vatic. 3924, f. 196-201. Cf. ahora también la *Rev. d. quest. hist.*, 1900, II, 61 s. Aprovecho esta ocasión para manifestar también en este lugar mi más expresivo agradecimiento al Sr. Prelado Ehses, por haberme hecho el favor de transmitirme numerosos extractos para la historia de Clemente VII. En la *credencial para el emperador, fechada á 10 de Marzo de 1524, se dice lo siguiente respecto de Schönberg: *fidemque in omnibus adhibere velis perinde ac si nos ipsi tecum colloqueremur* *Archivo secreto pontificio*. El dato de que Schönberg se partió de nuevo de Blois el 11 de Mayo, está confirmado por un *despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 25 de Mayo de 1524. *Archivo público de Florencia*.

(2) Los embajadores florentinos de obediencia (v. *Giorn. degli Arch.* II, 125) llegaron á Roma el 7 de Febrero de 1524 y tuvieron audiencia pública el 15; v. las cartas de G. de' Médici, de 7 y 15 de Febrero de 1524 (*Archivo público de Florencia*) y las *Acta consist., que se hallan en el *Archivo consistorial del Vaticano*.

(3) Sobre la presencia y estragos de la peste, da cuenta por menudo *G. de' Médici en 20 de Febrero; en 18, 19, 21, 28, 31 de Marzo; en 1, 6, 8, 11, 17, 20 de Abril; en 7, 9, 11, 14, 16, 21, 25, 27 de Mayo y en 1, 3, 9, 12, 14, 17, 20, 22, 25 y 28 de Junio de 1524. Sólo en 13 de Julio pudo participar el sobredicho: La pesta fa pocho danno o niente. Todas estas *relaciones se hallan en el *Archivo público de Florencia*. Cf. también Sanuto, *passim*; la *carta de M. Salamanca á G. Salamanca, fechada en Roma á 6 y 16 de Junio de 1524 (*Archivo público de Viena*); Seraasi, I, 113 ss.; Cellini, *Vita*, I, 5; Luzio, *Mantova*, 255; el *diario de Cornelio de Fine (*Biblioteca nacional de París*); los *despachos de Alvarotti, fechados en Roma 1, 14, 20, 31 de Mayo y 10 de Julio de 1524, existentes en el *Archivo público de Modena*.

(4) Además de las relaciones españolas é inglesas, publicadas por Bergenroth, II, n. 619, 621, 635, 636, 638, 642, 651, 654, cf. especialmente las *relaciones hasta ahora desconocidas, y en algunas partes muy importantes, de B. Castiglione á Calandra de 9, 12, 19, 23 y 26 de Abril de 1524, existentes en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; v. aquí mismo la *relación de A. Germanello,

ni por asomos, en ponerse abiertamente á su lado. A 10 de Abril acentuaba Clemente VII, en un escrito á Francisco I, que, á pesar de sus grandes obligaciones respecto de Carlos V, se había esforzado con todo lealmente por cumplir su obligación del modo más imparcial posible; y cuatro días después explicaba claramente al Emperador, por qué razón debía negarse á abrazar cualquiera de los dos partidos y, por consiguiente, asimismo á renovar la liga ajustada con Adriano VI. El Papa (se insistía en aquel escrito con las más enérgicas expresiones) continuaba abrigando la misma propensión que antes hacia el Emperador; pero su deber, como Padre común de todos, le imponía una actitud lo más neutral que posible fuera, para que, en su mediación para la paz, tan necesaria á la Cristiandad, ninguno le considerase como parte; y para que pudiera ser oído dócilmente cuando convocara á la guerra contra los turcos (1).

En Mayo todavía se empeoró notablemente la situación de los franceses en Lombardía; por lo cual los imperiales celebraron fiestas en Roma, en demostración de su victoria (2). A 17 de Mayo falleció el cardenal Soderini, enemigo de los imperiales, y al propio tiempo cayó Carpi en desgracia del Papa. Todavía estaba Clemente VII más enojado contra el duque de Ferrara, porque procuraba sembrar la discordia entre él y el Emperador, y amenazaba á Módena; también con el duque de Sessa estaba el Papa sumamente descontento, por cuanto había llegado hasta intrigar contra él en Sena (3). A principios de Junio dirigió Clemente VII á Francisco I una exhortación á la paz, en la que hacía notar, cuán necesario era que el Rey cediese, en atención á los cambios producidos en la situación de las cosas (4). Ya á 16 de Junio regresó Schönberg á Roma, y el duque de Sessa era de opinión, que lo que en Francia había logrado, no compensaba los gastos de su viaje (5).

fechada en Roma á 9 de Abril de 1524 (Io extimo che sia più inclinato a li Imperiali cha Franzesi).

(1) Raynald 1524, n. 78-80. Cf. Ehses, Politik Klemens VII, 566; v. también aquí mismo 574, acerca de la Instrucción para el nuncio inglés Melchor Lang.

(2) *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) **Relación cifrada de B. Castiglione á Calandra de 25 de Mayo de 1524 que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Balan, Mon. saec. XVI, 23-24; cf. Ehses, loc. cit., 570.

(5) Serassi I, 122. Bergenroth II, n. 663; Cf. 655, 656. V. también la *relación de G. de' Médici, fechada en Roma á 17 de Junio de 1524 (Il rev. archives-

Entretanto habíase resuelto Carlos V á forzar la paz, y á perseguir hasta su propio país á los franceses que se retiraban de Italia. En Julio penetraron los imperiales en Provenza; pero en aquel instante de sumo peligro no perdió Francisco I el ánimo, y todavía en el citado mes llevó Bernardino della Barba á Roma la noticia de que el Rey intentaba invadir personalmente con su ejército la Italia superior (1). El Papa permaneció neutral aun entonces continuando los trabajos en favor de la paz.

A 12 de Agosto llegó á Roma De la Roche, nuevo enviado del Emperador (2), el cual, apoyado por el duque de Sessa, procuró mover al Papa á ajustar una alianza y á enviar dinero; pero Clemente VII no se dejó persuadir, por más que aseguró no quería abandonar al Emperador (3). De esta suerte no podía satisfacer á ninguno de los dos partidos, y se colocó en una posición ambigua. De la Roche, que estaba muy disgustado por lo infructuoso de sus esfuerzos (4), enfermó á 25 de Agosto; de suerte que hubieron de interrumpirse las negociaciones entabladas con él. Clemente no cejó, por esto, en sus conatos para procurar la paz, esperando poder, por lo menos, lograr una tregua de seis meses, la cual pensaba obtener mediante una nueva misión de Schönberg (5). Sin embargo, los imperiales no

covo di Capua arrivò heri sera di notte... Ritragho è tornato senza conclusione; causa ne è il re de Inghilterra più che alchuno altro). *Archivo público de Florencia*.

(1) Serassi I, 126, 138; cf. Ehses, loc. cit., 580.

(2) El 4 de Agosto de 1524, notificaba Castiglione á su Marqués: *Fra quattro di se aspetta mons. della Rochia e per il camino se li fanno le spese et onor grandissimo (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. las cartas impresas en Serassi I, 137. La llegada en el 12, la notifican Sessa (Grethen, 42; Sanuto XXXVI, 535); la *carta de Schonberg á G. Salamanca, fechada en Roma ex palat. apost., á 15 de Agosto de 1524 (*Archivo público de Viena*), y G. de' Médici en un *despacho de 12 de Agosto de 1524 (*Archivo público de Florencia*). V. también el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Cf. Bergerroth, II, n. 675, 677, 679 y las *relaciones de G. de' Médici de 15, 17 y 18 de Agosto de 1524, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*.

(4) Cf. la *relación de la Roche á Carlos V, fechada en Roma á 20 de Agosto de 1524, existente en el *Archivo público de Bruselas*, Corresp. de Charles V avec Italie, I.

(5) Además de la **relación de G. de' Médici, de 25 de Agosto de 1524 (*Archivo público de Florencia*), especialmente la *carta de Schönberg, de 15 de Agosto de 1524, citada en la nota 4, y que se halla en el *Archivo público de Viena*.

querían entonces oír hablar de tregua (1). De la Roche murió á 31 de Agosto; y asimismo enfermaron, Bartolomé Gattinara, sobrino del canciller, y acreditado en aquella embajada, y muchos servidores del duque de Sessa; y este último tuvo que salir de Roma, para correr al lado de su esposa moribunda (2). En tal desamparo de la legación española, se hizo imposible continuar las negociaciones, por lo cual Clemente VII se resolvió á trabajar mediante el envío de un Nuncio, para la paz, que se hacía en extremo deseable, especialmente por el peligro de los turcos (3). A 7 de Septiembre emprendió por segunda vez Nicolao de Schönberg el viaje á través de los Alpes, para visitar á los soberanos de Francia, España é Inglaterra (4). La acción diplomática del Pontífice ofrecía por sí misma muy pocas esperanzas (5), y también esta vez fracasó por completo: en el furioso tumulto de la guerra, se perdió su voz infructuosamente.

La invasión de la Provenza, emprendida con fuerzas insuficientes, no tuvo éxito; la felicidad de las tropas imperiales se eclipsó ante los muros de Marsella. En Francia se inflamó poderosamente el amor al monarca y á la patria, lo cual hizo que se concediera á Francisco I todo cuanto pidió. Pronto llegó á los imperiales la terrible nueva de que el monarca francés se hallaba en Aviñón con un poderoso ejército, con lo cual quedaban igual-

(1) **Li oratori Imperiali e Inglesi stanno molto alti e sul tirato ad non voler alcuno accordo.* G. de' Médici desde Roma, en 29 de Agosto de 1524. *Archivo público de Florencia.*

(2) Bergenroth II, n. 681, 683. Serassi, loc. cit. I, 140 s. Sanuto XXXVI, 584. **Diarium de Blasius de Martinellis*, existente en el Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*. **Relaciones de G. de' Médici de 31 de Agosto y 1 de Septiembre de 1524 que se hallan en el Archivo público de Florencia.* Se dijo, pero sin fundamento, que de la Roche fué envenenado; v. el **diario de Cornelius de Fine*, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Cf. Castiglione en Serassi I, 135.

(4) Schönberg no llegó á Inglaterra, sino que ya el 5 de Enero de 1525, se le mandó volver desde Lyon. Serassi I, 143. Raynald 1524, n. 88. Ehses, *Politik Klemens VII*, 582. Pieper, *Nuntiaturen* 66. Rev. d. quest. hist. 1900 II, 65. Los breves credenciales para Schönberg de 6 de Septiembre de 1524, dirigidos al duque de Saboya, Francisco I, Luisa de Saboya, Enrique VIII, Wolsey y Carlos V, pueden verse en el Arm. 40, vol. 8 (Min.), n. 351-356 del *Archivo secreto pontificio*. El breve á Carlos V se halla en Raynald, loc. cit.

(5) Cf. la notable carta publicada por Sanuto XXXVI, 626. Por un *breve de 11 de Octubre de 1524, animaba Clemente VII á Schönberg, á continuar en sus trabajos por la paz, á pesar de la desesperada situación. Arm. 40, volumen 8 (Min.), n. 442 del *Archivo secreto pontificio*.

mente amenazados los sitiadores de Marsella, y el Norte de Italia. Para conservar al Emperador la ciudad de Milán, levantó Pescara, á 29 de Septiembre, el sitio de Marsella, y á marchas forzadas se dirigió á la Italia superior por los Alpes marítimos, al mismo tiempo que Francisco I atravesaba con un brillante ejército los Alpes cóticos. Parecía como una carrera á porfía hacia las riberas del Pó, el más ensangrentado pedazo de la tierra. Era imposible conservar á Milán, furiosamente atacada por la peste; y á fines de Octubre, Pescara, ante las fuerzas superiores de los franceses, tuvo que retirarse á Lodi, con sus tropas desalentadas y en la más lamentable disposición: la estrella de Carlos V parecía palidecer. En Roma burlábase Pasquino, diciendo, que un ejército imperial se había extraviado en los Alpes, y se suplicaba al que lo hallara que lo entregase honradamente, prometiéndole una buena recompensa. En realidad la situación de las cosas era tal, que si Francisco I hubiera continuado sus operaciones con la misma circunspección y celeridad, la Italia superior quedaba perdida para Carlos. Pero en vez de aprovechar la mala situación de los imperiales cayendo sobre ellos, el mal aconsejado rey de Francia se fué á poner sitio á la fuerte ciudad de Pavía defendida por Antonio de Leiva. El historiador Giovio refiere que Pescara, al recibir la noticia de aquella funesta resolución, exclamó: «Estábamos vencidos, pero en breve seremos vencedores» (1). Del éxito de la lucha entablada en torno de Pavía, estaba pendiente la suerte de Italia. Francisco I no conoció esto suficientemente; pues, en otro caso difícilmente hubiera tomado la resolución de enviar 10,000 hombres de su ejército contra Nápoles al mando de Juan Stuart, duque de Albany.

Mientras los franceses y los imperiales peleaban en el Norte de Italia, se desarrollaba en Roma otra lucha entre los diplomáticos de ambas partes para ganarse el favor del Papa.

Clemente VII había visto con disgusto sumo la irrupción de Francisco I en Italia, y al desagrado por el proceder del rey se juntaba el temor de las victoriosas armas de los franceses; pero el Papa parece haber creído, aun entonces, en la posibilidad de obtener una reconciliación entre los que tan sangrientamente se com-

(1) Jovius, P. *Davalus Pisc.* 377.

batían; y como nadie podía calcular con seguridad el éxito de la lucha, procedió Clemente VII con la mayor precaución. A 7 de Octubre de 1524, salió de la Ciudad Eterna Baltasar Castiglione, quien ya hacía un mes había sido nombrado Nuncio en la Corte imperial, y era fiel partidario de Carlos V y diplomático sumamente experimentado (1). Para obtener asimismo la benevolencia del monarca francés, se envió como Nuncio a Francisco I, a Aleander, que había sido nombrado arzobispo de Brindis (2); y además, el conde Roberto Boschetti tenía que partir en misión extraordinaria para el rey de Francia á 13 de Octubre de 1524, con instrucciones para que, á su regreso, visitara á Lannoy, jefe superior de las tropas imperiales en Italia. También él debía trabajar para la paz, pero, á causa de una enfermedad, no pudo, sin embargo, emprender el viaje (3).

(1) Ya el 19 de Julio de 1524, el Papa comunicó por primera vez á Castiglione su intento, de enviarle á Carlos V (v. Serassi I, 133 y Martinati 43); el 20 de Julio escribió el Papa sobre esto al marqués de Mantua (breve de 20 de Julio, impreso en *Delle Esenzioni* etc. 32-33; cf. Luzio, Mantova 254-255, donde hay muchos pormenores sobre la actividad de Castiglione, como embajador mantuano en Roma), quien al punto asintió á ello (*carta de Isabel d'Este á F. Gonzaga de 1 de Agosto de 1524, existente en el *Archivio Gonzaga*). Con todo eso, la partida se retardó hasta el 7 de Octubre (*Despacho de A. Germanello de 7 de Octubre de 1524, loc. cit.). Las credenciales para Castiglione se otorgaron el 28 de Septiembre; v. el *original al marqués de Mantua que se halla en el *Archivio Gonzaga*, y los borradores en los Min. brev. 1524, III, n. 412 ss. del *Archivio segreto pontificio*. Ibid. *Regest. 1441, f. 80^a-84^a, hay los poderes y facultades para Castiglione Dat. Romae 1524 Prid. Cal. Sept. A. 1.^o. Sobre el viaje y negociaciones de Castiglione, v. Martinati, 45 ss.

(2) Cf. el trabajo de J. Paquier, *Nonciature d'Aléandre auprès de François I^{er}* (8 août 1524 à 24 février 1525), Paris 1897, el cual estriba en materiales inéditos, y Aléandre 310 s. Grethen 45 cree, que Ehses (*Politik Klemens' VII*, 582, 594) se equivoca, al pensar que el envío de Aleander se retardó, porque Francisco no tenía residencia fija, y que el mismo coincidió, bien que accidentalmente, con la invasión de los franceses. «A nosotros nos parece más bien, que se aguardó á ver cómo se presentaban las cosas. Después, luego que por medio de Schönberg se tuvieron noticias determinadas, acerca de las cuales se celebró consistorio en 12 de Octubre, al punto el día 14 se otorgó al nuncio la carta de recomendación.» Pero á esto se opone, que en las *Acta consit. del vicedecaniller, léase lo siguiente acerca del consistorio del 12 de Octubre: *S. D. N. fecit verbum de litteris rev. dom. Capuani d. d. 5 Oct., que dicen, que Francisco I irá á Italia con un ejército—de lo que el Papa recibió desplacer—nihil conclusum. *Archivio consistorial* y *Archivio segreto pontificio*.

(3) Además de Ehses, *Politik Klemens VII*, f. 594, cf. también Balan, Boschetti II, 12-13.

Con cuánta expectación miraban en Roma, por aquellos días, hacia Lombardía, se colige de las relaciones diplomáticas de los contemporáneos (1). En Bolonia, donde se había mantenido hasta entonces la tranquilidad, comenzó ésta á turbarse; y se tenían grandes sospechas acerca de Ferrara (2). La noticia de haber entrado los franceses en Milán, que llegó á la Ciudad Eterna á 28 de Octubre, produjo una impresión profunda (3); pero al Papa le pareció esta catástrofe pequeña, en comparación de las que todavía iban á seguir; y su miedo de los franceses llegó á su colmo (4). En tales circunstancias, resolvióse enviar á Francisco I, á Giberti, el cual salió de Roma luego á 30 de Octubre (5). El mismo día partió el cardenal Salviati, aparentemente á su nueva legación de Módena y Reggio; pero en seguida se sospechó que tenía especiales encargos para Francisco I. El embajador veneciano celebraba diariamente largas conferencias con Clemente VII, y en Roma se hablaba ya de que el Papa y Venecia se habían unido con el monarca francés (6), lo cual era prematuro; pero la verdad es que las cosas se inclinaban hacia aquel lado.

Las instrucciones para Giberti, el cual, por su afición á Francia, era el hombre á propósito para aquellas negociaciones, se

(1) Cf. los *despachos de G. de' Médici del mes de Octubre de 1524, existentes en el *Archivio público de Florencia*.

(2) Así lo refiere el obispo de Pola, vicelegado de Bolonia, á Giberti, en una *carta fechada en Bolonia, á 23 de Octubre de 1524. A 20 de Octubre había notificado ya el mismo obispo: *Questi Pepoli non mi piaccino molto perchè io li veggio tanto allegri di queste nuove francesche quanto se la vittoria toccase a loro. Lit. divers. ad Clem. VII, vol. I. *Archivio segreto pontificio*.

(3) *La nova del entrata de Francesi in Milano è parso strano considerata la celerità del caso et il modo che havevan gli Imperiali de poter gagliardamente diffender esso Milano. *Despacho de Fr. Gonzaga, fechado en Roma á 28 de Octubre de 1524. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) Así lo refiere Sessa, el 1 de Noviembre de 1524, quien todavía se esforzaba en persuadir á Clemente á que dejase su neutralidad, y se adhirió públicamente al emperador. Bergenroth, II, n. 692; cf. ibid., n. 693, la relación del abad de Nájera de 4 de Noviembre.

(5) Cf. Sanuto, XXXVII, 147; Grethen 46, not. 1.

(6) Sanuto XXXVII, 127; cf. 147. La partida de Salviati en la mañana del 30 de Octubre la anuncia también Fr. Gonzaga en un *Despacho del mismo día, que se halla en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. El nombramiento de Salviati para legatus de latere cerca de Francisco I no se hizo sino en el consistorio de 7 de Noviembre de 1524. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivio consistorial y Archivio segreto pontificio*.

redactaron bajo la impresión de que Francisco I, por efecto de la conquista de Milán, había llegado á ser dueño absoluto de la situación; por lo cual el deber de la propia conservación exigía una inteligencia con el vencedor. Mas como otras noticias anunciaron haberse detenido los buenos sucesos de los franceses, se envió al alcance de Giberti la orden de visitar primero á Lannoy y Pescara, y presentar después las condiciones de éstos al monarca (1). A 5 de Noviembre propuso Giberti á Lannoy, en Soncino, un armisticio; pero la respuesta fué absolutamente negativa, y en el mismo sentido se expresó Pescara. Todavía halló Giberti menos aceptación en Francisco I, á quien alcanzó delante de Pavía, á 9 de Noviembre (2); y acerca de que Giberti hubiera ajustado ya entonces un tratado secreto entre Francisco I y Clemente VII, no se puede aducir ninguna prueba convincente (3). Sólo después de haber fracasado la misión pacífica de Paulo Vettori cerca de Lannoy, consideró el Papa llegado el momento de dar aquel paso, para poner en seguridad sus intereses. A 12 de Diciembre se ajustó, aunque con entero secreto, una paz y alianza entre Francisco I, el Papa y los venecianos (4); y á 5 de Enero (5) siguió á ella un con-

(1) Ehses, *Politik Klemens VII*, 595 s. Gretben 46 s.

(2) Desjardins, II, 788 ss. Cf. Balan, *Mon. saec. XVI*, 307 y Ehses, loc. cit.

(3) Cf. las excelentes exposiciones de Ehses, *Politik Klemens' VII*, 594, not. 1, 597 y 554 s., donde también se rechaza la afirmación enteramente absurda de Ziegler (Schelhorn, *Amoenit. II* 371), de que Clemente VII incitó á Francisco I á la expedición contra Nápoles, y le prometió Nápoles y Sicilia. Busch (Wolsey und die englisch-kaiserliche Allianz, Bonn 1886, 62) quiso hallar un argumento contra Ehses en una carta de Lautrec, publicada por Champollion-Figeac, *Captivité de François I^{er}* 22 s., fechada au camp de Pavie, á 10 de Octubre de 1524; pero no reparó, que este documento pertenece al año 1527, v. Ehses en el *Hist. Jahrbuch VII*, 725 y Baumgarten, *Karl V*, II, 367, nota. Gretben, que pretende defender todavía la antigua opinión, de que el tratado entre el Papa y Francia se había ya concluido por Noviembre, debe, no obstante eso, confesar lo siguiente (49, not. 3): «Es difícil presentar de eso una estricta demostración.» También Baumgarten (*Karl V*, II, 369) emite este juicio: «Con los dichos contradictorios de los contemporáneos es imposible hasta el presente establecer con exactitud el curso de las negociaciones de Giberti con los franceses.»

(4) Cf. *Libri commem. VI*, 181; Romanin V, 406 y Jacqueton 67 s.

(5) La opinión de Ehses, *Politik Klemens' VII*, 572, de que el contrato estaba acabado el 4, y el 5 fué firmado por el Papa, hálase confirmada por una *relación de A. Piperario, fechada en Roma á 4 de Enero de 1525, y un *despacho de Fr. Gonzaga, fechado en Roma á 5 de Enero de 1525. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

venio público entre Clemente VII y el rey de Francia. En la introducción del mismo se funda la necesidad de una resolución del Papa, en los éxitos de Francisco I en el Milanésado, y en la expedición del mismo contra Nápoles, muy peligrosa para los Estados de la Iglesia. El Papa se obligaba, en su nombre y en el de los florentinos, á no auxiliar pública ni secretamente á los enemigos del rey, aseguraba al duque de Albany paso libre y alojamiento para sus tropas en los dominios de la Iglesia, y daba indirectamente su asentimiento á la adquisición de Milán. Francisco I, por su parte, prometió á Clemente VII la posesión de Parma y Plascencia, el monopolio pontificio de la sal en el ducado de Milán, el sostenimiento del gobierno de los Médici en Florencia y la protección contra indóciles vasallos feudales (Ferrara). Finalmente, hacíale también, además, concesiones político-eclesiásticas referentes á sus estados de Francia y Milán, y le prometía auxilio contra los turcos (1). Que las cosas sucederían así, lo había ya vaticinado, medio año antes, Jerónimo Campegio al representante de Ferrara en Roma. «Campegio, escribía el referido diplomático á 21 de Junio de 1524, afirma, como cosa segura, que si el Papa pudiera entenderse con Venecia, veríase pronto una liga entre Roma y Francia» (2). A pesar de esto, es verdad que Clemente VII dió aquel funesto paso, más procediendo por necesidad que por propia voluntad; la influencia de Giberti y Carpi fué la que, utilizando hábilmente el estado de las cosas, arrastró al angustiado Pontífice (3). Las promesas y esperanzas que proponía Carpi eran por extremo atractivas, aunque es verdad que movían á Clemente VII, no tanto como Papa, cuanto como príncipe temporal (4). Mendoza había en otro tiempo juzgado que Carpi era un demonio que lo sabía todo y se entrometía en todo; el Emperador debía, ó ganarle ó aniquilarle (5); y cuán exacto

(1) V. Desjardius II, 812 s.; Sanuto XXXVII, 418 s.; cf. 424 y Mencken II, 650 s. Ehses, (Politik Klemens' VII, 572 s., 579 s.), demuestra ser probable, que el llamado sumario que se publicó entonces, contenía aún otras cláusulas importantes en favor de los franceses.

(2) V. la relación de Alvarotti de 21 de Junio de 1524, publicada por Balan, Boschetti II, 12. El pasaje correspondiente está cifrado en el original del *Archivo público de Módena*, lo cual no indica Balan.

(3) Grethen, 54. Ehses, Politik Klemens' VII, 553. Baumgarten, Karl V, II, 367.

(4) Cf. Ehses, Politik Klemens' VII, 587 ss.

(5) Bergenroth, II, n. 612.

era aquel juicio, se manifestó en esta ocasión. Ninguna intriga, ningún medio desdeñó el representante de Francia, para atraer y enredar en las redes francesas al Papa, que temblaba por los Estados de la Iglesia (1). Carpi intrigó con los Orsini, y, según lo notifica el embajador de Mantua en un despacho cifrado de 28 de Noviembre de 1524, ofreció al Papa la libre disposición sobre Ferrara, por más que Alfonso auxiliaba á los franceses en la medida de sus fuerzas (2). Conociendo la inclinación nepotística de Clemente VII, propuso también entonces Carpi el proyecto de casamiento de la sobrina del Papa, Catalina de Médici, con el hijo segundo del monarca francés (3). Para apoyar á Carpi envió Francisco I á Roma, por dos veces, un especial correo con las más amplias concesiones (4).

El duque de Sessa se hallaba en tanto peores condiciones para oponerse á sus adversarios, cuanto que, antes de recibir nuevas instrucciones del Emperador, no se atrevía á hacer nada, y creía observar que los embajadores ingleses decían, halagando al Papa, rodeado casi completamente de partidarios de Francia, que Enrique VIII no pretendía en manera alguna auxiliar al Emperador contra Francisco I (5). Casi generalmente se consideraba como indudable en Roma, por aquellos días, el triunfo de Francia (6); á todo lo cual se añadía el grave riesgo en que puso á los Estados de la Iglesia la expedición de los franceses dirigida contra Nápoles, al mando de Juan Stuart, duque de Albany; por lo cual el mismo deber de la propia conservación parecía

(1) Las *Acta consist. del Vicecanciller refieren al 19 de Diciembre de 1524, que el Papa declaró los peligros que se originarían en el paso de las tropas imperiales y francesas hacia Lombardía, y exhortó á los cardenales, á que deliberasen acerca de las contrarias disposiciones que se habían de tomar, y diesen cuenta de las mismas. *Archivo consistorial* y *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. en el apéndice n.º 99, la *relación de A. Piperario de 28 de Noviembre de 1524. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Además de las relaciones de Foscari de 4, 12 y 15 de Diciembre, publicadas por Baumgarten, Karl V, II, 367-368, cf. Bergenroth, II, n. 699 y la **relación de Castiglione de 29 de Noviembre de 1524, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Sanuto XXXVI, 136 y Castiglione, publicado por Reumont-Baschet 274, mencionan una propuesta de casamiento hecha ya en Marzo al Papa por Carpi.

(4) Weiss, Pap. d'Etat I, 290. Bergenroth II, n. 676, Ehes, Politik Klements VII, 590.

(5) Bergenroth, II, n.º 708; cf. 693. Grethen 53.

(6) Cf. Sanuto XXXVII, 193, 349.

exigir que se pusieran aceleradamente en seguridad los intereses del Papa. Así vino á acontecer lo que por tanto tiempo se había temido: á 5 de Enero de 1525, Clemente VII participó al Emperador, en la más suave é indefinida forma posible, su convenio con Francia; su amor hacia Carlos no se había menoscabado, pero la expedición de Albany contra Nápoles, emprendida contra su voluntad, le había obligado á avenirse con Francisco I para asegurar sus propios intereses (1). El Papa esperaba, sin duda alguna, obtener aún entonces una tolerable inteligencia con el Emperador; pero se equivocó enteramente.

El paso de Clemente VII produjo en el Emperador, en otras ocasiones tan prudente y comedido, una exasperación sin igual; apenas podía comprender que aquel mismo Médici, que siendo cardenal había estado siempre de su parte, ahora, siendo Papa, se pusiera al lado de los franceses; y parece haber dicho en un arrebató de enojo: «Yo iré á Italia y me vengaré de aquellos que me han injuriado, principalmente de ese simple del Papa; y por ventura hoy ó mañana podrá Martín Lutero sernos de provecho.» En la Corte imperial se comenzó á impugnar la elección de Clemente VII, fundándose en su ilegítimo nacimiento (2); y en el Consejo del Archiduque Fernando se presentó el proyecto de romper todo género de relaciones diplomáticas con la Sede romana (3). Á 7 de Febrero de 1525, contestó Carlos al escrito pontificio. Nada descubría en esta respuesta su interior irritación: el Emperador, se decía allí, veneraba al Papa como á un padre, y sabía bien que había sido engañado por los partidarios de Francia (4). Pero en una carta escrita dos días después al duque de Sessa, se volvía á manifestar el enojo contra aquel Médici, para cuya elección había él «gastado un pozo de oro»; se da al embajador el determinado encargo de declarar al Papa, que el Emperador llevará al cabo sus planes, aun cuando hubiera de costarle la corona y la vida; y la carta termina con las amenaza-

(1) Balan, Mon. saec. XVI, 48-49.

(2) Brown III, 400-402. De Leva II, 233. Ditttrich, Contarini 89. Ehses (Politik Klemens' VII, 578) pone en duda la autenticidad de las palabras de Carlos V.

(3) *Relación de H. Rorario á Sadoletto, fechada en Innsbruck, á 28 de Enero de 1525. Lit. divers. ad Clem. VII, vol. I. *Archivo segreto pontificio*.

(4) Bergenroth, II, n. 716.

doras palabras: «en la materia de Lutero no es tiempo ahora de hablar» (1).

De esta suerte, á las anteriores turbaciones y guerras de la Cristiandad, se añadió todavía una peligrosa tirantez entre el Emperador y el Papa; y esto precisamente al principio del año en que estalló en Alemania la revolución social.

(1) Bergenroth II, n. 717. Gachard, Corresp. 212-213.

CAPÍTULO II

Efectos de la batalla de Pavía.—Desavenencias entre el Emperador y el Papa.—Se forma una coalición contra la prepotencia de Carlos V.—Liga de Cognac, 22 de Mayo de 1526.

El 24 de Enero de 1525, salieron los imperiales de Lodi, y en los primeros días de Febrero, se presentaron ante los muros de la fuerte ciudad de Pavía, sitiada aún por los franceses, con el fin de librar una batalla (1). Repiques de campanas y hogueras encendidas en las torres de la antigua ciudad lombarda, saludaron á los que venían en su auxilio en el mayor aprieto. Por tres semanas enteras permanecieron frente á frente los dos ejércitos enemigos. La posición de los franceses estaba perfectamente defendida por la naturaleza y el arte, ceñida á la derecha por el Tesino, y á la izquierda por el amplio coto rodeado de un alto muro, donde está asentada la célebre Cartuja.

El 24 de Febrero, cumpleaños del Emperador, su ejército, compuesto de españoles, italianos y de los temibles lansquenes alemanes, aventuró el ataque. Al clarear el día, comenzó aquella decisiva batalla, «en que se contendía por el imperio de Italia»; y en pocas horas quedó decidido el mortífero combate. Las valerosas tropas de Francisco I sucumbieron al ímpetu de

(1) Sandoval I, 551 s.

NIHIL OBSTAT

El Censor,
JAIME PONS, S. J.

Barcelona 8 de Abril de 1910.

IMPRÍMASE

El Vicario General,
JOSÉ PALMAROLA

Por mandado de Su Señoría,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scrio. Canc.

LIBRO SEGUNDO

**Adriano VI, último Papa alemán
(1522 - 1523)**

CAPÍTULO PRIMERO

Elección, anterior carrera, carácter y tenor de vida de Adriano VI.—Viaje á Roma.—Actitud neutral respecto de las Potencias; sus designios de paz y de reforma.

La acelerada y de todo punto inesperada muerte de León X, en la plenitud de su edad y fuerzas, produjo una radical mudanza en la situación política de Italia, y causó un sacudimiento tan violento, que puso en contingencia todo cuanto hasta entonces se había alcanzado. Quedó estacionada la victoriosa carrera del ejército imperial y pontificio, al paso que, en los Estados de la Iglesia, levantaban cabeza al mismo tiempo todos los enemigos de los Médici. Los cardenales Schinner y Médici tuvieron que abandonar el ejército de la Liga, corriendo á Roma para asistir al conclave; y al propio tiempo se agotaron los recursos pecuniarios, que hasta entonces había proporcionado casi exclusivamente el Gobierno Pontificio. Á consecuencia de esto, se vió necesitado Próspero Colonna á licenciar todas las tropas alemanas que tenía á sueldo, y á los suizos, excepto sólo 1.500 hombres. Una parte del ejército pontificio, al mando de Guido Rangoni, se retiró á Módena, y el resto quedó en el Milanesado con el marqués de Mantua; todos los ulteriores movimientos dependían del sesgo que tomara la elección de nuevo Papa. Las tropas auxiliares de la República florentina emprendieron la retirada hacia su país; y sin la prudencia de Guicciardini, Parma hubiera sido conquistada

por los franceses. Para éstos se abrió la perspectiva de volver á recuperar todo lo perdido en la Lombardía, en caso de que Francisco I les prestara un eficaz apoyo (1).

Ninguno se alegró más de la muerte del Papa Médici, que el duque Alfonso de Ferrara, el cual hizo acuñar una medalla conmemorativa con la inscripción: «*De manu Leonis*» (libres de las manos de León). Aprovechando lo favorable de las circunstancias, ocupó en seguida Alfonso las plazas de Bondeno, Finale, La Garfagnana, Lugo y Bagnacavallo; y hasta Cento, no se puso término á su avance victorioso. También el destronado duque de Urbino, y los hijos de Juan Pablo Baglione, Horacio y Malatesta, se levantaron en armas. Francisco María della Róvere reconquistó sin dificultad todo su Ducado, á excepción de la parte guarnecida por los florentinos; y asimismo cayó en su poder Pesaro. Horacio y Malatesta Baglione entraron en Perusa á 6 de Enero de 1522; y por el mismo tiempo Segismundo da Varano arrojó de Camerino á su tío Juan María, á quien había puesto allí como Duque León X; mientras Segismundo Malatesta se apoderaba de Rímini. En estas circunstancias, no era infundado el temor de que los franceses arrebataran á los Estados de la Iglesia las ciudades de Ravenna y Cervia (2).

También en Roma reinaba gran efervescencia, por más que el arzobispo de Nápoles, Vicencio Caraffa, nombrado Gobernador de la Ciudad, acertó á mantener el orden (3). El Colegio Cardenalicio (4) dirigía interinamente el Gobierno de la Iglesia, y se esforzaba por conservar en todas partes la paz y la tranquilidad (5). La dificultad de su situación, en medio de la mayor

(1) Guicciardini XIV, cf. Op. ined. III, 505 ss. y Chiesi 99 s. *Cuncta quidem ex morte Leonis misceri coepere atque turbari, escribe S. Tizio, *Hist. Senen. Cod. G II, 39, de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(2) Junto con Guicciardini XIV, 4, cf. Alfani 296; Vettori 340 s.; Carpesanus 1338 s.; Bollett. p. l'Umbria V, 687, VI, 69 ss.; Ugolini II, 224; Balan, Storia, VI, 57-58 y Boschetti I, 180 ss. V. también Arch. d. Soc. Rom. XXVI, 427 s.

(3) Cf. la *carta de B. Castiglione de 3 de Diciembre de 1521 (*Archivio Gonzaga de Mantua*); Bergenroth II, n. 368-369 y el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*).

(4) Cf. el *decreto del sacro colegio, fechado Romae in palatio apost. 2. Dec. 1521 sede vacante, registrado al fin de las *Acta consist. 1492-1513, f. 56. *Archivio consistorial del Vaticano*.

(5) V. las *cartas de los cardenales dirigidas una al alcaide del castillo de Asis, fechada en Roma á 2 de Diciembre de 1521, que se halla en el Cod. 1888, f. 20-21 de la *Bibl. Angelica de Roma*, y dos á los suizos, con fecha 19 de Di-

tirantez política, se acrecentó aún más por el extraordinario agotamiento de la Hacienda, efecto de la pródiga y desordenada administración de León X. Para procurarse dinero con que cubrir las necesidades más perentorias, se tuvieron que ir empeñando sucesivamente casi todos los tesoros de la Santa Sede que no estaban ya antes empeñados: las mitras y tiaras, los ornamentos eclesiásticos de la capilla pontificia, y hasta los preciosos tapices de Rafael (1). Luego después de la muerte de León X, se había formado un exacto inventario de las valiosas alhajas del Vaticano, especialmente de las tiaras, mitras, cruces pectorales y piedras preciosas del Papa; y por él se saca, que la noticia extendida, de que Lucrecia Salviati, hermana de León X, saqueó enteramente el Vaticano (2), adolece por lo menos de grande exageración (3).

Peor todavía que la confusión política y los apuros pecuniarios, era el estado moral del Colegio Cardenalicio, en su mayor parte totalmente aseglarado, el cual ofrecía una imagen demasiado fiel de las hostilidades y desavenencias que dividían

ciembre de 1521 y 12 de Enero de 1522. Cf. Archiv. für Schweiz. Ref. III, 451, v. Domarus en el Histor. Jahrb. XVI, 85 y Wirz, Filonardi, 56 s. Pertenece también á este lugar la *carta de los cardenales al castellano de Espoleto, de 7 de Diciembre de 1521, que se halla en *Acta consist. loc. cit. f. 59.

(1) Además de Sanuto XXXII, 252, 290, 417 y el apéndice, n.º 66, v. la *carta de B. Castiglione al duque de Mantua, fechada en Roma, á 16 de Diciembre de 1521: «Io ho il cervello tanto pieno di confusione e fastidio che non mi pare de poter satisfare a cosa alcuna di quelle ch'io debbo con V. Ex.; pure facendo quanto io posso parmi essere excusato e più serei, se quello potesse vedere il «tento ch'io patisco; non è povertà al mondo ne meschinità sopra quella che si vede in questo collegio, che s'io la dicessi come è non si crederia. Oltre li debiti grandi lassati da Papa Leone s'' mem. sono dopo la morte sua impegnate tutte le gioie, tutti li panni di arazzo, dico quelli bellissimi, e mitre e regni e paci e argenti della credenza e si è dovuto far queste exequie tanto povere che non so qual cose al mondo sia povera e pagare li fanti della guardia e far le stanze del conclave. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

(2) Gradenigo, en Albèri 2 serie, III, 71.

(3) En el inventario de las joyas de León X (*Inventario havuto da M. Barth. a Bibiena guardaroba di P. Leone X. a dl 6 di dicembre 1521. *Archivo público de Roma*) no está anotado que faltasen ningunas piezas; los aditamentos al *Inventario delle robbe nella foraria di P. Leone X, señalan muchas veces las piezas que faltan, é indican juntamente, á dónde fueron á parar (v. gr. á Serápica, Magdalena de Médici), y con todo aquí no se nombra á Lucrecia. Que fueron robadas algunas piezas del guardarropa de León X, dícelo también expresamente B. Castiglione en una *carta de 22 de Febrero de 1522 (*Archivo Gonzaga de Mantua*).

entonces á Italia y al mundo cristiano (1). Las divisiones y partidos de los electores eran tan grandes, que muchos creían en el inmediato peligro de un cisma (2).

Como cardenales fielmente adictos al Emperador, designa Don Juan Manuel, embajador de Carlos V, á Vich, Valle, Piccolomini, Jacobazzi, Campegio, Pucci, Farnese, Schinner y Médici; como poco firme á Cesarini; como sospechosos á los tres venecianos Grimani, Cornaro y Pisani, así como á Fieschi, Monte, Grassis y Cayetano, y como decididos enemigos á Accolti y Soderini (3).

El adalid de los imperiales era el cardenal Vicecanciller Julio de' Médici, llegado á Roma ya el 11 de Diciembre de 1521; á cuyo lado no se hallaban en manera alguna todos, sino sólo una parte de los adictos al Emperador, y de los cardenales jóvenes nombrados por León X (4). En favor del Vicecanciller, pesaba en la balanza el extraordinario prestigio de que gozaba, por juzársele omnipotente director de la política de León X, por sus relaciones con Florencia y sus riquezas, que podían remediar los apuros financieros de la Cámara Apostólica (5). Por la elección de Médici se afanaba con todas sus fuerzas el embajador imperial, apoyado por el representante de Portugal y por la República florentina; por más que, no sólo el partido veneto-francés, sino también todos los cardenales antiguos, resistían aquella candidatura. Estos últimos, muchos de los cuales deseaban para sí la tiara, hacían valer, que no debía ser elegido ninguno que tuviera menos de cincuenta años. Por otra parte se hacía notar, cuán dañoso y peligroso sería, el que sucediera un Papa de la misma familia, propendiendo con esto á hacer hereditaria la dignidad suprema. Algunos adictos al Emperador no querían entrar en la candidatura de Médici, mientras el cardenal Colonna se mostraba cada día más resuelto adversario suyo (6). Á todos estos enemigos se agregaban

(1) Höfler, Adrian VI, 72.

(2) Cf. Clerk in Brewer III, 2, n. 1895.

(3) Bergenroth II, n. 370.

(4) Según Jovius (Vita Adriani VI), de los cardenales recientes, estaban contra Médici, no solamente Colonna, sino también Trivulzio, Jacobazzi, Pallavicini y Vich. Médici se encomendó al emperador en una *carta de 18 de Diciembre de 1521. Cod. Barb. lat. 2103, f. 191 s. de la *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. Bergenroth II, n. 374 y Sanuto XXXII, 262.

(6) Guicciardini XIV, 4. Sanuto XXXII, 260, 288. Krafft, Briefe 33. *Colonna si è scoperto nemico capitalissimo di Medici, refiere Giov. Maria della

también los cardenales que, por cualquiera causa, habían estado descontentos con León X. Adalid de la oposición era, además del cardenal Colonna, el cardenal Soderini (1). Desde el descubrimiento de la conjuración de Petrucci, había éste guardado su enojo en el destierro; y ahora decía claramente, que emplearía todos los recursos, para estorbar se reprodujera la tiranía del Papa Médici (2). En total podía contar seguramente el cardenal de Médici, con 15 ó 16 votos (3); pero todos los demás estaban contra él; y aun cuando los que formaban la oposición se hallaran muy desunidos entre sí, convenían todos en que por ningún caso debía volver á subir á la Silla de San Pedro un Papa florentino (4).

No menos fervorosamente que el de Médici, aspiraba á la tiara el cardenal Wolsey, el cual se hallaba en Inglaterra: 100.000 ducados decía él que estaba dispuesto á emplear para conseguir su fin; el Gabinete inglés, y hasta el mismo Rey, asaltaban formalmente al Emperador para obligarle á apoyar esta candidatura; mas el prudente Austriaco les dió las mayores seguridades (5) pero sin hacer cosa alguna seria. En la actual situación de las cosas,

Porta en una *carta, fechada en Roma, á 25 de Diciembre de 1521. *Archivo público de Florencia*, Urbino 132.

(1) Cf. la *relación de N. Raince de 10 de Enero de 1522, Beth. 8500, f. 91 s. y Fontanieu 191 f. 9, en la *Biblioteca nacional de París*. G. M. della Porta escribía en 9 de Enero de 1523: *lo vi dico che avemo infinito obbligo al card. Colonna, che se non fosse stato esso havressemo gia papa Medici. *Archivo público de Florencia*, Urbino 132.

(2) Cf. Sanuto XXXII, 252, 260, 288.

(3) Al principio se indicó, que Médici disponía de más de 20 (Sanuto XXXII, 262, 263) votos; Manuel en 24 de Diciembre hacía llegar su número á 18 (lo mismo Sanuto XXXII, 275), y en 6 de Enero ya sólo á 15 (Bergenroth II, n. 370, 372). Clerk (Brewer III, 2, n. 1895), N. Raince (*Relación de 9 de Enero de 1522 Beth. 8500, f. 95. Fontanieu 191, f. 6 de la *Bibl. nacional de París*) y Guicciardini (XIV, 4) indican 15 parciales, Jovius (Vita Adriani VI), 16. Giov. María della Porta, tanto en su *relación de 25 de Diciembre de 1521, como también en la de 2 de Enero de 1522, habla no más que de 13 votos ciertos. *Archivo público de Florencia*.

(4) Juan María della Porta notifica, en 25 de Diciembre, que Médici podía contar seguramente con 13 votos: *ma all'opposito tutti gli altri se gli sono congiuncti contro et deliberato prima morire che di vederlo papa, pur tra essi non sono poi concordi in la electione; chiaro è che non vogliono Fiorentino in alcuno modo. *Archivo público de Florencia* loc. cit. Cf. también el Despacho existente en el Arch. stor. Ital., Nuova Serie, IX, 4-5. *El card. Medici sta forte per far se, escribe Naselli en 25 de Diciembre de 1521. *Archivo público de Médici*.

(5) Lanz, Briefe und Aktenstücke I, 501 (Nr. 155); cf. Brewer III, 2, n. 1906; Reumont, Wolsey 17 s.

un Papa inglés, y además un hombre como Wolsey, no podía ser en manera alguna grato al poseedor de la Corona imperial (1). Wolsey, por su parte, confió con extraña seguridad en la palabra del Emperador; y no se avergonzó de sugerirle la indicación de que hiciera marchar sus tropas á Roma, para obligar á los cardenales por la fuerza á que le eligieran (2). Carlos V estaba tan lejos de pensar en esto, que no dió á su embajador en Roma, Don Juan Manuel, el nombre del cardenal Wolsey, como candidato, en una forma determinada, hasta un escrito de 30 de Diciembre (3). Este mandamiento no llegó á tiempo, como tampoco Ricardo Pace, enviado desde Inglaterra (4), el cual sólo pudo convencerse más en Roma, de que el cardenal inglés nunca se había considerado seriamente como candidato (5).

De entre los otros numerosos pretendientes á la dignidad suprema, hay que mencionar particularmente á Grimani, Carvajal, Soderini, Grassis, Gonzaga, y sobre todo, á Farnese. Éste empleó todos los medios para ganarse á Médici y á Don Juan Manuel (6). Ni el cardenal Vicecanciller, ni el embajador, dejaron de comprender que sería imposible llevar adelante la candidatura de un segundo Papa Médici, atendida la firme cohesión de sus adversarios; por lo cual, ambos convinieron entre sí en aplicar los votos del partido imperial á otro candidato agradable á Carlos V (7). En esta coyuntura fué, cuando Don Juan Manuel recordó á los electores que tenían confianza con él, para el caso en que no pudiesen ponerse de acuerdo sobre el nombramiento de

(1) Brosch, *Engl. Gesch.* VI, 154; cf. Martin 348 ss.

(2) Lanz I, 523 (n.º 162).

(3) V. Mignet en la *Rev. d. deux Mondes* XIV (1858), 168; Sägmüller, *Papstwahl* 148.

(4) Cf. Busch, *Vermittlungspolitik* 181. Manuel ciertamente no hizo nada por la elección de Wolsey; cf. Brosch, loc. cit., 155.

(5) Cf. Martin 351. Lepitre 148, lo mismo que otros muchos historiadores, toma con demasiada seriedad la candidatura de Wolsey. Es interesante, cómo Schiavner consoló al ambicioso Wolsey en una *carta, fechada en Roma, á 6 de Marzo de 1522. Cotton Ms. Vitellius B. V. f. 45. *Museo británico de Londres*.

(6) Cf. Bergenroth II, n. 370, 371 y la *carta de Naselli de 25 de Diciembre de 1521 (*Archivo público de Módena*); además Jovius, *Vita Adriani* VI. *Bona opinionem si ha di Farnese et di Grassis..... Alcuni propongono Aracoeli et Egidio, participa Juan María della Porta, en 22 de Diciembre de 1521. *Archivo público de Florencia*. Sobre Gonzaga, v. su carta en el *Giorn. d. lett. Ital.* XIX, 83.

(7) Bergenroth II, n. 370.

ninguno de los cardenales presentes, al cardenal *Adriano* de Tortosa, que se hallaba en España como Gobernador imperial (1). En aquella ocasión no se pasó adelante en este punto, por cuanto el de Médici seguía esperando que podría obtener la tiara, ya que no para sí, por lo menos para uno de los cardenales presentes enteramente adictos á su persona.

La opinión pública en Roma, había ya al principio señalado casi solamente al cardenal Médici; y aun antes de su llegada, se le designaba como futuro Papa. «Este cardenal, ó aquel que él mismo quiera, obtendrá la tiara», se dice en una relación de 14 de Diciembre de 1521 (2). Junto con la de Médici, se consideraban como probables, ante todo, las candidaturas de Grimani y de Farnese (3), y algunos también tenían por tales las de los cardenales Gonzaga y Piccolomini (4). La elevación de Wolsey ó de cualquier otro cardenal extranjero, parecía de antemano totalmente imposible á los italianos, llenos del orgullo de su nacionalidad y de su adelantada cultura.

La fuerte propensión que tienen los italianos á la sátira, se halla principalmente desarrollada en los romanos, cuyo idioma es extraordinariamente rico en expresiones burlonas y mordaces. El tiempo de las sedevacantes lo aprovecharon siempre afanosamente para hacer sátiras contra los electores y los candidatos á la dignidad suprema; y aquella mala costumbre tomó esta vez un incremento cual nunca había alcanzado. Como los hongos después de la lluvia, nacían los pasquines y sátiras, en las que primero se atacó al difunto Papa y á sus partidarios, y luego á los electores sin excepción, de una manera inaudita. La estatua de Pasquino adquirió entonces por primera vez su propio carácter, como centro de toda sátira y burla (5). Los embajadores extranjeros se maravillaban de la muchedumbre de estos escritos satíricos en prosa y verso, y en diferentes idiomas, así como de la

(1) Relación de Manuci de 28 de Diciembre de 1521, publicada por Berengeroth, II, n. 371 y de Leva II, 128, N. 2, donde se halla en su texto original el respectivo pasaje.

(2) Sanuto XXXII, 262; cf. 275.

(3) Ibid. 260, 284.

(4) Cf. la *carta de B. Castiglione de 24 de Diciembre de 1521 (*Archivio Gonzaga de Mantua*); además Serassi I, 5, y Krafft, Briefe 31.

(5) V. Pasquinate di P. Aretino ed anonime per il conclave e l'elez. di Adriano VI, publ. e ill. da V. Rossi, Palermo 1891. Cf. también Giorn. d. lett. Ital. XIX, 80 ss., XXVIII, 78 ss., 470.

libertad de lenguaje que se consentía en Roma (1). La verdad es que muchos cardenales tenían cosas que justificaban el que se los flagelara sin misericordia; pero á muchos otros se les atribuían también faltas y vicios, inventados sólo por burla y escarnio. El maestro de esta exuberante y mordaz literatura satírica, era Pedro Aretino, el cual utilizó en su provecho, sin miramiento alguno, lo favorable de las circunstancias. Sus pasquines rebosaban ingenio y agudeza, y nadie le igualaba en originalidad y mordaz sarcasmo; pero su lenguaje insultante, es el propio de un canalla saturado de diabólica malicia (2). Sólo una parte de sus maliciosas alusiones es hoy inteligible para el moderno lector de aquellas sátiras; pero los contemporáneos sabían muy bien á dónde se dirigía cada una de aquellas envenenadas saetas. Cada uno de los cardenales cuya candidatura se proponía, quedaba de esta suerte moralmente anulado de antemano á los ojos del pueblo; y como muchos pasquines llegaron también á países extranjeros, el prestigio del Sacro Colegio recibió entonces, como observa Giovio, una mortal herida (3).

Cuanto más se difería la celebración del conclave, tanto se daba más libre campo, así á las sátiras como á los diversos rumores. Cuando á 17 de Diciembre de 1521, se hubieron terminado las exequias de León X, se desistió de entrar inmediatamente en el conclave, por haberse recibido la noticia de que el cardenal Ferreri, aficionado á los franceses, había sido detenido en Pavia por los imperiales; sobre lo cual se resolvió esperar todavía ocho días al mencionado cardenal, cuya libertad se gestionaba resueltamente (4). En los círculos diplomáticos se pretendía, además, saber con certidumbre, que el embajador francés, ya á principio de Diciembre, había protestado en toda forma contra que se comenzara el conclave antes de la llegada de los cardenales de su Nación (5).

(1) Cf. la carta de Clerk á Wolsey, publicada por Brewer III, 2, n. 1896.

(2) Este es el juicio de Flamini, 224.

(3) Jovius, Vita Adriani VI.

(4) Además de Sanuto XXXII, 273 s., v. Brewer III, 2, n. 1879; Bergenroth II, n. 369; Paris de Grassis en Gatticus 440.

(5) Castiglione refiere, en 3 de Diciembre de 1521: «Lo ambasciator di Franza è stato hoggi udito in questa congregatione e stimasi che abbia protestato che non si proceda a la electione del pontefice se non si dá tempo a li cardinali che sono in Franza de poter vi si trovare. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

Francisco I, en otoño de 1520, cuando el estado de la salud de León X no dejaba en manera alguna prever su pronta muerte, se ocupaba fervorosamente en el asunto de la elección de Papa, y por entonces se dijo, que el Rey estaba dispuesto á gastar un millón de talers de oro, para hacer salir del próximo conclave un Papa según sus deseos (1). Desde entonces aún se había aumentado extraordinariamente, para Francisco I, la importancia de esta cuestión: pues, si la elección recaía ahora en un cardenal adicto al Emperador, Carlos V obtendría, no sólo en Italia, sino también en toda Europa, una preponderancia que oprimiría el poderío francés. Por estas razones, es muy fácil comprender que Francisco I hiciera valer su influencia en Roma; pero aquel monarca fué más allá de lo que era justo y lícito, llegando á amenazar con un cisma en el caso de que fuera elegido el cardenal Médici (2). Semejante expresión, repetida también en Roma por los partidarios de Francisco I (3), era tan poco á propósito para mejorar la perspectiva de los franceses, como el rudo proceder de Lautrec. Un enviado de éste exigió á los cardenales que desempeñaban el Gobierno de la Iglesia, la retirada de las tropas pontificias; y á la respuesta, que se le dió de la manera más comedida: que se debía esperar antes el resultado de la elección, replicó con amenazas; de suerte que los cardenales enojados hicieron notar, que debían cuidar de la seguridad de Parma y Plasencia; á lo cual respondió el francés con la mayor arrogancia: que aquellas ciudades eran propiedad de su monarca (4).

Bajo tan desfavorables auspicios comenzaron, á 27 de Diciembre de 1521, las diligencias para la elección. Después de celebrada la misa del Espíritu Santo, dirigió Vicente Pimpinelli al Sacro Colegio la alocución acostumbrada; y luego 37 cardenales

(1) Cf. Bergenroth II, n. 281, 293.

(2) Cf. Brewer III, 2, n. 1947. Mignet en la Rev. d. deux Mondes XIV (1858) 619; Sigmüller, Papstwahlen 149.

(3) Cf. Bergenroth II, n. 369, 370.

(4) *Carta de Castiglione al marqués de Mantua, fechada en Roma á 26 de Diciembre de 1521: *Un gentiluomo, qual si dimanda Grangies, l'altro giorno parlò alli deputati che sono l'Armellino, Monte, S. Quattro e Cesis e Siena da parte de m. de Lautrech pregandoli a voler revocare le sue genti d' arme; li fu risposto modestamente che bisognava aspettare il novo pontefice; lui replicò con arrogantia e quasi minacciando di modo che quelli signori entrarono in collera e dissero che volevano essere sicuri de Parma e Piacenza e Grangies ripose che erano del re. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

se encaminaron al Vaticano para el conclave, entre tales aprehensiones, que ponían en peligro su misma vida; otros dos que se hallaban enfermos, Grimani y Cibo, se hicieron conducir en literas; de suerte que, el número total de los electores alcanzaba á 39 (1), cuando por la tarde se cerró el conclave (2). Habíanse formado allí 40 celdas, las cuales fueron distribuidas por suerte. Los encerrados, en número de unas 200 personas (escribía á Wolsey el enviado inglés Clerk), tienen dentro del local destinado á la elección tanto sitio cuanto abrazan los grandes aposentos de la Reina y del Rey, su comedor y la capilla de Greenwich. Según el mismo referente, cada una de las celdas no tenía más de 16 pies de largo y 12 de ancho, y se hallaban todas en la Capilla Sixtina (3).

Como muchos no se fiaban de los suizos, que tenían estrechas relaciones con el cardenal Médici, se había alistado, además, una

(1) No 38, como indica Gradenigo en Albèri 2, serie III, 73, ni tampoco 35, como dice Vettori 340.

(2) Sanuto XXXII, 325, 330 ss. Gatticus 318.

(3) Además de Blasius de Martinellis (Gatticus 318) y el despacho publicado por Petruccelli della Gattina I, 520, cf. la relación de Clerk en Brewer III, 2, n. 1932. Tizio, «Hist. Senen. (*Bibl. Chigi*) trae la exacta descripción siguiente del conclave, discrepando en algo de Sanuto XXXII, 329.

Camere sorte divise		
	Altare	
Trivulzi 20		Medici 21
Grassis 19		Armellino 22
Ridolphi 18		Ranghoni 23
Ivrea 17		Grimani 24
Monte 16		Ponzetta 25
Trani 15		Gaietano 26
Cesis 14		Cavaglioni 27
Siena 13		S. Quattro 28
Colonna 12		S. Croce 29
Egidio 11		Colonna 30
Vichi 10		Ursino 31
Ancona 9		Mantua 32
Como 8		La Valle 33
Farnese 7		Cibo 34
Pisani 6		Campeggio 35
Salviati 5	Porta del choro della cappella	Araceli 36
Flisco 4		Swiczero 37
Jacobacci 3		Cornaro 38
Hec secunda camera vacabat		Soderini 39
Petrucchi 1		Cesarini 40
	Porta della cappella	

guardia de 1500 hombres para el conclave (1); y la custodia era tan severa, que sólo muy pocas cosas se traslucieron afuera acerca de lo que en el conclave acaecía (2). Por efecto de esto tuvieron los rumores el más amplio campo, y en las apuestas, que se habían convertido en un juego apasionado, se llegaron a nombrar con frecuencia, en los Bancos, veinte nombres en un día (3). Todavía andaban más dispersas las opiniones fuera de Roma (4); en las cortes se hacían las más diferentes conjeturas, todas las cuales se hallaban más ó menos en pugna con la realidad de las circunstancias.

Entre los 39 electores sólo se hallaban aquella vez tres no italianos: los dos españoles Carvajal y Vich, y el suizo Schinner; de los otros nueve extranjeros (5) ninguno se había presentado en Roma. La desunión de los cardenales presentes era extraordinariamente grande (6); y á la división que con tanta frecuencia se había observado entre los partidos de los cardenales modernos y antiguos (de los 39 electores había 6 nombrados por Alejandro VI, 5 por Julio II y 28 por León X), se agregó la ruda oposición entre los partidos imperial y veneto-francés. Pero todavía más que estas circunstancias, contribuyó á la falta de unión de los electores, la muchedumbre de los que pretendían la suprema dignidad. Muchos, casi todos, decía á 24 de Diciembre

(1) V. Sanuto XXXII, 285, 291, 302. Cf. también Cancellieri, *Notizie* 17 a.; Brewer III, 2, n. 1895, 1932 y la *carta de Castiglione de 26 de Diciembre de 1521, en la cual se lee: *Dimani che è venerdì alli 27 s'entra in conclavi. N° Sig. Dio mandí el Spirito Santo che ve n'è grandissimo bisogno. Oltre la guardia de Suizeri che sono 500 al palazzo, il quale è benissimo fortificato de gran sbarre, porte murate, artiglierie se sono ancor fatti mille cinquecento fanti altri e datense la cura al sig. Renzo et al sig. Prospero da Cavi per guardar pur il palazzo. Roma è pienissima de genti, non se fanno però desordini de importanza. Il card. de Ivrea intendo che questa sera è gionto. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Sanuto XXXII, 332. Sobre la rigurosa vigilancia de las puertas, v. también Brewer III, 2, n. 1932: aquí mismo puede verse la manera cómo procuraban ayudarse los guardas, sirviéndose de ciertas señales. Cf. también Jovius, *Vita Adriani VI B.* Castiglione notifica en 1 de Enero de 1522: *Perche questi signori sono anchor in conclave e fannosi le guardie strettissime non se li po dare lettera alcuna se non fosse directiva a tutto il collegio. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) Petruccelli I, 521-522. Cf. Sanuto XXXII, 262, 332 a.; Rossi, *Pasquinate* xv s.; *Giorn. d. lett. Ital.* XIX, 83.

(4) Cf. Tizio, *Hist. Senen. Cod. G II, 39 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(5) Los nombres de éstos pueden verse en Ciaconius III, 425.

(6) Cf. Bergenroth, II, n. 369, 370 y Tizio, *Hist. Senen., loc. cit.

de 1521, un observador tan sereno como Baltasar Castiglione, quisieran ser papas; el cardenal Médici tiene muchos amigos, pero también numerosos enemigos; creo será muy difícil que llegue á realizarse su deseo, por lo menos en cuanto se refiere á su propia persona (1). La diversidad de opiniones de los cardenales, escribía dos días más tarde el mismo diplomático, es mayor que nunca ha sido en semejantes ocasiones desde doscientos años á esta parte; el cardenal Médici tiene algunos que le quieren tan mal, que los más consideran su elección como imposible; y para semejante caso, ha hecho promesas al cardenal Gonzaga (2). Después que los cardenales hubieron entrado en el conclave, repite todavía Castiglione que la desunión de los electores nunca había sido tan grande como esta vez; por ventura, añade proféticamente, hará Dios que se obtenga un resultado mejor del que nadie imagina (3).

En realidad, se produjo al principio un completo caos. Ya con ocasión de la propuesta hecha por Soderini, de que se votara secretamente, chocaron entre sí los partidos (4); mas al contrario, reinó la unidad al tratarse de establecer la capitulación para la elección, á la cual siguió el reparto entre los cardenales de las varias ciudades y empleos de los Estados de la Iglesia (5). Los contemporáneos tenían ya en nada semejante manera de obligar al que había de elegirse. Es trabajo perdido, opinaba un veneciano;

(1) **Carta de 24 de Diciembre de 1521, existente en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. V. Albergati notifica á Bolonia, en 20 de Diciembre de 1521: *Ogi et ogni giorno mancho se sa et se intende queste pratiche pontificale che non si facea el primo di et questo procede perchè vecchi, gioveni, richi, poveri, docti, pratici tutti concorono a questo disio sancto. *Archivio pubblico de Bolonia*.

(2) *Questi sig^{ra} cardinali sono varii d'opinione quanto forse fossero in tal caso cardinali mai da ducento anni in quà e monsig. de Medici ha alcuni inimicissimi quanto dir si possa, di modo che la maggior parte estima, che lui non possa essere papa. Sua S^{ta} rev^{ma} ha promesso non potendo essere, aiutare Mantua: presto vedremo. Además una cifra: *lo ho operato, che Medici ha dato la fede a Mantua, che non potendo esser lui, aiuterà Mantua. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) Carta de Castiglione de 27 de Diciembre de 1521, que se halla en Lett. dipl. di B. C. (Padova 1875) 23-24. Cf. también la *relación de N. Raince de 9 de Enero de 1522 (*Biblioteca nacional de París*).

(4) Blasius de Martinellis en Gatticus 318. Cf. Sanuto XXXII, 260.

(5) Höfler en la Denkschrift der Wiener Akademie XXVIII 223 ss. trae el texto de los capitula y de las distributiones oppidorum etc.; cf., Adrian VI, 82-86, donde con todo son en parte incorrectos los nombres de los lugares.

pues, luego que se elija el Papa, está en su arbitrio observar ó no la capitulación (1). Por lo demás, cuán poco sospecharan entonces los cardenales, que la elección había de recaer sobre un ausente, se colige del hecho de no haber tomado precaución alguna para dicho caso.

La profunda división de los electores hacía prever un largo conclave, por más que, así la situación del mundo como la de los Estados de la Iglesia, extraordinariamente en peligro, requerían imperiosamente una pronta resolución. De hecho fueron necesarios no menos que 11 escrutinios, antes de que se llegara á un resultado decisivo.

Acerca de las votaciones particulares, poseemos las relaciones de varios conclavistas, las cuales difieren, no obstante, unas de otras, en puntos de importancia, y antes de que se nos abran nuevas y seguras fuentes, apenas será posible establecer completamente la verdad, sobre los particulares trámites de la elección. Más fácil es hacer esto respecto de las principales fases del conclave, por cuanto en esa parte concuerdan en lo substancial las noticias (2).

(1) Sanuto XXXII, 332.

(2) De las relaciones de los conclavistas hay dos sobre todo de importancia, las cuales ciertamente ofrecen versiones en parte diferentes. La primera de estas relaciones es la publicada por Struve y Papebroch, y reimpressa por Burmann 144 ss. (el texto lo forma la publicación de Struve, en las notas se ponen las variantes de Papebroch; cf. también Lämmer, Beiträge II). Con esta relación concuerda, en lo esencial, la que se ha tomado de los papeles de J. Berzosa, de la cual da un extracto Bergenroth II, n. 375. Minuciosa y rica en datos interesantes es una segunda relación de un conclavista, la cual se halla en el Cod. lat. 5288 de la *Biblioteca nacional de París*, y de la que se ha servido Höfler (Denkschrift der Wiener Akademie XXV, 357 ss.) antes que nadie. Yo hallé una mejor versión de la misma con el título *Ordo et gesta conclavis post mortem Leonis X, en Tizio, Hist. Senen. Cod. G II, 39 f. 92-98 (*Bibl. Chigi de Roma*). Cf. también Cod. Vat. 3920 s., 33 s.; Barb. lat. 2103, f. 124 s. y Bibl. Vallicell. Cod. J. 39, f. 33 s. Juntanse después á estas relaciones, en tercer lugar, las cartas que hay en Sanuto XXXII, 377 ss. (cf. especialmente 384-385 las indicaciones sobre los resultados de los once escrutinios) y 412 ss., y en cuarto lugar los *Commentaria rerum diurnaliu conclavis, in quo creatus fuit Adrianus papa VI Africano Severolo auctore (de los cuales existen muchas copias. Además de las copias del Vaticano apuntadas por Domaro en su memoria substanciosa sobre las fuentes para la historia de Adriano VI [Hist. Jahrb. XVI, 89 ss.], anoto yo todavía las siguientes: *Archivo privado palatino y público de Viena*, Cod. 971, f. 29 ss. Segunda copia en la *Bibl. Capilupi de Mantua*, tercera en el Cod. 6324, f. 345 s. de la *Biblioteca de palacio de Viena*; cuarta [de O. Panvinio] en el Cod. lat. 151, f. 288 s. de la *Biblioteca pública de Munich*), que muchas veces concuerdan literalmente con la relación

doras palabras: «en la materia de Lutero no es tiempo ahora de hablar» (1).

De esta suerte, á las anteriores turbaciones y guerras de la Cristiandad, se añadió todavía una peligrosa tirantez entre el Emperador y el Papa; y esto precisamente al principio del año en que estalló en Alemania la revolución social.

(1) Bergenroth II, n. 717. Gachard, Corresp. 212-213.

CAPÍTULO II

Efectos de la batalla de Pavía.—Desavenencias entre el Emperador y el Papa.—Se forma una coalición contra la prepotencia de Carlos V.—Liga de Cognac, 22 de Mayo de 1526.

El 24 de Enero de 1525, salieron los imperiales de Lodi, y en los primeros días de Febrero, se presentaron ante los muros de la fuerte ciudad de Pavía, sitiada aún por los franceses, con el fin de librar una batalla (1). Repiques de campanas y hogueras encendidas en las torres de la antigua ciudad lombarda, saludaron á los que venían en su auxilio en el mayor aprieto. Por tres semanas enteras permanecieron frente á frente los dos ejércitos enemigos. La posición de los franceses estaba perfectamente defendida por la naturaleza y el arte, ceñida á la derecha por el Tesino, y á la izquierda por el amplio coto rodeado de un alto muro, donde está asentada la célebre Cartuja.

El 24 de Febrero, cumpleaños del Emperador, su ejército, compuesto de españoles, italianos y de los temibles lansquenetes alemanes, aventuró el ataque. Al clarear el día, comenzó aquella decisiva batalla, «en que se contendía por el imperio de Italia»; y en pocas horas quedó decidido el mortífero combate. Las valerosas tropas de Francisco I sucumbieron al ímpetu de

(1) Sandoval I, 551 s.

los lansquenets alemanes y veteranos españoles, y el mismo Rey quedó prisionero (1).

La victoria de Pavía hizo del imperio de Carlos V una potencia dominante en Europa, y es indescriptible la impresión que produjo en todas partes aquella catástrofe de histórica trascendencia: la sangrienta lucha en que Francia y la España austriaca contendían por la supremacía de Europa, pareció quedar terminada por aquel golpe de la suerte, para todos inesperado. Francia yacía á los pies del Emperador; mientras Italia, y con ella el Pontificado, quedaban, sin defensa, entregados á su poder.

La noticia de aquel trascendental suceso produjo en Roma verdadero aturdimiento: con indescriptible ansiedad de su alma había puesto los ojos en Lombardía Clemente VII, cuyos diplomáticos intentaron todavía en los últimos momentos una mediación pacífica (2); su situación era en sumo grado difícil: con la independencia de Italia, debía perecer también la de la Santa Sede (3). Milán y Nápoles reunidos en la mano del Emperador, amenazaban solocar el poder pontificio rodeándole por ambas partes; por lo demás, la angustiada prudencia del Papa Médici era tan incapaz para tomar una gran resolución, cual la hubiera tomado en su lugar un Julio II, como para proceder á una acción decidida. Persuadido por Giberti y Carpi, había abandonado Clemente VII el terreno de la estricta neutralidad, y enlazado, más

(1) Cf. Häbler, Die Schlacht bei Pavia, en las *Forschungen zur deutschen Gesch.* XXV, 513 s. A las obras aquí utilizadas hay que añadir también desde entonces algunas notables; cf. entre otras, Bolet. d. l. Acad. de Madrid 1889; Arch. stor. Ital. 5. Serie, VI, 248 ss.; Deutsche Zeitschr. f. Geschichtswissensch. VI, 366 s.; Anz. f. schweiz. Gesch., N. F. XXIII, Nr 2; Studi storici X, 337 s.; Jähns, Gesch. des Kriegswesens 1091 s.; Basler Zeitschr. für Gesch. 1903; Bollet. d. st. pavese IV, 3 (1904); Lebey 282 ss.; A. Bonardi, L'assedio e la battaglia di Pavia, en las Mem. p. l. storia di Pavia I (1894/95); Prato, Il parco vecchio e la battaglia di Pavia, Pavia 1897. Sobre representaciones gráficas, v. Zeitschr. für Gesch. von Freiburg i Br. VI (1887) y la magnífica publicación de Beltrami, La battaglia di Pavia illustr. negli arazzi del Marchese del Vasto [actualmente se hallan estos tapices en el museo de Nápoles], Milano 1896; Morelli, Gli arazzi illustr. la battaglia di Pavia, Napoli 1899.

(2) Cf. la carta de Giberti á Aleander, de 19 de Febrero de 1525, que se halla en Lett. d. princ. II, 66 s. Aleander fué hecho prisionero en Pavía (Lett. d. princ. I, 103) y no se le dió libertad en seguida, como refiere Guicciardini; antes bien mediaron largas negociaciones por causa del rescate; v. Arch. stor. Ital. 5. Serie, IV, 189.

(3) Así opina Gregorovius VIII, 424.

de lo conveniente, sus intereses con los de Francia (1). Entonces, atendida la superioridad de los franceses, parecía indudable la victoria de los mismos; pero la suerte de las batallas es mudable. ¿Qué acontecería, pues, si Francisco I era derrotado? Á última hora parece haber conocido Giberti y Clemente VII la falta que habían cometido; de ahí las exhortaciones dirigidas á Francisco I para que no pusiera á prueba su fortuna; no arriesgara ninguna batalla, sino entrara en el camino de las negociaciones. Todavía á 19 de Febrero requería Giberti al nuncio Aleander, para que hiciese al monarca francés reflexiones de esta naturaleza, y añadía: como ningún barco se arriesga, con una sola ancla, á navegar por alta mar y exponerse al peligro de la tormenta; así también el Papa, á pesar de toda su confianza en el poder de Francisco I, no quería ponerlo todo en la sola eventualidad de que los franceses vencieran en Pavía (2). Con estas palabras pronunció Giberti la sentencia de su propia política; una semana más tarde llegaba á Roma la noticia de que la férrea suerte se había decidido... en disfavor de Francisco I y de su aliado Clemente VII.

El Papa recibió, en la tarde del 26 de Febrero, en carta del cardenal legado Salviati, la primera noticia de la victoria del Emperador; la cual pareció increíble, así á él como á todos los que le rodeaban (3); pero las relaciones siguientes, entre ellas la de un testigo ocular, cerraron el camino á toda duda (4). «El Papa estaba como muerto» (5), y su terror se acrecentó por los efectos que, de rechazo, producía en su Capital la victoria de Pavía. Un impetuoso tumulto de júbilo se apoderó en Roma de todos los imperiales, así de los españoles como de los Colonna: semejante cambio de la fortuna sobrepujaba á sus más atrevidas esperanzas. El cardenal Pompeyo celebró en su palacio una bri-

(1) Ehses, *Politik Klemens' VII*, 587.

(2) Lett. d. princ. II, 67. Ehses, loc. cit. En 15 de Enero de 1525 decía Fr. Gonzaga en una *relación en cifras: A me par che S. S^a faci poco bon judicio per essi Francesi. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. la *carta de V. Alberghati de 27 de Febrero de 1525, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(4) Sanuto XXXVIII, 16. *Diarium Blasii de Martinellis* publicado por Creighton V, 325. *Arch. stor. Ital.* 5. Serie, VI, 255. *Relación de Fr. Gonzaga, fechada en Roma á 27 de Febrero de 1525, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Rimase morto. Baumgarten, Karl V, II, 419. Cf. Sanuto XXXVIII, 48 y Carte Stroz. I, 2, 36 s.

llante fiesta, y en todos los distritos de la Ciudad resonaban los aires con las alegres salvas y los gritos de júbilo: «Imperio, España, Colonna!» (1) Los Orsini, partidarios de Francia, se veían en el caso de temer los mayores males; sus jefes estaban ausentes, pues se hallaban con sus tropas en el ejército del duque de Albany. Éste había llegado, en su expedición hacia Nápoles, hasta las próximas inmediaciones de Roma, donde acampaba desde el 10 de Febrero (2); mas ahora no podía ya pensarse en continuar aquella expedición; por lo cual Albany se decidió á retirarse. El 2 de Marzo, 2,500 hombres de tropas francesas y de los Orsini, emprendieron la marcha hacia sus casas; pero los Colonna, con presta resolución y auxiliados por las gentes del duque de Sessa, se arrojaron sobre sus enemigos, á quienes sorprendieron completamente, cerca de la abadía Tre Fontane, persiguiendo los restos de aquéllos hasta el interior de la Ciudad. Á cualquiera parte á donde huyeran los Orsini, se veían perseguidos de cerca por los Colonna. Combatíase en la Plaza de los Judíos y en el Monte Giordano, toda la Ciudad se puso en conmoción, y en las calles resonaban los gritos de guerra: «Orsini, Colonna»; los atemorizados vecinos atrancaban sus casas; la artillería se encaminaba al Vaticano para defenderlo, y los suizos permanecieron toda la noche sobre las armas (3). El Papa,

(1) Sanuto XXXVIII, 17, 30. *Venit Romae rumor talis, quod non humanum videretur sed divinum, quod 26 februarii nuntiatum fuit s. pontifici prima hora noctis qualiter rex Franciscus Gallorum esset captus et exercitus eius penitus dissipatus et qualiter multi ceciderunt gladio. Ab Imperialibus clamantibus Imperio, Spagna, Colonna habitae fuere maximae laetitiae tormentis bellicis et ignibus; fere ab urbe condita talis rumor auditus non fuerat atque partialium laetitia, rumor ad astra tendens. *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*. Lett. d. princ. I, 103. *Carta de V. Albergati de 27 de Febrero de 1525, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) El duque de Albany vino á Roma el 13 de Febrero (Desjardins II, 827) y el día siguiente visitó al Papa (*Despachos de G. de Médici de 13 y 14 de Febrero de 1525, existentes en el *Archivo público de Florencia*). El Papa le recibió con mucha afabilidad (cf. la *carta de V. Albergati de 17 de Febrero de 1525, existente en el *Archivo público de Bolonia*), por ser dicho duque cuñado del difunto Lorenzo de Médici. Clemente VII había sido contrario á la expedición á Nápoles; además el plan procedió del monarca francés; cf. Gregorovius VIII, 426 a. y arriba p. 213.

(3) Fuera de Lett. d. princ. I, 107: Sanuto XXXVIII, 48 y Alberini 329, cf. sobre este primer asalto de los Colonna, la *relación de J. Recordato de 2 de Marzo de 1525 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y el *diario de Cornelius de Fino (quien en varias partes es testigo ocular de lo que cuenta) existente en la *Biblioteca nacional de París*.

por extremo asustado, hizo todo cuanto estuvo en su mano para restablecer el orden, y logró persuadir á Albany que disolviera su ejército; el Duque licenció á los italianos, y se retiró con los extranjeros á Civitavecchia, desde donde, á fines de Marzo, pasó á Marsella, en galeras francesas. Entretanto, por la mediación de Schönberg, que había regresado á Roma el 5 de Marzo, se logró apaciguar también á los Colonna (1).

Todos estos acaecimientos habían producido la impresión más profunda en el angustiado Pontífice; principalmente los combates librados ante sus mismos ojos por los Colonna y los Orsini, acrecentaron su temor hasta el mayor extremo (2); y mientras sentía vacilar bajo sus pies el suelo de Roma, había de temer también por Florencia, donde volvían á revivir las ideas de Savonarola. Todavía se hallaba más amenazada la soberanía pontificia en la Romaña, donde los gibelinos celebraban con júbilo la victoria de Pavia (3).

Los imperiales no desperdiciaron la ocasión de aprovecharse de los apuros del Papa, apretando formalmente las empulguerras (4) al atemorizado Clemente VII, que en vano exhortaba á la moderación (5). Las tropas del Emperador asolaban sin consideración el distrito de Plasencia, y Lannoy llegó á dejar caer la amenaza de dirigirse á Roma con sus soldados (6). De esta suerte se obligó al Papa, primero á pagar 25,000 ducados, y luego á ajustar un tratado de alianza (7).

El más fervoroso adversario de la unión del Papa con el Emperador, era Giberti; el cual, apoyado por Ludovico di Canossa, que estaba al servicio de Francia, y por los embajadores venecianos, empleaba por aquel tiempo todos los medios para juntar toda la Italia, bajo la presidencia del Pontífice, en una alianza

(1) Cf. Sanuto XXXVIII, 97, 135 s. y el *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 29 de Marzo de 1525, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. Sobre la vuelta de Schönberg, v. la carta de Giberti, publicada en el *Arch. stor. Ital.*, 5. Serie, VI, 257 s.

(2) Sanuto XXXVIII, 67, 83, 85, 104.

(3) Cf. Professione, Dalla battaglia di Pavia 6 s.

(4) Cf. la *carta de M. Salamanca á G. Salamanca de 27 de Febrero de 1525, que se halla en el *Archivo público de Viena*.

(5) Juicio de Reumont III, 2, 170.

(6) Professione, loc. cit., 10.

(7) Acerca de los 25000 ducados, v. Gayangos III, 1, n. 57. Reumont III, 2, 170 y también Gregorovius VIII^o, 439 y Grethen 68 ponderan la coacción por parte de los imperiales.

contra la supremacía imperial, y atraer asimismo á ella á Inglaterra, celosa ya de los éxitos de Carlos V; y hubo momentos en que el angustiado é irresoluto Pontífice, dió tanto oído á semejantes proyectos, que Giberti se creyó ya al cabo de sus anhelados fines (1); pero por fin Schönberg, partidario del Emperador, logró imponerse á los intentos de Giberti (2). El peligro más próximo amenazaba indudablemente de parte de Carlos V, en cuyas manos estaba también quitar á los Médici el gobierno de Florencia (3); á lo cual se añadía, que los diputados de Plasencia pedían urgentemente amparo contra los excesos de la desenfrenada soldadesca. Finalmente las noticias acerca de la revolución social en Alemania, y los progresos de los turcos, aumentaban extraordinariamente la ansiedad; por lo cual Clemente VII comprendió que debía arreglarse á cualquiera costa con el Emperador.

A 1 de Abril de 1525, se ajustó entre el Papa y Lannoy, como Gobernador general del Emperador en Italia, una alianza defensiva y ofensiva (4), conforme á la cual, ambas partes defenderían al duque de Milán, Francisco Sforza; el Emperador tomaría bajo su protección los Estados de la Iglesia, Florencia y la Casa de Médici; y en cambio, Florencia satisfaría la cantidad de 100,000 ducados. Lannoy prometió además, fuera de esto, que retiraría las tropas imperiales de los Estados de la Iglesia, y no acuartelaría allí ningunas otras sin la aquiescencia del Papa. Para el caso en que Carlos V no confirmase estas condiciones dentro del término de cuatro meses, debía Lannoy restituir los 100,000 ducados. Además se estipularon con juramento otros tres artículos, en que se disponía: primero, el Papa conservará en el reino de Nápoles los derechos establecidos por la bula de la investidura en los asuntos beneficiales; segundo, Milán tomará en lo futuro la sal de las salinas pontificias de Cervia; tercero, Lannoy solicitará del duque de Ferrara la devolución de Reggio y Rubbiera

(1) Cf. Lett. d. princ. II, 74 s.; Guicciardini XV, 1; Sismondi XVI, 162 s.

(2) Acerca de las negociaciones, cf. la *relación de Fr. Gonzaga de 18 de Marzo de 1525, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, y los *despachos de G. de' Médici, fechados en Roma á 27 y 30 de Marzo de 1525, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. Sanuto XXXVIII, 172.

(4) V. el *despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 1 de Abril de 1525. En 4 de Abril participa el mismo, que Bartolomeo Gattinara, que con Sessa y Clerk había conducido las negociaciones, partiría el día siguiente. *Archivo público de Florencia*. Cf. Villa, Italia 33 ss.

á la Iglesia; y después de esta restitución, pagará el Papa al Emperador 100,000 ducados y absolverá al Duque de todas las censuras (1).

Sin esperar la confirmación del Emperador, publicó Lannoy este tratado en Milán el mes de Abril; y Clemente VII, que por efecto de cartas favorables de la Corte imperial y de Lannoy, esperaba de Carlos V las mejores resoluciones, hizo lo propio en Roma á 1.º de Mayo. Con esta solemnidad juntó la de la toma de posesión de la iglesia de Letrán (2). Acerca de la moderación de sentimientos del victorioso Emperador, se recibían del Nuncio en España Castiglione, muy tranquilizadoras noticias (3), en términos que, á 5 de Mayo, se resolvió enviar á España como

(1) Cf. Guicciardini XVI, 1; Sanuto XXXVIII, 157 s., 160 s.; Baumgarten, Karl V, II, 421 s.; Hellwig 21 Anm 1. Clemente quiso incluir también á Venecia en la liga; al principio se tuvo en Roma por cierto, que esto tendría buen éxito, (v. los *despachos de G. de' Médici, fechados en Roma á 14 y 21 de Abril de 1525); con todo la Señoría se retrajo al ver la cuantiosa suma de dinero, que pedía Lannoy. En el consistorio de 3 de Abril, el Papa comunicó á los cardenales la confederación. *Acta consist. *Archivo consistorial* y *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la carta de Lannoy de 15 de Abril de 1525, publicada por Balan, Mon. saec. XVI, 339-340 y Blasius de Martinellis, *Diarium, que se halla en el Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*. G. de' Médici menciona las relaciones favorables de la corte imperial en un *despacho, fechado en Roma á 22 de Abril de 1525, añadiendo: Domane si publicerà qui la legha novamente facta. *Archivo público de Florencia*. Lo que motivó el aplazamiento de la publicación, el cual G. de' Médici notifica ya en un *despacho de 25 de Abril, fué el poder juntarla con la toma de posesión. Sobre dicha toma de posesión y la publicación de la liga, v. para completar los datos muy escasos de Cancellieri 88 s., las relaciones publicadas por Gayangos, III, 1 n. 87, 91; Villa, Italia 54; Sanuto XXXVIII, 265, 268; el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*) y la puntualizada descripción que se halla en la *carta de G. de' Médici, de 1 de Mayo. Este último habla ya escrito en 27 de Abril: S. S^a anderà domenica a S. Janni a pigliare la possessione per l'ordinario sanza far spesa che ne è da ciascuno commendata et tanto più visto con che modestia Cesare si è governato della vittoria havuta. *Archivo público de Florencia*.

(3) En el consistorio de 29 de Abril, ante todo se leyó públicamente la carta obsequiosa, relativa á la guerra de los turcos, que Carlos V había dirigido el 6 de Abril á Clemente VII (se halla impresa en Balan, Mon. saec. XVI, 338-339; ibid. 337-338 está la carta de Carlos, de 4 de Abril, y 133-135 la respuesta del Papa de 2 de Mayo); después se comunicaron extractos de las relaciones de Castiglione sobre el amable recibimiento que le hizo el emperador (cf. Serassi I, 146) y su moderación después de la victoria, y una carta de Carlos á Alemania, que versaba sobre las cosas de Lutero. Se resolvió dar gracias á Dios por los buenos sentimientos del emperador. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivo consistorial* y *Archivo secreto pontificio*. Cf. Kalkoff, Forschungen 90 s.

Legado al cardenal Salviati, para que trabajara allí en el restablecimiento de la paz, en la ejecución del tratado, y en el asunto de la guerra contra los turcos y represión de los luteranos (1). Salviati se hallaba todavía entonces en Parma, y para acelerar su viaje se acordó, á 12 de Junio, que, en lugar de seguir el camino de tierra por Francia, en que al principio se había pensado, debía dirigirse á España por mar (2); llevando asimismo el encargo de tratar acerca de la coronación imperial y la cuestión del Concilio (3). Sobre esto el Legado partió de Parma á 2 de Julio y se embarcó en Génova (4), y á 23 de Agosto pudo el Papa comunicar en consistorio muy favorables relaciones del mismo (5); pero en realidad, el cardenal no tenía, sin embargo, condiciones para desempeñar su cometido; antes bien se dejó embaucar por Carlos V, y lo vió todo muy de color de rosa (6). Asimismo

(1) *Acta consist. del vice-canciller, en el día 5 de Mayo de 1525 (*Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*); cf. Molini I, 194. La publicación del nombramiento fué aplazada; de ella da cuenta G. de' Médici en 12 de Mayo de 1525: *Questa matina in consistorio è stato publicato legato di la dalli monti il rev. Salviati, la quale legatione principalmente è facta per andare ad Cesare et bisognando li verrà in Francia, in Inghilterra e dove sarà di bisogno per la quiete e pace di Cristianità. En 16 de Mayo escribe G. de' Médici: *N. S. molto sollecita il rev. legato ad partire per esser in Francia alla madre del re, dipoi a Cesare. *Archivo público de Florencia*.

(2) *Consistorium die lunae 12. Iunii 1525: S. D. N. fecit verbum de itinere rev. dom. legati ad Caesarem destinati, et fuit conclusum quod legatus, ut celerius applicare possit ad Caesarem, per mare iter arripiat cum triremibus S. R. E. et si opus fuerit uti illis quae sunt religionis Rodianae. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*. Cf. los *despachos de G. de' Medici de 14 de Junio y 18 de Julio de 1525 (en que se habla del descontento de los franceses, de que el legado viaje por mar). *Archivo público de Florencia*. V. también la carta del cardenal Salviati, de 17 de Junio de 1525, editada en Duc lettere inedite del Card. G. Salviati, Vicenza, 1878 (per Nozze).

(3) Sanuto, XXXIX, 101. Las *facultades de legado para el cardenal Salviati, Dat. Romae 1525, III, Non. Maii A° 2°, se hallan en los Regest. 1439, f. 1-13. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Pieper, Nuntiaturen, 69. G. de' Médici escribe en 26 de Julio de 1525, que Salviati llegó á Marsella, sin haber hallado impedimento alguno de parte de los franceses. *Archivo público de Florencia*.

(5) Salviati refería, cómo comunicó Clemente VII, en el consistorio de 23 de Agosto, que el emperador le había admitido como legado, y recibido amistosamente, que todo propendía á la paz general, y que el Papa era muy apreciado de Carlos V: itaque ex omnibus locis bene sperandum esse. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*.

(6) Compárense las dos relaciones de este hombre vano, fechadas la una en Alcalá á 22 de Septiembre, y la otra en Toledo, á 3 de Octubre de 1525, las

la correspondencia oficial entre el Emperador y el Papa se mantuvo todavía por mucho tiempo en las más amistosas formas; procurando prescindir lo más posible de las cuestiones litigiosas, é insistiendo en los intereses comunes (1).

Pero á la larga no era posible engañarse mutuamente; á pesar de todas las seguridades de amistad, era preciso llegar á un rompimiento, por la circunstancia de imponerse cada día más al Papa el convencimiento de que los orgullosos capitanes de Carlos V no pensaban en cumplir las obligaciones del tratado de Abril, y aun en muchas cosas obraban directamente contra lo estipulado. En lugar de retirar las tropas imperiales de los Estados eclesiásticos, se pusieron en el distrito de Plasencia nuevas guarniciones que esquilaban el país y lo asolaban. Verdad es que Lannoy prometía al Papa diariamente que, en cuanto los florentinos hubieran acabado de pagar los 100,000 ducados, se procedería á la restitución de Reggio y Rubbiera; pero en secreto había asegurado ya al duque Alfonso de Ferrara la posesión de dichas ciudades. El mismo Lannoy aconsejó expresamente al Emperador, que no confirmara las disposiciones adicionales del tratado de Abril, y Carlos V siguió este consejo: la restitución de las ciudades de Reggio y Rubbiera, las cuales consideraba Clemente VII como llave de Parma y Plasencia (2), el monopolio pontificio de la sal en Milán, y la ordenación de los asuntos beneficiales en Nápoles, fueron por esta causa rehusados y quedaron sin ejecución; á pesar de lo cual, se negaron los imperiales á devolver al Papa el dinero que por la prometida restitución de Reggio y Rubbiera, había pagado. Cuanto más conocía Clemente VII que el Emperador aprobaba este proceder, tanto se acrecentaba su enojo y desconfianza; y cuando llegó la ratificación imperial de la parte principal del tratado, rehusó el Papa su aceptación, por no haberse hecho dentro del plazo establecido de cuatro meses, y exigió la devolución de los 100,000 ducados satisfechos por los

cuales se hallan en Molini, I, 191-199. Sobre el plan, de hacer que Machiavelli acompañase al cardenal, v. Desjardins, II, 840-841.

(1) V. las cartas del Papa, fechadas el 7 de Mayo, 15, 19, 22 de Junio, 4 de Julio y 13 de Noviembre de 1525, publicadas por Balan, Mon. saec. XVI, 137 s., 154 s., 156 s., 157 s., 159 s., 162 s., 179 s., y las cartas de Carlos ibid., 345 s., 347 s., 350 s. Cf. Ehes, Concil. IV, xxxiii, nota 2.

(2) Si non havemo Rezo, è perso Parma e Piasenza, decía el Papa al embajador veneciano. Sanuto, XL, 345.

florentinos. Los imperiales se negaron á ella con vanos pretextos (1); por lo cual pudo con entera razón quejarse Clemente VII, que se hallaba enfermo de gota, de que se le había engañado, injuriado y perjudicado (2). A todo esto se agregaron las grandes pretensiones que mostraba Carlos V respecto de su derecho de patronato en Aragón. «Si se tratan de esta manera los negocios eclesiásticos, dijo Clemente VII al duque de Sessa, será mejor para mí retirarme al Soracte» (3).

Lo que se decía de las intenciones de los consejeros de Carlos y de los capitanes del ejército imperial en Italia, era de todo punto á propósito para llenar al Papa de temor y desesperación: los planes que por esta parte se formaron para oprimir á Italia y privarla de toda independencia, proponían, nada menos que un radical despojo de los Estados de la Iglesia; no sólo Florencia, Sena y Lucca debían someterse bajo el señorío del Emperador, sino otorgarse al duque de Ferrara la ciudad de Módena, y reponer en Bolonia á los Bentivoglio. Lannoy, que era el alma de los manejos antipapales, aconsejaba todavía, fuera de esto, que se separasen de los Estados de la Iglesia, Parma y Plasencia, Ravenna y Cervia, entregando las primeras al duque de Milán y las últimas á los venecianos (4). El Papa conocía estas intrigas; pero, en su impotencia se veía obligado á poner buen semblante al mal juego (5); pues, si el Emperador llegaba á una inteligencia con Francisco I á costa de Italia, quedaría él perdido (6). Mas esta eventualidad parecía haberse hecho muy probable por la traslación á España del prisionero monarca francés, á 10 de Junio de 1525 (7).

En Roma, en Venecia y, generalmente, en todas las ciudades de la península italiana, dominaba el mismo sentimiento: que el

(1) Guicciardini, XVI, 3. Hellwig, 21. Brewer, IV, 1, n. 1336, 1418. Cf. Grethen, 70 s., 72 s., quien reconoce el derecho y justicia que asistía á las quejas del Papa. El daño que causó el ejército imperial en el territorio de la Iglesia, se evaluó en 200000 ducados; v. Creighton, V, 259.

(2) Gayangos, III, 1, n. 118.

(3) Gayangos, III, 1, n. 134.

(4) Además de Guicciardini, XVI, 3, y de Leva, II, 273, cf. una importante noticia, hasta ahora no advertida, que se halla en Sanuto, XXXVIII, 121.

(5) Guicciardini, XVI, 3.

(6) Cf. el **despacho de Fr. Gonzaga de 13 de Mayo de 1525. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(7) Cf. Mignet, II, 104 s.; Decrue, Anne de Montmorency, 54 s.; Gachard, Captivité de François I^{er}, en Etud. conc. l'hist. des Pays-Bas, I, 1890.

Emperador se entendería con su prisionero á costa de Italia, y así vendría á perecer completamente la libertad de la patria. Parecía llegado el momento decisivo de aventurar un último y supremo esfuerzo para sacudir el grave yugo de aquellos á quienes se consideraba como bárbaros. Sin duda alguna los italianos de entonces podían, en el terreno de la literatura y de las artes, considerarse justamente como muy superiores á los españoles, y aun á todas las demás naciones de Europa. Y este sentimiento de superioridad suministraba poderoso pábulo á la reviviscencia del sentimiento nacional. «Toda Italia, escribía el fiel capitán del Emperador, Antonio de Leiva, está de acuerdo en coaligarse para defender la común seguridad, y para impedir todo ulterior engrandecimiento del poder de España; y no hay un solo príncipe que se acuerde ya de los favores que tiene recibidos de Don Carlos» (1).

También por otro concepto se iba cambiando la situación, cada vez más desfavorablemente para el Emperador.

En Francia pareció al principio, después del desastre de Pavía, que todo el Reino iba á desplomarse hecho pedazos; pero luego se mudaron enteramente las cosas. La regente Luisa de Saboya, madre del Rey, fué la que mantuvo unida y dirigió la Nación, apaciguando á los Grandes y á los generales, en parte descontentos; uniendo los partidos, organizando la defensa del país, y desplegando en todas partes una actividad tan prudente como decidida. Ella fué también la que supo apartar del Emperador á Enrique VIII, lleno de envidia por la fortuna de Carlos; y consiguió, á fines de Agosto, ajustar un tratado de paz y alianza entre Francia é Inglaterra (2).

Ya mucho antes de lograr esto, había también la Regente entablado negociaciones con los Estados italianos. Ante todo interesaba ganar á los dos más poderosos de ellos: al Papa y á Venecia; para lo cual se sirvió Luisa de Saboya, de un hombre que, aunque italiano por su nacimiento, era, sin embargo, de los más ardientes partidarios del monarca francés: éste era el obispo de Bayeux, Ludovico di Canossa, el cual estaba unido por estrecha

(1) Cf. Guicciardini, XVI, 3; Baumgarten, Karl V, II, 427-428; Villa, Italia, 68 ss.; Professione, Dalla battaglia di Pavía, 26.

(2) La noticia de esto llegó á Roma el 25 de Septiembre de 1525; v. el *despacho de G. de' Médici de este día, existente en el *Archivio pubblico de Florencia*.

amistad con Giberti, y gozaba también de gran prestigio en Venecia. A fines de 1524, y en la primavera del año siguiente, bajaba Canossa personalmente en Roma, y ya creía haber ganado por completo al medroso Papa (1); á principios de Junio de 1525, pretextó Canossa la necesidad de visitar á su familia en Verona; pero en realidad corrió á Venecia á donde llegó el 15 de Junio (2). A 23 del mismo mes llegó también allá el enviado de Francia, Lorenzo Toscano, con instrucciones de la Regente, y luego al siguiente día presentó Canossa á la Señoría sus proposiciones. Verdad es que los cautos venecianos rehusaron por de pronto toda resolución, antes de que el Papa se hubiera declarado abiertamente (3). Canossa desplegó entonces una actividad verdaderamente febril; sus cartas volaban en todas direcciones; y al paso que espoleaba al Gobierno francés para que se apresurara todo lo posible á poner lo que estaba de su parte; atizaba también en Italia, dondequiera que podía, el fuego del sentimiento nacional contra los españoles (4). Pero su mira principal estaba dirigida á decidir al Papa á proceder abiertamente, el cual no hubiera querido apartarse de su antigua política de «quero y no quero» (5).

El confidente de los planes de Canossa, y su mejor aliado, era Giberti, quien, apoyado por Carpi, trabajaba contra el Emperador á espaldas de Schönberg, en Francia é Inglaterra, con tan incansable actividad como su amigo (6). Y ante todo se esforzaba por determinar al Papa á pasarse definitivamente al lado

(1) Cf. Lett. d. princ. II, 76. Sobre el tiempo del viaje de Canossa á Roma, v. la rara monografía de Orti Manara, Canossa, 37.

(2) Para corregir los datos de Grethen, 73 y Jacqueton 203, sobre el viaje de Canossa, me remito á las siguientes **cartas del mismo á F. Robertet: 1) fechada en Roma á 2 de Junio de 1525: Mañana es la partida hacia Venecia; 2) fechada en Urbino á 11 de Junio; 3) fechada en Venecia á 20 de Junio: *Zobia passata io giunsi in questa terra dove aspetto che mi sia comandato quanto io habia a fare. Biblioteca municipal de Verona.*

(3) Además de la carta de Canossa de 21 de Junio, la cual en gran parte ha sido impresa por Professione, Dalla battaglia di Pavia, 10, v. también su **carta á Giberti de 25 de Junio, la dirigida á Luisa de Saboya de 28 de Junio de 1525 y **la escrita á Giberti de 5 de Julio. *Biblioteca municipal de Verona.*

(4) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 428; Miscell. d. stor. Ital., III, 351 s., y Ci-polla, 891.

(5) Así caracteriza Giov. Maria de' Monti la conducta de Clemente VII, en una carta de 3 de Marzo de 1525. Lett. d. princ. I, 107.

(6) Baumgarten, loc. cit. Sobre cuán á escondidas de Schönberg trabajaba Giberti, cf. Lett. d. princ., II, 84. V. también Gayangos, III, 1, n. 135.

de Francia. Todo dependía de una rápida y buena resolución: exhortaba Canossa á 25 de Junio de 1525 (1); pero cabalmente en esta parte tropezaban ambos amigos con las mayores dificultades. «Por más que el Papa (escribía Giberti á Canossa á 1.º de Julio), tiene la mejor voluntad de procurar la libertad de Italia, no quiere, sin embargo, precipitarse en un tan importante negocio, y en primer lugar espera la llegada de Lorenzo Toscano; y al propio tiempo exhortaba á que se mantuvieran en rigoroso secreto todas las negociaciones, pues el éxito sería fácil, si se lograba sorprender á los españoles (2). De la irresolución del Papa, certificaba Giberti en una carta dirigida aquel mismo día al Nuncio en Suiza, Ennio Filonardi. Por efecto de la mala conducta de los imperiales, acentuaba allí Giberti; principalmente á consecuencia de su falta de cumplimiento del tratado de Abril, podría llegar muy fácilmente á encenderse la guerra; por tanto, debía el Nuncio tomar secretas providencias á fin de tener preparados para un caso de apuro, 8 ó 10,000 suizos, dispuestos á pelear, no sólo en la Lombardía, sino también en Nápoles (3). Tampoco en las demás cosas pecaba Giberti por falta de celo; con las más enérgicas frases acentuaba, que si el Papa dejaba escapar esta coyuntura única, se arrepentiría luego amargamente, y caería en la servidumbre del Emperador. A pesar de todo, no era todavía posible mover á Clemente VII á proceder de una manera abierta; por lo cual desesperado Giberti, amenazaba con marcharse de Roma (4).

No se ocultaba á Canossa la causa, por qué así el Papa como Venecia titubeaban en declararse públicamente contra Carlos V; á 25 de Junio explicaba á la Regente, de qué manera temían ambas Potencias que Francia no tendría solicitud sino de sus propios intereses y abandonaría á los italianos (5). También Giberti se sintió pronto acometido de parecida desconfianza contra Francia (6); y era en realidad extraño, que los negociadores

(1) Carta á Giberti, fechada en Venecia á 25 de Junio de 1525, no 23, como indica Professione, Dalla battaglia di Pavia, 28.

(2) Lett. d. princ., II, 83.

(3) Ibid., II, 81.

(4) Sanuto, XXXIX, 174, 176.

(5) Carta de *Canossa á Madama la regina di Francia, fechada en Venecia á 25 de Junio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(6) Cf. su carta á Canossa de 8 de Julio de 1525, que se halla en Lett. d. princ., II, 82.

franceses no tuvieran todavía poderes suficientes para concluir una alianza. Por esta causa, tanto en Roma como en Venecia, se procedía en este negocio con tan grande precaución como secreto. Bajo el velo del más profundo misterio encargó Giberti á Segismundo Sanzio, secretario de Carpi, que negociara con la Regente, y á Gregorio Casale que tratara con Enrique VIII; quería asegurarse para el caso, que desde España le aseguraban ser verosímil, de que el Emperador se dirigiera personalmente á Italia, y al propio tiempo se pretendía alcanzar conocimiento claro de los auxilios que «la pobre Italia» podía esperar. Sanzio y Casale salieron de Roma casi al mismo tiempo (9 y 10 de Julio) (1); mas, á pesar de todas las precauciones, tuvo el duque de Sessa noticia de aquellos manejos. Clemente VII acertó, sin embargo, con la doblez de sus declaraciones, á engañar completamente al diplomático español (2).

Con parecido misterio procedían los cautos venecianos, los cuales no se fiaban tampoco de Francia (3). Todavía á 10 de Julio describía Canossa, á su amigo Giberti, la irresolución de la Señoría, la cual aguardaba una decisión del Papa (4); y el 18 podía anunciar que Venecia estaba preparada á entrar en la alianza con Francia, bajo las condiciones que el Papa habia hecho presentar por Segismundo Sanzio; no obstante, la resolución debía, por de pronto, guardarse absolutamente secreta. Aquellas condiciones eran del siguiente tenor: Francisco Sforza obtendría Milán y recibiría por esposa una princesa de Francia; al Papa se le destinaban Nápoles y Sicilia; Francia pagaría mensualmente 50,000 ducados y aportaría 6,600 hombres del ejército de tierra y 10 galeras. En cambio los italianos, unidos con Francia en una alianza ofensiva y defensiva, comprometiéndose á levantar un ejército de 13,000 hombres para libertar al Rey (5).

(1) Leti. d. princ. II, 85, 86. Grethen, 76 s. Professione, Dalla battaglia di Pavia, 35. Jacqueton, 211 s.

(2) Grethen, 78 ss.

(3) **Canossa á Madama la regina di Francia, fechada en Venecia á 7 de Julio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) **Carta de Canossa al datario, fechada en Venecia á 10 de Julio de 1525.

(5) **Canossa á mons. datario y á Madama la regina di Francia, las dos cartas están fechadas en Venecia á 18 de Julio de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

Desde el mes de Agosto se paralizaron las negociaciones, porque tanto en el Papa como en Giberti se despertaba con creciente fuerza la desconfianza respecto de Francia; el proceder de la Regente parecía, en realidad, tan sospechoso, que se creyó haber de temer que entregaría al Emperador traidoramente la Italia. María Luisa alargaba de tal manera las negociaciones, que cada vez se descubrían más claramente sus designios de servirse de los italianos para obtener con mejores condiciones la libertad de su hijo. No sólo en Roma, sino también en Venecia, donde estuvo Canossa largo tiempo sin recibir noticia alguna de Francia, se despertaban las peores sospechas (1). A todo esto se agregaba, haber sido Segismundo Sanzio asesinado en el distrito de Brescia y despojado de toda su correspondencia (2). Mas entre los papeles de aquel diplomático se hallaban documentos sumamente comprometedores, referentes á una conjuración que tenía por objeto apartar del Emperador al mejor de sus generales.

La férrea mano de los orgullosos españoles gravitaba con particular pesadumbre sobre el joven Francisco Sforza, en cuyo nombre se había reconquistado el ducado de Milán; mas ahora se veía abandonado al arbitrio de los capitanes imperiales, y tratado con el mayor desdén por aquellos, para quienes había sido un firme apoyo en la hora de los mayores peligros. Milán sufría mayor opresión que en tiempo alguno hubiera padecido bajo la dominación francesa; y la completa expulsión de Sforza é incorporación del Ducado á la Monarquía española, parecía no ser sino cuestión de tiempo. Para librar, pues, á su patria del yugo de los bárbaros, meditó el Canciller del Duque, *Jerónimo Morone*, un plan tan sutil como temerario (3). El mejor de los capitanes

(1) Brewer, IV, I, n. 1563, 1589. Grethen, 80. Canossa escribía el 5 de Agosto de 1525, desde Venecia, á la regente: *Quà et a Roma per quanto mi è scritto aspettano con gran desiderio di havere qualche risoluta risposta di V. M. circa quello che Sigismondo li ha portato, et senza la dita risposta non sono per passare più avanti per cosa che se li possa dire. En una *carta de 18 de Agosto de 1525, Canossa manifiesta claramente á la regente, que los venecianos no se fían de Francia. En 22 de Agosto vuelve á hacer hincapié en esto. Cf. además las *cartas de Canossa á Robertet, que llevan las fechas de 11, 18 y 22 de Agosto de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*. Sobre la inquietud y flojedad del Papa, cf. Sanuto XXXIX, 341, 377, 425, 459.

(2) Cf. Guicciardini, XVI, 3. Sanuto XXXIX, 282, 326, 341, 342, 343. *Professione*, Dalla battaglia di Pavia, 37.

(3) Sobre Morone y su conjuración, v. Dandolo, *Ricordi inediti di G. Morone*, Milano, 1855; G. Müller, *Docum. p. la vita di G. Morone*, publicados en

del Emperador, Marqués de Pescara, se sentía pospuesto y ofendido por su soberano, por lo cual Morone concibió la esperanza de ganarle para sus designios. Con el más profundo misterio y acercándose al negocio con tiento, descubrió á Pescara su plan de libertar á Italia del señorío imperial, y le ofreció, para el caso del triunfo, no menos que la Corona real de Nápoles, cuya investidura le concedería el Papa. Aun cuando Pescara sólo se expresó indeterminadamente, recibió, sin embargo, Morone, la impresión de que aquel Capitán imperial picaba en el cebo de su brillante oferta. El fogoso italiano creyó tener ya ganado el juego, y se puso en relaciones con Venecia, Roma y Francia. Pronto las más lisonjeras esperanzas se apoderaron de todos aquellos que estaban iniciados en la empresa: «Veo al mundo transformarse, escribía Giberti; Italia se levantará de la más profunda abyección á la más alta felicidad» (1). De una manera parecida discurría Clemente VII, quien no veía entonces sino por los ojos de aquel su consejero (2); pero Pescara era español de punta á cabo en sus sentimientos; despreciaba á los italianos, y sólo quería averiguar los planes para diferir el estallido de la conjuración. En secreto lo descubrió todo á su soberano el Emperador, conjurándole que le enviara tropas y dinero, así como que hiciera las paces con Francia lo más aceleradamente posible, pues nunca había sido el peligro mayor que entonces, porque no sólo el Papa, Venecia y Milán, sino también Génova y Ferrara, estaban concordes en el odio contra los españoles, y en el temor de la supremacía imperial (3).

Luego que Pescara tuvo en sus manos suficientes pruebas, arrojó la máscara: á 14 de Octubre de 1525, Morone, que vivía en la mayor seguridad, se vió súbitamente reducido á prisión, y todas las principales plazas del Ducado fueron ocupadas militarmente. Contra Francisco Sforza, que huyó al castillo de Milán, se entabló un proceso por felonía, y se expidió á las autoridades milanesas

Miscell. d. stor. Ital. III, Torino, 1865; de Leva, II, 281 ss.; Baumgarten, Karl V, II, 449 ss.; Cipolla, 891 ss.; Reumont, B. Colonna, 75 s.; Gioda, G. Morone e i suoi tempi, Milano, 1887; Jacqueton, 215.

(1) Lettera a Ghinucci, que se halla en *Lettere di principi* (ed. princeps) I, 170. Ranke, *Deutsche Gesch.*, II^a, 343.

(2) Relación de Fr. de Quiñones, fechada en Roma á 26 de Agosto de 1525. *Gayangos*, III, 1, n. 108; cf. n. 221.

(3) Baumgarten, Karl V, II, 455.

mandato de ejercitar en adelante sus oficios en nombre del Emperador (1).

La noticia de estos acaecimientos llegó á Roma el 18 de Octubre, y produjo no menos turbación, espanto y desaliento, que había producido en su tiempo la noticia de la victoria de los imperiales en Pavia; principalmente en los que estaban complicados en aquella intriga (2). Los españoles y sus partidarios se mostraron desde luego muy provocativos; y del cardenal Colonna, que ya algunos días antes había salido de Roma, contaban haber dicho: que con 100,000 ducados se empeñaba en arrojar al Papa de su capital (3). Ya á 20 de Octubre se presentó Mendoza, con encargo de Pescara, para explicar los motivos de la prisión de Morone y la ocupación del ducado de Milán, que se había hecho indispensable. Clemente VII no pudo, en los primeros momentos, ocultar su consternación; pero luego se hizo dueño de sí, y procuró justificar el modo cómo había procedido hasta entonces: no se le había cumplido la prometida restitución de Reggio y Rubiera, antes habíase diferido indefinidamente, y tampoco se había observado el acuerdo relativo al monopolio de la sal. Fuera de esto, el ejército imperial seguía acampado en los Estados de la Iglesia con grave detrimento de las gentes del país. A todo esto se había agregado la conducción á España del monarca francés, y el sospechoso viaje del duque de Ferrara al Emperador. En atención á la opinión generalmente extendida, de que Don Carlos se disponía á entenderse con su prisionero para perdición del Pontificado y de toda Italia, el Papa se había llenado de la mayor desconfianza y había tomado parte en las negociaciones contra el Emperador, para no quedarse enteramente aislado. Desde la ocupación de Milán por las tropas imperiales, vivía continuamente bajo la impresión de que Carlos V pretendía sujetar la Italia á su dominación y arruinarla por completo. Mendoza y Sessa se esforzaron inútilmente, en los siguientes días, por convencer al Papa de que aquellos temores eran infundados (4). Cle-

(1) Romanin, V, 415. En 14 de Noviembre se dió orden de entregar todas las rentas del estado al abad de Nájera. Müller, Docum., n. 243.

(2) Gayangos, III, I, n. 224, 240. Sanuto XL, 133, 137 s. *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 19 de Octubre de 1525. *Archivo público de Florencia*.

(3) Sanuto XL, 138.

(4) Gayangos, III, I, n. 224, 235, 239, 240. *Despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 21 de Octubre de 1525: Il sig. Lopez Hurtado arrivò hier sera, et

mente VII insistió de la manera más enérgica, en que todo dependía del modo cómo se arreglara la cuestión de Milán; y que él nunca podría avenirse á que Carlos ó Fernando dominaran en Lombardía. La ocupación de Milán contrariaba las condiciones de la infeudación de Nápoles, dando al Emperador un señorío ilimitado en toda Italia. Clemente VII prefería perecer con todos los príncipes italianos, que condescender en este punto. El Papa no hacía ningún secreto de hallarse resuelto á unirse, para la defensa, con Venecia, Francia é Inglaterra (1).

Cuán grandes temores ocuparan por aquel tiempo el ánimo de Clemente VII, lo muestra el hecho de haber dado en seguida orden de guarnecer con tropas á Parma y Plasencia, y haber mandado en Roma construir fortificaciones y alistar soldados (2).

Así el temor del Papa como el de los italianos, era sumamente fundado: «El único remedio, escribía Mendoza al Emperador á 5 de Noviembre, está en ajustar las paces con Francia, tomar posesión del Ducado de Milán, y arrancar á la Santa Madre Iglesia, tanto Parma como Plasencia» (3). ¡Así se expresaba el hombre que por aquel mismo tiempo acababa de dar al Papa las más tranquilizadoras seguridades! ¿Es, pues, lícito, reprochar á Clemente VII y á todos los Estados italianos, los conatos encaminados á su seguridad? «Se intriga más que nunca, refería Caracciolo al Emperador desde Venecia, á 10 de Noviembre; importa sobre manera separar á Venecia del Papa, y lo más fácil sería ganarse á este último» (4). Esta opinión parece

questa matina è stato lungamente con N. S.; síguese el contenido de la conferencia en forma sumaria. Según un "despacho del mismo embajador de 25 de Octubre, Mendoza quería partirse el día siguiente. *Archivo público de Florencia*. El Papa vió con mucho disgusto el viaje de Alfonso de Ferrara, pero con todo concedió por seis meses la suspensión del proceso, á causa de la ocupación del territorio de la Iglesia; Alfonso, sin embargo, no se fué al emperador, porque Francia, de acuerdo con Clemente VII, le negó el tránsito. Cf. Sanuto, XXXIX, 430, 450, 481; XL, 201-202, 245. Del "breve de suspensión que aquí se menciona, fechado en Roma á 23 de Septiembre de 1525, hallé yo el original en el *Archivo público de Módena*. En 15 de Septiembre se había deliberado en el consistorio sobre este negocio. "Acta consist. del vicerecanciller. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*.

(1) Gayangos, III, I, n. 254, 256, 258. Sanuto XL, 174. Baumgarten, Karl V, II, 494.

(2) Sanuto XL, 220. Gayangos, III, I, n. 253, 271.

(3) Gayangos, III, I, n. 253. Cf. también la carta de Leyva, publicada por Müller, Docum., n. 244 y de Leva, II, 301 s.

(4) Gayangos, III, I, n. 256.

haber sido también la de Carlos V, y así se explica el brillante recibimiento que dispensó en Toledo, á principios de Octubre, al cardenal Salviati. El Emperador acertó á hablar de una manera tan persuasiva, de sus designios pacíficos, de sus planes para combatir á los turcos y herejes, y de su fiel veneración hacia el Santo Padre, que á Salviati no se le ocurrió la duda más mínima acerca de la sinceridad de Carlos V. Asimismo en lo referente á Milán, como en lo tocante á Reggio y Rubbiera, dió el Emperador las más tranquilizadoras seguridades; aunque, en realidad, pensaba de una manera totalmente diversa (1). Pero, por el momento, le importaba sobre todo reprimir la peligrosa conmoción de los italianos en favor de su libertad, tranquilizando al Papa y ganándole con promesas y bellas palabras. Para este fin, envió á Roma un propio delegado en la persona de Miguel de Herrera.

Entretanto, solicitaban á Clemente VII con no menos calor los del partido contrario; y principalmente daban cuidado á los diplomáticos españoles los esfuerzos de los venecianos para mover al Papa á una resolución; y su temor crecía, en la medida en que se hacían más frecuentes los correos que iban y venían de Roma á Venecia (2). Mas á la verdad, Clemente no había llegado todavía á tomar una firme resolución; pues el temor del aprisionamiento de Morone, causaba grande impresión en él. Esta timidez del Papa producía el mayor descontento, no sólo entre los políticos enemigos del Imperio (3), sino también en Roma, donde se atribuían todos los daños á la irresolución y escasez del Papa (4). Cabalmente por entonces se habían levantado grandemente las esperanzas y el ánimo de los italianos, por haber la muerte arrebatado al mejor de los generales del Emperador: el por ellos tan aborrecido Marqués de Pescara, en la noche del 2 al 3 de Diciembre; y fuera de ésto, también Francia hacía gran-

(1) Molini, I, 191 ss. Gayangos, III, I, n. 246. Sanuto XL^a296; de Leva, II, 302 s. Grethen, 88 s. Professione, Dalla battaglia di Pavia, 57 s.

(2) Gayangos, III, I, n. 260, 271.

(3) *Carta de Canossa al conde Alberto di Carpi, fechada en Venecia á 15 de Noviembre de 1525 (Mi spaventa alquanto la tropo circumspectione di N. S^a). Los venecianos están benissimo disposti, pero hasta ahora todavía no han dado ninguna especial respuesta; otra al mismo, fechada en Venecia á 25 de Noviembre: Venecia está dispuesta para la liga si el Papa entra. Dapoi io hebbi la lettera di V. S. per la quale mi scrive che a Roma si trovano de le difficoltà. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Gayangos, III, I, n. 279.

des ofrecimientos; por todo lo cual, apremiaban ahora al Papa con tanto mayor urgencia, para que acabase por fin de concertar la Liga (1). Á la verdad la situación era tal, que los italianos no podían esperar con seguridad recibirían enérgico apoyo de Francia é Inglaterra; y acometer ellos solos la empresa, hubiera sido una temeridad loca (2). Hasta un hombre de carácter más resuelto, hubiera vacilado en tales circunstancias; ¡cuánto no había de titubear más Clemente VII, cuyas cualidades predominantes eran la timidez é irresolución! Ninguno ha descrito más exactamente que Guicciardini su extraño carácter (3): titubeando continuamente, tanto en la consideración como en la ejecución, dejábase el Papa arredrar por la dificultad más mínima; y apenas había tomado felizmente una resolución, cuando los motivos que le habían impulsado á abrazarla eran enteramente relegados á segundo término, pareciéndole no haber ponderado suficientemente los motivos contrarios; por lo cual, el considerar y el vacilar entre las resoluciones contrarias, no tenía fin para él. Frecuentemente cedía también á las reflexiones de sus consejeros, sin estar en su interior completamente persuadido por ellos. ¡Y si, por lo menos, sus ministros hubieran sido de un mismo parecer! Pero Giberti continuaba siempre estrechamente adicto á los franceses, al paso que Schönberg se inclinaba no menos de corazón á los imperiales; lo cual hacía completa la confusión, y los partidos que tomaba el Papa dependían alternativamente de la victoria del uno ó del otro consejero. Por entonces se había impuesto una vez más Giberti, y, si hemos de creer á Guicciardini, habíase fijado ya el día para concluir la Liga contra Carlos V, cuando llegó la noticia de haber Herrera desembarcado en Génova. Esto bastó para ponerlo de nuevo todo en contingencia; pues el Papa declaró, que debía escuchar primero las proposiciones del Emperador que Herrera le traía (4).

(1) Cf. las *cartas de Canossa á Giberti, de 25 de Noviembre y 2 de Diciembre de 1525, que se hallan en la *Biblioteca capitular de Verona*.

(2) Grethen, 90. Cf. Baumgarten, Karl V, II, 495.

(3) Guicciardini XVI 5.

(4) Guicciardini, XVI, 5, cuya pintura está confirmada por las relaciones venecianas, que se hallan en Sanuto XL, 307, 344 s., 365, 410-411, 431-432. Cf. también Gayangos, III, 1, n. 284, 286. G. de' Médici participa el 3 de Diciembre de 1525: «Quà non manchano di continuare le pratiche da Francia et Inghilterra et Venetiani per tirar N. S. dicono alla defensione della libertà d'Italia. S. S.^{ma} pare resoluta aspectare l' huomo viene et vedere quello porta et secondo por-

Éste llegó á Roma finalmente á 6 de Diciembre, con muy amistosas cartas de Carlos V, y con los planes de una alianza que se había ya deliberado con Salviati; y entonces volvió á sobreponerse el influjo de Schönberg. Giberti, que todavía á 5 de Diciembre tenía la firme esperanza de sujetar al Papa al siguiente día, cayó en tal desesperación, que amenazó con marcharse de Roma (1); y por ventura se hubiera concertado entonces una alianza entre el Papa y el Emperador, como lo temían los enemigos de Carlos, si los ofrecimientos de Herrera hubieran sido satisfactorios; mas á la verdad, las cosas no se presentaron así, y las negociaciones tomaron un giro dificultoso. El Papa insistía con fuerza en que debía dársele, respecto de Reggio y Rubbiera, algo más sólido y palpable que meras promesas; y sobre la cuestión de Milán, que era la decisiva, no había manera de ponerse de acuerdo. En esta situación de las cosas, propusieron Sessa y Herrera, que se suspendieran por dos meses las negociaciones; abrigando el secreto designio de ganar con esto tiempo para nuevos armamentos, y hacer á Clemente sospechoso á los que hasta entonces habían sido sus amigos. Schönberg y Salviati supieron excitar la desconfianza del Papa contra los franceses y los demás enemigos del Imperio en tales términos, que accedió á la propuesta de los españoles (2). Por lo demás, observó entonces Clemente VII expresamente, que, si el Emperador no cedía á Milán dentro del plazo establecido, concertaría el Papa la Liga con Francia y Venecia (3).

Esta resolución produjo una exasperación desmedida en los enemigos de Carlos en Roma: en Giberti, Carpi y Foscari, y en

terà governarsi et se necessità non la stringiera non vede che S.^{ma} sia per metterai in pericolo et spesa senza suo proficto per bonificare et assicurare quelli d' altri. *Archivio pubblico de Florencia.*

(1) Sanuto XL, 433, 473 s.

(2) Sobre la comisión de Herrera, cf. Gayangos III, n. 1, 299, 300; Villa, Italia 107 ss., Sanuto XL, 506 s.; Balan, Mon. Saec. XVI. 196 ss.; de Leva II, 305 s., Grethen 92 s.; Baumgarten, Karl V. II, 495 s.; Jacqueton 234 s.; Hellwig 18 s., 22; Creighton V, 267 y el raro escrito de Professione, La política di Carlo V nelle due legazioni del Caracciolo e dell' Herrera a Venezia e a Roma, Asti 1889, en cuya composición se ha utilizado material inédito. El dato, que Schönberg y Salviati determinaron al Papa, puede verse en Sanuto XL, 624.

(3) Sanuto XL, 507; cf. 624 y Raynald 1525, n. 90.

los Ministros de la Regente de Francia (1); y no menos en Guicciardini (2) y en Canossa (3); pero la verdad es, que sus reproches contra el Papa apenas tenían fundamento; pues, si el plazo que les proporcionaba aquella tregua, era beneficioso para el Emperador, no lo era menos para el Papa; el cual podía esperar que, durante aquellos dos meses, se esclarecería en tales términos la situación, especialmente en lo que miraba á la actitud de Francia é Inglaterra, que pudiera él más fácilmente tomar una resolución que había de ser trascendental (4).

Aun antes de haber transcurrido los dos meses acordados, ajustóse, á 14 de Enero de 1526, entre Carlos V y Francisco I, la paz de Madrid. En ella el prisionero monarca francés accedió á casi todas las exigencias del vencedor, renunciando al ducado de Borgoña, al condado de Charolais y la soberanía sobre Flandes y Artois; concediendo una amnistía á Borbón y á los otros rebeldes; renunciando á todas sus pretensiones sobre Nápoles, Milán, Génova y Asti, y prometiendo, finalmente, enviar fuerzas terrestres y marítimas para acompañar á Carlos V en su expedición á Roma, ó para una empresa contra los turcos (5). El Emperador, después de una extraña dilación, ratificó finalmente este tratado el 11 de Febrero; y á 17 de Marzo fué canjeado Fran-

(1) Gayangos III, I, n. 299; cf. Brewer IV, I, n. 1814, 1902; Brown III, n. 1191, 1201; Sanuto XL, 507, 532 s.; Grethen 93-94; Hellwig 12.

(2) Lett. d. princ. II, 102; cf. Guicciardini, Op. ined. VIII, 363 s.

(3) *Per il tacere suo, escribía Canossa á Giberti en 15 de Diciembre de 1525, et per altra via ne ho inteso quanto basta á farmi stare mal contento et quasi a desperare in tutto la salute d'Italia parendomi assai più ragionevole il credere—lo que sigue se halla impreso en Professione, Dalla battaglia di Pavia, 61. En 22 de Diciembre 1525, escribía Canossa á Robertet: *Vista la irresolutione del papa et non sperando che S. S^a intri in questa liga se non vede forse tale in Italia che lo possi securare del timore che ha de lo imperatore mi son sforzato di persuadere a questa Signoria che essa si voglia risolvere senza il papa. Cf. la *carta á Luisa de Saboya, de 22 de Diciembre de 1525. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) Baumgarten, Karl V, II, 497.

(5) Dumont IV, I, 399 ss. Capino da Capo, que llegó á Roma el 20 de Febrero de 1526, trajo el tratado; v. Salvioli XVI, 278. El 5 de Marzo, el cardenal Cibo leyó en el consistorio una carta de Carlos con la notificación del tratado de paz (*Acta consist. del vicedanciller. *Archivo Consistorial*), por lo cual Clemente VII dió el parabién al emperador en 10 de Marzo, y le dió parte de la fiesta que se había celebrado en Roma por la paz (Balas, Mon. saec. XVI, 223 s). Dicha fiesta la describe Cornelius de Fine en su *diario. *Biblioteca nacional de París*.

cisco I con sus dos hijos, que debían permanecer en rehenes en poder del Emperador. Decíase que, al pisar de nuevo el suelo francés, exclamó: «Me voici roi d'échec!»—¡He aquí que vuelvo á ser Rey! (1)

El tratado de Madrid fué, por ventura, el más grave error político cometido por Carlos V; y no sin razón se negó el canciller del Emperador, Gattinara, á dar su asentimiento á exigencias que reconocía ser desmesuradas é insostenibles. En realidad, el tratado imponía al vencido tan extensas obligaciones, que jamás pudo esperarse el cumplimiento de ellas de un hombre como Francisco I; y todavía podía suponerse menos, que una Nación como la francesa se dejaría rebajar á la condición de Potencia de segundo orden, y obligarse al vasallaje del Emperador. En general, la opinión pública (en cuanto en aquellos tiempos podía hablarse de semejante opinión), se inclinó entonces más á favor de Francisco I; y á la vista de la ruda manera con que Carlos se había aprovechado de su victoria, no creyó nadie apenas que el Rey observaría el tratado de Madrid. Especialmente en Italia hallábase difundida esta opinión en muy extensos círculos; y aun sin tener el más remoto barrunto de la secreta protesta que Francisco I había hecho antes de ajustar el tratado, de todas partes se le aconsejaba el quebrantamiento de aquello mismo que acababa de jurar (2). Aun el mismo Clemente VII, político realista (3), no se debe exceptuar en este concepto (4); pues era de opinión, que el tratado y el juramento, por haber sido arrancados á la fuerza, no podían ser obligatorios (5).

(1) Buamgarten, Karl V, II, 474 s., 484 s. Mignet II, 198 s.

(2) Guicciardini XVI, 6. Gayangos III, I, n. 358. Professione, Dalla battaglia di Pavia 68. Cf. las **cartas de Canossa á Giberti de 3 de Febrero, á la regente de 5 de Febrero y 1 de Marzo, á Carpi de 19 de Febrero, á Robertet de 21 de Febrero de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Según la relación del obispo de Worcester á Wolsey, Clemente VII, tan pronto como se le propuso el proyecto del tratado de Madrid, manifestó, que lo hallaba bueno, en el supuesto que Francisco, después de su libertad, no cumpliera las condiciones. Raumer, Briefe I, 247.

(4) V. Sanuto XL, 849 ss.

(5) Francisco I quebrantó su palabra por consejo de una junta de notables de los tres estados; v. Rev. d. quest. hist. 1903, I, 144 s. A Grethen, 98, le parece con razón no ser cierto, que Clemente VII desligase formalmente de su juramento al rey de los franceses, como afirman Sandoval y Sepúlveda. Habla notablemente en contra, el hecho de que Carlos V, en su vehemente escrito de

Ante todo se quiso obtener clara noticia de cuáles fueran los propios designios de Francia; para lo cual, así el Papa como Venecia enviaron delegados á Francisco I, bajo el pretexto de felicitar al Rey por haber recobrado su libertad; pero de hecho para investigar las intenciones del mismo; y, para el caso de que no pensara cumplir el tratado, ajustar con él una alianza. El Papa confió por su parte este cometido, luego á 22 de Febrero de 1526, á Paulo Vettori, y habiendo éste caído enfermo en el camino, á 1.º de Marzo se dió á Capino da Capo, que se hallaba iniciado en los designios de Francisco I, el encargo de dirigirse á Francia (1); á 20 de Abril fué además el florentino Roberto Acciaiuoli nombrado Nuncio ordinario en la Corte francesa (2).

Capino apenas pudo hacer su viaje con toda la rapidez que deseaba el Papa; y para mayor seguridad, dirigía sus cartas á un comerciante de Roma (3). A fines de Marzo, llegó á la Corte de Francisco I, donde se presentó al propio tiempo Andrés Rosso, como representante de Venecia. El Monarca recibió á Capino con extremada benignidad, y le certificó hallarse inclinado á sacrificarlo todo para evitar que Carlos V subyugara á Italia; luego, después de aquellos días festivos, se comunicaría

acusación contra Clemente VII (v. abajo cap. III), sólo cita la cosa con un «se dice». A la verdad, una demostración que convenza de todo punto, todavía no la hay en este punto; pero con todo, la formal absolución queda muy dudosa, tanto más, cuanto que Francisco I nunca se refirió á ella (cf. Martin 73). Tampoco está contenida una demostración suficiente en las palabras, que, según la relación de Mai, dijo Clemente VII en 1529 á otro agente del emperador en circunstancias muy diversas (Baumgarten, II, 519). Tanto en el *Archivo segreto pontificio*, como en el *Archivo nacional de París*, he buscado en vano un documento en que esté expresada la absolución del juramento. Mas siendo tan grande la abundancia de documentos romanos, y como á pesar de ser tantos no están completos, tampoco se puede sacar de ahí una conclusión enteramente cierta. Cf. ahora también las exposiciones de Ehses, Concil. IV, XXIV, not. 2, y Fraikin xli.

(1) Cf. Sanuto XL, 873 ss., Guicciardini XVI, 6; Jacqueton 262 s.; Fraikin 7; Raynald 1526, n. 27; Balan, Mon. saec. XVI. 220-222. El original de la carta del Papa al canciller francés se halla en el *Archivo nacional de París*, L, 357. Fr. Gonzaga en un *despacho de 9 de Marzo de 1526, da cuenta del dolor del Papa por la muerte de Vettori. El mismo notifica, en 19 de Abril, que el Papa por la noche recibió cartas de Capino; y que éste participa la benigna disposición de ánimo de Francisco I; pero ninguna cosa especial. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Pieper, Nuntiaturen 82 s., y Fraikin, 12 s.

(3) Sanuto XLI, 68, 133, 157, 178.

una más exacta y determinada contestación (1). El lunes de Pascua, 2 de Abril, comenzaron las negociaciones propiamente dichas (2), y ya á 8 de Abril podía anunciar Capino, que el Rey estaba ganado para la Liga, y sólo faltaba que Venecia y el Papa enviaran plenos poderes para concluir la alianza (3).

La noticia, que Francisco I se hallaba dispuesto á prestar su apoyo á la obra de libertar á Italia de los imperiales, y acudir en auxilio de Francisco Sforza, sitiado por los españoles en el castillo de Milán, produjo en todos los iniciados en aquel plan una excitación vehemente.

La grande alianza contra el Emperador no podía ser ya, desde aquel instante, sino sólo cuestión de tiempo; y si, á pesar de esto, no llegó á ser una realidad hasta el 22 de Mayo, la causa estuvo en la dificultad de las comunicaciones en aquella época, y en las mutuas desconfianzas de los confederados (4). Por mucho que todos los enemigos del Emperador desearan la guerra, ninguno quería, sin embargo, representar en ella el primero y principal papel. No sin razón continuaban los italianos llenos de suspicacias respecto de Francia; por lo cual deseaban asegurarse contra cualquiera irresolución de Francisco I, mediante que Inglaterra entrase en la Liga. Pero Enrique VIII exigía que la alianza se celebrara en Inglaterra, para lo cual hubieran tenido que perder un tiempo precioso; mas en todo caso se hacía preciso obrar con celeridad, pues precisamente entonces se hallaba el ejército imperial en una situación desesperada por falta de dinero y vituallas; y como Enrique VIII persistía en su exigencia, hubo de renunciar á que Inglaterra entrara en la confederación (5).

Quien más resueltamente procedió, fueron los venecianos, los cuales comenzaron muy pronto á poner en movimiento tropas, cuyo objetivo no podía ser dudoso (6). También el Papa perseveró esta vez firme en su alianza, aun cuando Castiglione le desaconsejaba repetida é instantemente, con elocuentes palabras, aquella

(1) La relación de Capino se halla en Fraikin 7 s.; la misma lleva una fecha diferente, 29 de Marzo de 1526, en el borrador original que se halla en el *Archivio Ricci de Roma* (Lett. del 1526 al 27).

(2) Sanuto XLI, 190 ss.; cf. Jacqueton 269.

(3) Relación de Capino de 8 de Abril de 1526, publicada por Fraikin, 8 s.

(4) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 500; Professione, Del trattato di Madrid, 12.

(5) Hellwig 14-15.

(6) Professione, Dal trattato di Madrid 11.

empresa, que podía traer consigo la ruina (1). «Aquellas personas prudentes (escribía Canossa á Giberti desde Venecia, ya á 19 de Febrero), que tratan de persuadir á Su Santidad que la alianza con Francia puede traer consigo la ruina de Italia y del Papa, y que no conviene sacrificar el interés propio para librar á otros; deberían antes decirnos, qué ruina mayor puede acaecer que aquella que nos veamos forzados á temer ahora» (2). «La inmediata soberanía del Emperador sobre Milán, juzgaba un diplomático sienés, equivale, para el Papa y para Venecia, á la pérdida de su independencia» (3).

De esta suerte las amonestaciones de Castiglione se perdían en el vacío, y por muy favorables que fueran sus relaciones y las de Salviati acerca de los designios del Emperador, los hechos que se desarrollaban en Italia hablaban otro diferente lenguaje. Todo el país clamaba por librarse del yugo opresor de los españoles, cuyo gobierno militar empujaba á los lombardos á la desesperación. «Exterminad esas bestias feroces, que no tienen de hombres sino el rostro y la voz», exhortaba Maquiavelo. ¡Miseria Italia!, lamentaba un poeta; ¿á dónde has venido á parar? ¡tu gloria, tu prez y tu fuerza están aniquiladas! (4) Guicciardini expresaba la opinión de todos los patriotas, señalando la guerra por la independencia como un santo y obligatorio cometido nacional (5). Clemente VII dió oídos á las aspiraciones generales tanto de mejor gana, cuanto se veía engañado por imperiales, los cuales seguían sin cumplir las principales determinaciones del tratado de Abril. Las tropas de Carlos V continuaban acampadas en el distrito de Parma y Plasencia, ejerciendo sobre los moradores gravísimas vejaciones; y si ya esto debía ofender profunda-

(1) Cf. la carta á Schönberg y especialmente la larga é ingenua carta al mismo Papa, fechada en Toledo, á 28 de Diciembre de 1525; las dos se hallan en Serassi, II, 11 s., 19 s.

(2) «Vorrei che quelli tanto savi che hanno persuaso a N. S., che l'unirsi con Franza fosse la rovina di S. S^{ma} et d'Italia e che non era da mettere in preda se per liberare altrui, mi dicessero quale rovina potea seguire maggiore di quella che ora si puo e si deve temere. Carta de Canossa á Giberti, fechada en Venecia á 19 de Febrero de 1526. *Biblioteca capitular de Verona*.

(3) Relación de Carolus Massainus de 26 de Marzo de 1526 (*Archivo público de Sena*), publicada por Professione, Dal trattato di Madrid, 5. Cf. también Salvioli XVI, 276 y Guicciardini XVII, 1.

(4) Cf. de Leva II, 329; Foscati-Palletti, Clemente VII, 9-10; Reumont III, 2, 172 s.; Salvioli XVI, 284.

(5) Opere inedite I, 393.

mente al Papa, no menos le molestaban las intrusiones del Emperador en los derechos pontificios sobre la provisión de cargos eclesiásticos, no solamente en Nápoles, sino también en España. Pero lo que dió el golpe decisivo, fué el conato de Carlos V, que no era posible desconocer, de levantarse con la inmediata soberanía sobre Milán, y con ella, sobre toda Italia (1). Entonces, como siempre, se enlazaba con la posesión de aquel hermoso país, la idea del principado de Europa. «Desde el momento en que el Emperador logre dominar en Italia (juzgaba un diplomático pontificio), será señor del mundo. *Vae miserae Italiae, et nobis viventibus!*» (2)

Por estas causas vino á ajustarse finalmente, á 22 de Mayo de 1526, entre Clemente VII, Francisco I, Venecia y Sforza, la llamada Liga Santa de Cognac. Por esta alianza, que era en gran parte obra de Giberti (3), se establecía: el ducado de Milán pertenece á Francisco Sforza, el cual pagará en adelante á Francia 50.000 ducados anuales; todos los Estados italianos recobrarán lo que poseían antes de la última guerra: Asti y la soberanía sobre Génova corresponden á Francia. Venecia y el Papa determinarán el contingente de la comitiva que acompañe al Emperador en su expedición á Roma; los hijos de Francisco I serán puestos en libertad mediante el pago de un rescate equitativo. Si el Emperador no admite estas condiciones, los aliados le declararán la guerra y le privarán de Nápoles, cuyo reino otorgará el Papa á un príncipe italiano, el cual pagará entonces al rey de Francia un censo de 75.000 ducados anuales. Se establecieron asimismo varias disposiciones especiales para el esperado caso de que Inglaterra entrara en la liga. Dos artículos adicionales secretos determinaban, que también Florencia gozaría de la protección de esta alianza; y Clemente VII, en caso de que Carlos V cediera y conservara el reino de Nápoles, debería recibir de dicho Estado un tributo anual de 40.000 ducados (4).

(1) Cf. Guicciardini XVI, 6; XVII, 1; Sanuto XLI, 286; Grethen 95 s. Las quejas del Papa por las usurpaciones imperiales sobre la jurisdicción eclesiástica en Nápoles, pueden verse en Gayangos III, 1, n. 184.

(2) R. Acciaiuoli, en Desjardins, II, 861.

(3) Cf. el testimonio de Giberti en Pighi, Giberti 23, y App. VIII.

(4) Dumont IV, 1, 451 s. Sanuto XLI, 348 ss., 383 ss., 392 ss., 400 ss., 440 ss., 451 s. Libri commem. VI, 183 s. Grethen 99 s. Hellwig 15 s. Cf. también las relaciones de Capino, publicadas por Fraikin 16 ss.

«Hemos vencido, anunciaba Capino á 24 de Mayo á Uberto di Gambara; anteayer se ajustó la alianza. Por amor de Dios guardad todo esto lo más secretamente posible» (1).

(1) Carta de Capino á Gambara, fechada en Cognac á 24 de Mayo de 1526 (*Archivio Ricci de Roma*), que se halla ahora impresa en Fraikin, 26 s. Aquí también se hallan las otras relaciones de Capino y R. Acciaiuoli, según las copias del Vaticano. La mejor redacción de ellas se halla en el *Archivio Ricci de Roma*, la cual tuve delante el año 1891, gracias al favor que me hizo mi muy apreciado amigo el marqués Giovanni Ricci, fallecido después acá. La misma ha quedado desconocida para Fraikin, pues este archivo ya no es accesible.

**Clemente VII y los italianos en lucha contra Carlos V.
La sorpresa de los Colonna.—Manifiesto imperial
contra el Papa.—El ejército imperial se dirige á
Roma.**

La gran coalición formada por la Liga de Cognac, era la reacción natural contra la manera desmedida con que se había aprovechado Carlos V de la victoria de Pavía. Los italianos, inflamados por el sentimiento nacional, creían llegado el, por mucho tiempo suspirado momento, de reconquistar la libertad é independencia de su patria. En esta guerra, opinaba Giberti, no se trata del sentimiento del honor ofendido, ni de la venganza, ni de la conservación de esta ó aquella ciudad, sino de la libertad de Italia ó de su eterna servidumbre; jamás se ha dado otra coyuntura más favorable que la presente, para recortar las alas al águila amenazadora (1).

Los consejeros del Papa habían incurrido en una funesta equivocación, pues, en primer lugar, las determinaciones establecidas en Cognac eran de tal condición que, aun en el caso del triunfo, conservarían los franceses en las cosas de Italia un influjo mucho mayor de lo que era compatible con una efectiva independencia de aquel país tan gravemente castigado, y todavía era más perjudicial la diversidad de los designios propios de los aliados. Los italianos esperaban, con el auxilio de Francia, sacudir el yugo de

(1) Lettere di principi II, 110, 113.

«Hemos vencido, anunciaba Capino á 24 de Mayo á Uberto di Gambara; anteayer se ajustó la alianza. Por amor de Dios guardad todo esto lo más secretamente posible» (1).

(1) Carta de Capino á Gambara, fechada en Cognac á 24 de Mayo de 1526 (*Archivio Ricci de Roma*), que se halla ahora impresa en Fraikin, 26 s. Aquí también se hallan las otras relaciones de Capino y R. Acciaiuoli, según las copias del Vaticano. La mejor redacción de ellas se halla en el *Archivio Ricci de Roma*, la cual tuve delante el año 1891, gracias al favor que me hizo mi muy apreciado amigo el marqués Giovanni Ricci, fallecido después acá. La misma ha quedado desconocida para Fraikin, pues este archivo ya no es accesible.

**Clemente VII y los italianos en lucha contra Carlos V.
La sorpresa de los Colonna.—Manifiesto imperial
contra el Papa.—El ejército imperial se dirige á
Roma.**

La gran coalición formada por la Liga de Cognac, era la reacción natural contra la manera desmedida con que se había aprovechado Carlos V de la victoria de Pavía. Los italianos, inflamados por el sentimiento nacional, creían llegado el, por mucho tiempo suspirado momento, de reconquistar la libertad é independencia de su patria. En esta guerra, opinaba Giberti, no se trata del sentimiento del honor ofendido, ni de la venganza, ni de la conservación de esta ó aquella ciudad, sino de la libertad de Italia ó de su eterna servidumbre; jamás se ha dado otra coyuntura más favorable que la presente, para recortar las alas al águila amenazadora (1).

Los consejeros del Papa habían incurrido en una funesta equivocación, pues, en primer lugar, las determinaciones establecidas en Cognac eran de tal condición que, aun en el caso del triunfo, conservarían los franceses en las cosas de Italia un influjo mucho mayor de lo que era compatible con una efectiva independencia de aquel país tan gravemente castigado, y todavía era más perjudicial la diversidad de los designios propios de los aliados. Los italianos esperaban, con el auxilio de Francia, sacudir el yugo de

(1) Lettere di principi II, 110, 113.

los españoles, al paso que Francisco I no quería en el fondo sino valerse de los italianos para destruir la Paz de Madrid (1). Finalmente, en consideración al apuro extremo en que se hallaba Francisco Sforza, sitiado por los españoles en el castillo de Milán, se había apresurado la terminación de la Liga (2), de manera que los armamentos distaban mucho de estar completos. En Roma se perdieron enteramente de vista estas cosas, y en cuanto se tuvo la certidumbre de haberse concluido la alianza se apoderó de todos una por extremo belicosa disposición (3).

Dióse, sin demora, la orden de concentrar las tropas pontificias en Plasencia, se hizo todo lo posible para acelerar la marcha de los venecianos y suizos hacia Lombardía, y se obraba de modo como si ya se hubiera declarado la guerra contra Carlos V. En la primera semana de Junio, Guido Rangoni, Vitello Vitelli y Juan de' Médici fueron tomados á sueldo por Florencia y el Papa; y Francisco Guicciardini, que se había distinguido ejerciendo el cargo de Presidente, en las más difíciles circunstancias, en la siempre intranquila Romaña, se dirigió al ejército con el empleo de Comisario General y facultades casi ilimitadas (4). En los círculos pontificios se trazaban los planes más vastos para arrojar de Italia á los imperiales; por de pronto era menester asegurar á Roma y los Estados de la Iglesia; en la Ciudad debían ponerse en buen estado las cárceles, prohibirse el uso de armas, vigilar á los españoles; nadie podría, sin especial permiso, viajar en todos los Estados de la Iglesia, ni tampoco en el distrito de Florencia; nadie alistar tropas para los enemigos. Para asegurarse contra los Colonna, se pensó en ocupar á Paliano, y cortar á los mismos las comunicaciones con Nápoles por medio de los Gaetani y los Conti. Que la guerra propiamente dicha debía comenzar, obligando las tropas pontificias y venecianas á los imperiales á levantar el sitio del castillo de Milán, se tenía por cosa evidente; después que esto

(1) Cf. Grethen 101; Brosch I, 91.

(2) Esto lo acentúa de un modo particular Guicciardini XVII, 1.

(3) Tutta Roma grida guerra, escribe Cesano á Giov. de' Médici el 2 de Junio de 1526. Arch. stor. Ital. N. S. IX, 2, 132. Cf. Villa, Italia 125 s., y Gyanagos III, 1, n. 440, 447.

(4) V. Guicciardini, Storia XVII, 2, y Op. ined. IV, 26 s. Cf. Baumgarten Karl V. II, 504 y Cipolla 901. Sobre Guicciardini como presidente de la Romaña y el estado anárquico de esta región, v. las relaciones que hay en el tomo VIII de sus Op. ined., como también á Brosch I, 77 s., y Gioda, Guicciardini, Bologna, 1880, 232.

se hubiera obtenido, se extenderían los aliados lo más posible en el Milanesado, para esperar allí la llegada de los franceses y de los suizos. Pero al mismo tiempo se había de atacar también á los imperiales en todos los demás puntos; en Génova, por medio de Andrés Doria; en Sena, mediante la ayuda de los desterrados; en Nápoles, con auxilio de los Orsini, y en Apulia, por una flota veneciana. Propúsose también, que se procurara el apoyo de Saboya y de los enemigos de Carlos en Alemania. Dióse, fuera de esto, á los venecianos, el cometido de impedir, cerrando los pasos, que el ejército imperial pudiese recibir refuerzos de Alemania (1). Por medio de estos esfuerzos combinados, se esperaba poder quebrantar la supremacía del Emperador, y restituir á Italia al estado en que se hallaban allí las cosas antes del año 1494.

Lo propio que Giberti, sentíase también el Papa, en general tan extraordinariamente tímido, lleno de belicosos sentimientos y seguridad de la victoria (2); ambos alimentaban los más funestos errores acerca de sus amigos y enemigos, computando el poder de los primeros demasiado alto, y rebajando excesivamente el de los segundos; ni uno ni otro tenían en cuenta que el estado de la hacienda pontificia permitía cualquiera otra cosa antes que una guerra; ambos creían, con excesiva facilidad, aquello mismo que anhelaban, comprometiéndose en una empresa cuya ejecución apenas hubiera podido intentar, cuando mucho, un Julio II (3).

Tan luego como Carlos V hubo conocido el peligro que le amenazaba, resolvió romper el círculo de sus adversarios; lo cual

(1) Cf. **Provisioni por la guerra che disegnò papa Clemente VII contra l'imperatore Carlo V, en Inf. polit. XII, 473-480 de la *Biblioteca real de Berlín* (cf. Ranke, *Deutsche Gesch.* II^o 357), en el Cod. CXXIII de la *Biblioteca nacional de Florencia*, y en el Cod. Ottob. 2514, f. 96-102 de la *Biblioteca Vaticana de Roma*. A. Doria llegó á Roma el 21 de Mayo de 1526; v. Arch. stor. Ital. N. S. IX, 2, 130. *N. Raince refiere en 12 de Junio de 1526, que el Papa mandó el 11 componer una bula, que prohibía á todos los vasallos de la Iglesia hacer coaliciones entre sí. Fonds franç. 2984, f. 6^o de la *Biblioteca nacional de París*. Sobre la confederación de Clemente VII con Baviera, v. Sugenheim 9-10.

(2) Cf. la carta de N. Raince de 9 de Junio de 1526, que se halla en la Rev. d. deux Mondes LXII (1866) 17, nota 1 y Sanuto XLI, 466, 483. Suena á increíble el dato de Machiavelli, de que Clemente VII esperó acabar la guerra en dos semanas. Al contrario, el Papa hizo anunciar al duque de Baviera, que los confederados esperaban dentro de un año alcanzar la victoria en Italia. Sugenheim 10, not. 14.

(3) Cf. los juicios de Guicciardini XVII, 3 y Vettori 363, 365, como también Grethen 105.

debía llevar á cabo Hugo de Moncada, quien se había señalado tanto en el servicio de España, por su habilidad y atrevimiento, como habíase hecho aborrecible por su crueldad. Esta elección pareció desdichada hasta á un hombre tan afecto á los imperiales como Castiglione; pues Moncada pertenecía al número de aquellos *exaltados*, que aconsejaban se sometiera toda Italia al despotismo militar de los españoles (1).

Moncada se dirigió en primer lugar á Francisco Sforza, para inducirle á apartarse de la Liga (2); y luego que esta misión hubo fracasado, acudió á Roma, á donde llegó el 16 de Junio. En realidad llegaba ya tarde con su «tonel lleno de ofrecimientos» (3), pues tres días antes había el Sacro Colegio aprobado la Liga de Cognac (4).

Carlos V dió á Moncada instrucciones, para que indujera al Papa, á buenas, á una avenencia, ó le forzara á aceptarla, aprovechándose del ofrecimiento del cardenal Colonna de promover sublevaciones en Roma, Sena y Florencia, y arrojar al Papa de su capital. «Si no se puede lograr, concluía la instrucción imperial fechada á 11 de Junio de 1526, atraer á Clemente, hablad en secreto con el cardenal Colonna para que, como por su propia cuenta, ponga por obra lo que han ofrecido sus negociadores, y prestadle en esto secretamente todo vuestro apoyo» (5).

Como era de prever, después de la resuelta declaración que Clemente VII había ya dado al duque de Sessa á 9 de Junio (6), las reflexiones y propuestas de Moncada y de Sessa resultaron totalmente infructuosas: el Papa, aconsejado por Giberti, insistía en que ya se hallaba obligado, y no podía, sin asentimiento de sus

(1) Serassi II, 37.

(2) Hellwig 32 s.

(3) Así se expresa el secretario de la embajada francesa, N. Raince; v. Grethen 110 y *Bullet. Ital.*, Bordeaux 1901, I, 225.

(4) V. Acta consist. en Fraikin LIV, not. 3 y la «relación de N. Raince á Francisco I; fechada en Roma á 17 de Junio de 1526, de la que ya se ha servido Grethen, 114 hasta 115. *Biblioteca nacional de París*, Fonds franç. 2984. f. 41. El primer rumor de la liga se esparció por Roma el 6 de Junio. Fr. Gonzaga refiere el 7 de Junio de 1526: «Per Roma si è sparso da heri in qua essere fatta la liga fra il papa, Venetiani et Francia et parlasi molto affermativamente. Tuttavia N. S. non la alferma. (Pero él ya supo el hecho el 5 de Junio; v. Grethen 115). *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Carta de Carlos V á Moncada, fechada en Granada á 11 de Junio de 1526. Lanz, *Korrespondenz* I, 216.

(6) Cf. la relación de N. Raince, publicada por Grethen, 108.

confederados, concertar una avenencia con el Emperador. Los orgullosos españoles no habían contado con esto como posible, y salieron del Vaticano dominados por el enojo que en ellos produjo, ver rudamente rechazados por el Papa sus amplios ofrecimientos; en aquella coyuntura tomó el Duque á la grupa de su caballo un bufón, que expresaba con sus muecas lo que el Duque sentía (1). Conforme á la instrucción imperial, comenzaron en seguida los representantes de Carlos V sus preparativos para promover una revolución en Roma.

Las circunstancias eran excepcionalmente favorables para esto; los romanos estaban en extremo exasperados por los muchos tributos que habían hecho necesarios los aprestos para la guerra (2); y cuando en la última semana de Junio se impuso á los carniceros una nueva contribución, negáronse ellos á pagarla, y (cosa muy característica) buscaron en los embajadores imperiales amparo contra el encarcelamiento con que se les amenazaba. El duque de Sessa forzó en realidad á la policía del Papa á retirarse sin poner por obra sus intentos; y entretanto toda la Ciudad se había puesto en conmoción y 200 españoles se congregaban en torno del palacio de Sessa. A consecuencia de esto, el Gobierno tuvo la debilidad de revocar la contribución; pero, con todo, hizo reclutar soldados para la defensa de Roma (3); y además, púsose

(1) Sobre la comisión de Moncada, cf. *Lettere di principi* II, 129^a s., 130^a s., 135 s., 136 s., 137, 138, 140; Brewer IV, I, n. 2262, 2273, 2274; Sanuto XLI, 664 ss.; la carta de Carpi, publicada por Molini I, 204 s.; las relaciones de Rancee publicadas por Grethen 108 s., y *Bullet. Ital.*, loc. cit.; la carta de G. du Bellay publicada por Baumgarten, Karl V, II, 710 s. Cf. también Mignet II, 234 s.; Bucholtz III, 31 s.; Hellvig 38 ss.; Burrilly 25. En favor de la opinión de Hellvig, de que el rompimiento de las negociaciones acaeció el 20 de Junio, habla el siguiente *despacho de Fr. Gonzaga... Questi dui di passati il s' don Ugo e il s' duca di Sessa sono statí al longo con S. S^{ma} la qual per partiti grandi che habbino proposto non ha voluto attendere a cosa alcuna, essendose risoluta de non puotere ne volere fare altro senza la participatione et buona satisfactione de li suoi confederati, et sempre che essi hanno havuto parlamento cum lei ha mandato per li oratori de essi confederati, et balli comunicato tutti li ragionamenti che li hanno fatto esso don Ugo et duca, come si conviene alla adherentia et unione che hanno insieme. Credo che d. Ugo partirà de qui in breve... Roma alli 21 di giugno MDXXVI. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Este episodio lo describe con mucha extensión *Cornelius de Fine en su diario. *Biblioteca nacional de París*.

el Papa en relaciones con los Orsini (1); pues, por aquellos días, no solamente había que temer á los romanos, sino también á la poderosa Casa de los Colonna, que favorecía al partido imperial. Aparentemente se habían éstos mantenido hasta entonces del todo tranquilos (2); pero el fuego ardía, sin embargo, debajo de las cenizas, y no se necesitaba más que un soplo de aire para hacer que se levantaran las llamas. El cardenal Colonna, antiguo enemigo del de Médici, no podía olvidar que, por causa de él, se le había escapado la tiara; y aun cuando aquel hombre ambicioso había obtenido el cargo de Vicecanciller, y recibido muchas pruebas del favor de Clemente VII (3), no se consideraba todavía suficientemente recompensado; antes bien tenía como preterido. Desde el otoño de 1525, se había hecho público el rompimiento entre él y el Papa; y el cardenal, lleno de enojo y meditando la venganza, se había retirado á los fuertes castillos de su familia, donde permanecía, á pesar de un monitorio del Papa. La política anti-imperial de Clemente VII le había encendido hasta el último extremo; por lo cual hizo repetidas veces, á los representantes de Carlos V, el ofrecimiento de desencadenar en Roma, Sena y Florencia una revolución contra el Pontífice (4). El Emperador había entrado en semejante proyecto (5), y sus embajadores Moncada y Sessa, viviendo bajo la protección del Derecho de gentes, se ocupaban en adoptar las últimas medidas para preparar la conjuración. Moncada se dirigió á Genazzano el 27 de Junio, y el duque de Sessa, que todavía en la fiesta de San Pedro y San Pablo había ofrecido la hacanea, pero sin el acostumbrado tributo, se marchó inmediatamente después á Nápoles, para reunir allí tropas y dinero: ambos viajaban con salvoconducto del Papa (6).

(1) Relación de N. Raince de 11 de Junio de 1526, publicada por Gretben, 121. Cf. Sanuto XLII, 26; Salvioli XVI, 288 y Cipolla 901.

(2) *Li Colonesi non fanno per anchora dimostrazione alcuna anchora che si dicha di molte sencie. Carta de G. de' Médici, fechada en Roma á 28 de Junio de 1526. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. *Regest. Vatic. 1238, f. 98 s.; 1240, f. 35 s.; 1242, f. 239 s.; 1269, f. 162; 1275, f. 138. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Sanuto XL, 93, 346, 366, 431; Gayangos III, 1, n. 221, 253, 333, 363, 364.

(5) V. arriba p. 252.

(6) Lett. d. princ. II, 150, 151^a s., 153. Sanuto XLII, 27. Villa, Italia 136. *Despacho de G. de' Médici de 2 de Julio de 1526, existente en el *Archivo público de Florencia*. Molini I, 205 s. Gayangos III, 1 n. 475, 476. *Carta de N. Raince de 5 de Julio de 1526, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*,

Mientras los imperiales conspiraban de esta suerte secretamente contra el Pontífice, se había ya éste pronunciado en público contra Carlos V; lo cual hizo por un breve de 23 de Junio de 1526 (1), en el cual exponía Clemente VII detenidamente las relaciones que habían mediado entre él y el Emperador, desde su elevación al trono pontificio. Y al paso que se esforzaba por justificar su propia política, sometía el proceder del Emperador a una crítica acerba, excediendo en muchas cosas los límites de lo justo. Desde el principio había sido objetivo de sus leales esfuerzos la paz universal de la Cristiandad, y especialmente, mantener relaciones amistosas con Carlos V; pero como, en lugar de la justa correspondencia, no había recibido de éste sino desatenciones, y el Emperador, ora aguijoneado por sus consejeros, ó movido por su propia inclinación y ambición, intentaba el menoscabo y opresión de Italia y de la Sede Apostólica; el Papa, después de haber titubeado ya demasiado tiempo y llegado ahora hasta el último extremo, se había resuelto, finalmente, á emprender una guerra defensiva. Para demostración de estas afirmaciones, aduce luego Clemente una serie de hechos: así como él, siendo cardenal, había permanecido fielmente adicto al Emperador, sin arredrarle ningún sacrificio por su causa, así también, después de su elevación á la Sede Pontificia, aun cuando el su-

Fonds franç. 2984, f. 10^a. Salvioli XVI, 289, cf. 291 sobre el tributo del duque de Ferrara denegado el día de S. Pedro y S. Pablo; dicho duque continuó negociando todavía con el Papa, pues no se podía prever el éxito. Así lo refiere G. de' Médici el 12 de Julio de 1526: «Egli è comparso ieraera nova inbassata del ducha di Ferrara e porta tali conditioni a N. S. che per quello ne ritragho sarà facile cosa che si accordi e unisca con S. S.^a» — y el 16 de Julio: «La pratica di Ferrara si tira avanti. *Archivio pubblico de Florencia.*

(1) El texto de este breve, que comienza: Non opus esse credimus, fué publicado primeramente por el mismo Carlos V, en los Libri apologetici duo 9-17, y después fué reimpresso por Le Plat II, 240-246. También se halla en Miscell. ex Ms. Colleg. Romani, Romae 1754, 475 ss., y en Sadoleti Epist. IV, Romae 1759, 161 ss. Muchos afirmaron, que la minuta primitiva era todavía más dura; v. Serassi II, 90. Balan, Mon. saec. XVI, 364-371 publica de nuevo el breve, copiándolo del Arm. 63, n. 88 del *Archivio segreto pontificio*, pero muy defectuosamente (v. Hist.-polit. Bl. XCV, 927 y Eheses, Concil. IV, xxiv Ann. 3). La redacción del breve, tal como la traen Raynald, 1526, n. 11 s., según Sabélico, y Lanz I, 222-223, según un manuscrito de la Biblioteca de Bruselas (el texto en este autor es diferente en algunos pormenores, la fecha presumida «Octubre de 1526» es falsa), no es auténtica. Es apócrifo el breve Quam multa et magna etc., fechado Romae, A.^o 1525, que está impreso en Fascicul. rer. expetend. II, London, 1690, 683.

premo cargo pastoral le obligaba á una rigurosa neutralidad, había, no obstante, apoyado en Italia, según sus fuerzas los intereses del Emperador, en cuanto se compadecía con su carácter de padre común de todos y con los intereses de la Iglesia. A ajustar el tratado con Francisco I, habíase visto necesitado por la violencia de su situación y el apremio de muchos; y además se le habían prometido, á cambio de entrar en aquella confederación, las mayores ventajas. Pero, luego que, por la victoria de Carlos, pareció terminada aquella contienda, había ajustado en seguida con él una alianza, prometiéndose de ello los mayores beneficios para Italia y para toda la Cristiandad; había pagado 100,000 ducados para el ejército imperial, bajo la condición de que le serían restituidos en caso de tropezar el tratado con cualesquiera dificultades. Mas, aun cuando no había sido completamente ratificado, dejando de esta suerte el Emperador al Papa en el atolladero, sin embargo, luego que tuvo noticia de los secretos manejos de Pescara, había enterado inmediatamente al Emperador y avisándole, demostrándole con esto la inalterable amistad que le profesaba. También cuando, con dolor suyo y de toda Italia, se vió Sforza sitiado en Milán, y el Papa apremiado de todas partes á proceder contra Carlos, la legación de Herrera había excitado en seguida el deseo de una amistosa inteligencia con el Emperador, y moviéndole á desechar todos los otros proyectos que se le presentaban. El Papa había aceptado, casi sin variación, los artículos del tratado traído por Herrera, y conjurado á Carlos V, en un escrito de su propio puño, á que rebatiera el reproche de ambición desmedida que contra él se dirigía, otorgando á Italia la tranquilidad, á Sforza, en caso de que hubiera faltado, el perdón, y al mismo Papa el debido homenaje.

Mas á la verdad, por todas éstas y otras innumerables muestras de favor, no había recibido el Papa de los imperiales sino sólo desatenciones: como tales aduce Clemente VII, las injurias y calumnias de los agentes imperiales en Italia, á los cuales había Carlos dado más fe que á él; la violencia hecha á sus partidarios en Sena, contra la que el Papa había implorado inútilmente la protección del Emperador; la falta de ejecución del tratado concluído con Lannoy, del cual no había confirmado el Emperador sino sólo los artículos que le eran favorables, rehusando, por el contrario, los que se habían acordado en interés del Papa; la negación de resti-

tuir los 100.000 ducados; el acuartelamiento, contra lo convenido, de tropas imperiales en los dominios pontificios, y las inhumanas vejaciones por ellos ejercidas; la desconsideración con que se le habían ocultado las condiciones de la negociación seguida con Francisco I; la injusticia usada contra Sforza, el cual había sido castigado sin precedente investigación; la violación de los derechos eclesiásticos de la Santa Sede; las negociaciones de Lannoy con Francisco I, ocultadas á los agentes pontificios; la permanencia de Moncada en Francia; la tentativa de quitar al Papa la ciudad de Parma, etc., etc. Todas estas cosas habían necesariamente llenado á Clemente VII de desconfianza respecto del Emperador, y moviéndole á ofrecer su amistad, por Carlos rechazada, á otros reyes de excelentes sentimientos. Cuando después, lenta y tardíamente, vino Moncada con nuevas proposiciones, su aceptación no había sido ya posible, ni le quedaba al Papa otra cosa que hacer sino tomar las armas, forzado por la necesidad; no para atacar al Emperador, sino para repeler la servidumbre que le amenazaba, y procurar el restablecimiento de la paz universal. Todavía de nuevo conjuraba, sin embargo, al Emperador, á que no le pusiera en esta dura necesidad, ni siguiera por más tiempo los impulsos de la ambición, sino restituyera á la Cristiandad la tranquilidad y la paz, para merecer por este medio la alabanza del mejor de los príncipes.

El mismo Papa conoció inmediatamente que, con este escrito, se había dejado llevar demasiado lejos; por lo cual, á 25 de Junio, propuso á los cardenales reunidos en consistorio, la minuta de otro breve más corto y de más blandos términos dirigido al Emperador, en el que le anunciaba que su Nuncio Baltasar Castiglione le expondría los motivos, por los cuales se había visto forzado á acudir á las armas para defender la libertad de Italia y los amenazados derechos de la Sede Apostólica (1). Los cardenales aprobaron aquel documento (2) y, en el consistorio de 4

(1) Le Plat, II, 246-247 y Balan, Mon. saec. XVI, 233-234. La duda de Hellwig, 42, nota 6, de si la fecha verdadera es la aquí indicada (25) ó la señalada por otras fuentes, podría resolverse por medio de las *Acta consist.*, aducidas por mí en la nota 2, de manera que el breve se escribiese el 24 y se expidiese el 25.

(2) *"Die lunae 25 Junii 1526: Card" de Cesis legit litteras apostolicas in forma brevis mittendas ad ser. Carolum Romanorum regem in imperatorem electum significantes iustificationes belli a S. D. N. suscepti contra exercitum*

de Julio, resolvieron que, el próximo domingo, 8 de Julio, debía publicarse formalmente la Liga. Después que el Papa hubo confirmado solemnemente la Liga el 5 de Julio (1), se celebró su publicación con tan grande solemnidad, que refiere Carpi no haber visto en Roma otra fiesta semejante (2).

Entretanto había comenzado ya la lucha en el Norte de Italia.

Al principio de la guerra, la situación de los imperiales había sido por extremo peligrosa; pues los generales del Emperador se hallaban en medio de una población en extremo exacerbada y casi reducida á la desesperación por el duro régimen de fuerza de los españoles; y por otra parte estaban casi totalmente faltos de recursos pecuniarios, y frente á un enemigo superior. Interesaba, por consiguiente, sobre todo á los aliados, aprovechar aquel instante favorable, arremetiendo aceleradamente para hacer levantar el sitio del castillo de Milán. Nadie conocía esto con mayor claridad que el Comisario general de las tropas pontificias Francisco Guicciardini. Su plan era, que el ejército avanzara rápida y simultáneamente contra Milán y atacara, sin demora á los imperiales, aun cuando no hubieran llegado los suizos y franceses; pues, si esperaban en la inacción, todo estaba perdido (3). Este era también el parecer de Giberti, el cual comen-

Hispanum in Lombardia degentem, et conclusum est, quod scribantur etiam litterae rev. dom. legato [Salviati] et nuntio [B. Castiglione] ibidem existentibus, ut possint S. M^a narrare huiusmodi iustificationes. *Acta consist. del vicecanciller. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*.

(1) *Carta de Giberti á Gambara, fechada en Roma á 8 de Julio de 1526 (Giovedì passato, che furono alli 5, N. S. in presentia de tutti li ambasciatori confermò la lega come il Christ^{mo} adimandava). Lett. di Segret. di stato 1526-1527, del *Archivo Ricci de Roma*.

(2) Die mercurii 4 Julii 1526: S. D. N. fecit verbum de foedere inito cum rege christianissimo... et fuit conclusum, quod hoc foedus publicetur die dominica in capella palatii et rev. dom. card^{mo} Traneensis [de Cupis] prior presbyterorum celebret et Laurentius Grana faciat sermonem et publicetur per tibicines in locis consuetis urbis et fiant luminaria consueta. Se acordó además tomar disposiciones enderezadas á lograr dinero para los preparativos de la guerra. Acta consist., loc. cit. Cf. Fraikin, LVIII, nota 6; Blasius de Martinellis, *Diarium, existente en el Cod. Barb. lat., 2799 de la *Biblioteca Vaticana*; Sanuto XLII, 33, 45, 103; Gayangos, III, I, n. 478; la carta de Carpi de 8 de Julio de 1526 y el *diario de Cornelius de Fine, los cuales dos documentos se hallan en la *Biblioteca nacional de París*. Sobre las disposiciones financieras, v. también el *despacho de G. de' Medici de 9 de Julio de 1526, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

(3) Guicciardini, Op. ined. IV, 65 s. Baumgarten, Karl V. II. 506.

zaba ya á inquietarse por la tardanza de las tropas auxiliares francesas (1).

De opinión totalmente distinta que los mencionados, era el Capitán general de los venecianos, el duque de Urbino Francisco María della Róvere; el cual hallaba el plan del General pontificio excesivamente osado, y no quería acometer cosa alguna sin los suizos. Por efecto de esta diferencia de pareceres, se perdieron los días, cuando cada hora era de inestimable precio. «Nuestra victoria estaba decidida, escribía Canossa á 21 de Junio; mientras que ahora, se ha hecho tan incierta, que yo, por mi parte, desespero» (2).

Mientras los aliados se acusaban mutuamente de negligencia (3), podían los imperiales sofocar en Milán una rebelión, y armarse para la defensa; pero su situación continuaba, sin embargo, siendo muy difícil, en especial por faltarles un jefe como Pescara, y no poder oponer más que de 10 á 11,000 hombres, al enemigo, que contaba con un ejército de 23,000 (4). El 24 de Junio perdieron los imperiales, por traición, la ciudad de Lodi (5); con lo cual quedó asegurado para los confederados el paso del Adda; y pudo finalmente realizarse, en los últimos días de Junio, la reunión de las tropas pontificias con las venecianas. Giberti se entregaba al júbilo, viendo ya, en espíritu, á su patria libre del yugo de los españoles (6). En realidad no quedaba ya obstáculo alguno á las tropas de la Liga, para llegar hasta los muros de Milán, donde el pueblo las aguardaba con ansiosa expectación, como libertadores de la inhumana dominación de los españoles, y el infeliz Sforza seguía manteniéndose aún en el castillo. Pero el duque de Urbino persistió todavía entonces, en que no podía

(1) Sobre las cartas de Giberti, v. Grethen, 115, nota 3. Las inquietudes de Giberti estaban muy justificadas, como se saca de las *relaciones del nuncio francés á Gambara. Cf. especialmente la carta de Acciaiuoli á Gambara, escrita desde Angulema, el 29 de Junio de 1515, la cual se halla en el *Archivo Ricci de Roma*. Cf. también Fraikin, 58.

(2) V. la *carta á Giberti de 21 de Junio de 1526, publicada por Pighi, App., xxxix.

(3) Cf. la *carta de Canossa á Giberti de 25 de Junio de 1526, existente en el *Archivo municipal de Verona*.

(4) Guicciardini, XVII, 2. Burigozzo en el Arch. stor. Ital., 1. Serie, III, 453 s. Giberti á Michele de Silva, Lett. d. princ., II, 117.

(5) V. Grumello, Cronaca ed. Müller, Milano, 1856, 406. Marcucci, 126.

(6) Guicciardini, XVII, 2. Lett. d. princ., II, 151 ss.

librarse ninguna batalla antes de la llegada de los suizos; por lo cual no adelantaba sino con suma lentitud. Su timidez dió tiempo al Condestable de Borbón para acudir en auxilio de los imperiales con dinero y 1500 españoles (1). A 7 de Julio aventuró finalmente el duque de Urbino un ataque, y como éste no obtuviera rápidamente resultado, dió, á pesar de todas las representaciones contrarias de Guicciardini, la orden para la retirada, que casi se pareció á una fuga. De esta suerte se pudo aplicar á aquel general, con sólo cambiar una palabra, la conocida frase de César: Llegó, vió y *huyó* (2). Luego que hubieron llegado 5,000 suizos, púsose el Duque de nuevo en movimiento, pero con extrema lentitud. A 22 de Julio ocupó una fuerte situación frente á Milán, y todavía á 24 de Julio deliberaba lo que se debería hacer, cuando llegó la noticia de que el castillo de Milán se había rindiendo por hambre á los españoles, cuando ya pensaban éstos en salir de la ciudad. El enigmático proceder del duque de Urbino excitó ya entonces la sospecha, de que pretendía vengarse de Clemente VII por lo que contra él había hecho León X (3).

Al propio tiempo se había producido una mudanza desfavorable en el teatro de la guerra de la Italia central; tratábase de la posesión de Sena, la cual por su situación entre Roma, Florencia y Lombardía era de importancia enteramente excepcional (4). El duque de Albany había allí ayudado al triunfo del partido favo-

(1) V. la *relación de Carlos Massaini, fechada en Milán á 18 de Julio de 1526, que se halla en el *Archivo público de Sena*. Cf. el escrito ya raro de Fossatti-Falletti, Clemente VII, 10-11.

(2) Guicciardini XVII, 2. Cf. las cartas de Guicciardini, publicadas por Bernardi, *L'assedio di Milano nel 1526 dappresso la corrispondenza inedita di Fr. Guicciardini* [existente en el *Archivo secreto pontificio*]: Arch. stor. Lomb. XXIII, 281 s.

(3) Guicciardini XVII, 3. Sanuto XLII, 308. Cipolla 903. Reumont III, 2, se declara contra la opinión, de que el duque de Urbino fué propiamente traidor, en lo cual ha insistido todavía recientemente Balan, Clemente VII, 64. «Era, opina el historiador de Roma, un hombre conocedor de la guerra, pero un pobre general, que evitaba toda resolución.» Como quiera que sea, Reumont sostiene, que «el duque no sintió ninguna ansia de arriesgarse á alguna cosa por Clemente VII», y rechaza (III, 2, 847) la rehabilitación del duque, que Ugolini II, 237 ss. y otros han intentado. Marcucci, 134 s., procura explicar la conducta del duque por motivos de táctica, pero en su apología se extrema demasiado.

(4) *La importancia de Sena se le pasó enteramente inadvertida á Canossa. Cf. su carta á Giberti, fechada en Venecia á 1 de Agosto de 1526, existente en la *Biblioteca municipal de Verona*.

rable al Papa, el cual había sido luego derribado y expulsado, después de la batalla de Pavía; el nuevo Gobierno gibelino estaba enteramente de parte del Emperador, quien reclamaba la ciudad como de su dominio (1). Por consejo de Salviati (2), intentó ahora Clemente VII volverse á apoderar de aquel punto importante: á principio de Julio se realizó, por cinco partes simultáneamente, el ataque contra el distrito de Sena: el conde de Pitigliano se dirigió allá desde la Maremma; Virginio Orsini por el Val d'Orcia; las tropas de Perugia y una parte de los florentinos por el Val d'Arbia; el resto de los florentinos por el Val dell'Elsa; y las fuerzas marítimas fueron atacadas por Andrea Doria, el cual logró en seguida apoderarse de Talamone y Porto Ercole. También en el ejército de tierra sucedieron al principio todas las cosas conforme al deseo; pero luego Hugo de Moncada acertó á diferir la acción contra Sena entablando negociaciones para la paz. Entretanto se habían suscitado desavenencias entre los jefes del ejército papal, de los cuales, cada uno perseguía un fin diferente; pero la causa decisiva del fracaso fué la imprevisión de los comandantes, los cuales no habían asegurado suficientemente su campamento delante de Sena; por lo que, á 25 de Julio pudieron los sieneses hacer una salida, apoderándose de 13 cañones y dispersando á los sitiadores (3).

La noticia de haber fracasado la empresa contra Sena, llegó á Roma al mismo tiempo que la de haberse entregado el castillo de Milán. La consternación era no pequeña, y Clemente VII se sentía tanto más dolorosamente impresionado por estos malos éxitos de la guerra, cuanto mayor había sido al principio su seguridad: quejábase amargamente del duque de Urbino, de los venecianos y de Francisco I, diciendo que aquellos por quienes se había expuesto al peligro, le dejaban en el atoladero. Por parte de los imperiales se esperaba ya poder separar al Papa de la Liga (4).

(1) Grethen 118.

(2) V. Tommasi, Storia di Siena, que se halla en la *Biblioteca de la ciudad de Sena*, A. IV, 3-4, f. 203. Cf. Fossatti-Falletti, Clemente VII, 11, 16.

(3) Además del *Bellum Julianum* editado por Polidori en el Arch. stor. Ital., 1 serie, VIII, App. 257-342, cf. Guicciardini XVII, 3 y 4; Alfani en el Arch. stor. Ital. 1. Serie XVI, 2, 307; Vettori 365 s. y especialmente el trabajo de Fossatti-Falletti, Clemente VII, 11-18, que es de importancia por los muchos documentos inéditos que en él se aducen.

(4) V. Gayangos III, 1, n. 504; cf. 524.

Las quejas del Papa no eran sino demasiado justas: los auxilios prometidos por Francia no habían llegado todavía por aquel tiempo; había ya pasado una parte de la estación del año favorable para las operaciones militares, y los italianos continuaban aguardando todavía inútilmente el apoyo de sus aliados franceses, lo cual producía en todas partes la más honda impresión, en términos que, hasta para los partidarios de los franceses tan ciegos como Canossa, comenzó á despuntar la idea de que su patria había sido traicionada por Francisco I; parecía que la tierra ardía en Venecia bajo sus pies, de suerte que ya á mediados de Julio pedía con instancia su reemplazo (1). Clemente VII creyó deber hacer todavía una última tentativa; á 19 de Julio envió á Sanga, hombre de la confianza de Giberti, al monarca francés, para dirigirle serias reflexiones recordándole sus compromisos, y moverle, si posible fuera, á contribuir con mayores subsidios pecuniarios, y principalmente á acometer una expedición contra Nápoles (2).

Todo fué inútil: el liviano Francisco I parecía haber perdido todos sus ardores bélicos, y derrochaba su tiempo y sus recursos en la caza, el juego y los amorosos devaneos (3); y á todo esto se agregaba la actitud fríamente expectativa de Inglaterra (4). Los italianos y el Papa se hallaban aislados.

(1) Además de las cartas de Canossa de 22 y 23 de Julio, publicadas anónimas en las *Lettere di principi II*, 157-158, y en las *Lettere di XIII uomini 20 s.*, con su nombre, v. ante todo, su *carta de 14 de Julio de 1526. En 19 de Agosto escribía Canossa á F. Robertet, que la desconfianza de los italianos respecto de Francisco I se volvía también contra él; pedía le quitasen de su cargo, y quería en cualquier caso, aunque fuese cayendo en desgracia del rey, volver á su diócesis. También esta *carta se halla en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(2) Por este medio, los Colonna habían de ser apartados de Roma; v. *Sanuto XLII*, 149, 178, 179, 201-202. Sobre el envío de Sanga v. el *breve de 19 de Julio de 1526, que se halla en el *Archivo nacional de París*. La comisión de Sanga fué enteramente infructuosa. Además de las relaciones publicadas por Fraikin *LXII*, 127 s., 134 s., 137, cf. la *relación cifrada de Landriano, fechada en Roma á 18 de Octubre de 1526, existente en el *Archivo público de Múln*.

(3) V. la circunstanciada é importante relación de Sanga, escrita desde Amboise, á 3 de Agosto de 1526, que se halla en *Lettere di principi II*, 160 s. Cf. las relaciones de Acciaiuoli, publicadas por Fraikin 81 s., 90, 100, 105, 113, 124 s., 129, 137 s. Esta edición de Fraikin tiene por fundamento las copias del *Archivio segreto pontificio*, mejores que las cuales son las que se hallan en el *Archivio Ricci de Roma*, de que yo me serví en 1891, y que no han sido citadas por Fraikin.

(4) V. las cartas de Gambara, publicadas por Creighton V, 330 ss.

Entretanto había el duque de Urbino comenzado el cerco de Cremona; pero lo llevaba adelante con su acostumbrada timidez y lentitud. El 3 de Septiembre llegó finalmente el marqués de Saluzzo, bien que acompañado de solos 4,500 hombres de tropas francesas. Guicciardini excitaba entonces con instancia á abandonar el sitio de Cremona para dirigirse á la conquista de Génova, que Giberti continuaba señalando como lo más importante: frente aquella ciudad se habían reunido los buques pontificios, venecianos y franceses y comenzado el bloqueo; pero no se podía pensar en su conquista sin la cooperación del ejército de tierra (1). El apuro de Génova había llegado ya al grado más alto y, con sólo haberse presentado el ejército del duque de Urbino, se hubiera obligado ciertamente á rendirse aquella fuerte plaza; mas á la verdad, el Duque no parecía sino buscar pretextos para evitar toda acción eficaz. Aun cuando Cremona capituló finalmente, á 23 de Septiembre, produjo esto muy poca utilidad á la Liga (2).

Ya por entoces la certidumbre de la victoria se había trocado en Roma en un sentimiento diametralmente contrario, y el mismo Giberti estaba á punto de desesperar (3). La guerra continuaba lentamente, mientras los apuros pecuniarios de los confederados, principalmente del Papa, llegaban á un extremo intolerable. Acerca de la actitud de Clemente VII, escribe el secretario de la embajada francesa, Raince, á 1.º de Agosto: «Ayer estuve con Su Santidad, y no creo haber visto en mi vida á un hombre en más alto grado perturbado, aburrido y acongojado que él. Se halla medio enfermo á causa de su descontento, y me dijo claramente, que jamás hubicra imaginado se hubiese procedido con él de esta manera. — No podéis creer, Monseigneur, qué cosas dicen aquí contra nosotros, aun las personas de más alta posición en la Curia, por las dilaciones y manera de proceder observada hasta ahora; las frases son tan tremendas, que no me atrevo á confiarlas al papel. Los ministros de Su Santidad están más muer-

(1) Cf. la carta de Doria, publicada por Balan, *Mon. anec.* XVI, 375.

(2) Guicciardini XVII, 4. Sismondi XV, 247 s. Cipolla 904 s. Canossa esperaba que la próxima capitulación de Cremona compensaría la desdicha del asalto de los Coionna. * Carta á F. Robertet, fechada en Venecia á 24 de Septiembre de 1526, existente en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Cf. su carta á Canossa de 1 de Agosto de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

tos que vivos; y podéis pensar que los enemigos sacarán provecho de esta situación» (1).

Moncada, que continuaba viviendo cerca de los Colonna, juzgó ahora llegado el momento de poner en ejecución el consejo del Emperador, y tomar venganza del Papa; y la manera como puso en este punto manos á la obra, descubre en él al político formado en la escuela de los Borja. Su plan era mecér al Papa en la seguridad, por medio de una avenencia con los Colonna, y moverle á desarmar sus tropas; y en cuanto se hallara indefenso, caer luego sobre él (2).

El éxito de la empresa sobrepujo todas las esperanzas.

En primer lugar, era menester averiguar con exactitud la situación y sentimientos del Papa, y engañarle acerca de los verdaderos designios de los Colonna. La permanencia de Moncada en los castillos de esta familia, era en todo caso á propósito para excitar contra él graves sospechas; por lo cual, durante el mes de julio se mantuvieron los Colonna, en la apariencia, enteramente tranquilos (3). Con el fin de averiguar el estado de cosas en Roma, el duque de Sessa, que estaba enfermo en Marino, pidió licencia al Papa para dirigirse á Roma, con pretexto de hacerse curar allí por los médicos; y Clemente VII, que se hallaba él mismo enfermo á la sazón (4), le concedió el permiso solicitado. En la Ciudad Eterna, donde reinaba la peste, la enfermedad de Sessa hizo muy pronto mortal; pero todavía le dió tiempo para mostrar su gratitud por el favor recibido, poniendo á los Colonna y á Moncada en conocimiento de los apuros en que se hallaba el

(1) Grethen, 119, trae la traducción alemana de esta interesante carta, confirmada por Sanuto XLII, 437 y Villa, Asalto 20. Seáme permitido citar aquí el texto original de los pasajes principales: «Et ne pense pas avoir jamais veu homme plus troublé, plus fâché ne plus ennuyé que luy et tant mal content qu'il en estoit á demy malade et me dict franchement qu'il n'eust jamais pensé qu'on l'eust traité de ceste sorte... et sont les dits bons ministres de Sa S^m en tel déplaisir qu'ils sont plus morts que vifs. Fonds franç. 2984, f. 25 *Biblioteca nacional de París*.

(2) Moncada da á conocer al emperador este su intento con la mayor franqueza, el 14 de Septiembre de 1526. Gayangos III, 1, n. 545. Cf. Villa Asalto 24 s.

(3) «Li Colonesi si stanno senza fare demonstratione e qui si sta pacífico. G. de' Médici, Roma, 12 de Julio de 1526. *Archivo público de Florencia*.

(4) Clemente VII padecía de tos y una indisposicione di schiena. «Relación de F. Gonzaga de 5 de Agosto de 1526. El mismo anuncia una mejoría en 14 de Agosto. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Papa, principalmente bajo el aspecto económico (1). Los Colonna se habían dedicado con ardor á aumentar sus tropas (2), bien que continuaban manteniéndose, aparentemente, del todo tranquilos; de suerte que el embajador florentino escribía á 12 de Agosto: «En lo que se refiere á Nápoles y á los Colonna, no se abriga aquí ninguna solicitud; antes bien ellos mismos temen extraordinariamente por sí, á causa de los bajeles venecianos que se esperan en Civitavecchia» (3). El duque de Sessa falleció á 18 de Agosto (4) y poco tiempo antes se había presentado al Papa un nuevo embajador de Francisco I, el historiador Guillermo du Bellay, señor de Langey, de quien pronto se supo que no traía sino generales seguridades sobre la buena voluntad de su soberano. El embajador florentino que anuncia esto, añade: «Aquí todo está tranquilo y no se alimenta ninguna sospecha» (5). En lugar de traer los esperados auxilios venía el negociador francés con nuevas exigencias de su monarca, solicitando para Francisco I el diezmo de las rentas eclesiásticas de Francia, y la dignidad cardenalicia para su canchiller Du Prat. Esto no pudo menos de disgustar hondamente al Papa (6).

Entonces juzgó Moncada llegado el momento favorable para entablar negociaciones con Clemente VII, mientras al mismo tiempo tomaban de repente los Colonna una actitud amenazadora y ocupaban á Anagni. Moncada ofreció «al Papa *carta*

(1) Vettori, 367. Cf. la «relación de G. de' Medici, fechada en Roma á 5 de Agosto, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(2) «Il sig. duca di Sessa, don Ugo et questi Colonesi sono pur a Grottaferata et... ogni di augmentano la gente che vene dal regno. F. Gonzaga, Roma, 2 de Agosto de 1526. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) «Delle gente de Colonesi e del regno si sta senza paura e loro sono in grandissimi suspecti per la venuta delle galere. G. de' Medici, Roma, 12 de Agosto de 1526. *Archivo público de Florencia*.

(4) «F. Gonzaga notifica el 14 de Agosto de 1526, que Sessa está muy gravemente enfermo (*Archivo Gonzaga*), y el 21 anuncia su muerte. Datos más precisos trae «G. de' Medici, escribiendo, el 17 de Agosto de 1526, que el duque tiene la terzana, y el 18 de Agosto: Il ducha di Sessa hoggi s'è morto. *Archivo público de Florencia*.

(5) «L' huomo del re christianissimo, che era a Venetia, è venuto qui. Jeri fu da N. S. insieme col s. Alberto [Carpi]. Confirma il medesimo ditto per altre a V. S. del buono animo et volontà del re verso le cose de Italia. Così conferma Ruberto per sue lettere et che presto se ne vederà la experientia... Qui la terra si sta quieta et senza suspecto. Carta de G. de' Medici, fechada en Roma á 17 de Agosto de 1526. *Archivo público de Florencia*.

(6) Cf. Grethen, 122, y especialmente Bourrilly, 26 s.

blanca para ordenar las cosas de Italia; pero se retiró luego de las negociaciones, dejando á solos los Colonna el cometido de atraer al lazo á Clemente VII, por cuanto el arreglo de sus negocios no debía oponerse formalmente á las obligaciones del Papa respecto de la Liga» (1). Vespasiano Colonna, hijo de Próspero, á quien Clemente VII había concedido desde hacía mucho tiempo su particular confianza, representó el papel de negociador (2). El Papa, oprimido por la más extrema falta de dinero, dió oídos á las propuestas de avenencia que le hacía Vespasiano en nombre de todo su linaje; y á pesar de que Giberti lo disuadía, á 20 de Agosto de 1526 se firmó, con aquiescencia de Moncada (3), un tratado con los Colonna: éstos se obligaban á evacuar Anagni y retirar sus tropas al reino de Nápoles; el Papa perdonaba todas las injurias que se le habían inferido, levantaba el monitorio contra el cardenal Colonna, y confirmaba las posesiones de todos los Colonna en su estado actual (4). El secretario de la embajada española, Pérez, anunciaba triunfalmente desde Roma, á 26 de Agosto, que el Papa se imaginaba enteramente seguro desde su concierto con los Colonna; su falta de dinero era grande y el descontento aumentaba en Roma (5).

Confianza en la mencionada concordia, Clemente, á quien importaba sobre todas cosas reducir sus gastos, limitó la guarnición de Roma, á pesar de disuadirse en muchas maneras los

(1) Grethen, 122. La relación aquí citada de N. Raince de 20 de Agosto, se halla ahora impresa en el *Bullet. Ital.* I, 226 a.

(2) Un *breve de 13 de Julio de 1526 llamó á Vespasiano Colonna á Roma. *Arm.* 39, vol. 46, n. 209 del *Archivo secreto pontificio*.

(3) *Io don Hugo de Muncada fo fede per la presente sottoscripta de mia propria mano come lo accordo tractato et concluso da questi s^{ti} Colonnese con la S^{ma} di N. S. a li XX d' Agosto è stato con mia saputa et volontà parendomi ben facto per alcune cause concernente el servitio de la Ces. M^a (Dat.) Marenzi XX Ag. 1526 (de su propia mano) D. Ugo de Moncada. *Archivo Colonna de Roma*, II, A. 18, n. 10.

(4) Sanuto XLII, 481 s. Guicciardini, XVII, 5. Jovius, *Pomp. Columna*, 156. Grethen, 123. Los *brevés de absolución para los Colonna (a poena rebellionis et crimine laesae majest. propter non observatam prohibitionem congregandi milites et occupat. civit. Anagninae), fechados el 24 de Agosto de 1526, se hallan en *Arm.* 39, vol. 46, n. 252-253 del *Archivo secreto pontificio*. *Die veneris ultimi Augusti 1526: S. D. N. fecit verbum de induciis factis cum dom. de Columna et mandavit ut de cetero non portentur arma per urbem. *Acta consist. del vicencanciller, existentes en el *Archivo consistorial*.

(5) Gayangos, III, I, n. 521; cf. n. 504, 519, 521, 526, 536.

que le rodeaban (1), al número de 500 hombres (2), y volvió á entablar las negociaciones con el enviado de Francisco I. Refiriéndose á las desconsoladoras relaciones de Sanga, quejábase amargamente con dicho diplomático, de la lentitud en dársele los auxilios prometidos por Francia; y para estimular el ardor bélico de Francisco I, llegó á proponerle que se apoderara del Milanesado; con lo cual abandonaba en todo caso el pensamiento de la libertad de Italia (3).

Entretanto llegó la triste nueva de haber los turcos destruído en Mohacs el ejército de los húngaros. Clemente VII se conmovió profundamente, y en un consistorio de 19 de Septiembre de 1526, habló de ir personalmente á tratar de la paz en Barcelona; pero, sin embargo, continuaba con la idea de quebrantar primero la prepotencia del Emperador, el cual precisamente por entonces se dedicaba con empeño á armar su flota (4), y, según se decía en Roma, amenazaba con dirigirse personalmente á Italia y retirar la obediencia (5).

Aun no había Clemente VII vuelto en sí de su espanto por la victoria de los turcos, cuando recibió la aterradora noticia de que los Colonna se habían presentado en Anagni con un ejército de más de 5,000 hombres, y la clara intención de marchar contra Roma (6). El Papa, que hasta entonces no había querido abso-

(1) Cf. la **Vita di Clemente VII*, existente en Arm. XI, vol. 116, f. 5^a, del *Archivio segreto pontificio*.

(2) Según el **diario de Cornelius de Fine*, Clemente sólo retuvo en su servicio 200 soldados, demás de las guardias acostumbradas. *Biblioteca nacional de París*. En vista de la economía mal dirigida de Clemente VII (cf. Jovius, Columna 156), este dato es verosímilmente verdadero. Cf. también el despacho de Casella, en Salvioli, XVII, 1. He aquí cómo juzga Acciaiuoli el convenio con los Colonna, en una **carta á Gambara*, fechada en Blois á 17 de Septiembre de 1526: **Tale accordo non par molto onorevole per S. S^a, nondimeno viene a posare le spese per la guardia di Roma che non erano poche et assicurarasi delle insulte loro. Archivio Ricci de Roma*.

(3) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 513 s., 709 s., y Bourrilly, 27 s. V. además el **despacho de G. de' Medici* de 25 de Agosto de 1526, existente en el *Archivio público de Florencia*.

(4) Cf. los **despachos de G. de' Medici* de 6 y 16 de Septiembre de 1526, existentes en el *Archivio público de Florencia*.

(5) Cf. el **despacho de G. de' Medici* de 25 de Agosto de 1526, que se halla en el *Archivio público de Florencia*. V. también Villa, Asalto, 20 s., y Baumgarten, II, 514. Sobre el consistorio de 19 de Septiembre de 1526, v. en el apéndice el n.º 102.

(6) Sanuto XLII, 681, 700, 724, 727. Sobre el asalto de los Colonna, preludio del saco de 1527, cf. además: la **carta de Giberti á Sanga y Gambara* de 20 de

lutamente creer en la deslealtad de Vespasiano Colonna (1). mandó ocupar las puertas de la Ciudad, y que á la mañana siguiente se alistaran tropas; pero era ya demasiado tarde. Los enemigos, guiados por Vespasiano y Ascanio Colonna, junto con el cardenal Pompeyo, habían caminado con tan furiosa rapidez (en 24 horas parecen haber recorrido 60 millas) (2), que luego en la madrugada del 20 de Septiembre se presentaron ante la ciudad indefensa; apoderáronse por astucia de la Puerta de San Juan y de otras dos, y sin hallar resistencia penetraron hasta la iglesia de los Santos Apóstoles. Su punto de reunión era el palacio de los Colonna, donde descansaron tres horas y se repararon comiendo y bebiendo.

A la nueva de la sorpresa, el Papa, sobrecogido de espanto mortal, envió dos cardenales á los Colonna, y otros dos al Capitolio para excitar á los romanos á la defensa; pero estos emisarios nada consiguieron. El pueblo, exasperado por los nuevos impuestos, atribuyendo á Clemente todas las durezas y desórdenes de la administración, y enojado también contra él por su exagerada economía, se mostraba tanto menos propenso á tomar las armas, cuanto que los Colonna hicieron que los suyos clamaran: que nadie sufriría daño alguno, antes bien venían ellos solamente para librar á Roma de la tiranía del Papa; y eran tales los sentimientos

Septiembre de 1526 (Bibl. Pin., 123, 9 s. *Archivo secreto pontificio*); las *relaciones de V. Albergati de 21, 22 y 25 de Septiembre de 1526 (*Archivo público de Bolonia*), las *cartas de F. Gonzaga de 21 y 23 de Septiembre de 1526 (*Archivo Gonzaga de Mantua*; v. apéndice núms. 103 y 104); la relación de Casella, publicada por Salvioli, XVII, 2; la carta de Landriano, fechada en Roma á 21 de Septiembre de 1526 (*Archivo público de Milán*; un pasaje de ella ha sido publicado por de Leva, II, 376 s.; la relación que se halla en Buder, *Sammlung ungedruckter Schriften*, 561 s.; la carta de Negri (v. abajo p. 271); la narración de du Bellay dada á luz por Baumgarten, II, 713 s.; las cartas que se hallan en Villa, Asalto, 27 s., 30 s. y Gayangos, III, 1, n. 571, 573; la *carta de Francisco Bandini á su hermano Marcos, fechada en Roma á 24 de Septiembre de 1526, publicada por Tizio, Cod. G., II, 40, f. 251 de la *Biblioteca Chigi de Roma*; Migliore Cresci, *Storia d'Italia* (Cod. Asburnh., 633, de la *Biblioteca Laurenciana de Florencia*); dos cartas de Acciaiuoli á Gambara de 1 y 5 de Octubre de 1526, existentes en el *Archivo Ricci de Roma*; Alberini, 330 s.; Attilius en Baluze, *Miscell.* IV, 517; Blasius de Caesena en Creighton, V, 327; Lancellotti, III, 112 s., 115, 122; Guicciardini, XVIII, 5; Jovius, *Columna*, 157 s.; Vettori, 368 s.; Sepulveda, I, VI, c. 40. También hay una porción de rasgos interesantes en el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(1) Jovius, *Columna* 156.

(2) Vettori 368.

de la gente, que este clamor de libertad halló gran resonancia y los Colonna eran saludados con alegría (1). Así sucedió que los romanos asistieron tranquilamente, como á un espectáculo, á la entrada del ejército. No menos inactivos permanecieron cuando, hacia el medio día, pusieron de nuevo en movimiento aquellas feroces tropas, y á los gritos de «Imperio, Colonna, Libertad» penetraron más adelante en la Ciudad Eterna (2). Apoderáronse del puente Sixto, corrieron á lo largo de la Lungara, asaltaron la puerta de Sancto Spirito, valientemente defendida por Estéfano Colonna, que estaba al servicio del Papa, y se corrieron por el distrito del Vaticano entregándose al saqueo.

El Papa, que en el primer momento había abrigado el designio de esperar á los enemigos en su mismo trono como Bonifacio VIII, al medio día se había dejado convencer por las reflexiones de los que le rodeaban, para huir, por el camino cubierto, al castillo de Sant-Angelo. Los pocos suizos que habían quedado custodiando el Vaticano, no aventuraron una resistencia formal, y pronto se vió á las desenfrenadas tropas saqueando y asolando el Vaticano, la iglesia de San Pedro y una gran parte del Borgo. No hubo escándalo ni sacrilegio ante los cuales se arredraran: las reliquias, las cruces, los vasos sagrados y los ornamentos, fueron robados, y el mismo altar de San Pedro fué profanado y despojado de sus preciosidades. Vióse á un soldado, adornarse con los blancos ornamentos y el capelo del Papa, y dar mofándose, á los demás, la bendición solemne (3). «Semejante escándalo, se dice en el diario de un alemán que moraba entonces en Roma, no se ha oído desde hace siglos, y debe ser objeto de horror para todos los cris-

(1) *S. Pontifex nullum presidium habuit a Romanis; fecit edictum, ut suerent arma, et renuerunt samere arma, quia Colonenses venerant ad eos magnis persuasionibus, quod venissent ad urbis liberationem, quia multum angariabantur a s. pontifice quotidianis insuetis exactionibus, et ideo Romani potius gavisii sunt quam contristati in tali praedatione et vilipendio s. pontificis. *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de Paris*.

(2) F. Gonzaga en su *despacho de 20 de Septiembre de 1526, hace notar lo siguiente: *In Roma non è stato fatto pur un minimo disordine [en Gregorovius VIII^o, 468] alcuno, et questi Signori dicono non volere che si faccia dispiacere a persone della città, e gridasi Imperio, Colonna e libertà. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) *Et chi se montato in una mula addosso con le veste di raso bianco del papa et la sua berettina rossa foderata di armellini et va dicendo la benedizione gridando a Fiorenza, a Fiorenza. Bandini en la *carta arriba citada de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

tianos» (1). Un veneciano traía á la memoria las profecías, según las cuales el altar de San Pedro sería profanado, y compara el furor de los soldados coloneses con el de los turcos (2).

El más rico botín se recogió en el Vaticano, donde cayeron en manos de los salteadores hasta los tapices de Rafael y la tiara del Papa. Extensamente y con gran viveza refiere Jerónimo Negri, secretario del cardenal Cornaro, la desolación que cayó sobre el Vaticano y sus alrededores, en la tarde de aquel terrible día 20 de Septiembre de 1526: «El palacio pontificio, se dice en la relación de aquel testigo ocular, fué casi completamente saqueado, sin exceptuar el dormitorio y el guardarropa del Papa. La sacristía grande y la pequeña de San Pedro, la del palacio, los aposentos de los prelados y cortesanos, las caballerizas, fueron evacuadas y rotas sus puertas y ventanas; los cálices, cruces, báculos, preciosos ornamentos: todo cuanto cayó en las manos de aquella turba, fué arrebatado; é hicieron prisioneras á las personas distinguidas. La habitación de Monsignor Sadoletto y su caballeriza fueron saqueadas, y él mismo tuvo que escapar al castillo de Sant-Angelo. Parecida suerte corrieron casi todas las habitaciones del Corridor, á excepción de la de Campeggio, que defendieron algunos españoles. Ridolfi lo perdió todo; Giberti había puesto en seguridad una parte de sus objetos de valor; pero perdió, sin embargo, mucho; entre otras cosas le rompieron la bellísima porcelana que valía 600 ducados. Messer Paolo Giovio puede, en su historia, á semejanza de Tucídides, conmemorar su propia suerte; bien que él, sospechando el daño, había algunos días antes escondido sus mejores cosas en la Ciudad. A los que pertenecían al partido imperial, como Vilanesio Albergati, y Francisco Chierigati, no aprovechó su actitud; y también sus haciendas se hicieron imperiales. Berni fué completamente despojado, y anduvieron también buscando su correspondencia con Giberti, la cual llevaba

(1) * Res a saeculo inaudita, stupenda, inopinata, numquam ab aliquo praemeditata res et non considerata in dedecus s. pontificis et sedis apostolicae et totius religionis christianae..... Et illi nebulones non veriti sunt induere indumenta s. pontificis in derisum illius. Illi qui conducebant tormenta curulia erant induti purpureis vestibus s. pontificis, alii dabant benedictionem habentes pileum s. pontificis in capite in contemptum eiusdem, res a saeculo non audita, nefanda et omnibus christianis verecunda. * Diario de Cornelius de Fine que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(2) Cf. las relaciones publicadas por Sanuto XLII, 690, 697, 700-702, 723 s., 725, 727. s.

en lugar de Sanga; pero desistieron de ello por haber oído ruido. Las cajas de todas las oficinas eclesiásticas, del Piombo, de la Secretaría, etc., quedaron vacías; en una palabra: pocas fueron las cosas que quedaron intactas. La biblioteca se salvó mediante una buena propina. Mientras en el Borgo Vecchio eran todas las casas saqueadas, y los habitantes maltratados y llevados como cautivos, no se aventuraron los salteadores en el Borgo Nuovo, porque la artillería gruesa del castillo lo barría, y derribaba cuanto se dejaba ver allí ó á lo largo del muro del pasadizo que conduce al castillo de Sant-Angelo; «finalmente, concluye Negri su relación: sea que los enemigos estaban fatigados ó hartos, ó que temieran que los romanos se levantasen para defender al Papa, retiráronse hacia las siete de la tarde, en tal desorden, que el más reducido cuerpo de tropa hubiera bastado para derrotarles y arrebatarles el botín. Hasta el Ponte Sixto siguieron algunos en pos de ellos; luego se retiraron á las casas de los Colonna». El daño total se calculó haber ascendido á 300,000 ducados (1).

El Papa había, por un instante, pensado en la defensa (2); pero como el castillo de Sant-Ángelo, por efecto de la negligencia del alcaide Guido de' Medici, y del avariento tesorero general, cardenal Armellini (3), no estaba suficientemente provisto ni de vituallas ni de soldados, tuvo que hacer aquella misma tarde, por medio del embajador portugués, que se entablaron negociaciones con Moncada. Éste, con gran disgusto de los Colonna, que pensaban sitiar el castillo de Sant-Ángelo, fué personalmente á verse con el Papa, al cual entregó el báculo de plata y la tiara que le habían robado, asegurándole que Carlos V no había pensado en apoderarse del señorío de Italia. A pesar de esto, las negociaciones no dieron resultado alguno. A la mañana siguiente volvió Moncada al castillo de Sant-Ángelo, y tuvo con el Papa una larga conferencia, durante la cual los cardenales aguardaban en un aposento vecino (4). El tratado que Clemente VII se

(1) Lett. d. princ. I, 104 s.; cf. Reumont III, 2, 179. V. Albergati evalúa el daño en 200.000 ducados. *Carta de 22 de Septiembre de 1526, existente en el *Archivio pubblico de Bologna*.

(2) Esto lo refiere N. Raince; v. Grethen, 127. Un *breve á Perugia de 20 de Septiembre de 1526, pedía ayuda para la defensa de Roma. *Biblioteca municipal de Perugia*.

(3) Varchi I, 58.

(4) Cf. en el apéndice n.º 103, la *relación de F. Gonzaga de 21 de Septiembre de 1526. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

creyó en el caso de aceptar á 21 de Septiembre, á pesar de las representaciones contrarias de Carpi y de los embajadores venecianos, era muy desfavorable. En él se establecía una tregua de cuatro meses; el Papa retiraría sus tropas y su escuadra; los Colonna y sus partidarios obtendrían completo perdón; las tropas de los coloneses se dirigirían con Moncada á Nápoles; y para asegurar el cumplimiento de estas condiciones, debía darse á Moncada en rehenes, á Filippo de Strozzi, esposo de Clarisa de' Medici, y un hijo de Jacobo Salviati (1).

A 22 de Septiembre el ejército colonés se dirigió á Grottaferrata con gran desorden y cargado de precioso botín; sus adalides, especialmente el cardenal, iban por extremo descontentos; pues su intento había sido producir un completo trastorno en Roma, y la deposición y aun por ventura la muerte del Papa; Moncada, por el contrario, que anunciaba triunfalmente al Emperador el buen éxito de la sorpresa, creía haber alcanzado su fin de dividir la Liga; pero se engañaba en ello. Ni los Colonna ni el Papa tenían intención de observar el tratado; los primeros se consideraban frustrados por Moncada y protestaban. El Pontífice no podía digerir la humillación que le había sido impuesta por sus vasallos, y consideraba como deber suyo restablecer su autoridad en la primera coyuntura, mediante el castigo de los culpables (2). Sentía Clemente VII de una manera especial, la ingratitud y deslealtad de Vespasiano Colonna, á quien él había favorecido como si fuera su hijo; y no menos le irritaba la conducta de los romanos; de suerte que llegó á hablar de alejarse por algún tiempo de la Ciudad Eterna, para hacer sentir á

(1) Cf. Sanuto XLII, 701, 722 s., 728; Jovius, Columna 158 s.; Raynald 1526 n. 21; Professione, Dal trattato di Madrid 39 s.; Bourrilly 30. El texto del tratado se halla en Molini, I, 229-231; cf. Lancellotti III, 116 s. Jovius, Columna 159, indica que también se acordó la devolución de los objetos robados á las iglesias. En el texto del tratado no hay nada acerca de esto.

(2) Cf. Salvioli XVII, 4; Vettori 369; Gayangos III, I, n. 572; Jovius, Columna 158 s.; Hellwig 58; Sismondi XV, 253; Baumgarten, Karl V, II, 714. Sobre las instrucciones del cardenal Colonna, v. en el apéndice n.º 104, el *despacho de F. Gonzaga de 23 de Septiembre de 1526. *Archivo Gonzaga de Mantua*. El mismo Clemente VII dice en la *bula mayor contra los Colonna, que ellos habían venido con el fin manifiesto de matarle á él, el Papa, ó de hacerlo prisionero; que el cardenal Pompeyo tenía intención de hacerse elegir Papa valiéndose de la fuerza. *Bula Sacrosanctae Romanae ecclesiae, dat. Romae 1526 (st. fl.) X Cal. Mart. A.º 4. Regest. 1441, f. 50ª. *Archivo secreto pontificio*. Cf. apéndice, n.º 112.

sus moradores lo que era Roma sin el Papa. También los cardenales estaban en extremo enojados por las inauditas violencias y sacrilegos escándalos, y exhortaban al Papa á castigar con energía (1).

En atención á estos sentimientos, apenas eran necesarias representaciones particulares, cuales hizo aquellos días al Pontífice el embajador de Venecia. Domenico Veniero hizo notar con viveza que, después de la sorpresa de los Colonna, ninguna cosa buena podía esperarse de Moncada; que era menester también prepararse para la guerra, porque el Emperador, en cuanto le fuera posible, se dirigiría personalmente á Italia, habiendo visto cuán fácil era conquistar la Ciudad Eterna y reducir al Jefe supremo de la Iglesia á la condición de súbdito suyo (2). En Roma se decía, que si el Papa toleraba pacientemente el inaudito ultraje que se le había inferido, haría mejor en deponer la triple corona y retirarse del mundo, para vivir como un ermitaño. Principalmente Guicciardini, Capitán general de las tropas pontificias, disuadía con la mayor instancia que se observase el tratado impuesto por la violencia; y de hecho descubrió Clemente VII no hallarse en manera alguna inclinado á su observancia; y que, ni pensaba dejar sin castigo á los Colonna, ni separarse efectivamente de la Liga. Verdad es que dió orden á Guicciardini para que se retirase al otro lado del Pó; pero avisándole secretamente que entregara las más tropas posibles á Juan de' Medici, el cual, como estaba al servicio de los franceses, debía quedarse con los confederados (3).

Para obtener auxilios de Francia é Inglaterra, envió Clemente luego, á 26 de Septiembre, á Paolo d' Arezzo á Francisco I, y á Jerónimo Ghinucci á Enrique VIII (4), y al propio tiempo dirigió

(1) Jovius, Columna 158. Sanuto XLII, 728. Villa, Asalto 28.

(2) Sanuto XLII, 730.

(3) Guicciardini, Op. ined. IV, 393 ss., 423.; Vettori 371. Cf. de Leva II, 378.

(4) *In questi insulti, li quali sono stati grandissimi e vituperosissimi perho che hanno saccheggiato S. Petro, la quale cosa mai fo fatta, il papa ha mandato ambasciatori all' Imperatore, al Christianissimo et al re d' Inghilterra. Carta de Paolo Fiesi, fechada en Roma á 26 de Septiembre de 1526. *Archivo público de Módena*. Paolo d' Arezzo fué también á España, al emperador; v. Pieper, Nuntiaturen 70. A su vuelta se refiere la *carta credencial de Francisco I á Clemente VII, fechada en St.-Germain, el 13 de Febrero [de 1527]. *Lettere d. princ.* IX, f. 223 y 225. *Archivo secreto pontificio*. A las cartas credenciales para Paolo d' Arezzo, que se hallan impresas en Molini I, 235 s.,

personalmente al monarca francés, que hasta entonces no le había dado más que vanas promesas, un largo escrito, en el cual pintaba con frases conmovedoras el horror de la sorpresa de los Colonna, y añadía una urgente demanda de socorro (1).

A 26 de Septiembre se publicó un monitorio contra los que habían tomado parte en el ataque de Roma (2); y dos días después reunió el Papa á los cardenales en un consistorio, para deliberar acerca de su propia situación y la de Hungría; declaró estar dispuesto á las más extremas medidas; él mismo quería ir á la guerra contra los turcos, ó dirigirse á Niza para negociar la paz entre Carlos V y Francisco I. Los más de los cardenales, principalmente los antiguos, le aconsejaban marchase pronto á las galeras ya dispuestas en Civitavecchia. —«¡Dios sabe con qué secretas intenciones!»—dice el secretario de la embajada francesa. Por el contrario, Farnese, que era tenido por el más prudente y experimentado de los cardenales, opuso objeciones, las cuales dieron tanto que pensar al Papa, que le movieron á renunciar de nuevo á su plan de viaje (3). También influyeron en esta resolución las noticias del Norte de Italia (4).

El propósito del Papa de permanecer en Roma, obligaba á tomar medidas que hicieran imposible la repetición de un acometimiento de parte de los Colonna; las cuales parecían tanto más necesarias, cuanto que los Colonna se armaban de nuevo á principios de Octubre (5), y sus amigos saqueaban sin consideración en la Campaña (6); pero, por otra parte, ofrecían grandísimas dificultades atendidos los enormes dispendios que hasta entonces

hay que añadir también una de Clemente VII á Antonius archiepiscop. Senon. mag. Franciae cancell., fechada en Roma, á 24 de Septiembre de 1526. El original se halla en el *Archivo nacional de París*, L. 357.

(1) V. el texto en Fraikin, 128 s.; cf. Mélang. d'archéol. XVI, 386.

(2) Cf. Lancellotti, III, 119 s.

(3) Además de la *relación de N. Raince de 30 de Septiembre de 1526 (*Biblioteca nacional de París*; cf. Grethen, 129 s.), v. Gayangos, III, 1, n. 574 y *Acta consist. del vicescanciller, al 28 de Septiembre de 1526, en el *Archivo consistorial*. Cf. también *carta de Canossa á Alberto di Carpi de 6 de Octubre de 1526, existente en la *Biblioteca municipal de Verona*. En la gran *bula contra los Colonna, mencionada arriba p. 272, nota 2, dice Clemente VII, que su plan de viaje fué desconcertado por el asalto de los Colonna.

(4) Cf. arriba p. 262 y Grethen, 129.

(5) Sanuto XLIII, 55.

(6) V. la *relación de Casella, citada por Salvioli, XVII, 6, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

había exigido la guerra (1). Aconsejaron al Papa que vendiera capelos cardenalicios; Clemente, sin embargo, lo rehusó con resolución; pues tenía, en este punto, más severas ideas que sus contemporáneos (2). Una comisión cardenalicia propuso otros proyectos para obtener los necesarios fondos: el clero romano y toscano deberían ser puestos á contribución (3); y luego se fortificó la Ciudad y se guarneció aceleradamente con tropas. El 13 de Octubre se habían concentrado ya allí 7,000 hombres (4); y á la vista de estos acaecimientos, hizo correr Moncada públicamente voces de amenaza (5); las cuales no sirvieron, con todo, sino para confirmar al Papa en la necesidad de tomar medidas preventivas. Una vez se alarmó por la noche toda la guarnición de Roma, para hacer experimento de cuán rápidamente podían reunirse las tropas en caso de una nueva sorpresa (6).

A fines de Octubre se creyó Clemente VII ya bastante fuerte para emprender el castigo de los Colonna (7). Habíanle llenado

(1) Cf. de Leva, II, 367.

(2) Cf. el despacho de Landriano de 11 de Octubre de 1526, existente en el *Archivo público de Milán*, y del que ha publicado alguna parte de Leva, II, 368.

(3) Die veneris 28 Sept. 1526: [S. D. N.] deputavit quinque rev^{ms} cardinales ad cogitandum et inveniendum modum pecuniarum pro conservatione status et domini S. R. E. *Acta consist. del vicedanciller, existentes en el *Archivo consistorial*. Un resultado de las deliberaciones se halla en la *bula sobre la erectio de un mons fidei (cf. Coppi, 3 s.; Ranke, I, 266 s.), Dat. 1526, XIV, Kal. Nov. [19 de Octubre]. Clem. VII, Secreta, 1440, f. 274^o s., del *Archivo secreto pontificio*. Cf. Fraikin, LXVII, not. 2. De los subsidios exigidos á los cardenales, y las cargas impuestas al clero romano y toscano, por Octubre de 1526, da cuenta el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(4) Cf. Sanuto XLIII, 32, 55; Villa, Asalto, 29, 35; Salvioli, XVII, 7; el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París* y el *despacho de F. Gonzaga, fechado en Roma á 13 de Octubre de 1526, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. En 23 de Octubre Clemente VII, nombró á Jo. Ant. Pulleo baro Burgii, commiss. gener. para todas las tropas de Roma y sus cercanías, las cuales debían impedir un nuevo asalto de los Colonnas. *Min. brev. 1526, II, vol. 12, n. 535 del *Archivo secreto pontificio*. Casella refiere, en 8 de Octubre de 1526. *N. S^{ra} continua pur fare fortexze et bastioni. *Archivo público de Módena*.

(5) *Relación de N. Raince de 9 de Octubre de 1526: *Il vient d'heure en heure nouvelles des braves parolles de don Hugues qui menasse plus que jamais N. S. Père et Rome. Fonds franç. 2984, f. 81 de la *Biblioteca nacional de París*.

(6) Además de Sanuto XLIII, 50, cf. también Villa, Asalto, 37 s., el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*, y el *despacho de Casella de 4 de Octubre de 1526, existentes en el *Archivo público de Módena*.

(7) Casella participa, en 29 de Octubre de 1526: *Qui si fanno preparation alla guerra. Tutto l' giorno giongono fanti novi e l' artiglieria. *Archivo públi-*

de ánimo y seguridad las nuevas y grandes promesas del monarca francés, que se ofrecía determinadamente á ponerse en persona al frente de un ejército y dirigirse á Italia para defender á la Sede Apostólica (1). A 7 de Noviembre los cardenales, congregados en un consistorio, acordaron citar á Roma á Pompeo Colonna, y á los demás individuos de su familia que habían tenido participación en el ataque á la Ciudad. La Cámara Apostólica abrió un proceso en toda forma contra todos los partícipes en aquel atentado; y el procedimiento contra el cardenal se reservó al Consistorio (2). Como Pompeo no acudió á la citación, sino apeló, desde Nápoles, á un Concilio (3), incoóse á 16 de Noviembre un proceso contra él, que terminó al 21 del mismo mes declarándole privado de todas sus dignidades (4).

co de Módena. V. también la *relación de Pérez á Carlos V, fechada en Roma á 22 de Octubre de 1526, existente en la *Biblioteca de la Acad. de la Hist. de Madrid*, Col. Salazar, A. 39, f. 50.

(1) Acta consist. publicadas por Fraikin, LXVI, not. 3. Francisco I, después que recibió por cartas la noticia del asalto de los Colonna, luego al punto, en 5 de Octubre de 1526, dirigió una *carta á Clemente VII, en la que expresa su enojo y anuncia que volvería á enviar al Sr. de Langes. Lett. d. princ., IX, f. 267 y 274, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio*. Cf. Fraikin, 142.

(2) Die mercurii 7 Novembris 1526: Referente S. D. N. decrevit monitorium de consilio reverendissimorum dominorum cardinalium contra dom. cardinalem de Columna et alios dominos de Columna in monitorio esprimendos [los monitorios de 7 y 10 de Noviembre contra Pompeo y los demás Colonnas, que se imprimieron como hojas volantes, se han conservado en Tizio, *Hist. Senen. Cod. G, II, 40, f. 266 y 270 de la *Biblioteca Chigi de Roma*], ut infra 9 dies compareant. *Acta consist. del vicecanciller, existentes en el *Archivo consistorial*. Cf. un *despacho de F. Gonzaga, fechado en Roma á 12 de Noviembre de 1526: *El monitorio del card. Colonna fù publicato venerdì sera... è stato attanto in palazzo et in qualche altro luogo di Roma. *Archivo Gonzaga de Mantua*. V. también Lebey, 368, el *despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 8 de Noviembre de 1526, que se halla en el *Archivo público de Florencia* y la recapitulación de todo el procedimiento (invalidación del convenio forzado, emplazamiento y proceso), que se halla en la gran *bula contra los Colonna, fechada en 1526 (st. fl.) X Cal. Mart. A° 4°, existente en Regest. 1441, f. 47-64 del *Archivo secreto pontificio*.

(3) Guicciardini XVII, 5. La *Convocatio concilii generalis super privatione Clementis VII. per Pomp. card. Columnam, fechada el 13 de Noviembre de 1526, la cual, que yo sepa, todavía no se ha impreso, la hallé en el Cod. 41 (apéndice) de la *Biblioteca de Leyden*. Contra este documento se dirige el escrito *Ad sanct. D. N. Clementem VII. P. M. Petri Albiniani Tretii j. u. d. Consultatio de concilio generali. El ejemplar dedicado al Papa se halla en el Cod. Vatic. 3664 de la *Biblioteca Vaticana*.

(4) *Die veneris 16 Novembris 1526 dom. Marius de Peruschis procurator fiscalis unacum dom. Hippol. de Cesis, camerae apost. not. accusavit contumaciam rev. dom. Pompei cardinalis de Columna S. R. E. vicecanc., et S. D.

La lucha contra los Colonna habíase comenzado entretanto, aun antes que terminara la tregua de cuatro meses establecida en el tratado de 21 de Septiembre: Vitellio Vitelli mandaba las tropas pontificias, que avanzaron victoriosamente esparciendo terrible desolación: Marino, Montefortino, Gallicano, Zagarolo y otros lugares, fueron conquistados y en parte destruidos. Sólo Paliano y Roca di Papa resistieron á todos los asaltos (1).

A par que los combates librados en la Campaña, atraían no menos la atención del Papa los acaecimientos que se desarrollaban en el teatro de la guerra de Lombardía, donde los confederados, á pesar de la retirada de las tropas pontificias, continuaban todavía siendo más fuertes que los imperiales; sin embargo, el duque de Urbino no emprendía acción alguna decisiva, y en semejante inactividad perseveraba el marqués de Saluzzo. De esta suerte tuvo Carlos V tiempo para armarse, al paso que Jorge de Frundsberg le traía importantes auxilios de Alemania. Este

N. admisit contumaciam et conclusit in causa. Die mercurii 21. Nov. 1526: Cardinalis de Columna privatus fuit galero et dignitate card. necnon omnibus officiis suis. * Acta consolat. existentes en el *Archivo consistorial*. Cf. la relación de Pérez, publicada por Gayangos III, 1, n. 620, el *despacho de F. Gonzaga de 20 de Noviembre de 1526, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, y el *despacho de G. de' Médici, fechado en Roma á 21 de Noviembre de 1526: questa mattina in consistorio è suto privato il card. Colonna ne s'è anchora preso deliberatione della cancellaria et altri beneficii teneva. La semana próxima se procederá contra el conde di Sarni, por causa del sacco de Colonnese. *Archivo público de Florencia*. V. también la relación milanese en el *Osterr. Notizenblatt* 1858, 227, *Arch. stor. Ital.*, 5. Serie, XIV, 50; Kalkoff, *Forschungen* 32 Anm. y el *diario de Cornelio de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*. V. además la bula de 1 de Enero, que se halla en Saggiatore I, 307 s., la cual no pertenece con todo al año 1526, sino al 1527.

(1) Sobre la guerra contra los Colonna, además de Guicciardini XVII, 5, y Jovius, *Columna: Lettere di principi* I, 105*, II, 191*, Sanuto XLIII, 236, 244 s.; Gayangos III, 1, n. 615; Villa, *Asalto* 47; Salvioli XVII, 11; la carta de F. Gonzaga, existente en el *Arch. stor. Ital.*, App. II, 293-294; el *despacho de Capino da Capo, que estaba al servicio del Papa, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua* (utilizado en parte por Gregorovius VIII*, 480); las *relaciones de Landriano de 24 de Noviembre, 8 y 16 de Diciembre de 1526, que se hallan en el *Archivo público de Milán*, los siguientes *despachos de G. de' Médici, fechados en Roma en 1526 á 11, 13 (los combates junto á Paliano), y 27 de Noviembre, (Pompeyo Colonna enferma gravemente. Il campo di N. S. si unirà Valmontone et non forzerà Palliano nè Rocca di Papa), 4 de Diciembre (el Papa ha hecho volver la artillería, pues la mayor parte de lugares fuertes de los Colonna han sido tomados.) *Archivo público de Florencia*. Finalmente, es también de interés la descripción que se halla en el *diario de Cornelius de Fine. *Biblioteca nacional de París*.

célebre capitán de lansquenets empenó sus fortalezas y bienes del Tirol, hasta el amado castillo de su linaje, Mindelheim, y las joyas de su mujer. Verdad es que con todo esto no reunió más que 38,000 ducados de oro; mas, sin embargo, luego que hizo sonar los tambores de reclutamiento, confluyó á él de todas partes la juventud capaz de tomar las armas, en particular de entre los protestantes. «A más enemigos, mayor honra», decía Frundsberg; por lo cual quería, con la ayuda de Dios, pasar á Italia y salvar al Emperador y á su pueblo; porque era cosa pública y de meridiana claridad, que el Papa oprimía al Emperador, á su glorioso ejército y á los Colonna; por lo cual consideraba ser laudable á los ojos de Dios y del mundo, que el Papa causante de la guerra y el mayor enemigo del Emperador, fuera castigado y ahorcado, aun cuando hubiera de hacerlo él con sus propias manos. En el término de tres semanas reunieron en el sud del Tirol más de 10,000 guerreros, deseosos de emprender la marcha y ávidos de botín, provistos cada uno de un escudo de oro para el camino. Halláronse también asimismo hábiles y resueltos capitanes como Schertlin von Burtenbach y Conrado von Bemelberg.

Los pasos entre el lago de Garda y el Etsch, habían sido guarnecidos por las tropas del duque de Urbino; pero el cuñado de Frundsberg, conde de Lodrón, mostró á las feroces compañías de los lansquenets una abrupta subida, no observada por los enemigos, por la cual tuvieron que trepar los hombres, como gamuzas, sobre las montañas entre el lago Idro y el de Garda. De esta suerte, á 19 de Noviembre, llegaron felizmente los lansquenets al distrito de Brescia, y desde allí, poco inquietados por los enemigos, á la defensa del país: el llamado Serraglio de Mantua. En este sitio, cerrado al occidente por fosos y un muro, al sud por el Pó, y al E. por el Mincio, debían los lansquenets quedar prisioneros, conforme al plan del marqués de Mantua. Cuando Frundsberg llegó á Borgoforte, á 23 de Noviembre, y no encontró allí los barcos que le había prometido el Marqués, entendió el engaño, y en seguida tuvo solicitud de asegurarse el puente de Governolo, única salida para evadirse del Serraglio. Cuán grande fuera el peligro en que los alemanes habían estado, lo conocieron cuando, á la mañana siguiente, se presentó en Borgoforte el ejército de los confederados, mandado por el duque de Urbino y Juan de' Medici, y procuró arrojar á las tropas de Frundsberg de la es-

trecha calzada que conduce á Governolo. «Pero los lansquenetes permanecieron con sus carabinas firmes como una muralla, volviéndose constantemente contra los enemigos, haciéndoles retroceder cuando se acercaban y empujándolos detrás de sí.» De esta suerte lograron dichosamente llegar á Governolo, donde recibieron dinero, vituallas y artillería de Ferrara; pues el duque Alfonso, que había por mucho tiempo andado en negociaciones con ambos partidos (1), había pasado definitivamente al lado del Emperador.

Luego al principio de la lucha fué herido el audaz Juan de Médici, capitán de las «Compañías negras», y á 30 de Noviembre sucumbió á sus heridas aquel hombre en quien la Liga y el Papa habían colocado todas sus esperanzas. Frundsberg, que ya á 28 de Noviembre había logrado pasar el Pó, se dirigió entonces contra Guastalla, desde donde amenazaba al ejército pontificio acampado en Parma y Plasencia (2).

Las noticias de la marcha efectuada por los lansquenetes, de haberse el duque de Ferrara juntado con los imperiales, y haber sido mortalmente herido Juan de' Médici, llegaron en los últimos días de Noviembre á Roma (3), donde, por efecto de los tributos,

(1) Cf. Cipolla, 902.

(2) Cf. las relaciones publicadas por Gassler 50 s., 56 s. (cartas de Frundsberg), y la * carta de Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 28 de Noviembre de 1526, que se halla en la *Biblioteca municipal de Verona*, v. además Reissner, *Historie der Frundsberge* 81 s.; Barthold 377 s., 385-392; Osterr. *Revue VIII* (1864) 132 s; Gauthiez, *Jean des bandes noires*, Paris 1901, 315 s. Acerca de las esperanzas puestas en Giovanni de' Médici, v. Benoist, Guichardini, Paris, 1862, 44.

(3) La noticia de la reunión de los soldados alemanes en Bozen llegó á Roma el 6 de Noviembre de 1526; v. la relación de F. Gonzaga, existente en el Arch. stor. Ital. App. II, 293. El nuevo avance de los temidos lansquenetes se supo en Roma por cartas de Guicciardini; v. el * despacho de Galeotto de' Médici de 30 de Noviembre de 1526, que se halla en el *Archivio público de Florencia*. Sobre el temor del Papa, v. la relación de N. Raince, fechada á 20 de Noviembre de 1526, que se halla en Grethen 131, not. 1. Sobre la muerte de Giov. de' Médici, v. Guicciardini XVII, 5; Vettori 372 y especialmente la carta de P. Aretino, publicada en el Arch. stor. Ital. N. S. IX, 2, 136; al fin de ella se lee lo siguiente: E Firenze e Roma (Dio voglia che io menta) tosto saprà ciò che sia il suo non esserci; e già odo i gridi del Papa che si crede haver guadagnato nel perderlo. La última afirmación es una calumnia, como lo muestran los breves que Guasti ha publicado en el Arch. stor. Ital., 5. serie, II, 200 s., tomándolos del *Archivio segreto pontificio*, de los cuales se saca, que la noticia de la herida de Médici llegó á Roma el 30 de Noviembre, y la de la muerte el 4 de Diciembre. Cf. también Arch. stor. Ital., App. II, 295 y Gauthiez, *Jean des bandes noires* 315 s.

de la peste y la carestía, reinaba una peligrosa efervescencia (1). Casi al propio tiempo se recibió allí otra nueva terrible: la de que Carlos de Lannoy se acercaba á las costas venecianas con la flota imperial (2). Al paso que, en el Norte, se hacían temer los lansquenetes, codiciosos de botín y llenos de odio al Pontífice, veíase ahora Clemente VII amenazado también por la parte del mar; su temor era mayor que nunca, y no sabía ya á dónde volverse.

Según la relación del embajador milanés Landriano, de 28 de Noviembre, lo que más impresionó á Clemente VII fué el haberse pasado al Emperador el duque de Ferrara. «El Papa, refiere Landriano, estaba como muerto, y todos los conatos de los embajadores de Francia, Inglaterra y Venecia para erigir su ánimo, serán inútiles; si no sobreviene algún suceso enteramente inesperado, ajustará la paz, ó huirá cualquier día; me hace el efecto de un enfermo á quien han desahuciado los médicos. De Francia no se oye absolutamente nada, y esto llena á todos de desesperación» (3). Algunos días después escribía el mismo diplomático con acerba ironía, que de Francia no se recibían dineros ni tropas, ni otras noticias sino la de que el Rey se divertía bailando. «Y nosotros estamos más muertos que vivos. Aquí, en Bolonia y en Módena, se hacen armamentos con actividad febril, pero de nada aprovecharán. Lo extremo del apuro obligará á un convenio con los enemigos» (4). La situación era tal, que el mismo secretario de la embajada francesa, Rince, decía, que sin prestos socorros de parte de Francisco I, no podría el Papa ofrecer más larga resistencia ni mantenerse en Roma. Clemente VII había hecho ya por su parte todo lo posible; y era probable que ahora cualquiera extranjero auxilio llegaría ya demasiado tarde (5).

(1) Cf. Salvioi XVII, 12.

(2) Cf. los *despachos de G. de' Médici, fechados en Roma, á 17, 19, 28 y 30, existentes en el *Archivo público de Florencia*.

(3) V. en el apéndice n.º 106, la relación cifrada de Landriano de 28 de Noviembre de 1526. *Archivo público de Milán*.

(4) V. en el apéndice n.º 108, la *relación cifrada de Landriano de 2 de Diciembre de 1526. *Archivo público de Milán*.

(5) V. las *cartas de N. Rince, fechadas en Roma á 26 (apéndice n.º 105) y 27 de Noviembre de 1526 (Sire, Sa S^m se trouve de plus en plus encouragé et déplaissant et tant estonné et esbay quil ne scayt de quel coté se tourner. Fonds franç. 2984, f. 109, 113 de la Biblioteca nacional de París. Cf. el pasaje de la carta de Carpi de 29 de Noviembre de 1526, publicado por Grethen 137,

A 30 de Noviembre deliberaban los cardenales sobre lo que convendría hacer, y se propusieron tres caminos: la defensa, la huida ó una tregua. Los pareceres andaban divididos; se reconocía que la defensa era imposible, la huida deshonrosa y arriesgada. Resolvióse, pues, como lo más prudente, entablar negociaciones, cuyo difícil encargo se dió al General de los Minoritas, Quinones, que era muy amado del Emperador (1). Luego á 2 de Diciembre fué aquel religioso á verse con Lannoy (2).

Con indescriptible ansiedad aguardaba el Papa ulteriores noticias; toda idea de huir de Roma parecía excluida, pues sabía que el cardenal Colonna, ó le presentaría ante un Concilio, ó se haría elegir él mismo como antipapa. Schönberg con todos sus amigos, trabajaba ansiosamente para influir en el angustiado Papa representándole estos peligros; mientras Carpi, el cardenal Trivulzio, Giberti, y los demás partidarios de Francia, se afanaban día y noche en sentido contrario. Sobre todo afligía el corazón de Clemente VII la suerte de Florencia, donde se habían promovido motines, alteraciones; y la aproximación de los lansquenets había hecho ya que muchos emprendieran la fuga con sus mujeres, hijos y haciendas. También en Roma se manifestaba un pánico semejante, luego que Lannoy hubo llegado al puerto de San Estéfano, desde donde podía dirigirse igualmente contra Florencia ó contra Roma. En la tarde del 29 de Noviembre volvió Lannoy á hacerse á la vela, y á 1.º de Diciembre llegó á Gaeta; las galeas de la Liga, que hubieran debido impedir su travesía, llegaron á San Estéfano dos días demasiado tarde. «Parece en realidad, escribe el secretario de la embajada francesa Raince, á Montmorency, que todos los cálculos racionales fracasan, y las

not. 2. y Sanuto XLIII, 349 s., 356 s. V. también Vettori 373 y una *relación cifrada de Landriano de 28 de Noviembre de 1526, que se halla en el *Archivo de Milán*.

(1) Cf. en el apéndice, n.º 107, el *despacho de G. de Médici de 30 de Noviembre de 1526 (*Archivo público de Florencia*), y *Acta consist. del vicecanciller, que se hallan en el *Archivo consistorial*.

(2) V. el ** despacho de G. de Médici de 2 de Diciembre de 1526, existente en el *Archivo público de Florencia*. *Die lunae 3 Decembr. 1526: S. D. N. fecit verbum de adventu viceregis in Italiam cum classe Caesaris. El Papa dió cuenta juntamente de la misión de Peñaloza, quien trajo una carta de Carlos V, en que éste procuraba justificarse de los excesos de los Colonna. *Acta consist. del vicecanciller, existentes en el *Archivo consistorial*.

cosas se disponen de tal manera, que los imperiales no pudieran desearlas para sí mejor» (1).

El Papa envió á 6 de Diciembre de 1526, un Nuncio especial á Francisco I, para pintarle los peligros en que se hallaba (2); todos, fuera de Giberti, aconsejaban entonces al Pontífice una avenencia con los imperiales (3); y que, aun aquel fervoroso partidario de Francia se disponía á ver los mayores desastres, se colige de su correspondencia. «Estamos, escribía Giberti á 7 de Diciembre, al Nuncio en Inglaterra Gambara; estamos al borde de la ruina; la fatalidad misma ha desatado contra nosotros todos los males, de suerte que ya no es posible que se acreciente nuestra miseria. Me parece como si estuviera ya pronunciada contra nosotros la sentencia de muerte, y no faltara sino la ejecución; la cual no puede tampoco hacerse aguardar mucho tiempo» (4). Pero con la llegada de nuevas noticias favorables sobre los auxilios que debían esperarse de Francia, se trocaron muy pronto los sentimientos de Giberti.

Clemente VII, lleno de ansiedad é impaciencia, había entre tanto enviado á Schönberg á Nápoles á tratar con Lannoy, y éste aconsejaba una avenencia. El mismo Papa titubeaba: á 11 de Diciembre decía al embajador florentino, que no tenía ya ningunas ganas de guerrear, pues los confederados se mostraban tan remisos en prestarle su apoyo, y la lucha no parecía sino aumentar el poder del Emperador (5). Las condiciones de Lannoy, que trajo Quiñones en la tarde del 12 de Diciembre, parecieron á Giberti muy duras, y sólo aceptables en el más apurado trance (6). Lan-

(1) V. la *relación de N. Rance á Anne de Montmorency de 4 de Diciembre de 1526, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*, Ms. franç. 2984, f. 117.

(2) Cf. Fraikin, 178 s.

(3) Despacho de Landriano de 4 de Diciembre de 1526 (*Archivo público de Milán*), publicado en parte por de Léva II, 404.

(4) Lett. d. princ. I, 82; cf. II, 177.

(5) *Despacho de G. de' Medici, fechado en Roma á 11 de Diciembre de 1526, existente en el *Archivo público de Florencia*. Sobre el ánimo vacilante del Papa, v. especialmente Grethen, 141. Canossa desaconsejó con mucho calor un convenio de Clemente VII con Carlos V. Cf. Arch. d. Soc. Rom. XXIII, 285 s.

(6) Cf. Lett. d. princ., II, 182. G. de' Medici refiere el 12 de Diciembre de 1526: «Questa sera è arrivato il generale et ha parlato a lungo con N. S. Porta di far una suspensione d' arme per sei mesi con li cautioni de l' osservantia da l' una banda et da l' altra, et di più chiedono una contribuzione di denari durante la suspensione. S. S^{ma} spaccia questa nocte al rev. di Capua. *Archivo público de Florencia*.

noy, exigía, para otorgar una tregua de seis meses, además de una contribución de guerra que debería determinarse más en particular, la entrega provisional, como en prenda, de Ostia y Civitavecchia, ó Parma y Plasencia; y al propio tiempo hacía semblante de forzar violentamente por medio de sus tropas á este convenio particular. Todavía ejercitaba más fuerte presión el secretario de la embajada española, Pérez, quien, según toda probabilidad, estaba en inteligencia con Lannoy, y á 12 de Diciembre entregó al Papa, en la más solemne forma, una serie de documentos en los cuales, con inaudita rudeza, se exponían todas las querellas del Emperador contra la política del Pontífice, y se le amenazaba con un Concilio.

Para estimar con justicia el proceder de Carlos V contra Clemente VII, hay que tener en cuenta el papel que había representado el Emperador en el acometimiento de los Colonna.

Aun antes que Carlos V estuviera enterado por menor de la actitud hostil del Papa, había indicado á su embajador en Roma, á 11 de Junio de 1526, que en caso de que el Papa no se mostrara condescendiente, procurase arrojarlo de Roma por medio de los Colonna, y poner en revolución el Estado de la Iglesia (1); y al propio tiempo que el Emperador aprobaba de esta manera la «piratería» (2) fraudulenta é indigna de él, que Moncada hacía ejecutar por los Colonna á 20 de Septiembre, hablaba, con el Nuncio pontificio Castiglione, de su filial devoción para con la Santa Sede (3). Inmediatamente después de realizada aquella sorpresa, aconsejaba Moncada al Emperador, que expresara al Nuncio y á Clemente VII su gran sentimiento por las violencias cometidas por los Colonna, y declarase á los príncipes cristianos, cuán contrario había sido lo acaecido á sus intentos y deseos (4).

Aun antes que el Emperador, que se hallaba á la sazón en Granada, pudiera seguir este consejo (5), había dado ya nuevos

(1) Cf. arriba p. 252 s. Ya en 10 de Mayo de 1526 había aconsejado Sessa, ó ganar la amistad de los adictos al Papa con concesiones, ó «de tal manera arrancarle las plumas, que ya no pudiesen volar». Gayangos, III, I, n. 419. Hellwig, 28.

(2) Juicio de Gregorovius, que se halla en el suplemento de la All. Zeitung, 1876, n. 205.

(3) Cf. Serassi, II, 53-54.

(4) Mignet, Rivalité, II, 244.

(5) Carlos V se rigió muy puntualmente por este consejo, y hasta escribió á Pérez de manera, como si nunca hubiese sabido nada de aquel plan

pasos contra el Pontífice. A 13 de Agosto expidió un público manifiesto, con el que ponía en conocimiento del mundo cristiano, que los ataques de los franceses, del Papa y de los demás italianos, le necesitaban á tomar las armas; y se dió facultad á Moncada para confirmar al duque de Ferrara todos los feudos que tenía del Imperio (1).

Para su lucha con el romano Pontífice, apeló también Carlos V al consejo de canonistas eruditos, los cuales debían declararle, hasta qué punto y en qué negocios debe un Emperador la obediencia al Papa; si estaba autorizado para rehusar el pago de las medias annatas y declarar la guerra al Jefe supremo de la Iglesia, si se viere á ello provocado. Castiglione, que da cuenta de estas deliberaciones, dice haber sido diversos los pareceres; pero que todos iban encaminados á agradar al Emperador; y en una relación cifrada observa además, que con todo secreto se deliberaba acerca de la manera cómo podía el Emperador proceder contra el Papa, y si estaba obligado á sujetarse á la excomunión y á las censuras y sobre otras mil malas cosas más (2).

En esto se andaba pensando, cuando el Emperador recibió el enérgico breve de 23 de Junio. Entrególe aquel funesto documento, á 20 de Agosto, Castiglione, que no había recibido aún por entonces el segundo y más blando breve, ni la orden de retener el primero.

El breve de 23 de Junio debía ofender profundamente al Emperador; y fuera de esto hallábanse, entre las personas que le rodeaban, hombres que supieron atizar su justa irritación hasta convertirla en un extremado enojo. Especialmente Gattinara, amargado por no habérsle concedido la dignidad cardenalicia (3),

(cf. Gayangos, III, I, n. 611-613; Grethen, 136). La carta de disculpa al Papa, escrita de su propio puño, la cual trajo Cesare Fieramosca, se halla en Lanz, I, 296-298, quien con todo la traslada á Abril de 1529. Las palabras: *Je me excuse du sac qui a este fait du saint siége en sacquant l'église de S. Pierre et vòtre s. palais*, muestran claramente que el emperador se refiere no al saco de 1527, sino al Sacco de' Colonnese. Las protestas de Carlos V ante Castiglione (v. Serassi, II, 98), Martinati, 50, las llama, con razón, una vile commedia.

(1) Gayangos, III, I, n. 510, 511. Grethen, 132.

(2) Serassi, II, 61, 62. Cf. también Villa, Asalto, 20-21. El dictamen del M. Cano en favor de Carlos V, que aduce Cánovas del Castillo, Asalto, 35, no puede pertenecer á ese tiempo, pues Cano, en 1527, era todavía estudiante, y no fué sacerdote hasta 1531.

(3) Sanuto XLIII, 96. Hasta se creyó entre los de la liga que Gattinara tenía intento de hacerse él mismo Papa por medio de un concilio, después de la

empleó su actividad en este sentido. Carlos V dominó por de pronto su profunda irritación, y aun cuando habló de un concilio ante el cual se defendería de los reproches del Papa, permaneció sin embargo, en general, exteriormente tranquilo, y siguió acentuando con las más enérgicas frases, en su trato con Castiglione, su filial devoción hacia la Santa Sede (1). Entretanto se compuso un gran escrito político, cuyo lenguaje sobrepujaba todavía mucho al del breve, y donde, á la exposición parcial del Papa, se oponía otra de no menor parcialidad (2).

En la introducción de este documento, fechado en «Granada á 17 de Septiembre de 1526», se hacía notar, que el breve de 23 de Junio, entregado por el Nuncio á 20 de Agosto, empleaba un lenguaje que no convenía ni al soberano Pastor de la Cristiandad, ni á la filial devoción que siempre Carlos había manifestado al Papa y á la Santa Sede. Era, pues, necesaria una extensa réplica, por cuanto el Emperador no tenía conciencia de ninguna culpa, y no podía consentir que se menoscabara su no manchada fama. El había manifestado siempre el más grande amor á la paz, sin pretender otra cosa sino la tranquilidad y libertad de Italia; el Papa debía considerar, si su presente conducta correspondía á su oficio pastoral; si podía desenvainar la espada que Cristo había mandado á San Pedro guardar en la vaina; y si le era lícito debilitar las fuerzas de la Cristiandad y fortalecer á los enemigos de ella, los herejes. El acentuar Su Santidad, en el principio del breve, la necesidad de defenderse, era ininteligible; puesto que nadie atacaba el honor y la dignidad pontificia. Para hacer más creíbles sus

deposición de Clemente VII: v. la «carta de Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 16 de Diciembre de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

(1) Cf. Serassi, II, 68, 70, 73, 77, 79; Baumgarten, Karl V, II, 521.

(2) El escrito político fué impreso por la primavera de 1527 á impulso del canceller imperial (v. Serassi, II, 145-146) en Alcalá (cf. Sandoval, I, XV, c. 18; v. también Weiss, Pap. d'Etat, I, 279 s.), luego por otoño en Maguncia por Juan Schöffer (Pro divo Carolo... apologetici libri duo nuper ex Hispania allati p. 19-85) y en Amberes. Sobre esta última edición, cuyas faltas censura Ehses, Concil. IV, xxiv-xxv, descansan las reimpressiones de Goldast, Raynald y Le Plat. Yo me he servido de la edición de Maguncia, la cual, aunque no carece de faltas, es con todo mucho más correcta que la antuerpiense. De los modernos, cf. Grethen, 132 s.; Hefele-Hergentröther, IX, 486 s. y Baumgarten, II, 518 s. Canossa tuvo muy pronto noticia del escrito político imperial. Ya en una «carta á Giberti, fechada en Venecia á 27 de Octubre de 1526, advierte que ha oído hablar de una lettera o volume dello Imperatore á N. S.^a piena di molte querele, sdegni e minacce e fra le altre di concilio. *Biblioteca municipal de Verona*.

alegaciones. pinta el breve «una larga tragedia», refiriendo las cosas que convienen á la manera de concebir del Papa, pero callando en cambio aquellas que hacen inteligible el verdadero curso de los negocios. Para aclarar, pues, la verdadera serie de los hechos realizados, retrocede el escrito político del Emperador hasta la actitud observada por la Sede romana en la cuestión de la elección imperial; se insiste enérgicamente en las muchas muestras de favor que Carlos había concedido á Clemente VII en el tiempo en que era cardenal, y se discuten muy de propósito los acaecimientos de los últimos años. Toda esta exposición tiene por fin estigmatizar la deslealtad de Clemente VII, y justificar la actitud del Emperador, principalmente en las controversias de Italia (Milán, Reggio, Módena); y hácese todo esto con un lenguaje por extremo enérgico y contundente, y no sin cierta sofistería (1). Algunos pasajes son de ironía exquisita; por ejemplo; donde se dice, ser increíble que el Vicario de Cristo en la tierra quiera apropiarse una posesión temporal, con derramamiento, aun cuando no fuera sino de una sola gota de sangre, siendo esto, no obstante, totalmente contrario á la doctrina del Evangelio. En otro pasaje se acentúa, que el Papa no hubiera perdido la opinión de buen pastor y padre, si se hubiera mantenido alejado de conspiraciones y confederaciones contra el Emperador. También se oponen contra Clemente VII otras muy fuertes acusaciones: no había trabajado el Papa para proteger la seguridad de Italia y de la Cristiandad, ni tampoco para la defensa de la Sede Apostólica, —la cual, como quiera que nadie la atacaba, no necesitaba de armas ni de tropas,—antes bien, por efecto de su proceder había destruido los medios de defensa de la Sede Apostólica, prodigado el tesoro de la Iglesia, y obrado contra el mismo Cristo y para ruina de la Cristiandad. El Papa no podía justificar sus actos ni ante Dios ni ante los hombres; pues se veía claramente que (si era lícito hablar así), no había producido sino el escándalo y destrucción de la República cristiana. Clemente VII debía pensar, que la Curia sacaba de los Estados del Emperador mayores emolumentos que de todos los otros países. Si el Papa estaba tan inclinado á la paz como el Emperador, no tenía sino deponer las armas, y entonces sería fácil combatir los errores de los Luteranos y de los otros herejes. Si, por el contrario, no admitía Su San-

(1) Cf. Grethen, 133 y Hefele-Hergenröther, IX, 491.

tividad la justificación del Emperador, y continuaba valiéndose de las armas, contradiciendo á la paz universal (en cuyo caso no sería ya padre, sino partido; no pastor, sino intruso), se vería obligado el Emperador, no habiendo otro juez más elevado, á dirigirse al santo Concilio universal de toda la Cristiandad, para someterle la resolución de todas las cuestiones debatidas. Al juicio de dicho Concilio, que el Papa debería convocar en un lugar apropiado y seguro, y con determinación de un plazo fijo, apelaba Carlos V en la más solemne forma, al fin de aquel escrito de querella.

Desde los días del emperador Federico II y Luis de Baviera, ningún soberano de Alemania había empleado contra Roma un lenguaje semejante; y en algunos pasajes se expresaba Carlos de una manera, «de que no se hubiera tenido que avergonzar ninguno de los partidarios de Lutero» (1). El que compuso este escrito, era un humanista entusiasta de las ideas de Erasmo, Alfonso de Valdés (2).

Á 18 de Septiembre de 1526, se entregó con toda solemnidad aquel documento al nuncio pontificio Castiglione, el cual protestó contra una tan indecorosa respuesta, alegando no haber procedido á la entrega del enérgico breve de 23 de Junio, sino por haber recibido demasiado tarde la instrucción posterior (3). Castiglione quedó sorprendido de la manera más desagradable; pues hasta entonces el Emperador había empleado siempre en sus conferencias con él, el tono más conciliador posible; aun al recibir el breve de 23 de Junio había usado Carlos de diplomática reserva; y por el segundo y más blando breve de 25 de Junio, pensaba Castiglione haberle apaciguado de nuevo completamente (4). Por otra parte, el mismo Carlos le había certificado solemnemente, que su respuesta, aun cuando hiciera mención del Concilio, sería de tan blanda forma, que el Papa no tuviera motivo de quejarse (5); ¡y ahora salía con este

(1) Juicio de Ranke, *Deutsche Gesch.* II^a, 389. Cf. arriba p. 286, especialmente el pasaje (línea 24) en que se habla de la evangélica doctrina. Ehaes (*Politik Klemens'* VII, 581) advierte que el escrito político imperial es quizá el documento más vehemente que en aquel siglo dirigió al Papa un príncipe católico.

(2) Boehemer, *Bibl. Wiffeniana*, I, 84 s. Baumgarten, *Karl V*, II, 520, not. 1, y 632 s.; cf. Homenaje á Menéndez y Pelayo, I, 388.

(3) Cf. arriba p. 284.

(4) Serassi, II, 86 s.

(5) *Ibid.*, II, 89.

escrito político! Lleno de enojo se quejó Castiglione, así con Gattinara como con Carlos V, de que se le había engañado, y de que se le encargara de transmitir una tan violenta y ofensiva contestación (1). Muy poco podía aprovechar que la Cancillería imperial hiciese despachar luego el mismo día 18 de Septiembre otra respuesta acomodada al segundo y más benigno breve (2); ni fueron de mayor eficacia las palabras amigables y conciliadoras, de que el Emperador continuó mostrándose pródigo, así con Castiglione (3) como con los demás; Carlos perseveraba inflexible en el criterio del escrito político de 17 de Septiembre (4); y en otro escrito que dirigió á los cardenales á 6 de Octubre, iba todavía más allá; por cuanto los excitaba á promover un cisma contra el Papa. «Si Su Santidad, se decía allí, no quisiera convocar el Concilio, deberían los cardenales convocarlo, conforme de Derecho proceda» (5).

Á la exasperación de ánimo del Emperador, correspondió enteramente la forma y manera ofensiva con que el secretario de la embajada española Pérez, entregó al Papa los mencionados documentos. Pérez los había recibido el 9 de Diciembre, pero los mantuvo secretos con la mayor solicitud hasta el 12 de dicho mes, en que se celebró consistorio. En este día se presentó inesperadamente, con un notario español y dos testigos de la misma nación, ante los cardenales reunidos en torno del Papa, y entregó

(1) V. la relación de Castiglione escrita desde Granada el 20 de Septiembre de 1526, y publicada por Serassi, II, 90-93.

(2) *Pro divo Carolo apologetici libri duo*, 90-92. Raynald, 1526, n. 44.

(3) Serassi, II, 98 ss.

(4) Cf. Grethen, 134. Según este autor, habría sido Quiñones á quien el emperador, en 26 de Septiembre, dió una respuesta apaciguadora respecto del concilio (cf. abajo not. 5). Pero Hellwig, 56, not. 3, ha demostrado que Quiñones, el 8 de Septiembre, ya había salido otra vez de la corte imperial. Por tanto la declaración de Carlos no pudo haber sido hecha á él. La exactitud de la suposición de Hellwig, de que el envío de Quiñones se efectuó mucho antes de lo que supone Grethen, 124, nota, consta no solamente de la instrucción para Farnese (Weiss, *Pap. d'Etat*, I, 298 s.), sino también de Guicciardini, XVII, 6. Cf. también Pieper, *Nuntiaturen*, 70, not. 4. Por lo demás, consta por un *breve de 7 de Junio de 1526 (*Archivo secreto pontificio*, Arm. 40, vol. II, n. 317), que Quiñones entonces estaba todavía en Roma, y no había intención alguna de enviarle á España.

(5) La mejor impresión de la carta es la que se halla en *Pro divo Carolo apologetici libri duo*, 93-99. Sobre el contenido, cf. Ehses, *Concil IV*, XXV. En una carta de 26 de Septiembre de 1526, Carlos V se moderó respecto del concilio, haciendo hincapié en que al Papa y á ningún otro pertenece convocar el concilio. Bucholtz, III, 47 not.

á Clemente VII el escrito político del Emperador, y al Sacro Colegio el otro escrito de 6 de Octubre; y sobre esto, inmediatamente después que salió de la sala, hizo que el notario levantara acta de ello; por efecto de lo cual se esparció en seguida en Roma la noticia de que el Emperador promovía un Concilio (1).

Dos días después presentóse Pérez á la audiencia de Clemente VII para comunicarle un escrito que el Emperador había dirigido á 9 de Noviembre á César Fieramosca. «¿Por qué no habéis traído esta vez un notario (preguntó el Papa, enojado, al secretario de la embajada), para hacer tomar acta asimismo de la entrega de esta carta?» Pérez, conforme á su propia relación, tuvo la serenidad de poner en duda que se hubiera levantado el acta notarial de 12 de Diciembre; «pero como noté (continúa refiriendo el mismo) que el Papa había observado todo aquel procedimiento, y que se había fijado en el notario,* á quien conocía muy bien de vista, y en los testigos; me ví precisado á confesar que había procedido así por expreso mandato de Vuestra Majes-

(1) Pérez al emperador, en 15 de Diciembre de 1526. Gayangos, III, 1, n. 633; cf. *Pro divo Carolo apologetici libri duo*, 100 s., y Sanuto XLIII, 494, 580. Sobre los sucesos acaecidos en el consistorio después de la salida de Pérez, hay relaciones contradictorias. En Sanuto XLIII, 494, se dice expresamente en un extracto de la relación del embajador veneciano de 19 de Diciembre: *In consistorio ha fatto lezer el protesto li ha mandato Cesare, che non si facendo l'acordo, chiamerà un Concilio general contra il Papa*. Asimismo, Landriano en una *relación de 12 de Diciembre, que yo he hallado en el *Archivo público de Milán*, dice que la acusación imperial se leyó públicamente en el consistorio, el 12 de Diciembre, pero no la «carta al Papa y á los cardenales» (esto es, la carta de 6 de Octubre). Mas contradice á esto el que Pérez en su relación al emperador de 15 de Diciembre nota expresamente que él ha procurado indagar si las cartas que presentó en el consistorio, se habían también leído allí; y que ha sabido, que esto no se efectuó, pero que los cardenales se habían enterado del contenido. Concuerna con esto, el que en las *Acta consist. del vicecanciller, que se hallan en el *Archivo consistorial*, al día 12 de Diciembre, sólo se halla registrado lo que se anota más abajo (p. 291, not. 1), y en cambio, en el 19 de Diciembre de 1526, se dice expresamente que el cardenal Cesi leyó públicamente una larga carta del emperador al Papa, fechada en Granada, en Septiembre (el día no está indicado) de 1526, y una carta de Carlos al sacro colegio. Pérez en una relación de 24 de Diciembre de 1526 (Gayangos, III, 1, n. 642) hace que la carta imperial del 6 de Octubre se lea en un consistorio de 21 de Diciembre; y cuenta después, que entre los cardenales se originó una disputa, de si el emperador tiene poder para convocar un concilio, y que se resolvió que una comisión de cardenales debía dar la traza de la respuesta á Carlos. Esta comisión se reunió á principios de Enero de 1527. Pérez refiere, en 10 de Enero, que se le dice que la comisión está conforme en todos los puntos, excepto en la materia del concilio. El tono áspero del emperador fué desaprobado por los cardenales. *Ibid.*, n. 9.

tad. Entonces repuso el Papa, que debía haberle puesto de antemano en conocimiento de ello; pues no hubiera impedido que se leyera la carta en el Consistorio». El Papa, poniendo fin á la audiencia, quitó á Pérez la ocasión de ofrecer nuevas disculpas; pero, hablando con el embajador portugués, observó Clemente VII que, en caso de necesidad, usaría para su defensa de las cartas del Emperador (1).

Que los imperiales estaban resueltos á las más extremas medidas, lo demostró el hecho de aumentar Lannoy, por escrito, sus exigencias, y hacer adelantar sus tropas hacia Frosinone (2). La aceptación de las condiciones de Lannoy, el cual reclamaba finalmente, como garantía de la paz, que le fueran entregadas por el Papa, Parma, Plasencia, Ostia y Civitavecchia, y por los florentinos, Pisa y Liorna, hubiera aniquilado la soberanía temporal de la Santa Sede (3); por lo cual declaró el Papa con grande irritación: que si se quería despojarle de todo, no se podría hacer sino por la violencia; no en manera alguna por medios pacíficos (4).

Precipitadamente se continuaron los alistamientos de tropas para el ejército pontificio; en Roma, donde sus habitantes daban las mayores seguridades de que tomarían parte en la defensa, trabajaba activamente el famoso ingeniero Sangallo, en quien ponía el Papa especial confianza (5). Á 10 de Diciembre, el belicoso Legado Trivulzio fué á juntarse con las tropas que se habían de oponer á Lannoy (6), y poco después se publicó un

(1) Carta de Pérez al emperador, de 15 de Diciembre de 1526, publicada por Gayangos III, 1, n. 633.

(2) Cf. Grethen, 141 ss.

(3) V. la *carta de Canossa á Giberti, fechada en Venecia á 16 de Diciembre de 1526, existente en la *Biblioteca municipal de Verona* Cf. el juicio de Leva, II, 406; Gregorovius VIII, 482 y *Professione*, Dal trattato di Madrid 46 a. Carpi y los demás agentes franceses, á pesar del manifiesto rompimiento entre el emperador y el Papa, tenían un convenio entre los mismos, y trabajaban en contra; v. la *relación de G. de Médici, fechada en Roma á 15 de Diciembre de 1526, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

(4) Grethen, 143.

(5) Cf. los *despachos de G. de Médici fechados en Roma, el 2, 4, 28 y 30 de Diciembre de 1526, existentes en el *Archivo público de Florencia*; v. también la relación de Pérez de 15 de Diciembre, publicada por Villa, Asalto, 49 s.

(6) *Die veneris in festo S. Ambrosii 7. Decembris 1526; Referente S. D. N. creavit rev. Aug. de Trivultio s. Theodori diac. card. legatum de latere ad exercitum S. R. E. Die dominica 9 Decembris; rev. d. Aug. card. de Trivultio fuit publicatus legatus ad exercitum... et die sequenti profectus est ad castra. *Acta consist. del viceducado, que se hallan en el *Archivo consistorial*.

monitorio contra todos los profanadores de los Estados de la Iglesia (1).

Estrechamente confederados con Lannoy, estaban los Colonna, respirando venganza, y siempre eficazmente sostenidos por los imperiales de Nápoles. Tarde ó temprano, había ya anunciado Pérez al Emperador, el 4 y el 5 de Diciembre, volverían los Colonna, con el auxilio del virrey de Nápoles, Moncada, á guerrear contra el Papa y procurar arrojarle de Roma (2).

Pero todavía mayor que los peligros que amenazaban por la parte del sud, se vió ser el que lentamente por el norte se iba acercando.

Fué de importancia decisiva para el desenvolvimiento de los sucesos en el norte de Italia, la circunstancia de no haber podido el Papa, á pesar de todas las negociaciones, obtener una inteligencia con Alfonso de Ferrara (3). Sólo con el auxilio de Alfonso había sido posible á Frundsberg realizar, á fines de Noviembre de 1526, el difícil paso del Pó, y penetrar en los distritos de Parma y Plasencia assolándolos. Guicciardini, que estaba allí con las tropas pontificias, requería urgentemente al duque de Urbino para que viniera en su auxilio; pero inútilmente; el Duque permanecía al otro lado del Pó, para proteger el territorio veneciano. «La felicidad del Emperador, decía Guicciardini, es ilimitada en todas las cosas; pero alcanza su cumbre en que sus enemigos no tienen inteligencia ni voluntad para emplear sus fuerzas» (4).

Frundsberg no atacó á ninguna de las ciudades fortificadas, sino acampó en el distrito de Plasencia, para aguardar la llegada

(1) Die merc. 12 Decembris 1526: Fuit decretum monitorium contra invadentes terras et subditos S. R. E. eisquedantes auxilium et favorem. •Acta consis. loc. cit.

(2) Gayangos III, 1, n. 628, 629.

(3) Guicciardini (Op. ined. V, 145) vió en esto una falta capital de la política de Clemente VII; cf. Grethen 138; Salvioli XVI, 279 ss., 284 ss., 293 ss.; XVII, 4 ss. También Canossa había insistido siempre resueltamente en la importancia de ganar al duque de Ferrara; cf. particularmente su *carta á Gi-berti de 4 de Agosto de 1526, que se halla en la *Biblioteca municipal de Verona*. A fines de Noviembre, Alfonso había comunicado al Papa su adhesión á los imperiales (Hellwig 62); á pesar de eso, todavía en 21 de Diciembre de 1526, el cardenal Cibo recibió el encargo de componer la desavenencia con Ferrara (v. el *breve de este día al cardenal Cibo, cuyo original se halla en el *Archivo público de Módena*). Pero todas las tentativas de concordia fracasaron; v. Salvioli XVII, 14 ss.

(4) Gregorovius VIII^o, 485. Cipolla 910.

del ejército del Condestable de Borbón. Éste había tenido que vencer las más graves dificultades con sus indisciplinadas y feroces tropas, las cuales reclamaban con amenazas los estipendios que se les debían. Á 1 de Febrero de 1527 había logrado, finalmente, contentar por lo menos sus tropas en Milán, después de haber—como escribía él mismo al Emperador—chupado hasta la sangre de la ciudad. El de Leiva permaneció en Milán con 12,000 hombres, y Borbón condujo el resto del ejército hacia el sud. En los días desde el 7 al 12 de Febrero, se realizó, no lejos de Plasencia, la reunión de las tropas de Borbón con las de Frundsberg; y aquel ejército, fuerte de unos 22,000 hombres (1), se puso en movimiento, á 22 de Febrero, por la antigua Vía Emilia. Por efecto del mal tiempo y de la sensible falta de vituallas, no pudo adelantar sino lentamente; y si el duque de Ferrara no hubiese enviado repetidas veces bastimentos y dinero, las tropas, sumamente descontentas y en parte indisciplinadas, hubiéranse sin duda disuelto. Nunca había sido más favorable la ocasión para atacar á los imperiales; á pesar de lo cual, continuó inactivo el duque de Urbino, y así pudo el ejército imperial, aunque sufriendo los mayores trabajos, continuar su marcha por Parma y Módena y llegar al río Panaro, antiguo límite de los Estados de la Iglesia. El 8 de Marzo ocuparon un campamento junto á San Giovanni, distante apenas una jornada de Bolonia (2).

Entretanto habían alternado incesantemente en Roma el temor y la esperanza; las medidas belicosas y las negociaciones

(1) Los datos sobre el número de la gente de guerra del ejército imperial, fluctúan mucho. Es del todo increíble la enumeración de Ullon, que aduce Gregorovius VIII^o, 516 (20000 alemanes, 6000 españoles, 14000 italianos). Las indicaciones de Salvioli XVII, 17 (30000) y las del autor de la memoria publicada en la *Osterr. Revue* VIII (1864) 138 (32000) son demasiado elevadas. Los que más se acercan á la verdad son Ammirato y Reissner, que cuentan: cerca de 14000 alemanes, 5000 españoles, 2000 italianos, *hommes d'armes* y 1000 jinetes de caballería ligera (v. Sismondi XV, 272); pues con este número concuerda el importante dato, inadvertido hasta ahora, que se halla en Sanuto XLV, 75 y 218, donde se cuentan cerca de 22000 combatientes; juntóse todavía á éstos numerosa chusma. También dice Vettori 380, que los imperiales que invadieron á Roma no pasaban de 20000 hombres. M. Cresci (*Storia d'Italia* que se halla en la Biblioteca Laurenciana; v. arriba p. 267, nota 6) cuenta: 15000 lanzis, 4000 Spagnoli, 5000 Italiani. Acciajuoli en una "carta á Gamba" indica así las fuerzas de los alemanes: 17000 fanti, 800 cavalli y 12 cañones. *Archivio Ricci de Roma*.

(2) Cf. Barthold, Frundsberg 398 ss., 404 s.; Sismondi XV, 270 ss., Cipolla 914 s.

pacíficas. En los primeros días del funesto año de 1527, había Clemente VII enviado á Lannoy y á los colonenses una solemne exhortación, para que, so pena de excomunión, depusieran las armas; y al propio tiempo había sacado á Horacio Baglioni del castillo de Sant-Angelo, donde había estado preso tres años, y habíale tomado á sueldo (1). El 4 de Enero fué entregado al Papa el ultimátum de Lannoy (2), y cuatro días después llegó el enviado de Francisco I, Renzo da Ceri, esperado por tanto tiempo; pero sin soldados ni dinero (3). «¡Hubiera sido menos malo, juzgaba un tan fervoroso amigo de los franceses como Canossa, que del todo no hubiera venido!» (4) En lugar de los auxilios tan urgentemente necesarios, traía Renzo una nueva exigencia de su egoísta soberano, es á saber: la cesión de Nápoles á Francia (5). El descontento y temor de Clemente VII se aumentó todavía más en aquellos días por la creciente falta de dinero (6), y las continuas exhortaciones de los florentinos para que ajustara aceleradamente una concordia con los imperiales. Con los más negros colores le presentaban sus paisanos aquel infierno que de un momento á otro podría caer sobre Florencia, dirigiéndose á ella los españoles y lansquenets; y semejantes reflexiones hacia el propio Schönberg. Fuera de esto, suplicaba también al Papa Clarisa de Médici, rogando diariamente con lágrimas por la liberación de su esposo retenido en rehenes en Nápoles; de suerte que, según observa el embajador de Mantua, el pobre Papa, acometido por todos lados, podía compararse con un barco combatido

(1) Sanuto XLIII, 579, 614, 615. Villa, Asalto 52 s. Balan, Mon. saec. XVI, 397 ss. Teseo Alfani 309. Grethen 144. Sobre el consistorio de 27 de Diciembre de 1526, v. Fraikin, 424 s.

(2) Grethen, 145.

(3) Grethen 146, asegura con razón, que Renzo no llegó á Roma ya por Diciembre, sino el 8 de Enero; pues indican también dicho día Sanuto XLIII, 632, *N. Raince, en una carta fechada en Roma, á 9 de Enero de 1527 (*Le seigneur Renze arriva hyer soir et fu devers S. S^m. Biblioteca nacional de París*), y *Casella, en una carta fechada en Roma, á 8 de Enero de 1527 (II S. Renzo hoggi è entrato in Roma. *Archivio pubblico de Módena*.) Giberti escribía á Gambara en 24 de Enero. Renzo è venuto senza un carlino. *Archivio Ricci de Roma*.

(4) Professione, Dal trattato di Madrid 48.

(5) Cf. Grethen, 146, quien caracteriza bien en este lugar la política de Francisco I.

(6) V. Sanuto XLIII, 633 s. y *Min. brev. 1527, I, vol. 14, n. 13-15 del *Archivio segreto pontificio*.

en alta mar por contrarios vientos, y arrojado hacia una y otra parte (1).

El cardenal Farnese aconsejaba huir de Roma. «Las cosas no pueden quedar así, juzgaba el embajador veneciano; el Papa está ya sin un sueldo.» Clemente VII confesaba abiertamente su desesperación por no recibir auxilios de ninguna parte, llegando a decir que quería retirarse del todo de la política, y limitarse exclusivamente a sus funciones eclesiásticas (2).

Todavía se aumentaron los cuidados del Papa por las representaciones de algunos miembros del Sacro Colegio, que le aconsejaban con instancia apelara al nombramiento de nuevos cardenales para procurarse los recursos pecuniarios indispensables, y previniera al Emperador con la convocación de un Concilio. La venta de capelos cardenalicios habíala rehusado ya antes Clemente VII con decisión (3), y tampoco ahora quiso oír hablar de ella, impulsado por «honrosos motivos de conciencia» (4). El pensamiento de convocar un concilio, para tener de esta suerte en su mano tan importante asunto, agradaba al Papa en sí mismo; pero arredrábale el temor de que, en tal caso, se le atarían completamente las manos en lo tocante al nombramiento de cardenales. Así seguían todas las cosas indecisas, y ninguna se ponía por obra; y sin embargo, la situación urgía imperiosamente, por lo menos á procurar la seguridad de Roma. A 14 de Enero de 1527 dirigióse Renzo al ejército pontificio, acampado al Sud de la Ciudad, y volvió luego á Roma, donde se hacían armamentos con precipitación febril, y se organizaba militarmente á los ciudadanos (5). Lannoy dió por toda respuesta, volver á co-

(1) V. la *relación de F. Gonzaga de 10 de Enero de 1527, que se halla en el apéndice n.º 111. *Archivo Gonzaga de Mantua*. L'arcivescovo, comunicaba Landriano en una *relación cifrada de 25 de Diciembre de 1526, pingé l'inferno al Papa se non si accorda. Non so quello farà S. S^a, sin qui mostra bon animo. *Archivo público de Mildn.*

(2) Sanuto XLIII, 633, 670, 701.

(3) Cf. arriba p. 282.

(4) Gregorovius VIII, 488; cf. la relación de Landriano, fechada en Roma á 10 de Enero de 1527 (*Archivo público de Mildn*), de que se ha servido de Leva, II, 405.

(5) Cf. Sanuto XLIII, 700, 715; Villa, Asalto 58; Schulz 84-85; las **relaciones de F. Gonzaga de 21 y 29 de Enero de 1527 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y los *despachos de Casella, fechados en Roma, en 1527, á 14 de Enero (El Signor Renzo heri si transferì all' exercito di N. S^a); 16 de Enero (L'artegliaria di N. S., quale è in castel S. Angelo, si mette in ordine per cavarla fuori di

menzar las hostilidades poniendo cerco á Frosinone, á pesar de no haber transcurrido todavía el tiempo de la tregua (1); sobre lo cual, Clemente VII envió á 23 de Enero á todos los feudatarios napolitanos, requerimiento de tomar las armas para defender los Estados de la Iglesia (2); y al propio tiempo se puso en más estrechas relaciones con el Woiwoden de Transilvania, Juan Zapolya, que disputaba al hermano del Emperador la corona de Hungría (3). Entre todas estas medidas belicosas, se continuaban, sin embargo, en aquella época extraña, las negociaciones: en la tarde del 25 de Enero llegó á Roma César Fieramosca enviado por el Emperador con proposiciones para una tregua, y acompañado de Schönberg y Quiñones, los cuales se dirigieron inmediatamente al Belvedere para ver al Papa (4).

El Emperador, que continuaba también usando con Castiglione un lenguaje muy pacífico (5), había encargado á Fieramosca, diese las mayores seguridades de sus buenos sentimientos respecto de la Santa Sede. Pero al propio tiempo proponía condiciones muy duras para ajustar una paz por tres años; es á saber; que se restituyera á los Colonna, se pagara una suma de 200,000 ducados por parte del Papa y de Florencia, y en prenda, se pusieran en manos de un tercero las ciudades de Parma, Plasencia y Civitavecchia. A pesar de la contradicción del Sacro Colegio, Clemente VII, constreñido por su apurada situación, aceptó á

ditto castello); 21 de Enero (armamentos en Roma); 25 de Enero (Qui si fanno tanti a furia et così come li fanno li mandano in campo). *Archivio pubblico de Modena*. Muchos pagos para los armamentos se hallan registrados en los Mandata divers. Clementis VII, 1527. *Archivio pubblico de Roma*.

(1) De Septiembre de 1526 (v. arriba p. 272).

(2) *Die mercurii 23 Januarii 1527: Consulta sobre la publicatio litterarum apostolicarum contra Columnenses et viceregem, quibus hortantur omnes barones et feudatarii regni Neapolitani, ut arma capiant pro defensione personae suae [sc. papae] et terrarum S. R. E., prout fieri deberet, quia iam moniti non destiterunt, et fuit conclusum, ut publicarentur. *Acta consist. del vicecanciller, existente en el Archivo consistorial y en el *Archivio segreto pontificio*.

(3) Grethen, 147-148. Huber, III, 551 s.

(4) V. el ** despacho de G. de'Médici de 25 de Enero de 1527. *Archivio pubblico de Florencia*.

(5) Giberti escribía sobre esto á Gambara en 24 de Enero de 1527: *Il conte Baldessar scrive di Spagna con commissioni amplissime d' accordar con N. S. promettendo voler S. Sta. per padre et tante buone parole che se havesse in animo osservarne la meta saremo felici. *Archivio Ricci de Roma*.

28 de Enero (1) estas proposiciones, y sólo se difirió la ratificación del tratado para poder invitar á Venecia á entrar en él; debiendo por de pronto observarse un armisticio de ocho días (2). Mas aun antes que transcurrieran éstos, volvióse á cambiar enteramente el estado de las cosas; pues, antes que tuviera tiempo para secarse la tinta del contrato, llegó la noticia de que Renato, conde de Vaudemont, representante de las pretensiones angevinas al reino de Nápoles, venía de Francia con 30,000 ducados, y el enviado de Enrique VIII, Sir John Russel, estaba asimismo en camino para Roma con otra suma igual. Esto bastó para que Clemente VII que, con mucha razón, desconfiaba de Lannoy (3), se encendiera de nuevo en deseos de guerra; en términos que Giberti podía, á 29 de Enero, sin respeto á la tregua, enviar al cardenal Trivulzio la orden de embestir (4). A 1.º de Febrero llegó Vaudemont (5); el día 2 revistó el Rector de la Universidad romana á los estudiantes, deseosos de guerrear: 1,500 jóvenes, gallardos y bien armados (6); por la tarde del 4 de Febrero, las hogueras anunciaron en las alturas de Tívoli, que Lannoy «el mayor enemigo de la Santa Sede» (7) había sufrido una derrota delante de Frosinone (8). El Papa y Giberti se entregaban al júbilo por este resplandor de felicidad, que venía á brillar después de tantas desdichas. A 7 de Febrero llegó á Roma Andrés Doria, y se acordó aprovechar la victoria obtenida acometiendo á Ná-

(1) Sobre esto, cf. las *cartas de Giberti á Gambara de 24 de Enero y 2 de Febrero de 1527. *Archivio Ricci de Roma*.

(2) Cf. Sanuto XLIII, 758 s., XLIV, 15 s., cf. 101; Villa, Asalto, 59 s.; Grethen 149 s.; Professione, Dal trattato di Madrid 50. Sobre las negociaciones da cuenta muy por menudo G. de'Médici en sus *despachos de 26 y siguientes de Enero de 1527, que se hallan en el *Archivio público de Florencia*.

(3) Cf. la interesante *relación de G. de'Médici de 1 de Enero de 1527, que se halla en el *Archivio público de Florencia*.

(4) Gualterio, Corrispondenza 67. Grethen, 152. Brosch, I, 98.

(5) Sanuto XLIV, 33. Gualterio, 77. *Carta de G. de'Médici, fechada en Roma á 1 de Febrero de 1527. *Archivio público de Florencia*. *Giberti á Gambara, en 2 de Febrero de 1527. *Archivio Ricci*. La *carta de Francisco I á Clemente VII, en la que pide el rey se dé buena acogida á Baudemont, está fechada en St. Germain, el 2 de Diciembre [de 1526]. Lett. d. princ. IX, f. 292-293. *Archivio segreto pontificio*, Cf. Fraikin, LXXVIII.

(6) G. de'Médici el 2 de Febrero de 1527: *Hoggi ha fatto la mostra il rettore dello studio con più de mille cinque cento istudianti, bene armati et bella gioventù, *Archivio público de Florencia*. Cf. la **carta de Casella de 2 de Febrero de 1527, que se halla en el *Archivio público de Módena*.

(7) Sanuto, XLIV, 34.

(8) *G. de'Médici en 4 de Febrero de 1527. *Archivio público de Florencia*.

poles (1). Y, sin embargo, una conjuración que precisamente por entonces se había descubierto en Roma, debía haber movido á proceder con la mayor precaución.

Para excitar turbulencias á espaldas de las tropas pontificias, habíanse puesto Lannoy y los Colonna en relaciones con el jefe de los Orsini, Napoleón, comendador de Farfa; prometiendo á aquel hombre inquieto, un sueldo del Emperador y la hija de Vespasiano Colonna, que llevaría en dote 30,000 ducados. En cambio se obligó por su parte Napoleón Orsini á permitir á las tropas de Carlos V, capitaneadas por Ascanio Colonna, el paso por sus dominios, y abrirles, por medio de sus partidarios en Roma, una puerta de la Ciudad. Al propio tiempo debía Napoleón reunir todas sus tropas, y presentarse con ellas en la ciudad leonina so color de amparar al Papa, pero en realidad para asesinar al Sumo Pontífice y á ocho cardenales. El atentado ofrecía tanto mayores esperanzas de éxito, cuanto que el traidor Orsini poseía toda la confianza del Papa; pero, por dicha suya, se enteró, sin embargo, Clemente VII del peligro que le amenazaba, por medio del conde de Anguillara, á quien Orsini había invitado á tomar parte en la conjuración; y así hizo prender al Comendador en Bracciano á 1.º de Febrero y conducirle al Castillo de Sant-Angelo, donde, después de alguna resistencia, hizo una completa confesión (2).

El fracaso de la conjuración, la derrota de Frosinone y, finalmente, el avance de las tropas pontificias contra Nápoles, produjeron tanta impresión en Lannoy, que desistió de sus primeras exigencias tocantes á los subsidios pecuniarios, á la entrega de plazas fuertes y á la restitución de los Colonna. Y aun cuando los

(1) Sanuto XLIV, 68, 98 ss. * G. de Médici el 7 de Febrero de 1527: M. Andrea Doria è venuto qui. *Archivio público de Florencia*. * Casella refiere en 14 de Febrero de 1527: Qui ogni dì giugnon tanti novi; en 24 de Febrero: Las tropas se han partido; heri notte regresó Paolo d'Arezo. *Archivio público de Módena*. Cuán exageradamente se apreció de parte de los del Papa, la victoria conseguida en Frosinone, lo muestra también una carta de Salviali á Gambara, fechada en Poissy, á 18 de Febrero de 1527, publicada por Fraikin, 262.

(2) Sobre la conjuración de N. Orsini, además de las breves indicaciones que se hallan en Sanuto XLIV, 38, 46 y Guicciardini XVIII, 1, cf. las ** relaciones circunstanciadas de Casella de 2 de Febrero de 1527 (*Archivio público de Módena*) y ** de F. Gonzaga de 6 y 10 de Febrero de 1527 (*Archivio Gonzaga de Mantua*). V. también la * carta de Acciaiuoli á Gambara de 18 de Febrero de 1527, que se halla en el *Archivio Ricci de Roma*.

delegados franceses y venecianos continuaban todavía entonces disuadiendo todo armisticio, hubiérase éste ajustado sin embargo, si el representante de Inglaterra no hubiera insistido en que debía interrogarse antes la opinión de Venecia; pero ésta se hizo esperar (1) y entretanto fueron llegando á Clemente VII, uno en pos de otro, correos parecidos á los de Job.

El monarca francés no había propiamente cumplido ninguna de sus brillantes promesas. Sus tropas auxiliares habían llegado tarde y en número insuficiente; también se continuaba esperando inútilmente en Roma el pago de la contribución mensual para la guerra, á que se había obligado; á pesar de la concesión de un diezmo sobre las rentas eclesiásticas de toda Francia, no había enviado Francisco I, en total, sino la suma, ridículamente exigua, de 9,000 ducados. También los auxilios en hombres y dinero, que había prometido para la empresa contra Nápoles, resultaron tan insignificantes, que aquella expedición, comenzada con tantas esperanzas, hubo de suspenderse. La caza y otros placeres reclamaban hasta tal extremo la atención del liviano rey, que no le quedaba tiempo para poder ocuparse en cosas serias. Francisco I continuaba con los italianos tan liberal como siempre en bellas frases, pero faltaban las obras; y su descuido causaba al enviado pontificio Acciaiuoli verdadera desesperación (2). Este descuido se acrecentó aún más á medida que las cosas de Italia fueron tomando un sesgo más y más favorable para los imperiales; y hasta un tan fiel partidario de Francia como Canossa, se veía obligado

(1) Cf. Grethen, 153 ss. La relación de Raince que aquí 154, not. 1, se cita, en el original lleva esta fecha: Roma, 21 de Febrero de 1527; v. Fraikin, LXXIX, not. 2. Cf. también el *despacho de G. de Médici, de 21 de Febrero de 1527, que se halla en el *Archivio pubblico de Florencia*. En 20 de Febrero de 1527, Clemente VII expidió una nueva *bula contra los Colonna, *Archivio segreto pontificio*; v. apéndice, n. 112.

(2) V. las relaciones de Acciaiuoli, publicadas por Desjardins II, 859, 862 ss., 868 s., 870 ss., 890 s., 892 ss.; cf. además Fraikin 181 ss. Es también característico para conocer la conducta del gobierno francés, el modo cómo trató á L. di Canossa, uno de sus más fieles parciales y agentes. Por largo tiempo se olvidó enteramente de él. Esto se saca de las *cartas de Canossa á F. Robertet. Dícele en ellas, el 1 de Mayo de 1526: No sé lo que he de hacer. 17 de Mayo: Estoy sin noticias. 8 de Junio: Se me ha tratado mal de parte de los franceses. 13 de Junio: No recibo de Francia noticia alguna. 14 de Junio: El dinero prometido no ha llegado. 18 de Septiembre: Estoy sin noticias sobre los intentos del rey. 19 de Enero de 1527: Hace dos meses que no tengo noticia alguna de la corte de Francia, lo cual causa también extrañeza á los venecianos. Todas estas *cartas se hallan en la *Biblioteca municipal de Verona*.

á confesar, que Francisco I daba por perdida la causa del Papa (1). No era mucho mejor la conducta de los venecianos, los cuales emplearon, es verdad, todos sus recursos, para estorbar una avenencia del Papa con el Emperador; pero no hacían en manera alguna semblante de querer proveerle de medios para continuar la guerra. «Venecia, escribía Canossa á Giberti, ya á 28 de Noviembre de 1526, no cuida sino de sus propios intereses; auxilios no pueden esperarse de allí ni más ni menos que de Francia» (2).

Entretanto íbase aproximando cada vez más el peligro que por el Norte amenazaba: Florencia y Roma hallábanse gravísimamente expuestas, mientras Venecia y el duque de Urbino no pensaban sino en sí propios (3). Por otra parte, en el Sud no podían aprovecharse las ventajas obtenidas contra Nápoles, pues el Papa, á quien sus confederados habían dejado en el atolladero, se hallaba cada día más falto de recursos pecuniarios; por lo cual, no sólo faltaban á los soldados las pagas, sino llegó á faltarles aun lo más necesario: el pan. A turbas abandonaban las banderas aquellos soldados medio muertos de hambre, y el resto tuvo que retirarse, finalmente, á Piperno. En Terracina se descubrió una conjuración para entregar la ciudad á Pompeyo Colonna (4).

En este apuro hizo Clemente VII enviar, á 6 de Mayo, un salvo-

(1) *Voglio anche dirvi che per la ultime lettere che io ho di Francia io comprendo apertamente che aveano le cose di Roma per disperate e però non è da maravigliarsi se sono anche più negligenti nelle provisioni di quello che la natura loro porta. Carta de Canossa á Giberti, fechada en Venecia á 11 de Febrero de 1527. *Biblioteca municipal de Verona*. Canossa no juzgaba con excesiva dureza, pues en 1 de Febrero de 1527, Acciaiuoli resumía ante Gambara sus quejas sobre la lentitud de los franceses, con las siguientes palabras: *Sono tarde queste loro executioni così de denari come delle altre cose, che farrieno crepar l'anima di Giob. *Archivio Ricci de Roma*.

(2) **Carta de Canossa á Giberti, fechada en Venecia á 28 de Noviembre de 1526. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Guicciardini, XVIII, 1; cf. Sanuto XLIV, 204, 233, 300; *carta de N. Raince, fechada en Roma á 24 de Febrero de 1527 (N. S. Père ne se peut faire que trop mal contenter du mauvais deportement du duc de Ferrare et du refus qu'il a fait de ces beaux partits á luy offerts), existente en la *Biblioteca nacional de París*, loc. cit., f. 148. V. también de Leva, II, 410 y la carta de Canossa, publicada por Professione, Dal trattato di Madrid, 53 s., 148, 164.

(4) Sobre los apuros del ejército del Papa: Lettere d. princ., II, 213*. Raumer, Briefe, I, 253. Sanuto XLIV, 148, 233, 340; de Leva, II, 409. Grethen, 156. *Cartas de F. Gonzaga de 2 y 11 de Marzo, existentes en el *Archivio Gonzaga de Mantua*, de *Casella de 13 de Marzo, existente en el *Archivio publico de Modena*, y de *G. de' Médici, de 14 de Marzo de 1527, que se halla en el *Archivio publico de Florencia*. Sobre Terracina v. Sanuto XLIV, 213.

conducto á César Fieramosca (1); y cinco días más tarde llegó á Roma aquel encargado de negocios del Emperador. En el mismo día llegó también Du Bellay, con muchas hermosas promesas, pero sin los 20,000 ducados ansiosamente esperados (2). Conforme á su habitual proceder, titubeó Clemente VII todavía algunos días; pero, por fin, no le quedó, en su apurada situación, otro recurso sino aceptar las proposiciones de concordia que le hacían Fieramosca y Serenón, como plenipotenciarios de Lannoy. En la noche del 15 al 16 de Marzo se ajustó una tregua de ocho meses, conforme á la cual, cada partido debía restituir sus conquistas, aunque reteniendo el Papa, durante el tiempo de esta tregua, los dominios arrancados á los Colonna. Por el contrario, Clemente VII prometió dejar sin efecto todas las penas fulminadas contra el mencionado linaje, y juntamente asimismo la restitución del cardenal Pompeyo, y como rescate de los rehenes Strozzi y Salviati, el pago de 60,000 ducados al ejército imperial, el cual se retiraría de los Estados de la Iglesia. El mismo Lannoy debía ir personalmente á Roma para la ratificación, y en ello consideraba el Papa una garantía de que también el duque de Borbón aceptaría el tratado (3).

Lannoy llegó á Roma el 25 de Marzo, y el Papa le recibió con grande honra señalándole habitación en el Vaticano (4). Los con-

(1) * A Cesare Fieramosca è suto mandato salvo condotto se vorrà venire a resolver l' accordo per virtù del mandato mandò il Vicerè per Giovanni della Stupha. Carta de G. de' Médici, fechada en Roma á 6 de Marzo de 1527. *Archivo público de Florencia*.

(2) Además de la carta de Giberti de 12 de Marzo (Lett. d. princ., II, 218), v. el *despacho de G. de' Médici de 11 de Marzo de 1527 (Mons. de Langes è arrivato questa mattina, etc.), que se halla en el *Archivo público de Florencia*; cf. el *despacho de Casella de 11 de Marzo de 1527, existente en el *Archivo público de Módena*; Sanuto XLIV, 277, 300; Desjardins, II, 899; Villa, Asalto, 72; Grethen, 157; Bourrilly, 40 s.

(3) Guicciardini, XVIII, I. Sanuto XLIV, 310 s., 313 s., 328, 339, 424-431, 448, 452. Lett. d. princ. II, 220* s. Bucholtz, III, 604 ss. Grethen, 160. Bnumgarten, Karl V, II, 532; de Leva, II, 413. Fraikin, 435 s., y los dos **despachos de G. de' Médici de 16 de Marzo de 1527. *Archivo público de Florencia*. Cuán confiado estaba el Papa, lo muestra el haber sacado de la prisión á Nap. Orsini; cf. las **cartas de F. Gonzaga de 23 y 25 de Marzo de 1527. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Además de Sanuto XLIV, 358, 406-407, 419, y Villa, Asalto, 81 s., v. las *relaciones de Casella de 25 de Marzo de 1527, en el *Archivo público de Módena*, de *G. de' Médici de 25 de Marzo, en el *Archivo público de Florencia*, de *F. Gonzaga de 25 de Marzo, en el *Archivo Gonzaga de Mantua* y las *Acta consist. del vicedanciller: Die lunae 25 Martii: Carolus prorex Neapolitanus

trarios de Carlos V procuraron todavía á última hora cambiar el ánimo de Clemente VII, representándole cuán peligroso era entregarse á la buena voluntad de los imperiales; John Russel opinaba que todo aquel convenio no era sino un artificio para separar al Papa de sus aliados; pero Clemente VII, después de la venida de Lannoy consideró como enteramente cierta la ejecución del convenio, y respondió decididamente á los delegados que le prevenían en contra: Quod scripsi, scripsi (1). A 27 de Marzo explicó la situación en un consistorio secreto (2); y el 28 se justificó con el Dux de Venecia, fundándose en el agotamiento de todos sus recursos (3); el 29 siguió la ratificación del tratado (4).

Confiando en la lealtad de Lannoy (5), cumplió Clemente VII sin demora y de la manera más concienzuda, las obligaciones contraídas; de suerte que no se puede poner en duda la seriedad de sus pacíficas intenciones (6). Para zanjar definitivamente todas las controversias, se pensó en enviar á Giberti á Francia é Inglaterra (7); y aun cuando Clemente VII se hallaba, en la guerra de Nápoles, en ventajosa situación, retiró, tanto la escuadra como el ejército de tierra, y aun llegó á licenciar, para disminuir los gastos, á todas sus tropas, excepto sólo 100 caballos ligeros y 200 soldados de línea de las llamadas «compañías ne-

Romam venit compositurus inducias cum S. D. N. Clemente VII, et in palatio hospitatus est in ea parte palatii, quam Innocentius VIII aedificavit, et in cappella datus est locus apud pontificem ad dextram. *Archivo consistorial y Archivo secreto pontificio*.

(1) Sanuto XLIV, 338.

(2) Acta consist. del vicecanciller; v. Fraikin, LXXXI, not. 1.

(3) *Carta duci Venetiarum, fechada en Roma á 28 de Marzo de 1527. Arm. 44, t. 9, f. 336. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Sanuto XLIV, 419, 432.

(5) Cf. las *relaciones de G. de' Medici, fechadas en Roma á 28, 29, 31 de Marzo, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*.

(6) Guicciardini, XVIII, l. Grethen, 161.

(7) Cf. el *despacho de F. Gonzaga de 1 de Abril de 1527 (publicado en parte por Gregorovius, VIII, 498), existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*, *el de Casella de 13 de Abril (en que se anuncia la próxima partida de Giberti), que se halla en el *Archivo público de Módena*, Sanuto XLIV, 520 s. y la *carta de G. de' Medici de 15 de Abril (Mons. de Verona partirá domane o altro), que se halla en el *Archivo público de Florencia*. En 16 de Abril fueron otorgados los breves credenciales. Fraikin, 388. Pero en vista de las malas noticias del norte, dejóse enteramente de efectuar el viaje de Giberti, contra el cual Canossa se había declarado resueltamente desde el principio; v. Professione, Dal trattato di Madrid, 54 s.

gras» (1). Todas estas medidas demuestran con cuánta seguridad contaba con que también Borbón aceptaría el tratado; y para conseguirlo había partido luego a 15 de Marzo, hacia el campamento de los imperiales, Fieramosca, con todos los poderes necesarios. Es cierto que tanto el Papa como Giberti ni aun remotamente sospecharon toda la grandeza del peligro con que el ejército imperial les amenazaba; y cuando llegó a Roma la primera noticia de que las tropas de Borbón se negaban a aceptar el convenio ajustado con Lannoy, Giberti no vió en ello sino una tentativa de sacar con esta resistencia mayor cantidad de dinero (2).

De todos estos engaños de Clemente VII y de sus consejeros, fué el más funesto el haber creído que los capitanes imperiales tenían todavía influencia sobre su ejército, cuando hacía ya tiempo habían perdido toda autoridad.

Luego a los primeros rumores de las negociaciones entabladas por Lannoy con el Papa, habíanse puesto en conmoción los soldados alemanes y españoles, que desde 8 de Marzo vivaqueaban en San Giovanni, no lejos de Bolonia. Aquellas tropas se hallaban en la más triste situación: hacía más de cuatro meses que venían sufriendo con paciencia la pobreza, el hambre y el frío, y aún no podía vislumbrarse el fin de todos aquellos padecimientos. Las nieves y lluvias en gran cantidad, habían convertido la región casi en un pantano, y los soldados acampaban allí, mal cubiertos con vestidos calados por el agua, en parte sin calzado, y todos sin salario ni mantenimientos suficientes (3). La perspectiva del botín: la rica Florencia, y la todavía más rica Roma, era lo único que hasta entonces los había contenido, y consoládoles en medio de todas sus penalidades. Puede, por tanto, imaginarse fácilmente, qué impresión produciría en ellos la noticia de que se les iba «á arrojar de Italia como mendigos» y arrancar el premio de la victoria. A la manera que un viento tempestuoso, aumentando de continuo su fuerza, pone el mar en creciente agitación; hasta que

(1) V. Sanuto XLIV, 453; Guicciardini, XVIII, 1, y las «relaciones de Casella, fechadas en Roma en 1527 á 27 de Marzo (Per quanto intendo N. S. fa distribuir tutti li soi cavalli alle stanze, cassa quasi tutta la fanteria) y 31 de Marzo, que se hallan en el *Archivo público de Módena*. Sobre la vuelta del cardenal Trivulzio, v. *Acta consist. al 10 de Abril de 1527, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio* y el *despacho de F. Gonzaga de 11 de Abril de 1527, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Lett. d. princ. II, 228.

(3) V. Barthold, Frundsberg, 411.

finalmente, las olas chocando entre sí producen un verdadero caos; así los rumores que corrían de boca en boca acerca de una desventajosa paz, promovieron en el ejército imperial un tumulto de pasiones cual nunca se había visto. Los españoles, á quienes hacía ocho meses el Emperador debía sus pagas, fueron los primeros en amotinarse: arrojáronse furiosos sobre la tienda de Borbón, reclamando con horribles clamores sus completos salarios. Borbón tuvo que esconderse en una caballeriza, y los amotinados mataron á golpes á uno de sus nobles, y saquearon su tienda. En un instante concurrieron también los alemanes contagiados por el tumulto, gritando asimismo: «¡dinero! ¡dinero!» y negándose, si no se les pagaba, á dar un paso más. «Los ánimos de todos aquellos soldados se inflamaron y ardían como el fuego, queriendo matar á sus jefes y oficiales.» La tentativa de obtener suficientes recursos pecuniarios del duque de Ferrara, fracasó; sobre lo cual reunió el «padre Frundsberg», á 16 de Marzo, á los soldados alemanes, y les dirigió una alocución «tan grave, que hubiera conmovido hasta á una piedra». Sin embargo, todas las reflexiones de aquel hombre, que durante una edad había domeñado á los lansquenets con el poder de su presencia, su voluntad, sus palabras y sus éxitos, fueron entonces infructuosas. «¡Dinero! ¡dinero!», gritaban los enfurecidos soldados, y aun llegaron á volver sus armas contra sus jefes. Entonces la naturaleza de gigante de Frundsberg se desplomó súbitamente; abrumado de dolor y de enojo cayó, sin pronunciar palabra, sobre un tambor; le había dado un ataque de apoplejía (1).

Los partidarios de Clemente VII consideraron, en la inesperada desgracia de Frundsberg, un castigo de Dios, por haberse descomedido á decir que pondría sus manos sobre la sagrada persona del romano Pontífice; pero si esperaron que los lansquenets se dispersarían privados de su adalid, pronto hubieron de convencerse con amargura de su engaño. Los alemanes no quisieron ya entonces sino apartarse lo más aceleradamente posible de aquel sitio funesto; todo el ejército estuvo de acuerdo en que debía en todo caso avanzar, dirigiéndose á regiones que no se hallaran todavía

(1) Además de Reissner, 98 s., Guicciardini, XVIII, 2, Barthold, 411 s., y de Leva, II, 413, cf. también la relación que se halla en Sanuto XLIV, 327, 329, como asimismo Gassler, 77 s.; Balan, Mon. saec. XVI, 410 ss.; Villa, Asalto, 75 ss. y Lebey, 406 s.

esquilgadas y les prometieran mantenimiento y botín. Borbón había dado un ducado á cada uno de los soldados, y prometiéndoles una ilimitada facultad de saquear, «según la ley de Mahoma» (1).

Tal era la situación de las cosas, cuando á 20 de Marzo llegó Fieramosca con el tratado de 15 de Marzo y 30,000 ducados. Esta suma no podía contentar á los soldados, y era sólo como una gota de agua sobre una piedra ardiendo. Conforme á esto fué el recibimiento que se hizo al mensajero de paz: «Parecían leones rabiosos», escribía Fieramosca al Emperador; con trabajo logró dirigirse por el río á Ferrara, para salvar su vida (2). Borbón había perdido toda su autoridad sobre el ejército; destituido de consejo, veía delante de sí un caos, y sólo reinaba unanimidad en esta solución: ¡adelante á todo trancel! ¡adelante hacia Florencia, adelante hacia Roma!

A 29 de Marzo envió Borbón á Lannoy el mensaje, que la necesidad le obligaba á continuar avanzando; y al propio tiempo notificó asimismo al Papa su resolución; con lo cual se rompía la tregua. Poco después elevó sus exigencias á 150,000 ducados (3). «Sólo entre tres cosas, escribía Guicciardini á Giberti á 29 de Marzo de 1526, os queda que escoger: ó concederlo todo, por medio de un nuevo tratado; ó huir, ó defenderos hasta la muerte» (4).

Después que llegaron vituallas y municiones de Ferrara, púsose de nuevo en movimiento el ejército imperial el 30 de Marzo.

Muchos creyeron que aquellas indisciplinadas tropas se arrojarían inmediatamente sobre Florencia; pero los Apeninos estaban todavía cubiertos de nieve y bien guarnecidos de tropas, por lo cual, dejando á un lado á Bolonia, continuaron lentamente por la antigua Vía Emilia, saqueando é incendiando, en dirección hacia la Romaña (5).

(1) Jovius, Alfonsus, 189. Guicciardini, XVIII, 2. La relación de Fieramosca se halla en Lanz, I, 231. Barthold, 415 s.

(2) Sanuto XLIV, 347, 353, 362, 371, 381, 395, 436 s., 440. Lanz, loc. cit., y Salvioli, 20.

(3) Schulz, 92 s., 94, 173-174.

(4) Op. ined. V, n. 152. Gregorovius, VIII, 499. Además de la relación aquí citada de F. Gonzaga, de 7 de Abril, cf. el "despacho de G. de' Medici de 6 de Abril de 1527, existente en el *Archivio pubblico de Florencia*.

(5) Sanuto XLIV, 382, 394, 409, 450, 451, 453 s., 462, 467, 499 s., 518 s. Barthold, 418 s.

Guicciardini había podido entretanto conseguir del duque de Urbino (el cual permanecía hasta entonces junto al Pó, preocupándose solamente de asegurar el distrito de Venecia), que, por lo menos, emprendiese la marcha en pos del enemigo; aunque á la verdad, manteniéndose á respetuosa distancia. Esto movió al duque de Borbón á dirigirse hacia los Apeninos, escogiendo la vía que conduce por Méldola al valle superior del Arno. La lluvia caía á torrentes, pero el ejército continuaba, sin embargo, avanzando por las montañas, donde se veía forzado á abandonar todos los furgones: la esperanza del «glorioso saqueo de Florencia» daba alas á los soldados, los cuales llegaron el 16 de Abril á Santa Sofía, perteneciente ya al distrito de los florentinos (1).

A ruegos de Clemente VII, había Lannoy, á 3 de Abril, salido de Roma para la Romaña, llevando 60,000 ducados del Papa y 20,000 de sus propios fondos, para mover al ejército imperial á volverse; cartas de Borbón le indujeron á variar su ruta y dirigirse en primer lugar á Florencia, donde logró convenir con los agentes de Borbón, que los florentinos pagarían al ejército imperial la suma de 150,000 ducados, y, después de satisfecha la primera mitad, se retirarían aquellas tropas (2). Entretanto había continuado Clemente VII el licenciamiento de sus soldados; y apenas llegó á su noticia el convenio ajustado con los florentinos, cuando, por mal entendida economía, y disgusto por el desfreno de los soldados, despidió también sus últimas tropas «las compañías negras» (3). Vaudemont se embarcó en Civitavecchia con sus soldados, dirigiéndose á Marsella, como si ya la paz se hubiese ajustado (4); todas las advertencias fueron inútiles; «sin embargo, escribía Francisco Gonzaga á 11 de Abril, la inconsideración y la negligencia son demasiadamente grandes; antes de poner en efecto la tregua, el Papa se ha desarmado completa-

(1) Guicciardini, XVIII, 2. Barthold, 420 ss.

(2) Grethen, 163 s. Cipolla, 916. D. Marzi, *Il viaggio del Vicerè di Napoli al campo cesareo per l'accordo del duca di Borbone col Papa e coi Fiorentini e l'aggressione a Santa Sofia*, 19 d' aprile 1527, Dicomano 1900. (Impreso como manuscrito).

(3) Cf. Guicciardini, XVIII, 2, y las «relaciones de G. de' Medici, de 6, 8, 12 y 13 de Abril de 1527, existentes en el *Archivo público de Florencia*.

(4) Cf. Guicciardini, XVIII, 2, y el «despacho de G. de' Medici, fechado en Roma á 15 de Abril de 1527: «Mons. di Vadamon partì questa mattina per andare a Civitavecchia per imbarcar se e sue gente sopra una galea di N. S. e una di Venetiani per andare a Marsilia. *Archivo público de Florencia*.

mente». Todo se ha hecho sólo para ahorrar un poco de dinero; «no hay quien no se maraville de semejante proceder; sin duda alguna lo ha ordenado así la voluntad de Dios, para perder á la Iglesia y á su Jefe» (1).

En Roma dominaba una impresión extraña, cual precede casi siempre á las grandes catástrofes; volvían á reproducirse de nuevo, con redoblada fuerza, las antiguas profecías de un aniquilador juicio de Dios contra el asiento y punto central del Gobierno eclesiástico (2); y algunos acaecimientos extraordinarios, en los que se pretendía ver milagrosas señales; v. gr., un rayo que cayó en el Vaticano á la llegada de Lannoy; habían llenado de consternación los ánimos medrosos; en todas estas cosas se miraba un aviso de que la ira del cielo iba á castigar á la ciudad pecadora (3).

Todavía impresionó más por un momento á los romanos, uno de aquellos fanáticos predicadores de penitencia que, por aquel tiempo, procuraban frecuentemente aumentar todavía, por medio de sus vaticinios (4), la conmoción de los habitantes de Italia, gravemente afligidos por la guerra, la peste (5) y otras calamidades.

El Jueves Santo, 18 de Abril de 1527, cuando Clemente VII, después de la lectura de la bula *In Coena Domini*, daba la solemne bendición á 10,000 devotos; un hombre, que gesticulaba como un demente, casi enteramente desnudo y cubierto sólo con un delantal de piel, se encaramó á la estatua del apóstol San Pablo, que estaba delante de la iglesia de San Pedro, y exclamó dirigiéndose al Papa: «¡Bastardo sodomítico! ¡por tus pecados será

(1) Cf. la **carta de F. Gonzaga de 11 de Abril de 1527, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. también Lett. d. princ. I, 106^a.

(2) Cf. Döllinger en el *Histor. Taschenb.*, 1871, 288 s. Grauer en el *Histor. Jahrb.*, XIX, 282 s.

(3) Jovius, Columna, 356. Cf. la relación publicada por Villa, Asalto, 140-141; v. también L. Guicciardini en Milanese, 178 s.

(4) Sobre las profecías de los astrólogos ya por el año 1524, v. el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*. Cf. además Atti d. Romagna, 2 serie, II, 432 ss.; Sitzungsber. der Wiener Akad., LXXXII, 375; Roscoe, IX, 232; Arch. stor. Lomb., 3 serie, XXIX, 35.

(5) Sobre la peste, v. arriba p. 238. Por Enero de 1526 fué Roma también perjudicada por una inundación del Tíber; v. el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*, y la *relación del embajador mantuano de 21 de Enero de 1526, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Roma destruida! ¡confiéstate y conviértete! Si no me quieres creer, dentro catorce días verás el efecto» (1).

El tal profeta no era una novedad para los romanos; ya en el verano de 1525 un ermitaño les había anunciado sus extrañas visiones (2); pero el vaticinio del nuevo mensajero de desastres, á quien se conocía con el nombre de Brandano, sobrepujaba, sin embargo, en muchos respectos, á todo cuanto hasta entonces se había oído. La intervención de semejante fanático constituye un episodio por extremo característico de aquellos tiempos agitados. Bartolomé Carosi, llamado *Brandano* (3), era oriundo de Petrojo en el distrito de Sena; después de haber llevado durante mucho tiempo en el mundo una vida desordenada, se convirtió súbitamente, hizose ermitaño y se entregó á rigurosos ejercicios de penitencia. Luego abandonó su soledad, y visitó las ciudades de su país natal para reprender á los moradores su pecaminosa conducta: ¡la ira de Dios iba á descargar; la guerra, la peste y otras calamidades serían efecto de la inmoralidad general! Este era en todas partes el asunto de sus predicaciones. Algunas veces, inflamado por su fervor, hablaba también en verso (4); pero, por ventura, más aún que sus predicaciones y profecías ejercía influjo su

(1) V. la relación española del Sacco, publicada por Villa, Asalto, 141.

(2) Cf. la «relación de G. de' Medici de 29 de julio de 1525, existente en el *Archivio pubblico de Florencia*. Reumont, III, 2, 192, identifica erróneamente al primer profeta con Brandano; el autor de la «*Neuwe reyting*» (sobre cuya autoridad v. Schulz, 44), hace positiva distinción entre los dos profetas diversos, y asimismo Santoro, 7. Del primer profeta habla también Canossa en una «carta de 5 de Agosto de 1525, en la que envía á la reina de Francia una profecía de uno romita che sta a Roma, il quale ha predite molte cose che sono state vere et maxime in le cose del re. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) G. B. Pecci (Notizie s. vita di Bartol. da Petrojo chiamato Brandano. 2.^a ed., Lucca 1763) se apoya entre otros, en A. Bardi, Storia di Siena (Ma.). La conversión se traslada aquí (5) al año 1526, por lo cual queda enteramente excluida la identidad con el profeta de 1525. Pecci muestra que la afirmación de que el arzobispo de Sena había permitido, en 1614, el culto de Brandano, es una fábula. Esta afirmación se halla junto con otras fábulas en la «Vita de Brandano, que va con el nombre de C. Turi, y se halla en el Cod. 3212 de la *Biblioteca Casanatense de Roma* (cf. *ibid.* Cod. 1205 y 2627). También hay fragmentos de esta «Vita en el Cod. Palat., 680, de la *Biblioteca nacional de Florencia*. El autor es ardiente partidario de su héroe, en quien ve un santo y verdadero profeta. En opuesto punto de vista se coloca el autor del escrito citado por Moreni, I, 111. Más obras sobre Brandano pueden verse en Orano, I, 247, nota.

(4) Crescimbeni, Comment. intorno alla volg. poesia, II, 195. Tiraboschi, VII, 3, 215. Ruth, Poesie, II, 491.

aspecto exterior: miserablemente vestido, los pies descalzos, y caídos hasta los hombros los largos cabellos rojos y enmarañados, andaba el profeta de una á otra parte; su cuerpo era fornido, pero demacrado por los ayunos; el rostro pálido y surcado de arrugas; los ojos de un amarillo verdoso, marchitos por las lágrimas y las vigiliass, y sus movimientos groseros y pesados. Mientras predicaba tenía en su mano derecha un crucifijo y en la izquierda una calavera (1). Unos le miraban como á un loco; á los ojos de otros era un profeta y un santo; y el pueblo común contaba muchas cosas acerca de sus duros ejercicios de penitencia, de sus frecuentes peregrinaciones á Santiago de Compostela, y hasta de milagros que habría ejecutado (2). En Sena había predicado en la catedral, y ahora anunciaba con clamores y lamentos, la caída de la Ciudad Eterna, la cierta ruina de los sacerdotes y de todos los habitantes, así como la renovación de la Iglesia (3).

La víspera de la Pascua de 1527, dirigióse Brandano desde Campo di Fiore hacia el castillo de Sant'Ángelo, y clamó en alta voz, como otro segundo Jonás: «¡Roma, haz penitencia, pues se hará contigo como con Sodoma y Gomorra!» Después hablaba en voz baja consigo mismo: «Ha despojado á la Madre de Dios para ataviar á su cortesana, ó mejor, á su amiga». Con ocasión de estas injuriosas declamaciones, el Papa puso término á las predicaciones de Brandano, mandándole encerrar (4); pero, puesto poco después en libertad, comenzó de nuevo el ermitaño su agitación, la cual le atrajo un segundo encarcelamiento (5).

La ruina que vaticinaba el profeta, se iba llegando cada día más cerca, como una maldición.

A pesar del convenio con los florentinos, el ejército de Borbón continuó su marcha; con extraordinarias fatigas logró doblar la cumbre de los Apeninos arrastrando á brazo, por medio de

(1) L. Guicciardini en Milanesi, 177.

(2) *Vita, loc. cit.

(3) L. Guicciardini en Milanesi, 178; cf. 330 y Bernino, IV, 368.

(4) Esto lo refiere Lanceolino, como testigo de oídas, en la relación citada abajo p. 321, not. 1; v. Schulz, 66; cf. 44, 47, 51, 54, 69. V. además L. Guicciardini en Milanesi, 178, y Cave, 391.

(5) Guicciardini, loc. cit. Döllinger en el *Hist. Taschenb.*, 1871, 291. Una profecía fijada entonces públicamente en Roma, la cual trae Reissner, fué puesta en boca del profeta de Sena, según sospecha Gregorovius VIII^o, 512.

sogas, las ocho piezas de artillería de campaña (1). A 18 de Abril, las tropas, medio muertas de hambre, llegaron á Santa María in Bagno, situada en la parte Sud de los montes; el 20 de Abril acampó Borbón en Pieve di San Estéfano, en el valle superior del Tíber, donde se encontró con Lannoy. Éste había salido de Florencia á 15 de Abril, y el 19 del mismo mes se había visto atacado por los habitantes de Santa Sofía y obligado á refugiarse en la abadía camaldulense de Santa María in Cosmedin. Dos días después se trasladó súbitamente al campamento de los imperiales; pero pronto se descubrió que él y Borbón trataban de engañar á los florentinos; por lo cual tomaron éstos enérgicas precauciones para la defensa de su ciudad (2).

El que Borbón hiciera subir entonces sus exigencias hasta la suma de 240,000 ducados (3) depende evidentemente de que sabía hallarse sus enemigos desarmados. Su ejército estaba en tales circunstancias, que la necesidad le forzaba á marchar hacia adelante; sólo la esperanza de saquear á Florencia contenía todavía á los soldados (4). Borbón avanzó, pues, tanto más alegremente, cuanto sabía que esto respondía también á los deseos del Emperador, á quien importaba sobre todas cosas obtener dinero para pagar á sus tropas, y forzar al Papa á otorgarle un tratado lo más favorable posible (5).

Clemente VII estaba en extremo irritado por la falta de observancia de la tregua; reunir 240,000 ducados, exclamaba Giberti, es tan imposible como juntar el cielo con la tierra. Pero Borbón respondió á esto, haciendo subir sus exigencias á 300,000 ducados (6).

Entretanto las tropas pontificias y venecianas, al mando del

(1) Cf. la carta de K. Schwegler, en que se halla en Hormayrs Archiv, 1812, 448.

(2) La narración del texto está conforme á las investigaciones de Marzi, expuestas en el escrito especial, citado arriba p. 305, not. 2. Clemente VII no conoció todavía el 27 de Abril de 1527, que Lannoy sólo pretendía engañar; porque en este día envió á Lannoy un *breve, en el cual se compadecía del gran peligro en que estaba, y le anunciaba que iba á comisionar un delegado. *Min. brev. 1527, IV, vol. 17, n. 182 del *Archivio segreto pontificio*.

(3) Grethen, 164. Schulz, 96.

(4) Cf. la notable carta cifrada de Borbón á de Leyva, fechada en S. Pietro in Bagno, á 19 de Abril de 1527, que se halla en Sanuto XLIV, 570-571.

(5) Bucholtz, III, 58 s., 66 s.; Barthold, 410 s.; Gregorovius, VIII^a, 504; de Leyva, II, 419 s.

(6) Grethen. 165.

duque de Urbino, el marqués de Saluzzo y Guicciardini, habían ocupado la fuerte Florencia, de manera que Borbón, atendiendo al cansancio y desnudez de sus soldados, tuvo que renunciar á un ataque. Con rápida decisión retiró sus tropas, que se derramaban ya por el valle del Arno, se desembarazó de sus últimas piezas de artillería, y emprendió á 26 de Abril el camino de Roma (1).

No sólo el apuro presente y la persuasión de que hallarían en Roma pequeña resistencia, sino también la ambición de alcanzar el gobierno general de toda Italia (2), empujaba á Borbón á avanzar hacia la Ciudad Eterna. Sus soldados, ávidos del saqueo de Florencia, hicieron en los primeros momentos semblante de rebelarse; pero logró apaciguarlos con la perspectiva de Roma, donde «los haría ricos á todos.» Con furiosa celeridad adelantó el ejército hasta Montepulciano y Montefiascone, y no fueron capaces de detener á los imperiales, á quienes se agregaban en el camino aventureros codiciosos de botín, ni las operaciones lentas del ejército de la Liga, ni las lluvias, extraordinariamente copiosas, ni la sensible falta de vituallas. A 2 de Mayo habían llegado ya á Viterbo (3).

Clemente VII, que hasta entonces había cerrado los ojos casi de propósito para no ver el peligro, reconoció finalmente que el duque de Borbón le había burlado, y que sólo una lucha desesperada podía procurarle todavía la salvación. A 25 de Abril volvió á adherirse á la Liga (4); envió á pedir urgentemente socorro al duque de Urbino (5), y nombró á Juan Antonio Orsini, capitán general de la caballería pontificia nuevamente alistada (6). Renzo da Ceri recibió el encargo de poner á Roma en estado de defensa; pero para esto faltaba, sin embargo, lo más necesario: el dinero. Inútilmente requirió el Papa á los habitantes ricos de Roma á

(1) Cf. Barthold, 421 s.; Schulz, 98. En Florencia fué reprimida, en 26 de Abril, una sublevación republicana para derribar del poder á los Médicis. La ciudad se juntó después á la Liga por un mes; v. Pitti, I, 135 s.; Segni, *Storie fiorent.* 4; Cipolla, 916 s.; Perrens, III, 125 ss.

(2) V. la carta de los Otto di Pratica á R. Acciaiuoli, de 25 de Abril de 1527, publicada en la *Riv. storica*, 1893, 612, nota. Cf. Vettori, 375; Schulz, 92 s.

(3) Sanuto XLV, 231 s. Barthold, 425. Schulz, 99 s.

(4) Sanuto XLIV, 551 s., 573 s. Grethen, 167; de Lera, II 422. Lebey 417.

(5) Cf. los *breves al duque de Urbino, fechados en Roma, á 22 y 30 de Abril de 1527, existentes en el *Archivo público de Florencia*, Urb. eccl.

(6) *Breve al mismo de 30 de Abril de 1527. Min. brev. 1527, IV, vol. 17, n. 183, del *Archivo secreto pontificio*.

contribuir con donativos voluntarios: la avaricia y la ceguedad eran tan grandes, que el mismo Domenico Massimi, el hombre más opulento de Roma, ¡no le ofreció en préstamo sino 100 ducados! (1).

De todas partes aconsejaban al Papa que se proporcionara los medios necesarios para la defensa vendiendo capelos cardenalicios; pero, sin embargo, Clemente se negó todavía entonces rotundamente á dar semejante paso; mas habiendo llegado á 3 de Mayo la noticia de que Borbón se hallaba ya á la parte de acá de Viterbo, tuvo, no obstante, que resolverse á tomar aquella odiosa medida; pero era ya demasiado tarde para poder cobrar el dinero de los nombrados, que fueron Benedetto Accolti, Nicolao Gaddi, Agustín Spínola, Hércules Gonzaga, Marino Grimani y el Canciller francés Du Prat (2). El Papa no pudo determinarse á huir á Civitavecchia, y de una manera totalmente contraria á su índole natural, manifestó entonces una seguridad verdaderamente incomprensible (3). Todavía á 3 de Mayo paseó á caballo por la Ciudad, para infundir alientos á sus habitantes, que estaban decididos á defenderse hasta el último extremo. El 4 de Mayo pronunció el Papa la excomunión mayor contra el duque de Borbón (4).

(1) Guicciardini, XVIII, 3.

(2) Sobre la creación de cardenales del 3 de Mayo, v., además de Ciacconius III, 477 s.; Novæus IV, 80 s.; Ehes, Dokumente 249; Catalanus, Capranica 303 (en vez de Martii lee Maji); de Leva II, 427 y Grethen, 168-169, v. también los escritos siguientes: 1) las *cartas de G. de' Médici de 26, 27, 28 de Abril y 4 de Mayo, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*; 2) la *carta de F. Gonzaga de 27 de Abril, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*. Las diligencias para alcanzar el cardenalato para Hércules Gonzaga, ya empezaron en tiempo de León X (cf. Delle esenzioni 45 s.) y se renovaron luego en los primeros días del gobierno de Clemente VII. Ya en 19 de Noviembre de 1523, escribe el *cardenal Gonzaga á la marquesa Isabel acerca de esto. El marqués de Mantua exhorta á B. Castiglione á activar este negocio, en una *carta de 22 de Enero de 1524. En 6 de Febrero expresa el marqués su gozo por la respuesta favorable del Papa, y pide que prosiga dando calor al negocio. En una *carta, fechada en Bolonia á 12 de Febrero de 1524, Hércules da gracias al marqués de Mantua por las diligencias hechas por mediación de B. Castiglione, para alcanzar el capelo cardenalicio. El mismo día escribe el marqués á Castiglione, dé las gracias al Papa por su certa promessa, de dar el capelo á Hércules al primer nombramiento. De todas estas *cartas hay copias en la *Biblioteca de Mantua*. En 1526 Capino diligenció el nombramiento de Hércules; v. Lett. d. princ. II, 103.

(3) Spogliatosi della natura sua, dice Guicciardini XVIII, 3.

(4) V. Cave, 407 ss.; Gregorovius VIII* 506 y Barthold 430.

De que Clemente VII menospreciara tan completamente el peligro, fué causa principal la confianza que había puesto en Renzo da Ceri, el cual salía al paso con la mayor seguridad á todos los temores (1), y declaraba que los 4,000 hombres por él alistados, bastaban enteramente para defender una Ciudad tan fuerte como la de Roma, contra un ejército tan indisciplinado y muerto de hambre como el de Borbón; y hasta llegó su arrogancia á creer que podría mantenerse en la Ciudad propiamente dicha aun cuando los enemigos lograran apoderarse de la parte de ella situada en la ribera derecha del Tiber; por lo cual se negó también á romper los puentes. Cuánta confianza tuviera Renzo en las tropas que había reunido á toda prisa, formándolas de mozos de cuadra, obreros y otras gentes del pueblo, inexpertas en la guerra, lo muestra principalmente el haber hecho que Giberti indicara á 4 de Mayo á Guido Rangoni, el cual venía con más de 8,000 hombres del ejército de la Liga: que Roma se hallaba tan perfectamente segura, que bastaría les enviara un refuerzo de 600 á 800 mosqueteros, y el resto de las tropas debía irse á agregar al ejército de la Liga, porque ¡podría ser allí de más provecho que en Roma! (2).

A un heraldo de Borbón, que exigió al Papa el pago de los 300,000 ducados, no se le dió respuesta ninguna; Clemente VII pudo observar desde el Vaticano la llegada del ejército enemigo á los prados neronianos; pero ni aun entonces temió cosa alguna grave, en especial por cuanto los imperiales carecían totalmente de artillería. Por otra parte se esperaba también por horas la llegada del ejército de la Liga (3).

(1) Cuán grandes fuesen éstos en muchos, consta por la *carta de V. Albergarti de 21 de Abril de 1527, que se halla en el *Archivio pubblico de Bologna*.

(2) Guicciardini XVIII, 3. Cf. Sanuto XLV, 144. Sobre los tumultuarios preparativos para la defensa de Roma, además de las fuentes utilizadas por Gregorovius VIII, 509 s., cf. Cave, 392-394; L. Guicciardini en Milanesi, 173 ss.; M. Cresci, *Storia d' Italia (*Biblioteca Laurenciana de Florencia*, cod. Ashburnh, 633) y los **despachos de G. de' Médici de 26 y 27 de Abril y 4 de Mayo de 1527 (*Archivio pubblico de Florencia*), como también las *relaciones de F. Gonzaga de 25 y 28 de Abril de 1527, que se hallan en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. Según una relación de Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 16 de Mayo de 1527 (publicada por Cipolla per le nozze Pellegrini-Canossa, Padova, 1880), no si trovarono (in Roma) più che 3 m. fanti forestieri e quelli assai tristi per essere fatti tumultuariamente. Cf. los datos discrepantes de otros hombres fidedignos, reunidos por Cipolla, loc. cit., 21-22.

(3) Sanuto XLV, 233. Cf. la carta á Carlos V, publicada por Milanesi, Sacco, 500.

Clemente VII se confirmó todavía más en su engaño acerca de la situación de las cosas, cuando Horacio Baglione logró dispersar en el Ponte Molle una tropa de lansquenets. El embajador de Mantua que refiere esto, á 5 de Mayo, añade: «El Papa tiene excelente ánimo» (1); pero en la Ciudad, luego á 4 de Mayo se había producido un pánico tal, que no parecía sino que los enemigos estaban ya dentro de los muros (2). Miles de personas procuraban poner en seguridad sus haciendas, ocultándolas en escondrijos, y á pesar de la prohibición, emprendían muchos la fuga (3).

Entretanto el ejército imperial, rodeando la ciudad leonina, se había adelantado hasta el monte Janículo, y el cuerpo principal acampaba en las viñas detrás de la iglesia de San Pedro (4). En el monasterio de San Onofre, donde había establecido Borbón su cuartel general, el consejo de guerra decidió proceder al asalto de la ciudad leonina, sin más dilaciones, en las primeras horas de la mañana siguiente. La situación era desesperada; desprovistos de las cosas más necesarias, en un terreno desierto é infructuoso, amenazados á sus espaldas por un ejército enemigo, no tenían ante sus ojos sino una posibilidad de salvarse: el asalto de Roma, cuyos muros sabían no estar defendidos sino por un corto número de soldados hábiles (5). ¡Vencer ó morir! era el santo y seña de Borbón (6). Los soldados, ávidos de botín, medían con sus codiciosas miradas el precio de la victoria y el término de tan inauditas fatigas, que estaba finalmente ante sus ojos; y el sol, al ocultarse en el ocaso, iluminaba por última vez la gloria esplendorosa de la Roma del Renacimiento, la más hermosa y rica de todas las ciudades que entonces había en el mundo.

(1) V. en el apéndice, núm. 113, la *relación citrada de F. Gonzaga, de 5 de Mayo de 1527. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. la **relación de G. de' Médici de 4 de Mayo de 1527, existente en el *Archivo público de Florencia*. Cf. la autobiografía de Rafael de Montelupo, 427.

(3) Cf. Lett. d. princ. I, 110 y Sanuto XLV, 73, 131. V. también Arch. stor. Ital. 5. Serie XIV, 57.

(4) V. la relación de Lannoy, publicada por Lanz, I, 705.

(5) *Hessendo noi conduti in loco angusto e carestioso et havendo dinanzi un Tevere et una Roma*, escribe Sigismondo dalla Torre, et intendendo che dritto ne cavalcava un grosso exercito, si pensò esser necessario tentar la fortuna, al che ci faceva più arditi il saper che in Roma non era gran provizione di buona gente pagata. Sanuto XLV, 232.

(6) Cf. Guicciardini, XVIII, 3.

CAPÍTULO IV

Asalto y saqueo de Roma por las tropas imperiales (Sacco di Roma) ⁽¹⁾.—El Papa prisionero

En la madrugada del 6 de Mayo, lunes después de la dominica Misericordia, una densa niebla cubría las húmedas hondonadas del Tíber. En Roma, durante toda la noche, la campana grande del Capitolio había tocado á rebato, llamando á sus puestos á los defensores (2); los cuales estaban en las murallas, preparados á la

(1) En la narración de las atrocidades cometidas en Roma, el autor se deja llevar de su nacionalismo con una tal ingenuidad, que se rectifica por sí misma, mostrando á las claras «que no era león el pintor».

En realidad, españoles, alemanes é italianos, rivalizaron en crueldad, rapacidad y barbarie. Lo cual no redundaba en desestima de sus naciones, pues los ejércitos se componían entonces de aventureros.—(N. DAL T.)

(2) *In urbe vero tota nox praecedens expendebatur in clamoribus arma, arma, et campana Capitoli tota nocte et die tangebatur ad provocandum Romanos ad arma, léese en el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*. Fuera de esta relación, he tenido también á la vista, para el sacco, las fuentes inéditas siguientes: 1) un despacho de F. Gonzaga de 7 de Mayo de 1527, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; 2) dos relaciones de 7 y 27 de Mayo, procedentes del *Archivo público de Módena*; 3) la crónica de un convento, de Ursula Formicini, existente en la *Biblioteca Vaticana*; 4) una relación anónima italiana, *ibid.*; 5) la *Relatione di diversi casi de la Biblioteca Angelica de Roma*; 6) una carta de Sanga de 27 de Junio, que se halla en el *Archivo Ricci de Roma*; 7) una relación del cardenal Salviati, existente en el *Archivo secreto pontificio*. Schulz, Sacco 3-75 (cf. Schulz en la *Zeitschr. für Bücherfreunde* III, 21 s.) ha reunido con diligencia los documentos, relaciones, folletos y narraciones esparcidos en las obras de de historia, y les ha dado el valor, que según la crítica merece, sin ocultar, que todavía podrían haberse escapado publicaciones especiales italianas. En efecto, como fuentes importantes se le han pasado por alto á Schulz una rela-

lucha; pero procuraban inútilmente espiar, á través de las impenetrables brumas, lo que acontecía en el campamento enemigo (1). Pero de en medio de aquel mar de niebla se levantaba claramente perceptible un confuso rumor mezclado con señales guerreras: era el ejército imperial que se preparaba al ataque.

Sciarra Colonna se adelantó con la caballería ligera y la infantería italiana contra las fortalezas del Ponte Milvio, mientras Melchor Frundsberg atacaba el Trastevere junto á San Pancracio. Sin embargo, el asalto principal se dirigía contra la ciudad leonina (2). El lado Norte y Oeste, donde estaban el Belvedere y la Porta Pertusa, fueron asaltados al mismo tiempo que la parte del Sud, hacia donde avanzaron los españoles, y á la derecha de ellos, hacia la Porta di Sancto Spirito, los lansquenets. El ataque con-

ción mantuana, que Luzio editó en 1883, los Documenti inediti de Corvisieri y las anotaciones del notario romano Teodoro Gualderónico, editadas por Armellini. También se le pasó inadvertido á Schulz, que la carta de A. Gavardo, que se halla en la *Biblioteca Quiriniana de Brescia*, no está inédita, sino que ya en 1877, se publicó en el Arch. stor. Lombardo IV, 628 s. Cf. también Guerrini, Docum. Bresciani rig. il Sacco di Roma en la Riv. d. scien. stor. di Pavia I, 8, 1904. Después de dado á luz el precioso trabajo de Schulz, se ha completado finalmente aún de un modo considerable, el material de las fuentes. Primeramente, entran aquí en consideración las numerosas relaciones contemporáneas, que se hallan en el tomo XLV de Sanuto, en segundo lugar las relaciones francesas publicadas en las Mémoires d'archéologie XVI y los Ricordi di M. Alberini, escritos desde 1547, que se han publicado en el Arch. d. Soc. Rom. XVIII (1895). De la gran publicación sobre el Sacco di Roma, proyectada por D. Orano, hasta ahora sólo ha salido á luz el primer tomo (publicado en Roma en 1901), que contiene de nuevo, pero con abundantes ilustraciones, los Ricordi di M. Alberini. Como el tomo II ha de tratar del «Sacco nella letteratura», renuncio á comunicar más por menudo los datos que para esto tengo reunidos. El tomo VI de la obra de Orano traerá una descripción de Roma en el año 1527, según la parte artística, que ha de ser compuesta por Lanciani y Venturi.

(1) La niebla espesa la ponderan casi todas las relaciones auténticas (cf. Orano, I, 247 s.), pero con especial energía Cave, 396, L. Guicciardini en Milanesi, 186, Grolierius, 65, Sanuto XLVI, 130, Lancellotti, III, 237, Vettori, 379, Cornelius de Fine en el *paseje comunicado más abajo, p. 317, not. 2, y la Lettera da un ufficiale dell' esercito di Borbone, publicada por Milanesi, 499; esta relación está compuesta por Gian Bartolomeo Gattinara, como lo han demostrado Corradi, Gian Bart. Gattinara ed il Sacco di Roma (Torino, 1892) y Schulz, 5 s. Se le llama expresamente autor á Gattinara en el Cod. Regin. 350, f. 119 de la Biblioteca Vaticana y en el Cod. 92 del Archivio Campello de Espoleto.

(2) Sobre el estado en que entonces estaban las fortificaciones de Roma, las cuales, sobre todo en la parte derecha del Tíber, eran notablemente débiles, y diversas de las que hubo más tarde, cf. Ravioli en el Arch. d. Soc. Rom. VI, 337 ss., 345 ss. Cánovas del Castillo, Del asalto y saco de Roma (Madrid, 1858), trae un mapa del ataque, pero que no es del todo suficiente, lo mismo que las cartas topográficas de este autor.

tra el Belvedere y la Porta Pertusa, donde mandaba el príncipe Filiberto de Orange, no fué, sin embargo, más que una maniobra aparente para engañar á los defensores y apartar su atención del lado del Sud. Allí, junto á la Porta Torrione (actualmente Cavalleggeri) y la Porta Sancto Spirito, en la más flaca parte de las fortificaciones, se ejecutó el más enérgico asalto, sin artillería, con solas lanzas, mosquetes y escalas que se habían formado apresuradamente con palos de las huertas y cuerdas de mimbre (1). Era aquella una empresa de locos; pero empujábanlos á ella la desesperación.

Los defensores, aun cuando tenían que disparar á bulto contra la niebla, rechazaron felizmente el primer asalto; tanto los españoles como los lansquenets tuvieron que retirarse con graves pérdidas, y asimismo fracasó otro segundo ataque. Entonces Borbón, comprendiendo que todo dependía de aquel lance (2), se puso él mismo á la cabeza de los asaltantes, y llegó felizmente hasta el muro de la Porta Torrione, no lejos del lugar donde se construyó más tarde el jardín de la Villa Cessi (ahora Colegio de Santa Mónica) (3). Había allí un paraje muy mal asegurado, que hacía fácil la entrada (4). Uno de los primeros asaltantes que cayeron fué el duque de Borbón, que arremetía con loco atrevimiento: una bala le derribó en tierra, y aun cuando herido mortalmente, tuvo sin embargo presencia de ánimo para rogar á los que le rodeaban que cubrieran su cuerpo con una capa (5). A pesar

(1) Cf. la carta de Schwegler, que se halla en el Hormayrs Archiv, 1812, 448.

(2) Cf. la relación del abad de Nájera, publicada por Villa, Asalto, 123.

(3) Actual entrada en la Via S. Uffizio, 1.

(4) Según D. Venier (Sanuto XLV, 214) faltaba aquí hasta un pedazo de muro; sea como fuere, el sitio estaba muy insuficientemente asegurado. Cf. Vettori en Milanese, 433, y L. Guicciardini, *ibid.*, 183 s., 190.

(5) Las circunstancias particulares de la muerte de Borbón fueron narradas diversamente ya por los contemporáneos mejor informados (cf. la relación de Naselli de 14 de Mayo de 1527, publicada en el Hormayrs Archiv, 1812, 437); la mayor parte de las fuentes dicen que la bala mortífera penetró en el bajo vientre (Orano, I, 251); pero halló también otros datos, como el de Cornelius de Fine, quien en su «diario (*Biblioteca nacional de París*) dice expresamente: *ictu unius bombardae percussus in capite inter palpebras diem suum clausit*. Según la relación francesa (impresa por Droysen, *Zeitgenössische Berichte*, 2), la bala se clavó en la frente, lo mismo dice la «carta de Salviati (v. en el apéndice el n.º 116. *Archivo secreto pontificio*). No fué un tiro de fusil, como indican muchas fuentes, sino una bala de cañón la que derribó á Borbón, según lo dice también la relación publicada por Sanuto XLV, 145; con todo aquí se lee: *li portò via la costa sinistra et tutti li intestini*. Puedense compaginar los diferentes datos

de esto corrió inmediatamente entre los imperiales la voz de haber sucumbido el Capitán General, y de tal manera los llenó de consternación y terror, que se produjo en la lucha un momento de pausa; pero luego se recobraron los asaltantes, y respirando venganza arremetieron de nuevo contra las mortíferas murallas. Esta vez logró su arrojo el éxito, favorecido por la niebla que se había espesado en términos de no poder apenas reconocer cada uno á su vecino; lo cual hacía asimismo imposible que la artillería del castillo de Sant-Angelo interviniera en el combate (1). Hacia las seis de la mañana lograron los españoles (2), utilizando hábilmente un paraje mal custodiado junto á la Porta Torrione, penetrar en los muros de la Ciudad, y casi al propio tiempo escalaron los lansquenets las murallas de la Porta di Sancto Spirito (3).

En el Borgo, principalmente cerca de San Pedro y de Sancto Spirito, se desarrolló una terrible lucha en las calles: con la fiel guardia suiza, que se había colocado junto al obelisco, todavía situado entonces no lejos del Campo Santo de los alemanes, emularon las milicias romanas en lo desesperado de su resis-

sobre el lugar de la herida, pues un testigo ocular pretende haber visto en Borbón tres heridas; v. Sanuto XI.V, 87. Es indudable que B. Cellini vindicó para sí injustamente este tiro certero, el cual también se atribuye á otros; cf. Cancellieri, Mercato, 242 s., y las obras citadas por Orano, I, 252; v. también Lebey, 428 s. Acerca del sitio donde cayó Borbón, no puede reinar diversidad de opiniones (v. Gregorovius, VIII, 521, nota). La iglesia, á donde le llevaron y donde murió, es indicada diversamente; pero fué sin duda la Sixtina, v. Barthold, 450, nota, y Sanuto XLV, 418.

(1) Cf. las relaciones publicadas por Villa, Asalto, 141; Sanuto XLV, 143 s., 165, 167, 186; Jovius, Columna, 165; Celebrino, 12 s., y Cornelius de Fine, quien en su *diario, nota expresamente acerca de la niebla, que era tan densa, ita quod videri vix poterat qui stabat cum alio facie ad faciem et Romani non poterant amplius tormentis bellicis hostes laedere, quia nihil videbant. *Biblioteca nacional de París*.

(2) *Initum fuit certamen, dice Cornelius de Fine, in aurora ante octavam horam (según el modo de contar de Italia, según el nuestro las 4 de la mañana) — postquam certatum esset ferme per duas horas, Imperiales habuerunt victoriam et vi ceperunt Burgum S. Petri continue certantes et interficientes Romanos et pontificis satellites, et nulli pepercerunt. *Diario, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Según la relación de Ferrara, que se halla en el Hormayrs Archiv, 1812, 438 (este documento ya había sido impreso antes por Gassler, 81 s., de lo cual nada dice Hormayr; lo cito según Hormayr, porque su Archivo está mucho más difundido que el escrito ya raro de Gassler), los españoles fueron los primeros que penetraron; según otras relaciones, que sigue Ranke (*Deutsche Gesch.*, II, 410), fueron los alemanes. Schulz, 105, también admite, que la irrupción de entrambos se efectuó al mismo tiempo.

tencia; y todas aquellas tropas fueron casi aniquiladas (1). Todavía actualmente da testimonio de su valentía una inscripción en la iglesia de Sancto Spírito, que expresa haber caído allí el aurífice pontificio Bernardino Passeri, en la santa lucha por su ciudad natal, después de haber dado muerte á varios enemigos y conquistado una bandera (2).

Pronto resonó todo el Borgo con los gritos de victoria de las tropas imperiales, que precipitándose incesantemente hacia adelante, mataban á todos cuantos se les ponían en el camino, sin consideración á su edad ó sexo. Casi todos los enfermos del hospital de Sancto Spírito, y aun los moradores del vecino orfanotrofio, fueron asesinados; y delante de los altares de la basílica de San Pedro corría la sangre (3). Ya entonces comenzó el saqueo en algunos sitios, bien que no por parte de los soldados, sino de los furgoneros; pues se había dado orden de abstenerse de todo saqueo antes de haber terminado la conquista de la Ciudad; lo cual se ejecutó tan severamente, que los soldados se vieron obligados por mandato de sus jefes, á matar todas las bestias de carga que se hallaron en la ciudad leonina, para evitar que con ellas se quisieran llevar el botín, y se disolvieran con esto los cuerpos de ejército (4). Los cañones del castillo prohibieron á los imperiales adelantar por el puente de Sant'Angelo, arrojando sobre ellos una lluvia de balas.

La entrada de los enemigos en la ciudad leonina se realizó tan súbitamente, en medio de las ondulantes masas de la niebla, que Renzo da Ceri perdió completamente el tino y huyó al Vaticano. Allí estaba Clemente VII orando en su capilla (5), cuando

(1) Además de la carta de Buffalini de 11 de Mayo (*Lettere di diversi all' ill. sig. V. Vitelli, Firenze, 1551, 141, y Grolerius, 66*), v. las relaciones que se hallan en Sanuto, XLV, 123, 167, en el Hormayrs Archiv, 1812, 438, y en Villa, Asalto, 123, el «diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*) y la relación de Salviati (*Archivo secreto pontificio*), que se halla en el apéndice, n.º 116. Los doce supervivientes de la guardia suiza ingresaron en la guardia alemana; v. Anz. f. schweiz. Gesch., 1886, 37.

(2) Cancellieri, Mercato, 242. Torrigio, Grotto, 262. Arch. d. Soc. Rom. VI, 374 ss. Pierret, Cenzo storico di B. Passeri, Roma, 1885.

(3) Jovius, Columna, 165. Villa, Asalto, 124. Cave, 398. Carta de Buffalini, fechada en Roma á 11 de Mayo de 1527, que se halla en *Lettere* al V. Vitelli, 148; Buonarrotti, 1871, 255 s. y Sanuto XLV, 133, 167, 186.

(4) Relación de Naselli, que se halla en el Hormayrs Archiv, 1812, 438.

(5) No en S. Pedro, como indican muchos, y también Gregorovius, VIII, 523; cf. Barthold, 147, nota.

la gritería del combate que se iba aproximando, le dió á entender lo que había acaecido. El Papa había confiado firmemente hasta aquel momento en las palabras de Renzo, el cual empeñaba su cabeza, asegurando que los enemigos no entrarían en Roma (1). Sólo una presta huida podía salvar al Jefe supremo de la Iglesia; pues, como dice una relación española, si se hubiera detenido, aunque no fuera sino tres credos más, le hubieran hecho prisionero (2). Sollozando y lamentando, se dirigió apresuradamente al castillo de Sant-Angelo por el pasadizo cubierto, y por la pequeña ventana del mismo pudo ver el confuso tropel de los fugitivos, sobre los cuales descargaban sus golpes con desapiadada rabia los españoles y alemanes. El historiador Paulo Giovio auxilió á Clemente VII echando sobre las blancas vestiduras del Papa su morado manto de prelado, para evitar que ofreciera á los enemigos una señal con que pudieran reconocerle fácilmente, cuando por el descubierto puente de madera que se junta con el pasadizo cubierto, corría al Castillo de Sant-Angelo (3). En aquel mismo salvador asilo se refugiaron los cardenales desahogados al Emperador, y además Giberti, Jacobo Salviati, Schönberg, los embajadores de Francia é Inglaterra, los empleados de la Corte pontificia y gran muchedumbre de hombres, mujeres y niños. El cardenal Pucci, que en la huida fué derribado del caballo y atropellado, pudo no obstante llegar al castillo en el último momento; al cardenal Armellini tuvieron que subirle en una canasta (4). Cuando se levantó el puente levadizo, y cayó el oxidado rastrillo, hallábanse, á lo que parece, en aquella segura fortaleza, unas 3,000 personas; pero otras muchas corrían aún hacia allá y se precipitaban en los fosos. «Estábamos allí, refiere el escultor Rafael Montelupo, quien, lo propio que Benvenuto Cellini, servía las baterías del Castillo de Sant-Angelo, contemplando todo aquello como si hubiésemos asistido á un espectáculo; no nos era posible disparar, pues sin duda hubieramos quitado la vida á

(1) Cf. la relación publicada por Sanuto XLV, 418.

(2) Carta de Salazar de 18 de Mayo de 1527, publicada por Villa, Asalto, 142.

(3) Jovius, Columna, 165. En la descripción que hizo Jovio del saqueo (Sacco di Roma. Descriz. di M. P. Giovio, Venezia, 1872, ed. per nozze) no se menciona la circunstancia citada en el texto. Cf. también la relación algo diferente que se halla en Sanuto XLVI, 130.

(4) Celebrino, 14. L. Guicciardini, publicado por Milanese, 193 s.; cf. Sanuto XLVI, 132.

más de los nuestros que de los enemigos. Entre la iglesia de Santa María Traspontina y la puerta del castillo, se habían agolpado más de 4 á 5,000 personas, todas en tropel, y, en cuanto pudimos nosotros distinguir, perseguidas apenas por 50 lansquenets. Dos abanderados de los lansquenets atravesaron el tumulto, viniendo con las banderas alzadas hasta la puerta grande del castillo; pero al pasar por el puente fueron derribados á tiros» (1).

Muchos habitantes de la Ciudad leonina buscaron la salvación en la fuga; pero la gente se arrojaba tan desatinadamente en las lanchas, que varias se hundieron por efecto de la excesiva carga, y no pocos desesperados se precipitaron directamente en el Tiber (2).

Los cañones del castillo de Sant-Angelo hicieron imposible á las tropas imperiales permanecer en la Ciudad leonina; por lo cual, sus comandantes acordaron dirigir el asalto contra el segundo suburbio de la ribera derecha del Tiber, el Trastevere, desde el cual conducían á la Ciudad propiamente dicha tres puentes: el Ponte Sisto, el Ponte Quattro Capi y el Ponte Santa María; y como los imperiales podían ya entonces servirse de las piezas de artillería de que se habían apoderado, consiguieron pronto su objeto, mayormente por haber sido muy débil la resistencia que se les opuso. Verdad es que, desde el castillo de Sant-Angelo, les hicieron repetidos disparos; pero los tiros no eran, sin embargo de bastante alcance para dañar gravemente á los asaltantes, é impedirles la toma del Trastevere (3).

Era entonces de suma importancia para los imperiales, proceder con la mayor celeridad posible, antes que sobreviniera el ejército de la Liga, ó los romanos, reponiéndose de su pavor, rompiesen los puentes. Con trabajo lograron los capitanes contener á los soldados codiciosos de botín, é hicieron que las particulares secciones avanzaran hacia el Ponte Sisto. Eran cerca de

(1) Autobiografía de Rafael de Montelupo, 429-430; cf. Grolhierius, 67. Más tarde se redujo á 950 el número de los que había en el castillo; v. Sanuto, XLVI, 132.

(2) Blasius de Martinellis, publicado por Creighton, V, 328. J. Cave, 397.

(3) Cf. en el apéndice n.º 116, la relación de Salviati (*Archivo segreto pontificio*), como también Sanuto, XLV, 233, la carta de Du Bellay, que se halla en *Mémoires d'archéologie*. XVI, 412, y la autobiografía de Rafael de Montelupo, 430.

las 7 de la tarde (1) cuando llegaron allá las primeras columnas; y, aun cuando parezca increíble, es, sin embargo, un hecho, que ni siquiera este importante punto había sido guarnecido de modo que ni aun remotamente pudiera bastar; no se había cortado el puente, y la puerta de él sólo estaba débilmente defendida. Alguno preguntará: ¿Cómo pudo ser esto? El romano Marcelo Alberini, que en su juventud presencié la conquista de Roma, nos da la contestación á esta duda. La defensa se había organizado de la peor manera posible, y desde el principio se sintió la falta de unidad en el mando superior. Los defensores, además de ser muy poco numerosos, se hallaban diseminados en la larga línea de los muros de la Ciudad, y atendían á aquellos sitios donde amenazaba menor peligro. Muchos abandonaron sus puestos, porque no les llevaban de comer; otros andaban pavoneándose por las calles con ademanes guerreros; y de esta manera creían (añade Alberini con amarga ironía) defender la patria. Los gibelinos y partidarios de los Colonna, pensaban no haber de temer para sí ningún daño de la victoria de los imperiales; y algunos llegaban hasta desear que la Ciudad cayese en poder de Carlos V. A esto se agregaba además, haberse estimado en más de lo justo las consecuencias de la muerte de Borbón, creyendo con firme convencimiento que el ejército, privado de su adalid, se dispersaría inmediatamente (2). Finalmente, cuando vinieron á conocer la grandeza del peligro, procuraron á última hora entablar negociaciones, las cuales, como es fácil de entender, fueron infructuosas (3). El pueblo, por su parte, corría

(1) Las 23, según la cuenta italiana, es el tiempo de la entrada en la Roma propiamente dicha, que se indica en la mayor parte de las relaciones; v. Guicciardini, XVIII, 3; A. Lanceolinus, *Eroberung von Rom durch H. von Ependorff* verteußt (adición á G. Capella, *Von den Geschichten Italie*, Strassburg 1536; cf. Schulz, 24 s.); Alberini, 340; Gumpfenberg, 240; *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*). En Sanuto XLV, 145, 219 y Cave, 399 se citan las 20 y 21, las 22 en Vettori, 380.

(2) Alberini, 339. Grolhierius, 54, 71. Guicciardini, XVIII, 3. Vettori publicado por Milanesi, 435; cf. Orano, I, 241, not. Según Du Bellay, Renzo da Ceri propuso la destrucción de los puentes, lo que rehusaron los romanos; cf. *Mél. d'archéol.* XVI, 411 s. Según una relación publicada por Sanuto, XLV, 418, el Papa quiso que se rompiesen los puentes, pero Renzo se negó á ello. L. Guicciardini (publicado por Milanesi, 196 ss.), dirige las más graves acusaciones contra Renzo, pero advierte que no es el solo culpable.

(3) El margrave Gumberto de Brandenburgo, que vivía entonces en Roma, debía conducir las negociaciones; cf. la relación de Gumpfenberg, 240 s.; v. también Bellermann, *Erinnerungen aus Südeuropa*, Berlín 1851, 39 s.

por las calles, perdido el tino por efecto del terror, y las gentes acomodadas procuraban ocultar sus haberes en las casas de personas del partido imperial. Sólo algunos hombres nobles y animosos lograron reunir un par de centenares de jinetes, y se resolvieron á defender el Ponte Sisto; pero aquellos valientes no pudieron contener mucho tiempo el impetu de los enemigos. Desde las alturas del palacio de la Cancelaría vió Alberini como Pierpaolo Tibaldi, Julio Vallati y Juan Bautista Savelli, sucumbían con muerte heroica; después de lo cual, los jefes huyeron, dándolo todo por perdido (1).

Entonces los imperiales, semejantes á un torrente arrebatado, se derramaron por las calles de la Ciudad propiamente dicha; «matando á todos los que encontraban á su paso, sin distinguir entre jóvenes y viejos, hombres y mujeres, curas ó frailes». Por todas partes resonaba el clamor «¡Imperio! ¡España! ¡Victoria! (2)

Mas con todo eso, no se tenían los imperiales por seguros; pues, á cada momento podía presentarse el ejército confederado; así que, aun cuando algunos comenzaron ya entonces á saquear, los capitanes lograron, sin embargo, mantener el grueso del ejército en compactos escuadrones: á los lansquenetes en el campo Campo di Fiore, y á los españoles en la Piazza Navona, mientras Ferrante Gonzaga vigilaba el puente de Sant-Angelo. Bien es verdad que estas medidas de precaución resultaron innecesarias; pues, aunque Guido Rangoni se presentó por la tarde en el Ponte Salaro con 500 jinetes de caballería ligera y 800 tiradores, á la noticia de que había sido tomada la Ciudad, dió inmediatamente la vuelta para Otricoli. Cuando los soldados victoriosos vieron que nadie acudía á disputarles el éxito tan fácilmente obtenido, los capitanes no tuvieron ya fuerza para contenerles. En primer lugar se dispersaron los rapaces españoles, y luego asimismo los lansquenetes. 20,000 feroces soldados, con los cuales se había juntado una muchedumbre de bandidos y salteadores (3), se derra-

(1) V. Alberini, 340, la carta de Buffalini, citada arriba, p. 318, not. 1, y Celebrino, 14.

(2) Relación de Gumpenberg, 241.

(3) Según Sanuto, XLV, 218, el número de estos vagabundos subía á 10000, lo cual ciertamente es exagerado. Lo mismo refiere Amaseo, Diario, Venezia 1884, 90-91. Sobre el número de los que componían el ejército imperial, v. arriba, p. 290. Jovius, Columna, 165, es exagerado al decir que invadieron á Roma más de 40000 enemigos. Guialderonico, 91 indica sólo 18000, Cornelius de Fine 25000 (*Diario que se halla en la Biblioteca nacional de París).

maron entonces por las calles de la desdichada capital del mundo, para saquearla «según el derecho de la guerra», incendiando y matando. Con antorchas de cera encendidas en las manos, corrían aquellos feroces vencedores de casa en casa, por entre las tinieblas de la noche; pero no recibían sino oro y plata, y quien se resistía, era al instante hecho pedazos (1).

En la mañana del 7 de Marzo ofrecía Roma un espectáculo que apenas puede describirse con palabras. Era, como escribía Francisco Gonzaga, una vista capaz de mover á compasión las piedras (2). Por todas partes la más espantosa desolación; por todas partes robos y asesinatos. El aire resonaba con los alaridos de las mujeres, los lloros de los niños, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos, el choque de las armas y el crujido de las casas que ardían y se derrumbaban (3). Todas las relaciones, aun las españolas, convienen expresamente, en que ninguna edad ni sexo, ningún estado ni nación, ni españoles ni alemanes, ni las iglesias y hospitales, fueron perdonados (4).

En primer lugar sacaron los soldados, de las casas y palacios, todos los objetos de valor; luego impusieron á sus despojados poseedores, así hombres como mujeres y niños, y aun á la servidumbre, el pago de un rescate; y el que no pudo aprontarlo fué primero cruelmente atormentado y por fin muerto. Pero tampoco el pago del rescate aprovechaba á las infelices víctimas; pues no hacía sino conducir á nuevas vejaciones y tormentos. Cuando la casa estaba totalmente despojada, acababan con frecuencia por pegarle fuego. «El infierno es nada, comparado con el espectáculo que ofrece al presente Roma; se dice en la relación de un veneciano, de 10 de Mayo de 1527» (5). Las calles se hallaban en muchos parajes formalmente cubiertas de cadáveres; entre ellos prin-

(1) *Primi spoliatores erant Hispani et Itali qui tota nocte cum torciis cerae albae circumbant civitatem a domo ad domum nil accipientes nisi aurum et argentum, si tamen alia preciosa, non accipiebant. *Diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(2) El despacho de este embajador, escrito con mano temblorosa, lo hallé en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; v. el texto en el apéndice n.º 114.

(3) J. Cave, 400. Cf. además la relación de F. Gonzaga de 9 de Mayo de 1527, publicada por Luzio, Maramaldo, 79.

(4) Villa, Asalto, 124, 135 s., 143, 164. Cf. Milanese, 501; Sanuto, XLV, 88, 90; Gualderonico, 92. V. también *Relationi di diversi casi curiosi successi in Roma nel sacco di Borbone. R. 6, 17 de la *Biblioteca Angelica de Roma*.

(5) Sanuto, XLV, 219. De un modo enteramente semejante escribe F. Gonzaga en 9 de Mayo; v. Luzio, Maramaldo, 81.

principalmente muchos niños de menos de diez años, que los soldados habían arrojado por las ventanas (1).

Todavía fué más terrible la suerte que cupo á las indefensas mujeres y doncellas: ni la delicada flor de juventud, ni el respeto de la edad, ni el prestigio de la nobleza, pudieron librar á las infelices víctimas, de la deshonra y de los más brutales tratamientos. Muchas fueron violadas y asesinadas ante los ojos de sus maridos y padres; y hasta á las hijas del rico Domenico Massimi, cuyos hijos fueron muertos y su palacio incendiado, cupo esta misma suerte. Las atrocidades de los vándalos, de los godos y de los turcos, quedaron sobrepujadas, dicen varios contemporáneos; y aconteció que algunas doncellas, desesperadas por la afrenta que se les había hecho, se arrojaron al Tíber; otras fueron muertas por sus propios padres, para librarlas de peores daños (2). Españoles, alemanes é italianos anduvieron entre sí á porfía en la brutal inhumanidad contra los desventurados habitantes de Roma; sin embargo, todas las relaciones convienen en que los soldados españoles, entre los cuales se hallaban muchos judíos y «marraños» (3), manifestaron mayor inventiva para sonsacar los tesoros y escogitar martirios; en lo cual, por lo demás, no les fueron en zaga los italianos, especialmente los de Nápoles (4). Con aterradora viveza y verdad se manifiesta la inexplicable miseria de los habitantes de Roma, en una carta del veneciano Juan Barozzi, dirigida á su hermano á 12 de Mayo de 1527. «Estoy prisionero de los españoles, se dice allí; los cuales me han impuesto un rescate de mil ducados, so pretexto de que soy empleado; luego me han atormentado dos veces, y, finalmente, me han puesto fuego

(1) Sanuto, XLV, 123, 165.

(2) Sanuto, XLV, 133, 145, 164, 165, 187, 203. F. Gonzaga publicado por Luzzio, Maramaldo, 81. J. Cave, 400 s. Relaciones contemporáneas, 24, 26. V. también Orano, I, 272, nota. Cf. la «carta de Sanga, que se halla en el apéndice n.º 117. Sobre D. Massimi, v. Sanuto, XLV, 122, 145, 187, 233.

(3) L. Guicciardini, publicado por Milanesi, 229; Celebrino, 15, y Grolerius, 24. Vogelstein, II, 50 duda sin causa del hecho aducido en el texto.

(4) Esto lo dicen expresamente narradores italianos; v. Sanuto, XLV, 221; Jovius, Columna, 166 y Alberini, 342. Cf. Orano, I, 199, not. y 275, not. Según Blasius de Martinellis (Creighton, V, 328) y Sanuto, XLV, 234, hubo también romanos que tuvieron parte en el saqueo. En las «Litterae priorum Castri Plebis á Sena, fechadas ex terra Castri Plebis desolata, á 13 de Mayo de 1527, se lee: «Non igitur mirandum est quid fecerint Germani et Hispani hostes urbi Rome, cum seiora patnaverint amici milites. Tizio, «Hist. Senen. Cod. G. II, 40 de la *Biblioteca Chigi de Roma*.

bajo las plantas de los pies. Desde hace seis días no se me ha dado sino un poco de pan y agua. Hermano querido, no me dejes morir tan miserablemente. Reúne, aunque sea mendigando, mi rescate. ¡Por amor de Dios no me abandones! Si no pago el rescate, que ahora se ha rebajado á 140 ducados, dentro del término de 26 días, me harán pedazos. ¡Por amor de Dios y de la Santísima Virgen, auxiliame! Todos los romanos están prisioneros y el que no paga sufre la muerte. El saqueo de Génova y de Rodas fueron juegos de niños respecto del nuestro. ¡Socórreme, Antonio mío; ayúdame por amor de Dios, y que sea lo más presto posible!» (1) Los tormentos que aquí se describen no fueron en manera alguna los más terribles. El médico francés Juan Cave nota, en su relación acerca del Sacco, que ninguna clase de martirio se dejó de emplear, y da, para probarlo, algunos ejemplos, que la pluma se resiste á describir. Todavía refiere cosas más repugnantes Luis Guicciardini. Parece haber sido procedimiento favorito de los españoles, el de atar á los prisioneros y dejarlos perecer lentamente de hambre (2).

Aunque por ventura no con tan exquisita crueldad, sino con más torpe inhabilidad y brutal vandalismo, se encrudelecieron los lansquenets alemanes: como matones borrachos y despilfarradores tahures, totalmente desconocedores del país y del idioma, se dejaron engañar ordinariamente por los astutos españoles, que supieron escoger para sí las casas más ricas; y también en algunos casos su inexperiencia hizo que se contentaran con un rescate menor (3). Adornados de un modo ridículo, cubiertos con

(1) La carta se ha conservado en Sanuto, XLV, 237-238.

(2) J. Cave, 403. Cf. la relación de Gescheid, que se halla en el *Histor. Jahrbuch*, XII, 752; Villa, *Asalto*, 136, 164 s.; Gualderonico, 92; Gavardo en el *Arch. stor. Lomb.* IV, 630; L. Guicciardini en *Milanesi*, 224 ss.; el cardenal Trivulzio, *ibid.* 486; Sanuto, XLVI, 140 s. *Nullum genus tormentorum praetermiserunt in eos, alii per testicul[os] pendebantur, alii igne sub pedibus torquebantur, alii varia supplicia passi sunt donec solverent ea quae non haberent, et quod plus est: postquam liberati essent e manibus unius, incidebant in alios nequiores latrones. *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Jovius, *Columna*, 166. Contra la afirmación de Villa, *Asalto*, 205 s., de que los más crueles no fueron los españoles, sino los alemanes, con razón ha protestado enérgicamente Gregorovius en el *Allgem. Zeitung* 1876, Beil. n.º 205; no solamente Jovius, sino también L. Guicciardini en *Milanesi*, 231, y los franceses Grolierius, 92 s., y J. Cave, 404 dan un testimonio del todo diferente de los alemanes, sin negar sus excesos. Verdad es (v. Sanuto, XLV, 166, 168, 188,

El partido de los Médici disponía de una tercera parte de los votos; por lo cual, podía excluir á cualquiera candidato que le fuera desagradable; pero tampoco era bastante fuerte para obtener la elección de su caudillo Julio de' Médici; y como, no sólo los partidarios de Francia, sino también la parte de los imperiales guiada por Pompeyo Colonna, rehusaban al primo de León X, debió entender éste muy pronto, la falta de probabilidad de su propia candidatura; por lo cual, procuró entonces inclinar la mayoría de los votos, á favor de uno de sus amigos. Su candidato era el cardenal Farnese, de quien muchos creyeron que también sería grato al partido de los cardenales antiguos. La agitación de los cardenales jóvenes en favor de Farnese era ya tan vehementemente después del primer escrutinio (1), á 30 de Diciembre, que los conclavistas consideraban su elección como segura; pero los cardenales antiguos permanecieron constantemente opuestos, y pasaron en vela toda la noche (2). En el escrutinio del día siguiente, sólo obtuvo Farnese ocho votos (3); pues sus partidarios no le habían guardado la palabra (4). El mismo día 31 de Diciembre, ocurrió un incidente que no se ha declarado bastante todavía. El cardenal Grimani, alegando motivos de salud, pidió

citada arriba en segundo lugar. Höfler (loc. cit. 358 s.) se ha servido de estos *Commentaria*, sin observar que ya había impreso Gatticus, 318 ss., una porción de sus pasajes. Este llama al autor falsamente Sevarolo, quien debió de ser conclavista del cardenal Cesi (cf. sobre él Regest. Leonis X, n. 16121, 18009). En Gatticus, loc. cit., se halla también la narración del maestro de Ceremonias Blas de Martinellis. Por haberse guardado con más rigor que otras veces la clausura del conclave, son de menos consideración las relaciones de los embajadores, tocantes á este punto. De los modernos, cf. Höfler, loc. cit., como también *Sitzungsberichte der Wiener Akademie* LXXII, 147 s. y Adrian VI, 80 s.

(1) Las relaciones que se hallan en Burmann 147 ss., y Bergenroth, loc. cit., confunden en uno el primero y segundo escrutinio; son por tanto inservibles. Según el *Ordo et gesta de la *Bibl. Chigi*, que difiere de Sanuto XXXII, 384, en el primer escrutinio Farnese obtuvo 12 votos, Schinner 1, Accolti 5, Ponzett 1, Adriano de Utrecht 2.

(2) *Ordo et gesta de la *Bibl. Chigi*. *Opinion generale è chel papa sia Farnese. G. M. della Porta en 31 de Diciembre de 1521. *Archivio pubblico de Florencia*. Cf. además la *carta del Abbate da Gonzaga de 2 de Enero de 1522. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) 4 según Sanuto y *Ordo et gesta. En la postrera fuente se dice diferentemente de Sanuto, que en este escrutinio Médici obtuvo 5 votos, Adriano de Utrecht 2.

(4) Según Jovius (Vita Adriani VI) fueron éstos los amigos de Farnese afectos á Francia, los cuales habían tenido conocimiento de sus tratos con el embajador imperial.

permiso para poderse alejar del angosto conclave, lleno de humo y de los olores más desagradables; pero hasta que su médico hubo certificado con juramento, que una permanencia más larga en él podría ser peligrosa para la vida del cardenal, no se le concedió lo que solicitaba (1). Si su estado era realmente tan grave, es muy cuestionable; pues, verosímilmente fueron otros motivos; la ambición ofendida y las desvanecidas esperanzas, los que indujeron al cardenal á aquel extraño paso (2).

El tercer escrutinio, celebrado á 1 de Enero de 1522, tampoco condujo á resultado alguno; después de lo cual, volvió el cardenal Médici á probar fortuna con la candidatura de Farnese (3). También los cardenales jóvenes trabajaron en este sentido los días siguientes (4), pero, no obstante, sin éxito; pues los antiguos opusieron una resistencia tenaz. El cuarto, quinto y sexto escrutinio (2 á 4 de Enero) fueron infructuosos; las noticias que de fuera llegaban, sobre los crecientes peligros de los Estados de la Iglesia y la aproximación de los cardenales franceses, no fueron suficientes para unir á los electores, como tampoco la disminución de las raciones, que se ordenó al cuarto día. Muchos conclavistas creían, sin embargo, que Farnese tenía todavía probabilidades; otros pensaban que la tiara recaería en Fieschi, algunos alimentaban esperanzas respecto de Schinner (5).

En Roma, desde el principio del nuevo año, la mayor parte

(1) Gatticus 319 s.

(2) Así lo dice Sanuto XXXII, 348, 414. Lo mismo refiere Giov. María della Porta en sus *cartas de 2 y 6 de Enero de 1522. *Archivio público de Florencia*, Urbino 132. V. también Burmann 148 y Gradenigo en Albèri, 2 serie, III, 73. En cambio, el Abbate da Gonzaga en su *carta de 2 de Enero de 1522 (*Archivio Gonzaga de Mantua*) tiene por grave y peligrosa la enfermedad de Grimani.

(3) *Finito prandio card. de Medicis cum suis complicitibus cepit renovare electionem Farnesii, sed magnis viribus seniores obstiterunt. *Ordo et gesta de la *Bibl. Chigi*.

(4) En 2 de Enero después de la cuarta votación: *Paulo post alii juniores cardinales sequuti partes cardinalis de Medicis convenerunt in cappella Nicolai ibique per horam disceptantes tandem fuit decretum, quando seniores conatui r. card^{is} de Medicis contradicebant eligeretur ex senioribus qui maxima probitate niteret nec partes foveret, sed imprimis priorem conatum de adiuvando Farnesio tertio non obmitterent. *Ordo et gesta loc. cit.

(5) *Ordo et gesta. Aunque ni Jovius, ni Guicciardini hacen mención de las esperanzas que tenía Schinner, con todo es cierto que éste, en diversos escrutinios, tuvo un número de votos no poco considerable; pero se estrelló en la resistencia del partido del francés. Cf. *Anz. für schweiz. Gesch.* 1882 Nr. 5, p. 89; v. también Blösch, 18.

creían enteramente desesperada la candidatura de Médici ó de alguna de sus hechuras, y Farnese parecía ser el que tenía más probabilidades. También se pretendía saber, que Médici había propuesto, junto con él, á Egidio Canisio y Numai. Entre los cardenales del partido contrario se nombraba á Fieschi, Grassis y Monte (1).

Ya desde el 29 de Diciembre, estaban preparados los correos que habían de anunciar la elección á todas las regiones del orbe (2); y cuanto más se difería el resultado, tanto se aumentaban más la expectación y la inquietud. Esparciábase por la Ciudad los más diversos rumores, y cuando se dijo que Farnese sería elegido, comenzaron ya á saquear sus casas. No sólo en Roma reinaba esta mala costumbre; en Bolonia no le fué mejor al cardenal Grassis (3).

En Roma se celebraron misas y procesiones de rogativas; pero, con todo, no se obtenía un resultado decisivo. «Cada mañana, escribía Baltasar Castiglione, se espera la venida del Espíritu Santo; pero me parece que se ha apartado de Roma. Por cuanto se sabe, Farnese es quien tiene mayores probabilidades; pero, sin embargo, puede todo esto volverse á resolver en nada (4).

A 5 de Enero se habló de una tentativa de Médici para procurar la tiara al cardenal Cibo; y por ventura este proyecto, prudentemente urdido, hubiera tenido éxito, si Armellini no lo hubiera descubierto todo, de suerte que Colonna pudo tomar, en el último momento, enérgicas medidas en contra (5). Luego al siguiente día, intentó Médici otra vez la candidatura de Farnese, para lo que se emplearon los recursos más extremos. En el octavo escrutinio obtuvo Farnese doce votos, después de lo cual, ocho ó nueve cardenales declararon su acceso. Entonces, aun cuando

(1) V. las *cartas de Giov. Maria della Porta de 2 y 6 de Enero de 1522 en el *Archivio pubblico de Florencia*; cf. la **relación del Abbate da Gonzaga de 3 de Enero de 1522 y *la de Castiglione de 5 de Enero de 1522 en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. V. también Gatticus 320.

(2) Sanuto XXXII, 333.

(3) Además de la relación de Clerk, publicada por Brewer III, 2, n. 1932, cf. Petruccelli I, 521 ss.

(4) V. las **cartas de Castiglione de 7 de Enero de 1522 en el *Archivio Gonzaga de Mantua*; cf. Renier, Notizia 15.

(5) V. Sanuto XXXII, 413-414 (cf. 378-379); *Ordo et gesta de la *Biblioteca Chigi*; Severolo en Höfler, Adrian VI, 87, y Blasius de Martinellis en Creighton V, 188; cf. Staffetti, Cybo 35 s.

no se había alcanzado la mayoría de los tercios, exclamó el cardenal Pucci: «Papam habemus», pretendiendo con esto ejercer alguna presión, para ganar los cuatro ó cinco votos que todavía faltaban; pero sucedió lo contrario: el cardenal Colonna y Soderini, ambos irreconciliables adversarios de Farnese, insistieron en que se observara el procedimiento ordinario (1), y no sólo no obtuvo Farnese los votos necesarios, sino que los antiguos cardenales se aliaron entonces todavía con mayor firmeza (2).

Mientras persistía el rumor de que el partido de los Médici quería á toda costa sacar adelante la candidatura de Farnese, en realidad fué entonces cuando la abandonaron resueltamente. En el décimo escrutinio, de 8 de Enero, ya no obtuvo Farnese más que cuatro votos (3); después hizo el cardenal Médici proponer al cardenal della Valle; y se negoció sobre esto hasta entrada la noche, pero sin resultado (4). Algunos seguían resistiéndose á abandonar la candidatura de Farnese, mientras los antiguos no querían asentir á ella ni á la de della Valle, ni á la de Médici (5). El partido de éste rehusaba por su parte, de la manera más resuelta, á Carvajal ó Soderini (6); pero no debe atribuírsele toda la culpa en la dilación de la elección; pues Colonna y Soderini, estrechamente unidos, empleaban todos los medios para derrotar á cualquiera candidato propuesto por Médici (7).

Mientras de esta suerte estaban los partidos más rudamente

(1) Cf. Sanuto XXXII, 413; Blasius de Martinellis en Gatticus 320; *Ordo et gesta; Burmann 148; Bergenroth II, n. 376; Clerk en Brewer III, 2, n. 1960; Gradenigo en Albéri, 2 serie, III, 74; la *relación de N. Raince de 9 de Enero de 1522, existente en la *Bibl. nacional de París*; cf. Mignet, loc. cit., 621 y Höfler 48.

(2) *Deinde viso, periculo, in quo seniores fuerant, causa tuit, ut ipsi seniores facto consilio deliberarent, ut unanimiter iterum se cohererent. *Ordo et gesta.

(3) Sanuto, XXXII, 348 y *Ordo et gesta.

(4) Blasius de Martinellis en Gatticus, 320 y la *relación de N. Raince de 9 de Enero 1522. *Biblioteca nacional de París*.

(5) *Demum hora prima noctis pars seniorum congregavit se in ultima aula, in qua congregatione unanimiter deliberaverunt non velle consentire nec Farnesio nec card^u de Valle nec card. Medicis praeter card^u Cavallicensem qui persistebat in prestando suffragio pro card^u de Valle, et rev^m Senensis, Tranensis, Cornelius et Pisanus erant in favorem Farnesii et etiam card^u de Mantua et de Medicis, et deinde iverunt ad cenam. *Ordo et gesta de la *Biblioteca Chigi*.

(6) Sanuto, XXXII, 413.

(7) *Ibid.*, 356.

opuestos que nunca, sobrevino finalmente la crisis. Súpose por conducto seguro, que Francisco María della Róvere, aliado con los Baglioni, se disponía á emprender un ataque contra Sena; por lo cual, apenas fueron necesarias particulares reflexiones del cardenal Petrucci, para dar á entender claramente al de Médici, en cuán grande peligro se vería entonces Florencia; y esta consideración produjo una mudanza en sus designios. Cuando á 9 de Enero se hubieron congregado los electores para el undécimo escrutinio, se levantó el de Médici y dijo: «Veo que de entre los que estamos aquí congregados, ninguno puede ser Papa. Yo he propuesto á tres ó cuatro, pero todos ellos han sido rechazados; y los candidatos propuestos por la otra parte, me es imposible, por muchas razones, aceptarlos. Debemos, pues, por consiguiente, buscar á uno que no se halle presente; pero ha de ser un cardenal y persona recomendable.» Estas palabras obtuvieron general aquiescencia, y, requerido á que nombrara á uno de los ausentes, repuso el de Médici, con la manera que le era propia de tratar como por juego las cosas más serias, indicando una persona de la cual sabía ser muy grata al Emperador (1). «Tomad al cardenal de Tortosa, varon honorable, de 63 años, y que goza fama universal de santo.»

Fuera ó no esta propuesta una maniobra electoral, al procederse á la votación, lo mismo Adriano de Tortosa que Carvajal reunieron 15 votos; pero el partido de los Médici estaba resuelto á defender á aquél á quien su jefe había nombrado.

En aquel momento, el comentador de Santo Tomás de Aquino, Cardenal Cayetano, que gozaba de general prestigio por su sabiduría, determinó la decisión. Con elocuentes palabras describió las buenas cualidades del cardenal de Tortosa, á quien había conocido personalmente durante su legación en Alemania, y declaró su acceso. Este proceder de Cayetano hizo tanto mayor im-

(1) **Ludens ut consueverat et ut videretur rem gratam facere Ces. M^a que illum commendaverat. Ordo et gesta de la Biblioteca Chigi. Cf. Höfler, 90-91, quien advierte: «La proposición podía considerarse como una pura maniobra electoral. Era de todo punto inconcebible, si se tenía presente que Adriano, puesto que no estaba en el conclave, no había aprobado los capítulos, la disposición acerca de las ciudades y beneficios, no estaba atado con ningún juramento, y en consecuencia, con la elección de un ausente, se ponían de suyo en contingencia todas las resoluciones tomadas en interés del colegio de cardenales; por tanto, apenas se puede concebir acto de mayor ceguedad de parte de dicha corporación.»*

presión, por cuanto siempre se había mostrado adversario del de Médici; y cuando también Colonna aceptó la candidatura propuesta, no fué posible diferir más tiempo el resultado.

Jacobazzi, Trivulzio y Ferreri declararon su acceso; inútilmente exclamó Orsini, increpando á los suyos: «¡Majaderos! ¿No atendéis á la ruina de Francia?»; pues se le contestó con la misma moneda. Como arrastrados por una fuerza irresistible, un elector tras otro declararon su acceso, y antes de que los más se hubieran dado clara cuenta de la trascendencia del hecho, se habían contado 25 votos. El vigésimo sexto, con que se alcanzaba la mayoría de dos tercios, lo dió el romano Cupis, diciendo: «También yo voto al cardenal de Tortosa, y le hago Papa.» Entonces ya no les quedó á los demás sino declarar su asentimiento (1).

Todo esto fué obra de pocos instantes; y apenas habían vuelto en sí los cardenales, y entendido bien que acababan de dar la tiara á un prelado que vivía lejos, que era alemán y, por consi-

(1) V. la relación veneciana de 19 de Enero de 1522 publicada por Sanuto, XXXII, 414-415; cf. 377 y 379. Cf. además *Ordo et gesta de la *Biblioteca Chigi*; Burmann, 149; Bergenroth, II, n. 375; Brewer, III, 2, n. 1952, 1960, y Gatticus, 320, como también la relación de N. Raince de 9 de Enero (*Biblioteca nacional de París*), de que ya se sirvió Mignet (Rivalité, I, 316). Los accesos son indicados diversamente; yo he seguido las relaciones muy buenas que se hallan en Sanuto, XXXII, 414 s. También, respecto del último escrutinio, se hallan discrepancias en el *Diarium de Blasius de Martinellis (*Archivo secreto pontificio*, XIII, 24 y Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*). Por otra parte, las indicaciones de Jovius (Vita Adriani, VI) sobre las negociaciones preliminares entre los cardenales antiguos y el de Médici se hallan tan poco confirmadas, como la afirmación de Abbatis, de que Colonna propuso á Adriano (Molini, I, 156). En la Instrucción para el cardenal Farnese, de que se tratará más abajo en Clemente VII, y que se halla impresa en Weiss, Pap. de Granvelle, I, 280, se habla de la conducta resuelta de Médici, como de un hecho generalmente conocido; cf. Höfler, 136. Lo que afirma Gregorovius (VIII^a, 381), que Farnese obtuvo 15 votos, junto con Adriano, contradice á todas las fuentes. Cállase de intento la conducta de Médici en favor de Adriano, en la *relación del cardenal Gonzaga á la marquesa Isabel de Este, de 9 de Enero de 1522 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), comunicada sólo en parte en el Giorn. d. lett. Ital., XXXIII, 83. Dicese en ella: «Alhora che io sperava giungere al desiato fine la maggior parte degli cardinali se abatterono ad dare il voto ad questo tale per gettarlo via come si vuol fare che l' uno non sapeva del' altro. Dappoi lecti tutti gli voti di ciascuno si ritrovò questo tale havere 15 voti in suo favore, il che vedendo il card. de la Minerva et facendo iudicio, che questo era santo huomo et buono al papato ricorse col voto suo per accesso, etc. Por lo demás, la gran participación de Médici en la elección de Adriano se saca también de la *carta de Giberti de 9 de Enero de 1522 (v. apéndice n.º 65). Y también en la *relación de un conclave al marqués de Mantua, de 10 de Enero de 1522, se dice expresamente: «Ed è proposto dal rev^{mo} de Medici. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

guiente, conforme á la manera de concebir de los italianos, bárbaro, maestro del Emperador y completamente desconocido en Roma y en toda Italia; cuando ya estaba abierta la ventana del conclave, desde la cual el cardenal Cornaro, como diácono más antiguo, anunció á la multitud que esperaba fuera, la elección del cardenal Adriano de Tortosa, titular de la Iglesia de San Juan y San Pablo; y como Cornaro tenía la voz muy débil, repitió Campegio el resultado de la elección.

Eran pocos los que esperaban en aquel día la resolución. Un testigo ocular, el veneciano Francisco Maredini, refiere, que oyó súbitamente clamores confusos: ¡Médici, Palle, Colonna, Cortona, Valle! y luego vió algunas personas, y en seguida á muchas otras, que corrían á la plaza de San Pedro. Como allí aumentaba constantemente la gritería y el tumulto, no podía quedar ya duda de que se había elegido Papa, aun cuando no se entendía claramente el nombre del mismo; pero después de breves momentos había de mostrarse personalmente en la iglesia de San Pedro: ¡Ea, pues, allá! En la escalinata de la basílica percibió Maredini la noticia increíble, de que el nuevo Papa se hallaba en España. Lleno de asombro corrió con sus acompañantes al conclave, que estaba ya abierto, donde obtuvo de los cardenales Campegio y Cibo la confirmación de lo que acababa de oír. «Cuando nos enteramos de todo esto, escribe Maredini, casi nos morimos de asombro.» Al paso, había tenido dicho narrador ocasión de notar la desesperación de los cortesanos de León X. El uno lloraba, el otro gritaba, el tercero maldecía; todos estaban de acuerdo en que, por lo menos pasarían seis meses antes que viniera el nuevo Papa, y que ellos entretanto no percibirían nada; como flamenco, era probable que Adriano colocaría solamente á sus nacionales, y por ventura se quedaría perpetuamente en España, ó vendría á Roma en compañía del Emperador. «En una palabra, concluye Maredini, ninguno se alegra y todos se lamentan» (1).

De semejantes sentimientos estaban poseídos los más de los electores; un amigo del poeta Tebaldeo, que entró en el conclave inmediatamente después de haberse celebrado la elección, escribe:

(1) Carta de 9 de Enero de 1522 á G. Contarini publicada por Sanuto, XXXII, 380. Lo card^l Fiamengo es llamado Adriano en la *carta de los embajadores boloñeses (A. Pepulus y Laur. Blanchettus) de 9 de Enero de 1522. *Archivo público de Bolonia*.

«Pensé mirar espíritus del otro mundo; tan pálidos y desencajados veía sus semblantes. Casi todos están descontentos, y se arrepienten ya de haber elegido á un desconocido, á un «bárbaro», y mayordomo del Emperador» (1). «Después de la elección, dice el embajador veneciano Gradénigo, estaban los cardenales como muertos» (2); sólo entonces veían claramente toda la trascendencia de lo que habían hecho. El Estado de la Iglesia amenazaba desquiciarse si no se procedía en seguida enérgicamente; mas el nuevo Papa no podría llegar á Roma sino después de meses. La prodigalidad de León X, y la parte que tomó en la gran lucha entre el rey de Francia y el Emperador, habían agotado los recursos pecuniarios de la Sede Apostólica; y sólo un poseedor de la tiara enteramente neutral, podía poner un dique á la completa ruina de la hacienda; pero semejante imparcialidad apenas podía esperarse del que en otro tiempo había sido preceptor de Carlos V y era á la sazón su gobernador en España. Se juzgaba á Adriano tan íntimamente unido con el Emperador, que el cardenal Gonzaga escribió, que casi podía decirse que el Emperador era ahora Papa y el Papa Emperador (3). Los más de los electores tenían mucho que temer por sí mismos, en una radical reforma de la Curia; ¿qué les quedaba, pues, que esperar, si el promovido á la suprema dignidad era realmente el asceta que les había elogiado el cardenal Cayetano? (4)

Después que los cardenales, tras largas deliberaciones, acordaron dirigir á Adriano un escrito donde se le notificaba su elección, el cual debería llevar el español Baltasar del Río, obispo de Scala; y asimismo, el envío de tres cardenales legados al nuevo Papa; abandonaron el conclave. La muchedumbre reunida delante de él, los recibió sólo con palabras injuriosas y burlonas, con gritos y silbidos; y los cardenales pudieron darse por satisfechos, con que la sangre caliente de los romanos se limitara á esto, y no

(1) Sanuto, XXXII, 415.

(2) Albàri, 2 serie, III, 74.

(3) *So bene egli non potrebbe essere più imperiale di quello che è, et quasi si può dire che lo imperatore sarà papa et il papa lo imperatore. Lo amore che è tra luno et laltro di loro fa una trinità et saranno più persone in uno solo. *Carta del cardenal Gonzaga á la marquesa Isabel, fechada en Roma á 9 de Enero de 1522. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. la dedicatoria que hizo Cayetano de la tercera parte de sus *Comentarii* de Sto. Tomás, de la que ha hablado Bottemanne en la revista *De Katholiek* (Leiden, 1892) LXXXII, 73-93.

se llegara á atacarles de obra (1). En los días siguientes, la burla mordaz y la agudeza, celebraron verdaderas orgías; Pasquino se vió cubierto de sátiras escritas en lenguas latina é italiana, en las cuales se ridiculizaba á los electores y al elegido de la manera más soez (2). «Ladrones, traidores á la sangre de Cristo, se decía en uno de aquellos sonetos; ¿cómo no morís de dolor, por haber entregado á la furia tudesca el hermoso Vaticano?» (3) En muchas sátiras se atacaba al nuevo Papa como extranjero, bárbaro, y en algunas también como español. Debajo de una caricatura se leían los lamentos de San Pedro, por haber pasado de manos de los usureros á las de los judíos, esto es, de los españoles. Otra caricatura representaba á Adriano como maestro de escuela, castigando con la férula á los cardenales, y la inscripción decía: «A este extremo ha traído á los infelices la falta de unión» (4).

Avidamente leían los romanos estos insultos, y su actitud era tan amenazadora, que por algún tiempo los cardenales no se atrevieron á salir de sus palacios (5). Casi nadie conocía al nuevo Papa; sólo se sabía que era un extranjero, por consiguiente un bárbaro, un partidario del Emperador, que moraba en la remota España, y probablemente trasladaría allá la Curia. Por esta razón se fijó en el Vaticano un cartel con la inscripción: «Este palacio está por alquilar» (6). Hasta tal punto reinaba en Roma la persuasión de que se trasladaría la Curia, que pronto centenares de empleados se dispusieron á emprender el camino de España, para encontrar allí colocación al lado de Adriano. Los tres cardenales

(1) V. Blasius de Martinellis en Gatticus 320; Sanuto XXXII, 380, 415-416; Brewer III, 2, n. 1960; Jovius, Vita Adriani VI. La elección fué publicada á las 18 horas (á las 11 de la mañana); los cardenales no salieron del conclave hasta las 22 horas. Así lo notifica á Bolonia Bartol. Argillense, en una *carta de 9 de Enero de 1522. *Archivo pubblico de Bolonia*.

(2) V. Rossi, Pasquinate XXXVIII ss. Cf. la sátira que hay en el Cod. Ottob. 2480, f. 101-104. Está enteramente diferente de los demás, el Pasquillus taxans Leonem X in laudem novi pontificis, que dice así:

Nunc bene Roma suo mutat cum principe mores,
Nunc est Roma, prius Thuscia Roma fuit.

*Cod. Ottob. 2831. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Sanuto XXXII, 383.

(4) Sanuto XXXII, 415-416; cf. Brewer III, 2, n. 1995. V. también Luzio, P. Aretino e Pasquino, Roma 1890, 9 s.

(5) Brewer III, 2, n. 1995.

(6) Sanuto XXXII, 416.

más antiguos, que dirigían el Gobierno, procuraron estorbar la emigración de los funcionarios, por medio de una severa prohibición (1); pero los que más se lamentaban (y no sin cierta causa), eran los numerosos curiales que habían comprado sus empleos, y los que solamente habían vivido de la prodigalidad del Papa Médici en el mantenimiento de su Corte. No sólo toda aquella gente, sino la mayor parte de la población de Roma, se veía al borde de la ruina, si el Papa continuaba mucho tiempo ausente de la Ciudad. También los cardenales abrigaban temores de parecida índole; por lo cual, se inculcó con la mayor insistencia á los legados que debían dirigirse á Adriano, que le apremiaran sin remisión á emprender prontamente su viaje á Roma.

Fuera de esto, los legados debían proponer al Papa una profesión de fe, por la cual había de prometer Adriano, que defendería la fe católica y desarraigaría las herejías, principalmente la difundida en Alemania; asimismo debía obligarse á no trasladar el asiento de la Corte pontificia sin consentimiento de los cardenales. Finalmente, se encargó también á los legados, rogaran al Papa se dignara confirmar las ordenaciones hasta entonces dictadas por los cardenales, y que entretanto, le apartaran de toda decisiva medida de gobierno (2).

Por más que estas resoluciones se habían tomado definitivamente á 19 de Enero de 1522, se difería de semana en semana la partida de los legados; y no parece haber sido la causa única de esta dilación la falta de dinero para el viaje, ni la dificultad de

(1) Sanuto XXXII, 382, 383, 411, 417.

(2) La instrucción para los tres cardenales legados (Colonna, Orsini y Cesarini), de la que se conservan muchos manuscritos (en el *Archivio segreto pontificio*, V. Polit. VII, f. 258 ss., en la *Biblioteca Vaticana*, Ottob. 2515, f. 334 s., 3141, f. 5 ss., Urb. 865, f. 34 s.; Cod. Barb. lat. 2103, f. 116^a ss., en la *Biblioteca Ambrosiana de Milán* (P. 196. Sup.) y en la *Biblioteca comunal de Ancona*. Aquí, lo mismo que en el Cod. Ottob., hay la fecha falsa 29 de Enero, está impresa en Weiss, Pap. d'Etat, I, 241 ss., y Gachard, Correspond. 10 ss.; hay con todo muchas incorrecciones. Estas se hallan especialmente en la Professio, que Adriano debía hacer, la cual iba añadida á la instrucción. En ella, según los manuscritos antes mencionados, hay que leer sin duda: reformatio-ne morum en vez de ref. horum. También el pasaje: Iuro etiam atque profiteor saluberrimam sacri collegii continuare, está alterado; saluberrimam no hace sentido, probablemente hay que leer saluberrima, y quizá se ha de suplir decreta. Es de importancia, que en los manuscritos arriba citados, en vez de s. collegii hay siempre: sancti concilii, lo cual da un sentido esencialmente diverso. Sobre la significación de la Professio exigida á Adriano, v. Buschbell en la Rom. Quartalschr., X, 446 s.

hallar embarcaciones. Probablemente sentían los cardenales dificultad en alejarse de Italia, por consideración á la contingencia de un nuevo conclave; pues, por mucho tiempo, se esperó inútilmente la noticia de que Adriano hubiera aceptado su elección; y asimismo se dijo en Roma repetidas veces, que el Papa había fallecido (1). Los franceses decían públicamente, que debía procederse á una nueva elección (2).

La confusión, la opresión angustiosa, el espanto y el miedo, llenaban á una gran mayoría de los habitantes de Roma, y sólo los imperiales y los tudescos se entregaban al júbilo. «¡Dios sea alabado! escribía al embajador de Carlos V Don Juan Manuel, inmediatamente después de la elección; pues, para la paz y prosperidad de la Iglesia y el poder del Rey, no había otra ninguna persona más apropiada que este Papa, que es un varón santo y hechura de Su Majestad imperial» (3). A un amigo suyo repetía Don Juan Manuel, que el nuevo Jefe de la Iglesia era indudablemente el más piadoso de todos los cardenales, en Roma y fuera de ella, y además muy sabio (4). Cornelio de Fine, flamenco que vivía desde hacia mucho tiempo en Roma, y tenía seguramente mayor conocimiento de su paisano, escribió en su diario: «Conforme al consejo de Dios, los cardenales, hasta ahora desunidos, eligieron, contra su propio designio, á Adriano de Tortosa, que no se hallaba en el conclave; el cual es un hombre enteramente sencillo, que se ha señalado siempre como temeroso de Dios; en Lovaina vivía sólo para la ciencia, está adornado de toda clase de erudición, es teólogo y canonista distinguido, y procede de una familia muy humilde. Por espacio de tres años ha gobernado muy bien en España. El Espíritu Santo ha elegido á este señalado varón» (5).

En Italia se impuso al principio por todas partes, la impresión del asombro, por haber los 39 cardenales, aunque eran casi todos italianos, elegido á un extranjero (6). El sentimiento nacional era

(1) Cf. Sanuto XXXII, 403, 417, 425; Clerk en Brewer III, 2, n. 2017; Höfler 119 ss. *Muchos creen que el Papa ha muerto, escribe desde Roma Bartol. Argillense en 21 de Febrero de 1522 (*Archivo público de Bolonia*).

(2) Bergenroth II, n. 376.

(3) Gregorovius VIII*, 383.

(4) Bergenroth II, n. 381.

(5) Cornelius de Fine, *Diario existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(6) V. Giornali ligustico 1891, 229.

tan fuerte, que les achacaba esto como un gravísimo vituperio. «Es cosa por extremo vergonzosa para los cardenales, escribía un notario romano, el haber otorgado la tiara á una persona desconocida en la Curia, que se halla en la bárbara España» (1).

Asimismo es extraordinariamente característico el juicio del canónico sienense Segismundo Tizio; el cual se ve obligado, como otros italianos (2), á reconocer que Adriano había merecido la tiara por su virtud y sabiduría; pero no puede abstenerse de reprehender «la ceguedad de los cardenales», los cuales habían entregado la Iglesia y á Italia, «á la servidumbre de los bárbaros», de suerte que la pobre Italia era digna de lástima (3).

A 18 de Enero de 1522, llegó á la residencia imperial de Bruselas el despacho que llevaba la nueva de la elección pontificia. Carlos V, á quien fué entregado el pliego durante la misa, lo dió á leer á los que le rodeaban diciendo: «El maestro Adriano ha sido hecho Papa.» Muchos tuvieron por falsa esta sorprendente noticia, hasta que una carta recibida á 21 de Enero, dispuso todas las dudas. El Emperador escribía el día mencionado á su embajador en Londres, creta poder disponer del nuevo Papa como de todos los demás que se habían engrandecido en su Casa; y más tarde aseguró Carlos V, por los enviados á dar la obediencia, que no había sentido mayor alegría por su propia elección para el Imperio, que por el nombramiento de Adriano (4). El imperial escrito de acción de gracias á los cardenales, estaba compuesto en el más ampuloso estilo. El encargo de llevar su felicitación al nuevo Papa, lo dió Carlos V al amigo de Adriano Don Lope Hurtado de Mendoza. «Es una cosa maravillosa, decía Gaspar Contarini, que se hallaba entonces al lado del Emperador como enviado de Venecia, que entre tan gran número de cardenales, haya re-

(1) Gori, Archivio IV, 245. También Jovius (Hist. XX) se expresa de un modo semejante.

(2) S. S.^{ta} per quanto si intende è molto bene, escribe Bartol. Argillense en 9 de Enero de 1522 (*Archivio pubblico de Bologna*). Cf. también la carta de V. Albergati de 15 de Febrero de 1522, publicada por Fantuzzi, Scritt. Bol. I, 137.

(3) «Meretur quidem vir iste pontificatum, vero caeci patres minus prospicientes ecclesiam atque Italiam in barbarorum servitutem coiecerunt... Viri isti iniquitatis in facinus tam deplorandum ob suas discordias inciderunt, ut lugenda sit misellae Italiae conditio (Cod. G II, 39, f. 91 de la *Biblioteca Chigi de Roma*).

(4) Así se halla expresado en el discurso, inédito á mi entender, que está en Miscell. polit. n. 75, f. 502 de la *Biblioteca del Re de Turin*.

caído la elección en un ausente, y desconocido para los más de ellos. El Papa es tenido por muy piadoso y dotado de las más laudables cualidades. Celebra la santa Misa todos los días, y cumple todas las obligaciones como virtuoso prelado.» El mismo diplomático juzgaba que Adriano era más adicto al Emperador de lo que éste mismo podía desear. También el Gran Canciller Mercurino Gattinara estaba persuadido, de que ahora todas las cosas irían conforme á los deseos de Carlos; porque la gracia de Dios había hecho Papa á aquél que estaba más unido que otro alguno con el Emperador, por su fidelidad, celo y justicia (1).

Fácil es comprender que, en la Corte francesa, reinaban los sentimientos contrarios. Al principio, hizo burla Francisco I de la elección del maestro de escuela de Carlos, y parece que por algún tiempo hasta llegó á rehusarle el título de Papa; en Adriano no veía otra cosa sino la hechura del Emperador (2). De la Ciudad eterna se recibían, por el contrario, noticias diferentes. El cardenal Trivulzio llegaba á escribir al Rey, que de todos los que habían tenido probabilidades de obtener la tiara, Adriano era para él el mejor; y el embajador francés en Roma, por su parte, juzgaba que, en caso de haber recaído la elección en uno de los imperiales, era preferible el cardenal de Tortosa, como el mejor ó menos malo, no sólo por respecto á lo que se decía de su buena vida, sino también porque no podría llegar hasta después de seis ú ocho meses al sitio donde él ó su discípulo (el emperador Carlos V) podían suscitar obstáculos al Rey (3).

Mientras los príncipes y diplomáticos ponían en el nuevo Papa las más diversas esperanzas ó temores, todos aquellos que tomaban á pechos el bien de la Cristiandad, prorrumpieron en puro júbilo. «El nuevo Jefe de la Iglesia, acentuaba Pedro Delfini, de tal manera goza en todas partes fama de sacerdote puro, piadoso y temeroso de Dios, que en su elección se mira la mano de Dios.» «Sólo tu vida enteramente irreprochable, escribía al recién

(1) Cf. Sanuto XXXII, 445, 479-480; Dittrich, Contarini 54; Höfler 122 s.; *Archief voor de geschiedenis v. h. Aartsbisdom Utrecht* XXVIII, 140. La instrucción para Mendoza se halla en Gachard, *Correspond.* 24 ss. Sobre las fiestas celebradas en Utrecht con motivo de la elección de Adriano, v. *Ant. Matthaei*, *Vet. aevi analecta* III, *Hagae comitum* 1738, 687 ss., *Utrechtsche Volks-Almanak* 1848, 71 s.; Bosch 46 s.; Wensing 142 s., 145; *Dodt van Flensburg Archief v. kerkel. geschied.* III, 209 s.

(2) Cf. *Bergenroth* II, n. 382; *Brewer* III, 2, n. 1994; Höfler 137.

(3) *Mignet*, *Rivalité* I, 316.

elegido Juan Luis Vives, te ha elevado al más alto puesto de la tierra.» Otro juzgaba: «Tenemos un Papa que ha sido elegido sin pretenderlo, y en su ausencia; no puede haber, ni siquiera desearse, otro mejor y más santo Jefe supremo de la Iglesia» (1).

El nuevo Papa era, en efecto, un insigne varón, que con su incansable diligencia y cumplimiento fiel de sus obligaciones, se había elevado desde un estado muy humilde.

Adriano había nacido á 2 de Marzo de 1459 en la capital del arzobispado de Utrecht; y como, en los Países Bajos, las personas que no pertenecían á la nobleza, no llevaban todavía en aquella época nombres familiares, y juntaban simplemente su nombre de pila con el de su padre, se llamó Adrian Florisze ó Florensz (esto es: Florens-sohn) de Utrecht (2). Pedro Florens Boeyens (esto es: Boheyens-sohn) (3), acerca de cuyo oficio hay varias opiniones (4), murió prematuramente; y la excelente Gertrudis,

(1) V. Raynald 1522, n. 2; Burmann 457; Höfler 102-103; Helele-Hergentröther IX, 273. Cf. el juicio de St. Brodaries en Fraknói, Ungarn, 21.

(2) Adrianus Florencii a Trajecto. Para lo que sigue, además de Moring-Burmann I ss., cf. especialmente Reusens, Syntagma doctr. Adriani VI. Apparat. I ss., y Biogr. nat. II, Bruxelles 1868, 546 ss., como también Claessens, Adrien VI en la Rev. cath. 1862, 596 ss. En Utrecht se tiene por casa natal de Adriano, la huis Brandaen en la Oude Gracht (con pinturas posteriores, en parte antihistóricas [León X entrega á Adriano el capelo cardinalicio]). La misma se levanta dentro del monasterio de S. Andrés, el Pauszaal designa el lugar de la casa antigua. Cf. Tijdschrijf v. geschied. v. Utrecht I, 76 ss., 108 s.

(3) Boeyen no es ningún apellido de familia, sino una abreviatura del nombre de pila Bauduinus (Balduino); v. Burmann, 512 s., Reusens, loc. cit.

(4) Probablemente trabajaba como carpintero en la construcción de buques; v. Burmann, 4; cf. Contarini en Sanuto, XXXII, 472. El holandés Cornelio de Fine, dice también en su «diario (*Biblioteca nacional de París*): Pater ejus arte mechanica victum quaerebat, y más adelante: natus patre fabro lignario. El dato de que el padre fué cervecero, es sin duda una invención. Hogeman trae noticias sobre la familia en Verslag v. d. Vergadering der Vereeniging tot beoefening v. Overijsselsch Regt en Geschiedenis, Octob., 1892 (Zwolle, 1893), 7 s. Posteriormente dos familias nobles, Rodenbuch y Dedel, han pretendido poder contar entre los suyos al célebre Papa. Con todo eso, la primera familia citada no puede entrar en consideración; mejor fundadas aparecen las pretensiones de los Dedel: v. Stramberg (Rheinisch. Antiquarius, III, Koblenz, 1852, I, 52 s.), Reumont (III, 2, 843), Gregorovius (VIII, 383), Höfler y aún muy recientemente Rietstap (Wapenboek v. d. Nederlandsch. Adel I, Groningen, 1883, 86) tienen por indudable la descendencia de los Dedel. Esto no obstante, las dificultades que ya Burmann, 3, opuso han sido hasta el presente en tan corto grado debilitadas, que Lepitre, 8-9, deja la cosa indecisa. M. conde de Nabuys de la casa Horstmar-Ahaus en el Jahrbuch des heraldisch-genealogischen Vereins Adler in Wien LX (1882) 25 s., y Dietsche Warande, III (1890) 589 ss., rechaza la des-

vestidos de seda ricamente bordados, con cadenas de oro al cuello y piedras preciosas entrelazadas en las barbas, aquellos salvajes bárbaros, de rostro ennegrecido por el humo de la pólvora, andaban vagando por la Ciudad (1) sin perdonar ni siquiera á sus propios compatriotas (2), y como la mayor parte de los lansquenetes eran luteranos, no desperdiciaron la ocasión de colmar de burlas y escarnios el aborrecido Papado. Engalanándose con rojos capeles cardenalicios, y vestidos con los largos ropajes de los príncipes de la Iglesia, cabalgaban en asnos por las calles, ejecutando todos los imaginables escarnios. Un capitán bávaro, Guillermo von Sandizell, llegó hasta disfrazarse de Papa y hacer que los soldados, disfrazados de cardenales, le besaran los pies y las manos; dábales la bendición con un vaso de vino, á lo cual respondían sus acompañantes con sendos tragos. Luego se dirigió aquella horda, con música de pífanos y tambores á la ciudad leonina, y proclamó allí Papa á Lutero, de manera que pudo oirse desde el castillo de Sant-Angelo. De un lansquenete, por nombre Grünwald, se refiere, que gritó al castillo de Sant-Angelo en alta voz: tenía ganas de comérsele al Papa una tajada de sus carnes, porque había prohibido la palabra de Dios. Otro clavó un crucifijo en la punta de su pica y lo paseó algún tiempo, acabando finalmente por hacerlo pedazos (3).

Los asolamientos y sacrilegios que ejecutaron los lansquenetes en los templos del Señor, apenas pueden concebirse; pero tampoco en esto les fueron muy á la zaga los españoles é italianos. Todos los templos, aun las iglesias nacionales de los españoles y alema-

262), que ellos también cometieron muchas atrocidades y en su furor mataron á los que no pagaban al instante; pero no es cierto, en general, que fueron los peores y más crueles. M. Cresci (*Storia d'Italia; Biblioteca Laurenciana, Cod. Asburnh. 633) dice, que los italianos fueron tan crueles como los españoles y alemanes. Fabius Arcas de Narni juzga rectamente al decir: «En aquella ruina y perdición de Roma, los alemanes se mostraron bastante malos, los italianos peores, pero los españoles malísimos.» K. Leib, Annales, 512.

(1) J. Cave, 400. L. Guicciardini en Milanese, 238.

(2) V. la relación de Gescheid en el Histor. Jahrbuch, XII, 752; Schulte, I, 238; Schmidlin, Anima, 274; De Waal, Der Campo Santo, 87 s.

(3) J. Cave, 402. Nova publicado por Schardius, II, 612. Sanuto, XLV, 210. Zeitgenössische Berichte, 27 s., 44 s. La descrizione 17 de Jorio citada arriba p. 319, not. 3. Lancellotti, III, 251, 263. Ranke (Deutsche Gesch. II, 414) en la conducta y acciones de los alemanes pintadas en el texto ve «chanzas» (1), en las que «se desahogaba su creencia evangélica». Más objetivamente juzga Barthold, 453, 462 s.

nes (1), fueron saqueados; todo cuanto la liberalidad y piedad de muchos siglos había acumulado, en preciosos ornamentos, sagrados vasos y obras de arte, fué arrebatado en pocos días por la brutal soldadesca, derrochado en la taberna y en el juego, ó vendido á los judíos. Arrancáronse los preciosos engarces de las reliquias, y aun se llegó en muchos casos á quebrantar las sepulturas, revolviéndolas en busca de tesoros. Hasta contra el mismo Santísimo Sacramento del Altar se extendió la furia, arrojándole por el suelo y profanándole de mil maneras. «Los infieles, dice una relación española, no hubieran podido acampar aquí más perniciosamente» (2). Cuenta una tradición, que ciertos soldados condujeron á la iglesia un asno revestido de obispo, y pretendieron forzar á un sacerdote á ofrecerle incienso y darle la sagrada Hostia; y habiéndose el sacerdote negado, le hicieron pedazos (3).

La profanación de las iglesias se llevó á su colmo, convirtiéndolas en cuadras, y esta suerte cupo aun á la misma iglesia de San Pedro. También aquí se robaron las sepulturas, entre otras la de Julio II; la cabeza de San Andrés fué arrojada por tierra; el sudario de la santa Verónica, objeto de tan gran veneración durante toda la Edad Media, fué robado y vendido en una taberna de Roma. Un famoso crucifijo, colocado en uno de los siete principales altares de San Pedro, lo cubrieron con el traje de un lansquenete, y se llevaron innumerables reliquias y preciosidades. Un lansquenete alemán clavó en su pica el hierro de la Santa Lanza, y se fué por el Borgo haciendo burla. Hasta la tumba del Príncipe de los Apóstoles fué profanada, por más que, el sepulcro de San

(1) Cf. Schmidlin, *Anima*, 273 s., 278 s.

(2) V. las relaciones españolas publicadas por Villa, 135, 136 y las italianas que se hallan en Sanuto XLV, 133, 166, 203, 221-222; XLVI, 142 s. Cf. también Gualderonico, 93; L. Guicciardini en Milanese, 204, 241; Grolhierius, 74; Surius, *Comment.* 202; Tizio, *Hist. Senen., existente en el Cod. G. II, 40, f. 313 y 314, de la *Biblioteca Chigi de Roma*. Acerca de las reliquias robadas, v. Fontana, *Renata* I, 430 y en el apéndice n.º 117 la *carta de Sanga (*Archivio Ricci de Roma*) y la de Salviati, *ibid.*, n.º 116.

(3) *Un povero sacerdote ma generoso christiano perchè non volse incensare e comunicare un' asino, che vestito in habito di vescovo havevano con mitra condotto in chiesa, restò crudelmente trucidato. *Relatione del Sacco dato a Roma li 6 Maggio 1527, cavata da alcuni Mas. di persone trovatessi. Cod. Vatic. 7933, de la *Biblioteca Vaticana*. Cuenta con más pormenores la *Relatione de la *Biblioteca Angelica de Roma*, citada arriba pág. 323, not. 4. Cf. L. Guicciardini en Milanese, 229; Sanuto XLV, 218; la carta del cardenal Trivulzio publicada por Milanese, 484; Lancellotti III, 263 y la relación de S. Perelli, que se halla en Saggiatore I, 313.

Pedro propiamente dicho, quedó incólume. La capilla del Sancta Sanctorum, cuya inscripción la ensalza como el más santo lugar de la tierra, fué saqueada (1); pero felizmente quedó intacto el propio tesoro de la capilla, defendido por sus enormes cerrojos de hierro (2).

Con especial crueldad se procedió contra todas las personas de estado eclesiástico; gran parte de los clérigos y religiosos que cayeron en manos de los soldados, fueron muertos; muchos otros, públicamente vendidos como prisioneros de guerra, y con otros, á quienes se disfracó de mujeres, se ejecutaron repugnantes escarnios. Los españoles atendían principalmente á sacar dinero de los eclesiásticos; mas los lansquenets declararon por su parte, haber prometido á Dios que matarían á todos los curas, y obraron en conformidad. Patriarcas, arzobispos, obispos, protonotarios y abades, fueron maltratados, despojados y muertos, y hasta acometieron á sacerdotes cuya ancianidad misma imponía respeto. El octogenario obispo de Potenza, por no haber podido pagar el rescate que se le exigió, fué muerto inmediatamente; el nonagenario obispo de Terracina, que no se hallaba en estado de aprontar los 30,000 ducados que se le pedían, fué públicamente puesto á la venta, con un manojo de paja en la cabeza, como si fuera una bestia (3); á otros eclesiásticos les cortaron las narices y las orejas, y les forzaron á desempeñar los más bajos servicios (4).

Todavía fueron más horribles las penalidades que hubieron de sufrir las vírgenes consagradas al Señor. Muchas de ellas habían conseguido á última hora ocultarse en lugares seguros;

(1) Cf. Sanuto XLV, 133, 166, 168, 192, 435 s.; Villa, 146; Arch. stor. Lomb. IV, 636; la relación de Gescheid, que se halla en el *Histor. Jahrbuch*, XII, 752; Nova en Schardius II, 612; Milanese, 484 s., 503; Sandoval I, 718 s.; Santoro, 11; Grisar en la *Civ. Catt.* 1906, II, 725 s.; la carta de Sanga (*Archivio Ricci de Roma*), que se halla en el apéndice, n.º 118; Torrigio, Grotte, 255 s. Sobre la dispersión de las reliquias, v. Orano, I, 271, s., nota, y 333, nota. La relación de Gescheid sobre el sepulcro de San Pedro es una exageración hecha con acaloramiento; cf. Grisar, *Tombe apostol. di Roma*, 29; v. también Lanciani, I, 238.

(2) Cf. Grisar en la *Civ. Catt.*, loc. cit.

(3) Traen estos pormenores las relaciones españolas, publicadas por Villa, 137, 154. Cf. además Sanuto, XLV, 122, 145, 166 s., 186, XLVI, 139 s.; Guicciardini, XVIII, 3; Droysen, *Zeitgenössische Berichte*, 43 (cf. Schulz, 50, 54 s.); la carta de Sanga, que está en el apéndice n.º 117 y la «Relatione que se halla en el Cod. Vatic. 7933.

(4) L. Guicciardini en Milanese, 239. Cf. Lancellotti, III, 224, 237.

en San Lorenzo in Paneperna habíanse refugiado más de 160 monjas, en un monasterio que una sección de soldados protegió, por dinero, contra sus propios camaradas. Una de las monjas de San Cosimato in Trastevere, todas las cuales se habían refugiado en este lugar, describe en su crónica la mortal angustia que tuvieron que pasar, ella y sus compañeras, las más de ellas de nobles familias; y esta misma crónica traza también una viva descripción del asolamiento de la rica iglesia de San Cosimato, donde llegaron hasta á hacer pedazos un Niño Jesús de madera (1). Pero, ¿qué significa esto, respecto de la suerte que cupo á aquellos monasterios cuyas religiosas no habían tenido ya tiempo de huir, como por ejemplo, las monjas de Santa María in Campo Marzo, Santa Rufina y otras? (2) Los horrores que allí se ejecutaron no pueden describirse, por razones fáciles de comprender. Y aun pudieron tenerse por dichosas las víctimas de la ferocidad, á quienes, después de habérseles robado todo, les quitaron la vida; pues las que sobrevivieron, sufrieron por lo general un destino más duro que la muerte. Medio desnudas, ó cubiertas por befa con ropas de los cardenales, fueron arrastradas por las

(1) V. los *extractos de Galletti de la *Cronica di S. Cosimato in Mica aurea, que se hallan en el Cod. Vatic. 7933, f. 55 s. de la *Biblioteca Vaticana*. La Suor Orsola Formicini describe aquí ingenua y vivamente la huida apresurada de las monjas por la noche, sus angustias y su maravillosa salvación en el escondrijo de S. Lorenzo in Paneperna y la devastación de la Iglesia y del monasterio de S. Cosimato. *Lassarono dunque le pavidie ancille del Signore il loro monastero pieno di ogni bene: la madonna della Chiesa parata et con que'vezzi de' perle grossissime di quelle antiche baronesse et un parato di velluto cremesino nell' altare maggiore, et era la prima volta che fù messa. Tutta la sacrestia ricca et nobile poichè quelle illustrissime signore quando si facevan monache tutte le loro cose belle et bone et di prezo mettevano in sacrestia...; mi dissero come vi era una croce d' oro fino et piena di perle et gioie finissime qual' era di gran valuta; il tutto lassarono senza salvar niente. Al narrar las pérdidas y estragos del monasterio, dice la escritura: Ogni cosa fù persa, ma perchè non fù perso l' onore si puo dire che non persero nulla.

(2) Según la *Relatione mencionada arriba, p. 327, not. 3, se efectuaron en estos dos monasterios las cosas peores. Cod. Vatic. 7933 de la *Biblioteca Vaticana*. Lo mismo refiere la *Relatione de la *Biblioteca Angelica*, citada arriba, p. 323, not. 4. El párrafo que en esta relación trata este asunto, lleva este epigrafe: *Sacco dato al rione di Campo Marzo e morte di alcune signore e parimente sacheggiano il monastero di Campo Marzo e stuprano le monache et tolgono l' onore a molte matrone Romane che si credevano salve in detto monastero. Cf. el párrafo que está más adelante: *Cio che fecero alli monasteri e conventi di monache et religiosi. V. también la memoria que se halla en Saggiatore, I, 314 y Orano, I, 273, nota.

calles á las casas de prostitución, ó vendidas en los mercados por dos ducados cada una, ó menos todavía (1). También en este respecto ejecutaron los españoles grandes abominaciones. Los lansquenets alemanes se contentaban al principio, las más de las veces, con exigir rescates y arrebatar los objetos preciosos, llegando en algún caso hasta á amparar á la inocencia perseguida (2); pero es cierto que luego imitaron el ejemplo de los demás soldados, y aun se esforzaron en muchas maneras por sobrepujar sus atrocidades (3).

Desde el principio, empero, y generalmente, los lansquenets, entre los cuales se hallaban numerosos luteranos, no tuvieron compasión ninguna con los eclesiásticos y príncipes de la Iglesia; los cuales no por eso salieron bien librados de la crueldad de los españoles. Aun los cardenales adictos al Emperador no escaparon al más escandaloso despojo, á los malos tratamientos y crueles mofas. Por ocho días se perdonó á los palacios de los cardenales Piccolomini, Valle, Enkevoirt y Soderini, situados en el Rione S. Eustaquio, porque los habían tomado bajo su protección ciertos capitanes españoles; los cuales declararon no querer exigir nada á los cardenales, pero exigieron grandes sumas á los numerosos fugitivos que en aquellos palacios se refugiaban. Al principio pidieron 100,000 ducados por cada palacio; pero luego se contentaron con 45,000 de Soderini, 40,000 de Enkevoirt, 35,000 de Valle, y otros tantos de Piccolomini. Estas cantidades debían pagarse en ducados de buena ley, sin admitirse cualquiera otra moneda, ni tampoco piedras preciosas. Pero luego quisieron también los lansquenets acometer aquellos palacios, y por fin declararon los españoles, que ya no podían prestarles ulterior garantía. En primer lugar, atacaron los lansquenets el palacio del cardenal Piccolomini, el cual se creía enteramente seguro, porque su familia desde antiguos tiempos había tenido

(1) Además de Villa, 138, 146, cf. especialmente Sanuto, XLV, 166, 167, 203, 218, 435. V. también Gualderonico, 93; Arch. stor. Lomb., IV, 635 y en el apéndice, n.º 117, la carta de Sanga (*Archivio Ricci de Roma*).

(2) *Fu osservato però in qualche caso che li Luterani tedeschi si mostravano più miti, anzi si fecero custodi della pudicitia di alcune bastando loro di ottenere robba e denaro, mostrandosi molto più pregiuditievoli alla città li Spagnoli per le inaudite inventioni di tormenti praticati con alcuni per farli confessare ripostini e per cavarne denari. *Relatione etc. del Cod. Vatic. 7933 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) L. Guicciardini en Milanese, 232 s.

amistosas relaciones con el Emperador y los alemanes. Después de una lucha de cuatro horas, el palacio fué conquistado y saqueado, y el cardenal, que tuvo que pagar 5,000 ducados, fué sacado de su casa con la cabeza descubierta y conducido entre golpes y empujones al Borgo. En vista de esto, los cardenales Soderini, Valle y Enkevoirt no se creyeron ya seguros, y se refugiaron en el palacio Colonna; y apenas habían abandonado sus moradas, principió también allí el saqueo y asolamiento. No contentos los lansquenets con el gran botín que allí recogieron, impusieron asimismo á todos los romanos que se habían acogido á aquellos palacios cardenalicios un alto rescate (1); á pesar de que las 390 personas que se hallaban en el palacio Valle, habían sido ya sometidas á contribución á 8 de Mayo por Fabricio Maramaldo, capitán del ejército imperial. El cardenal y su servidumbre fueron en aquella ocasión tasados en 7,000 escudos; y los demás fugitivos, cada uno según su fortuna; llegando la suma total que se exigió en aquel palacio de un cardenal adicto al Emperador, á 34,455 ducados (2).

También los cardenales Cayetano y Ponzetta fueron encadenados y llevados por las calles con burlas y malos tratamientos; Ponzetta, que pertenecía asimismo al partido imperial, tuvo que pagar un rescate de 20,000 ducados, y murió por efecto de los malos tratamientos sufridos. Al cardenal franciscano Numai, que se hallaba gravemente enfermo, lleváronle los lansquenets por la ciudad en un féretro cantando los himnos de difuntos; condujéronle luego á una iglesia donde parodiaron las exequias, y amenazaron con echarle á una sepultura si no se rescataba; después de lo cual, le llevaron á sus amigos á quienes obligaron á responder por él (3). Cristóbal Marcello, arzobispo de Corfú, fué

(1) Lettera del card. di Como de 24 de Mayo de 1527, publicada por Milanesi, 477 s. Cf. Sanuto, XLV, 168, 187; Villa, 145; Saggiatore, I, 338 s.; Schmidlin, 274 s.; Orano, I, 289 s. y el *diario de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(2) Este instrumento notarial, por el cual los fugitivos se obligaron á restituir las sumas estimadas, al cardenal Valle, fué publicado detectuosamente por L. Bonaparte, Sac. de Rome, Florence, 1830, 81 s. y correctamente por Corvisieri, Documenti, 21-31; Corvisieri trae también 33-34 las prorratas que fueron valuadas para cada persona particular; entre éstas aparecen ocho judíos, á quienes se apreció en 400 ducados. Cf. además Vogelstein, II, 47 s.

(3) Cf. la *Relatione que se halla en el Cod. Vat. 7933 de la *Biblioteca Vaticana*; Sanuto XLV, 100, 145; Villa, 137; L. Guicciardini en Milanesi, 228; Grolierius, 75 s.

obligado á pagar un rescate de 6,000 ducados, y como no pudo hacerlo, le enviaron como prisionero á Gaeta, amenazándole de muerte (1).

También al embajador de Portugal, íntimamente relacionado con Carlos V, le exigieron un cuantioso rescate, y como se hubiera negado á pagarlo, saquearon su palacio, en el cual, por haber depositado allí sus haciendas muchos banqueros, se apoderaron los soldados de un botín por extremo copioso. El banquero florentino Bernardo Bracci fué llevado por los españoles al banco de los Welser, donde debía pagar su rescate de 8,206 ducados. Al pasar por el Ponte Sisto se topó con el capitán La Motte, que había sido nombrado gobernador de la Ciudad; el cual amenazó con hacer arrojar á Bracci al Tíber, si no le daba además otros 600 ducados. Bracci pagó y pudo así salvar la vida (2). Hasta el mismo Pérez, secretario de la embajada imperial, estuvo á pique de perder la vida á manos de feroces lansquenets, y padeció sensibles pérdidas en sus bienes y hacienda (3). El Procurador del Emperador, Jorge Sauermann, fué tan enteramente despojado, que tuvo que andar pidiendo limosna, y murió en las calles consumido por el hambre (4). Ningún sitio ofrecía seguridad; pues no se perdonó ni á los hospitales, ni entre ellos al mismo de los alemanes (5).

El embajador veneciano Domenico Veniero, los enviados de Mantua, Ferrara y Urbino, habíanse refugiado en el gran palacio que habitaba, cerca de los Santos Apóstoles, la marquesa Isabel de Mantua. Esta noble princesa había además ofrecido asilo en aquella morada, parecida á una fortaleza, á gran número de nobles señoras y varones; y todavía corrió allá por la noche Ferrante Gonzaga, hijo de la Marquesa, para protegerla; pero no pudo estorbar que los refugiados en el palacio tuvieran que pagar como rescate 60,000 ducados, y por más que desde

(1) V. Sanuto XLV, 493-495; cf. 655.

(2) V. las relaciones publicadas por Milanese, 228 s., 380, 472 s.; Villa, 139, 145, 166; Sanuto XLV, 133; Studi e doc. V, 224 s.

(3) V. Villa, 157, 163 y Schulz, 9 s. Cf. también Cánovas del Castillo, Asalto, 18-19.

(4) Cf. Bauch en Zeitschr. für schles. Gesch., XIX, 179 s.

(5) Cf. Sanuto XLV, 99; *carta de Salvianti, que se halla en el apéndice, n.º 116; Droysen, Zeitgenössischen Berichte, 23; Barthold, 455. Según Gualderonico, 92, los hospitales de S. Giovanni y S. Giacomo fueron perdonados como por milagro.

aquel momento quedó el palacio custodiado por una guardia de españoles y lansquenets, continuó, sin embargo, amenazado por las feroces hordas. La Marquesa pasó una angustia mortal, y el 13 de Mayo huyó á Civitavecchia, acompañándola disfrazado de mozo para sus equipajes, el embajador de Venecia. En la carta en que Veniero daba cuenta al Dux de la manera cómo se había salvado, hacía notar, que la destrucción de Jerusalén no pudo ser más horrible que aquella de Roma (1).

Pompeyo Colonna se había presentado el 10 de Mayo en la Ciudad Eterna, hallando su palacio saqueado y las calles cubiertas de cadáveres. El espectáculo cruel de tanta desolación, bastó para conmover aun á aquel hombre duro, hasta hacerle derramar lágrimas. Giovio refiere que Colonna se esforzó afanosamente para aliviar tanta calamidad, y ofreció protección á muchos fugitivos; pero con él habían entrado también en la ciudad algunos millares de labradores de las cercanías, con el fin de robar lo que hubiera escapado á la codicia de los soldados. Aun las rejas de hierro, y hasta los clavos, arrancaron de las paredes de las casas; y asimismo la villa que tenía el Papa en el Monte Mario, fué entonces entregada á las llamas (2).

El francés Grolier, refugiado en casa de un obispo español, describe con palabras conmovedoras el espectáculo que ofrecía á los ojos, desde lo alto de su asilo, la Ciudad asolada por el hierro y el fuego: «Por todas partes clamores, fragor de armas, alaridos de mujeres y niños, estallar de llamas y crujir de techos que se desplomaban; así estábamos yertos de terror, y mirábamos, como si nosotros solos hubiéramos

(1) La carta de Veniero de 20 de Mayo se halla en Sanuto XLV, 214 s.; cf. 168, 191, 208 s., 217, 220 s. Sobre la suerte de Isabel, v. la relación de Lanceolino, citado arriba p. 321, not. 1, la crónica de Daino, publicada en el Arch. stor. Ital., App. II, 236 y las cartas que se hallan en Luzio, Maramaldo, 81 s. y Mantova é Urbino, 279. Cf. también en el apéndice, núms. 114, 115, 117, las cartas, que yo he hallado, de tres que se refugiaron en el palacio de la marquesa, es á saber, la *relación de Casella de 7 de Mayo (*Archivo público de Módena*), el *despacho de F. Gonzaga de 7 de Mayo (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y la *carta de Sanga de 27 de Junio (*Archivo Ricci de Roma*).

(2) Cf. Jovius, Columna, 166 s.; Gualderonico, 92; J. Cave, 406; Grolierius, 80; Sanuto XLV, 122, 134, 164, 165, 167. Los datos sobre el día de la llegada de Colonna discrepan entre sí (cf. Orano, I, 284, nota). El 10 de Mayo lo designan las relaciones publicadas por Villa, 128, 163, las Nova en Schardius, II, 611 y el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*), quien advierte: •Horum adventus maxima urbis destructio fuit.

sido reservados por el destino, para contemplar la ruina de la patria» (1).

Por fin, apenas quedó en Roma una casa incólume; aun las miserables cabañas de los aguadores y mozos de cordel (facchini), no fueron perdonadas (2). «En toda la Ciudad, se dice en una relación, nadie quedó, mayor de tres años, que no tuviera que redimirse» (3). Algunos fueron sometidos á rescate dos y hasta tres veces, y otros tan atormentados, que preferían una pronta muerte á seguir sufriendo aquellos suplicios (4).

Diffícilmente será nunca posible determinar con exactitud el número de los muertos: sólo en el Borgo y en el Trastevere, parece haber sido arrojados al Tíber 2,000 cadáveres, y enterrados otros 9,800 (5). El botín de los soldados fué inconmensurable, y según la más baja estimación, debió ascender á más de un millón de ducados en oro y objetos preciosos, y otros tres ó cuatro millones cobrados por rescates. Clemente VII calculaba el daño total en unos diez millones en oro. Algunos soldados habían robado tal cantidad de oro, que les era de todo punto imposible llevárselo; y hasta los mozos de los bagajes habían reunido tantos ducados, que cada uno podía llenar con ellos su gorra (6).

Con una frialdad despiadada, que causa horror, refiere el guerrero protestante Sebastián Schertlin von Burtenbach, en su autobiografía, la calamidad de los romanos que enriqueció á los vencedores: «En el año de 1527, á 6 de Mayo, tomamos á Roma por asalto, matando unos 6,000 hombres, saqueando toda la ciudad y tomando cuanto encontramos en todas las iglesias y en el

(1) Grolhierius, 87. Gregorovius, VIII^o, 541 s.

(2) V. las relaciones publicadas por Milanesi, 474, 486.

(3) Droysen, *Zeitgenössische Berichte*, 39; cf. Alberini, 345 s.

(4) Trae de esto ejemplos L. Guicciardini, publicado por Milanesi, 226 s.; cf. Sanuto XLV, 192. Gumpfenberg, 236, dice que á muchos se les hizo pagar diez veces, y sin embargo de esto, después se les dió muerte.

(5) Sanuto XLV, 210. Guicciardini, XVIII, 3, indica solamente 4,000 muertos. Este dato es demasiado exiguo, otros (Orano, I, 275) son manifestamente exagerados. Vogelstein, siguiendo á Reissner, dice que fueron 100,000 los muertos que hubo durante los tres meses después del sacco, lo cual es enteramente increíble, pues Roma, antes de ser tomada, no tenía más que 55,035 habitantes; v. Arch. d. Soc. Rom., XVII, 376 s.

(6) Guicciardini, XVIII, 3. Sanuto XLV, 146, 203, 218, 436. Villa, 147. Cf. Reumont, III, 2, 204. El dato concerniente á la valuación de Clemente VII, que se halla en Sanuto XLVI, 382, lo confirma también la relación publicada por Villa, 138. Los datos más elevados de otros (v. Orano, I, 274, nota) son exagerados.

país, incendiando una buena parte de la ciudad, maltratándola extrañamente, y rasgando y destruyendo todos los archivos de copias, registros, cartas y documentos de la Curia» (1).

En estas últimas palabras se toca un aspecto del *sacco*, que impresiona de una manera especialmente dolorosa al historiador; es á saber: la destrucción de los documentos históricos y tesoros literarios (2). La biblioteca del monasterio de Santa Sabina, las colecciones privadas de más precio, y los manuscritos de muchos hombres eruditos, fueron dispersados ó quemados. Á Giovio le destruyeron seis libros de su obra histórica; el cardenal Accolti perdió todos sus libros; y las extrañas lagunas que se advierten en los archivos romanos privados y monásticos, y sobre todo la pobreza del archivo capitolino, son indudablemente efecto de la destrucción que sufrieron entonces. Varios narradores dicen expresamente, que andaban tirados por las calles los documentos pontificios y manuscritos de bulas, ó se empleaban para hacer cama á los caballos. El cardenal Trivulzio refiere particularmente el asolamiento de la Cámara Apostólica, donde muchos tomos de registros fueron destrozados, y las bulas de plomo se fundieron para hacer balas. El mismo Clemente VII dice que todas las actas de la Cancillería secreta cayeron en manos de los soldados (3). Y por poco, la más preciosa colección de manuscritos del mundo, la biblioteca Vaticana, no fué destruída, debiendo su salvación sólo á la circunstancia de haber establecido Filiberto de Orange su cuartel general en el Vaticano; á pesar de esto, sufrió muy sensibles pérdidas.

El de Orange se instaló en las habitaciones del Papa, y tenía sus caballos muy cerca de sí, para que no se los robaran; los más hermosos aposentos del Vaticano, aun la capilla Sixtina,

(1) *Leben des Schertlin von Burtenbach*, 7; cf. Grolerius, 85.

(2) V. Milanese, 487; Villa, 150; Schardius, II, 611; Droysen, *Zeitgenössische Berichte*, 23, 28, 39; *Sanuto* XLVI, 137; *Gayangos*, IV, 1, n. 672. Cf. *Mél. d'archéol.*, XVI, 367, donde hay otros testimonios; v. también *Gregorovius*, VIII^o, 534 s.; *Janssen-Pastor*, III^o, 141; *Valentinelli*, *Bibl.* I, 94, nota 3; *Arch. d. Soc. Rom.*, XI, 691, XXIV, 399.

(3) *Essendo venuti in mano di questi soldati tutte le scritture ecc.*, se lee en la instrucción para el cardenal Farnese, mencionada más abajo. Muchas escrituras fueron más tarde devueltas. Como por ejemplo el tomo 872 de los registros del Vaticano, que contiene * *Alex VI Secret.*, lib. VI. El tomo está medio destrozado; faltan muchas hojas; fol. 65 se lee: * *Die 26 Aprilis 1532 iste liber fuit reportatus sic lac[eratus]*. *Archivo secreto pontificio*.

fueron convertidos en cuadras para los caballos, y es indudable que también fueron destruidas ó arrebatadas muchas obras de arte, principalmente estatuas de mármol.

Las famosas antigüedades del Vaticano, así como los bronce del Capitolio, las obras maestras de Rafael, de Miguel Ángel y de otros artistas del Renacimiento, no sufrieron por dicha notables quebrantos; lo cual se explica por ventura, porque los soldados no pusieron generalmente las manos en las obras de arte sino cuando los excitaron á ello los adornos de oro, plata y piedras preciosas. Ésta fué la causa de que el *sacco* produjera irreparables pérdidas en las numerosas obras de joyería y platería. Entonces fueron robadas la cruz de oro de Constantino, la rosa de oro ofrecida por Martín V á la iglesia de San Pedro, y la tiara de Nicolao V (1).

Las noticias que menos duración conceden al *sacco*, dicen que se ejercieron los robos y asesinatos sin freno por ocho días enteros (2); pues una orden dictada el tercer día para suspender el saqueo, quedó absolutamente inobservada. La falta de disciplina de los soldados derramados en el saqueo era de suerte, que

(1) Acerca del daño ocasionado al arte y á la ciencia, además de los lugares aducidos arriba p. 335, not. 2, v. también Müntz, Grimaldi, en la Bibl. des écol. franç. d'Ath. et de Rome, I (1877), 263 s., Bibl. du Vatican, 7 y Les Arts, III, 233; Arch. stor. d'Arte, I, 17 s.; Wilken, Heidelb. Bibl. 752; de Rossi en los Studi e doc. V, 357 s.; Barthold, 458; Haberl, Musikkatalog, 66; Rev. de Bibl. IV, 86; Luzio, Maramaldo, 26 s.; Lanciani, I, 237 s. Especialmente sobre el robo de las antigüedades, v. Gualderonico, 92; L. Guicciardini en Milanese, 236 y Guicciardini, XVIII, 6; cf. también Intra, Il Museo statuário e la bibl. di Mantova, Mantova 1881 y Repert. für Kunstwissenschaft. XIV, 310. El mismo Clemente VII menciona que los soldados sacaron de Roma estatuas de mármol, en el *breve de dispensa para Paulus card. S. Eustachii, fechado á 4 de Diciembre de 1527. Arm. 39, vol. 47, n. 867 del *Archivio segreto pontificio*. Es también importante una *relación de Segismundo Ferrarese, fechada en Roma á 5 de Junio de 1527, quien cuenta que él se llevó algunos testi di marmo del palacio del Papa. *Archivio público de Módena*. Sobre el estado en que quedó el Vaticano, v. particularmente la relación de Ferrara en Hormayrs Archiv 1812, 438. Respecto de los tapices de Rafael, cf. nuestras indicaciones, vol. VI, p. 76.

(2) Sanuto, XLV, 215, 221, 234. La relación de Ferrara que se halla en Hormayrs Archiv. 1812, 439. Según Gualderonico, 92, la captura de los habitantes duró 11 días; cf. además Sanuto, XLV, 192. El cardenal Trivulzio indica 12 días (Milanese, 471), Gumpfenberg (216, 225) 13; Lancellotti, III, 273, hasta 15. Concuerda con Trivulzio Cornelius de Fine, quien advierte: «Duravere haec spolia et capturae duodecim diebus sine intermissione. *Biblioteca nacional de París*».

si el ejército de la Liga hubiera acudido con presteza, apenas habría encontrado seria resistencia; pues ni siquiera estaban guarnecidas las puertas de la Ciudad (1). Nominalmente ejercitaba el mando superior Filiberto de Orange, y era gobernador de la ciudad La Motte; pero cuando este mismo empleaba amenazas de muerte para exigir dinero (2), fácil es imaginarse, que también sus subordinados continuarían imponiendo contribuciones de guerra á los prisioneros. Las penalidades parecían no haber de tener fin; algunos hubieron de rescatarse hasta seis veces (3); la sed de sangre se había saciado, pero continuaba viva la sed de dinero, y se escudriñaron hasta las cloacas; á pesar de lo cual, todavía escaparon á los salteadores algunos ocultos tesoros (4).

En medio de los cadáveres comidos por los perros, se regocijaban los soldados jugando y bebiendo (5). En el Ponte Sisto, en el Borgo y en el Campo de' Fiori, refiere un notario romano, se vendía el botín del saqueo: vestidos de seda y de terciopelo bordados de oro, telas de lana y de lino, sortijas, perlas y otras preciosidades en confuso montón. Algunas mujeres alemanas tenían sacos llenos de tales objetos, que se cotizaban á bajos precios; pero pronto volvía todo á ser robado. Los bribones y mendigos se hicieron ricos, y los ricos quedaron pobres. «Yo, concluye el narrador, fui, con mi mujer, apresado por españoles, y hube de pagar cien ducados. Después de haber perdido toda mi hacienda, hui por de pronto hacia Tívoli, y desde allí á Palestina» (6). Á millares de personas cupo la misma suerte; medio desnudas salieron de la Ciudad las infelices víctimas del saqueo, (entre ellas romanos que poco tiempo antes tenían todavía diez caballos en su cuadra), para buscar en las cercanías el medio de acallar el hambre (7).

Muchos soldados se marcharon asimismo cuanto antes con su presa, dirigiéndose hacia Nápoles; otros se lo jugaron todo en

(1) Sanuto, XLV, 90, 92, 122, 166.

(2) Cf. arriba p. 332. Sobre la Motte v. Bull. de l'Acad. de Bruxelles 1843, X, 2, 481.

(3) Sanuto, XLV, 203.

(4) L. Guicciardini en Milanesi, 233 s. Grolierius, 81. Moroni, LIX, 19. Grisar en la Civ. Catt. 1906, Giugno, 2.

(5) J. Cave, 404 s.

(6) Gualdersonico, 93.

(7) Cf. el *diario* de Cornelius de Fine, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*; J. Cave, 406; Vettori en Milanesi, 439.

muy poco tiempo, según les había vaticinado Brandano, el profeta de Sena, puesto en libertad por los imperiales: «que vomitarían de nuevo el botín de la guerra y los bienes de los curas». Con voces de amenaza exigían entonces sus pagas. A 17 de Mayo se manifestaron ya algunos casos de peste, y como habían destruído de la manera más insensata todas las subsistencias, amenazaba, al propio tiempo, declararse el hambre: los comestibles se pagaban á peso de oro; un huevo costaba un julio, y un pan un ducado; á lo cual se agregaba, además, que las reyertas sangrientas entre los españoles y lansquenets eran cosa cotidiana (1). Esparcido por toda la Ciudad estaba el ejército próximo á dispersarse completamente, y en caso de alarma tenían los capitanes que andar de casa en casa procurando reunir su gente (2).

Todo esto hacía que Filiberto deseara con urgencia ajustar una paz con el Papa. Clemente VII, que por su parte, se hallaba en el castillo de Sant-Angelo en una situación verdaderamente desesperada (3), había ya á 7 de Mayo entablado negociaciones con los imperiales.

Dirigióse al castillo Bartolomé Gattinara, á quien el Papa declaró con lágrimas en los ojos, quería confiarse á la magnanimidad del Emperador. A 9 de Mayo se redactó un tratado, conforme al cual debían entregarse el castillo de Sant-Angelo, Ostia, Civitavecchia, Módena, Parma y Plasencia, y pagarse 150,000 escudos de oro á los imperiales, imponerse á los Estados de la Iglesia una contribución de guerra de 200,000 ducados, y restituir á los Colonna. El Papa y los cardenales serían conducidos á Nápoles (4); pero en este punto opusieron dificultades los

(1) V. Sanuto, XLV, 123, 133, 166, 183, 228, 235; F. Gonzaga en Lucio, Marraaldo, 81; Alberini, 347 s.; Villa, 138-139, 153.

(2) V. Guicciardini, XVIII, 3; Grolierius, 98, 101 s.; cf. Schulz, 109.

(3) Cf. Lett. al Aretino, I, 11 s. Ciertamente no se había interceptado al Papa toda comunicación con el mundo exterior, pero muy pronto se empezaron á colocar trincheras, de cuya terminación había de resultar el completo bloqueo. Cf. el * despacho de G. de' Medici, fechado «in Dyruta» á 11 de Mayo de 1527: «Spagnoli hanno comenzato le trinciere intorno al Castello sicché questi signori ne fanno cattivo concepto in secreto, perchè dentro del Castello sono 3^a persone. *Archivo público de Florencia*. Sobre la disposición de ánimo que había en los del castillo, cf. la carta procedente de éste, de 12 de Mayo, publicada por Sanuto, XLV, 163-164.

(4) Hormayr en su Archiv 1812, 439 s., ha publicado el bosquejo de este tratado, pero ha callado que ya se halla en Gassler, 92 s. Cf. también Sudendorf, Registrum, III, 169.

alemanes, declarando no querían salir de Roma hasta que se les hubieran satisfecho todas las pagas atrasadas, que ascendían a la suma de 300,000 ducados. Gattinara estaba fuera de sí, pues a cada momento podía presentarse el ejército de la Liga, y poner en contingencia todo lo conseguido (1). En la noche del 12 de Mayo, dos capitanes de la Liga hicieron una intentona para libertar al Papa, y sólo una casualidad hizo fracasar la atrevida empresa. Luego siguieron nuevas negociaciones: Clemente VII se mostraba, como siempre, irresoluto: «hoy paz, mañana guerra; hoy hacer fuego, mañana descansar»; así describe Du Bellay la conducta del Papa (2).

Entretanto, en el estrechamente bloqueado castillo de Sant-Angelo, aumentaban los apuros de día en día; inútilmente se esperaba la aproximación del ejército de la Liga, con el cual se habían convenido ciertas señales por medio de fogatas. Clemente VII hubiera negociado de mucho mejor gana con Lannoy, que se hallaba en Sena; y así, a 18 de Mayo rogó al duque de Urbino diera al Virrey de Nápoles un salvoconducto para dirigirse a Roma (3). A 19 de Mayo, Gattinara, el abad de Nájera y Vespasiano Colonna, fueron de nuevo al castillo de Sant-Angelo, donde el Papa, tras largas deliberaciones con los cardenales, se resolvió a ceder; ya no faltaba sino la firma de la capitulación nuevamente redactada y alterada en algunos puntos, cuando llegó la noticia de aproximarse el ejército de la Liga. Entonces el partido francés logró cambiar de nuevo el ánimo del Papa. Aquella misma noche resolvió el Consejo de Guerra de los imperiales emprender propiamente el cerco del castillo; construyéronse en seguida las trincheras, se pidieron refuerzos a Nápoles, y se tomaron todas las medidas para rechazar cualquiera tentativa de socorro de parte del ejército de la Liga (4). Éste, fuerte

(1) V. la relación de Gattinara (v. arriba p. 315, nota 1) en Milenesi, 507 s.; cf. Schulz, 112 s.

(2) Méi. d'archéol. XVI, 413.

(3) *Breve de este día, que se halla en el *Archivo público de Florencia*, Urb. eccl.; cf. Schulz, 114, 122 s. El *breve al mismo Lannoy, con la exhortación a que venga, lleva la fecha igualmente de 18 de Mayo de 1527. Min. brev. 1527, I, vol. 14, n. 52 del *Archivo secreto pontificio*. El *Salvus conductus* de Clemente VII para Dinteville, que por encargo de Orange había de dirigirse a Carlos V, fechado a 14 de Mayo de 1527, se halla impreso en el Bolet. de la Acad. de Madrid, XXXIX, 81 s.

(4) V. Milanesi, 510 s.; Schulz, 115 s.; Robert, 115 s.

de 15,000 hombres, se había presentado finalmente, el 22 de Mayo, en Ísola, á 9 millas de Roma, á donde llegó también con tropas auxiliares el cardenal Egidio Canisio (1); pero su Consejo de Guerra, á pesar de las elocuentes razones de Guicciardini, y á pesar de los clamores de auxilio de los encerrados en el castillo, resolvió no hacer tentativa alguna para obligar á los imperiales á levantar el sitio; pues ya no se tenía seguridad de los soldados, muchos de los cuales se pasaban al enemigo. El 2 de Junio levantaron sus reales los de la Liga y emprendieron la retirada hacia Viterbo (2).

En versos enérgicos estigmatizó Ariosto esta cobarde retirada del ejército confederado:—«Ved á Roma terriblemente apretada por todos lados con robos y muertes, llena de tristeza por su caída;—ved destruido todo lo terreno y lo consagrado á Dios, incendiado y afrentado por todas partes.—El ejército confederado contempla, á poca distancia, esta calamidad; percibe el sonido de los lamentos,—y, en vez de marchar adelante, emprende la retirada, dejando prisionero al sucesor de Pedro» (3).

Los enemigos del Papa, ardiendo en deseos de luchar (4), plantaron sus cañones en el Monte Mario, y hacían semblante de volar en último caso al Papa y á todos los que le rodeaban (5).

Tal era la situación de las cosas cuando, á 1.º de Junio, salió Schönberg del castillo de Sant-Angelo para tratar con los imperiales, y al propio tiempo Pompeyo Colonna fué invitado á verse con el Papa. Pronto se hallaron frente á frente los dos enemigos con las lágrimas en los ojos: Colonna hizo todo lo posible para

(1) Cf. Sanuto, XLV, 177, 210. G. M. della Porta refiere, en 27 de Mayo de 1527, desde Isola, á la duquesa de Urbino: «Il card. Egidio è stato hoggi quà havendo conduta una banda de fanti pagati da la Marca pensando che si havesse d'andar á combatter et diceva voler esser nella prima fila, ma veduto le cose pigliar altro camino se ne retira dimani á Nepi, dove è signore l'Unico. *Archivo público de Florencia.*

(2) Cf. Gregorovius, VIII^a, 552 s.; Schulz, 120 s.; Orano, I, 264 nota; Marucci, 179 s.; Robert, 118 s.

(3) Traducción de Reumont, Vittoria Colonna, 90; aquí también está la hermosa carta en que G. Guidiccioni excitaba al duque de Urbino á levantar el cerco.

(4) V. la carta de K. Schwegler de 27 de Mayo de 1527, que se halla en Hormayrs Archiv 1812, 445 s. Yo hallé una traducción latina de esta carta en el *Archivo público de Módena.*

(5) V. la relación de Gumpfenberg, 217.

facilitar un acuerdo (1), el cual se ajustó á 5 de Junio con las siguientes condiciones: entrega del castillo, de las fortalezas de Ostia, Civitavecchia y Civitá Castellana, así como de las ciudades de Plasencia, Parma y Módena, pago de 400,000 ducados, de los cuales 100,000 se aprontarían inmediatamente, 50,000 en el término de veinte días, y el resto se recaudaría imponiendo una contribución de guerra á los Estados de la Iglesia. Por de pronto el Papa continuaría en el castillo de Sant'Angelo con los 13 cardenales que se hallaban con él, y sólo después de haber pagado los 100,000 ducados, de haber entregado las fortalezas, y de haber nombrado plenipotenciarios para la entrega de las ciudades, podría dirigirse á Nápoles. Para seguridad del pago fueron señalados como rehenes: Juan María del Monte, arzobispo de Manfredonia, Onofre Bartolino, arzobispo de Pisa, Antonio Pucci, obispo de Pistoia, Giberti, Jacobo Salvati, padre del cardenal, Lorenzo Ridolfi y Simón Ricasoli. El Papa debía, además, reponer á los Colonna en todas sus antiguas posesiones, y al cardenal Pompeyo en todas sus dignidades, y levantar todas las censuras fulminadas contra los imperiales (2).

A 7 de Junio salió del castillo de Sant'Angelo la guarnición pontificia, en cuyo lugar entraron cuatro compañías de tropas españolas y alemanas (3). Fué encargado de la custodia del Papa, Alarcón, el mismo que en otro tiempo había sido carcelero de Francisco I. Entre las tropas alemanas que entraron en el castillo se hallaba Schertlin von Burtenbach, el cual describe con

(1) Jovius, Columna, 167-168; cf. Tiraboschi (edición romana), IX, 276. Clemente VII se mostró agradecido, concediendo al cardenal y á sus adictos muchas gracias y privilegios. Confirmó los mismos en 6 de Diciembre de 1527, en un *documento especial, en que se lee: Sane cum nuper dum nos in arce s. Angeli de urbe detineremur et tu omnia possibilia pro liberatione nostra effecisses. En el mismo día concedió al cardenal Colonna la legación de la Marca de Ancona. *Documento, fechado Romae in arce s. Angeli 1527. VIII Id. Decemb. A. 5^o. Regest. 1297, f. 125 y 172 del *Archivio segreto pontificio*. He buscado inútilmente en el *Archivio segreto pontificio* el documento sobre la reposición de Pompeyo en la dignidad cardenalicia.

(2) Grolleus, 167-178. Bucholtz, III, 609-613. Sanuto, XLV, 245-249 (con fecha falsa). Cf. Orano, I, 313 nota. El levantamiento de las censuras contra el príncipe de Orange, se efectuó el 8 de Junio; v. Fontana, Renata, I, 427 s. Con ocasión de haber sido éste herido, Clemente VII le había concedido ya en 2 de Junio un confesor; v. Robert, 119, y Lett. et doc. 82 s.

(3) Li Spagnoli stavano alto al loco chiamato el Maschio a la guardia et li lanzichenecchi abasso; v. la relación que se halla en el Arch. stor. Lombard. IV, 635; cf. Giovio, Descrizione, 17-18.

la más grosera insensibilidad la manera desdichada como halló al Papa y á los cardenales «en una angosta sala; había entre ellos gran lamentación, y lloraban mucho; nosotros todos quedamos ricos» (1).

(1) *Leben des Schertlin von Burtenbach*, 7; cf. además Schulte, I, 237. El español Salazar refiere en 11 de Junio de 1527 á Gattinara, que á la vista del Papa y de los cardenales se movió en tanto grado á compasión, que no pudo contener las lágrimas; porque, añade, «aunque de ellos deba decirse, que ellos mismos se procuraron esta desgracia, con todo eso despedazaba el corazón ver á la cabeza de la Iglesia cristiana tan abatido y quebrantado». Gayangos, III, 2, n. 87. En 11 de Junio, Clemente VII pidió al archiduque Fernando, recabase del emperador y del ejército, se hiciese cesar la calamidad, añadiendo, que más pormenores se los referiría el portador P. Salamanca. El *original se halla en el *Archivo privado, palatino y público de Viena*.

CAPÍTULO V

Anarquía de los Estados de la Iglesia. — Esfuerzos de Enrique VIII y Francisco I para libertar al Papa. — Actitud de Carlos V. — Clemente VII huye á Orvieto.

«El Papa, escribe Guicciardini á 21 de Junio de 1527, es tratado como un verdadero prisionero de guerra. Cuesta grandísima dificultad penetrar en el castillo ó salir de él, de suerte que casi es imposible hablar con Su Santidad. Todas las cosas que se le han dejado, no alcanzan al valor de diez escudos. Diariamente se le apremia con nuevas exigencias, y no se le hace el más mínimo placer respecto de sus servidores que han quedado en la Ciudad» (1).

El ansia de saqueo de los imperiales carecía de límites; según la relación de un agente de Ferrara, Bartolomé Gattinara llegó hasta el extremo de sonsacar al Papa una sortija de diamantes que llevaba en el dedo y valía 150,000 ducados, y hacerle suscribir una cédula en que le prometía el cardenalato (2). «Hasta mi cáliz para decir misa, me han arrebatado los españoles á

(1) Guicciardini, Op. ined. IX, n. 28. Cf. Sanuto, XLV, 415; Giovio, Descrizione 18, y una *relación alemana de 5 de Junio de 1527, que se halla en las Reichstagsakten, XLIII, f. 23 del *Archivo de la ciudad de Francfort s. Mein.* V. también Lanciani, I, 243 s.

(2) Lannoy obligó á Gattinara á restituir la cédula y el anillo. *Relación de Lod. Gati al duque de Ferrara, de 6 de Agosto de 1527, existente en el *Archivo público de Módena*; cf. Balan, Storia, VI, 132.

la más grosera insensibilidad la manera desdichada como halló al Papa y á los cardenales «en una angosta sala; había entre ellos gran lamentación, y lloraban mucho; nosotros todos quedamos ricos» (1).

(1) *Leben des Schertlin von Burtenbach*, 7; cf. además Schulte, I, 237. El español Salazar refiere en 11 de Junio de 1527 á Gattinara, que á la vista del Papa y de los cardenales se movió en tanto grado á compasión, que no pudo contener las lágrimas; porque, añade, «aunque de ellos deba decirse, que ellos mismos se procuraron esta desgracia, con todo eso despedazaba el corazón ver á la cabeza de la Iglesia cristiana tan abatido y quebrantado». Gayangos, III, 2, n. 87. En 11 de Junio, Clemente VII pidió al archiduque Fernando, recabase del emperador y del ejército, se hiciese cesar la calamidad, añadiendo, que más pormenores se los referiría el portador P. Salamanca. El *original se halla en el *Archivo privado, palatino y público de Viena*.

CAPÍTULO V

Anarquía de los Estados de la Iglesia. — Esfuerzos de Enrique VIII y Francisco I para libertar al Papa. — Actitud de Carlos V. — Clemente VII huye á Orvieto.

«El Papa, escribe Guicciardini á 21 de Junio de 1527, es tratado como un verdadero prisionero de guerra. Cuesta grandísima dificultad penetrar en el castillo ó salir de él, de suerte que casi es imposible hablar con Su Santidad. Todas las cosas que se le han dejado, no alcanzan al valor de diez escudos. Diariamente se le apremia con nuevas exigencias, y no se le hace el más mínimo placer respecto de sus servidores que han quedado en la Ciudad» (1).

El ansia de saqueo de los imperiales carecía de límites; según la relación de un agente de Ferrara, Bartolomé Gattinara llegó hasta el extremo de sonsacar al Papa una sortija de diamantes que llevaba en el dedo y valía 150,000 ducados, y hacerle suscribir una cédula en que le prometía el cardenalato (2). «Hasta mi cáliz para decir misa, me han arrebatado los españoles á

(1) Guicciardini, Op. ined. IX, n. 28. Cf. Sanuto, XLV, 415; Giovio, Descrizione 18, y una *relación alemana de 5 de Junio de 1527, que se halla en las Reichstagsakten, XLIII, f. 23 del *Archivo de la ciudad de Francfort s. Mein.* V. también Lanciani, I, 243 s.

(2) Lannoy obligó á Gattinara á restituir la cédula y el anillo. *Relación de Lod. Gati al duque de Ferrara, de 6 de Agosto de 1527, existente en el *Archivo público de Módena*; cf. Balan, Storia, VI, 132.

mis propios ojos», refería el mismo Clemente VII á Roberto Boschetti (1).

El Papa no podía volver á recobrar su libertad sino mediante el pronto cumplimiento de las duras condiciones que se le habían impuesto; mas precisamente en este respecto se suscitaron en seguida las mayores dificultades. Por de pronto no obtuvieron los españoles sino á Ostia; pues en las demás partes de los Estados de la Iglesia no se hacía el menor caso de los mandamientos del Papa prisionero. Civitá Castellana estaba guarnecida por las tropas de la Liga; Civitavecchia por Andrés Doria, el cual rehusaba entregar la plaza hasta que se le hubieran pagado los 14,000 ducados que se le debían. Parma y Plasencia se negaron resueltamente á abrir sus puertas á los plenipotenciarios imperiales. Módena se hallaba desde principios de Junio en manos del duque de Ferrara (2). Los venecianos, «confederados» del desgraciado Pontífice, siempre codiciosos de extender sus dominios, aprovecharon la situación apurada del Papa para arrebatarle á Ravena y Cervia. Segismundo Malatesta, favorecido por el duque Alfonso, se había apoderado de Rímini, Imola había caído en poder de Juan de Sassatello, y Perusa en el de los hijos de Juan Pablo Baglioni (3). No menos que estas pérdidas sufridas en los Estados de la Iglesia, apenaba á Clemente VII la rebelión de Florencia, su ciudad natal.

Los florentinos, enlazados por el Papa en la confederación anti-imperial, habían tenido que hacer los más graves sacrificios pecuniarios; y para apaciguar el creciente descontento, no era á propósito el cardenal Silvio Passerini, tan inconsiderado como avaro y terco, el cual residía en Florencia desde 1524. Su dureza y falta de inteligencia exasperaron los ánimos de todos (4). A la

(1) V. la notable relación de Boschetti, publicada por Balan, Boschetti II, apéndice, p. 42.

(2) Esta importante ciudad estaba tan mal asegurada, que luego que Canossa tuvo noticia del avance de Alfonso, temió su pérdida. * Carta de Canossa á Francisco I, de 3 de Junio de 1527. *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Cf. Balan, Clemente VII, 68 ss., 76, 78 y Salvioli, XVII, 29 ss. La * orden que Clemente VII dió á Bart. Ferrantino (*Galliae nostrae cispad. vicelegat.*), con fecha 6 de Junio de 1527, de entregar la ciudad de Plasencia á A. de Leyva, se halla en Min. brev. 1527, III, vol 14, n. 98, del *Archivo segreto pontificio*.

(4) Waltr en la *Histor. Zeitschrift*, LXXII, 210, donde se muestra de una manera convincente, contra Ranke, que Guicciardini ha expuesto con verdad

noticia del asalto de Roma, respondieron los florentinos con una rebelión contra la dominación de los Médici; el 17 de Mayo el cardenal Passerini tuvo que abandonar la ciudad, con los primos de Clemente VII, Hipólito y Alejandro, confiados á su tutela (1); mientras en Florencia se acordaba el restablecimiento de la constitución popular, en los términos en que había regido antes de 1512. Nombróse Gonfaloniere á Nicolao Capponi, el cual contuvo los más graves desórdenes, pero no fué poderoso para impedir que la juventud, ebria de libertad, destruyera todos los blasones de los Médici, y aun las estatuas de León X y Clemente VII, que se hallaban en la iglesia de la Anunciata (2).

También estuvo entonces el Papa á pique de perder á Bolo-
nia (3); la situación se empeoraba de día en día; «las provincias, juzgaba Guicciardini, se hallan, por decirlo así, sin gobierno». «Nuestros males, opinaba Giberti á 27 de Junio, sobrepujan á cuanto pueda imaginarse» (4); lo cual era principalmente cierto respecto de Roma.

De qué manera se hallaran las cosas en la Ciudad Eterna, un mes después del saqueo, lo describe un español, con las palabras siguientes: «En Roma, capital del mundo cristiano, no se toca ninguna campana, ni se abre ninguna iglesia, ni se celebra misa ninguna: no hay domingos ni días festivos. Las tiendas de los comerciantes ricos sirven de cuadras á los caballos, los palacios magníficos están asolados, muchas casas incendiadas, las puertas y ventanas de otras arrancadas y robadas, y las calles convertidas en montones de fiemo. El hedor que se exhala de los cadáveres, es horrible; hombres y animales reciben una misma sepultura, y en las iglesias he visto cadáveres comidos por los perros. En las plazas se aprietan unas contra otras las mesas, donde se juegan á los dados grandes montones de dinero. El aire resuena con las blasfemias; de suerte que los buenos, si los hay, mejor quisie-

el concurso y ayuda que prestó para apaciguar el primer levantamiento de los Florentinos de 26 de Abril de 1527.

(1) Hipólito era hijo de Juliano, Alejandro pasaba por hijo de Lorenzo. Cf. arriba, p. 200, nota 5.

(2) Cf. Guicciardini, XVIII, 3; Perrens, III, 136 ss.

(3) Cf. Guicciardini, XVIII, 4.

(4) «Le calamità et miserie nostre superano tutto quello che altri si possi imaginare. Carta de Giberti á Gambara, fechada en Castel S. Agnolo, á 27 de Junio de 1527 (Casale habla de ser el portador de esta urgente demanda de auxilio). *Archivo Ricci de Roma*.

ran ser sordos. No se me ocurre con qué otra cosa poder comparar esto, sino con la destrucción de Jerusalén, y no creo volver á ver algo semejante aun cuando viviera doscientos años. Ahora reconozco la justicia de Dios, que no olvida aunque llegue tarde. En Roma se cometían públicamente todo género de pecados: sodomía, simonía, idolatría, hipocresía y fraudes.—Así que, bien podemos creer no haber acontecido esto por acaso, sino por justo juicio de Dios» (1).

Pero también á los vencedores alcanzó el castigo por las crueldades cometidas; Roma se les convirtió en causa de ruina; las discordias, el hambre y la peste, amenazaban aniquilar el ejército imperial. Los soldados no obedecían ya á ningún jefe; en continua rebelión, exigían con amenazas sus pagas, y como la primera remesa de dinero entregada por el Papa se distribuyó á los lansquenets, los españoles se consideraban como perjudicados; entre el juego y las borracheras no faltaba tampoco ocasión de continuas riñas. A 10 de Junio ocurrió un sangriento choque entre los españoles é italianos por una parte, y los alemanes por la otra. «El juego, escribía Pérez á Carlos V, el 11 de Junio, está en la actualidad completamente en manos de los lansquenets, los cuales, no contentos con haber robado las casas de los ciudadanos romanos, saquean ahora también las de los capitanes españoles é italianos, so pretexto de buscar trigo, harina y vino» (2). Para prevenir ulteriores excesos, el príncipe Filiberto de Orange hizo que desde entonces patrullaran diariamente en la Ciudad tres capitanes españoles y otros tres alemanes con sus compañías, con lo cual se estableció finalmente el orden (3). Esto era tanto más necesario cuanto el hambre y la peste apuraban cada día más gravemente á los imperiales. Ya á 30 de Mayo refería Pérez al Emperador, ser la carestía de mantenimientos tan grande, que si el ejército permanecía por más tiempo en Roma habrían de morir de hambre á millares: una medida de trigo costaba 50 ducados y más, y sólo

(1) Villa, Asalto, 139 s. Cf. Baumgarten, Karl V, II, 541 s. Con esta relación española, cf. la italiana, publicada por Sanuto, XLV, 436 ss. V. también Lancellotti, III, 251, 267, 270 s., 301. Según Gualderonico, 93, sólo se decía aún misa en S. Giacomo degli Spagnoli, según el «diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*), también en la iglesia nacional de los alemanes, como puede verse más abajo.

(2) Gayangos III, 2, n. 86.

(3) V. la carta de K. Schwegler en Hormayr, Archiv 1812, 446, y la relación de Naselli en Balan, Monum. saec. XVI, 441. Cf. Robert 125.

por fuerza de armas podíase mantener aún este subido precio. Aquel de los moradores que podía, escapaba; y si tal estado de cosas continuaba así, no se hallarían finalmente en Roma sino los imperiales (1). Semejantes eran las noticias que escribía Salazar á Gattinara á 11 de Junio: «Un par de huevos cuesta seis julios; y se puede afirmar con seguridad que, en lo tocante á mantenimientos y prendas de vestir, continúa aún el saqueo de Roma, principalmente por parte de los lansquenets que roban todo cuanto encuentran. Nadie puede imaginarse las crueldades que diariamente se cometen; sin respetar las clases, edades y nacionalidad, son diariamente las gentes maltratadas, atormentadas y muertas. El que no puede pagar, es vendido como esclavo en el mercado público; y cuando no hallan comprador se lo juegan á los dados, sea italiano ó alemán. Los soldados son señores absolutos de la Ciudad y no obedecen á nadie» (2). Los lansquenets tuvieron que padecer más por causa de su insensata manera de vivir: «Mueren aquí de la peste muchos lansquenets, anunciaba el 11 de Junio Gaspar Schwegler; pues beben en grande, pierden el juicio y mueren de esta suerte. Pues hay aquí vino fuerte» (3).

La estación calurosa del año, y las exhalaciones de los muchos cuerpos de hombres y animales escasamente cubiertos por la tierra, convirtieron á Roma en una «hedionda cueva de asesinos». Ya á 29 de Julio habían sucumbido á la peste 2,500 alemanes, y las calles se hallaban cubiertas de moribundos y de cadáveres (4). La peste penetró hasta el castillo de Sant-Angelo, haciendo allí varias víctimas entre los servidores del Papa (5).

Entretanto se esforzaba éste afanosamente por recobrar su libertad mediante el pago de la prometida suma de dinero. Ya antes Benvenuto Cellini, en una fragua precipitadamente impro-

(1) Gayangos III, 2, n. 82. Cf. Orano, I, 296 s. nota.

(2) Gayangos III, 2, n. 87.

(3) Carta de K. Schwegler, loc. cit.

(4) V. las relaciones publicadas por Bucholtz, III, 78, y Sanuto XLV, 434, 464, 504; XLVII, 132. Cf. también la carta de Gescheid en el *Histor. Jahrbuch* XII, 752; Gayangos III, 2, n. 93; Bolet. de la Acad. de Madrid XXXIX, 85, y Orano I, 293 s., nota.

(5) Guicciardini XVIII, 4. Sanuto XLV, 505. La mala calidad de agua potable influyó sin duda en la invasión de la peste, pues la soldadesca sistemáticamente había destruido los acueductos. Cf. *Repertorium s. Kunstwissenschaft.* XIV, 132. En Forcella III, 295 s. se hallan epitafios de los españoles muertos en 1527.

visada en lo alto del castillo, junto á la estatua del ángel, había fundido las tiaras, sin perdonar sino á la maravillosa de Julio II; quitando de ellas las piedras preciosas y ocultándolas; y ahora todas las otras alhajas de oro y plata, aun los cálices y las estatuas de los Santos, se echaron en los crisoles para ser fundidas (1). De esta suerte se pudo, en la segunda mitad de Junio, pagar 70,000 ducados; pero las desenfrenadas tropas exigían con amenazas mayores cantidades. Para recaudarlas dirigióse Clemente VII, á 3 de Julio de 1527, á todos los obispos del reino de Nápoles, rogándoles que le prestaran su auxilio; amargamente lamentaba su apurada situación; conforme á lo tratado debía pagar 400,000 ducados, y como todos los objetos de oro y otros metales que se hallaban en el castillo de Sant-Angelo no alcanzaban sino á 80,000 ducados, veíase obligado á implorar la beneficencia de otros (2). Pero en realidad no había tiempo para esperar el efecto de estas peticiones. El 6 de Julio hubo Clemente VII de tomar un préstamo del banquero genovés Ansaldo Grimaldi y del comerciante catalán Miguel Jerónimo Sánchez, bajo las más gravosas condiciones. Expresábase la cantidad de 195,000 escudos de oro, y caracteriza bien la situación del Papa el que, los mencionados prestamistas, dedujeron por de pronto de aquella suma, la enorme caución de 45,000 escudos. Además tuvo que empeñar Clemente VII, para seguridad del pago, la ciudad de Benevento, el censo feudal y los diezmos eclesiásticos del reino de Nápoles, y objetos preciosos por valor de 30,000 escudos (3). El aprontar en seguida otras cantidades fué imposible, á pesar de la buena voluntad del Papa (4); y excitó á los lansquenetes á prorrumpir en las más terribles amenazas.

(1) Cellini I, 7. Sanuto XLVI, 135. Lancellotti III, 270. Müntz, Hist. III, 232. Müntz, Tiare 77. Sobre las monedas obsidionales de los días del sacco, cf. Schulte, I, 212 s., 220 s.

(2) *Min. brev. 1527 I, vol. 14, n. 120; cf. Arm. 39, vol. 47, n. 114 (Forma XXX brevium ad episc. regni Neapolit.). V. ibid. los *poderes para Jo. Cusent. regis Neapolit. capell. majori et Nicol. Capuan. prael. dom. archiepisc., fechados á 3 de Julio de 1527, de vender la ciudad de Benevento, por haberse de hacer necesariamente acopio de dinero. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Corvisieri, Documenti, 9-19, pone el texto del documento. Sobre la colecta de la décima en Nápoles, v. Meister, Die Nuntiatur von Neapel en el Histor. Jahrbuch XIV, 73 s., donde con todo no se ha utilizado Galeota, Dei nunzii apost. di Napoli, 23 s.; hay aquí especialmente muchos pormenores sobre la nunciatura de Fabio Arcella.

(4) Cf. los *poderes de Clemente VII para Martinus a Portugallia, para

El hambre y la peste aumentaban entretanto en Roma hasta tal punto, que hacían imposible continuar permaneciendo en la Ciudad; quien no podía conquistar su pan por fuerza de armas, perecía de hambre, y las gentes se morían por las calles como moscas. Conforme á la relación de un veneciano, se contaron algunos días 500, y otros hasta 700 y aun 1000 defunciones. Por lo cual nadie pensaba ya en enterrar los cadáveres (1).

En tales circunstancias, las tropas españolas é italianas salieron de la Ciudad luego á mediados de Junio, situándose lo más lejos posible en sus alrededores. Los lansquenetes continuaron, sin embargo, allí, amenazando con asesinar á todos los capitanes y reducir la ciudad á cenizas (2). El de Orange y Bemelberg se hallaban en muy difícil posición; finalmente, á 10 de Julio, lograron determinar á sus tropas, completamente indisciplinadas, á subir por la ribera del Tíber, para establecer sus reales en un sitio libre de la peste, y aguardar allí el dinero del Papa. Sólo en el castillo de Sant-Ángelo quedó todavía una guarnición (3).

El príncipe de Orange se dirigió á Sena con 150 jinetes, y Bemelberg y Schertlin von Burtenbach á Umbría, con los lansquenetes. Los capitanes se hallaban casi totalmente impotentes ante sus amotinadas tropas; ya delante de Orte promovieron un tumulto los suspicaces soldados, y destruyeron la tienda de su general; y sólo con la amenaza de abandonar su puesto, hizo Bemelberg entrar en razón á los amotinados (4). Los habitantes de la pequeña ciudad de Narni se negaron á admitir aquellas feroces compañías y opusieron una desesperada resistencia; pero fueron cruelmente castigados (17 de Julio). «Con 2,000 lansquenetes hemos dado el asalto, sin disparar un tiro; escribía Schertlin von Burtenbach; hemos conquistado la ciudad y el castillo por la gra-

exigir del clero portugués dinero para auxiliar al Papa, y por cierto, de los arzobispos y obispos dos diezmos enteros, de todos los demás clérigos según lo que puedan dar y el juicio de Martinus. D. Romae in arce 1527, IV Id. Iulii (= 12 de Julio) A^o 4.^o Regest. 1437, f. 387-389 del *Archivo secreto pontificio*.

(1) V. las vivas descripciones que hay en Sanuto XLVI, 141 y en Gayan-gos III, 2, n. 109.

(2) Naselli publicado por Balan, Mon. saec. XVI, 441-442.

(3) El *salvoconducto para los imperiales que se iban, lleva la fecha de 8 de Julio de 1527. Arm. 39, vol. 47, n. 140 del *Archivo secreto pontificio*. Sobre Bemelberg, cf. la monografía de Solger, Nördlingen 1870.

(4) Barthold, Frundsberg 477. Robert 129.

cia de Dios, y dado allí muerte á unas 1000 personas. hombres y mujeres» (1).

Lo intolerable de su situación hizo que el Papa, ya á mediados de Mayo (2), madurara el plan de enviar á Carlos V al cardenal Farnese, en compañía del embajador portugués D. Martín, además del General de los Franciscanos, Francisco Quinones (3), que había sido ya diputado antes de la gran catástrofe, para dar calor al negocio de su libertad (4).

Para el citado cardenal se compuso una extensa instrucción, destinada á justificar la anterior política del Papa respecto de Carlos V (5); y luego que á 24 de Junio se hubo recibido la noti-

(1) Schertlin's Leben 5. Alberini 355. Erolí, Il Sacco de' Borboni, en las Miscell. stor. Narn. I, Narni 1858, 16 s. Balan., Storia VI, 140. V. en el apéndice n.º 118 el *breve de 23 de Julio de 1527. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Cf. el *breve para August. card. Perusina. (Trivulzio), fechado á 20 de Mayo de 1527. Min. brev. 1527, I, vol. 14, n. 53, del *Archivo segreto pontificio*.

(3) Cf. Wadding XVP, 240 ss. y Sanuto XLV, 503.

(4) En 20 de Junio, Clemente VII anunció á los perusinos el envío de Farnese (v. el *breve en el Cod. Vat. 7965. *Biblioteca Vaticana*); cf. Gayangos, III, 2, n. 93, 94. Gregorovius, VIII, 564. En 26 de Junio, Clemente VII dirigió á Quinones un *breve, en el cual le exhortaba á que intercediese con Carlos V, y le anunciaba el envío de Farnese. *Hortamur te, fili in Deo, ut fidem ei plenam in omnibus habere tuque opera et consilio assistere et ubicunque poteris adesse... velis. Min. brev. 1527, I, vol. 14, n. 106. Para disponer en su favor al rey de Portugal, le concedió, en 23 de Junio de 1527, el derecho de nombramiento para los monasterios de su nación. Corp. dipl. Port., II, 284 s. Sobre la recompensa dada á D. Martín, á cuyo envío se refiere el breve á Carlos V, que se halla en el Archiv für Ref.-Gesch., II, 284 s., además de Sanuto XLV, 414, v. también la *carta de Canossa de 30 de Junio á Francisco I, que está en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(5) La Instruzione al card. di Farnese, fué transcrita repetidas veces ya en el siglo XVI á causa de las muchas noticias políticas de gran valor que contiene, como lo demuestran las numerosas copias que se hallan en las bibliotecas italianas. Además del manuscrito de la *Biblioteca Corsini*, de que se ha servido Ranke, han de citarse: *Biblioteca Vaticana*, Cod. Ottob. 2510 y 2514, Urb. 865, Vat. 8335, Capponi, 148, II; *Biblioteca nacional de Florencia*, Cod. Magliabech. y Capponi, 1254; *Biblioteca de palacio de Viena*, Cod. 6621, p. 47-77 s.; *Biblioteca del Escorial* y *Archivo segreto pontificio*, Var. Polit., X, 313 s. Palavicini, II, 13, fué el primero en utilizarla, según un manuscrito de la Biblioteca Borghese; Ranke la publicó en la primera edición de sus «Römischen Päpste» (III apéndice n.º 15, p. 241 s. de la 1 edición), pero la omitió más tarde, porque Weiss, Pap. de Granvelle, I, 280-310, la publicó. Ranke conjetura que la primera parte, en que se habla del Papa en tercera persona, fué compuesta por Giberti, á otro confidente de Clemente VII, y la segunda, que comienza con las palabras, Per non intrare in le cause, etc., por el mismo Papa. Por lo demás, la impresión de Weiss no es en modo alguno correcta.

cia del nacimiento del príncipe D. Felipe, que fué luego Felipe II, dirigió Clemente VII al Emperador un escrito de felicitación, en el cual no se olvidaba, al mismo tiempo, de hacer presente su triste situación, y rogar á Carlos V mostrara su agradecimiento para con Dios, poniendo en libertad al Vicario de Cristo (1).

La misión de Farnese desagradó á los comandantes imperiales, los cuales hubieran visto con más buenos ojos que fuese á España Schönberg con Moncada; pero Clemente VII no tenía en Schönberg, conocido por sus aficiones completamente imperiales, la confianza suficiente para encargarle semejante misión (2); así que, á 11 y 12 de Julio, se dispusieron los salvoconductos para D. Martín y el cardenal Farnese (3). El cardenal púsose desde luego en camino; pero se detuvo en el norte de Italia (4); y también el cardenal Salviati, que se hallaba todavía en Francia, declinó, con pretextos, la misión para el Emperador, que el Papa había pensado confiarle. Salviati transfirió aquel difícil encargo á Jacobo Girolami (5), y la instrucción para éste, de fecha 10 de Julio de 1527, que se conserva en el Archivo secreto pontificio, no da gran testimonio del talento diplomático del mencionado cardenal. Causa mucha extrañeza leer en ella la manera como Salviati se esfuerza, entre otras cosas, por demostrar que Clemente VII y Carlos V, nunca habían sido propiamente enemigos, y más bien cada uno había trabajado siempre en favor del otro. Entre los servicios negativos de su soberano, enumera Salviati con toda seriedad, no haber Clemente VII hecho al Emperador todo el daño que había estado en su mano. Al final apela á la magnanimidad del Emperador, poniéndole ante los ojos, que la libertad del Papa está también en su propio interés; pues, de esta suerte quedará el ejército imperial libre del cuidado de Roma, y podrá salir al encuentro á los franceses que penetraban en la Lombardía (6).

(1) Bucholtz, III, 80-81.

(2) Desjardins, II, 974.

(3) El salvoconducto para D. Martín, de 11 de Julio, se halla en Villa, 247 y 249., y el del 12 para Farnese, en Min. brev., 1527, III, vol. 17, n. 230 del *Archivo secreto pontificio*. Aquí pertenece también el *breve al rey de Portugal, que se halla en el Corp. dipl. Port., II, 298 s.

(4) V. Pieper, Nuntiaturen, 74; cf. Sanuto XLVI, 231.

(5) Girolami se puso en camino para España el 11 de Julio, v. Desjardins, II, 974. Es un error que Salviati fuese allá, como supone Hergenröther, *Konsiliengesch.* IX, 539.

(6) *Nunziatura di Francia, I, f. 14-19 del *Archivo secreto pontificio*.

No era sólo Francisco I quien por entonces amenazaba á Carlos V; también Enrique VIII estaba resuelto á emplear todos sus recursos para restituir la libertad al Supremo Jerarca de la Iglesia; y la alianza entre ambos soberanos, que ya se manifestó en Abril de 1527 por el tratado de Westminster (1), se hizo todavía más estrecha bajo el influjo de los acaecimientos de Italia. El monarca inglés se obligó, á 29 de Mayo, á auxiliar al ejército francés con un subsidio mensual de 32,000 coronas, y luego dió plenos poderes al cardenal Wolsey para tratar con Francisco I de lo demás que debiera hacerse en orden á obtener la libertad del Papa. La causa de la Santa Sede, declaró Enrique VIII, era común á todos los príncipes, y las inauditas injurias que se le habían inferido, debían vengarse (2).

La solicitud que por la Santa Sede mostraba Enrique VIII, no era en manera alguna desinteresada; pues temía que el cautiverio del Papa pondría en peligro la disolución proyectada de su matrimonio con Catalina de Aragón, tía del Emperador; y también Wolsey procuraba aprovechar para sus propios fines la intervención en favor del Sumo Pontífice. A 3 de Julio salió de Londres el mencionado cardenal, con grande comitiva, para dirigirse á Francia (3); y en Cantorbery celebró el santo sacrificio de la misa ante el altar de Santo Tomás, mártir de la libertad eclesiástica, y como Legado pontificio y representante del Rey, publicó un decreto ordenando ayunos y procesiones para el tiempo de la cautividad del Papa. Una copia de este decreto se envió á Salviati para que lo publicara en Francia; lo propio debía hacerse en Venecia, y mediante esta acción se esperaba producir también grande impresión en España, y obligar por este camino al Emperador, mediante una conmoción popular, á poner en libertad al Jefe supremo de la Iglesia (4).

En Calais salió á dar la bienvenida á Wolsey el cardenal Juan de Lorena, que le acompañó luego hasta Amiens, donde se hallaba Francisco I. El 4 de Agosto recibió el rey de Francia al

(1) Cf. Bourrilly-de Vaissière, *Ambass. de Jean du Bellay*, xii.

(2) Rymer, *Foedera*, VI, II, 80; cf. Cinconius, III, 467 s. y Bourrilly-de Vaissière, loc. cit., xiii.

(3) *Sanuto* XLV, 553.

(4) Cf. la **carta, que un compañero de Wolsey dirigió, en 16 de Julio de 1527, desde Calais, á los cardenales Cibo, Passerini y Ridolfi. *Archivo Ricci de Roma*.

cardenal inglés en dicha ciudad, con demostraciones de honra enteramente extraordinarias (1).

Colocábanse en esta entrevista tanto mayores esperanzas, cuanto que Francisco I, que hasta entonces se había portado con tanto descuido á pesar de todas las amonestaciones (2), desde la catástrofe de Roma parecía como transformado. En el primer instante se había llenado el Rey de consternación, y luego había decidido á obrar. Verdad es que tampoco á él movía tanto la solicitud por la libertad del Supremo Jerarca de la Iglesia, como el temor de la supremacía imperial, y la esperanza de obtener la libertad de sus hijos prisioneros. Ordenáronse grandes levadas de tropas; se expidió orden á la escuadra francesa del Mediterráneo para que prohibiera á todo trance que el Papa fuese conducido á España; se tomó al servicio de Francia á Andrés Doria con ocho galeras, y diéronse á Lautrec las más amplias facultades para dirigir la guerra en Italia; luego á 30 de Junio abandonó este general la Corte francesa, para dirigirse al ejército que se reunía en las cercanías de Asti (3). «Así, escribía Salviati á Castiglione, que se hallaba como Nuncio al lado de Carlos V, esta victoria, ó mejor dicho, este asesinato de Roma, no ha aprovechado mucho al Emperador, sino excitado más bien á los príncipes á proceder contra él con tanto mayor esfuerzo. ¡Y de todo esto, añade atribulado, la pobre Italia habrá de pagar las costas!» (4)

Wolsey se entregaba entretanto, en Amiens, á largas deliberaciones con Francisco I, Salviati, el nuncio de Inglaterra Gam-

(1) Sanuto XLV, 632 s., XLVI, 34. Decrue, Anne de Montmorency 94. Cavendish, Wolsey, 86-103. Cf. también la *carta del cardenal Salviati, fechada en Amiens á 16 de Agosto de 1527. Nunziatura di Francia, I, f. 34 del *Archivio segreto pontificio*.

(2) Ya en 28 de Noviembre de 1526, en una *carta enviada directamente á Francisco I, Canossa había manifestado recelo de que los imperiales marcharían en derechura á Roma. En 9 de Enero de 1527, escribía Canossa con motivo de las enormes pretensiones de Lannoy: Si V. M. no ayuda al Papa, debe éste ó huir de Roma ó caer prisionero. De estas *cartas quedan copias en la *Biblioteca municipal de Verona*.

(3) Cf. Desjardins, II, 950 ss., 955 s., 965, 974; Decrue, Anne de Montmorency, 91-92. Sobre los preparativos de Francia y partida de Lautrec da cuenta el *cardenal Salviati á Jacobo Salviati en 17 de Junio de 1527, y á *Castiglione en 3 de Julio de 1527. Nunziatura di Francia, I, f. 6-7 y 9 del *Archivio segreto pontificio*.

(4) El *cardenal Salviati al nuncio cerca del emperador, en 8 de Junio de 1527 (*Archivio segreto pontificio*); v. apéndice n.º 116.

bara, y el embajador florentino Acciaiuoli. «Aun cuando el cardenal, juzgaba Acciaiuoli, se muestra exteriormente con exagerada pompa y grande ostentación, descubre, sin embargo, en sus palabras, en su porte y proceder, un espíritu verdaderamente grande y emprendedor. Es hombre muy amable, lleno de ideas nobles y gloriosas. No recuerdo haber visto á nadie, desde los tiempos de Alejandro VI, que representara su dignidad tan majestuosamente; á lo cual se añade que, en oposición con aquel Papa, observa este Cardenal una forma de vida irrepreensible» (1).

Wolsey declaró, que el fin de su misión era libertar al Papa, conservar á los Estados italianos su independencia é integridad, y quebrantar la prepotencia del Emperador. Traía consigo 300,000 escudos para la guerra, y hacía además para ésta amplias proposiciones (2). Casale debía dirigirse á Italia, para velar allí por que los subsidios mensuales, prometidos por Enrique VIII, se emplearan debidamente, y Vaudemont tomara parte en la lucha con 10,000 lansquenets. Á Francisco I hizole prometer Wolsey, no aceptaría ninguna proposición del Emperador, relativa á la libertad de sus hijos, mientras el Papa siguiera prisionero. Á 18 de Agosto de 1527 tuvo lugar la conclusión de la alianza entre Francia é Inglaterra, encaminada á obtener del Emperador, por medio de la fuerza, la libertad de Clemente VII. En este tratado de Amiens, prometiéronse los reyes confederados, no asentar á ninguna convocatoria de concilio, mientras Clemente VII no estuviera libre, y resistir de común acuerdo á cualquiera empleo de la potestad pontificia que se intentara en beneficio é interés del Emperador (3).

Hallándose todavía en Amiens, expidió Francisco I la orden severa de que ninguno acudiese á Roma en negocios beneficios; y que no se enviara allá, desde Francia, ningún dinero hasta que el Papa hubiera recobrado su completa libertad (4).

(1) Desjardins, II, 981-982. Sobre el porte majestuoso de Alejandro VI, v. nuestras indicaciones, vol. V, p. 389.

(2) Cf. Desjardins, II, 983 ss., 985 ss.

(3) Dumont, IV, 1, 494-495.

(4) V. Mél. d'archéol., XVI, 416, not. 2; cf. Cat. des actes de François I^{er}, I, 517, VI, 83. El arzobispo de Colonia, Hermann von Wied se aprovechó de la prisión del Papa para proveer los beneficios vacantes durante los meses en que el Papa estuvo preso; v. Varrentrapp, Hermann von Wied, Leipzig, 1878, 50 s.

Wolsey hizo, además, otra especial propuesta; es á saber: que todos los cardenales libres se congregaran en Aviñón y tomaran á su cargo el gobierno de la Iglesia para el tiempo que durase la cautividad del Papa. «La reunión de los cardenales, juzgaba Acciaiuoli, se propone dos cosas: por una parte se mostrará con esto al Emperador, que si retuviera prisionero al Papa ó le hiciera conducir á España ó á Nápoles, los cardenales tendrían, sin embargo, solicitud del gobierno de la Iglesia y del orden de los negocios eclesiásticos en Francia é Inglaterra; y por otra parte, se impedirá, para el caso eventual de la muerte de Clemente VII, que los cardenales que se hallen en poder del Emperador elijan otro Jefe supremo de la Iglesia, al cual, en semejante caso, Francia é Inglaterra opondrían otro Papa» (1). Se comprende, pues, que se quería hacer ver al Emperador, que tenía en sus manos al Papa, pero no á la Iglesia, y que el cautivo Clemente VII de nada podría servirle.

«Wolsey, escribía una de las personas de su confianza á los cardenales Cibo, Passerini y Ridolfi, trabaja más por interés de la Iglesia y de Italia, que por el de su propio Rey; como quien tiene conciencia de su dignidad y de sus obligaciones con la Santa Sede y la Casa de Médici» (2).

En realidad, no eran, sin embargo, los designios del purpurado inglés, en manera alguna desinteresados; lo cual no se ocultaba tampoco al cardenal Salviati. Verdad es que, en los escritos oficiales, por medio de los que invitaba á reunirse en Aviñón á los cardenales Cibo, Passerini, Ridolfi, Egidio Canisio, Trivulzio, Numai y Cupis, no se exponían sino las ventajas de semejante plan (3); pero no ocultaba tampoco su verdadero sentir en las cartas confidenciales á Castiglione y Guicciardini. «El pretexto, decía allí, no es malo; pero la cosa misma no me agrada; pues temo un cisma ú otra irremediable desgracia» (4). «Wolsey desearía ser representante del Papa en toda la Cristiandad, ó, por lo menos, en Inglaterra y Francia, durante el tiempo de la cauti-

(1) Desjardins, II, 984.

(2) *Carta, fechada en Calais, á 16 de Julio de 1527, existente en el *Archivo Ricci de Roma*.

(3) Todas estas *cartas llevan la fecha de 6 de Agosto de 1527. Nunziat. di Francia, I, f. 22-26 del *Archivo segreto pontificio*.

(4) *Carta del cardenal Salviati á B. Castiglione, fechada á 14 de Agosto de 1527; Nunziat. di Francia, I, f. 32 del *Archivo segreto pontificio*.

vidad de Clemente VII» (1). Por donde vemos que, el cisma inglés proyectaba ya de antemano su sombra; el ambicioso cardenal no aspiraba á otra cosa menor que á convertirse, por lo menos para Inglaterra, en Papa interino; y como tal podría entonces dar gusto á su Rey, declarando inválido su matrimonio.

La conocida ambición de Wolsey fué causa de que en muchos se despertaran las más negras sospechas: Sánchez juzgaba, que el cardenal inglés aspiraba indudablemente á la tiara para el caso de morir Clemente VII (2). Canossa expresaba á Francisco I la seria duda sobre si la asamblea de Aviñón estaba en los intereses de Francia; pues con ella fácilmente podría producirse un cisma. Wolsey aspiraba á la tiara, y si el Rey no favorecía su plan, se enemistaría con el cardenal; pero si el plan salía adelante, se vendría á tener un Papa de sentimientos mucho más desfavorables que el presente (3).

Á los ambiciosos planes de Wolsey se opusieron en seguida los mayores obstáculos. Aun cuando los reyes de Inglaterra y Francia invitaban con la mayor urgencia á los cardenales italianos á reunirse con Wolsey, y les ofrecían para ello todas las imaginables seguridades, y aun satisfacer los gastos de su viaje(4), resistíanse aquéllos á trasladarse á Francia. Los cardenales que se hallaban en libertad, habíanse congregado primero en Plasencia, y acordaron reunirse en Bolonia, Ancona ó Parma, para trabajar por la libertad del Papa. Á 10 de Agosto, participó el cardenal Cibo á Enrique VIII esta resolución, y á principios de Septiembre llegó á constituirse la asamblea de los cardenales italia-

(1) Carta del cardenal Salviati á Guicciardini, fechada á 14 de Septiembre de 1527, publicada por Ehses, Dokumente 219.

(2) Gayangos III, 2, n. 196.

(3) ** Carta de Canossa á Francisco I, fechada en Venecia á 26 de Agosto de 1527. Canossa ya había notificado á Francisco I, en una *carta de 9 de Agosto, las aspiraciones de Wolsey á la dignidad pontificia. *Biblioteca municipal de Verona*.

(4) *Lettere di principi II*, 232 ss., Ehses, Documente 1 s., 4 s. Desjardins II, 984. Las cartas de Francisco I á los cardenales libres, las enviaba Canossa; v. su *carta al rey, fechada en Venecia á 26 de Agosto de 1527. *En 30 de Agosto, Canossa comunica al rey, que el embajador inglés Casale se ha ido á Padua, á fin de ganar al cardenal Egidio Canisio para la reunión de Aviñón; y que lo mismo ensayará el embajador en Mantua con los cardenales que allí hubiere. Las dos *cartas se hallan en la *Biblioteca municipal de Verona*. Sobre el viaje de Casale á Mantua, v. también Gayangos III, 2, n. 196.

nos libres, en Parma (1). Clemente los animó á perseverar en su resistencia contra la traslación á Francia, pero exhortándoles á proceder con gran cautela (2).

Entretanto había continuado Wolsey persiguiendo sus planes, y se mostró tan poco hábil para refrenar su ambición, que desde luego, aun antes que se le hubiera confiado, usurpó la autoridad que pretendía obtener, de Vicario General Pontificio. En compañía de los cardenales Borbón y Lorena, y del Legado pontificio Salviati, se encaminó á Compiègne, donde no tuvo reparo en ejercitar derechos papales, entregando las insignias cardenalcias, á pesar de todas las reflexiones contrarias de Salviati, al Canciller Du Prat, que había sido nombrado en consistorio antes del saqueo (3). De esta suerte pudo disponer de cuatro cardenales, y en nombre de ellos dirigió al Papa, á 16 de Septiembre de 1527, una protesta, y encargó en seguida al plenipotenciario Uberto Gambará, que la llevase al Sumo Pontífice (4). Con grande unción se declaraba allí, que los cardenales firmantes, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos cuando la prisión del Príncipe de los Apóstoles, se habían reunido en Compiègne, en virtud del Espíritu Santo, para prevenir los múltiples daños que podrían nacer de la falta de libertad del Jefe Supremo de la Iglesia. Como quiera que el Papa se hallaba en poder del Emperador, y todo hombre es frágil, debían ellos protestar solemnemente contra cualquiera enajenación de posesiones ó privilegios eclesiásticos, y cualquiera nombramiento de cardenales hecho por Clemente VII durante su cautividad; y declaraban que, en caso de morir el Papa, sin consideración á los cardenales prisioneros ó de nuevo nombrados por Clemente VII, destituido de libertad, procederían, en un lugar seguro, á nueva elección, y rehusarían la obediencia al Papa que por ventura fuera elegido durante el cautiverio. Al final se requiere á Clemente VII, á que delegue

(1) Cf. Arch. d. Soc. Rom. VI, 408 ss., Staffetti, Card. Cybo 78 ss. Gattinara aconsejó al emperador, que protestara contra la reunión de los cardenales en Parma y opusiese á ella, con ayuda de los Colonna, otro concilio de cardenales. Bucholtz III, 96.

(2) Cf. la interesante relación sobre el envío del agustino Felice, que se halla en Sanuto XLVI, 208.

(3) Ehses, Dokumente 251.

(4) Cf. Pieper, Nuntiaturen 83, nota 4, como también Ehses, Die päpstl. Dekretale 222 s. y Dokumente 249. V. ahora también Sanuto XLVI, 171.

su potestad por el tiempo de su prisión, asegurando de esta manera la libertad del gobierno eclesiástico (1).

Es sorprendente que aun Salviati se acomodara á suscribir esta protesta de la minoría de los cardenales libres, la cual pretendía del Papa una abdicación temporal, y llevaba en su seno la semilla de un cisma. A 28 de Septiembre escribía el mismo Salviati á Gambara, rogándole excusase con Clemente VII su aquiescencia al proceder de Wolsey; la cual sólo había nacido del buen propósito de proporcionar al Papa la libertad lo más pronto posible; pues, si él hubiera rehusado suscribir, se hubiera enfriado ó extinguido de todo punto el celo de Wolsey por la libertad del Papa (2). Cuán pocas ilusiones se forjara Salviati sobre los planes de Wolsey, lo manifiesta la carta confidencial que dirigió á Castiglione, á 18 de Septiembre, en la que califica la protestación de 16 de Septiembre, de ejemplo peligroso de retirar la obediencia á la Iglesia; y dice que solamente consintió en ella para evitar mayores males y ganar tiempo; pues, si se hubiera resistido, indudablemente se hubiera establecido en Inglaterra y Francia un Patriarcado con autoridad pontificia, y con esto, acaso se hubiese roto para siempre la unidad de la Iglesia. Con su proceder, por lo menos se había diferido este mal; antes que llegara la respuesta del Papa, habría de pasar mucho tiempo, durante el cual podría obtenerse todavía la libertad de Clemente VII. «Con esto veis bien, continúa Salviati, que sólo he consentido por necesidad, y para prevenir otro daño mucho mayor. También conocéis la ambición de Wolsey, y la osadía con que pretende que le nombre Clemente VII representante del Papa. Los franceses consienten con él porque le necesitan; y si el Papa rehusa acceder, Wolsey hallará medios para llevar adelante el negocio con sus obispos, lo cual traería en pos de sí la mayor perturbación de la Iglesia que imaginarse puede. Tengo, sin embargo, la esperanza de que entretanto habrá regresado á

(1) Este documento importantísimo fué publicado primeramente por Grollierius 156 ss., después por Le Grand, *Divorce III*, 4-13; á esta impresión puso correcciones Ehses, *Dokumente 7*, según el original del *Archivo segreto pontificio*. Le Grand se sirvió de la copia que hay en la *Biblioteca nacional de París*, Ms. de Brienne V, n. 1.

(2) *Carta del cardenal Salviati á Gambara, fechada *Compendii*, á 28 de Septiembre de 1527. *Nunziatura di Francia I*, f. 62-65 del *Archivo segreto pontificio*.

Roma Quiñones, y el Papa recobrará la libertad. Este es el único remedio para todos estos males» (1).

A la libertad del Papa se encaminaban también todos los esfuerzos de Castiglione, Salviati y los demás diplomáticos pontificios (2). ¿Cuál fué la actitud que, en esta cuestión, tomó el Emperador?

Carlos V no recibió, hasta la segunda mitad del mes de Junio, la noticia de la conquista de Roma (3); y las nuevas, al principio vagas, sobre lo que habían hecho allí sus desenfundadas tropas, hubieron de amenguar su gozo por aquel grande é inesperado éxito. La inaudita barbarie con que el ejército había acampado en la Ciudad Eterna, contradecía á sus intereses, por cuanto debía arrojar sobre su nombre la afrenta y el escándalo. Verdad es que él había deseado castigar al Papa, que le era hostil, y ponerlo en estado de que no pudiera dañarle; pero en ningún caso había intentado un tal asolamiento cual sus soldados habían causado en la antigua y venerable Capital del mundo cristiano. Por esta causa, á principios de Agosto, envió una protesta á los príncipes de la Cristiandad, contra los que pretendían poner á su cargo aquellos horrores (4). Esta declaración no pudo, sin embargo, destruir el hecho de haber Carlos permitido que su ejército llegara á un estado, cuya prolongación hacía temer de la indisciplina de sus soldados las peores consecuencias; también se había expresado

(1) Eheses, Dokumente 250-251, La reunión en Aviñón no tuvo buen suceso; también el cardenal francés Castelnau de Clermont se declaró contra ella; v. Sanuto XLVI, 451.

(2) Sobre los esfuerzos de Castiglione, v. Serassi II, 149 ss.; sobre Salviati v. arriba, p. 353, y la *carta de Guicciardini á Gambara, fechada en Florencia á 15 de Julio de 1527, existente en el *Archivio Ricci de Roma*, como también las *cartas de Salviati á Castiglione, fechadas á 8 de Octubre, 6, 19 de Noviembre y 8 de Diciembre de 1527, á Girol. Ghinucci, con fecha 19 de Noviembre de 1527, y al cardenal Ridolfi, con fecha 8 y 21 de Diciembre de 1527. Nunziat. di Francia, I, f. 65 ss., 76 ss., 92 ss., 96 ss., 99 ss., 107 ss., 122 ss., del *Archivio segreto pontificio*. Sobre los esfuerzos que ha hecho en Venecia y Francia para liberrar al Papa, da cuenta el cardenal Cupis en una carta á Clemente VII, fechada en Venecia á 29 de Octubre de 1527. *Lettere di principi IV, 218, 222; cf. ibid. 178, 187 el reconocimiento de estos esfuerzos del cardenal Cupis en una *carta de Francisco I á Clemente VII, fechada en St.-Germain, á 4 de Febrero de 1528. *Archivio segreto pontificio*.

(3) Cf. Schulz, Sacco, 131, 143. V. también Bucholtz III, 97; Gassler 121 s. y Hormayr, Archiv 1812, 380.

(4) Lettere di principi II, 234 ss. Cf. el juicio de Melancthon, en Janssen-Pastor III^a, 141 s.

de una manera tan ambigua, que se pudo suponer no le sería desagradable que su ejército se cobrara en Roma sus atrasos; aunque no debe perderse de vista en este punto que, desde hacía mucho tiempo, se partía en Italia del principio: que la guerra debía sustentarse á sí misma (1). De lo que Carlos hubiera faltado, llevaba ahora él mismo la penitencia; pues el espíritu de indisciplina se había apoderado de los soldados victoriosos, después del saqueo, en tales términos, que el Emperador no podía ya disponer de su propio ejército. Roma estaba conquistada y el Papa prisionero; pero el ejército imperial amenazaba dispersarse completamente (2).

Las crueldades ejercitadas en Roma se manifestaron muy pronto por extremo perjudiciales á la causa del Emperador; pues dieron á todos sus enemigos una coyuntura á propósito para dirigirle graves inculpaciones que, á primera vista, parecían justificadas. Sacóse grandísimo partido del inaudito espectáculo, de que las tropas del supremo Jefe de la Cristiandad en el orden temporal, del amparador de la Iglesia, hubieran afogado á la capital del supremo Jefe eclesiástico, con homicidios, incendios y todas las atrocidades imaginables. En España, entre las personas que más de cerca rodeaban al Emperador, se levantó una oposición, en ninguna manera despreciable, contra su política, la cual había ahora conducido á convertir á Carlos V en carcelero del Papa (3).

El perfecto conocimiento de esta situación, por demás difícil, que había producido el saqueo de Roma, y el espíritu católico del Emperador, fueron, pues, los que le contuvieron, para no llevar hasta el extremo las consecuencias de su victoria. Por muchos conceptos se temía esto (4), y no faltaron tampoco exhortaciones encaminadas á lo mismo. Ya á 25 de Mayo de 1527, Lope de Soria, escribiendo desde Génova al Emperador, había intentado persuadirle que no sería pecado, sino más bien obra meritoria, reformar

(1) Cf. Jesenko, *Geschah die Erstürmung Roms mit oder ohne Borwissen Karls V.*? Programm des Gymnasiums zu Görz 1864, 37. V. también Hefele-Hergenröther IX, 527; Orano I, 318 nota y Baumgarten Karl V, II, 543. Dorez en *Mél. d'archéol.* XVI, 362 s., sostiene que Carlos V tuvo mayor culpa; á él se adhiere Lebey 418 s. Cf. también Burckhardt, *Kultur I*, 133 s.

(2) Cf. arriba, p. 346, 349.

(3) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 667. y más abajo p. 362 s.

(4) Già si diceva infino da plebei uomini che, non istando bene il pastore e la spada, il papa doveasse tornare in S. Giovanni Laterano a cantar la messa. Varchi I, 197.

la Iglesia de tal suerte, que la autoridad del Papa quedase limitada únicamente á su propia esfera espiritual, y los negocios seculares se remitieran á la resolución del Emperador; pues hay que dar «á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César» (1).

Algunos querían ir todavía más allá. De un escrito de Bartolomé Gattinara se colige que, entre los imperiales que se hallaban en la Ciudad Eterna, se discutió con toda seriedad la cuestión, si Carlos V dejaría que la Sede Apostólica continuara en Roma. Gattinara y otros consideraban una tentativa de este género como demasiado peligrosa; porque Francia, Inglaterra y los demás países, elegirían propios pontífices; pero, por otra parte, aconsejaba al Emperador debilitara de tal suerte la Sede Romana, que Su Majestad pudiera en todo tiempo disponer de ella (2).

Lannoy, por su parte, dirigía á Don Carlos las más instantes representaciones: era necesario «que sus empresas se encaminaran á algo diferente de la ruina de aquello que es propiedad divina y humana; que no toda la ganancia fuera para los soldados, y toda la pérdida para el Emperador; que no se hiciera al Papa mayor violencia, para evitar la contingencia de que naciese de ello un cisma; y que no se continuara confundiendo lo espiritual con lo temporal, estorbando el Poder temporal el ejercicio del espiritual con pragmáticas ú otros medios; que Roma no siguiera dando ocasión de escándalo á todo el mundo; que se reprimieran las herejías y sectas; en una palabra: se diera «á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César». El Emperador no debía ocupar las ciudades de los Estados de la Iglesia, sino el tiempo necesario hasta que las diferencias entre el Emperador y el Papa se arreglaran de suerte, que pudiera

(1) Gayangos III, 2, n. 26. Villa, Asalto 166.

(2) Villa 193 s. y Milanesi, Sacco 517; cf. Schulz 7. Para conocer la disposición de ánimo que reinaba entonces entre los alemanes de Roma, es significativo el *testamento de Arrigus Theutonicus Cameracens. dioc. coltellarius in urbe in regione s. Angeli (Actum Romae in regione s. Angeli ante apothecam ipsius testatoris), en el cual ya no se cuenta según los años de pontificado, antes bien se lee aquí al principio: In nomine etc. A. 1527 regnante serenissimo Carolo [indict.] decima quinta mensis Iunii die 29. * Lib. I scriptur. archiconfrat. b. Mariae [Campi Sancti]. *Archivo del Campo Santo de Roma*. J. Ziegler en una obra polémica escrita en 1527, pide que Roma se convierta en una ciudad alemana; v. Riezler VI, 521.

fiarse de Su Santidad; sólo las ciudades de los Estados pontificios pertenecientes á los distritos de Milán y de Ferrara, debían reclamarse como feudos imperiales; por lo demás, la resolución acerca de estas cosas debería tomarse en un Concilio general, ó en una Asamblea semejante á la celebrada en Mantua en tiempo de Pío II; y allí debería determinarse asimismo más en particular lo referente á las herejías de Alemania (1).

También Fernando I aconsejaba la celebración de un concilio, en un escrito de 31 de Mayo de 1527, en el cual exhortaba al propio tiempo á no poner en libertad al Papa antes que se hubiese restablecido la seguridad y el orden; «pues, si se escapa de vuestras manos, temo hará como ha hecho siempre, y como ha hecho el rey de Francia, ó todavía peor; pues evita el Concilio y lo teme. Sin esto, y sin vuestra venida á estas partes, no veo manera posible de hallar remedio contra la secta luterana y las malditas herejías» (2).

En medio de las diferentes opiniones que ejercían influjo en el Emperador, pasó mucho tiempo hasta que tomara una firme resolución; y al principio se mantuvo en una actitud tan pasiva, que se ha sospechado sufría una fuerte debilidad corporal (3). Esta pasividad se extendía á todos los negocios de Italia. Lo más urgente, después de la muerte de Borbón, era, sin duda alguna, el nombramiento de un nuevo Capitán General; los consejeros de Carlos V le requerían á ello instantemente, porque el Príncipe de Orange era demasiado joven é inexperto para ocupar semejante posición. Don Carlos ofreció el mando superior al duque de Ferrara, aun cuando éste había declinado ya aquel honor en el otoño de 1526; y como era de prever, rehusó también esta vez el Duque tomar el mando de aquellos «indisciplinados revoltosos». La consecuencia de esto fué, quedar el ejército (si es que puede dársele todavía este nombre) privado de generalísimo durante todo el año de 1527, amenguando continuamente por las deserciones y enfermedades.

También el ejército imperial del Milanesado se hallaba en la más lamentable disposición: no había un maravedí para pagar á

(1) Bucholtz, III, 87-88.

(2) Gevay, Urkunden und Aktenstücke: Gesandtschaft an Sultan Suleiman, 1527, Wien, 1840, 84. Cf. Bucholtz, III, 90.

(3) Cf. Baumgarten, Karl V, II, 597 y 634, quien se remite á una advertencia de Castiglione.

las tropas, según anunciaba el fiel Leiva, y el ejército se parecía más á una turba de aventureros, que de servidores del Emperador. Los capitanes carecían de autoridad y los soldados hacían cuanto se les antojaba (1). No es, pues, de maravillar, que el ejército imperial se viera obligado á retroceder donde quiera que se presentaba Lautrec con sus tropas.

No menores perplejidades ofrecía al Emperador el Papa prisionero; por el cual, no sólo en Francia é Inglaterra, sino también en España, se manifestaba el más vivo interés. Hacia tiempo que el espíritu profundamente católico, que era propio de la Nación española, había observado con profundo disgusto el proceder del Emperador respecto del Papa. «Todo el mundo, grandes y pequeños, escribía Castiglione desde Granada, en Noviembre de 1526, está indignado por el ataque de los Colonna.» En otra carta posterior, vuelve á insistir repetidas veces el mismo diplomático, en la fiel adhesión del pueblo español al Romano Pontífice. «Si el Papa viniera á España, llegarían hasta adorarle», escribía Castiglione con ocasión de los rumores acerca del plan de viaje de Clemente VII. En Marzo de 1527 corrió la voz de que los preladados y Grandes habían declarado abiertamente, no estar dispuestos á otorgar en adelante ningún subsidio, por cuanto éstos se empleaban para hacer la guerra al Jefe supremo de la Iglesia. Inútilmente se esforzó el Canciller en manifestar, por medio de impresos, la inculpabilidad del Emperador; el disgusto general por la lucha contra el sucesor de San Pedro aumentaba, y los Grandes y prelados exhortaban urgentemente á que se ajustara la paz, por lo menos con el Papa. «La fiel adhesión de la Nación española á la Santa Sede, escribía Castiglione desde Valladolid, á 24 de Marzo, se manifiesta más claramente que nunca» (2). ¿Qué impresión debía hacer, por consiguiente, la prisión del Papa y el saqueo de Roma? No sólo el alto clero, sino también los Grandes de España, mostraron públicamente su indignación; el arzobispo de Toledo y el duque de Alba dirigieron al Emperador los más vehementes reproches (3). Carlos V echó toda la

(1) Lanz, I, 237 a.

(2) Cf. sobre eso, las indicaciones de Castiglione, publicadas por Serrasi, II, 100, 123, 145, 147.

(3) *Le nuove d' Italia che l' esercito Cesareo sia entrato in Roma et habbi usato la crudeltà che si dice et che il pontifice stia assediato in castel S. Angelo non si havendo rispetto alcuno alla tregua fatta dal sig. viceré han parso de

culpa al indisciplinado ejército: «Pero (decía desde Valladolid el embajador veneciano, á 16 de Julio de 1527) aquí no se admiten estas disculpas; los prelados y Grandes interceden diariamente con el Emperador en favor del Papa; los pareceres andan muy divididos: algunos dicen que Carlos V debe mostrar su execración, poniendo en libertad al Papa; otros piensan que el Papa debe venir á España; y otros, á su vez, como Loaisa, confesor del Emperador, defienden la opinión, de que Carlos V no debe fiarse tampoco ahora de Clemente VII ni ponerle en libertad. Entretanto Carlos V no daba al Nuncio pontificio sino buenas palabras, pero sin llegar á tomar una resolución (1). Es creíble lo que refieren, que en España se llegó hasta pensar en suspender los divinos oficios en todas las iglesias del Reino, durante todo el tiempo que el Jefe supremo de la Cristiandad estuviera prisionero; y también proyectaron presentarse todos los obispos vestidos de luto al Emperador, para implorar de él la libertad de Clemente. Los esfuerzos de la Corte lograron evitar esta manifestación (2); pero la irritación general no se sosegaba (3). De día en día hacíase más necesaria una resolución, y á ella urgía también Lannoy. «Á la larga, escribía éste al Emperador, á 6 de Julio, no puede sostenerse la situación presente: cuantas más victorias os concede el Señor, tanto más aumentan vuestras difi-

qui molto strane et han dispiaciuto sommamente a tutti questi signori si ecclesiastici come altri et i principal di loro, come è l' arcivescovo di Toledo et duca d' Alba et altri simili son stati a parlare a S. M^a circa cio pregandolo che vi faccia qualche provisione et tali di questi hanno parlato si liberamente et usato tal parole che a molti ha parso che habbino più presto detto di più che di meno di quel che bisognava. *Relación de Navagero, desde Valladolid, fechada á 17 de Junio de 1527, que se halla en el Cod. Vat. 6753, t. 265^a de la *Biblioteca Vaticana*.

(1) Cod. *Vat. 6753, f. 265^a de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. las cartas de Castiglione de 22 de Julio y 10 de Diciembre de 1527; la primera se halla en Gualterio, Corrispond. di Giberti, 247 s., la última en Serassi, II, 150. Lo mismo que el arzobispo de Toledo (v. abajo p. 374, nota 3), dirigió también el obispo de Córdoba, á Clemente VII, una *carta compasiva, fechada ex Caesaris aula á 20 de Julio [1527]. *Lett. d. princ., V, f. 208 del *Archivo secreto pontificio*.

(3) *Los grandes y prelados de España, escribe el cardenal Salviati á Jacobo Salviati, el 16 de Agosto de 1527, si sono doluti et dolgono mirabilmente di queste calamità et come buoni christiani che sono non restono sollicitar lo Imperatore et instar perche liberi S. S^a come ha promesso et promette in modo che da quelle bande si ha ogni cosa favorevole et però è da sperare bene et star di buona voglia. Nunziatura di Francia, I, f. 34 del *Archivo secreto pontificio*.

cultades; los dominios de vuestro Reino se disminuyen, y crece la mala voluntad de vuestros enemigos: en unos porque envidian vuestra grandeza, y en otros por el mal tratamiento que sufren de vuestros soldados, los cuales han saqueado á Génova y Milán y asolado el país, y actualmente han destruido á Roma» (1). Quiñones, que, detenido por unos piratas, no pudo llegar á Valladolid hasta la última semana de Julio (2), dijo á la cara á Carlos V, que si no se apresuraba á cumplir con su deber respecto del Papa, no se le podría continuar dando el nombre de Emperador; antes bien se le habría de considerar como capitán de Lutero; pues los luteranos, en su nombre y bajo sus banderas, habían cometido en Roma todos aquellos escándalos» (3).

Quiñones creyó, por ventura, deber hablar tan enérgicamente, porque sabía que Don Carlos perseveraba en el designio de sacar del cautiverio del Papa el mayor provecho posible, y asegurar sus intereses en términos, que no eran compatibles con la independencia del Estado de la Iglesia.

El Nuncio pontificio Castiglione, en quien ponía todas sus esperanzas el cardenal Salviati (4), apoyaba con el mayor fervor los esfuerzos de Girolami, á pesar de lo cual no logró obtener una resolución determinada del Emperador respecto de la liberación del Papa (5). No menos infructuosamente se afanaron los delegados ingleses en la Corte imperial, por más que desplegaron un celo tan grande, como si hubieran sido representantes del Papa (6). Mayor impresión hicieron en Carlos las representaciones de Quiñones; pero tampoco él alcanzó por de pronto gran

(1) Bucholts, III, 87.

(2) Cf. Sanuto XLV, 503 y la *carta de Navagero, fechada en Valladolid, á 27 de Julio de 1527, que se halla en el Cod. Vat. 6753 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) *Tra l' altre cose che gli ha havuto animo di dire che non facendo quel che deve a lui non par che si possi chiamar Imperatore, ma capitano di Lutero. *Carta de Navagero de 27 de Julio de 1527, existente en el Cod. Vat. 6753. Cf. R. Brown, IV, n. 142.

(4) *In te uno praecipue spes nostra est. Carta del cardenal Salviati á Castiglione, fechada en París á 10 de Julio de 1527. Nunziatura di Francia, I, f. 21 del *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. la *carta del cardenal Salviati á Castiglione, de 14 de Agosto de 1527. Nunziatura di Francia, I, f. 29-32 del *Archivo secreto pontificio*.

(6) Así lo refiere el cardenal Salviati á Jacobo Salviati en una larga *relación, fechada en Amiens á 16 de Agosto de 1527. Nunziatura di Francia, I, f. 34 del *Archivo secreto pontificio*. Cf. la *carta de Navagero, fechada en Valladolid á 30 de Julio de 1527. Cod. Vat. 6753 de la *Biblioteca Vaticana*.

cosa. Á fines de Julio hizo redactar Carlos V escritos dirigidos al Senado y Pueblo de Roma (1), al Legado Salviati (2), á los cardenales y á la nobleza romana (3) y, finalmente, á todos los príncipes cristianos, en los cuales declinaba toda responsabilidad en el saqueo de Roma, que no había entrado en sus designios; y presentaba á Clemente VII como el verdadero culpable, aunque, al propio tiempo, expresaba con graves palabras su gran dolor y profundo sentimiento por la injuria inferida á la Sede Apostólica: hubiera preferido no vencer, que quedar vencedor con semejante victoria (4).

Por aquellos mismos días, recibió Carlos V noticia de los planes de divorcio de Enrique VIII, y á 31 de Julio encargó á Lannoy hablara con Clemente VII sobre este negocio; pero con cautela, para que no se convirtiera en ocasión de mayores complicaciones, si por ventura el Papa lo tomara como cebo para entablar perniciosas inteligencias y pláticas con el rey de Inglaterra. Carlos V deseaba que Clemente VII expidiera breves á Enrique VIII y á Wolsey, haciendo imposible toda ulterior diligencia para el divorcio (5). Este asunto privado del Emperador, en el que necesitaba urgentemente la autoridad espiritual del Papa, debió incitarle á proceder con extrema cautela en su conducta respecto de Clemente VII, no menos que la actitud amenazadora de Francia é Inglaterra, cuya coalición se llevó á cabo precisamente en aquellos días (6).

Rajo semejante impresión, Carlos V, quien, ya de suyo cavi-
loso, había pasado mucho tiempo sin poder tomar una firme resolución (7), redactó las dos cartas de su propio puño dirigidas al

(1) En 26 de Julio; v. Gregorovius, VIII^o, 567, nota. Hoffmann, Nova Coll., I, 550, trae el violento discurso que se pronunció en contra en el senado.

(2) Salviati, al anunciar á Carlos V el envío de Girolamo, le había escrito rendidamente, el 10 de Julio de 1527, que toda su esperanza estribaba en la bondad del emperador (esta *carta se halla en la Nunziatura di Francia, I, f. 21 del *Archivio segreto pontificio*). La respuesta de Carlos de 28 de Julio con el falso sobrescrito «al cardenal Cibo», se halla en la *Biblioteca nacional de París* (Ital., 1357), y con la verdadera dirección en Sanuto, XLVI, 32-33; cf. también Arch. stor. Ital., 3 serie, XII, 1, 1-7.

(3) En 31 de Julio; v. Schulz, Sacco, 145.

(4) Cf. arriba, p. 360.

(5) Bucholtz, III, 94-95, nota.

(6) Cf. arriba p. 354.

(7) *Carta de Navagero, fechada en Valladolid á 1 de Agosto de 1527. Cod. Vatic. 6753 de la *Biblioteca Vaticana*.

Papa, desde Valladolid, á 3 de Agosto de 1527 (1). En el primero de estos notables documentos acentúa de la manera más enérgica, sus esfuerzos en orden á una paz universal de la Cristianidad, la reforma de la Iglesia y destrucción de las herejías y de los infieles. Para obtener estos fines, debían dejar á un lado todos los intereses privados y proceder con unión y concordia. Por estas razones convenía que el Papa convocara un concilio, en el cual se consiguiera la extirpación de las herejías, destrucción de los infieles y exaltación de la Santa Iglesia. Al final asegura Don Carlos á su augusto prisionero, bajo su real palabra, no permitirá que se trate en el Concilio, en manera alguna, de la deposición ó suspensión del Papa; que se opondrá á todos los conatos encaminados á esto, procedan de personas eclesiásticas ó de seglares, y protegerá á Clemente VII de todas maneras.

También en el segundo escrito, que debía llevar Quiñones, recuerda Carlos V la convocación del Concilio. Con la mayor urgencia se insta en él al Papa á emprender el proyectado viaje á España; pues semejante paso llenaría de terror á los herejes, y conduciría, por lo menos, á la paz entre el Emperador y Francia.

Los planes conciliares del Emperador no tenían probabilidad alguna de éxito; pues, aun antes que las cartas de Carlos hubieran llegado á Roma, habíanse convenido Francia é Inglaterra para no consentir en la convocación de ninguna asamblea eclesiástica mientras el Papa siguiera prisionero (2).

Pero Carlos V titubeó todavía mucho tiempo antes de ordenar la libertad de Clemente VII. Con el Nuncio Castiglione habló tan amistosamente, que éste quedó lleno de las mayores esperanzas (3); pero la instrucción que se envió finalmente á 18 de Agosto de 1527, á Pedro de Veyre (4), que estaba aguardando

(1) Las dos cartas, que se hallan en el *Archivio pubblico de Florencia* (Innanzi il Princ. Miscell.), no se han publicado sino hasta muy recientemente por Canossa, en una publicación para bodas (*Lettere di Carlo V*, 13-16), que no anda en el comercio.

(2) Cf. arriba p. 354.

(3) Schultz, Sacco, 146 s., 175 s. Aquí se ha publicado por primera vez, tomándola del *Archivio segreto pontificio*, la relación que Castiglione dirigió á Clemente VII, en 12 de Agosto de 1527.

(4) Quiñones y P. de Veyre partieron para Barcelona el 15 de Agosto; cf. la carta de Navagero, fechada en Valladolid á 17 de Agosto de 1527 (Cod. Vat. 6753 de la *Biblioteca Vaticana*), y la del cardenal Salviati á F. Guicciar-

con Quíñones en Barcelona, no correspondió á estas seguridades. Verdad es que tampoco faltaban allí protestas de cuán desagradables habían sido para el Emperador los acaecimientos de Roma; cuánto deseaba la paz de la Cristiandad, la reforma de la Iglesia y extirpación de los errores luteranos; pero respecto de la libertad del Papa, se insistía con la mayor determinación, en que debía entenderse sólo respecto al ejercicio de su autoridad espiritual. Mas antes (se inculca expresamente al enviado) deben darse á Lannoy todas las seguridades humanamente imaginables, para hacer imposible un nuevo engaño ó venganza del Papa. La determinación de estas seguridades se dejaba á Lannoy; pero Carlos V indicaba, no obstante, lo que creía deber exigir en este concepto; es á saber: Ostia, Civitavecchia, Parma, Plasencia, Bolonia, Ravenna, y, á cambio de la restitución del castillo de Sant'Ángelo, Civitá Castellana. Con esto exigía el Emperador, para poder restituir á Clemente VII la libertad de ejercer su autoridad espiritual, no menos que la entrega de todas las ciudades más importantes del Estado de la Iglesia. Sin embargo, insistía en que no exigía estas condiciones para su provecho particular, sino sólo quería tener en su poder estas ciudades hasta la conclusión de una paz general, la convocación de un Concilio universal y la reforma de la Cristiandad (1).

Entretanto había Clemente VII pasado una temporada terrible. Como un «enterrado en vida» hallábase en el angosto castillo, custodiado con el mayor rigor por feroces soldados (2). En tal estado buscaba su consuelo en la oración (3), confiaba en la magnanimidad del Emperador (4), y luego otras veces, en los auxilios

dini, fechada en Compiègne á 14 de Septiembre de 1527 (Nunziatura di Francia, I, f. 50 del *Archivio segreto pontificio*). En 5 de Septiembre salieron de Barcelona (*carta de Navagero, fechada en Paredes, que se halla en el Cod. Vat. 6763) y llegaron á Roma á principios de Octubre. Cf. Sanuto XLVI, 150, 152, 181, 203, 205, 210, 223, 225.

(1) Bucholtz, III, 97 ss., trae la instrucción en extracto; pone la misma tres semanas después del 30 de Junio, por tanto el 21 de Julio. El emperador tardó todavía en enviar la instrucción á Veyre hasta el 18 de Agosto; v. la *relación de Navagero, fechada en Valladolid á 19 de Agosto de 1527, existente en la *Biblioteca Vaticana*. Cf. R. Brown, IV, n. 152.

(2) Vivía con los cardenales en el llamado Maschio del castillo; v. Gregorovius VIII, 564. Delante de la alcoba del Papa había guardia española; v. Giovio, *Descrizione* 18.

(3) Cf. Sanuto XLVI, 132.

(4) Ibid. XLV, 415.

prometidos por Francisco I (1); pero se hallaba preparado para todo. Prueba de esto es la bula redactada á 15 de Julio de 1527, en la que se regula la elección pontificia, para el caso en que Clemente muriera en su prisión, en Roma ó en otra parte de Italia, ó tal vez en el extranjero. Esta bula muestra que Clemente VII contaba con todas aquellas eventualidades, y el fin del documento era asegurar la libertad de la futura elección y prevenir un cisma. Los cardenales quedaban autorizados para congregarse, aunque fuera en lugar diferente de Roma, y se los exhortaba á esperar algún tiempo á sus colegas ausentes (2).

En realidad, la vida de Clemente VII se hallaba entonces seriamente amenazada; de la relación de Pérez al Emperador se colige, que los españoles y alemanes andaban en continuas pendencias acerca de la posesión del Papa y de los cardenales: los lansquenets no querían permitir que el prisionero fuera conducido á España, sino querían llevárselo ellos mismos (3).

Sobre Roma se habían echado los ardientes calores del estío, fomentando el completo desarrollo de la peste. El contagio y el hambre arrebatában en masa á los infelices moradores; iglesias y calles quedaron pronto llenas de cadáveres (4); y de aquella «cueva de asesinos» ascendían horribles vapores. Cuando el viento soplabá de la parte de la Ciudad, refiere uno de los encerrados en el castillo de Sant-Ángelo, era imposible permanecer en las murallas de la ciudadela (5).

(1) V. la carta de Francisco I á Clemente VII, fechada en Agosto, desde Amiens, que se halla en *Mél. d'archéol.* XVI, 414-416. La traducción latina que trae Grolierius 131 s., tiene por lugar en que se escribió la carta, Compiègne, y por fecha el 14 de Septiembre.

(2) Ciaconius III, 454-455; cf. Gayangos III, 2, n. 184 y 196; v. Sigmüller, *Papstwahl* 11-12.

(3) V. las relaciones publicadas por Villa, *Asalto*, 234 s., y la relación de Gumpfenberg, 208 s. V. además Gayangos III, 2, n. 155 (Pérez al emperador en 18 de Agosto). A este tiempo pertenece también un *breve de Clemente VII á Camilo Gaetani, señor de Sermoneta, con fecha 11 de Julio de 1527, en que le dice que prepare todo lo necesario para habitar el Papa en Sermoneta, pues los imperiales quieren llevarlo allí. *Min. brev.* 1527, IV, vol. 17, n. 224 del *Archivo segreto pontificio*.

(4) V. la relación de Gavardo en el *Arch. stor. Lomb.* IV, 631.

(5) Sanuto XLV, 595, 655; XLVI, 141. Cf. el *diario de Cornelius de Fine, en el cual se refiere, que los cadáveres yacieron insepultos 14 días, y que muchos, así imperiales como romanos, morían de peste. *Biblioteca nacional de París*.

La epidemia se había introducido también, hacía mucho tiempo, en el castillo, y contribuyó, con los padecimientos é inquietudes de la cautividad, á aclarar las filas de los encerrados. En Agosto murió el cardenal Rangoni, y en Octubre le siguió Francisco Armellini, el cual no había podido conformarse con la pérdida de sus riquezas (1). La situación del encarcelado Papa se hizo cada día más intolerable; aguardaba tan inútilmente á los enviados del Emperador, como el avance del ejército de la Liga para ponerle en libertad, y cotidianamente se veía obligado á temer que los alemanes ó los españoles se lo llevaran. Como Alarcón y Muscettola le apremiaron para que diese completas seguridades para el pago de los 250,000 ducados prometidos, exclamó el Papa con lágrimas en los ojos: «¡Por amor de Dios, no me obliguéis á hacer alguna cosa, que sea notoria á todo el mundo, y quede por siempre esculpida en la memoria de los hombres! Tan grande es mi desdicha y mi pobreza, que los tres franciscanos que me acompañan se verían obligados á carecer del diario sustento, si algunas almas compasivas no les hubiesen prestado dinero. Dejo, pues, á vuestro juicio y á vuestra conciencia, si semejante tratamiento es digno de un Emperador» (2).

En los primeros días de Septiembre corrió la voz de haber Clemente VII, en su desesperación, mandado redactar una bula ordenando rogativas por el prisionero Jefe de la Cristiandad, y requiriendo á los obispos á publicar las penas canónicas establecidas contra los opresores de la Iglesia. El borrador de este documento, concebido en los términos más enérgicos, háse conservado en el archivo público de Florencia; pero no llegó, sin embargo, á despacharse ni publicarse; para un procedimiento semejante, que sin duda alguna hubieran empleado los enérgicos papas de la Edad Media, faltábale á Clemente el ánimo necesario (3). Según una relación, debió ser Alfonso del Vasto quien contuvo al Papa para que no diera aquel paso extremo (4).

(1) Cf. Sanuto XLV, 701; XLVI, 144, 279-280, 299.

(2) Esto lo refirió Pérez al emperador en 2 de Septiembre de 1527. Gayangos III, 2, n. 184.

(3) Esto lo hace resaltar Varchi I, 178.

(4) La bula Considerantes fué publicada por Guasti en el Arch. stor. Ital. 4. Serie, XV, 7 ss. Fué desconocida de Guasti la noticia sobre Vasto, que trae Sanuto XLVI, 54, y de que se hace mención en el texto. Contra la suposición

Cuando, finalmente, desembarcó Veyre en Nápoles, á 19 de Septiembre de 1517, yacía Lannoy atacado de la peste, que había contraído en Roma; su muerte, ocurrida á 23 de Septiembre (1), paralizó todas las cosas, precisando á pedir nuevas instrucciones al Emperador; lo cual era tanto más necesario, cuanto que también por otras causas la situación había tomado un carácter totalmente diverso de lo que había previsto Carlos V al enviar á Veyre. Éste comunicaba á España, que el Papa no había pagado más que 100,000, de los 400,000 ducados, y los florentinos nada absolutamente de los 300,000 que debían pagar. Alarcón no había ejecutado, por escrúpulos de conciencia, el plan de conducir al Papa á Gaeta; los capitanes del ejército imperial habían tenido que huir, y las amotinadas tropas, en vez de dirigirse á Lombardía contra los franceses, estaban de nuevo en camino para Roma, con el fin de exigir allí sus pagas por la violencia (2). A 25 de Septiembre llegaron allá, y sometieron la miserable Ciudad á un nuevo saqueo. Los horrores que habían acompañado la primera entrada de los imperiales, repitieronse ahora, en parte en mayor grado (3): «Los soldados, refiere un alemán, hicieron cuanto pudieron imaginar, incendiando, imponiendo rescates, robando, hurtando y forzando.» El dinero que Clemente VII proporcionó, entregando su vajilla de plata y la de los prelados, no alcanzó á contentar á aquellas furibundas compañías, las cuales amenazaban destruir completamente á Roma, y asesinar al Papa y á los cardenales, si no se les pagaba.

Clemente hubo de resignarse á entregar á los alemanes los rehenes que se habían ya convenido en el tratado de Julio (4). Gumpfenberg describe, como testigo de vista, la entrega de

del editor, de que la bula fué escrita en los primeros días de la prisión, habla no solamente Sanuto, loc. cit., sino también Gayangos III, 2, n. 184, quienes señalan el mes de Septiembre; cf. Villa, Italia 235 ss. En cambio, Guasti, loc. cit., 5 s., tiene razón al afirmar, que la bula no fué publicada, no embargante una noticia de Sanuto XLVI, 209, que dice lo contrario. «Querer y no querer», era, como antes, también entonces, predominante en el Papa.

(1) Cf. el «breve á H. de Moncada, virrey de Nápoles, de 26 de Septiembre de 1527 (condolet de morte Caroli viceregis et congratulatur de eius adventu). Arm. 39, vol. 47, n. 499 del *Archivo secreto pontificio*.

(2) Relación de Veyres de 30 de Septiembre de 1527, publicada por Lanz, I, 248 ss.; cf. Bucholtz III, 108 s.; Alberini 357; Gayangos III, 2, n. 201.

(3) Cf. Sanuto XLVI, 178, 186, 210; Schertlinas Leben 8; Alberini 355.

(4) V. sus nombres más arriba, en la p. 341.

aquellos infelices: el Papa decía llorando: «Ahí los tenéis; lleváoslos y llevadme á mí también con ellos» (1).

De la espantosa situación del Papa, da clara idea el libro de cuentas, conservado en el archivo público de Roma, de Paolo Montanaro, expeditor de Clemente VII (2). En aquel cuaderno de papel, que comprende el tiempo desde 1.º de Octubre hasta 31 de Diciembre, se descubre cuán escasos y caros eran los mantenimientos. Desde el tratado de Junio, los españoles, que al principio estaban resueltos á sitiar el castillo por hambre, habían vuelto á permitir la introducción de vituallas. Es extraordinariamente significativo, para conocer el espíritu económico de Clemente VII, que, luego á 1.º de Octubre, comience otra vez á llevarse regularmente un libro sobre sus gastos, donde el expeditor apunta con meticulosa minuciosidad aun las más mínimas cantidades gastadas para la mesa del Papa prisionero, y con la misma conciencia meticulosa examinaba el mayordomo Jerónimo da Schio, obispo de Vaisón, cada una de las partidas (3).

Mientras los soldados robaban la Ciudad hasta los últimos escondrijos, llegaron, á principio de Octubre, Veyre y Quiñones, para verse con el Papa prisionero (4); y así ellos como Alarcón y Morone, trataron con los cardenales del Monte, Campegio y Lorenzo Pucci, delegados por Clemente VII. Pompeyo Colonna, á quien el Papa había ganado para sí (5), empleó todos sus recursos para favorecer el éxito; mas, á pesar de todo, no fué posible salir adelante.

(1) Gumpenberg 247 ss.; cf. además la relación de Pérez de 12 de Octubre de 1527, publicada por Villa, Asalto, 289.

(2) *Regestro delle spese sono fatte in Castello de sancto Angelo per uso de N. S. et sua familia per man del r. mons. Vasionen., mastro di casa de S. S^{ma} incominzando dal primo di de Ottobre 1527. Gregorovius en la Histor. Zeitschrift XXXVI, 163 s. habla con más extensión acerca de esta «reliquia sumamente preciosa y única inmediata del Sacco di Roma».

(3) Gregorovius en la Histor. Zeitschrift XXXVI, 164 ss. Sobre el mayordomo, v. Morsolin, Girol. da Schio, Vicenza 1875.

(4) Cf. arriba p. 378, y Ehses, Dokumente 13 y 252.

(5) Por medio de la promesa de la legación de la Marca de Ancona (v. Guicciardini XVIII, 5) y de otros favores (cf. Arm. 39, vol. 47, n. 739: *Legitimación de Job. de Columna, cleric. Rom., fechada á 3 de Noviembre de 1527. Hinc est quod nos te, qui ut accepimus defectum natalium de dil. fil. nostro Pompeo tit. s. Laurent. in Dam. presb. Card. S. R. E. vicecanc. tunc in minorib. constituto et soluto et soluta genitus pateris etc. Archivo secreto pontificio). Faltan pruebas para la inculpación contra Colonna, que está expresada en la relación de Veyre (publicada por Lanz, I, 248 s.).

Los soldados se ponían, entretanto, cada día más furiosos; los lansquenetes, llenos de rabia, arrastraron á los rehenes hasta una horca levantada en el Campo di Fiore, amenazándoles con la muerte; pero en el último instante tomaron otro consejo mejor, no queriendo perder la única prenda que poseían; por lo cual condujeron á los rehenes encadenados al Palazzo Colonna (1).

Aun cuando en la Ciudad Eterna se hacía cada día más sensible la extremada carestía de mantenimientos (2), y aun cuando los franceses avanzaban á las órdenes de Lautrec, de una manera capaz de poner cuidado; era imposible sacar de Roma al ejército, pues los soldados persistían en que se les pagasen antes completamente las pagas atrasadas. La primera consecuencia de esta completa paralización del principal ejército imperial (3), fué que el duque de Ferrara y el marqués de Mantua abandonaran en Noviembre el partido del Emperador y se pasaran á los franceses (4).

Por el mismo tiempo habíase finalmente realizado en la Corte del Emperador una mudanza decisiva (5). A fines de Octubre, el delegado de Enrique VIII entregó en nombre de su Rey, «Defensor de la Fe», una solemne protesta contra la cautividad del Papa (6). En Noviembre deliberó el Consejo de Estado español sobre el mismo asunto, y en él acentuó, nada menos que el Canciller Gattinara, que el Emperador no podía tener prisionero por más tiempo á Clemente VII, si lo consideraba como legítimo Papa. Praet llamó la atención sobre el peligro de que los franceses lograran poner en libertad al Papa; mejor era que el Emperador lo hiciese, y con esto dejara libre de aquel cuidado á sus tropas; por tanto, aconsejaban que se mandase á Moncada atenerse

(1) Cf. Schulz, Sacco, 149 s. A las fuentes ahí utilizadas, añádanse ahora también las siguientes: Sanuto XLVI, 210, 222, 231, 241; una *relación alemana (compuesta probablemente á fines de Octubre), que se halla en las Reichstagsakten XLIII, f. 33-34 (*Archivo de la ciudad de Francfort del Mein*); Giovio, Descrizione 19 s., y el *diario de Cornelius de Fine, que todavía por Septiembre da cuenta del furor de la peste (inaudita mortalitas),—diciendo, que todos los que hasta entonces habían escapado de la espada y el hambre, han venido ahora á morir. *Biblioteca nacional de París*.

(2) Cf. Sanuto XLV, 299.

(3) Baumgarten, Karl V, II, 605.

(4) Cf. Sudendorf, III, 172 s.; de Leva II, 450 s.; Balan VI, 145 s.

(5) Navagero refiere en una *carta escrita en Burgos, á 25 de Octubre de 1527, que por entonces muchos no creían todavía que pondría en libertad á Clemente VII, Cod. Vat. 6753 de la *Biblioteca Vaticana*.

(6) Sanuto XLVI, 314.

lo más posible á las instrucciones de Veyre. El resultado de la deliberación fué resolver el Consejo de Estado: que el Papa debía *en todo caso* ser puesto en libertad (1).

Entretanto las negociaciones se habían alargado en Roma indefinidamente: Clemente VII se quejaba con desesperación de su calamidad, en una carta de 15 de Noviembre al arzobispo de Toledo (2). Moncada, el nuevo Gobernador de Nápoles, procuraba sacar al Papa lo más posible; y Clemente esperaba á su vez, no sin fundamento, que la aproximación del ejército francés al mando de Lautrec, obligaría á los imperiales á ofrecerle más favorables condiciones (3); y asimismo acertó á atraer enteramente á su partido, por medio de promesas, á Quiñones y Morone (4).

Después de negociaciones por demás prolijas de una y otra parte (5), se logró, finalmente, llegar á una inteligencia; y á 26 de Noviembre se ajustó el convenio. Por de pronto se concluyó un tratado, entre el Papa y los cardenales por una parte, y los representantes del Emperador (Veyre, Moncada y Quiñones) por la otra, en el cual se estableció la reposición de Clemente VII en sus derechos eclesiásticos y temporales, bajo condiciones que fomentaran la paz en la Cristiandad (por consiguiente, permaneciendo neutral), y que se convocaría un concilio universal para la reformatión de la Iglesia, extirpación de los errores luteranos, y para promover la guerra contra los turcos. Como fiadores de ésto se daban al Emperador seis rehenes (Giberti, Jacobo Salviati, Galeotto y Malatesta de' Médici, y además los cardenales Trivulzio, y Pisani) (6), y las ciudades de Ostia, Civitavecchia, Civi-

(1) Bucholtz, III, 119-120.

(2) Raynald, 1527, n. 43. La carta aquí impresa, es la respuesta á *la que el arzobispo de Toledo dirigió al Papa desde Valladolid, á 27 de Julio de 1527. En ella procura el arzobispo consolar al Papa, alegando los buenos sentimientos de Carlos V. Añade el arzobispo que espera, que pues el Papa echó una vez la suerte de la guerra, ya de antemano se habrá dispuesto tanto para todas las eventualidades de la lucha, que sufrirá también la presente desdicha con ánimo fuerte y valeroso. *Lett. d. princ. IV, f. 202 y 208 del *Archivio segreto pontificio*.

(3) El Papa, después de su libertad, reconoció los servicios que le había prestado Lautrec con su presencia y avance, en una carta particular de 14 de Diciembre de 1527. Raynald 1527, n. 47.

(4) A Quiñones se le prometió el cardenalato, al hijo de Morone el obispo de Módena. Jovius, Columna 170; cf. Guicciardini XVIII, 5.

(5) Cf. Schulz, Sacco 153 s.

(6) En vez de los sobrinos ausentes Alejandro é Hipólito de' Médici.

tà Castellana y Forlì. Por el contrario, todo el resto de los Estados Pontificios, á excepción de los distritos cedidos á los Colonna, debían restituirse á la situación en que se hallaban antes del saqueo. El ejército imperial evacuaría á Roma en seguida, y los Estados de la Iglesia tan luego como las tropas de la Liga se hubiesen retirado de ellos (1).

No se decía en este tratado, quién habría de reconquistar los territorios separados de los Estados de la Iglesia; y el restablecimiento del poder temporal, concedido en teoría, quedaba de hecho y prácticamente sujeto del todo al arbitrio del Emperador (2); pero, por otra parte, dejábase á la libre determinación del Papa el tiempo de la convocación del Concilio.

Otro segundo convenio determina en particular las sumas de dinero que el Papa debería pagar á los comandantes del ejército imperial. Por de pronto, en el término de diez días 73,169 ducados, mediante cuyo pago se entregaría el castillo de Sant'Angelo; y luego en seguida 35,000 ducados; con lo cual las tropas evacuarían á Roma; catorce días después 44,984 $\frac{1}{2}$ ducados; luego, en tres plazos mensuales, 150,000, y, finalmente, en otros tres meses 65,000 ducados. Para recaudar estas sumas de dinero nombraría el Papa nuevos cardenales, y enajenaría bienes eclesiásticos en el reino de Nápoles. Después del pago de los 44,984 $\frac{1}{2}$ ducados, saldría el ejército de los Estados de la Iglesia (3).

Como á pesar del nombramiento de cardenales (4), no se re-

(1) El texto de este tratado se halla en Schulz, Sacco 176-183. Cf. la carta desesperada del cardenal Pisani, de 27 de Noviembre de 1527, publicada por Sanuto XLVI, 348-349.

(2) Cf. Brosch, I, 109-110.

(3) En Molini I, 273-278 y Lancellotti III, 325 s., se halla el texto italiano de este tratado, y en Schulz 183-188 el latino. La traducción alemana está en Reissner 146 s. Schulz 159 ha sido el primero que ha hecho reparar en el breve (*Archivio segreto pontificio*. Brevi di Clemente VII, T. 17, part. 4ª, n. 336) por el cual Clemente VII nombró un comisario que acompañase al ejército á Viiterbo, y cuidase de su manutención y alojamientos.

(4) En 21 de Noviembre de 1527 fueron nombrados Antonio Sanseverino, Vincenzo Caraffa, A. M. Palmerio, E. Cardona, G. Grimaldi, P. Gonzaga, S. Pappacoda; v. Ciaconius, III, 488 s., quien falsamente pone como nombrados igualmente entonces á Du Prat y Quiñones. Novaes IV, 90 s., sufre la misma equivocación respecto de Du Prat. En el *breve de nombramiento para V. Caraffa, fechado Romae in arce á 21 de Noviembre de 1527, se dice, que Clemente le ha creado cardenal, habita cum ven. fratribus nostris S. R. E. cardinalibus matura deliberatione de illorum unanimi consilio et consensu cum promissione ratificandi creationem post liberationem ex arce s. Angeli.

caudaban los fondos necesarios (1), los lansquenets amenazaban de nuevo con la muerte á los rehenes, y se amotinaron contra sus capitanes, los cuales huyeron á los montes Albanos, bajo la protección de los Colonna. A fines de Noviembre los rehenes lograron embriagar á sus guardias y escaparse (2); y aunque á la noticia de esto los lansquenets se pusieron en armas, apaciguáronse de nuevo (3). Concertóse con el Papa que, desde 1.º de Diciembre, pagaría á los alemanes, con exclusión de los capitanes y de los que gozaban doble sueldo, 110,000 ducados, y á los españoles 35,000, y les daría nuevos fiadores (4). Después que con este fin fueron entregados en rehenes los cardenales Orsini y Cesi á Colonna, y los cardenales Trivulzio, Pisani y Gaddi á Alarcón, y se hubieron dado otras seguridades para el pago de la suma mencionada, los imperiales evacuaron el castillo de Sant'Angelo á 6 de Diciembre de 1527 (5).

Con esto tuvo fin la dura cautividad del Papa (6), que había durado siete meses enteros. Clemente quería salir inmediatamente de Roma, donde quedaría como Legado Campeggio; pero Alarcón aconsejaba aguardar todavía algunos días, en atención á la inseguridad de los caminos (7). Sin embargo, al Papa le parecía cual-

Brev. vol. 47, n. 814. *Archivo segreto pontificio*. V. también Sanuto XLVI, 389-410. La promulgación de los cardenales creados en 21 de Noviembre, se efectuó junto con los nombrados en 3 de Mayo de 1527, pero no el 27 de Abril, como sospecha Cristofori 348, sino á principios de Febrero (sin duda antes del 11) de 1528; v. Sanuto XLVI, 580, cf. 585, y Catalanus, 283, 303. V. también la *carta de acción de gracias del cardenal Sanseverino (fechada en Roma, á 16 de Febrero de 1528) en Lett. d. princ. V, 110. *Archivo segreto pontificio*.

(1) Del *breve á Schönberg, fechado á 6 de Diciembre de 1527, consta que los cardenales napolitanos nuevamente nombrados se negaron á pagar las sumas asentadas, nisi mittantur pilei et apportetur assumptio. Por lo cual Clemente VII otorgó á Schönberg la facultad de practicar con los nombrados la ceremonia de la entrega del anillo, de la imposición del capelo, etc. Brev. vol. 47, n. 880. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Jovius, Columna 169 é Hist. XXV, 28. Sanuto XLVI, 361 s., 389. Alberini 358 s. Relación de Gumpenberg, 261 s. Schulz, Sacco 159. Barthold 485. Balan, Clemente VII, 85.

(3) Sanuto XXVI, 389, cf. 362.

(4) Schulz, Sacco 160; Cf. Sanuto XLVI, 364 ss.

(5) Cf. la relación de Sena, publicada por Fossati-Falletti, 24-25.

(6) Cuán difícil fué, hasta el fin, tener comunicación con el Papa, se deduce de la relación de W. Knight, enviado á Roma por Enrique VIII, para tratar el asunto del divorcio, la cual se halla en State Papers: Henry the Eighth VII, London 1849, n. 177.

(7) Esto lo refiere A. Pisani desde Todi, en 11 de Diciembre de 1527. Sanuto

quiera dilación por extremo peligrosa; pues temía á los soldados, que esperaban en Roma sus pagas, y no se fiaba tampoco de Moncada (1). En la noche del 6 al 7 de Diciembre, salió súbitamente del castillo de Sant-Angelo, disfrazado con los vestidos de su mayordomo, bien que no sin haberlo puesto previamente en conocimiento de los capitanes imperiales. En los Pradas Neronianos le esperaba Luis Gonzaga con una tropa de mosqueteros; con esta escolta se dirigió apresuradamente á Montefiascone, y desde allí á la fortaleza de Orvieto (2).

XLVI, 375. En un *breve al duque de Urbino y á los demás generales de la Liga, fechado á 3 de Diciembre de 1527, anuncia Clemente VII, que se trasladará á Orvieto, acompañado de soldados imperiales, para los cuales solicita un *salvus conductus*. Min. brev., 1527, III, vol. 16, n. 1094. *Archivo secreto pontificio*. En Orvieto era ya conocida, á mediados de Noviembre, la venida de Clemente VII; v. Fumi, Orvieto, 186 s.

(1) Cf. Jovius, Columna, 170, y la narración del mismo Papa, que se cita más abajo, publicada por Balan.

(2) Sobre la huida de Clemente VII, además de Guicciardini, XVIII, 5, y Jovius, Hist., XXV, 29, cf. también Sanuto XLVI, 375, 378-379, 389-390 y la propia narración del Papa, que hasta hace poco no era del dominio público, y se halla en Balan, Boschetti, II, apéndice 42. V. además Gayangos, III, 2, n. 259, 272; Dandolo, Ricordi ined. di G. Morone, Milano, 1859, 230, y Fossati-Falletti, 25. Guicciardini traslada la huida al 8 de Diciembre, y á él siguen los más de los historiadores modernos; pero tanto en las relaciones publicadas por Sanuto, como en los despachos de F. Sergardi, G. Massaini, y J. C. Salimbeni (*Archivo público de Sena*), aducidos por Fossati-Falletti, se designa expresamente el 6 de Diciembre; asimismo en Blasius de Martinellis (citado por Ehses, *Die Dekretale*, 226, n. 1), y en el diario, que se halla en Omont, *Suites du Sac de Rome*, 18. Concuerda también con eso el dato que se halla en Bontempi, 325. A todos estos testimonios añádese todavía el del mismo Papa, en un *breve de Clemente VII, de 12 de Enero de 1529, citado por primera vez por Ehses, *Documento*, XXVIII, nota 4, que se halla en Arm. 39, vol. 49, n. 31 del *Archivo secreto pontificio*. El 6 de Diciembre, como día de la huida, se saca también del *Registro delle spese*, mencionado arriba p. 372, nota 2, existente en el *Archivo público de Roma*, pues aquí para el 7 de Diciembre ya no hay asentados víveres; la última partida está apuntada en Galera, lugar por donde pasó el Papa en su huida. Gregorovius (*Histor. Zeitschr.*, XXXVI, 171-172) no ha conocido esto; para dar una explicación, establece una hipótesis innecesaria. Sobre una moneda, que se refiere á la liberación de Clemente VII, cuya imagen con barba vese allí representada, v. Reumont, III, 2, 849. Aquí también hay una observación crítica sobre Fusco, Di una inedita moneta battuta in Roma l'anno 1528 dall' Imperat. Carlo V, Napoli, 1848.

CAPÍTULO VI

**Clemente VII en el destierro de Orvieto y Viterbo.
—Los imperiales evacúan á Roma.—Destrucción
del ejército francés en Nápoles.—Diplomáticas
vacilaciones del Papa; regreso de éste á Roma.**

En Orvieto, antigua ciudad amparada por una fuerte ciudadela, sobre el monte cónico que, como un mojón terminal, divide los distritos de Roma y Toscana; estaba asegurada la libertad personal del Papa; pero su situación debía seguirse considerando aún como tristísima en sumo grado. Fuera de su dignidad eclesiástica, habíalo perdido absolutamente todo: su prestigio, toda su hacienda, casi todo su Estado, y la obediencia de los más de sus súbditos (1). En vez del hermoso palacio vaticano, adornado con las obras maestras del arte, habitaba ahora el medio arruinado palacio episcopal de una mísera y pequeña ciudad. Roberto Boschetti, que visitó al Papa á 23 de Enero de 1528, hallóle enflaquecido y poseído de tristeza: «Me han despojado enteramente,

(1) Por efecto de esto, Clemente VII no pudo cumplir la promesa hecha al cardenal Colonna respecto de la legación de la Marca de Ancona; v. la *relación de G. M. della Porta á la duquesa de Urbino, fechada en Lodi, á 24 de Enero de 1528: «Da Orvieto s' intende quelli di la Marca non haver voluto obediire alli brevi del papa che comandava accettassero per legato il card. Colonna. Senza ch' io dicho altro la Ex. V. si deve imaginare il dispiacere che ne piglia S. S^{ma}, la quale fa gran favore al sig. Malatesta Baglione, che sta in Orvieto. *Archivo pubblico de Florencia*. En compensación, el cardenal Colonna fué nombrado en 18 de Enero de 1528, gobernador de Tívoli, de por vida. *Min. brev. 1528, III, vol. 20, n. 1706. *Archivo secreto pontificio*.

le dijo Clemente VII; hasta el dosel que está sobre mi cama no me pertenece; pues es prestado» (1). Los enviados ingleses juzgaron, que todo el mueblaje del dormitorio del Papa no valía 20 nobles. Con asombro describen los mencionados diplomáticos, de qué manera los habían conducido por tres salas enteramente faltas de muebles, y cuyos cielos rasos colgaban á pedazos (2). En aquella inhospitalaria morada yacía Clemente VII con los pies hinchados. Se sospechó que los imperiales le habían dado veneno; pero, en realidad, aquella molestia no reconoció otra causa sino haber tenido que cabalgar mucho tiempo en la huída, con una fatiga desacostumbrada (3).

También era muy penosa la situación de los cardenales, de los cuales al principio no había sino cuatro (4), y luego se juntaron en Orvieto siete, por especial requerimiento del Papa (5); pues, en la ciudad, ninguna cosa estaba preparada para los fugitivos: apenas con trabajo podían alcanzarse los mantenimientos, aun pagándolos á los más subidos precios; y á esto se agregaba la falta de agua potable, por lo cual, el Papa mandó construir en seguida cuatro fuentes (6).

A pesar de la falta de medios que en Orvieto se sentía, fuéronse juntando allí numerosos prelados y personas de la corte, y se reanudaron los negocios curiales, por mucho tiempo casi del todo

(1) V. la notable relación de Boschetti de 24 de Enero de 1528, en Balan, Boschetti, II, apéndice, 41-42.

(2) V. la relación de Gardiner y Fox de 23 de Marzo de 1528, que se halla en State Papers: Henry the Eighth, VII, 63, y en Brewer, 2, n. 4090.

(3) Omoot, Suites du Sac de Rome, 19-20.

(4) En una *carta de Bonaparte Ghisilieri, fechada en Orvieto á 20 de Diciembre de 1527, nómbrense como presentes: Monte, Pucci, Accolti y Spinola. *Archivio público de Bolonia*.

(5) V. los *breves, fechados en Orvieto á 4 de Enero de 1528. Min. brev. 1528, IV, vol. 21, n. 6. *Archivio segreto pontificio*.

(6) Fumi, Orvieto, 188-189. Cf. Balan, Boschetti, II, apéndice 44; Sanuto XLVI, 580, 662. B. Ghisilieri, advierte en la *carta de 20 de Diciembre de 1527, que se cree que el Papa no permanecerá por mucho tiempo en Orvieto por causa de la angustia e carestia. Il star di S. S^{ma} qua dipende della speranza di ridrizzar le cose di Roma. El mismo notifica, en 2 de Febrero de 1528, que faltan habitaciones y víveres, y que todos desean irse. *Archivio público de Bolonia*. G. M. della Porta escribe desde Lodi, en 31 de Enero de 1528, á la duquesa de Urbino 1521: *Quà si sta in expettatione desideratissima d'intender che resolutione habbiano da far gli nemici di Roma da li quali questi nostri qua pigliaranno indrizo del governarsi et levarsi di questo alloggiamento nel quale più non si po stare essendosi quasi in tutto mancato il modo del viver senza che al mondo non tu veduta mai la più noiosa stanza. *Archivio público de Florencia*.

interrumpidos. A 18 de Diciembre de 1527, en un consistorio secreto, se redactó una bula referente á las gracias otorgadas durante el tiempo de la cautividad (1). La dirección de los más importantes negocios estaba en manos de Jacobo Salviati, y del Maestro di Casa Jerónimo da Schio, obispo de Vaison (2).

La nueva Corte de Orvieto era de tal pobreza y simplicidad, que necesariamente había de llenar de compasión á los visitantes: «Esta Corte está en bancarrota, refería un veneciano; los obispos andan á pie, con mantos rasgados; los cortesanos maldicen y están desesperados; pero no han enmendado sus costumbres, y por un julio venderían á Cristo» (3). De los cardenales, sólo Pirro Gonzaga podía presentarse de una manera correspondiente á su dignidad; los demás estaban tan pobres como el mismo Papa, al cual todavía en Abril le faltaban los más necesarios ornamentos eclesiásticos (4). Las felicitaciones por su libertad, que le enviaron por escrito los cardenales congregados en Parma (5), y fueron á darle personalmente el duque de Urbino (6), Federico Bozzolo (7) y Luis Pisani, y por medio de cartas ó de especiales enviados casi todos los príncipes de la Cristiandad y muchas ciudades, debían

(1) El contenido de la *bula es el siguiente: En el tiempo de nuestra prisión, por las instancias é incesantes súplicas de eclesiásticos y seculares fueron concedidas y otorgadas muchas gracias, privilegios, dispensas, etc., más por fuerza que libremente, con escándalo, daño y perjuicio de la Iglesia y contra el ejemplo de nuestros predecesores. Ahora que estamos libres, dictae sedis honorem conservare et futuris scandalis salubriter obviare volentes, de acuerdo y por consejo de los cardenales, revocamos todos los privilegios, gracias, dispensas, etc., otorgadas tanto á eclesiásticos como á seculares, excepto las concedidas á los veri et antiqui familiares, continui commensales, á los cardenales y á los seculares que poseen el título de duque ú otro más elevado. D. Orvieto, 1527, XV Cal. Ianuar. A° 5°. Clement. VII. Secret. A. I-VI. Regest., 1437. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la relación publicada por Balan, Boschetti, II, apéndice 42-43.

(3) Sanuto, XLVI, 488.

(4) Sanuto, XLVII, 349; cf. XLVI, 488. V. también Fossati-Falletti, 33.

(5) *Carta de los cardenales Farnese, Passerini, Cibo, Ridolfi y E. Gonzaga al Papa, fechada en Parma el 15 de Diciembre de 1527, que se halla en Lett. d. princ. IV, f. 170. *La del cardenal Salviati, fechada el 27 de Diciembre de 1527, se halla en Nunziat. di Francia, I, f. 138-139. *Archivo secreto pontificio*.

(6) Clemente VII, como consumado diplomático, recibió muy afablemente al hombre, cuya conducta tanto había contribuido á su desgracia; v. Ugolini, II, 243; Reumont, III, 2, 223.

(7) Clemente VII había de lamentar pronto su muerte; v. Molini, I, 287 a. y Sanuto, XLVI, 447 a.

parecerle casi una burla (1). Como Clemente VII tenía á su disposición muy pocas tropas, y los soldados hacían inseguros los alrededores de Orvieto (2), hallábase el Papa como encerrado en su montaraz fortaleza; y repetidamente hubo de quejarse de que, aun el comercio epistolar, se le hacía difícil (3). No se podía pensar en emprender excursión alguna á los alrededores: veíase pasar por las calles de Orvieto, con pequeña comitiva, al malhumorado Papa, que durante la cautividad se había dejado crecer su larga barba (4); y la fama exageraba todavía su pobreza, comparándole con los papas de la primitiva Iglesia (5).

A pesar de todo esto, el Papa robado y desterrado seguía representando todavía una potencia importante; lo cual se colige principalmente de los ardientes conatos con que ambos partidos rivales procuraban ganárselo. El Emperador conocía perfectamente lo que en este sentido hacían Francia é Inglaterra, y expresamente se refirió á ello en un escrito en que felicitaba al Papa por su liberación. En su respuesta de 11 de Enero de 1528, dábale Clemente las gracias por la restitución de su libertad: le asegu-

(1) Cf. Bontempi, 325. La carta de Venecia se halla en Sanuto, XLVI, 401-402. La *respuesta de Clemente VII, de Diciembre de 1527, está en Min. brev. 1527, IV, vol. 17, n. 414. *Archivio segreto pontificio*. Al marqués Federico Gonzaga escribía Clemente VII desde Orvieto, el 24 de Diciembre de 1527: *Haud necessaria nobiscum, tamen summe grata nobis fuit tuae Nobilitatis gratulatio, quam nobis de nostra liberatione per dil. fil. Capynum de Capys amantissime exhibuisti. El original de la carta se halla en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. El mismo Alfonso de Ferrara le dió el parabién. Cf. la respuesta diplomática de Clemente VII de 28 de Diciembre de 1527, publicada por Fontana, Renata, I, 431.

(2) «Nadie puede venir á nosotros sin peligro de la vida», se queja Clemente VII al dom. de Vere, en un *breve, fechado en Orvieto á 11 de Enero de 1528. Min. brev. 1528, IV, vol. 21, n. 24. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. el *breve á F. Alarcón, fechado en Orvieto el 16 de Enero de 1528, loc. cit., n. 131.

(4) Ha una barba longa canuda, cavalca con 8 cavalli et 30 fanti di la sua guardia. Sta sempre maninconico. Relación publicada por Sanuto XLVIII, 226. En una moneda de Clemente VII, se ve su rostro con barba, y en el reverso á S. Pedro con el ángel y la inscripción: Misit Dominus angelum suum. Roma; v. Cinagli, 98, n. 52 y arriba p. 377, not. 2. Muchas veces se había vuelto á olvidar que Julio II llevaba barba, y así ahora recibía escándalo la gente al ver al Papa con este porte. Por lo cual, Pierio Valeriano publicó, en 1533, una Apología pro sacerdotum barbis, que dedicó al cardenal Hipólito de' Médici. Pueden verse más indicaciones de obras sobre este asunto en nuestro vol. VI, p. 257, y en Steinmann, II, 38, not. 1.

(5) Segni, I, I (ed. 1830, I, 47). Cf. las relaciones de Senna, publicadas por Fossati-Falletti, 32-33.

raba no haber echado nunca la culpa al Emperador de los tristes sucesos acaecidos en Roma, y se declaraba dispuesto á hacer, respecto de la paz, del Concilio y de las demás cosas que deseaba Carlos para el bien de la Cristiandad, todo lo que estuviera en sus fuerzas; por lo demás, el mismo Emperador comprendería sin duda, cuán impotente se hallaba, mientras permanecieran retenidos los rehenes, y guarnecidas las ciudades que había entregado; los pormenores acerca de los negocios pendientes, se los referiría Francisco Quiñones (1). A un enviado imperial que se había presentado en Orvieto ya en Diciembre de 1527, y á cambio de una alianza formal con el Emperador, ofrecía la restitución de los Estados de la Iglesia, se le dió por respuesta: que no podría tratarse de ello hasta después que se hubieran devuelto las ciudades ocupadas, y puesto en libertad los rehenes (2).

Tampoco para con la Liga quería Clemente declararse con determinación ni obligarse con firmeza, ni más ni menos que con el Emperador. Es verdad que, en el escrito de su propio puño en que, á 14 de Diciembre de 1527, notificaba á Francisco I su libertad, le agradecía los auxilios prestados; bien que calificándolos, de una manera muy poco ambigua, de tan insuficientes como en realidad habían sido; pues el ejército de Lautrec no se había apresurado en manera alguna. Por este escrito se echa de ver claramente, que el Papa no quería obligarse respecto de Francia; y su convenio con los imperiales lo excusaba como impuesto por la fuerza y la necesidad. «Durante meses enteros hemos sufrido con nuestros venerables hermanos la más dura suerte: hemos visto arruinarse todos nuestros intereses temporales, y sobre todo, los espirituales; no alcanzando su objeto tus bien intencionados esfuerzos para nuestra liberación, antes bien empeorándose nuestra situación de día en día, haciéndose cada vez más duras las condiciones que nos imponían, y desvaneciéndose más y más nuestras esperanzas; por lo cual hemos tenido que acomodarnos á aquello que nos imponía lo desesperado de la situación. No nos han movido á este convenio nuestros intereses personales, ni

(1) Lanz, *Korrespondenz*, I, 257-259; ahí mismo, 256-257, se halla la carta prematura de enhorabuena de Carlos, de 22 de Noviembre de 1527. Cf. además Sanuto, XLVI, 584, 588; Pieper, *Nuntiaturen*, 71, y Wadding, XVP, 243 s. El texto de la carta del Papa que trae Lanz no es correcto; v. Balan, *Clemente VII*, 86.

(2) Sanuto, XLVI, 392.

nuestro propio peligro; durante ocho meses enteros hemos sufrido la más indigna cautividad, y cotidianos riesgos de nuestra persona; pero la desgracia de nuestra Ciudad, la ruina de los Estados de la Iglesia, que recibimos incólumes de nuestros predecesores, la continua vejación de los cuerpos y de las almas, el menoscabo de la honra de Dios y de su culto, son los que nos han impulsado á dar aquel paso. Los sufrimientos personales podíamos seguir tolerándolos; pero era obligación nuestra procurar que se terminaran cuanto antes los males públicos. Nuestros hermanos los cardenales no han rehusado someterse como rehenes á una nueva cautividad para procurarnos la libertad y ponernos así en estado de remediar la más perjudicial opresión de la Cristiandad.» El portador de este escrito fué Hugo da Gambara, el cual, junto con el cardenal Salviati, debía dar de palabra mayores explicaciones (1). De una manera enteramente parecida escribió Clemente, el mismo día 14 de Diciembre, á la reina Luisa de Saboya, á Montmorency, á Enrique VIII y al cardenal Wolsey, remitiéndose también, en estas cartas, á las declaraciones de Gambara (2).

Ya desde Enero de 1528, se vió Clemente VII solicitado con el mayor apremio á entrar en la Liga, cuyo ejército perseveraba en la acostumbrada inacción. Por encargo de Lautrec, que había avanzado hasta Bolonia, se presentaron al Papa Guido Rangoni, Pablo Camilo Trivulzio, Hugo di Pepoli y Vaudemont (3), á los cuales se asoció en Febrero Longueville, que traía la felicitación de Francisco I; y como delegados de Enrique VIII, trabajaban Gregorio Casale, Esteban Gardiner y Fox; este último negociaba principalmente el divorcio pretendido por el monarca inglés (4).

(1) Molini, I, 280-282. Cf. Reumont, III, 2, 224-225.

(2) Molini, I, 283-285. Raynald 1527, n. 49-51. Ehes, Dokumente, 10-11 y el **breve al cardenal du Prat de 17 de Diciembre de 1527, que se halla en el *Archivo nacional de París*.

(3) V. la *carta de Lautrec á Clemente VII, fechada en Reggio el 14 de Diciembre de 1527 (Goza por la liberación. Envía á P. C. Trivulzio y G. Casale para que le testifiquen su alegría y con otros encargos. Todo lo quiere hacer por el Papa). Lett. d. princ. IV, f. 261. *Archivo secreto pontificio*. Cf. la **carta de Lautrec de 1 de Enero de 1528, ibid. V, f. 1, y las *relaciones de G. M. della Porta á la duquesa de Urbino, fechadas en Lodi en 1528 el 25 de Enero (Stamane è gionto qua il conte Guido Rangone mandato da M. di Lautrech a N. S. etc.) y el 6 de Febrero, existentes en el *Archivo público de Florencia*. Cf. también el breve á Lautrec, publicado por Fontana, Renata, I, 434 s.

(4) State Papers: Henry the Eighth, VII, 63. Brewer, IV, 2, n. 4090, 4118,

Los de la Liga hacían al Papa los más halagüeños ofrecimientos; no solamente se le restituirían los Estados de la Iglesia, sino podría también disponer de Nápoles, y se le resarcirían todos los daños sufridos y los gastos de la guerra (1); pero los acaecimientos del año último habían hecho á Clemente VII extremadamente cauto (2). Por mucha instancia con que le urgieran no daba sin embargo ninguna respuesta determinada, insistiendo en que, permaneciendo fuera de la Liga, podría ser de más provecho que entrando en ella (3); sus interiores simpatías se inclinaban ciertamente entonces hacia la Liga (4); pues tenía el poder del Emperador que, hallándose en posesión de Nápoles y Milán, era «señor de todas las cosas» (5), y deseaba que fuesen arrojados de Italia aquellos que, por tan inaudita manera, le habían ultrajado (6). Pero la serena reflexión sobre la situación real de las cosas, debía apartarle de cualquiera tentativa de este género; una actitud expectante, que diera, hasta cierto punto, esperanzas á ambos partidos, parecía al Papa lo mejor; y por otra parte respondía también á su índole irresoluta (7).

Peró por ventura más todavía que el sentimiento de su impotencia ante los victoriosos españoles, influía en Clemente VII la conducta de la Liga misma; pues, no podía depositar su confianza en aquella confederación, cuyos miembros, no pensando

4120. Lett. d. princ. III, 1 s. Cf. más abajo, el cap. XI. La misión de Longueville la anuncia Montmorency al Papa en una *carta, fechada en St.-Germain el 1 de Enero de 1528. Lett. d. princ. V, f. 2. *Archivio segreto pontificio*.

(1) Cf. Gayangos, III, 2, n. 281.

(2) Schulz, Sacco, 161 s.

(3) Cf. Sanuto, XLVI, 410, 490, 543, 554 s., 557 s., 592; Reumont, III, 2, 229. V. también la *relación de N. Raince de 28 de Enero de 1528, aducida por Ranke, Deutsche Gesch. III, 24. Ms. Beth. 8534, ahora lleva la signatura franç. 3009 de la *Bibliothèque nationale de Paris*.

(4) V. Sanuto, XLVI, 507, 508; cf. también Fossati-Falletti, 40.

(5) *Omnium rerum dominus*; v. la relación de Gregorio Casale publicada por Fiddes, *Life of Wolsey*, 467.

(6) El cardenal Salviati daba esta explicación á la regente Luisa: *che io era certo che S. B., se bene haveva come catholico perdonato ogni injuria, non poteva desiderare alcuna cosa più che veder fuori d'Italia et delle sue terre quelli che havevono fatte tante impietà et tante scelerateze et offese a Dio et alla chiesa, se non per altro per non haver più da temere etc. *Carta á Jacobo Salviati de 1 de Enero de 1528. Nunziat. di Francia, I, f. 142. *Archivio segreto pontificio*.

(7) Sanuto, XLVI, 490. Cf. la relación de Casale, citada en la not. 5. V. además Guicciardini, XVIII, 5, y Fontana, I, 108.

sino en sus propias ventajas, habíanle dejado caer en los desastres del año nefasto de 1527. ¿No podía este juego repetirse á cada momento? A todo lo cual se añadía (ejerciendo un influjo decisivo), haber tomado la Liga un carácter, que hacía al Papa enteramente imposible entrar en ella: Florencia, que había expulsado á su familia, estaba amparada por Francia; Venecia se había apoderado de Ravenna y Cervia, y el duque de Ferrara había ocupado á Módena y Reggio; ninguno de ellos estaba dispuesto á restituir sus rapiñas; y con todo eso, ¿debería Clemente aliarse con ellos contra el Emperador? (1)

Atendida esta situación de las cosas, los esfuerzos del Papa y de sus diplomáticos se encaminaban á conseguir el restablecimiento de los Estados de la Iglesia, guardando la neutralidad.

El cardenal Salviati declaraba al Gobierno francés, el día de año nuevo de 1528, que la Liga debía contentarse con una benévola neutralidad del Papa, despojado de todos los recursos materiales; y al propio tiempo quitaba toda duda sobre que Clemente VII reivindicaría de los venecianos los territorios arrebatados, y no ajustaría ningún convenio deshonoroso con el duque de Ferrara, verdadero causante de todas las desgracias de la Iglesia (2). A 12 de Enero llegó Gambara á París, y rogó con la mayor instancia al Gobierno francés, obligara á los venecianos y á Ferrara á restituir sus rapiñas: si esto no se hacía, el Papa se vería obligado á procurar, por otro camino totalmente diverso, la restitución de lo que le pertenecía (3). Tampoco en el tiempo siguiente dejó Salviati de insistir en las más vivas representaciones; pero por de pronto consiguió muy poca cosa; pues Francia vacilaba por temor de que Venecia se separara de la Liga (4). Sólo cuando Francia é Inglaterra declararon formalmente la guerra al Emperador, se ejerció sobre Venecia una presión enérgica.

Casi al mismo tiempo en que se realizaba esta mudanza, resolvió Clemente VII enviar á España, en la persona de Anto-

(1) Cf. Sanuto, XLVI, 543, 557 s., 592. Venecia había prometido expresamente devolver á Ravena y Cervia, luego que el Papa fuese puesto en libertad; v. la *relación de Salviati de 1 de Enero de 1528, citada en la nota 2.

(2) *Relación del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 1 de Enero de 1528. Nunziat. di Francia, I, f. 142. *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. la *relación del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 16 de Enero de 1528. Nunziat. di Francia, I, f. 152 ss. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. las *relaciones del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 1 de Febrero de 1528, y á Gambara de 13 de Febrero de 1528, loc. cit.

nio Pucci, obispo de Pistoia, un nuevo Nuncio que, en unión con Castiglione, trabajara para preparar el camino á una paz general (1). Si Carlos V (declaraba Sanga (2), que había venido á ser ahora, en lugar de Giberti, primer Ministro del Papa), no accede á las condiciones de paz propuestas por Pucci, Clemente VII habrá de decidirse entonces en favor de la Liga; no, sin embargo, antes que se haya dado satisfacción á sus justas reclamaciones. Los aliados, se decía además en aquella declaración, debían procurar la restitución de Ravenna, Cervia, Módena y Reggio, determinar á quién se daría el reino de Nápoles; y finalmente, ordenar, á satisfacción de todos, los negocios de Florencia. Pucci debía hacer su camino por Francia, para tratar personalmente con Francisco I y explicarle las causas por qué el Papa había de mantenerse neutral por el momento. Pero el monarca francés no tenía en manera alguna intención de satisfacer á los deseos que había de manifestarle Pucci; el envío del nuevo Nuncio al Emperador le inquietaba, y así concibió el plan de impedir aquella legación.

Sin duda alguna hubieron de animar al rey de Francia á este proceder, las ventajas que Lautrec alcanzaba en Italia. A 10 de Enero de 1528 había finalmente aquel general salido de Bolonia y avanzado con su ejército hacia Nápoles por la vía de Romagnola. Entonces recobró Clemente VII la posesión de Imola, y más adelante también la de Rimini (3). El 10 de Febrero el ejército francés pasó el Tronto y penetró en el reino de Nápoles. En Roma, y generalmente en los círculos papales, se colocaba en este avance de los franceses la esperanza de librar definitivamente á la

(1) V. las credenciales del Papa, fechadas en Orvieto el 10 de Febrero de 1528, en Gayangos, III, 2, n. 337, 338 y la «carta de concesión de poderes para Antonio episc. Pistorien. prelado et nuntio nostro. Dat. Orvieto 1527 (st. fl.) V Id. Febr. A° 5°. Clem. VII. Secret. Regest. 1437, f. 30. *Archivo secreto pontificio*.

(2) La carta á Gambara, fechada en Orvieto el 9 de Febrero de 1528, junto con la respuesta á Longueville, se halla en Lett. d. princ. I, 111-114.

(3) Cuando Lautrec en 11 de Enero llegó á Imola, Giov. da Sassatello entregó al punto el castillo. Sanuto, XLVI, 478. Más difíciles se presentaban las cosas en Rimini (v. ibid 514, 617 s.; Guicciardini, XVIII, 5; Balan, Boschetti, II, apéndice 52-53 y la «relación de G. M. della Porta, fechada en Orvieto el 19 de Mayo de 1528, que se halla en el *Archivo público de Florencia*); hasta junio no recobró el Papa esta ciudad; v. Sanuto, XLVIII, 132 ss.; Yriarte, Rimini, 366; Adimari, Sito Riminese (Brescia 1616), II, 59; Balan, Clemente VII, 89.

Ciudad Eterna de la terrible plaga de los lansquenets (1). Lautrec publicaba por todas partes la afirmación de que, mediante la conquista de Nápoles, intentaba libertar los Estados de la Iglesia; y como quiera que su acción se dirigía únicamente en provecho del Papa, rogó de nuevo con instancia á Clemente VII que volviese á entrar en la Liga (2).

Los imperiales no habían temido al principio á Lautrec (3); pero ahora conocieron al cabo el peligro que les amenazaba; pues, si no resolvían al ejército á salir de Roma, el reino de Nápoles, desprovisto de tropas, caería, sin disparar un tiro, en manos de los enemigos (4). Filiberto de Orange, que desde Enero ejercía el mando superior, Bemelberg y el del Vasto, entraron en negociaciones con las amotinadas tropas; procuraron de todas maneras reunir dinero (5), obligando también á Clemente VII á contribuir con 40,000 ducados (6); y así pudieron, finalmente, á 17 de Febrero de 1528 determinar al ejército á salir de Roma (7), donde hasta el último momento habían proseguido en sus devastaciones y escandalosos excesos (8). El ejército, que pocos meses antes contaba

(1) Cf. Omont, *Suites du Sac de Rome*, 32 ss. y la relación, por cierto exagerada, que se halla en Fossati-Falletti, 44. Con cuanta alegría saludó el cardenal Ridolfi la presencia de Lautrec, ya por Octubre de 1527, se saca de su carta, que se halla en Mél. d'archéol. XVI, 417 s.

(2) Cf. las *cartas de los cardenales Numai y B. Accolti á Clemente VII, fechadas en Ancona á 28 y 29 de Enero de 1528. Lett. d. princ. V, f. 75 ss. *Archivo segreto pontificio*.

(3) Esto se saca de las cartas interceptadas de Lope Hurtado de Mendoza, que se hallan en Sanuto XLVI, 584.

(4) V. Sanuto XLVI, 648.

(5) Cf. Schulz, Sacco 166.

(6) Lautrec se quejaba por razón de estas pagas; v. Gulicciardini XVIII, 6. Pagáronse 20000 ducados en nombre del pueblo romano, y otros 20000 por la libertad de los cardenales Orsini y Cesi que estaban como rehenes en poder de los Colonna. Esta libertad, por la que trabajó ardentemente Clemente VII (*Min. brev. 1528, IV, vol. 21, n. 118 y 147; breves al cardenal Colonna de 13 y 20 de Febrero. *Archivo segreto pontificio*) la notifica G. M. della Porta en una *relación, fechada en Orvieto el 26 de Febrero de 1528. El cardenal Colonna ahora se trasladó á Nápoles. *Relación del mismo de 27 de Febrero de 1528, existente en el *Archivo público de Florencia*. Cesi y Orsini se fueron al punto á Orvieto; v. Sanuto, XLVII, 28.

(7) Cf. los datos que se hallan en el diario publicado por Omont, *Suites du Sac de Rome* 29; Gayangos III, 2, n. 262, 289, 302, y Balan, Boschetti II, apéndice 42, 44.

(8) Sanuto XLVI, 602, 613, 616, 645, 662. Cf. Orano I, 345 not. Los soldados italianos y una parte de los españoles ya se partieron el 14; v. Omont 37; Robert 170. La noticia no llegó á Orvieto hasta el 20; v. Sanuto XLVI, 662.

20,000 hombres, había quedado reducido á 1,500 jinetes, 2 ó 3,000 italianos, 4,000 españoles y 5,000 alemanes; hasta tal punto se había cebado la peste en las tropas. Todavía á 13 de Enero sucumbió al contagio el joven Melchor Frundsberg, cuya losa sepulcral en la iglesia nacional alemana de l' Anima recuerda aquella época terrible para Roma (1). «Las tropas, dice un narrador alemán (2), habían destruido é incendiado la Ciudad; dos tercios de las casas estaban arruinadas; todas las puertas y ventanas, en una palabra, toda la obra de madera hasta las vigas de los techos, se habían quemado; la mayor parte de los moradores, en particular todas las mujeres, habían huido» (3). En extensión de cincuenta millas, los alrededores parecían un desierto (4); y las columnas de fuego que se levantaban de Rocca Priora y Valmontone, señalaban el camino por donde los lansquenets se dirigían á Nápoles (5).

Ni aun entonces acabaron los sufrimientos de los miserables romanos: en la tarde del mismo día 17 de Febrero, en que se marcharon los imperiales, penetraron en la Ciudad el comendador de Farfa y un capitán de mercenarios de Arsoli con una tropa de salteadores, á la cual se juntaron muy pronto asimismo los romanos. Por las calles resonaban los clamores: «¡Iglesia, Francia, Ursus!» (Orsini), y de nuevo se saqueó donde había quedado por ventura algo que saquear, principalmente las casas de los judíos. Todos los rezagados del ejército imperial fueron muertos, y no se perdonó ni siquiera á los enfermos que se hallaban en los hospitales (6).

A la noticia de estos nuevos excesos envió Clemente á Juan Corrado, y luego una sección de tropas al mando del romano Jerónimo Mattei, para restablecer el orden (7); y al propio tiempo se esforzó el Papa con el mayor empeño por remediar la falta de

(1) Guicciardini XVIII, 6. Cf. Schmidlin, 277.

(2) Cornelius de Fine, en su *diario, que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Cf. también Guilderonicó 92; Alberini 360-361.

(4) Molini II, 21.

(5) Alberini, 360. Cf. Omont, *Suites du Sac de Rome* 40.

(6) V. las relaciones publicadas por Sanuto XLVI, 646, 649, 663. Cf. Alberini 361; Omont 38 ss., y Gayangos III, 2, n. 289.

(7) Cf. las *cartas de G. M. della Porta de 20 y 27 de Febrero de 1528 (*Intendente N. S. che in Roma si continuava più che mai di far ogni sorte disordine, S. B. ha spedite á quella via compagnie de fanti et de cavalli; capo Hieronymo Matteo Romano). *Archivo público de Florencia*. Cf. Omont, 43.

mantenimientos que afligía á Roma, y apartar de ella el azote de la peste. Cuán grandes obstáculos hallara el aprovisionamiento de la Ciudad Eterna, se saca de las cartas de Jacobo Salviati al cardenal Campegio, que había permanecido en Roma como Legado. Tanto por tierra como por mar se habían dificultado por extremo los acarreos; y aun en la misma Roma, no faltaban hombres sin conciencia que, acaparando los cereales, beneficiaban la miseria común para su particular provecho. Pero Clemente VII no anduvo remiso, estableciendo los más severos castigos contra los acaparadores de cereales, y confiando á Andrés Doria la vigilancia de las costas, para asegurar la libre navegación hacia Roma (1). A principio de Marzo llegó á Orvieto una embajada de los romanos, para invitar al Papa á que regresara á su residencia, donde acababan de ser consagrados de nuevo los profanados templos (2). Clemente respondió que nadie deseaba con mayor ansia que él verse en su Capital; pero que la carestía y confusión que allí dominaban, junto con la incertidumbre del éxito de la guerra de Nápoles, hacían de antemano imposible su traslación. Sobre esto le rogaron los embajadores romanos, que mandara, por lo menos, regresar á Roma los empleados de la Rota y de la Cancillería (3); y, después de largas vacilaciones, por consejo de Campegio, accedió á esto Clemente VII; pero entonces se negaron dichos empleados á obedecer la orden del Pontífice, alegando la carestía y hambre que dominaban en Roma (4); sin embargo, á fines de Abril, gran parte de los curiales tuvo que regresar á la Capital (5).

(1) Cf. las *cartas de Jacobo Salviati á Campegio, escritas desde Orvieto, del 1 hasta el 24 de Marzo de 1528, especialmente las cartas del 1, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 14, 15 y 24 de Marzo. Litt. divers. ad Clement. VII, vol. III. V. también la *carta de Campegio á Clemente VII, fechada en Roma á 21 de Marzo de 1528. Lett. d. princ. V, f. 148. *Archivio segreto pontificio*. Sobre Campegio, como legado de Roma, v. Ehes, *Dokumente xxviii s.*

(2) Cf. la *carta de T. Campegio, fechada en Orvieto, ult. febr. 1528 (*Archivio público de Bolonia*). Aquí también se habla de la procesión de rogativas, que se celebró entonces. Cf. además el *diario que se halla en el Cod. Barb. lat. 3552 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. las *cartas de Jacobo Salviati á Campegio, fechadas en Orvieto, el 5, 9 y 12 de Marzo de 1528, loc. cit. *Archivio segreto pontificio*. De la carestía de Roma da cuenta T. Campegio en una *carta, fechada en Orvieto el 5 de Marzo de 1528. *Archivio público de Bolonia*.

(4) Cf. la **relación de G. M. della Porta de 14 de Marzo de 1528, existente en el *Archivio público de Florencia*.

(5) *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

Las circunstancias de Roma continuaron siendo muy tristes (1), y el cardenal Campegio se hallaba en una situación por extremo difícil (2).

También la situación del Papa continuaba siendo muy angustiosa. Como Jacobo Salviati escribía al cardenal Campegio, Clemente VII se hallaba en tan intolerable aprieto, que se veía necesitado, como David, á comer los panes de la proposición (I. Reg. 21, 6) (3). A principio de Marzo se presentó en Orvieto Brandano, el profeta de desgracias del año 1527, anunciando para Roma é Italia otras todavía mayores tribulaciones; éstas durarían hasta el año de 1530, y luego el gran turco haría prisionero al Papa, al Emperador y al rey de Francia, y se convertiría al Cristianismo, de donde se seguiría la renovación de la Iglesia (4). Las censuras del Pontífice eran inválidas (continuaba enseñando el ermitaño), por cuanto Clemente, á causa de su ilegítimo nacimiento, no era Papa legítimo. Habiendo Brandano excitado á los moradores de la ciudad á rebelarse contra Clemente VII, éste le hizo encarcelar (5). El domingo de ramos, 5 de Abril, dirigió el Papa á los cardenales y prelados presentes, muy graves palabras sobre la necesidad de reformar la Curia, exhortándoles á enmendar su vida, y acentuando que el Sacco había sido castigo de sus pecados (6). El jueves santo se publicaron las acostumbradas censuras contra los perseguidores de la Iglesia (7).

Entretanto había obtenido Lautrec éxitos que superaban á todas las esperanzas, y las ciudades de los Abruzos le saludaban como libertador; pero luego sus operaciones quedaron paralizadas, porque Francisco I no le enviaba un sueldo para sus tropas; y, además, faltaba á aquel hombre valeroso la necesaria pronti-

(1) Particularmente la carestía era por extremo grande. *Calamitas intolerabilis ita quod multi pauperum fame interirent, escribe C. de Fine loc. cit. V. también la *carta de T. Campegio, fechada en Orvieto el 8 de Abril de 1528 existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Bontempl 327 le llama vicepapa.

(3) *Carta, fechada en Orvieto á 14 de Marzo de 1528, Litt. div. ad Clem. VII, vol. III. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Los datos del texto están tomados de la **relación de G. M. della Porta de 9 de Marzo de 1528, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

(5) Así lo refiere Tizío, impreso en *Novelle letterarie* 1746, y Pecci, Brandano, 44.

(6) Carta de A. Lippomano de 6 de Abril de 1528, v. Sanuto XLVII, 235.

(7) Sanuto XLVII, 269 s. La bula In coena fué al punto impresa en Roma; v. Omont, *Suites du Sac de Rome* 60.

tud en las resoluciones. A consecuencia de esto, tuvieron los imperiales tiempo para poner á Nápoles en estado de defensa, calculando acertadamente, que allí debería librarse la lucha decisiva. Lautrec no lo entendió así, y perdió su tiempo en la conquista de las ciudades de Apulia. Sólo á fines de Abril comenzó á bloquear á Nápoles por el lado de Oriente; pero todavía continuó la fortuna favoreciendo á los franceses. Entre los comandantes imperiales, principalmente entre Orange y el del Vasto, reinaba la discordia; los lansquenets se mostraban tan indóciles como antes, y andaban en pendencias con los españoles (1). A 28 de Abril, Filippino Doria aniquiló la flota imperial frente á Capo d'Orso, entre Amalfi y Salerno; Moncada y Fieramosca hallaron la muerte en el combate; y el del Vasto y Ascanio Colonna quedaron prisioneros (2). La caída de Nápoles, donde se hacía ya sentir gran falta de mantenimientos, parecía, pues, no ser ahora sino cuestión de tiempo. Los enemigos del Emperador abrigaban ya los más atrevidos planes, llegando Wolsey á solicitar del Papa, por medio del embajador inglés, nada menos que la deposición de Carlos V (3).

Clemente VII aguardaba, con ansiosa expectación, el éxito de aquella gran lucha, de la que tanto dependía su suerte (4). La guerra de Nápoles atemorizaba de nuevo á los infelices romanos, los cuales temían un segundo saqueo; pues los lansquenets amenazaban que volverían y pegarían fuego á toda la Ciu-

(1) V. las relaciones publicadas por Sanuto XLVII, 241, 279, 350, 360.

(2) Sobre la batalla naval de Capo d' Orso, v. la relación puntualizada de P. Giovio (Lett. volg. di P. Giovio, Venetia 1560, f. 4-8; ahora se halla más correcta en Sanuto XLVII, 381 s., 387 s., 389, 391, 411 s., 415, 467 s., y Balan, Boschetti II, apéndice 56 s.; *Vita di D. Alfonso d' Avalos, marchese del Vasto, existente en el Cod. 34, E, 23, f. 156 s. de la *Biblioteca Corsini de Roma*; Jovius, Hist. XXV, 45 s., Guicciardini XIX, 5. V. también Balan, Clemente VII, 93; de Blasis, Maramaldo II, 351; Arch. Napol. XII, 41 s.; Gavotti, La tattica nelle gr. battaglie navali I, Roma 1893, 180 s.; Orano I, 356, not.; Atti d. Soc. Lig. X, (1876) 659; Giorn. stor. d. Liguria 1900, 457 s.; Robert 189 s. F. Doria se excusó, en 17 de Julio de 1528, con Clemente VII, de que no le hubiese dado parte de su victoria naval. *Lett. d. princ. V, f. 200. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. las relaciones publicadas por Strype, Eccles. Memorials V, 427, que no llevan fecha, y que, según Ranke, Deutsche Gesch., III, 26, proceden del 28 de Abril de 1528.

(4) Cf. las *cartas de Jacobo Salviati al cardenal Campegio, fechadas en Orvieto, el 9, 11, 15 y 16 de Marzo de 1528. Litt. divers. ad Clement. VII, vol III. *Archivio segreto pontificio*.

dad (1). Clemente envió al cardenal Cesi para auxiliar á Campegio, y más adelante asimismo tropas (2).

Todavía aumentaban los cuidados del Papa las impetuosas exigencias del embajador inglés para que disolviera el matrimonio de su Rey, y los no menos vehementes requerimientos de los de la Liga, especialmente de Lautrec, para que declarara la guerra al Emperador (3). Á todo esto se agregaba además la carestía y el hambre que reinaban en Orvieto, á cuyo remedio se negaban los sieneses, exasperados contra los Médici (4); y como no podía intentarse la vuelta á la Ciudad Eterna, que solicitaban los romanos, á causa de la general inseguridad (5), se deliberó acerca de trasladar la residencia pontificia á Perugia, Civitá Castellana ó Viterbo (6). Resolvióse al fin la duda en favor de esta última población, cuya ciudadela había venido, á fines de Abril, á poder del Papa (7).

El 1.º de Junio llegó Clemente VII á Viterbo (8), donde le recibió el piadoso y anciano cardenal Egidio Canisio. El Papa se instaló primero en la antigua ciudadela, y luego en el palacio del cardenal Farnese. También allí faltaban al principio las necesarias alhajas de casa (9), y á esto se agregaba reinar asimismo en Viterbo una gran carestía (10). Pero, á pesar de todo, la vuelta á Roma parecía imposible mientras el Papa no fuera dueño de Ostia y Civitavecchia. En lugar de Campegio, que debía diri-

(1) Sobre los planes de defensa de los Romanos, v. la relación de Casale, publicada por Molini, II, 20 ss.

(2) Sanuto, XLVII, 235, 336.

(3) Cf. las respuestas negativas de Clemente VII á Lautrec en los *breves, fechados en Orvieto el 31 de Marzo, 7 de Abril y 15 de Mayo de 1528. Min. brev. 1528, vol. 21, n. 288, 310, 418. *Archivio segreto pontificio*.

(4) Fossati-Falletti, 35. Balan, Clemente VII, 94 s.

(5) Sanuto, XLVII, 359. Cf. Balan, Boschetti, II, apéndice 56.

(6) Además de Sanuto, XLVII, 235, 260, 280, 351, 529, 537, cf. la *carta de G. M. della Porta, fechada en Orvieto el 19 de Mayo de 1528, que se halla en el *Archivio público de Florencia*.

(7) Sanuto, XLVII, 242. Balan, Clemente VII, 94. *Carta de G. M. della Porta, fechada en Orvieto el 25 de Mayo de 1528 (El papa è resolutto esser nanti pasqua in Viterbo), existente en el *Archivio público de Florencia*.

(8) Cf. Blasius de Martinellis en Gregorovius, VIII, 584 y Storia del duomo d' Orvieto, 77. V. también el *despacho de Fr. Gonzaga, fechado en Viterbo el 2 de Junio de 1528, existente en el *Archivio Gonzaga de Mantua*. Bussi, 306, por error no hace llegar el Papa á Viterbo hasta el 11 de Junio.

(9) Cf. la *relación de G. M. della Porta, fechada en Viterbo á 7 de Julio de 1528, existente en el *Archivio público de Florencia*.

(10) Sanuto, XLVII, 128. Fossati-Falletti, 35.

girse á Inglaterra, se confirió, el 8 de Junio, al cardenal Farnese la legación de la Ciudad Eterna; 300 hombres deberían guarnecer el castillo de Sant'Ángelo (1); envióse al Emperador á Alfonso di Sangro, obispo de Lecce, para obtener la libertad de los tres cardenales que se hallaban en Nápoles, en calidad de rehenes (2).

El 4 de Junio llegaron á Viterbo Gaspar Contarini, como embajador de Venecia, y Juan Antonio Muscettola, como enviado del príncipe de Orange. El segundo llevaba el encargo de mover al Papa á regresar á Roma; Clemente dudó si convenía ponerse de este modo en manos de los españoles, y propuso el negocio á los cardenales; pero éstos estuvieron unánimes en opinar, que el regreso á Roma, aunque muy deseable, era imposible mientras Ostia y Civitavecchia se hallaran en poder de los españoles (3). Precisamente entonces se ofrecía la esperanza de recobrar estas plazas: una escuadra francesa se presentó delante de Corneto, y Renzo da Ceri intentó, aunque inútilmente, la conquista de Civitavecchia, en cuya empresa el Papa, olvidado de su neutralidad, le auxilió con material de guerra (4).

Entretanto había Contarini empleado todos los medios para obtener que el Papa renunciara á Ravenna y Cervia; pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos: Clemente VII perseveró, con la mayor firmeza, en que el honor y el deber le obligaban á exigir la devolución de las mencionadas ciudades (5). No contribuyó poco á hacer difícil la situación de Contarini, el haber su Gobierno apoyado los conatos hostiles al Papa de Alfonso de Ferrara (6), y haber irritado al Sumo Pontífice imponiendo graves é injustos tributos al clero, é invadiendo la jurisdicción eclesiástica. Á 16 de Junio se quejó Clemente VII á Contarini de estos

(1) *Breve á Farnese de 8 de Junio de 1528. Min. brev. 1528, vol. 22, n. 471. *Archivo secreto pontificio*. Cf. Acta consist., publicadas por Ebses, Dokumenten, 205. Sanuto, XLVIII, 127.

(2) Clemente VII al emperador, 13 de Junio de 1528. Gayangos, III, 2, n. 452. Hinojosa, 62.

(3) Relación de Contarini de 3 de Julio de 1528, publicada por Dittrich, *Regesten*, 32. Cf. Sanuto, XLVIII, 187, 231. Entró también en consideración el hambre que reinaba en Roma. Cf. la *carta de Tommaso Campeggio á Bolonia, fechada en Viterbo á 30 de Julio de 1528, que se halla en el *Archivo público de Bolonia*.

(4) Sanuto, XLVIII, 276, 320, 323.

(5) Dittrich, Contarini, 128 ss.

(6) Cf. Balan, Clemente VII, 93, y Boschetti, II, 49 ss.

abusos, con los cuales se quebrantaba el convenio ajustado con Julio II: el Papa había otorgado al cardenal Pisani el obispado de Treviso, pero la República no le había permitido tomar posesión de él; había concedido beneficios, pero en Venecia no hacían de ello ningún caso; casi parecía como si los venecianos tuvieran prurito de mostrar, cuán pocos miramientos tenían hacia él. «Tratáis conmigo con excesiva franqueza, continuó Clemente VII; os apoderáis de mis propiedades, repartís los beneficios, imponéis tributos.» La irritación del Papa era tan grande, que pocos días después, en una nueva entrevista con Contarini, dijo para sí en voz baja, pero suficiente para que lo entendiera con claridad el embajador: que, en rigor, los venecianos estaban excomulgados (1).

Desvaneciósese toda duda acerca de la firme resolución de Clemente VII, de exigir se le restituyeran las ciudades arrebatadas, cuando Contarini confirmó este negocio con Sanga, Salviati y otras personas de las más influyentes en la corte pontificia. El Maestro di Casa, Jerónimo da Schio, declaró al embajador veneciano, que había sugerido inútilmente al Papa aceptara una indemnización, acaso mediante una suma de dinero; mas Clemente lo había rehusado en seguida con la mayor firmeza, y sobre esto se había quejado, no sólo de Venecia, sino también de Francia (2).

El disgusto de Clemente VII contra Francisco I, tenía muy graves motivos; pues el monarca protegía á Alfonso de Ferrara (3), y acabó por oponerse abiertamente al Papa. Atormentado por el temor de que el nuevo Nuncio Pucci, allanaría el camino á una inteligencia entre el Emperador y el Papa, Francisco I resolvió detener por la fuerza al Legado pontificio; pero su aliada Inglaterra no daba para ello su consentimiento. Enrique VIII, que necesitaba más que nunca del Papa en el asunto de su divorcio, hizo todo cuanto pudo para satisfacer los deseos de

(1) Cf. las cartas de Contarini, publicadas por de Leva, II, 503, nota 3, y Dittrich, Regesten, 33. El modo vehemente como se expresó Clemente VII acerca de Venecia, se halla también confirmado por una "relación de Salimbeni, fechada en Viterbo el 29 de Junio de 1528 (*Archivio pubblico de Sena*); según la cual (cf. Fossati-Falletti, 35), el Papa exclamó: *Costoro vogliono ch'io faccia l'Imperatore Signore d'Italia e io lo farò*. Respecto de las usurpaciones que hizo Venecia en la jurisdicción eclesiástica, cf. también Sanuto, XLVII, 200.

(2) Dittrich, Regesten, 32.

(3) Cf. Balan, Clemente VII, 94.

Clemente VII respecto de Venecia (1). Por el contrario, el Canciller francés declaró á Pucci, que Francisco I no podía consentir su viaje á España, porque sabía de cierto que en otro caso perdería el apoyo de Venecia, Ferrara y Florencia; y antes que abandonar á estos aliados tan necesarios, prefería Francia renunciar al auxilio del Papa y de Inglaterra (2). La arrogancia de los franceses se acrecentó con las nuevas de los buenos sucesos de Lautrec; de suerte que, á fines de Abril, el Canciller francés hizo saber al nuncio Pucci, que su Rey persistía en que el Papa se declarase inmediatamente. Salviati contestó, que su Señor no lo haría si no se le entregaban desde luego las ciudades de Ravenna y Cervia, y las de Módena y Reggio después de la guerra (3). Por efecto de este proceder resuelto del representante pontificio, se entendió, finalmente, en la Corte francesa, que era necesario hacer algo, por lo menos respecto de Ravenna y Cervia. Dirigiéronse, pues, á los venecianos serias reflexiones (4); pero, por otra parte, al mismo tiempo se ofendía gravemente al Papa, trabando más íntima unión con el duque de Ferrara, tan aborrecido de Clemente VII; Renata, hija de Luis XII, se destinó para esposa de Hércules, príncipe heredero de Ferrara (5).

Las reflexiones dirigidas por Francia al Gobierno veneciano (6), resultaron completamente infructuosas; y Contarini tuvo que seguir esforzándose, como hasta entonces, en justificar la rapiña; pero el Papa, por mucho que acostumbrara á vacilar en otros negocios, perseveraba inflexible en esta cuestión, y seguía declarando, le sería imposible juntarse con la Liga, mientras Venecia y Ferrara no le restituyeran lo que de derecho le perte-

(1) V. la *carta del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 1 de Marzo de 1528. *Nunziatura di Francia*, I. *Archivo secreto pontificio*. Cf. Ehses, *Dokumente*, 255 s.

(2) Cf. la carta del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 4 de Abril de 1528, publicada por Ehses, *Dokumente*, 257.

(3) *Carta del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 5 de Mayo de 1528. *Nunziatura di Francia*, I, f. 201 ss. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. la *carta del cardenal Salviati á Jacobo Salviati de 25 de Mayo de 1528. *Ibid.*, I, f. 223 ss. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Sanuto, XLVIII, 219, 260 ss.; Decrue, *Montmorency*, 128 s.; *Histor. Zeitschrift*, XXV, 132 s.; Fontana, *Renata*, I, 45 s., 50 ss.; cf. *Lett. d. princ.*, III, 22.

(6) Cf. sobre esto la *relación del embajador francés en Venecia, J. de Langeac á Clemente VII, fechada en Venecia el 25 de Junio de 1528. **Lett. d. princ.* V, f. 186. *Archivo secreto pontificio*.

necla. Contarini creyó observar que Clemente VII se iba aproximando á Carlos V, por más que temiera la grandeza del Emperador y tuviera en él poca confianza (1).

Mas, en realidad, no dió el Papa ningún paso en este sentido, hasta que se hubo decidido la suerte de las armas, en el teatro de la guerra de Nápoles. La victoria de 28 de Abril había aniquilado la flota imperial; desde 10 de Junio galeras venecianas bloqueaban completamente la ciudad de Nápoles por la parte del mar; y en aquella gran ciudad comenzó á sentirse la falta de las cosas más necesarias (2). Con los crecientes calores del verano se presentó un nuevo enemigo, con el cual tuvieron que luchar los sitiados, pero también los sitiadores; es á saber: el tifus y unas malignas fiebres intermitentes, que se propagaban más cada día (3). En Julio, cuando el contagio hubo alcanzado su mayor intensidad, sobrevino un accidente que acarreó las más trascendentales consecuencias: el rompimiento entre Francisco I y su Almirante Andrés Doria. Carlos V concedió á Doria todas sus pretensiones, y la flota genovesa levantó el bloqueo (4), con lo cual Nápoles, cuya conquista, ya á fines de Julio, se había considerado en la Corte de Francia como enteramente cierta (5), quedó libre por la parte del mar; y luego (6) perdieron los franceses también á Génova, tan importante por su posición.

(1) Dittrich, Contarini, 136-137. Sobre la conducta del Papa respecto la aceptación de la chinea (en español hacanea), v. la relación de Contarini, publicada por Sanuto, XLVIII, 402; cf. también 382; Fossati-Falletti, 39-41 y Lett. d. princ., III, 29^a ss., 32.

(2) Sanuto, XLVIII, 161, 174.

(3) V. Sanuto, XLVIII, 282, 301, 302, 365. Cf. la relación de Morone, publicada por Dandolo, Ricordi, 270; Alberini, 363; Santoro, 95 s. y el *diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*. Sobre el género de la peste, v. Haeser, III, 358.

(4) V. Sismondi XV, 389 s.; de Leva II, 475-481; Decrue 112 ss.; Fontana, Renata I, 61 s.; Petit 75 s.; Robert 214 s. Ranke, *Deutsche Gesch.* III, 19, not. 2, habla todavía de las noticias de una «manuscrita biografía de Guasto, que se halla en la biblioteca Chigi», sin indicar una signatura más circunstanciada. Sin duda hay aquí un error, pues los pasajes mencionados por Ranke, se hallan en la *Vita di Don Alfonso d'Avalos, Marchese del Vasto, existente en el Cod. 34, E, 23 de la *Biblioteca Corsini de Roma*.

(5) *Costoro sono in certissima speranza che Napoli a questa hora sia del Christianissimo, et Mudama ha usato di dir haverne tal sicurtà che non ne dubita punto et già ragionono chi debba esser vicere. El cardenal Salviati á Jacobo Salviati, en 26 de Julio de 1528. Nunziatura di Francia I, f. 255. *Archivio segreto pontificio*.

(6) En 12 de Septiembre de 1528, de Leva II, 486 s. Balan, Clemente VII, 108 ss.

Lautrec había hecho los mayores esfuerzos para obligar á Nápoles á rendirse, y á 5 de Julio se creía ya en el campamento francés, que la ciudad no podría sostenerse por más tiempo (1); pero los imperiales perseveraban y se defendían con tanta habilidad, que Filiberto de Chalon, príncipe de Orange, que después de la muerte de Moncada había ocupado su puesto, pudo anunciar á su Señor: «Los franceses estaban más sitiados en sus trincheras, que nosotros en la ciudad» (2). Pero el mejor aliado de los imperiales era la peste que se propagaba cada vez más violenta en el pantanoso campamento de los franceses. «Dios, dice un alemán, envió sobre los escuadrones franceses una tal pestilencia, que en el espacio de treinta días, murieron los más de ellos, y de 25,000 que eran no quedaron más que 4,000» (3). Vaudemont, Pedro Navarro, Camilo Trivulzio y el mismo Lautrec enfermaron. Lautrec murió en la noche después de la fiesta de la Asunción de la Virgen (4); y como también Vaudemont fué arrebatado por la peste, se encargó del mando superior el marqués de Saluzzo, el cual conoció muy pronto que se había hecho indispensable levantar el cerco. En la lluviosa noche del 29 de Agosto emprendió la retirada; pero la caballería de los imperiales salió inmediatamente en su persecución, y el de Orange siguió con su infantería. Los enfermos soldados franceses no se hallaban en disposición de resistir este ataque, y así hubieron de entregarse á merced. Quitáronles el botín y las armas, y dejáronles á Dios y á los labriegos, los cuales los mataron casi todos (5). Los miserables y dispersos restos del gran ejército francés vagaban mendigando;

(1) Relación florentina, publicada por Sanuto XLVIII, 223.

(2) Reumont, *Vittoria Colonna* 92.

(3) V. Ranke, *Deutsche Gesch.* III^a, 20. Según Morone (publicado por Dandolo, *Ricordi* 269), murió más de la mitad del ejército. Cornelius de Fine indica haber sido el número de los muertos cerca de 14000. * Diario que se halla en la *Biblioteca nacional de París*.

(4) Sanuto XLVIII, 403, 409. El cadáver de Lautrec (v. su retrato en Yriarte, *Rimini* 355) fué sepultado en el campamento (v. de Biasis, *Maramaldo* II, 369), más tarde fué llevado á Nápoles por un español, y depositado en la iglesia de S. Clara; v. Santoro, 115. Fernando de Córdoba, duque de Sessa, *humanarum miserationum memor*, hizo levantar más tarde un monumento al general francés en S. Maria la Nuova. En Roma, el senado hizo celebrar unos funerales por Lautrec, y aún por mucho tiempo se dijeron allí misas por el alma del hombre, en quien se vió al «liberatore di questa alma città». Torrigio, *Grotte* 263. Orano I, 399, not. Robert 222.

(5) Reissner 162*. Cf. Schertlin's *Lebensbeschreibung* 25-26; Sanuto XLVIII, 484; Sepulveda I. VIII, c. 43; Balan, *Clemente VII*, 104.

algunos grupos llegaron hasta Roma, donde se les socorrió compasivamente (1), considerando que habían sido ellos quienes obligaron a marcharse a los lansquenets. Un alemán que vivía en la Ciudad Eterna refiere, de qué manera socorrió con alimentos y vestidos a los medio desnudos y enfermos, y cómo se encontraban por todas partes, en las calles y en los alrededores, cadáveres de aquellos desgraciados (2).

«¡Victoria, victoria, victoria!», escribía Morone a 29 de Agosto de 1528 al embajador imperial cerca del Papa: los franceses han sido aniquilados, y el resto de su ejército huye hacia Aversa» (3). El cardenal Colonna y el de Orange anunciaron a Clemente VII el éxito de la lucha acerca de Nápoles, y enviaron además al mismo tiempo otros particulares mensajeros. El de Orange añadía: que siempre se había esforzado por pintar la situación de la manera más veraz posible, y siempre había previsto el resultado ahora obtenido; y rogaba al Papa que permaneciera lo más unido con el Emperador que posible fuera (4).

En realidad ya no podía ser dudoso el triunfo completo de Carlos V; pues, aun cuando se continuaba peleando en la Apulia y Lombardía, atendida la debilidad de los franceses y la frialdad de los venecianos, podía preverse fácilmente el desenlace.

Clemente VII dió gracias á Dios de no haberse dejado atraer por los halagos de los de la Liga: «Si hubiera procedido de otra suerte, escribía Sanga, ¿en qué abismo de males nos hallaríamos ahora!» (5) A pesar de las exhortaciones en contra de Contarini, en los primeros días de Septiembre resolvieron Clemente VII y Sanga, procurar con empeño aproximarse al victorioso Emperador. «El Papa, juzgaba Contarini á 8 de Septiembre de 1528, se acomoda á las circunstancias del tiempo» (6). En realidad, tanto su propia situación como la de Italia no le dejaba otro camino que elegir (7). El príncipe de Orange expresó al Papa su adhesión

(1) Alberini, 363 s.

(2) *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(3) Molini II, 81 y Sanuto XLVIII, 458 ss.; cf. Riv. stor. XII, 419.

(4) Las dos *cartas, la de Colonna, fechada en Gnetta, á 30 de Agosto de 1528, y la de Orange, fechada en Nápoles á 31 de Agosto, las hallé en las *Lett. d. princ. V, f. 232 y 233. *Archivo segreto pontificio*.

(5) Carta á Campegio (sin fecha), que se halla en Lett. d. princ. III, 41^a.

(6) Dittrich, Regesten 34; cf. Lett. d. princ. III, 40^a.

(7) Juicio de Reumont, Toscana I, 23. Cf. Fossati-Falletti, 40.

por medio de cartas y mensajeros; y en un escrito de 18 de Septiembre le aseguraba, que podía Clemente VII confiar en el ejército imperial como si fuera suyo propio, y regresar á Roma sin cuidado ninguno; «todos nosotros, en caso necesario, sufriremos hasta la muerte para amparar á Vuestra Santidad» (1) También Carlos V procuró complacer al Papa en varios asuntos, y aun le hizo prometer, por medio del príncipe de Orange, la restitución del señorío de los Médici en Florencia (2). Por su parte anunciaba desde Venecia el embajador francés, que todos sus esfuerzos para decidir á la Señoría á la devolución de Ravenna y Cervia

(1) Cf. las importantes correspondencias, hasta ahora desconocidas, que se hallan en *Lett. d. princ. V, f. 248: *Carta de Orange á Clemente VII, fechada en Nápoles el 12 de Septiembre de 1528: Anuncio del envío del conde Guido Rangoni; f. 254: *Carta del cardenal Colonna á Clemente VII, fechada en Nápoles el 13 de Septiembre de 1528: Dice el cardenal, que después de la victoria alcanzada, se ha trasladado á Nápoles á ruegos de Orange, et trovando que per anchora non era expedito alla S. V., si come il debito ricercava ho procurato che si mandí il sig. conte Guido Rangone; f. 255: *Carta de Ascanio Colonna á Clemente VII, fechada en Nápoles el 17 de Septiembre de 1528: Seguridad de afecto y rendimiento; se alegra Colonna de poder trabajar por la vuelta del Papa y de la corte pontificia á Roma; f. 256: *Carta de Orange á Clemente VII, fechada en Torre del Greco á 18 de Septiembre de 1528: En los últimos días vino á él el Abate di Negro, enviado por Andrea Doria, con una relación, conforme con la que ha hecho personalmente el nuncio Girol. Rorario. Añade Orange, que como Negro se vuelve ahora para el Papa, no quiere escribir una larga carta. Credencial para Negro. Non perho tacerò che V. S. po interimente fidarsi de li exerciti o ministri de la Ces. M^a non altramente che de li soi proprii et io o con lo exercito o con mia persona sempre la servirò et farò soi mandati non altramente che si fosse la M^a Ces. Et cerco al venir de V. S. in Roma la supplico che venghi senza suspecto alcuno et stia in sua sede come li conviene che noi bisognando moririamo tutti per mantenercela et N. S. Dio la rev^{ma} sua persona et soi stati guardi et augmenti come per epsa se desidera; f. 261: *Carta del cardenal Colonna á Clemente VII, fechada en Nápoles á 18 de Septiembre de 1528: Gracias por los dos breves; seguridad de rendimiento; f. 263: *Carta de Orange á Clemente VII, fechada en Torre del Greco á 29 de Septiembre de 1528: Ha tenido noticia del gran disgusto del Papa por haber marchado Sciarra Colonna á la conquista de Paliano, y contra otras posesiones que el Papa ha secuestrado. Dice que también á él le ha disgustado esto mucho, porque él en todas las cosas quiere complacer al Papa; y que por esto ha dirigido tanto á Ascanio como á Sciarra Colonna, la apremiante instancia de que respeten en todo el secuestro del Papa, hasta que se pronuncie la sentencia arbitral. Añade que tiene la esperanza de que así se arreglará este negocio; pero que, como quiera que sea, él se encargará tan decididamente del asunto, que el Papa no necesite en modo alguno cuidarse de él. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Relación de Sena de 22 de Septiembre de 1528, publicada por Fossati-Falletti, 41, not. 2. Cf. Sanuto XLVIII, 485, 490 ss.

habían sino inútiles; la codicia y rapacidad de los venecianos eran tan grandes que, muy lejos de restituir al Papa lo suyo, todavía tenían ganas de devorar más (1).

En Septiembre decidió Clemente VII regresar á la Ciudad Eterna, como tan ardientemente lo deseaba el Emperador; por más que Civitavecchia y Ostia se hallaban todavía en poder de los españoles. Todas las contrarias reflexiones de Contarini fueron inútiles; el príncipe de Orange se había comprometido con juramento á proteger al Papa, con tal que, dirigiéndose á Roma, librara al Emperador, que era, sin embargo, y quería seguir siendo, fiel hijo de la Iglesia, de la afrenta que sobre él caería si Clemente se negara por desconfianza á volver á su Capital (2).

Ya á 17 de Septiembre de 1528 había enviado el Papa á Roma á los cardenales Valle y Sanseverino (3); pero su propio regreso se difirió todavía algunas semanas á causa de una violenta colisión entre los Colonna y los Orsini, que asoló completamente los alrededores de Roma (4).

Francia procuró todavía á última hora estorbar la incipiente aproximación del Papa y el Emperador; á 1.º de Octubre se presentó á Clemente VII un enviado de Carpi, prometiéndole la inmediata devolución de Ravenna y Cervia si se declaraba de nuevo en favor de la Liga. También se restituirían Módena y Reggio en el mismo instante en que se mostrara favorable á los deseos de Francia; pero el Papa rehusó estas proposiciones (5). A 5 de Octubre salió de Viterbo con toda su Corte y una escolta de cerca mil soldados; y á la tarde del siguiente día, con una lluvia torrencial llegó á Roma. En atención á las lamentables circunstancias del tiempo, había Clemente VII prohibido todo recibimiento; dirigióse en primer lugar á San Pedro, para dar gracias á Dios, y luego al Vaticano (6).

(1) *Carta de J. de Langeac á Clemente VII, fechada en Venecia á 29 de Agosto de 1528. *Lett. d. princ. V, f. 231 del *Archivo segreto pontificio*.

(2) Dittrich, Contarini, 139. *T. Campegio notifica á Bolonia, en 2 de Octubre de 1528, que la partida á Roma es cierta, pero que todavía no se ha fijado el día. *Archivo público de Bolonia*.

(3) Sanuto XLVIII, 542; XLIX, 18; cf. 19 y 21 sobre la probable partida del Papa.

(4) Alberini 366 ss.; cf. Balan, Clemente VII, 97, f. 113.

(5) Gayangos III, 2, n. 589.

(6) V. Sanuto XLIX, 49; la relación de Contarini que se halla en Dittrich, Regesten 36; Gayangos III, 2, n. 576; la **carta de F. Gonzaga de 7 de Octubre

La Ciudad ofrecía una imagen verdaderamente luctuosa de duelo y miseria. Cuatro quintas partes de sus casas hallábanse, según la estimación del embajador mantuano, deshabitadas; las ruinas que por todas partes se descubrían, formaban un conmovedor espectáculo, para cualquiera que hubiera visto la antigua Roma. Sus propios habitantes decían, que estaban arruinados para dos generaciones (1). El narrador mencionado hace resaltar, que de todos sus muchos conocidos, así extranjeros como nacionales, no halló casi ninguno en vida. «Estoy del todo atónito, añade, á la vista de tantas ruinas y de esta desolación» (2). Todas las iglesias se hallaban en un estado espantoso: los altares despojados de todo ornato, las más de las imágenes destrozadas; sólo en las iglesias nacionales de los españoles y alemanes se había celebrado el Santo Sacrificio durante el tiempo de la ocupación (3).

Una carta encíclica del Papa, de 14 de Octubre de 1528 requería á todos los cardenales á que de nuevo se dirigiesen á Roma (4). Al Emperador escribía el mismo Clemente VII á 20 de Octubre, que confiando en las seguridades del príncipe de Orange y de los demás representantes de Carlos V, había regresado á la Ciudad Eterna, «asiento propio del Papado», lo cual indudablemente será á Vuestra Majestad grato saber. «También Nosotros, continuaba, debemos alegrarnos, después de

de 1528 (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y el **Diarium* de Blusius de Martinellis, que se halla en el Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*.

(1) Así lo refiere F. Gonzaga en su **carta de 7 de Octubre de 1528, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; cf. Lancellotti, III, 410, 449 y Lett. d. princ. III, 46, 56*. Según los Ricordi di Bontempi, 238, contábanse 13600 casas destruidas por los imperiales, lo cual, según Gregorovius, VIII, 590 es exageración.

(2) V. en el apéndice n.º 120 la *carta de F. Gonzaga de 12 de Octubre de 1528 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). *Lo no saprei con qual formula di discorso narrare le miserie di Roma dopo il sacco e quali fossero le lacrime de' cittadini, quali i sospiri profondi che durarono nel petto de' mortali, poichè tutti universalmente si lagnavano, chi piangeva la madre, chi il fratello e chi il padre e chi gli altri suoi più prossimi consanguinei, léese en la *Relazione delle miserie dopo il sacco, que se halla en el Cod. R. 6, 17 de la *Biblioteca Angelica de Roma*.

(3) V. la *Relazione citada en la nota 2.—*Erant enim Romae omnes ecclesiae derelictae atque omnia sacra profanata, et in tota urbe non celebrabantur missae nisi in hospitali Teutonicorum et Hispanorum. *Diario de Cornelius de Fine, existente en la *Biblioteca nacional de París*.

(4) *Min. brev. 1528, II, vol. 19, n. 898. *Archivo secreto pontificio*.

semejante naufragio, de haber llegado á la playa, aunque desnudos de todo; pero nuestro dolor por la ruina de Italia, visible á los ojos de todos, y principalmente por la miseria de esta Ciudad, y por nuestra propia desdicha, se ha aumentado infinitamente con la vista de Roma. Solamente nos sostiene la esperanza de poder cicatrizar las numerosas heridas hechas á Italia y á la Cristiandad, con los medios que por ti se nos ofrecen, y de volver gradualmente á la vida esta Ciudad, con la presencia nuestra y la de la Curia; pues, querido hijo, tenemos ante nuestros espantados ojos un cadáver miserable y destrozado, y nada puede moderar nuestro dolor, nada restablecer la desgraciada Ciudad y la Iglesia, sino la esperanza de la paz é imperturbable tranquilidad, que fundamos en la moderación de tus sentimientos» (1).

(1) Raynald, 1528, n. 15. Cf. Reumont, III, 2, 232, quien advierte que las palabras del Papa eran otros tantos reproches para aquel en quien recayó la culpa principal. La carta enviada á Castiglione con este breve se halla sin fecha en las Lett. d. princ. III, 56 ss.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Abbadino**, 115, 131, 153.
Abbatis, 21.
Acciaiuoli, Roberto (embajador florentino), 244, 248, 259, 267, 292, 298, 299, 354, 355.
Accolti, Benedetto (cardenal), 6, 16, 150, 311.
Accolti, Bernardo, 76.
Accolti, Pedro (cardenal), 12, 16, 90, 335, 379, 387.
Adriano VI (papa), 1-183, 187, 197, 198.
Adriano de Tortosa, v. **Adriano VI**.
Adriano de Utrecht (cardenal), v. **Adriano VI**.
Agrada, Carastosa da, 73.
Alarcón, 341, 370, 371, 372, 376.
Alba, Duque de, 364.
Albany, Duque de, v. **Stuart**.
Albergati, Vianesio (embajador boloñés), 14, 63, 66, 85, 94, 100, 106, 130, 142, 143, 151, 154, 157, 167, 169, 178, 179, 193, 196, 198, 199, 223, 270, 271.
Alberini, Marcelo, 321, 322.
Alberto de Brandenburgo (gran Maestre de la Orden Teutónica), 118.
Alberto de Maguncia, 105.
Aleander, Jerónimo (arzobispo de Brindis, nuncio), 214, 222, 223.
Alejandro VI (papa), 13, 67, 354.
Alfonso I (duque de Ferrara), 4, 129, 130, 199, 210, 218, 226, 229, 230, 237, 238, 255, 279, 280, 291, 292, 344, 362, 381, 385, 393, 394.
Altobello (nuncio), 136.
Alvarez de Toledo, Juan (dominico, hijo del duque de Alba), 35.
Andrea, Lorenzo, 119, 121.
Anguillara, Conde de, 297.
Anibal (embajador inglés), 162.
Antonino, San, 114, 115.
Antracino, Juan (médico), 177.
Arcella, Fabio, 348.
Aretino, Pedro, 10, 279.
Arezzo, Pablo d', 273, 297.
Ariosto, Ludovico, 341.
Armellini, Francisco (cardenal), 18, 84, 192, 271, 319, 370.
Astudillo, Antoniode, 37, 38, 42, 44.
Baglioni (familia), 129.
Baglioni, Horacio, 4, 293, 313.
Baglioni, Malatesta, 4.
Baglioni, Juan Pablo, 4, 344.
Balbi, Jerónimo (obispo de Gurk), 62, 92.
Baldasini, Melchor de, 48.
Bandini, Francisco, 268, 269.
Bandini, Marcos, 268.
Barba, Bernardino della, 208, 211.
Barbirio, Pedro, 117.
Barozzi, Juan, 324.
Bartolino, Onofre (arzobispo de Pisa), 341.
Bellay, Guillermo du (señor de Langey), 265, 300, 339.
Bembo, Pedro (humanista, cardenal), 180, 200.
Bemmelberg, Conrado von, 278, 349, 387.
Benedicto XII (papa), 47.
Benno (obispo de Meissen), 114, 115.
Bentivogli (embajador boloñés), 230.

semejante naufragio, de haber llegado á la playa, aunque desnudos de todo; pero nuestro dolor por la ruina de Italia, visible á los ojos de todos, y principalmente por la miseria de esta Ciudad, y por nuestra propia desdicha, se ha aumentado infinitamente con la vista de Roma. Solamente nos sostiene la esperanza de poder cicatrizar las numerosas heridas hechas á Italia y á la Cristiandad, con los medios que por ti se nos ofrecen, y de volver gradualmente á la vida esta Ciudad, con la presencia nuestra y la de la Curia; pues, querido hijo, tenemos ante nuestros espantados ojos un cadáver miserable y destrozado, y nada puede moderar nuestro dolor, nada restablecer la desgraciada Ciudad y la Iglesia, sino la esperanza de la paz é imperturbable tranquilidad, que fundamos en la moderación de tus sentimientos» (1).

(1) Raynald, 1528, n. 15. Cf. Reumont, III, 2, 232, quien advierte que las palabras del Papa eran otros tantos reproches para aquel en quien recayó la culpa principal. La carta enviada á Castiglione con este breve se halla sin fecha en las Lett. d. princ. III, 56 ss.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Abbadino**, 115, 131, 153.
Abbatis, 21.
Acciaiuoli, Roberto (embajador florentino), 244, 248, 259, 267, 292, 298, 299, 354, 355.
Accolti, Benedetto (cardenal), 6, 16, 150, 311.
Accolti, Bernardo, 76.
Accolti, Pedro (cardenal), 12, 16, 90, 335, 379, 387.
Adriano VI (papa), 1-183, 187, 197, 198.
Adriano de Tortosa, v. **Adriano VI**.
Adriano de Utrecht (cardenal), v. **Adriano VI**.
Agrada, Carastosa da, 73.
Alarcón, 341, 370, 371, 372, 376.
Alba, Duque de, 364.
Albany, Duque de, v. **Stuart**.
Albergati, Vianesio (embajador boloñés), 14, 63, 66, 85, 94, 100, 106, 130, 142, 143, 151, 154, 157, 167, 169, 178, 179, 193, 196, 198, 199, 223, 270, 271.
Alberini, Marcelo, 321, 322.
Alberto de Brandenburgo (gran Maestre de la Orden Teutónica), 118.
Alberto de Maguncia, 105.
Aleander, Jerónimo (arzobispo de Brindis, nuncio), 214, 222, 223.
Alejandro VI (papa), 13, 67, 354.
Alfonso I (duque de Ferrara), 4, 129, 130, 199, 210, 218, 226, 229, 230, 237, 238, 255, 279, 280, 291, 292, 344, 362, 381, 385, 393, 394.
Altobello (nuncio), 136.
Alvarez de Toledo, Juan (dominico, hijo del duque de Alba), 35.
Andrea, Lorenzo, 119, 121.
Anguillara, Conde de, 297.
Anibal (embajador inglés), 162.
Antonino, San, 114, 115.
Antracino, Juan (médico), 177.
Arcella, Fabio, 348.
Aretino, Pedro, 10, 279.
Arezzo, Pablo d', 273, 297.
Ariosto, Ludovico, 341.
Armellini, Francisco (cardenal), 18, 84, 192, 271, 319, 370.
Astudillo, Antoniode, 37, 38, 42, 44.
Baglioni (familia), 129.
Baglioni, Horacio, 4, 293, 313.
Baglioni, Malatesta, 4.
Baglioni, Juan Pablo, 4, 344.
Balbi, Jerónimo (obispo de Gurk), 62, 92.
Baldasini, Melchor de, 48.
Bandini, Francisco, 268, 269.
Bandini, Marcos, 268.
Barba, Bernardino della, 208, 211.
Barbirio, Pedro, 117.
Barozzi, Juan, 324.
Bartolino, Onofre (arzobispo de Pisa), 341.
Bellay, Guillermo du (señor de Langey), 265, 300, 339.
Bembo, Pedro (humanista, cardenal), 180, 200.
Bemmelberg, Conrado von, 278, 349, 387.
Benedicto XII (papa), 47.
Benno (obispo de Meissen), 114, 115.
Bentivogli (embajador boloñés), 230.

- Berni, Francisco (poeta), 67, 95, 270.
- Bertolotti, Bernardo, 127, 142.
- Berzosa, J., 15.
- Betchen de Colonia, Juan, 70.
- Bissy, Claudio de, 146.
- Bladus, 39.
- Bomisius, Jacobo (Hanisius), 70.
- Bonifacio VIII (papa), 158, 160, 163, 269.
- Bonnivet (almirante de Francia), 195, 209.
- Bontempi, 177.
- Borbón, Condestable de, 195, 260, 292, 300, 302, 303, 304, 305, 309, 310, 311, 313, 316, 321, 362.
- Borbón, Luis de (cardenal), 190, 357.
- Borell (procurador), 40.
- Boschetti, Roberto, 214, 344, 378.
- Bozzolo, Federico, 380.
- Bracci, Bernardo (banquero), 332.
- Brandano (Carosi, Bartolomé), 307, 338, 390.
- Brask, Juan, 120.
- Bronzino, Angiolo, 200.
- Bryan (embajador inglés), 392.
- Buffalini, 318.
- Burmman de Utrecht, Gaspar (jurista), 182.
- Calandra**, 209.
- Campegio, Jerónimo, 217.
- Campegio, Lorenzo (cardenal), 6, 22, 44, 55, 70, 71-73, 74, 77, 78, 91, 94, 152, 200, 270, 372, 376, 389, 390, 392, 400.
- Campegio, Tomás (obispo de Feltré), 66, 83, 154.
- Canisio, Egidio (general de los ermitaños de San Agustín, cardenal), 8, 15, 71, 76, 94, 90, 340, 355, 356, 392.
- Cano, M. 284.
- Canossa, Ludovico de (obispo de Bayeux, nuncio), 155, 157, 195, 204, 225, 231, 232, 233, 234, 235, 239, 242, 246, 260, 262, 282, 285, 291, 293, 298, 299, 301, 307, 312, 350, 353, 356, 367.
- Capino da Capo, 242, 244, 245, 248, 277.
- Capponi, Nicolao, 345.
- Caracciolo, Marino, 49, 206, 238.
- Caraffa, Juan Pedro (obispo de Chieti, nuncio), 35, 95.
- Caraffa, Vicente (arzobispo de Nápoles, cardenal), 4, 375.
- Carastosa, García (médico de Clemente VII), 177.
- Cardona, E. de (cardenal), 150, 375.
- Carlos V (emperador de Alemania y rey de España), 8, 11, 22, 27, 32, 33, 34, 35, 36, 38, 44, 45, 46, 49, 50, 64, 72, 102, 124, 125, 126, 127, 128, 132, 134, 135, 138, 141, 146, 147, 148, 151, 154, 155, 160, 165, 166, 170, 176, 187, 190, 196, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 214, 218, 219, 222, 226, 227, 228, 229, 231, 234, 236, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 247, 249, 250, 251, 252, 253, 256, 257, 267, 271, 273, 274, 283, 284, 285, 286, 287, 288, 289, 295, 309, 351, 352, 353, 354, 359-368, 371, 382, 391, 396, 398, 399, 400.
- Carosi, Bartolomé, v. Brandano.
- Carpi, Señor de, v. Pío.
- Carvajal, Bernardino López de (cardenal), 8, 13, 19, 20, 37, 54, 55, 150, 191.
- Casale, Gregorio, 234, 356, 383, 392.
- Casella, Mateo, 275, 293, 294, 297, 302, 333.
- Castelnau de Clermont, v. Clermont.
- Castiglione, Baltasar (embajador mantuano y pontificio), 5, 10, 11, 13, 14, 18, 53, 79, 84, 133, 173, 196, 198, 208, 209, 211, 214, 218, 227, 246, 252, 257, 284, 287, 288, 311, 355, 358, 359, 363, 365, 367, 386.
- Casulano, Juan, 131.
- Catalina de Aragón (esposa de Enrique VIII), 139, 352.
- Cati, L., 58, 61, 79, 87, 115, 137, 149, 165, 171.
- Cave, Juan, 325.
- Cayetano, v. Vío, Tomás de.
- Cellini, Benvenuto, 317, 319, 347.
- Ceri, Renzo da, 293, 294, 310, 312, 318, 319, 321, 393.
- Cesarini, Alejandro (cardenal), 6, 49.
- Cesi, Pablo Emilio (cardenal), 16, 150, 199, 257, 289, 387, 392.
- Chiericati, Francisco (nuncio), 90, 102, 103, 105, 106, 107, 109, 111, 113, 120, 270.
- Chièvres, v. Croy.
- Cibo, Inocencio (cardenal), 12, 18, 22, 76, 242, 291, 355, 356.
- Ciocchi, Antonio, v. Monte (cardenal).

- Clemente VII (papa), 61, 65, 154, 185-402.
- Clerk, Dr. J. (embajador inglés), 12, 145, 162, 226.
- Clermont, Francisco Castelnau de (cardenal), 134, 135, 146, 159, 190, 195, 359.
- Colonna, Ascanio, 268, 297, 391, 399.
- Colonna, Esteban, 269.
- Colonna, Pompeyo (cardenal), 6, 16, 18, 19, 21, 52, 138, 151, 188, 195, 223, 237, 252, 254, 268, 272, 276, 281, 299, 300, 333, 340, 341, 372, 378, 387, 398, 399.
- Colonna, Próspero, 3, 51, 136, 172.
- Colonna, Sciarra, 315, 399.
- Colonna, Vespasiano, 266, 268, 272, 297, 339.
- Colonna, Victoria, 199.
- Contarini, Gaspar (embajador veneciano), 27, 130, 200, 201, 203, 393, 394, 395, 398, 400.
- Cornaro, Francisco (obispo de Brescia, cardenal), 6, 22, 60, 164, 196, 198, 270.
- Corrado, Juan, 388.
- Cortese, Jacobo, 79, 86, 97, 136.
- Cristián II, rey de Dinamarca, 119.
- Croy, Adriano de (embajador imperial), 208.
- Croy, Guillermo de (señor de Chièvres), 33.
- Cupis, Juan Doménico (cardenal), 21, 355, 359.
- Daino (cronista), 333.
- Dávalos, Ferrante (marqués de Pescara), 51, 167, 200, 213, 216, 236, 237, 239, 256.
- Dedel, Juan, 34.
- Delfini, Pedro, 28, 78.
- Demetrio, 53, 54.
- Dinteville, Francisco de, 339.
- Doria, Andrés (almirante), 251, 261, 296, 344, 353, 389, 396, 399.
- Doria, Filippino, 391.
- Dovizi, Bernardo, v. Bibbiena.
- Du Prat, Antonio Bohier (canciller de Francisco I de Francia, cardenal), 265, 311, 357, 375.
- Eck, Juan, 63, 87, 88, 89, 112, 200.
- Enkevoirt, Guillermo von (datario pontificio, cardenal), 64-65, 67, 70, 74, 77, 78, 83, 92, 97, 98, 99, 167, 170, 171, 172, 174, 179, 330, 331.
- Enrique VIII (rey de Inglaterra), 38, 47, 125, 127, 138, 144, 145, 154, 160, 163, 165, 187, 218, 231, 234, 245, 352, 354, 356, 366, 373, 383, 394.
- Equicola, Mario (humanista), 208.
- Erasmus (humanista), 31, 66, 115, 116-117, 287.
- Este, Isabel de (marquesa de Mantua), 21, 79, 136, 332, 333.
- Farnese, Alejandro (cardenal), 6, 8, 9, 16, 17, 18, 19, 21, 189, 191, 193, 194, 274, 294, 350, 351, 392, 393.
- Federico I (rey de Dinamarca), 119.
- Federico II, 287.
- Federico de Sajonia, 105.
- Felice (agustino), 357.
- Felipe II (rey de España), 351.
- Felipe el Hermoso, 160.
- Fernando (rey de España), 33, 154.
- Fernando I (hermano de Carlos V, rey de Hungría y Bohemia), 102, 144, 148, 155, 165, 219, 238, 295, 342, 362.
- Ferrantino, Bartolomé, 344.
- Ferrarese, Segismundo, 336.
- Ferreri, Bonifacio (cardenal), 10, 21, 193, 196.
- Ferreri, Zacarías (humanista), 63.
- Fiera, Bautista, 63.
- Fieramosca, César, 284, 289, 295, 300, 302, 304, 391.
- Fieschi, Nicolás (cardenal), 6, 18, 143, 164, 190, 191, 195.
- Filiberto de Chalón (príncipe de Orange), 316, 335, 337, 338, 339, 341, 346, 349, 362, 387, 391, 397, 398, 399, 400.
- Filonardi, Ennio, 118, 233.
- Fine, Cornelio de (cronista holandés), 26, 29, 172, 193, 224, 242, 267, 269, 270, 275, 314, 316, 317, 322, 323, 325, 333, 336, 369, 373, 397, 401.
- Fiori, Pedro (obispo de Castellamare), 66.
- Flaminio, Juan Antonio, 63.
- Florens, Pedro (padre de Adriano VI), 29.
- Foix, Odet de, v. Lautrec.
- Formicini, Ursula, 314, 329.
- Foscari, Marco (embajador veneciano), 200, 202, 203, 206, 241.
- Fox, Dr. Eduardo, 383.
- Francisco María (duque de Urbino), v. Róvere.

- Franceschina, Madonna (hija del Gran Turco), 203.
- Francisco I (rey de Francia), 4, 11, 23, 28, 46, 47, 50, 72, 124, 126, 127, 128, 134, 135, 136, 138, 141, 142, 145, 146, 147, 148, 154, 155, 156, 158, 161, 162, 163, 164, 167, 194, 195, 197, 207, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 219, 223, 230, 242, 243, 244, 245, 247, 250, 256, 257, 261, 262, 265, 274, 276, 280, 296, 298, 299, 352, 353, 354, 356, 369, 382, 383, 386, 394, 395, 396.
- Frundsberg, Jorge de (capitán imperial), 277, 278, 279, 291, 292, 303, 315, 388.
- Fusconi, Franc. (médico del Papa), 177.
- Gabbioneta, Alejandro (agente mantuano), 60, 97, 162, 167, 193.
- Gaddi, Nicolás, 311.
- Gaetani, Camilo (señor de Sermone), 369.
- Gambara, Huberto de (protonotario, obispo de Tortona), 248, 345, 353, 357, 358, 359.
- Gambara, Hugo da, 383, 385.
- Gardiner, Dr. Esteban (secretario de Wolsey), 383.
- Gattinara, Juan Bartolomé, 212, 227, 315, 338, 339, 342, 343.
- Gattinara, Mercurino (canciller imperial, cardenal), 28, 134, 146, 243, 284, 288, 347, 357, 361, 373.
- Gavardo, A. 315, 369.
- Gazzella, Tomás (jurista), 35, 95.
- Genêt, Eleazar, 261.
- Germanello, Angel (embajador mantuano), 79, 86, 92, 93, 96, 118, 130, 135, 162, 163, 168, 172, 188, 209, 214.
- Gertrudis (madre de Adriano VI, papa), 30.
- Ghinucci, Jerónimo (auditor, obispo de Ascoli), 66, 92, 99, 150, 273.
- Ghisilieri, Bonaparte, 379.
- Giberti, Juan Mateo (datario pontificio, obispo de Verona), 198, 205, 208, 209, 215, 216, 217, 222, 223, 225, 226, 232, 233, 234, 235, 236, 240, 241, 242, 249, 251, 252, 258, 259, 262, 263, 270, 281, 282, 293, 295, 296, 301, 302, 309, 312, 319, 341, 345, 350, 374.
- Giovio (Jovio), Pablo (obispo, historiador), 7, 10, 16, 60, 62, 81, 95, 169, 179, 213, 270, 319, 322, 333, 335.
- Girolami, Jacobo, 351, 365, 366.
- Gonzaga, Abate de, 16, 17.
- Gonzaga, Hércules (cardenal), 311.
- Gonzaga, F. (agente mantuano), 401.
- Gonzaga, Federico (marqués de Mantua), 3, 169, 197, 381.
- Gonzaga, Ferrante (hermano de Federico), 322, 332.
- Gonzaga, Francisco (marqués de Mantua), 214, 215, 216, 223, 244, 252, 253, 264, 276, 278, 305, 311, 323.
- Gonzaga, Isabel (esposa de Francisco), v. Este, Isabel de.
- Gonzaga, Luis, 377.
- Gonzaga, Pirro (cardenal), 375, 380.
- Gonzaga, Segismundo (hermano de Francisco, cardenal), 8, 9, 21, 23, 188, 193, 198, 311.
- Gradénigo, Luis, 23, 58.
- Grassis, Aquiles de (cardenal), 6, 8, 18, 193, 194, 196.
- Grimaldi, Ansald, 348.
- Grimaldi, G. (cardenal), 375.
- Grimani, Marino (cardenal), 6, 8, 9, 12, 16, 42, 80, 164, 167, 168, 311.
- Grolhier, 333.
- Groot, Gerardo, 30.
- Grünwald, 326.
- Guicciardini, Francisco (estadista é historiador), 3, 177, 194, 197, 204, 206, 222, 240, 242, 246, 250, 258, 260, 263, 273, 279, 291, 304, 305, 310, 340, 343, 345, 355.
- Guicciardini, Luis, 321, 325.
- Guidiccioni, G., 340.
- Gumberto de Brandenburgo, 321.
- Gumpfenberg, 336, 371.
- Gustavo Wasa, v. Wasa (rey de Suecia).
- Hanisis, Jacobo, 70.
- Hasselius, 31.
- Heeze, Dietrich van (secretario pontificio), 31, 65, 66, 78, 101, 181.
- Hércules de Ferrara, 199.
- Herrera, Miguel de (embajador imperial), 239, 240, 241, 256.
- Hochstraten, Jacobo (dominico, inquisidor), 63.
- Hulst, Francisco van der, 123.

- Hurtado de Mendoza, Lope, v. Mendoza.
- Imperiale, Francisco, 148.
- Ingemaro (obispo de Vexjò), 120.
- Ingenwinkel, Juan, 65.
- Inocencio VIII (papa), 85.
- Ivrea (cardenal), 13.
- Jacobazzi, Domenico (obispo de Nocera, cardenal), 6, 21, 190, 195, 196, 199.
- Jiménez de Cisneros (cardenal), 33, 34, 35.
- Joaquín de Brandeburgo, 103, 111.
- Juan XXII (papa), 47.
- Juan (obispo de Meissen), 88.
- Jovius, v. Giovio.
- Julio II (papa), 13, 64, 166, 190, 205, 222, 251, 326, 348, 381, 394.
- Knight (secretario de Enrique VIII de Inglaterra), 376.
- La Chaulx, 45.
- La Motte (capitán imperial), 332, 337.
- Lancellotti, 336.
- Lanceolino, 308.
- Landriano (embajador milanés), 262, 280, 294.
- Lang, Melchor (nuncio), 210.
- Langeac, J. de (embajador francés), 396.
- Langes, Señor de, 276.
- Lannoy, Carlos de, 136, 137, 138, 161, 162, 165, 208, 214, 216, 225, 226, 227, 229, 230, 256, 257, 280, 281, 282, 283, 290, 291, 293, 294, 296, 297, 300, 301, 302, 304, 305, 306, 309, 339, 343, 353, 361, 364, 366, 368, 371.
- Lannoy, J. (literato), 181.
- Latomus, Jacobo (teólogo), 31.
- Lautrec, Odet de Foix, vizconde de (general francés y embajador), 11, 353, 363, 373, 374, 382, 383, 386, 387, 390, 391, 392, 395, 397.
- Leib, Kiliano, 181.
- León X (papa), 5, 13, 23, 25, 33, 34, 37, 41, 43, 48, 50, 61, 62, 73, 77, 78, 86, 91, 96, 97, 102, 118, 119, 129, 148, 159, 160, 166, 177, 178, 190, 198, 200, 201, 202, 203, 204.
- Leiva, Antonio de (general imperial), 51, 213, 231, 292, 344, 363.
- Lille d'Adam (gran maestre de los Sanjuanistas), 169.
- Loaysa, García de (confesor de Carlos V, cardenal), 201, 364.
- Lodrón, Conde de (cuñado de Frundsberg), 278.
- Lombardi, Alfonso (escultor), 200.
- Longeville, 383, 384.
- Lorena, Juan de (cardenal), 190, 352, 357.
- Luisa de Saboya (madre de Francisco I), 164, 231, 232, 383.
- Luis de Baviera, 287.
- Lutero, Martín, 35, 69, 89, 103, 104, 105, 106, 107, 113, 114, 115, 118, 161, 176, 181, 219, 220.
- Magni, Juan (obispo), 120, 121, 122.
- Malatesta, Segismundo (señor de Rimini), 4, 129, 130, 344.
- Maler, Pedro, 202.
- Manfredi, Juan Tomás, 78, 79, 83, 130.
- Mansi, Juan Domingo (historiador), 181.
- Mantovano, Francisco, 127.
- Manuel, Juan (embajador imperial), 6, 7, 8, 26, 41, 45, 47, 53, 65, 132, 133, 135, 136, 141.
- Maquiavelo, 180, 229, 246, 251.
- Maramaldo, Fabricio (capitán imperial), 331.
- Marcelo, Cistóbal (arzobispo de Corfú), 331.
- Maredini, Francisco, 22.
- Margarita de Austria, 33, 134.
- Martín V (papa), 336.
- Martín (embajador portugués), 348, 350.
- Martinellis, Blas de, 16, 83, 85, 172, 193, 196, 324.
- Massaini, Carlos, 246, 260.
- Massimi, Domenico, 311, 324.
- Mattei, Jerónimo, 388.
- Matteo, Giov., 208.
- Maximiliano I, 32.
- Médici, Alejandro de, 201, 345.
- Médici, Catalina de (sobrina de Clemente VII), 218.
- Médici, Clarisa de, 272, 293.
- Médici, Galeotto de (embajador florentino), 52, 66, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 87, 92, 130, 132, 137, 143, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 198, 209, 226, 227, 228, 237, 240, 254, 255, 365, 277, 279, 290, 296, 297, 338, 374.
- Médici, Guido de, 271.
- Médici, Hipólito de (cardenal), 345, 382.

- Médici, Juan de (capitán de las compañías negras), 250, 273, 278, 279.
- Médici, Julio de (cardenal), 3, 6, 7, 8, 9, 11, 14, 16, 17, 18, 20, 51, 76, 78, 84, 143, 149, 150, 155, 159, 161, 162, 165, 187.
- Médici, Lorenzo I de, 224.
- Médici, Lorenzo II de (duque de Urbino), 201.
- Médici, Lucrecia de, 5.
- Médici, Magdalena de, 5.
- Médici, Malatesta de, 374.
- Melauchton, 113.
- Mendoza, Lope Hurtado de, 27, 45, 49, 97, 136, 189, 209, 217, 237, 238.
- Merino, Esteban Gabriel (arzobispo de Bari, nuncio), 47, 76, 125.
- Miguel Angel, 336.
- Miguel Angel da Siena, 173.
- Molossus, Tranquilo, 174.
- Moncada, Hugo de, 252, 254, 257, 261, 264, 266, 271, 272, 273, 275, 283, 291, 351, 371, 373, 374, 391.
- Montanaro, Paolo, 372.
- Monte (cardenal), 6, 18, 98, 164, 191, 192, 372, 379.
- Monte, Juan María del (arzobispo de Manfredonia), 232, 341.
- Montelupo, Rafael, 319.
- Montmorency, Ana de, 281, 282, 384.
- Montorsoli (escultor), 200.
- Moring, Ricardo, 181.
- Morone, Jerónimo, 235, 236, 237, 239, 298, 372, 374.
- Moscatellus, 202.
- Muratori (historiador), 181.
- Muscettola, Juan Antonio, 370, 393.
- Naselli, 7.
- Navagero, 364, 365, 373.
- Navarro, Pedro, 396.
- Negri, Jerónimo, 60, 93, 270.
- Negri, Tomás (obispo de Scardona, nuncio), 127.
- Negri, Abad de, 399.
- Nicolao V (papa), 81, 336.
- Numai, Cristóbal (cardenal), 18, 193, 355, 387.
- Odet de Foix, v. Lautrec.
- Oem van Wyngarden, Florencio, 39.
- Orange. v. Filiberto (príncipe de).
- Orsini, Franciotto (cardenal), 21, 52, 164, 196, 387.
- Orsini, Juan Antonio, 310.
- Orsini, Napoleón (comendador de Farfa), 297, 300.
- Orsini, Virginio, 261.
- Ortiz, Blas, 37, 57, 66, 67, 98, 99.
- Orosio, Alvaro, 125.
- Pablo d' Arezzo, 297.
- Pace, Ricardo, 8.
- Pagnini, 63.
- Pallavicini, Juan Bautista (cardenal), 6, 199.
- Pallavicini, Sforza, 181.
- Palmerio, A. M. (cardenal), 375.
- Panvinio, Onofre (historiador), 181.
- Paolucci, Alfonso, 87.
- Pappacoda, L. (cardenal), 375.
- Passeri, Bernardino, 318.
- Passerini, Silvio (cardenal), 51, 344, 345, 355.
- Paulo II (papa), 41.
- Paulo III (papa), 65.
- Pazzi, Alejandro de, 207.
- Pedro de Roma, 78.
- Pedro Martyr, 33, 63.
- Peñaloza, 251.
- Pepoli, Hugo di, 383.
- Peregrino, 65.
- Perelli, S., 327.
- Pérez (secretario de la embajada española), 266, 283, 288, 289, 290, 332, 346, 369.
- Perusco, Mario de, 276.
- Peruzzi, Baltasar, 173.
- Pescara, Marqués de, v. F. Dávalos.
- Petri, Olao, 119, 121.
- Petrucchi, Alfonso (cardenal), 7.
- Petrucchi, Rafael (obispo de Grosseto, cardenal), 20, 51, 127.
- Piccolomini, Juan (cardenal), 6, 9, 51, 330.
- Pietro (camarero de Adriano VI), 154.
- Pighe, Alberto, 31.
- Pimentel, Bernardo, 49.
- Pimpinelli, Vicente (obispo de Rossano), 11.
- Pio, Alberto (conde de Carpi), 49, 163, 195, 204, 206, 209, 210, 217, 218, 222, 232, 234, 241, 258, 272, 281.
- Pio, Eneas, 59, 82, 100, 129.
- Pio II (papa), 173, 362.
- Pio III (papa), 173.
- Piombo, Sebastián del, 200.

- Piperario, Andrés, 145, 152, 196, 198, 216, 218.
- Pisani, Francisco (cardenal), 6, 196, 374, 376, 394.
- Pisani, Luis, 380.
- Planitz, Hans von der, 106, 111, 113.
- Ponzetti, Fernando (cardenal), 16, 331.
- Porta, Juan María della, 7, 8, 16, 17, 66, 67, 76, 77, 81, 82, 98, 101, 122, 127, 129, 139, 155, 156, 158, 162, 163, 164, 167, 168, 169, 170, 180, 378, 379, 387, 398, 392.
- Praet, 373.
- Próspero, Bartolomé, 83.
- Pucci, Antonio (obispo de Pistoia), 341, 386.
- Pucci, Lorenzo (cardenal), 6, 19, 90, 198, 319, 372, 379, 394, 395.
- Puglioni, Juan Antonio (barón de Burgo), 154, 275.
- Pulleo, v. Puglioni.
- Quarantino, Giov. Batt. 178, 191, 192, 193, 196, 197.
- Quiñones, Francisco (general de los Franciscanos, cardenal), 281, 282, 288, 295, 350, 359, 365, 367, 368, 372, 374, 375, 382.
- Rafael, 60, 61, 200, 203, 270, 336.
- Raince, Nicolás, 251, 263, 266, 271, 275, 280, 282, 293, 299.
- Rangoni, Guido, 3, 250, 312, 322, 383.
- Rangoni, Hércules (cardenal), 370.
- Raynald (historiador), 181, 402.
- Renata (hija de Luis XII), 395.
- Renato (conde de Vaudemont), 296.
- Reuchlin, Juan, 35.
- Riario, Tomás (arzobispo de Savona), 50.
- Ricasoli, Simón, 341.
- Ridolfi, Lorenzo, 341.
- Ridolfi, Nicolás (cardenal), 42, 51, 84, 270, 355, 387.
- Río, Baltasar del, 23.
- Robertet, F., 232, 235, 263.
- Roche, De la (embajador imperial), 211, 212.
- Rorario, Girolamo, 219, 399.
- Róvere, Francisco María della (duque de Urbino), 4, 20, 42, 129, 130, 131, 143, 149, 259, 260, 261, 263, 266, 277, 278, 291, 292, 299, 305, 310, 339, 380.
- Rovigo, Zacarías da, 73.
- Russel, Iohn, 296, 301.
- Sadoletto, Jacobo (humanista, cardenal), 62, 93, 198, 219, 270.
- Saffa, Esteban, 81, 83, 102.
- Saint-Marsault (embajador francés), 207, 209.
- Salazar, 342, 347.
- Salimbeni, 394.
- Saluzzo, Marqués de, 263, 277, 310, 396.
- Salviati, Jacobo (padre del cardenal Salviati), 272, 319, 341, 374, 380, 389, 390.
- Salviati, Juan (obispo de Fermo, cardenal), 42, 84, 215, 223, 228, 239, 241, 246, 261, 300, 351, 353, 355, 357, 358, 359, 365, 366, 383, 384, 385, 394, 395, 396.
- Salviati, Lucrecia, 5.
- Sánchez, Miguel Jerónimo, 348.
- Sandizell, Guillermo von, 326.
- Sanga, Juan Bautista, 262, 267, 314, 386, 394, 398.
- Sangallo, Antonio da (arquitecto), 290.
- Sangro, Alfonso di (obispo de Lecce), 393.
- Sannazaro, 180.
- Sanseverino, Antonio (cardenal), 375, 400.
- Sansovino (cardenal), 173.
- Santa Cruz, Rómulo de, 63.
- Sanuto, Marino (cronista veneciano), 200, 292, 313, 316, 324.
- Sanzio, Segismundo, 234, 235.
- Sarni, Conde de, 277.
- Sarpi, Pablo, 90.
- Sassatello, Juan de, 199, 344, 386.
- Sauermann, Jorge, 63, 332.
- Sauli, Bandinello (cardenal), 150.
- Savelli, Juan Bautista, 322.
- Savonarola, 225.
- Schertlin von Burtenbach, Sebastián, 278, 334, 341, 349.
- Schinner, Mateo (cardenal), 3, 6, 8, 13, 17, 70-71, 74, 76, 77, 83, 94, 125.
- Schio, Jerónimo da (obispo de Vaison), 372, 380, 394.
- Schönberg, Nicolás de, 206, 208, 209, 210, 211, 212, 225, 226, 232, 240, 241, 246, 281, 282, 293, 295, 319, 340, 361, 376.
- Schwarzenberg, Juan de, 113.
- Schwegler, Gaspar, 347.
- Scorel, Juan, 60, 61.

- Serapica, Juan Lázaro, 5.
 Serenón, 300.
 Sergardi, F., 377.
 Sessa, Luis de Córdoba (duque de), 84, 98, 101, 133, 135, 136, 148, 150, 157, 162, 172, 187, 189, 192, 194, 195, 196, 205, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 215, 218, 219, 224, 226, 230, 234, 237, 241, 252, 253, 254, 264, 265, 263.
 Severolo, Africano, 15, 16.
 Sforza, Francisco (duque de Milán), 51, 155, 165, 202, 226, 234, 235, 236, 245, 247, 250, 252, 256, 259.
 Sickingen, 122.
 Segismundo (rey de Polonia), 141.
 Silva, Miguel da (embajador portugués), 51, 140, 144, 150.
 Soderini, Francisco (cardenal), 6, 7, 8, 14, 19, 90, 98, 147, 148, 149, 150, 155, 156, 159, 161, 165, 172, 189, 196, 198, 210, 330, 331.
 Soria, Lope de, 360.
 Soriano (embajador veneciano), 200, 202, 203.
 Spínola, Agustín, 311, 379.
 Strozzi, Felipe de, 272, 300.
 Stuart, Juan (duque de Albany), 213, 217, 218, 224, 225, 260.
 Suleimán I, 125.
 Tapper, 31.
 Tarascone, Evangelista, 92.
 Tebaldeo, Antonio (humanista), 22.
 Teodoli, Juan Rufo (arzobispo de Cosenza), 66, 92, 98, 99.
 Teófilo, 122.
 Tomás de Vío (Cayetano), v. Vío.
 Tibaldi, Pierpaolo, 322.
 Tiene, Gaetano di, 95.
 Tizio, Segismundo (cronista), 4, 12, 27, 176, 180, 276, 324, 390.
 Tomás, Ilirico (minorita), 63.
 Torre, Segismundo dalla, 313.
 Toscano, Lorenzo, 232, 233.
 Trifolo, il, 174.
 Trivulzio, Agustín (cardenal), 6, 21, 28, 77, 155, 164, 281, 296, 335, 336, 355, 374.
 Trivulzio, César (legado), 290.
 Trivulzio, Pablo Camilo, 383, 397.
 Trivulzio, Scaramuccia (cardenal), 195.
 Trolle, Gustavo, 120-121, 122.
 Ulloa, 292.
 Urbino, Cristóbal da, 202.
 Urbino, Leonor de, 76, 77.
 Valdés, Alfonso de, 287.
 Valeriano, Pedro (humanista), 179, 331.
 Valla, Guillermo, 63.
 Vallati, Julio, 322.
 Valle, Andrés della (cardenal), 6, 19, 330, 331, 400.
 Valle, Lelio della, 55.
 Varano, Juan María (duque de Camerino), 4, 98.
 Varano, Segismundo da, 4, 98.
 Vasari (pintor y crítico), 60, 200.
 Vasto, Alfonso del, 370, 387, 391.
 Vaudemont, 305, 354, 383, 396.
 Vegerio, Conrado, 173.
 Veniero, Domenico (embajador veneciano), 273, 332, 333.
 Vettori, Francisco, 180.
 Vettori, Pablo, 207, 216, 244.
 Veyre, Pedro de, 367, 368, 371, 372, 374.
 Vich, Guillermo de (cardenal), 6, 13.
 Vignacourt, 39.
 Vinzenzio di San Gimignano, Fra, 43.
 Vío, Tomás de (cardenal) 6, 20, 43, 63, 105, 152, 153, 331.
 Vitelli, Vitello, 250, 277.
 Vives, Juan Luis (humanista), 29, 69-70.
 Wasa, Gustavo (rey de Suecia), 119, 120-121.
 Wied, Hermann von, 354.
 Winkler, Juan, 47, 65, 67.
 Wolsey, Tomás (canciller de Inglaterra, cardenal) 7, 8, 9, 12, 38, 140, 142, 145, 187, 243, 352, 353-358, 366, 383, 391.
 Zaccaria da Rovigo, 73.
 Zapolya, Juan (Woiwoden de Transilvania), 295.
 Zevenvergen, Señor de, 49.
 Ziegler, 202.
 Zisterer, 98, 141.
 Zuinglio, Ulrico, 118.

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO SEGUNDO

Adriano VI, último Papa alemán (1522-1523)

CAP. I. ELECCIÓN, ANTERIOR CARRERA, CARÁCTER Y TENOR DE VIDA DE ADRIANO VI.—VIAJE A ROMA.—ACTITUD NEUTRAL RESPECTO DE LAS POTENCIAS; SUS DESIGNIOS DE PAZ Y DE REFORMA.

Turbulencias en los Estados Pontificios después de la muerte de León X. Apuros financieros en Roma (3-5).

Los partidos en el Colegio Cardenalicio. Candidatura del Vicecanciller, cardenal Julio de Médici. Improbable candidatura de Wolsey. Otros pretendientes (5-8).

Dada la imposibilidad de obtener un segundo Papa Médici, el embajador imperial don Juan Manuel llama la atención hacia Adriano de Tortosa (8-9).

La opinión pública. Sátiras (P. Aretino). Difiérese la celebración del Conclave (9-10).

Francisco I y la elección pontificia. Amenazas de cisma (11).

Principia el conclave el 27 de Diciembre de 1521. Severa vigilancia del mismo (11-12).

Composición del Colegio Cardenalicio. Su extremada falta de unidad (13-14).

La capitulación electoral (14-15).

Fuentes acerca de los once escrutinios del conclave (15).

Esfuerzos de Médici para la elección de Farnese. Falsos rumores en Roma. Definitivo fracaso de la candidatura de Farnese (16-19).

Se produce una crisis: el cardenal de Médici propone al cardenal Adriano de Tortosa. Es éste elegido Papa á 9 de Enero de 1522 (19-21).

Consternación general por la elección de Adriano VI. Sátiras y caricaturas (22-24).

Temor de que el Papa permanezca en España. Diputación de tres cardenales (24-26).

Alegría de los alemanes é imperiales. Dolor de los italianos (26-27).

Carlos V y su Corte se alegran sumamente por el éxito del conclave. Profundo disgusto de Francisco I (27-28).

Júbilo de los amigos de la reforma por la elección de Adriano VI (28-29).

Vida precedente del nuevo Papa (29-37).

- Serapica, Juan Lázaro, 5.
 Serenón, 300.
 Sergardi, F., 377.
 Sessa, Luis de Córdoba (duque de), 84, 98, 101, 133, 135, 136, 148, 150, 157, 162, 172, 187, 189, 192, 194, 195, 196, 205, 206, 207, 209, 210, 211, 212, 215, 218, 219, 224, 226, 230, 234, 237, 241, 252, 253, 254, 264, 265, 263.
 Severolo, Africano, 15, 16.
 Sforza, Francisco (duque de Milán), 51, 155, 165, 202, 226, 234, 235, 236, 245, 247, 250, 252, 256, 259.
 Sickingen, 122.
 Segismundo (rey de Polonia), 141.
 Silva, Miguel da (embajador portugués), 51, 140, 144, 150.
 Soderini, Francisco (cardenal), 6, 7, 8, 14, 19, 90, 98, 147, 148, 149, 150, 155, 156, 159, 161, 165, 172, 189, 196, 198, 210, 330, 331.
 Soria, Lope de, 360.
 Soriano (embajador veneciano), 200, 202, 203.
 Spínola, Agustín, 311, 379.
 Strozzi, Felipe de, 272, 300.
 Stuart, Juan (duque de Albany), 213, 217, 218, 224, 225, 260.
 Suleimán I, 125.
 Tapper, 31.
 Tarascone, Evangelista, 92.
 Tebaldeo, Antonio (humanista), 22.
 Teodoli, Juan Rufo (arzobispo de Cosenza), 66, 92, 98, 99.
 Teófilo, 122.
 Tomás de Vío (Cayetano), v. Vío.
 Tibaldi, Pierpaolo, 322.
 Tiene, Gaetano di, 95.
 Tizio, Segismundo (cronista), 4, 12, 27, 176, 180, 276, 324, 390.
 Tomás, Ilirico (minorita), 63.
 Torre, Segismundo dalla, 313.
 Toscano, Lorenzo, 232, 233.
 Trifolo, il, 174.
 Trivulzio, Agustín (cardenal), 6, 21, 28, 77, 155, 164, 281, 296, 335, 336, 355, 374.
 Trivulzio, César (legado), 290.
 Trivulzio, Pablo Camilo, 383, 397.
 Trivulzio, Scaramuccia (cardenal), 195.
 Trolle, Gustavo, 120-121, 122.
 Ulloa, 292.
 Urbino, Cristóbal da, 202.
 Urbino, Leonor de, 76, 77.
 Valdés, Alfonso de, 287.
 Valeriano, Pedro (humanista), 179, 331.
 Valla, Guillermo, 63.
 Vallati, Julio, 322.
 Valle, Andrés della (cardenal), 6, 19, 330, 331, 400.
 Valle, Lelio della, 55.
 Varano, Juan María (duque de Camerino), 4, 98.
 Varano, Segismundo da, 4, 98.
 Vasari (pintor y crítico), 60, 200.
 Vasto, Alfonso del, 370, 387, 391.
 Vaudemont, 305, 354, 383, 396.
 Vegerio, Conrado, 173.
 Veniero, Domenico (embajador veneciano), 273, 332, 333.
 Vettori, Francisco, 180.
 Vettori, Pablo, 207, 216, 244.
 Veyre, Pedro de, 367, 368, 371, 372, 374.
 Vich, Guillermo de (cardenal), 6, 13.
 Vignacourt, 39.
 Vinzenzio di San Gimignano, Fra, 43.
 Vío, Tomás de (cardenal) 6, 20, 43, 63, 105, 152, 153, 331.
 Vitelli, Vitello, 250, 277.
 Vives, Juan Luis (humanista), 29, 69-70.
 Wasa, Gustavo (rey de Suecia), 119, 120-121.
 Wied, Hermann von, 354.
 Winkler, Juan, 47, 65, 67.
 Wolsey, Tomás (canciller de Inglaterra, cardenal) 7, 8, 9, 12, 38, 140, 142, 145, 187, 243, 352, 353-358, 366, 383, 391.
 Zaccaria da Rovigo, 73.
 Zapolya, Juan (Woiwoden de Transilvania), 295.
 Zevenvergen, Señor de, 49.
 Ziegler, 202.
 Zisterer, 98, 141.
 Zuinglio, Ulrico, 118.

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO SEGUNDO

Adriano VI, último Papa alemán (1522-1523)

CAP. I. ELECCIÓN, ANTERIOR CARRERA, CARÁCTER Y TENOR DE VIDA DE ADRIANO VI.—VIAJE A ROMA.—ACTITUD NEUTRAL RESPECTO DE LAS POTENCIAS; SUS DESIGNIOS DE PAZ Y DE REFORMA.

Turbulencias en los Estados Pontificios después de la muerte de León X. Apuros financieros en Roma (3-5).

Los partidos en el Colegio Cardenalicio. Candidatura del Vicecanciller, cardenal Julio de Médici. Improbable candidatura de Wolsey. Otros pretendientes (5-8).

Dada la imposibilidad de obtener un segundo Papa Médici, el embajador imperial don Juan Manuel llama la atención hacia Adriano de Tortosa (8-9).

La opinión pública. Sátiras (P. Aretino). Difiérese la celebración del Conclave (9-10).

Francisco I y la elección pontificia. Amenazas de cisma (11).

Principia el conclave el 27 de Diciembre de 1521. Severa vigilancia del mismo (11-12).

Composición del Colegio Cardenalicio. Su extremada falta de unidad (13-14).

La capitulación electoral (14-15).

Fuentes acerca de los once escrutinios del conclave (15).

Esfuerzos de Médici para la elección de Farnese. Falsos rumores en Roma. Definitivo fracaso de la candidatura de Farnese (16-19).

Se produce una crisis: el cardenal de Médici propone al cardenal Adriano de Tortosa. Es éste elegido Papa á 9 de Enero de 1522 (19-21).

Consternación general por la elección de Adriano VI. Sátiras y caricaturas (22-24).

Temor de que el Papa permanezca en España. Diputación de tres cardenales (24-26).

Alegría de los alemanes é imperiales. Dolor de los italianos (26-27).

Carlos V y su Corte se alegran sumamente por el éxito del conclave. Profundo disgusto de Francisco I (27-28).

Júbilo de los amigos de la reforma por la elección de Adriano VI (28-29).

Vida precedente del nuevo Papa (29-37).

- Significación de la elección de Adriano VI (37-38).
- Conducta de Adriano VI respecto de su elevación al pontificado. Acepta la elección (38-40).
- Difícil situación del nuevo Papa (40-42).
- Las primeras noticias exactas acerca de Adriano VI. Descontento y temor de los curiales (42-43).
- Actitud del Papa respecto á las grandes Potencias rivales (43-45).
- Viaje de Adriano VI hasta Zaragoza (45).
- Su independencia respecto á las Potencias y al Sacro Colegio. Esfuerzos por la paz (46-48).
- El Papa parte de España y navega hacia Italia (48-51).
- Llegada á Civitavecchia y Ostia. Caóticas circunstancias de Roma (51-52).
- Recibimiento de los cardenales en San Paolo fuori le Mura. Discurso de Carvajal (52-55).
- Severidad del Papa. Su coronación y primeras medidas de gobierno (55-57).
- Rudo contraste entre Adriano VI y León X (57).
- Sencilla y piadosa manera de vivir de Adriano VI. Su contrariedad con los italianos (58-59).
- Actitud de Adriano VI respecto á la cultura del Renacimiento italiano. Su falta de interés por la Antigüedad y el arte del Renacimiento. No era sin embargo un bárbaro. Retrato de Juan Scorel. Su alejamiento de los literatos humanistas (59-64).
- Extranjeros que rodeaban á Adriano VI. Flamencos de su confianza (Enkevoirt, Ingenwinkel, Heeze) (64-66).
- Italianos influyentes (66-67).
- Hostilidad de los italianos contra los flamencos. Verdadera causa del odio contra Adriano VI (67).

CAP. II. ACTIVIDAD REFORMATORIA Y ECLESIASTICA DE ADRIANO IV. —SU ACTITUD ANTE LA EXCISIÓN RELIGIOSA, Y MISIÓN DE FRANCISCO CHIERGATI Á LA DIRTÁ DE NUREMBERG.

- Consejos para la reformatión de los abusos eclesiásticos ofrecidos á Adriano por Cornelio Aurelio de Gouda, J. L. Vives y el cardenal Schinner. Programa de Reforma del cardenal Campeio (68-74).
- Primeras disposiciones reformativas de Adriano VI. Exposición de sus designios en la alocución consistorial de 1 de Septiembre de 1522 (74-75).
- Terror por las severas ordenaciones reformativas de Adriano VI (68). Aislados juicios en su favor (75-79).
- Causas de la aversión general contra Adriano VI. Su economía (79-80).
- Juicios injustos de los curiales acerca del Papa (80).
- Animosa conducta del Papa durante la peste (Septiembre á Diciembre de 1522) (81-85).
- Reanúdase la actividad reformativa después de terminada la peste. Grande economía y simplicidad del Papa. Disgusto de los curiales (85-87).
- El Doctor J. Eck en Roma y sus consejos en la cuestión de la reforma (87-89).
- Deliberaciones acerca de la reforma de las indulgencias y de la Dataria. Dificultad de la obra reformativa (89-91).
- Atentado contra Adriano, quien no se deja intimidar por eso en sus conatos de reforma (91).

Quejas de los cardenales. Lentitud en el despacho de los negocios, en parte causada por el Papa (91-93).

Desconocimiento en Adriano de las circunstancias de Roma y dureza innecesaria (93-94).

Son llamados á Roma Caraffa y Gazzella (95).

Sátiras é invectivas contra el Papa como «bárbaro alemán». Faltas de Adriano VI (95-96).

Por qué el Papa alemán no pudo poner por obra su reforma y en qué consiste su mérito (98-101).

Misión de F. Chieregati á la Dieta de Nuremberg (101-105).

Magnánimas declaraciones de Adriano VI á los Estados del Imperio alemán. Juicio de ellas (106-111).

Poco satisfactorio resultado de la Dieta de Nuremberg. (111-112).

Actitud de los católicos y de los novadores alemanes respecto del noble Papa. Injurias de Lutero y Melancthon (112-114).

Canonización de Benón de Meissen y Antonino de Florencia (114-115).

Adriano VI y Erasmo (115-117).

Relaciones con los suizos (U. Zuinglio) (118).

El Gran Maestre Alberto de Brandenburgo engaña al Papa (118).

Relaciones con Dinamarca y Suecia (119-122).

Fomento de las misiones en América (122-123).

CAP. III. ESFUERZOS DEL PONTÍFICE PARA LA PAZ Y LA CRUZADA.— PÉRDIDA DE RODAS Y SOCORRO DE HUNGRÍA.—INTRIGAS DEL CAR- DENAL SODERINI Y ROMPIMIENTO CON FRANCIA.—ADHESIÓN DE ADRIANO Á LA LIGA IMPERIAL Y MUERTE DEL PAPA.

1. Esfuerzos de Adriano para unir con la paz á las Potencias cris-
tianas para resistir contra los embates del Islamismo (124-125).

Sitio de Rodas por los turcos (125-126).

Situación de los Estados de Europa (126).

Conatos para poner en paz á Carlos V y Francisco I (126-129).

Pacificación de los Estados pontificios. Se recupera á Rimini. Recon-
ciliación con Alfonso de Ferrara y Francisco María della Róvere de
Urbino (129-131).

Disgusto con el embajador imperial D. Juan Manuel. Es substituído
por Sessa. Tirantez con el nuevo embajador (132-133).

Prudente conducta de Francisco I (133-134).

Proceder provocativo de los imperiales respecto del Papa (134-137).

El Papa y la pérdida de Rodas (137-139).

2. Importancia de la pérdida de Rodas. Peligro de Italia. Terror
en Roma (139-140).

Esfuerzos del Papa para unir á los Príncipes cristianos contra el
Turco (140-142).

Impuestos y otros arbitrios para recaudar dinero para la guerra con-
tra los turcos. Concesiones hechas á varios Príncipes (142-145).

Francisco I y Carlos V ante el peligro de los turcos (145-147).

Enemistad de los cardenales Médici y Soderini (147).

Soderini gana la confianza del Papa y procura promover una revo-
lución en Sicilia contra Carlos V. Descúbrese sus intrigas (148).

Regreso del cardenal Médici á Roma (149).

Prisión del cardenal Soderini. Encumbramiento del de Médici
(149-150).

El Papa impone una tregua de tres años. Su solicitud por la defensa
de Hungría contra los turcos. Envío del cardenal Cayetano con sub-
sidios en dinero (151-154).

Adriano VI obtiene la reconciliación de Venecia con el Emperador (154-155).

Esfuerzos del Papa en favor de la paz (155-158).

Francisco I amenaza á Adriano VI con la suerte de Bonifacio VIII (158-160).

Desavenencia con el monarca francés (160-162).

Francisco I fuerza al Papa á abandonar la mediación pacífica y á ajustar una liga defensiva con el Emperador (3 de Agosto de 1523) (162-166).

Enfermedad de Adriano VI. Enkevoirt es nombrado cardenal (166-170).

Muerte del Papa (14 de Septiembre de 1523). No hay prueba ninguna de envenenamiento. Sepulcro de Adriano VI en la iglesia nacional alemana de l'Anima (171-174).

Trágico destino del último Papa alemán (174-176).

Sátiras y juicios injustos contra Adriano VI (Biografía de Giovio). Pérdida de importantes fuentes acerca del reinado de Adriano VI. Defensa de su gestión. Juicio definitivo (177-183).

LIBRO TERCERO

Clemente VII (1523-1534)

CAP. I. ELECCIÓN, CARÁCTER Y COMIENZOS DEL REINADO DE CLEMENTE VII; SUS INFRUCTUOSOS ESFUERZOS EN FAVOR DE LA PAZ Y SU ALIANZA CON FRANCISCO I DE FRANCIA.

Médici, candidato del Emperador. Partidos en el Colegio Cardenalicio. Llegada de los cardenales franceses. Farnese como contrincante de Médici. Los primeros escrutinios. Dilación de la elección pontificia por los partidarios de Médici y por sus adversarios (187-194).

Francisco I y la elección pontificia. Médici se obliga con los franceses á guardar la neutralidad. Su unión con el cardenal Colonna. Elección de Médici (18, 19 de Noviembre de 1523) y capitulación electoral (194-197).

Esperanzas de los romanos y recompensa de los electores. Fiesta de la coronación (197-199).

Juicios por extremo favorables sobre la elección de Clemente VII (199-200).

Aspecto exterior, carácter y forma de vida de Clemente VII. Sus principales consejeros, Giberti y Schönberg, representantes de los partidos francés é imperial (200-206).

Actitud del Papa respecto de Carlos V y Francisco I (206-208).

Misión de Nicolao Schönberg en la primavera de 1524, á Francia, España é Inglaterra (208).

Actitud neutral y esfuerzos para la paz de Clemente VII (209).

Guerra de Lombardía y porfia de los diplomáticos franceses é imperiales en Roma para ganarse el favor del Papa. Misiones de Castiglione, Alexander, Boschetti, Giberti y Salviati (210-214).

Alianza de Clemente VII con Francisco I. Exasperación del Emperador (215-220).

CAP. II. CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE PAVÍA.—DESAVENENCIA ENTRE EL PAPA Y EL EMPERADOR.—FÓRMASE UNA COALICIÓN CONTRA LA SUPREMACÍA DE CARLOS V (LIGA DE COGNAC DE 22 DE MAYO DE 1526).

Victoria de los imperiales en Pavía y efecto que de rechazo produjo en Roma. Lucha entre los Colonna y los Orsini (221-225).

Clemente VII obligado á ajustar una alianza con el Emperador (1 de Abril de 1525) (225-227).

Envío del cardenal Salviati á España. Los imperiales quebrantan el tratado de Abril. Los mismos proyectan una usurpación de los Estados de la Iglesia (227-230).

Fórmase una coalición contra la supremacía del Emperador. Actividad de Canossa y Giberti. Desconfianza respecto de Francia (230-235).

Conjuración de Morone (235-236).

Querellas del Papa y su temor por la prepotencia del Emperador. Su irresolución (237-239).

Miguel de Herrera va á Roma por encargo de Carlos V. Suspensión de las negociaciones por dos meses (239-242).

La paz de Madrid (14 de Enero de 1526) (242).

Fórmase una gran confederación contra el Emperador (la Liga santa de Cognac de 22 de Mayo de 1526) (243-248).

CAP. III. CLEMENTE VII Y LOS ITALIANOS EN LUCHA CONTRA CARLOS V.—LA SORPRESA DE LOS COLONNA.—ESCRITO POLÍTICO DEL EMPERADOR CONTRA EL PAPA.—AVANCE DEL EJÉRCITO IMPERIAL HACIA ROMA.

Defectos de la Liga de Cognac (249).

Planes guerreros del Papa. Peligrosa equivocación de Clemente VII. Los representantes del Emperador promueven una revolución en Roma (250-254).

Breves pontificios de 23 y 25 de Junio de 1526 (255-257).

Publicación de la Liga de Cognac. Principia la guerra en el Norte de Italia. Enigmática conducta del duque de Urbino (258-260).

La guerra en el centro de Italia (260-264).

Tibieza de los aliados y manera infeliz como conducen la campaña. Abatimiento de Clemente VII. Moncada y Sessa engañan al Papa é intrigan contra él. Los Colonna entran por sorpresa en Roma y saquean la Ciudad Leonina. Tratado impuesto por Moncada al Papa. Clemente VII persevera sin embargo en la Liga y se arma contra los Colonna. Deposition del cardenal Colonna y guerra contra los colonenses (262-277).

Marcha de los lansquenets contra Italia. El duque de Ferrara se une á Carlos V. Muerte de Juan de' Médici (277-279).

Clemente VII amenazado por el Norte y por el Sud. Pánico en Florencia y en Roma (279-282).

Presión de los imperiales sobre el Papa (282-283).

Conducta de Carlos V con Clemente VII. Escrito político del Emperador, de Septiembre de 1526. Sorpresa que produce. Peligros del Papa (283-291).

Avance de Frundsberg y Borbón (291-292).

Armamentos y negociaciones por parte del Papa. Conjuración de Napoleón Orsini. Clemente VII abandonado por sus aliados, ajusta una

tregua. Pernicioso engaño del Papa, el cual licencia casi todas sus tropas (292-302).

Amotinase el ejército imperial, desecha todo tratado de paz y marcha adelante (302-305).

Convenio de Lannoy con los florentinos. Clemente VII se desarma del todo. El profeta de desdichas, Brandano, en Roma (305-308).

La indignicia fuerza al ejército imperial á marchar adelante. Borbón sube sus exigencias pecunarias á 240.000 y luego á 300.000 ducados (308-309).

Borbón se pone en camino de Roma. Clemente VII vuelve á entrar en la Liga y ordena medidas de defensa. Nombramiento de cardenales de 3 de Mayo de 1527 y excomuni6n de Borbón. El Papa y Renzo da Ceri desconocen la grandeza del peligro (310-312).

El ejército imperial ante las puertas de Roma (313).

CAP. IV. ASALTO Y SAQUEO DE ROMA POR LAS TROPAS IMPERIALES (Sacco di Roma).—EL PAPA PRISIONERO

Asalto de la Ciudad Leonina en la madrugada del 6 de Mayo de 1527. Muerte de Borbón y conquista de la Ciudad Leonina. El Papa y los cardenales huyen al Castillo de Sant'Angelo. Conquista del Trastevere (314-322).

Irrupci6n del ejército imperial en la Ciudad de la izquierda del Tíber (322-323).

Saqueo de Roma y contribuci6n de guerra. El Sacco di Roma y sus horrores. Destrucci6n de tesoros literarios y obras de arte. Desolaci6n de Roma. Disoluci6n del ejército imperial (323-338).

Negociaciones infructuosas para la capitulaci6n entre el Papa prisionero y los imperiales. Conducta del ejército de la Liga. Capitulaci6n de Clemente VII el 5 de Junio de 1527 (338).

CAP. V. ANARQUÍA EN LOS ESTADOS PONTIFICIOS.—ESFUERZOS DE ENRIQUE VIII Y FRANCISCO I PARA LIBERTAR AL PAPA.—ACTITUD DE CARLOS V.—CLEMENTE VII HUYE A ORVIETO.

Apuros de Clemente VII cuyos mandatos no son obedecidos (343-344). Disoluci6n de los Estados Pontificios y revoluci6n en Florencia (334-335).

Terrible estado de Roma y del ejército imperial (335-347).

Apuros pecuniarios del Papa (347-348).

El hambre y la peste obligan á los imperiales á salir de Roma. Saqueo de Narni (349-350).

Se proyecta enviar á Carlos V al cardenal Farnese. Actitud poco diplomática del cardenal Salviati (350-351).

Enrique VIII y Francisco I en favor del Papa prisionero. Viaje de Wolsey á Amiens y tratado ajustado allí. Ambiciosos designios de Wolsey. Reuni6n de los cardenales libres en Parma (352-357).

Wolsey insinúa al Papa una abdicaci6n temporal. Conducta del cardenal Salviati. Esfuerzos para poner en libertad á Clemente VII (357-359).

El Emperador Carlos V y el saqueo de Roma. Mala situaci6n de las tropas imperiales en Italia (359-363).

Intercesi6n de los cat6licos espa~oles por el Papa prisionero (363-365).

Carlos V declina la responsabilidad por el saqueo. Su carta á Clemente VII y sus exigencias (365-368).

Horrible situación del Papa prisionero. Regreso de los soldados amotinados de Carlos V á Roma. Entrega de rehenes á los mismos (368-373).
 El Consejo de Castilla en favor de la liberación del Papa (373-374).
 Convenio entre Clemente VII y los imperiales de 26 de Noviembre de 1527. Los imperiales evacúan el Castillo de Sant-Angelo. Liberación del Papa (374-377).

CAP. VI. CLEMENTE VII EN EL DESTIERRO DE ORVIETO Y VITERBO.

—LOS IMPERIALES SALEN DE ROMA.—PÉRDIDA DEL EJÉRCITO FRANCÉS DE NÁPOLES.—VACILACIONES DIPLOMÁTICAS DEL PAPA.—SU REGRESO Á ROMA.

El Papa y los curiales en Orvieto (378-381).

Clemente VII al Emperador y al rey de Francia (381-383).

Conducta de la Liga. El Papa procura restablecer los Estados pontificios guardando su neutralidad (383-385).

Envío de A. Pucci á España (385).

Éxitos de Lautrec. Roma después de la salida de los imperiales. Soledad del Papa por la Ciudad Eterna. Apurada situación de Clemente VII. El profeta Brandano en Orvieto (386-390).

La guerra en el Sud de Italia. Destrucción de la flota imperial en Capo d'Orso (28 de Abril de 1528) y bloqueo de Nápoles (390-391).

Difícil situación del Papa. Se traslada á Viterbo (391-393).

Negociaciones del embajador veneciano Contarini con Clemente VII. Conducta provocativa de Venecia y Francia (393-396).

La guerra en Nápoles. Ruina del ejército francés (396-398).

Aproximación del Papa al victorioso Emperador (398-400).

Vuelta de Clemente VII á Roma (6 de Octubre de 1528). Situación de la Ciudad (400-402).

madre de Adriano, puso los cimientos de la profunda piedad de aquel hijo de tan grandes dotes; tuvo asimismo solicitud de darle una buena educación, y de que adquiriera formación científica, confiándole a la Congregación de los Hermanos de la Vida Común (1), establecida en los Países Bajos por Gerardo Groot. Según unos, frecuentó primero Adriano la escuela de los Hermanos de Zwolle, y según otros, la de Deventer.

Las impresiones que recibió allí quedaron impresas en su corazón durante toda su vida. Allí aprendió a considerar la Religión como fundamento de toda verdadera cultura, y adquirió al mismo tiempo el amor a la propia ocupación científica. El grave concepto de la vida, la elevada estima del sacerdocio, el horror a toda profanación de las cosas santas, la predilección por el estudio de la Biblia y de los Santos Padres, que manifestó Adriano más adelante; todo esto lo debió a la poderosa fuerza sugestiva de sus primeros maestros.

El joven Adriano de Utrecht entró a los diez y siete años, en el verano de 1476, en la Universidad de Lovaina (2) que, poco tocada del Humanismo, disfrutaba de gran fama como escuela de estudios teológicos. Con éxito sobresaliente, estudió allí, primero dos años de Filosofía y luego diez de Teología y Derecho Canónico; y después que por este camino hubo adquirido un co-

pendencia de los Dedel, cuyo escudo ostenta tres lirios y un león. En cambio, el escudo primitivo de Adriano ostenta sólo tres cepos para cazar lobos; cuando Adriano fué Papa, le cuadró su escudo de armas y añadió el león. Así se ve dicho escudo en sus monedas, en su sepulcro, en el frontispicio del colegio que él fundó en Lovaina, y en su retrato pintado al óleo, que se conserva en el museo de Amsterdam. El escudo primitivo se halla en el Paushuis de Utrecht. Como el antiguo linaje de los Schrevel, procedente de Dortrecht, lleva este escudo, y Adriano, ciertamente sólo a los setenta años después de su muerte, es llamado *filius Florentii Schrevelii Bouens*, el autor del estudio arriba citado, se inclina a creer en un parentesco con esta familia. Pero hasta ahora no hay ningún testimonio contemporáneo en que Adriano lleve el nombre Schrevel ó Dedel; por la mayor parte se le llama *Adriaen de Trajecto*, *Adrianus Florentii de Trajecto*, ó según su nombramiento de profesor del colegio de Eber, *Meester Adriane in't Vercken* (cf. E. v. Even en *Messag. d. scien. hist.*, 1856, 257, y la memoria abajo citada de la *Dietsche Warande*, 1894, 388 s.). El mismo se firmaba *Adriaen van Utrecht* (así está en la carta de 26 de Junio de 1514, que Papenbroch comunicó en Burmann [444]; el original lo hallé en la *Biblioteca de Leyden*, Cod. 945) ó *Adrianus de Trajecto*; v. la carta de su propia mano al abad de S. Humberto en las Ardenas, fechada en Bruselas á 21 de Junio de 1510 (*Archivo imperial de Utrecht*, Dom. S. 645).

(1) Cf. sobre los mismos Janssen Pastor, I^o, 71 ss.

(2) Reusens, *Syntagma*, IX.

nocimiento fundamental de la Escolástica, obtuvo una cátedra de Filosofía en el Colegio de Eber, al cual había pertenecido al principio de sus estudios. En el año de 1490, obtuvo el grado de Licenciado en Teología, y en el de 1491, el de Doctor (1). Aun cuando no era por su casa totalmente pobre, y poseía dos pequeños beneficios, sus recursos eran, sin embargo, tan limitados, que no pudo sufragar los gastos de la promoción, sino mediante el auxilio de la princesa Margarita, viuda de Carlos el Temerario (2). Poco á poco se fué mejorando la situación económica de Adriano, por cuanto se le concedió cierto número de beneficios. En este abuso, entonces generalmente extendido, no veía él nada ilícito, y aun más adelante aceptó otras prebendas. Por lo demás, empleaba de la manera más laudable las rentas que por este medio percibía, distribuyendo copiosas limosnas; y es también digno de notarse que, como poseedor de la parroquia de Goedereede, en el sud de Holanda, tuvo cuidado de buscar un vicario hábil, y cada año, durante las vacaciones universitarias, cuidaba por sí mismo de sus feligreses (3).

Las prelecciones teológicas de Adriano, á las que asistió también Erasmo, lo propio que sus hábiles disputas, le crearon un prestigio siempre creciente. Hábiles varones, como Heeze, Pighe, Tapper, Latomus, Hasselius, fueron formados por él. Uno de sus discípulos publicó en 1515 algunas de sus disputas escogidas, y otro, en 1516, sus prelecciones sobre los Santos Sacramentos; y ambas obras obtuvieron en poco tiempo numerosas ediciones (4).

(1) Estos datos están tomados de la memoria de E. v. Even, *Adriaan Florisz van Utrecht aan de Hoogeschool van Leuven (1476-1515)*, publicada en la *Dietsche Warande N. S. VII (1894) 386 ss.*, quien utilizó algunas fuentes inéditas del archivo de la ciudad de Lovaina. Las más de las veces, la obtención de los grados es trasladada á los años 1491 y 1492.

(2) Moring-Burmann, 17; cf. E. v. Even, loc. cit., 257 y Henue, II, 78. V. también Wensing, 92 ss., quien quería sostener la pobreza de Adriano contra Reusens, loc. cit. Cf. sobre esto también Bosch, 9, y Crisstoffels, 14.

(3) V. Moring-Burmann, 17-19, 31. *Regesta Leonis X*, n. 2676, 7307; de Theux, Le chapitre de St-Lambert, III, Bruxelles, 1871, 45; *Archief voor de geschiedenis v. h. Aartsbisdom Utrecht*, XI, 67; Wensing, 175; Crisstoffels, 16 ss.; Boers, *Beschrijving v. h. eiland Goedereede, Sommeldyck*, 1843, 100 s., donde hay una carta de Adriano de 1496. Como respecto de la acumulación de beneficios mudó más tarde Adriano de opinión, así también la cambió acerca de las exenciones, á consecuencia de los abusos que se introdujeron; v. Rev. d. hist. eccl., I, 481.

(4) *Quaestiones quotlibeticae* (10 ediciones, la primera Lovanii, 1515) y *Quaest. de sacramentis sup. quarto Sententiar.* (8 ediciones, la primera de 1516).

Elegido en 1497, deán de la iglesia de San Pedro de Lovaina, pesaron también sobre él las incumbencias de Canciller de la Universidad; dos veces, en 1493 y en 1501, ejerció en ella asimismo el rectorado. Á pesar de las obligaciones de todos estos cargos, continuó consagrándose, como siempre, fervorosamente á los estudios, y aun encontró tiempo para emplearlo en anunciar la palabra de Dios; tres de sus sermones se han conservado (1) y manifiestan su extenso saber, al paso que, por su sequedad, descubren al sabio de gabinete.

Tanto por su fervor en los estudios, como por la severidad de sus costumbres, se portó Adriano como digno discípulo de los Hermanos de la Vida Común; y se refiere que levantó principalmente su voz contra las transgresiones del celibato, por lo cual, la manceba de un canónigo procuró envenenarle (2).

La fama de la vida pura, de la sabiduría, humildad y desinterés del profesor de Lovaina, se extendió cada día más, y le hizo consejero de personas de los más diferentes estados; religiosos, eclesiásticos y legos de todas partes de los Países Bajos, acudían en demanda de su auxilio; por lo cual, no es de maravillar, que también la Corte deseara sus servicios. Probablemente ya en el año de 1507, le eligió el emperador Maximiliano para maestro de su nieto el Archiduque Carlos, que fué luego Emperador, á quien inspiró aquellos profundos sentimientos religiosos, de que dió pruebas en medio de todas las borrascas de su vida.

Reusens (*Syntagma doctrinae Adriani VI*, XXI ss., I ss.), no solamente se ha servido de estos escritos, sino también de los que están todavía inéditos, especialmente del *Comment. in Prov.*, y muchas veces ha corregido las *Quaest. de sacramentis* según el propio manuscrito de Adriano. En el apéndice (155-246) trae Reusens *Anecdota Adriani VI* (publicadas también separadamente, Lovanii, 1862), editadas en gran parte según el autógrafo de Adriano, que se halla en la *Biblioteca del seminario de Malinas*: 6 discursos tenidos en la colación de grados teológicos, 4 discursos al clero, 1 *Quaestio quodlib.*, el *Prologus del Comment. in Prov.* y 4 Consultationes. Respecto á su participación en la reforma del calendario, v. Marzi, 174 s. Sobre el sentir de Adriano, defendido parcialmente por los galicanos y jansenistas, acerca de la infalibilidad del Papa, además de Fea, *Difesa del P. Adriano VI* nel punto che riguarda la infallibilità, Roma, 182?, y Reusens, 122-152, v. también *Anal. juris pontif.*, VI, 1560 ss., XI, 267 ss.; Fèvre, *Papauté*, VII, 267 ss., y Wensing, 99 s., 132. Es indudable que Adriano, como Papa, no negó la infalibilidad. Por consiguiente, importa poco si en este punto, como en otros (cf. *Archiv für Kirchenrecht*, LXXXV, 374 s.), se equivocó como profesor.

(1) Publicadas por Reusens, loc. cit., 209 ss.

(2) Moring-Burmann, 20-21.

Margarita reclamó asimismo los servicios de Adriano en otros negocios, y en 1515 le nombró miembro de su Consejo (1).

Temiendo el creciente influjo del sabio profesor, resolvió el ambicioso Chièvres alejarle de los Países Bajos con un pretexto honroso; y así, en Octubre de 1515, se confió á Adriano una difícil misión diplomática en España, donde debía asegurar á su alumno Don Carlos la completa herencia de la Corona española, y en caso de que muriera el rey Don Fernando, tomar por de pronto el Gobierno de sus Estados. Fernando recibió con claras muestras de desconfianza al diplomático flamenco, á quien servía de intérprete Pedro Martyr (2); pero Adriano halló un protector en el cardenal Cisneros.

Cuando el Rey murió, á 23 de Enero de 1516, pusiéronse de acuerdo el Cardenal y Adriano para dirigir juntos los negocios del Gobierno hasta la llegada del nuevo rey Don Carlos (3). Y aun cuando no faltaron entre ellos diferencias de pareceres en las cosas políticas, sin embargo, el Cardenal estimaba tanto al piadoso flamenco, que le procuró elevadas dignidades en la Iglesia española. En Junio de 1516, obtuvo Adriano el obispado de Tortosa, y si bien las rentas del mismo no eran grandes, sin embargo, renunció entonces Adriano á los demás beneficios que poseía en los Países Bajos, á excepción de los de Utrecht (4); pero ni entonces ni tampoco más adelante, pensó en quedarse de por vida en España. Por mucho tiempo, no se halló bien con las cosas de España, totalmente diversas de las de su país; y todavía en Abril de 1517, manifestaba á un amigo suyo la esperanza de verse, después de la llegada de Carlos V, libre «de esta cárcel»; pues ni él cuadraba á los españoles, ni España le acomodaba á él (5). En Julio de 1517 escribió chanceándose, «Aun cuando me

(1) Cf. Henne I, 267; Reusens en la Biogr. nat. II, 597; Lepitre 38 ss. El año 1515, Adriano fué también nombrado comisario de la indulgencia concedida á Carlos V por León X; cf. Kist-Roijjaards en el Archief v. kerkelijke geschiedenis I, 183 ss., 228 ss., VIII, 447 ss. V. también Utrechtsche Volks-Almanak 1842, 236 ss.

(2) Cf. Bernays, P. Martyr 26, 161.

(3) Cf. Gómez, De reb. gest. a F. Ximeno 148 ss., P. Martyr, Op. epist. 565; Doc. ined. XIV, 347 ss.; Prescott, Geschichte Ferdinands des Kath. II, Leipzig 1842, 540, 588 ss.; Gachard, Corresp. 231 s.; Lepitre 45 ss., 57 ss.; Baumgarten I, 26 ss., 36; Hüffer, Mon. hisp. II, Prag 1882, 5 ss.

(4) Cf. Wensing 136 s.

(5) Carta desde Madrid de 16 de Abril de 1517, publicada en el Archief voor de geschied. v. h. Aartsbisdom Utrecht XXVIII, 130.

hicieran Papa, querría residir en Utrecht*; por entonces se hacía edificar allí una casa (1), y deseaba evidentemente, tan luego como lo permitiera el servicio de su Señor, retirarse á su amada patria flamenca, para vivir del todo consagrado á sus estudios.

Las cosas sucedieron de un modo enteramente diverso de lo que había proyectado Adriano; el cual no había de volver más á su país. Por de pronto le retuvieron las circunstancias en España; Cisneros y Don Carlos hicieron que Adriano fuera nombrado por el Papa, á 14 de Noviembre de 1516, Inquisidor de Aragón y Navarra (2), y Carlos V debía estar muy contento con el proceder de Adriano en España, pues, con ocasión del gran nombramiento de cardenales, en el verano de 1517, lo propuso para la sagrada púrpura. León X aceptó la propuesta, y á 1 de Julio obtuvo Adriano asiento y voz en el Senado de la Iglesia, y como título, la iglesia de San Juan y San Pablo (3). Con toda verdad pudo escribir, que nunca había solicitado esta dignidad, y que sólo la aceptaba compelido por sus amigos (4). Pero tampoco entonces cambió en lo más mínimo, aquel hombre de la ascética y la escolástica, en el antiguo y severo orden de su vida, repartida entre la oración y el trabajo.

Durante su residencia en España, el antiguo alumno de los Hermanos de la Vida Común, se puso en relación con los varones que empleaban aquí todas sus fuerzas para obtener la reforma de las cosas eclesiásticas. En primer lugar debe nombrarse en este concepto, al célebre cardenal y arzobispo de Toledo, Fray Francisco Jiménez de Cisneros. Aun cuando en la política diferían sus opiniones en muchas cosas, el cardenal español y el flamenco tenían un mismo corazón y un alma, cuando estaba de por medio

(1) Carta desde Madrid de 16 de Julio de 1517, publicada por Burmann 445. El lugar se refiere á la Paushuis, que todavía se conserva, en la Nieuwe Gracht de Utrecht. Cf. sobre la misma Utrechtsche Volks-Almanak 1853, 84 s.; Archief voor de geschied. v. h. Aartsbisdom Utrecht XIX, 254 s.; cf. también v. d. Monde en la Tijdschrift v. geschied. en oudheidkunde v. Utrecht I, 152 y Garampi, Viaggio in Germania, Roma 1889, 183.

(2) Cf. Gachard, Corresp. 235-236. V. también la *Carta de Roma del 1516 al Card. Jiménez en el Cod. Barb. lat. 2103, f. 11 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. arriba IV, 1, 140.

(4) Carta á Juan Dedel, fechada en Madrid, á 16 de Julio de 1517, publicada por Burmann, 445.

la causa de la Iglesia (1). Adriano, que en la contienda de Reuchlin con los Dominicos de Colonia, se había puesto al lado de éstos (2), era de parecer, lo propio que Cisneros, que la renovación moral y religiosa debía hacerse conforme á los antiguos y seguros principios de la Iglesia, y ateniéndose rigurosamente al presente orden jurídico de las cosas.

En torno de Cisneros, adalid de la reforma eclesiástica en España, se agrupaban tres hombres de semejante espíritu, con los cuales también el cardenal de Tortosa tuvo íntimas relaciones: el dominico Juan Alvarez de Toledo, hijo del duque de Alba, el jurista Tomás Gazzella, oriundo de Gaeta, y el Nuncio Juan Pedro Caraffa unido en estrecha amistad con este último (3).

Cuando murió Cisneros, á 8 de Noviembre de 1517, el cardenal de Tortosa se encargó solo del Gobierno, hasta la llegada del Rey que acaeció muy pronto. Don Carlos dispensó á su antiguo maestro una gran confianza, le empleó en muchos negocios difíciles, y repetidas veces prestó dócil oído á sus consejos. Así pudo Adriano, que desde 3 de Marzo de 1518, era también Inquisidor General de Castilla y de León, apartar al joven monarca de que asintiera á una exigencia de las Cortes de Aragón, con la cual se hubiera alterado esencialmente la marcha seguida hasta entonces en los procesos inquisitoriales (4). Contra los errores de Lutero se había declarado Adriano desde un principio; pues, como la Universidad de Lovaina pidiera á su antiguo Rector un dictamen sobre las nuevas doctrinas propuestas por el profesor de Wittenberg, observó Adriano, en un escrito destinado á ver la luz pública, que eran herejías tan groseras, cual apenas podían esperarse de un discípulo de Teología; y al excitar á la condenación de las mismas, exhortaba al propio tiempo que se tuviera cuidado de consignar exactamente las propias palabras de Lutero (5). Durante

(1) El obispo de Badajoz habla escrito á Cisneros, alabando mucho á Adriano, (Bull. d. l. commiss. d'hist. X, 8), y por este medio había entablado la unión entre los dos.

(2) Geiger, Reuchlin, 421 s., 441, 451.

(3) Cf. *Caracciolo, Vita di Paolo IV, I, 8-9. *Biblioteca Casanat. de Roma*.

(4) Cf. Gachard, *Corresp.* 236; Lepitre 162 ss. Este autor enmienda también la exposición de Llorente acerca de Adriano como inquisidor. Adriano nombró el primer inquisidor de América; v. J. Terilio Medina, *Hist. del trib. d. S. Oficio en Chile* (Santiago 1890).

(5) Burmann 447; cf. Kalkoff, *Forschungen* 189 s. V. también Bottemanne,

la Dieta de Worms excitó urgentemente al Emperador á la defensa de la Iglesia (1).

Donde la causa de la fe se hallaba en peligro, era Adriano por extremo severo, aun cuando en las demás cosas manifestaba una extraordinaria bondad de corazón; de lo cual dió repetidas veces hermosos ejemplos. Habiendo enfermado con fiebre, en un viaje, uno de sus criados, cedióle el cardenal su litera y, á pesar de ir fatigado de un padecimiento corporal, hizo á caballo el penoso camino (2).

Antes de que Don Carlos se embarcara, á 20 de Mayo de 1520, para dirigirse á los Países Bajos y Alemania, nombró al cardenal de Tortosa por su Gobernador en España (3). Don Carlos debió creer haber elegido al hombre á propósito: Adriano, como Cardenal y como General Inquisidor, ocupaba una posición muy prestigiosa y elevada, y no era tampoco en manera alguna odiado; antes bien, la libertad con que se había opuesto á los manejos de otros flamencos en España, y su inmaculada justicia, le habían conciliado la estimación de muchos (4). Pero con todo eso, era un extranjero; lo cual no le perdonaban los españoles, principalmente los Grandes del Reino. Apenas hubo partido Don Carlos, estalló la revolución de las Comunidades de Castilla; y Adriano, en tierra extranjera y falto de dinero, se vió en los mayores apuros. Siendo de índole angustiada, era poco á propósito para hacer frente á aquella situación, por extremo difícil, á lo cual se agregó haberse engañado, como extranjero, en la apreciación de las circunstancias reales (5). De aquí se siguió, haber tenido que sufrir un verdadero martirio, y los peligros y sobresaltos de

De brief v. d. Kard. v. Tortosa aan de theol. faculteit v. Leuven, en la revista *De Katholiek* (Leiden 1882) LXXXII, 1 ss.

(1) Gachard, *Corresp.* 244 ss. *Lepitre* 167.

(2) *Moring-Burmann* 47-49.

(3) Decreto de nombramiento de 17 de Mayo, publicado por Gachard, *Corresp.* 237 ss. Cf. Höfler, *Mon. hisp.* II, 42.

(4) *Baumgarten*, I, 237.

(5) Cf. Höfler, *Der Aufstand der kastilianischen Städte*, Prag 1876; *Mon. hispanica I: Korrespondenz des Gobernadors Adrian von Utrecht mit Karl V. im Jahre 1520*, Prag 1881, y *Adrian VI*, 111 s. Aquí, como en *Lepitre* 99 ss., 110 ss., 134 ss., y *Baumgarten* I, 249 s., 358 s., 468 s., se defiende una idea demasiado favorable de la actividad de Adriano contra la revolución. V. en cambio Häbler, en la *Histor. Zeitschr.* XCV, 427, 434, quien ciertamente se extrema demasiado en sentido contrario. Cf. también Villa, *Juana la Loca*, Madrid 1892, 312 s., donde se han impreso muchas relaciones de Adriano á Carlos V.

esta época quebrantaron la salud de aquel varón, que se hallaba entonces en los 63 años.

Todavía sostenía Adriano todo el peso de aquella situación, llena de tan graves responsabilidades, cuando á 24 de Enero de 1522, hallándose en Vitoria, en las Provincias Vascongadas, recibió, por medio de Blas Ortiz, provisor del arzobispado de Calahorra, la noticia inesperada de que había sido puesta sobre sus hombros otra más universal y pesada carga (1). La noticia parecía increíble, por más que la confirmaban otras cartas; y sólo después que, á 9 de Febrero, llegó á Vitoria Antonio de Astudillo, camarero del cardenal Carvajal, que se había visto detenido en el camino por grandes nevadas, y traía el escrito oficial del Sacro Colegio sobre el resultado de la elección pontificia, nadie pudo ya dudar de la verdad de aquel hecho de histórica trascendencia (2).

El ansioso deseo, que tantas veces habían expresado los mejores cristianos, de tener un Papa piadoso, sabio y santo, se había cumplido. El uso que, desde el año de 1378, se había venido convirtiendo en firme costumbre, de no otorgar la tiara sino á latinos, quedaba interrumpido, y un Colegio Cardenalicio compuesto casi totalmente de italianos, había, sin quererlo, abierto el camino de la suprema dignidad, por primera vez después de 461 años, á un Papa de origen alemán, que era, por sus virtudes, digno, como apenas otro alguno, de la dignidad suprema.

Los papas del Renacimiento, sumidos en el bullicio de la vida mundanal, y en los negocios políticos, habían perdido de vista con harta frecuencia lo principal; su incumbencia propiamente eclesiástica; no siendo León X quien menos había incurrido en esto. Mas ahora ascendía á la Silla de San Pedro un varón totalmente alejado de la política italiana, que ninguna cosa tenía tan puesta en el alma como la defensa de la Cristiandad y el restablecimiento de la decalda disciplina eclesiástica. Aquel varón sencillo, profundamente piadoso y humilde, que siempre había huído, más bien que buscado, los honores y dignidades, había ido

(1) Ortiz, *Itinerarium*, publicado por Burmann 258. Sobre el *Itinerarium* cf. Foulché-Delbosc, *Bibliogr. d. voyag. en Espagne*, en la *Rev. Hispanique* III (1896), 21.

(2) Todavía en 27 de Enero de 1522 se notificaba á Carlos V, desde Vitoria, que Adriano aguardaba nuevas más exactas del Emperador ó de Roma, antes de hacer mudanza alguna. Villa, *Juana la Loca*, 354, donde retrasa la carta al año 1521.

subiendo desde pobre estudiante á profesor universitario, maestro del Emperador, obispo de una iglesia de España, Inquisidor General, cardenal, Gobernador regio y, finalmente, Supremo Pastor de la universal Iglesia.

Adriano, al recibir por primera vez la noticia de su elección para el Pontificado, había mostrado aquella incommovible tranquilidad que constituía una de las cualidades más salientes de su carácter, y tenía relación, así con su procedencia de los Países Bajos, como con su profunda piedad. Todos los relatos están conformes acerca de que su elevación, muy lejos de alegrarle, pareció más bien contristarle; y aun cuando no se han conservado todos sus escritos de aquellos días críticos, bastan, no obstante, los hasta ahora conocidos, para comprender los movimientos de su alma. No había deseado ni apetecido la elección, escribía á Enrique VIII á 2 de Febrero de 1522: sus fuerzas no eran suficientes; por lo cual, rehusaría la tiara si no temiese ofender á Dios y á la Iglesia (1). Por semejante manera acentuaba, en una carta al Emperador, que considerando la debilidad de sus fuerzas, no se alegraba por su elevación; pues, antes necesitaba tranquilidad, que una tan intolerable carga (2).

También mostró Adriano una gravedad incommovible cuando, á 9 de Febrero, le trajo Antonio de Astudillo, como enviado del Sacro Colegio, la noticia oficial de su elección. Leyó el escrito, y sin hacer observación ninguna, dijo, en su manera seca, al mensajero, fatigado del viaje, que se fuera á descansar. Aquel mismo día redactó el escrito de contestación al Sacro Colegio y también en él repitió que no se sentía con fuerzas para sobrellevar la nueva dignidad, y que de buena gana la hubiera rehusado: pero confiando en Dios, cuya honra buscaba solamente, y también por respeto á los cardenales, aceptaba la elección, y que tan luego como los cardenales legados hubiesen llegado, y la escuadra estu-

(1) Brewer III, 2, n. 2018. De un modo semejante escribió también á Wolsey (ibid. 2019). Estas cartas se hallan completas en Gachard, *Corresp.* 254 ss.

(2) La carta lleva la fecha de 11 de Febrero en Gachard, *Corresp.* 26 ss.; pero probablemente hay que leer II Febr.; v. *Bonner theol. Literaturblatt* 1874, 55. En el Cod. Barb. lat. 2103 (*Biblioteca Vaticana*), hay una copia de las mismas cartas hecha en Madrid en el siglo XVII, según los originales, la cual publicó Gachard, de un manuscrito de la biblioteca de la ciudad de Hamburgo, copiando asimismo de los originales de Madrid. En ella, por desgracia, las fechas están escritas, parte en cifras árabes, parte en romanas, de modo que, en la presente materia, no se puede dar una demostración cierta.

viese preparada para emprender el viaje, se apresuraría sin dilación á dirigirse á Roma (1).

Más todavía que en estos escritos oficiales, se manifiestan las ideas íntimas de Adriano y su alma pura y noble, en las cartas que envió á algunas personas de su confianza en los Países Bajos: «Señor doctor y querido amigo, escribía á 15 de Febrero de 1522, hallándose todavía en Vitoria, al Síndico de Utrecht, Florencio Oem van Wyngarden, nadie habrá sin duda que no se maraville y espante, de que un hombre pobre y desnucido de casi todos, y aun además de esto hallándose tan lejos, haya sido elegido Vicario de Cristo por los cardenales, sólo acerca de él puestos de acuerdo; pero á solo Dios es fácil levantar de presto á los pobres. No me he llenado de alegría por esta honra, y temo tomar sobre mí una carga tan grande. De mejor gana quisiera servir á Dios en mi prebostazgo de Utrecht, que en la dignidad de Papa, de cardenal y de obispo. Pero no me atrevo á hacer resistencia á la vocación del Señor, y espero que El suplirá lo que á mí me falta, y me dará fuerzas suficientemente robustas para llevar este peso. Ruégoos que oréis por mí, y me obtengáis con vuestras piadosas plegarias, me enseñe Dios á cumplir bien sus preceptos, y me haga digno de ser útil para el bien de su Iglesia» (2).

Sólo después que se recibió el escrito oficial de los cardenales sobre su elevación, depuso Adriano su cargo de Gobernador y tomó el título de electo Pontífice romano; y contra la costumbre que se venía observando desde hacía medio millar de años, conservó modestamente el nombre que hasta entonces había lleva-

(1) Sanuto XXXIII, 76-77; aquí, 77 a., también se hallan las cartas posteriores del Papa á los cardenales y á los romanos. De entre ellas, Bladus hizo imprimir en Roma, apenas llegados, los dos breves del último de Febrero de 1522; de estos rarísimos impresos de una sola hoja, vi yo un ejemplar en la *Biblioteca Borghese*. El último de Febrero dirigió también Adriano una carta á las ciudades de los Estados de la Iglesia; v. Chiesi 106.

(2) Burmann 398; cf. Höffler 129 s. De un modo enteramente semejante se expresaba Adriano con otro amigo íntimo; v. Petr. Martyr, Op. epist. 753. Cf. también la carta de Adriano de 14 de Febrero de 1522 á Jean de Vignacourt, publicada por Weiss, Pap. de Granvelle I, 251 y los breves dirigidos á Utrecht publicados por Ant. Matthaei, *Analecta* III, 690 ss. V. además Bosch 50 a. En 15 de Febrero de 1522 dirigió también Adriano VI una *carta al marqués de Mantua pidiéndole ayuda. En 28 de Febrero, 29 de Marzo y 27 de Abril se enviaron otras *cartas al mismo. Todos los *originales de ellas se hallan en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

do (1), no queriendo, aun cuando Papa, ser otro del que hasta entonces había sido (2).

Por más que Adriano poseía entonces la plenitud de la potestad pontificia resolvió, acomodándose al apremiante deseo de los cardenales, no ejercitarla antes que hubieran llegado de Roma los legados que se le enviaban (3); pero, para asegurarse, no obstante, bajo todos conceptos, hizo redactar, á 16 de Febrero, un instrumento notarial, sobre que aceptaba la elección (4). Este acto se ejecutó con todo secreto, y no se debía realizar públicamente y en forma solemne, sino después que llegaran los cardenales legados. La venida de éstos se difería de una manera enteramente inesperada; y de día en día percibía más sensiblemente Adriano lo anómalo de su situación, la cual le daba la apariencia como de rehusar la tiara. Tampoco podía, sin la pública aceptación de la elección, proceder como Papa con la energía necesaria, ni influir con los príncipes para el restablecimiento de la paz, ni resolver en derecho.

Así, pues, como á principio de Marzo todavía no se dijera nada de la salida de los cardenales legados, se resolvió Adriano á no esperar más tiempo. A 8 del citado mes, hizo, en presencia de muchos obispos y prelados, y ante notario y testigos, la solemne declaración de que aceptaba su elección para el Pontificado. Expresamente acentuó en esta ocasión, su confianza en el divino Fundador del Primado, el cual le otorgaría á él, indigno, la fuerza para defender á la Cristiandad contra los ataques de los malos, y restituir á la unidad de la Iglesia, conforme el ejemplo del Buen Pastor, á los extraviados y engañados (5).

(1) Como antes de su elevación (Burmán 444), así también después de ella, el Papa se llamó siempre Adrianus; cf. los *breves de 29 de Marzo de 1525 (*Archivo nacional de París*) y de 11 de Abril de 1523 (*Archivo público de Viena*) firmados por el Papa de su propia mano. Causa extrañeza ver en su sepulcro Adrianus y Hadrianus.

(2) Esto lo acentúa Tizio, *Hist. Senen., loc. cit. (*Biblioteca Chigi de Roma*). Cf. también Graadt Jonckers en el *Utrechtsche Volks-Almanak* 1857, 175.

(3) Cf. la carta de Adriano á Carlos V, de 15 de Febrero de 1522, publicada por Gachard, *Corresp.* 34.

(4) V. Ortiz en Burmán 161.

(5) El *Instrumentum acceptionis electionis*, que se halla en Sanuto XXXIII, 204 ss., fué publicado en Roma á 9 de Abril; v. *ibid.* 208; cf. *Corp. dipl. Port.* II, 69. El *Mandatum para los procuradores de Adriano VI enviado á Roma (Bokevoirt, Ingenwinkel y Borell; cf. Sanuto XXXIII, 209 s. y Schulte I, 228),

Oportunamente observa el biógrafo de Adriano: «Se necesitaba una más que ordinaria confianza en Dios, para tomar sobre sí una carga, cuya pesadez es casi incalculable, y hacerse heredero de todas aquellas colosales hostilidades y enemistades que León X no había podido dominar. En el fondo de estas dificultades, se encerraba, fuera de la revolución alemana, un cisma con Francia, cuyo Rey había venido á ser, por el concordato con León X, Señor de la Iglesia francesa, y no se daba ninguna prisa por reconocer al Papa alemán, al parecer, hechura del Emperador» (1).

No menos grandes dificultades ofrecía por otra parte la situación del Estado de la Iglesia, y principalmente la de la Capital del mismo. La efervescencia que reinaba en la juventud romana, así como la desunión de los cardenales, muchos de los cuales procedían enteramente á su arbitrio, ya á fines de Enero hacían temer los mayores daños; y en el tiempo siguiente, se fueron empeorando las cosas de una á otra semana (2). La circunstancia de mudarse cada mes los tres cardenales que dirigían los negocios, aumentaba la inseguridad, poniendo al frente del Gobierno á personas totalmente desconocedoras de la situación. Reinaba una confusión sin ejemplo (3), y á todo esto se agregaba la más sensible falta de dinero. Los cardenales tuvieron que resolverse á empeñar el resto de las mitras y tiaras del tesoro pontificio, y entonces descubrieron, que las riquísimas piedras preciosas de la tiara de Paulo II, habían sido trocadas por otras falsas. Era tan grande el apuro de la Hacienda, que los cardenales no tenían á su disposición ni siquiera cincuenta ducados para diputar á un enviado que pusiera en claro el estado de las cosas en Perusa; y para ello se vieron obligados á empeñar algunos candeleros (4).

dat. in civit. Calcitien. 1522 Martii 14, se halla en el Cod. Barb. lat. 2428, f. 14 de la *Biblioteca Vaticana*.

(1) Höffner en el *Freiburger Kirchenlexikon* V³, 1429-1430.

(2) V. Sanuto XXXII, 433 ss., 447 s., 465 s.; cf. además *Giorn. d. lett. Ital.* XXXI, 411 s. V. también las relaciones de Mannel, escritas ciertamente con parcialidad y con mucha exageración, que se hallan en Bergenroth II, n. 384, 385, 386, 392, 394.

(3) Cf. las *relaciones de B. Castiglione de 5, 12, 22 de Febrero de 1522, existentes en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(4) Sanuto XXXII, 442, 474. Cf. Brewer III, 2, n. 2046 y Schulte I, 228. *La difficoltà de li denari è tanto grande che non po essere maggiore, escribía Castiglione en 12 de Enero de 1522. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

Con el duque de Urbino ajustó el Sacro Colegio, á 18 de Febrero, un tratado provisional, y asimismo esperaba entenderse en Perugia con los Baglioni. Pero en la Romaña, principalmente en Bologna, reinaba una vehemente agitación. Ravenna y Foligno declararon no querer seguir por más tiempo bajo los Gobernadores nombrados por León X (1); el marqués de Mantua solicitaba inútilmente su sueldo de Capitán General de la Iglesia (2); en Roma estalló la peste; á lo cual se agregaron graves excesos de los soldados corsos (3). Diariamente ocurrían asesinatos, que quedaban impunes; y ¿cómo podía suceder de otra manera, cuando no tenían fin las discordias entre los cardenales adictos á Francia y al Emperador? Como los cardenales Ridolfi y Salviati quisieran defender los administradores de Loreto, puestos por los Médici, dijo el cardenal Grimani: Después que León ha arruinado á la Iglesia, quieren ahora sus parientes asolar también lo que queda» (4).

De Adriano, de quien muchas veces se había dicho que había muerto, se sabía muy poco en Roma á principios de Marzo (5). A 18 de dicho mes llegó finalmente Astudillo con las primeras noticias exactas sobre el nuevo Papa: «Es hombre de mediana estatura y cabellos grises, de nariz aguileña, ojos pequeños y vivos, la tez del rostro antes pálida que rubicunda, y algo inclinado, pero todavía bastante fuerte de cuerpo, y sobre todo buen andador; todavía usa las vestiduras de cardenal, tiene pocos servidores, ama la sencillez, es por extremo reservado en sus demostraciones, nada vehemente en sus movimientos, ni inclinado á las chanzas; á la noticia de su elección, no ha mostrado ninguna

(1) V. Sanuto XXXIII, 34, 57 s., 70, 74. Cf. Alippi en el *Bollett. Senese* X, (1903) 480 ss.

(2) Sanuto XXXII, 484, 492.

(3) Cf. Lanciani, *Scavi* I, 214 s.; Gregorovius VIII, 388 s.

(4) Sanuto XXXIII, 74, 76; cf. 8, 115, 131 s.; Brewer III, 2, n. 2044 y la *carta de G. de' Médici de 13 de Abril de 1522, que se halla en el *Archivio pubblico de Florencia*. Un familiar del cardenal Gonzaga (*Nepos Jac. Prot.), á 1 de Abril de 1522 da cuenta, desde Roma, de las discordias de los cardenales: *et tanta discordia non fu mai, de sorte che per fermo non andando bene le cose de Milano siamo certi de una cisma grandissima. Roma sta in arme, cada día hay homicidios. Dio ci adiuta et simo con grandissima guardia et gorni et nocte pervigilamo. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(5) Sanuto XXXIII, 34. Cf. Brewer III, 2, n. 2064 y Bergenroth II, n. 386. V. también la *relación de Castiglione de 5 de Marzo de 1522, en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

señal de alegría, sino suspirado profundamente; se retira temprano por la noche, se levanta con la primera luz del alba, y es incansable en el trabajo; habla con lentitud, generalmente el latín, y no de una manera muy brillante, pero tampoco mal; entiende el español y procura expresarse algunas veces en este idioma. Su más ardiente anhelo se dirige, á que los príncipes cristianos se unan para pelear contra los turcos; en las cosas de la religión es muy severo; á nadie concederá más de un empleo eclesiástico; pues declara como principio suyo, querer proveer los beneficios con sacerdotes, no á los sacerdotes con beneficios» (1).

Estas noticias no fueron en manera alguna agradables para la aseglarada Curia, donde primero se había alimentado la esperanza de que el reflexivo flamenco no aceptaría la elección por motivos de conciencia, y luego se pensaba que no llegaría á venir á Roma (2); pero ahora se enteraban de los severos designios con que pensaba dirigir allí el gobierno. Debía esperarse que rompería allí completamente, no sólo con el sistema de León X, sino con la manera de gobernar de casi todos los papas de la época del Renacimiento; se aguardaba con temor y temblor la venida del extranjero, en el cual desagradaba todo, hasta la circunstancia de no haber cambiado su nombre (3).

(1) Además de la carta de Negri que se halla en Lett. d. princ. I, 96, Corp. dipl. Port. II, 70 y Ortiz publicado por Burmann, 227 ss., cf. la carta de Fra Vincenzo di S. Gimignano al cardenal Fieschi, fechada en Vitoria, á 10 de Marzo de 1522, y publicada por Sanuto XXXIII, 203-204. De un modo enteramente semejante escribía el mismo al cardenal Cayetano. Esta carta se halla en Tizio, *Hist. Senen. G. II, 39 (*Biblioteca Chigi de Roma*). Castiglione participaba lo siguiente, en 26 de Marzo de 1522: Circa la venuta del papa il collegio ha determinato che li legati non vadino più fora de Italia perchè questa andata potrebbe tardare molto S. S^{ma} et oltre di questo non avendo il papa cardinale alcuno del canto de là estimasi chel debba accelerare la venuta sua molto più. Qui se hanno lettere da diversi che sono con S. S^{ma} Italiani li quali confirmano la bontà et il valor suo et il desiderio de la pace universale e de la reformatione della chiesa; confirmano ancor che S. S^{ma} ha deliberato e stabilito de non volere dare ne officii ne beneficii se non a persone che meritino; dicono che ogni matina celebra la messa devotissimamente e molte altre cose fa; tra l'altre tutta Spagna gli è intorno e ognuno li domanda e non è cosa de valuta de dieci scudi che non li sia stata dimandata da cento persone e S. S^{ma} rimette ognuno a Roma ne vol fare la famiglia perfín che non è in Roma. Li legati andaranno a ricevere S. S^{ma} in Italia dove la avisava voler disimbarcare, estimasi pero da la più parte che serà a Napoli. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Berni, Rime ed. Virgili 32.

(3) *Cod. Barb. 2103, f. 120^a de la *Biblioteca Vaticana*.

Astudillo llevó á Roma un escrito de Adriano, de 28 de Febrero, en que expresaba su agradecimiento á los cardenales, y decia no esperar sino la llegada de los legados para encaminarse á Roma; á lo cual contestó en seguida el Sacro Colegio, que no era menester aguardarse á los legados, sino se apresurara lo más aceleradamente posible á dirigirse á la Ciudad Eterna, su verdadera residencia (1). Algunos cardenales particulares, como Campegio, suplicaron asimismo al Papa en propios escritos, que acelerase su ida á Roma para poner fin á la confusión y falta de consejo que allí se sufrían (2); y cuánto temieran todavía los cardenales, que el Papa estableciese su corte en España, lo muestra el haberse negado al principio á enviarle el anillo del Pescador (3). Cuanto más se difería la venida del Papa, tanto se hacía mayor el descontento general y el temor de una segunda cautividad en España, parecida á la de Aviñón (4). Vino á aumentar este temor, un breve falsificado, en que se invitaba á los cardenales á dirigirse á España (5).

Mas en realidad, no pensaba Adriano en permanecer en la Península ibérica; y testigos libres de toda sospecha confirman, que el Papa aseguraba repetidamente, su ardiente deseo de verse en Roma (6); á pesar de lo cual, se oponían á la partida varias clases de obstáculos. Adriano debía despachar sus negocios como Gobernador, y en atención á que el mar estaba infestado de piratas turcos, que hacían la navegación peligrosa, necesitaba procurarse tropas para la flota, para lo cual se veía reducido, por su pobreza, al auxilio ajeno, especialmente de los españoles. No podía tomar el camino de tierra por Francia, porque en ello hubiera mirado el Emperador una manera de público favor dispensado á su enemigo.

También en otros conceptos, se hacía sentir la dificultad de la situación del Papa respecto de las grandes Potencias rivales, cada una de las cuales procuraba ganar al Jefe de la Iglesia para

(1) Sanuto XXXIII, 74, 79-80, 103-107.

(2) Cf. la carta de Campegio en la Zeitschr. f. deutsche Geschichtswissensch., N. F. I, Vierteljahrshäfte 1896/97, 72 s.

(3) Sanuto XXXIII, 162, 265. Bergenroth II, n. 408. Cf. la *carta de Castiglione de 14 de Abril de 1522, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) Cf. las *relaciones de Castiglione de 19 de Abril y 30 de Mayo de 1522, existentes en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Tizio, *Hist. Senen., loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(6) Cf. la carta de Fra Vincenzio di S. Gimignano, citada arriba p. 43, not. 1.

sus particulares fines; los imperiales asediaban al Pontífice con intolerables importunidades; el embajador Don Juan Manuel se permitía dar consejos que no se le habían pedido, y en parte, aun á escribir cartas del todo descomedidas; Mendoza dió pasos para sobornar á las personas de confianza de Adriano (1). Carlos V se apresuraba á dirigirse al Papa con una multitud de deseos y pretensiones, ante todo, con la petición de que, siguiendo el ejemplo de su predecesor, entrara en la alianza contra los franceses. Adriano usó para con su antiguo Soberano y Señor la mayor prudencia, previsión y sabia reserva. En lo que pudo, se portó con él como padre y amigo; pero nunca lo hizo á costa de la alta dignidad que, como Cabeza de la Cristiandad, le pertenecía.

Después que Adriano hubo esperado inútilmente en Vitoria por mucho tiempo la llegada de La Chaulx, anunciada por el Emperador, á 12 de Marzo, se dirigió por el valle del Ebro, pasando por Santo Domingo y Logroño, á Zaragoza, á donde llegó el 29 del propio mes. Muchos obispos y prelados españoles, así como numerosos Grandes, se habían reunido en la capital de Aragón para cumplimentar al nuevo Papa—el primero á quien veían en España—(2). Poco después se presentaron también enviados de Portugal, Inglaterra y Saboya (3), así como La Chaulx, que traía, como principal encargo, procurar que Adriano entrara en la liga antifrancesa. En uno de los escritos de puño y letra de Carlos V, que le llevaba La Chaulx, se había permitido el Emperador la observación de que Adriano había sido elegido por respeto á él. En su respuesta, que respira toda ella gran benevolencia, declaró el Papa con exquisito tacto, estar convencido de que los cardenales habían tenido, en su elección, respeto al Emperador; pero que se tenía por muy feliz por no haber alcanzado la tiara á ruegos de Carlos, pues la adquisición de ella debía ser pura y libre de toda mancha; por lo cual se sentía todavía más obligado para con el Emperador, que si hubiera obtenido el Pontificado por mediación del mismo (4).

(1) V. Gachard 7 ss., 47 ss. 55 s. 69 s. Cf. de Léva, II, 133.

(2) V. Ortiz, *Itinerarium* publicado por Burmann 162 ss. Cf. Gachard. *Corresp.* 47 ss.

(3) Además de Sanuto XXXIII, 302, cf. también Gachard, *Corresp.* 78 y *Corp. dipl. Port.* II, 71 ss.

(4) Lanz I, 61 s. Las instrucciones para La Chaulx pueden verse en las *Denkschriften der Wiener Akademie* XXVIII, 250 s.

Fuera de esto, manifestó también Adriano claramente que, á pesar de toda su personal predilección por Carlos, no quería, como Papa, dejarse llevar á remolque de su política. Rehusó con la mayor resolución el tomar parte en la alianza antifrancesa, y requirió más bien al Emperador para que favoreciera la paz, aceptando condiciones equitativas, razonables y justas, y entre tanto ajustara una larga tregua. Cada día se echaba de ver más claramente, que concebía su pontificado como un apostolado de paz (1); y no quería servir á los fines privados de un monarca particular, sino á los universales intereses del mundo cristiano. Por esto había insistido desde el primer momento, en la necesidad de restablecer la paz entre los Estados cristianos, y de unirse los mismos para resistir eficazmente á los ataques de los musulmanes (2). En orden á la paz se resolvió desde luego diputar enviados especiales al Emperador y á los reyes de Francia, Inglaterra y Portugal (3); á Francia debía dirigirse como Nuncio Esteban Gabriel Merino, arzobispo de Bari; Adriano había rogado al monarca francés expidiera para éste un salvoconducto, y exhortaba al propio tiempo á la paz, así á Francisco I como á los principales personajes de su Corte (4). Estos escritos no se enviaron hasta después del 8 de Marzo, día en que el Papa aceptó pública y solemnemente la dignidad papal; por lo cual Francisco I se querelló, de una manera harto áspera, de que se le hubiera participado con más tardanza de la ordinaria el comienzo del gobierno del Papa; y aun parece se permitió designar al Papa, legítimamente elegido, con el título de Cardenal de Tortosa (5). Adriano contestó, en un breve de 21 de Abril de 1522, en muy tranquilo estilo (6); y la apostólica mansedumbre que aquel documento respiraba, de tal manera desarmó al monarca francés que, en su segundo escrito de 24 de Junio, tomó un tono

(1) Höfler 159.

(2) V. el breve á Venecia de 13 de Marzo de 1522, publicado por Sanuto XXXIII, 129 s. Cf. Bergenroth II, n. 402.

(3) Cf. Sanuto XXXIII, 302.

(4) Cf. Pieper, Nuntiaturen 63. Faltan los breves correspondientes, dirigidos á Francia, hasta uno de 29 de Marzo de 1522, cuyo original hallé en el *Archivo nacional de París* (L. 357); el cual va dirigido al arzobispo de Sens. V. también el breve á Portugal en el Corp. dipl. Port. II, 76 s.

(5) V. Höfler 163 s. Según Manuel (Bergenroth II, n. 417), Francisco I reuñó consulta de canonistas contra Adriano VI.

(6) Gachard, Corresp. 262 ss.

totalmente distinto. Francisco declaró entonces su propensión á ajustar una tregua, y hasta invitó al Papa á hacer por Francia su viaje á Roma (1). Adriano rehusó este ofrecimiento, lo propio que el de Enrique VIII, de dirigirse á Italia por Inglaterra y Alemania; queriendo evitar toda apariencia de sancionar, con una visita al monarca inglés, su actitud belicosa contra Francia. Pero de las disposiciones de Francisco I se fiaba tanto menos, cuanto la más favorable actitud del mismo se hallaba indudablemente relacionada con los malos sucesos de sus armas en la Italia septentrional. Muy pronto quedó destruido allí totalmente el señorío de los franceses: á la derrota de Bicocca, de 27 de Abril, siguió, á 30 de Mayo, la pérdida de Génova. También tuvo que rehusar Adriano VI el extraño consejo de Don Juan Manuel, de dirigirse á Italia por los Países Bajos y Alemania (2).

Lo propio que ante las Potencias, conservó Adriano asimismo la independencia de su posición ante el Colegio de los cardenales. Por medio de Juan Winkler, persona de su confianza, les hizo anunciar, que no podían en manera alguna enajenar, distribuir, ni empeñar los empleos vacantes, sino debían reservarlos todos á la disposición del Papa (3). También se manifestó Adriano ya desde entonces como reformador, y aplicó la segur á la raíz cuando, sin oír á los curiales, no confirmó sencillamente, según la tradición, las reglas de la Cancillería, sino introdujo en ellas muchas mudanzas, con las que principalmente cercenó los privilegios de los cardenales (4). Con la publicación de estas nuevas

(1) Ibid. 262 a. nota. En el *Archivo nacional de París* pocas son, por desgracia, las cartas que se conservan de Francisco I á Adriano VI. En una carta fechada en París, á 17 de Diciembre de 1522, pide el rey al Papa la confirmación de los statuts et reformatiões de l'abbaye et monast. de S. Victor de l'ordre de S. Augustin, que hizo el arzobispo de Sens. Francisco se firma aquí votre filz le Roy de France, duc de Millan, seigneur de Gennes Francoys.

(2) Höfler 156, 164; Lepitre 186.

(3) Höfler 162.

(4) La prescripción, quod cardinales non comprehendantur sub regulis cancell., se suprimió enteramente. Ya indicó Gómez (Comment. in regul. cancell., París, 1547) en los títulos correspondientes, importantes diferencias en las reglas de la cancillería De non tollendo iure quaesito, de infirmis resignantibus, de subrogandis collitigentibus, de triennali possessore, de publicandis resignationibus. Es inexacta la afirmación sostenida todavía por Höfler, de que Adriano VI revocó todas las reservaciones. El reiteró las llamadas reservaciones generales et speciales de sus predecesores, tanto las que se contienen en las constituciones Ad regimen de Benedicto XII y Exsecrabilis de Juan XXII como todas las demás que hay en las primeras reglas de la cancillería. Tam-

reglas de Cancillería, hecha á 24 de Abril de 1522, juntó el Papa la institución de una nueva magistratura para el despacho de las numerosas solicitudes que se le dirigían (1).

En la primera semana de Mayo, quiso Adriano dirigirse desde Zaragoza á Barcelona, pasando por Lérida; y todo estaba ya preparado para la marcha, cuando vino á crear nuevos obstáculos el haberse declarado la peste en ambas ciudades. Hubo de buscarse para el embarque otro puerto, y el Papa, al comunicar esta noticia á los cardenales y á los romanos, á 19 de Mayo, les contaba al mismo tiempo, las dificultades con que tenía que luchar para reunir una flota que le pudiera llevar seguramente á Italia por el golfo de Lión, infestado de piratas turcos (2). Hasta 3 de Junio no pudo anunciar Adriano á los cardenales, que los obstáculos estaban superados (3).

Á 11 de Junio marchó el Papa de Zaragoza á Tortosa, á donde llegó la antevíspera de la fiesta del Corpus (18 de Junio). Á 26 de Junio escribía desde allí, que pensaba embarcarse dentro pocos días (4); pero como no se habían reunido aún todas las embarcaciones, fué necesaria una nueva dilación (5). Finalmente, á 8 de

bién la revocatio expectativarum se halla ya en las reglas de la época anterior. Pero es exacto, que Adriano VI aquí precisamente puso adiciones esenciales, por las cuales se quitaban también especialmente los privilegios en favor de los cardenales, y se anulaban las facultades nominandi, reservandi, conferendi, commendandi, como también los nombramientos y reservaciones efectuadas en virtud de estos poderes. Es del todo nueva y rigurosamente decisiva la anulación de las facultades sobre la venta de los cargos curiales y de todas las concesiones que con relación á estos cargos fueron otorgadas por León X y por el sacro colegio durante la sede vacante. Estoy muy obligado y agradecido á la bondadosa ayuda que para estos pormenores me ha prestado el Dr. Göller.

(1) Ortiz en Burmann, 167-168. La fecha exacta de la primera publicación la ha establecido v. Domarus en el Hist. Jahrb., XVI, 76. La segunda publicación tuvo efecto en Roma, el 25 de Septiembre de 1522, como lo indica la nota final de la edición romana de las Regulae de 1522. En la composición de las Regulae tuvo parte Melchor de Baldasini; v. Göller en el Archiv. f. Kirchenrecht, LXXXVI (1906), 21.

(2) V. Sanuto, XXXIII, 303 s., 306 s.; cf. 301. Gachard, Corresp., 82 ss., 92 ss. Corp. dipl. Port., II, 77, 79, 80.

(3) V. la *carta en el apéndice, n.º 69, la cual está tomada del *Archivio segreto pontificio*.

(4) *Habemus parata omnia, quae ad navigationem nostram necessaria sunt et intra paucos dies adjuvante Domino velificaturi sumus. Carta á N. N. (quizá al colegio de los cardenales), fechada Dertusae 1522 Junii 26. Hay de ella una copia en la *Biblioteca de Mantua*, Lett. di div.

(5) Cf. la *carta de Girolamo Adorno al arzobispo de Capua de 10 de Julio

Julio, se embarcó el Papa, á pesar del extraordinario calor, en el próximo puerto de Ampolla. La partida fué tan inesperada, que una gran parte de la comitiva no llegó al puerto hasta el oscurecer; y por efecto del desfavorable temporal, no se pudo navegar hacia Tarragona hasta el 10 de Julio (1). Aquí se produjo una nueva detención por no estar todavía dispuestos todos los buques. Por fin, en la tarde del 5 de Agosto, pudo hacerse la flota á la vela. Habíase conservado secreta la hora de la partida, y se hallaban á bordo el cardenal Cesarini, como representante del Sacro Colegio, Mendoza, en nombre del Emperador, y unos dos mil soldados. La galera en que iba Adriano VI, se distinguía por un pabellón de terciopelo rojo carmesí, con las armas pontificias (2).

Adriano VI había enviado al Emperador, á 15 de Julio, además de Marino Caracciolo, que ya se hallaba á su lado, otro hombre de su confianza en la persona de Bernardo Pimentel (3). Carlos V, que, á 16 de Julio, había desembarcado en Santander, despachó por su parte al Papa al señor de Zevenbergen, para comunicarle, junto con otras muchas peticiones, el deseo de verse con él personalmente antes de su partida de España. Adriano se negó, sin embargo, á cumplirle este deseo, alegando diferentes motivos; en un escrito de 27 de Julio aseguraba al Emperador, cuánto había deseado tener una entrevista con él; pero con los grandes calores, no quería consentirle un viaje acelerado, y él mismo no podía esperar más largo tiempo, pues ya se había diferido demasíadamente su partida para Roma (4).

Como Adriano había repetido antes varias veces, su deseo de ver todavía al Emperador en España, estas excusas apenas fueron suficientes para explicar el hecho, que en todas partes despertó la mayor admiración (5), de que el Papa, después de haberse detenido durante meses enteros, se hiciera á la mar pre-

de 1522 (*Biblioteca de Mantua*, loc. cit.). La exhortación á la paz que Adriano dirigió al emperador, en 4 de Julio, se halla en *Compt. rend. de la commiss. d'hist. 3. Serie III*, 299.

(1) Desde Tarragona dirigió Adriano VI un breve laudatorio á Alb. Pio de Carpi; v. *Semper*, Carpi, 14 s.

(2) Cf. Ortiz, *Itinerarium*, 173 ss.; Höfler, 178 ss., 188.

(3) V. la carta de Adriano, de 15 de Julio de 1522, en *Compt. rend. de la commiss. d'hist. 3 Serie, III*, 300.

(4) Lanz, I, 63.

(5) Cf. la carta de Negri de 15 de Agosto de 1522 en *Lett. d. princ.*, I, 106.

cisamente cuando ya Carlos se hallaba en territorio español. No le faltaban á Adriano motivos para rehusar una personal entrevista: sabía muy bien que Carlos no aprobaba sus negociaciones con Francia, y podía asimismo temer que el Emperador volvería á insistir en otras pretensiones que le era imposible otorgarle. Á este número pertenecía el nombramiento de nuevos cardenales, que Carlos había solicitado urgentemente, y que le rehusaba precisamente en el mencionado escrito de excusa. Pero más que todo esto, era sin duda decisiva la consideración á la actitud imparcial que Adriano estaba resuelto á tomar como Jefe supremo de la Iglesia; pues, no quería, con semejante entrevista, dar ocasión al monarca francés, de suponer que el poseedor de la Santa Sede estaba al lado de su adversario (1). Por lo demás, para no ofender al Emperador, le dirigió, á 5 de Agosto, estando ya á bordo, un muy cariñoso escrito que, además de preciosos consejos, contiene una nueva excusa por su partida: cartas de Roma y Génova le habían manifestado cuán necesaria era su presencia en Italia. También se tocaba allí la diferente manera de entender la situación respecto de Francia: bien sabía él que el Emperador era contrario á un tratado con Francisco I, hasta que se hubiera quitado al monarca francés un número suficiente de fortalezas, entre ellas las extranjeras, para hacerle imposible el moverse á su arbitrio en todas direcciones. «Pero Nos consideramos también el peligro con que amenaza á la Cristiandad el poder de los turcos, y somos de parecer, que hay que oponerse primero al peligro mayor. Si nosotros defendemos y amparamos los intereses de nuestra fe, aun cuando sea á costa de nuestras ventajas temporales; en vez de permanecer indiferentes ante el daño de la Cristiandad; el Señor acudirá en nuestra ayuda» (2).

Aun cuando la escuadra que debía conducir á Italia á Adriano, constaba de 50 embarcaciones, navegaba, para mayor seguridad, á lo largo de la costa. En Barcelona se halló un solemne recibimiento; pero no se tocó en Marsella por no fiarse de los franceses. El Papa celebró la fiesta de la Asunción de la Virgen en S. Stefano al Mare, no lejos de San Remo; en Savona, el arzobispo Tomás Riario le hospedó con toda la magnificencia de un prelado del Renacimiento. De 17 á 19 de Agosto permaneció

(1) Cf. Baumgarten, II, 218.

(2) Gachard, Corresp. 103 s. Höfler, 180 s.

Adriano en Génova, donde consoló á sus habitantes, gravísimamente afligidos por la guerra; aquí se presentaron á saludar al Papa el duque de Milán y los Capitanes Generales de las tropas imperiales, Próspero Colonna, el marqués de Pescara y Antonio de Leiva (1).

El estado tormentoso del mar hizo difícil la travesía hasta Liorna, obligando al Papa á permanecer cuatro días en el puerto de Portofino; y con el perpetuo temor de tropezar con piratas turcos, se llegó finalmente á Liorna á 23 de Agosto (2). Allí hicieron al Papa un solemne recibimiento los enviados de los Estados de la Iglesia (3) y cinco cardenales toscanos: Médici, Petrucci, Passerini, Ridolfi y Piccolomini. Como éstos se hubiesen presentado con traje enteramente seglar, con sombreros españoles y armas, el Papa lo censuró con graves palabras (4); y habiéndosele querido regalar la preciosa vajilla de plata, con que estaba adornada la mesa en el castillo, repuso: «La verdad es que los cardenales se tratan aquí como reyes. Procurad más bien tesoros para el cielo» (5). Asimismo rehusó el Papa las apremiantes súplicas del cardenal Médici y de los florentinos, para que visitara á Pisa y Florencia, y estableciera por de pronto su residencia en Bolonia, á causa del peligro de la peste. «¡Tengo prisa, replicó, de llegar á Roma; á Roma!» (6) No se preocupaba de que reinara allí la peste (7). y en cuanto se levantó un viento favo-

(1) V. Ortiz, *Itinerarium*, 178 ss., 182 ss., 185 ss.; además Gachard, *Corresp.* 107 s. La carta aquí publicada de Adriano muestra la inexactitud de la narración, de que el Papa había negado la absolución á los generales imperiales. Höfler, 185, hizo ya notar esto; á pesar de lo cual Lepitre, 209, repite esta falsa narración. En el *Archivio Gonzaga di Mantua* se halla el original de un «breve de Adriano VI al marqués de Mantua ex tiremi, de 11 de Agosto de 1522, acerca de su viaje.

(2) V. Ortiz, *Itinerarium*, 188 s., y la relación de M. da Silva en el *Corp. dipl. Port.*, II, 91.

(3) Cf. Chiesi, 107.

(4) Cf. Cappelletti, II p. Adriano VI a Livorno, en *Miscell. Livorn.*, I (1894), 3.

(5) Tizio, *Hist. Senen., loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(6) V. Sanuto, XXXIII, 426, 431. Cf. la *carta de T. Campegio á Bolonia, fechada en Roma á 11 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivio público de Bolonia*.

(7) A los embajadores florentinos se les encargó que indicasen de una manera especial el peligro de peste que había en Roma; v. **Istruzione ai m. ambasc. deputati a far reverentia alla S^{ma} di N. S. quando sarà arrivata ad Livorno, deliberata ad 16 di Augusto 1522. Archivio público de Florencia*.

rable, se apresuró á dirigirse á la nave, sin participarlo á los cardenales, que se hallaban todavía á la mesa (1).

Al atardecer del 25 de Agosto, aportó Adriano á Civitavecchia, y al día siguiente pisó por primera vez el territorio de los Estados Pontificios. Una gran muchedumbre de personas, entre ellas numerosos curiales, le esperaban en la playa; y, como enviados del Sacro Colegio, habían comparecido los cardenales Colonna y Orsini (2). El Papa contestó breve, pero oportunamente, á la alocución con que le saludó el primero, y, lo propio que en los demás sitios donde se había detenido en su viaje, fué aquí su primera visita á la catedral; después se dirigió á la Rocca, donde comió al medio día y concedió audiencias. Luego, á 27 de Agosto, volvió el Papa á embarcarse. Á los necesitados que se agolpaban en derredor suyo, les dijo: «Amo la pobreza, y veréis lo que voy á hacer por vosotros.» Contrarios vientos dificultaron á 28 de Agosto el desembarque en Ostia. Adriano fué el primero que, con sólo seis personas, bajó á un pequeño bote, y sin ajeno auxilio saltó á tierra, con ímpetu casi juvenil. También allí se apresuró ante todo á dirigirse á la iglesia para orar. Los cardenales habían preparado un convite en el castillo, pero el Papa rehusó esta invitación, comiendo solo, y montando luego en seguida en una mula, que le debía conducir al monasterio de San Pablo fuori le Mura. Con el mayor desorden seguían á su presuroso Señor los cardenales y el resto de la comitiva, entre el calor y el polvo, y en el camino les salieron ya al encuentro muchos curiosos, y la guardia suiza con una litera. Después de resistirse un poco, accedió por fin el Papa á servirse de ella, pero súbitamente la abandonó y volvió á montar en su mula, mostrándose en esto tan fuerte, que todos se maravillaron. Durante la travesía, é inmediatamente después de su llegada, se había sentido Adriano tan mal de salud, que no pocos temieron por su

(1) Jovius, Vita Adriani VI.

(2) G. de Medici participa desde Roma, el 17 de Agosto de 1522: «Hanno li prefati r^{mi} [cardenales] ordinato una intimatione a tutti li cardinali absentati da Roma, che si debbino trovar quà e alli r^{mi} Orsino e Colonna che come legati debbino inviarsi alla volta di Civitavecchia per incontrar S. S^a, dove per breve al s. collegio fa intender voler venire a di lungo senza far posata in loco alcuno, e di li si delibererà, se vorrà andare alla volta di Viterbo o quello vorrà fare. El 21 de Agosto: «Ayer partió el cardenal Colonna, hoy le seguirá Orsini. 25 de Agosto: «Muchos cardenales y una gran parte de la corte se han puesto en camino para Civitavecchia. Archivo público de Florencia.

vida; mas llegado al fin de su viaje, parecía tener de nuevo fuerza juvenil, y cabalgaba, hablando con animación con el embajador imperial Don Juan Manuel. Así le vió el representante de Venecia: «Su rostro, escribía el mismo, es largo y pálido, el cuerpo fornido, las manos blancas como la nieve, y todo su aspecto impone reverencia; aun su misma sonrisa tiene algo de gravedad» (1). El exterior ascético sorprendía á todos los que por primera vez contemplaban al nuevo Papa: «Hubiera jurado, se dice en un escrito enviado á Venecia, que ha sido religioso» (2).

Como quiera que en Roma reinaba la peste, aconsejaban muchos al Papa se hiciera coronar en San Pablo; pero Adriano no accedió á ello, y resolvió que la ceremonia se celebrara en San Pedro, con la mayor sencillez posible. Después de ella pensaba permanecer en Roma, á pesar de la epidemia (3), pues quería tranquilizar con su presencia á sus moradores, gravemente afligidos, y poner orden en la Ciudad. Por efecto de la ausencia del Papa, y de haberse declarado la peste, una gran parte de los curiales había abandonado á Roma, en términos que Castiglione la comparó con una abadía despojada (4). Las circunstancias eran allí verdaderamente caóticas: mientras los fieles acudían por remedio á las procesiones de rogativas, un griego llamado Demetrio podía poner en escena, para apartar el azote de la peste, un formal conjuro con el sacrificio de un toro; contra lo cual procedió finalmente el vicario del Papa (5). Se comprende,

(1) Sanuto XXXIII, 434-435; cf. 426 s., 430. *Carta de A. Taurelli, de 27 de Agosto de 1522, existente en el *Archivo público de Módena*. *Carta de G. de' Medici de 28 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. Ortiz en Burmann, 192. Brewer, III, 2, n. 2771. Höfler, 188 s.

(2) Sanuto XXXIII, 432.

(3) En 23 de Agosto de 1522, G. de' Medici podía participar que: *To davla no estaba determinado, si la coronación sería en S. Pablo ó en S. Pedro: nel uno luogo e altro si fa preparatione, la qual sarà con poca cerimonia e manco spesa; ancora che la peste vadia continuando al far danno, questi ministri di S. S^{ta} dicono farà la incoronatione a S. Pietro et che Sua B^{ne} si fermerà in Roma. *Archivo público de Florencia*.

(4) Carta de 16 de Agosto de 1522: Roma pare una abatia spogliata per esserse partito un numero infinito de persone (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Sobre la mala situación que reinaba en Roma por efecto de la ausencia del Papa, cf. la *carta de A. Taurelli, fechada en Roma á 7 de Junio de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*.

(5) Además de la carta de Negri (Lett. d. princ., I, 106*), cf. señaladamente las relaciones que se hallan en Sanuto, XXXIII, 401, 402-403. A Gregorovius

pues, que Adriano se apresurara, y fijara su entrada luego para el siguiente día.

A 29 de Agosto, dijo el Papa, muy de mañanita, una misa rezada; la cual nunca había omitido, ni aun durante el penoso viaje por mar; luego hizo que le presentaran á los cardenales, en el magnífico crucero de San Pablo. A todos los recibió con una amistosa sonrisa; pero sin distinguir á ninguno de ellos; después de lo cual, le tributó el Sacro Colegio la primera adoración, en la sacristía adyacente (1). En esta ocasión Carvajal, como deán y cardenal-obispo de Ostia, pronunció un discurso, en el que lamentó, con libertad de espíritu, los males que habían traído sobre la Iglesia, papas indignos, elegidos por simonía; por lo cual saludaba con tanto mayor gozo á Adriano, que era de tan diferente índole; y aun cuando no se necesitaban particulares exhortaciones para con un Papa semejante, quiso, sin embargo, representarle especialmente siete puntos: Primero, que suprimiera la simonía, la ignorancia, la tiranía, y todos los demás vicios que afeaban á la Iglesia; se valiera de buenos consejeros y tuviera enfrenados á los funcionarios del Gobierno. Segundo, que reformara la Iglesia conforme á los Concilios y á los cánones, en cuanto los tiempos lo permitían. Tercero, que, respecto de los cardenales y prelados, honrara y levantara á los buenos, y tuviera solicitud de los pobres. Cuarto, que se administrara justicia sin distinción á todos, y se confiriesen los empleos á los mejores. Quinto, que prestara auxilio en sus apuros á los fieles, particularmente á los nobles y religiosos. Como sexto punto tocó el cardenal la necesidad de oponerse á los turcos, que amenazaban á Hungría y Rodas; para lo cual era necesario establecer una tregua entre los príncipes y recaudar fondos de cruzada. Para terminar, recomendó Carvajal la reconstrucción de la iglesia de San Pedro, que con gran dolor suyo había sido derribada. Si el Papa hiciera estas cosas, su

(VIII, 389) se le pasaron éstas por alto, y por esto da fe á Bizarus (Hist. Gen., XIX, 456), quien refiere que Demetrio sacrificó un toro á los demonios en el coliseo. Adriano VI no pudo haber favorecido tales supersticiones, como dice un enemigo suyo; lo cual se manifiesta por su *Sanctio in magos* y su proceder contra la magia y culto del demonio; cf. Raynald, 1522, n. 15; 1523, n. 87; Bull. V, 24 s.; Cantù, *Storia di Como*, 106; Lepitre, 318 s. Cf. Soldan-Heppe, I, 515 y Hansen, *Quellen zur Geschichte des Hexenwahns*, 34 s.

(1) Sanuto XXXIII, 428, 431.

nombre resplandecería con igual gloria ante Dios y ante los hombres (1).

En su breve respuesta, dió el Papa las gracias por su elección, y declaró las causas de su tardía llegada, así como también, que estaba de acuerdo con el amplio programa de reformas desarrollado por Carvajal; luego rogó á los cardenales que renunciaran al derecho que poseían, de ofrecer asilo á los malhechores. Todos lo otorgaron; después de lo cual, tuvo lugar en la basilica de San Pablo la segunda adoración. En una nueva alocución, conjuró Adriano con palabras conmovedoras, á los cardenales presentes, prelados, embajadores y grandes de Roma, á que le apoyaran con sus oraciones.

Produjo grande expectación, la extraordinaria severidad que manifestó desde luego el nuevo Papa. De las numerosas súplicas que se le presentaron, solamente suscribió las de los conclavistas; habiéndose atrevido Ascanio Colonna á interponer sus ruegos en favor de Lelio della Valle, que había cometido un homicidio, contestó Adriano: «No se conceden absoluciones por homicidios, excepto por muy graves causas, y después de haber oído á aquellos que se consideran injuriados. Queremos, pues, oír á ambas partes; pues nuestro designio es, que se cumpla la justicia aunque se hunda el mundo.» Luego, un palafrenero que Adriano había traído consigo de España, le pidió un canonicato; y la contestación fué: «No queremos otorgar canonicatos, sino á aquellos que cumplan con la residencia, y no á los palafreneros.» También el obispo de Pesaro, habiendo pedido un canonicato de San Pedro, recibió una repulsa. Al cardenal Campegio, que le hizo otra súplica semejante, contestó Adriano: «Ya veremos.» El Papa rehusó incondicionalmente, la admisión de composiciones por dinero; las gracias que pudiera conceder, quería darlas gratuitamente. Cuando, finalmente, se aglomeró la gran muchedumbre de los palafreneros de León X, y le suplicó de rodillas, que los confirmara en su servicio, Adriano nadá les contestó, limitándose á hacerles con la mano señal de que se levantaran. A los romanos, que querían levantar un arco de triunfo en la Porta Portese, les hizo indicar suspendieran el trabajo; pues tal homenaje era

(1) V. Höfler, 193 s. El mismo publicó el texto original del discurso en los *Abhandl. der Münchener Akad.*, IV, 3, 57-62. El *código de la Bibl. Vallicell., no designado por Höfler con pormenores, lleva la signatura J. 49.

pagano, y no sentaba bien á cristianos piadosos. A la diputación de las Autoridades romanas, dirigió el Papa frases de consuelo, respecto á la peste que reinaba en la Ciudad, advirtiéndole á los habitantes, que tuvieran buen ánimo, pues él se contentaría con muy poco para su persona (1).

Aun cuando, conforme á la expresa voluntad de Adriano, se evitó en lo posible, en su entrada en Roma, toda exagerada pompa, los habitantes no quisieron dejar de adornar sus casas con tapices; y, llenos de alegría, porque al fin, después de nueve meses, volvían á ver á un Papa, salieron á su encuentro con demostraciones de júbilo. Adriano fué conducido en litera hasta la puerta de San Pablo, y luego montó en un blanco caballo. Cerca de la iglesia de San Celso vino una procesión de niños con la imagen de la Madonna del Pórtico, que hacían trece días venían paseando por la Ciudad, para conjurar el azote de la peste. Adriano, no solamente se quitó el sombrero, sino también el solideo y se inclinó profundamente delante de la milagrosa imagen; al paso que los cardenales se limitaron á quitarse el sombrero. Mientras retumbaban los cañones del castillo de Sant-Angelo, la comitiva se dirigió, bajo los ardientes rayos de un sol de Agosto, á la basílica de los Príncipes de los Apóstoles.

Luego el próximo domingo, 31 de Agosto, tuvo lugar en San Pedro la coronación, con las ceremonias usuales. A causa de la peste, no fué tan grande como de costumbre la asistencia del pueblo; y la solemnidad, en la que se evitaron todos los gastos excesivos, transcurrió tranquilamente. El convite de la coronación no fué sibarítico, pero tampoco mezquino; y luego á continuación se dirigió el Papa á una sala contigua, donde conversó con los cardenales, retirándose después á sus aposentos.

El primer edicto del nuevo Papa prohibió, bajo graves penas, llevar armas en la Ciudad, y desterró de Roma á todas las personas de vida escandalosa. Otra segunda ordenación prohibió á los eclesiásticos usar barba, con la cual tenían más apariencia de soldados que de sacerdotes. Tal sencillez, piedad y severidad, como manifestaba abiertamente el nuevo Papa, nunca aún las

(1) V. Sanuto XXXIII, 428, 431, 435-436; Ortiz, *Itinerarium*, 195 ss.; Brewer, III, 2, n. 2521; Negri en las Lett. d. princ., I, 107; las **cartas de G. de' Medici de 29 y 31 de Agosto de 1522 (*Archivio público de Florencia*); Blasius de Martinellis, *Diarium* en Cancellieri, Possessi, 86 s. Cf. Höfler, 194 s.; Lepitre, 210 s.; Creighton, V, 198 s.

habían visto los curiales (1), y constituían el más rudo contraste imaginable respecto del excesivo lujo, mundana alegría y refinada cultura, que habían dominado bajo el Papa Médici.

Mientras los cardenales, prelados y cortesanos de León X, murmuraban secretamente, los testigos imparciales no negaban al nuevo Papa su reconocimiento; su vida ejemplar y santa, su gran sencillez, piedad y amor á la justicia, producían impresión profunda aun en los observadores inclinados á la censura (2). «Adriano, refiere uno de éstos, es amigo de la ciencia, principalmente de la Teología, y no puede sufrir á los sacerdotes ignorantes. Distribuye su tiempo con orden riguroso, entre la oración y las ocupaciones propias de su cargo; no tiene junto á sí más que dos servidores flamencos, que son hombres sencillos; y el resto de su servidumbre consta del menor número posible de personas.» A los cardenales, que rogaban al Papa se proveyera de una servidumbre correspondiente á su dignidad, contestó: que no podía ser, porque debía antes pagar las deudas de su predecesor. Cuando se enteró de que León X había tenido unos cien palafreneros, santiguóse diciendo: que á él le bastaban perfectamente cuatro; pero, como era decente que tuviera más que un cardenal, pensaba tener doce.

Generalmente se estimaba, que el nuevo Papa juntaba en su exterior la dignidad con la buena gracia; y aun cuando se hallaba ya en el sexagésimo cuarto año de su edad, parecía ser á lo más sexagenario. Hablaba siempre en latín y, según observaban los italianos, no lo hacía mal para un «bárbaro»; pero su pronunciación les agradaba menos, por las muchas guturales ásperas.

Contrastando con la afición de León X á los placeres, sorprendía á todos que Adriano conservaba en palacio su severa forma de vida, y, según acentuaba el embajador veneciano, guardaba una conducta enteramente ejemplar. El español Blas Ortiz observa, no haber notado nunca cosa mala en aquel Papa, el cual

(1) Sanuto XXXIII, 429, 431, 437-438. Blasius de Martinellis en Gatticus, 385 ss. Ortiz en Burmann, 195-199; Lett. d. princ., I, 107». En Redlich, Nitrab. Reichstag, 6, hay relaciones alemanas. **Carta de G. de' Medici de 31 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*. *Carta de A. Taurilli de 31 de Agosto de 1522, que se halla en el *Archivo público de Módena*. *Relación de T. Campegio á Bolonia, de 11 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*.

(2) Para lo que sigue, v. especialmente la carta de Negri publicada por Sanuto, XXXIII, 429-430; cf. Lett. d. princ., I, 108.

era un espejo de todas las virtudes (1). Observando exactamente la distribución de las horas canónicas, levantábase Adriano á maitines, y luego echábase de nuevo á descansar, para levantarse al rayar el alba, celebrar su misa y oír la de su capellán. El que un Papa ofreciera diariamente el Santo Sacrificio, era cosa tan nueva, que hasta los cronistas que vivían lejos, hacen resaltar especialmente esta prueba de la piedad de Adriano VI (2). Dedicábase una hora antes del mediodía á conceder audiencias, las cuales daba Adriano frecuentemente en su gabinete de estudio, lleno de libros y situado junto á su dormitorio. La comida y la cena, que el Papa tomaba siempre solo, eran de una extraordinaria simplicidad; reduciéndose á algún plato de ternera ó de vaca, á veces una sopa, y en días de ayuno sólo pescado. Para sus propias necesidades gastaba lo menos posible (3), y aun se dice que comía en escudillas pequeñas como pudiera un pobre párroco de aldea (4). De su cocina y lavado cuidaba una vieja sirvienta flamenca. Después de comer, echaba el Papa siesta, luego rezaba el resto del breviario, y después volvía á conceder audiencias. Como era por extremo delicado de conciencia, reflexivo y angustiado, y á esto se añadía el verse colocado súbitamente en circunstancias enteramente nuevas, parecía Adriano muy irresoluto. También se lamentaba, que el Papa se empeñara en continuar estudiando mucho, no sólo leyendo, sino también escribiendo y trabajando, lo cual, unido á su amor á la soledad, le hacía difícilmente accesible. Asimismo desagradaba mucho á la vivacidad de los italianos, su monosilabismo (5).

Pero la principal falta que tenía Adriano á los ojos de los curiales consistía en ser extranjero. Todos los italianos de aquel tiempo, estaban orgullosos del alto nivel de su cultura, y miraban con desprecio y como inferiores, á todos los extranjeros, principalmente á los desmañados «bárbaros» tudescos. ¡Y uno de éstos

(1) Burmann, 228.

(2) Cf. Lancellotti, I, 423; cf. arriba p. 43.

(3) La noticia que refiere Gradénigo con un *se dice*, de que Adriano sólo gastaba un ducado diario para su comida, es una anécdota exagerada; v. en el apéndice n.º 83 la *relación de L. Catí de 21 de Marzo de 1523. *Archivo público de Módena*.

(4) La rara relación «Cómo el Padre Santo Adriano hizo su entrada á caballo en Roma» (1522), trae esta comparación.

(5) V. las relaciones venecianas en Albéri, 2 serie, III, 74 s. y 112; Jovins, *Vita Adriani VI*.

debía gobernar ahora en Roma, que había sido hasta entonces el centro del Renacimiento literario, é intervenir de una manera directiva en la política italiana!

La antipatía nacional entre Adriano y los italianos, se acentuó aún más por la circunstancia de que, el ya anciano Papa, no poseía la necesaria flexibilidad para acomodarse, en cosas indiferentes y de poca importancia, á los que le rodeaban. Así el idioma como la forma de vida de su nueva residencia, continuaron siéndole extraños (1), y perseveró, no sin cierto modo de afectación, en el severo tenor de vida que hasta entonces había observado. La gracia de las formas sociales, de que tanto caudal hacían los italianos, faltaba totalmente á aquel varón encanecido en la enseñanza; aun en Roma, no desmintió al callado y seco erudito, amante de la soledad de su gabinete de estudio, y á quien fácilmente enfadaba el demasiado trato con las gentes. La sencilla modestia de la persona de Adriano y su ascética severidad, formaban, con las costumbres de León X, el más rudo contraste que se pueda imaginar; y este contraste se muestra, como en todos los demás órdenes, así también en la actitud que adoptó respecto de la cultura del Renacimiento italiano.

Todas las personas instruídas se entusiasmaban entonces por el arte antiguo; mas cabalmente respecto de su belleza, faltábale inteligencia á Adriano (que por temperamento era principalmente sobrio y grave), hasta el punto de no mirar en aquellas creaciones, sino restos del Paganismo. La brillante magnificencia de mármoles, que habían expuesto sus predecesores en el Belvedere, no ofreció á su carácter puramente religioso el interés más mínimo; y cuando se le mostró el grupo de Laocoonte, que pasaba entonces por la más notable de las obras de arte (2), limitóse á observar en su manera enjuta: «Con todo, no son sino imágenes de ídolos paganos.» Esta expresión se podría tener por mera anécdota, si no estuviese tan bien atestiguada (3). «Toda-

(1) Adriano VI se sirvió siempre de la lengua latina (v. la *relación de Bart. Prosperi de 21 de Septiembre de 1522), porque no sabía bastante el italiano (v. la *carta de Enea Pio de 5 de Octubre de 1522. *Archivo público de Módena*).

(2) *Opus omnibus et picturae et statuariae artis praeponendum, dice Tizio, *Hist. Senen., loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) No solamente por Jovius (Vita Adriani VI), cuya autoridad no sería suficiente, sino también por G. Negri en su carta de 17 de Marzo de 1523, Lett. d. princ., I, 113.

vía hará como San Gregorio Magno, decía Jerónimo Negri, secretario del cardenal Cornaro; y mandará convertir las estatuas antiguas en cal para la construcción de San Pedro» (1). Lo cierto es que el Papa regaló algunas antigüedades (2), y mandó tapiar todas las entradas, que hasta entonces habían estado abiertas, del Belvedere, excepto una sola, cuya llave guardaba él mismo (3).

También la belleza del arte del Renacimiento parece haber sido para Adriano un libro cerrado. No se volvió a pensar en continuar las pinturas de la sala de Constantino (4), y los discípulos de Rafael tuvieron que buscar ocupación en otra parte (5). No quiere decir esto, que Adriano fuera del todo ignorante en materia de arte (6); sólo que, el arte italiano del Renacimiento, no cuadraba á sus gustos septentrionales. Su retrato (7), hizolo

(1) Lett. d. princ., I, 113.

(2) Esto lo tomo de la *relación de Gabbioneta. En 27 de Julio de 1523 refiere éste que dió las gracias al Papa por el dono delle imagine marmoree, á lo que contestó Adriano: Fecimus libenter et libentissime. En 29 de Octubre escribe Gabbioneta: *Mando per doi garzioni del Furia la tavola marmorea, la qual donò papa Adriano. *Archivo Gonzaga de Mantua*. Cf. además Gaye, II, 155.

(3) Cf. la relación veneciana en Albèri, 2 serie, III, 114.

(4) Cuán determinadamente se había contado con su conclusión, se saca de una *carta de Castiglione, de 26 de Diciembre de 1521, que se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Vasari, por consiguiente, ha de hablar muy mal de Adriano VI. Con todo eso, cuando cuenta (ed. Milanese, V, 456), que el Papa llamó la capilla sixtina, cuarto de baño de gente desnuda, y declaró la intención de derribarla, basta ya el silencio de Jovio, enemigo de Adriano VI, para hacer que aparezca esta relación como muy sospechosa. Como Crowe-Cavalcaselle, VI, 399 s., y Steinmann (*Sixtinische Kapelle*, II, 231, 515) le dan crédito, hago notar todavía que ninguno de los embajadores refiere cosa semejante. Los procuradores mantuanos, que tanto interés mostraban por las cosas artísticas, á buen seguro hubiesen escrito á su corte semejante atentado, si hubiese habido designio de ejecutarlo. Todo ello, ó es una fábula de Vasari, ó una invención de los muchos enemigos que tenía el Papa alemán.

(6) Esto parece creer Müntz, Hist. de l' Art III, 37. En su Bibl. du Vatican, 64, llama también á Adriano falsamente ennemi des lettres et des livres; cf. Además Giorn. d. lett. Ital. IX, 453.

(7) Cf. Hann, Meister Jan Scorel und das Obervellacher Arttribut, Klagenfurt 1888; Toman, Studien über J. Scorel, Leipzig 1889; Zeitschr. für bildende Kunst XXI, 83 s.; Grünitz, Deutsche in Rom 109; v. Jacksch, Die Scorelsche Altartafel zu Obervellach, Klagenfurt 1890; Janssen-Pastor VI^o, 109 s.; Janitschek, Geschichte der Malerei 521; Wurzbach, Gesch. der holländ. Malerei (1885) 62; quien, con todo, difícilmente estaría dispuesto para traer una demostración de la afirmación que sienta, de que Adriano nombró á Scorel «director de sus tesoros artísticos».

pintar por un pintor flamenco Jan Scorel (1). Por lo demás, pensaba Adriano muy seriamente, en la continuación de la nueva edificación de San Pedro (2), bien que le movían en esto, más los intereses religiosos que los artísticos. Contra el concepto de Adriano como «bárbaro», habla también el hecho de haber redimido, á pesar de sus apuros pecuniarios, los tapices de Rafael (3), empeñados después de la muerte de León X; los cuales mandó colgar de nuevo en la capilla sixtina, en ocasión de celebrarse el aniversario de su coronación (4).

La brillante magnificencia del Vaticano repugnaba á este Papa. Al principio llegó hasta á pensar no vivir allí, deseando alquilar para su habitación una sencilla casa con jardín. Lleno de asombro, da cuenta el embajador imperial de este raro designio del Papa nuevamente elegido, á quien Dios había concedido, sin embargo, el más hermoso palacio de Roma (5).

No menor extrañeza causó asimismo, que Adriano no otorgara la más mínima muestra de favor al enjambre de poetas y

(1) Albèri 2 serie, III, 205. Un retrato de Adriano, de Scorel, se halla ahora en la sala del senado de la universidad de Lovaina; otro, se supone de Scorel, en el museo de Utrecht. Cf. *Zeitschr. für bildende Kunst* XVIII, 51 ss.; v. también Moes, *Iconogr. Batava* I, 4; *Jahrb. der preuss. Kunstsaml.* I, 197 y el periódico «Adler» 1882, 26, citado arriba p. 29. not. 4. En el Rijks-Museum de Amsterdam se halla con el n.º 539, un retrato de Adriano VI de tamaño natural con todos los ornamentos pontificales. Esta copia de un retrato original procede del museo nacional de La Haya; v. Bredius, *Catalog. d. Schilderijen in het Rijks-Museum te Amsterdam*, Amsterdam 1887, 68. Burmann, al frente de la Vita compuesta por Moring, ha puesto la copia del retrato que el Papa regaló al cabildo de Utrecht. El retrato que, en la galería de Nápoles, es designado como Adriano VI, representa á Clemente VII; v. Wickhoff en el *Kunstgeschichte. Anz.* 1904, 98. Las nobles y venerables facciones de Adriano reproducélas primorosamente una de sus medallas. Un hermoso ejemplar de ellas se halla en el gabinete de monedas de Viena. Sobre las monedas y medallas de Adriano v. Cinagli 89 s.; Köhler, *Eine Münze Papst Hadrians VI*, Nürnberg 1730, y Armand II, 114 s.; III, 144, 198 s.

(2) Cf. Sanuto XXXIII, 438 y la *carta de G. M. della Porta de 1 de Octubre de 1522, existente en el *Archivio pubblico de Florencia*.

(3) Cf. nuestras indicaciones arriba vol. VIII, p. 234.

(4) Este hecho, hasta ahora desconocido, se saca de una *relación de L. Cati fechada en Roma á 2 de Septiembre de 1523, la cual por desgracia ha sido destruida en parte por un incendio. Es legible todavía lo siguiente: «N. S^{ro} cossi come ha facto de l'altre cose recuperate da quelli mercatanti, cossi anche ha voluto mostrar quelle cortine, che fece far papa Leone secondo un disegno di Raphael d'Urbino et a quella proxima capella le ha fatto metter fuori. *Archivio pubblico de Modena*.

(5) Bergenroth II, n. 392.

humanistas frívolos, á quienes tenía tan mal acostumbrados León X. Aun cuando no carecía de gusto por la elegancia de la locución latina, aquel práctico flamenco, no hizo caso alguno de los fabricantes de versos, y aun se dió prisa para manifestar el menosprecio que de ellos hacía. Cuando otorgó á Paulo Giovio un beneficio en Como, hizo notar el Papa, que le concedía esta distinción porque Giovio era historiador y no poeta. Lo que principalmente indispuso á Adriano contra los poetas humanistas de entonces, fué la disoluta manera de vivir de los más de ellos, y el modo, con frecuencia frívolo, con que jugaban con las divinidades del Paganismo. León X, llevado de su entusiasmo por la belleza, no había reparado en semejante abuso; pero el grave hijo del Norte aplicó justamente á estas cosas otra más severa medida (1). Mas no se puede negar, que su reacción, en esta parte, fué por ventura demasiado lejos, no distinguiendo, en los humanistas, los elementos buenos de los malos; aun el excelente y piadoso Sadoletto no halló gracia á sus ojos, y produjo verdadero asombro, el que observara el Papa, menospreciando las epístolas universalmente admiradas del mismo, que eran cartas de un poeta (2).

El desarrollo cultural del Renacimiento, que había alcanzado su apogeo en tiempo de León X, constituía para Adriano VI un mundo totalmente extraño, en el cual no se hallaba á su gusto; y el rudo cambio que con su ascensión al trono se produjo en Roma, se sintió tanto más, cuanto el liberal Papa Médici se había entregado más sin reservas á todas las tendencias de aquella cultura. Públicamente se lamentaban los eruditos, de la nueva

(1) Jovius, Vita Adriani VI; Schulte I, 230.

(2) Negri, en Lett. d. princ. I, 113, quien ve en esta expresión un beffeggiare de la eloquenza. Cuán poco apreciaban los oradores de entonces el ánimo grave y serio de Adriano VI, lo muestra la *Oratio de passione Domini, que se halla en el Cod. Vat. 8106, f. 53 s. (*Biblioteca Vaticana*), en la cual se halla el apóstrofe Te dive Adriane, lo cual sin duda era para el Papa una atrocidad. Todavía sucedió más esto en las desmedidas alabanzas de Baldi (Zeitschr. für schles. Gesch. XIX, 169). Se han conservado muy raros ejemplares impresos de un discurso y un sermón pronunciados delante de Adriano VI: 1. Barth. Arnolphi Oratio habita in publ. consist. ad Adrianum VI. P. M. pro obedientia reipubl. Lucen.; s. l. et a. 2. De Christi passione oratio Io. Mariae archiepisc. Sipontini habita in sacello pontif. ad Hadrianum VI. P. M. ac ampliss. card. senatum 1523. III, Non. April. Romae 1597. La *Oratio Raynaldi Petruccii ad Adrianum VI. con ocasión de prestar obediencia los de Senna, se halla en el Cod. Vat. 3578 de la *Biblioteca Vaticana*.

era, en la que el Vaticano, hasta entonces bullicioso centro de la vida literaria y artística, se había convertido en un silencioso monasterio; olvidábanse todas las excelentes cualidades de Adriano, y no se consideraba en él sino al extranjero, á quien eran extrañas las artes, las costumbres y la política de Italia.

Por lo demás, el alejamiento de Adriano de los literatos y artistas italianos, no dependía sólo de que le faltara inteligencia y gusto por el Renacimiento; pues, dada la brevedad de su reinado, y los graves apuros financieros con que tuvo que luchar, no se halló en estado de mostrarse un Mecenas en este género (1); pero los contemporáneos perdieron totalmente de vista

(1) Müntz me comunicó, en 1900, que en las cuentas de Adriano VI no había hallado más que una sola expensa para el arte; pero esta misma es característica del píadoso Papa. *Por octubre de 1522 dió una paga al aurífice per fare due angeli et una corona a la nostra donna. Fuera de eso, yo hallé en *Div. cam. 71, f. 226^a del *Archivio segreto pontificio* un *mandato del camarlingo á Evangelista de Torquatis civ. Rom. D. Romae in cam. apost. 18 Julii 1523 pontif. Adriano VI pro abstergenda, decoranda et silligenda via S. Spiritus de urbe. Cf. el *mandato de 24 de Julio de 1523, en Div. cam. 74. Moll, Kerkhist. Archief II, 45, hace mención de un órgano, regalado por Adriano VI á los Países Bajos. Su escudo, puesto en la fachada del Palazzo Pubblico de Foligno, parece aludir á una ayuda de costa ó protección prestada por Adriano VI. Escaso fue el número de *dedicatorias literarias* hechas á Adriano VI. Fuera de la obra del cardenal Cayetano, mencionada arriba pág. 23, not. 4, y del escrito de Guiljelmus Vallia Rhegiensis sobre el Exarcado de Italia, del cual H. Sauer (Göttinger Diss. 1908) ha tratado recientemente (á los manuscritos que cita este autor pág. 16, hay que añadir: Ottob. 2521, Urb. 813, f. 1 s. y 864, f. 273 ss., Barb. XXXIII-97), han de citarse un escrito de Hochstraten contra Lutero (v. Lämmer, Vortrid. Theol. 17), asimismo otro de Eck (Höfler 323), Thomas Illyricus (Franciscano), Libellus de potest. s. pontificis, Taurini 1523 (con dedicatoria de 12 de Noviembre de 1522), Petri Martyris, De insul. in mari Oceano a F. Cortesio repert. (*Cod. Vatic. 5795) y Joh. Ant. Flaminii Epistola ad Adrianum VI. Dat. Bononiae 1523, XV Cal Martii (el original del ejemplar dedicado al Papa se halla en el *Cod. Vat. 7754): *Biblioteca Vaticana*. V. Albergati en su *carta de 21 de Diciembre de 1522 (*Archivio público de Bologna*) menciona la dedicatoria de otra obra de Flaminio, en que se defendía el cristianismo contra el judaísmo, y la recompensa que el Papa dió al autor. El monje Romulus de S. Cruce (Fabrianen.) dedicó á Adriano VI el Liber Alberti magni de ordine universi (el original del ejemplar dedicado al Papa está en el *Cod. Vat. 3739 de la *Biblioteca Vaticana*). Aquí mismo Cod. Ottob. 888, se halla: *Gregorii Mutinen. monachi opusculum adversus negantes Petrum Romae fuisse, dedicado á Adriano VI. V. también G. Cortesius, De itinere Rom. S. Petri ad Adr. VI (Opera Cort. I, 213 s.). Sobre el discurso de Jorge Sauer-mann dedicado al Papa alemán, v. Zeitschrift für schles. Gesch. XIX, 167, s.; respecto del escrito de Ferreri, v. abajo p. 74, not. 2. Sobre la ayuda é impulso que dió el Papa á la traducción de la Biblia hecha por Pagnini, cf. Wetzer u. Weltes Kirchenlex. IP, 738. Bat. Fiera dedicó á Adriano VI su poema *De ho-

esta imposibilidad, echando toda la culpa á la «barbarie» del extranjero.

No menos dolorosa impresión les producía la extranjera comitiva que rodeaba al Papa. Junto con los suizos (1), tomó Adriano al principio, á su servicio, soldados españoles como guardias de corps (2); y se dió á un español la alcaidía del castillo de Sant-Ángelo (3). Fuera de esto, también se componía principalmente de «bárbaros», ó sea, no-italianos, la servidumbre del Papa, la cual, por el deseo de hacer economías, se redujo á lo indispensablemente necesario. Así quedaron desvanecidas, para los numerosos servidores altos y bajos de León X, las esperanzas de continuar en sus ociosos empleos; y principalmente de esta parte salieron las acusaciones y burlas contra los servidores flamencos del nuevo Papa (4), los cuales contribuyeron mucho á enajenarle los ánimos. Aun antes que el Papa hubiera entrado en Roma, se comenzó ya á rebajar á los que le acompañaban, pintándolos como hombres insignificantes (5); pero, en realidad, los tres extranjeros que eligió Adriano para sus consejeros principales, eran personas dignas, excelentes y de muchas cualidades (6).

Ante todo, puede decirse esto de *Guillermo van Enkevoirt*, oriundo de Mierlo en el Norte de Brabante; el cual, unido en antigua amistad con Adriano VI, había entrado en tiempo de Julio II en la Cancillería pontificia, y luego había sido nombrado escritor apostólico, protonotario, y en 1517, procurador de Carlos V en Roma. En su carácter tenía Enkevoirt muchos puntos de semejanza con el Papa, y también le eran propios un ardiente amor á su país natal, sincera piedad, delicada conciencia y beneficencia (7). Uno de los primeros actos de Adriano VI, fué con-

mine, y por ello obtuvo un breve de acción de gracias: v. Donesmondi, *Ist. eccl. di Mantova* II, 140 s.; Tiraboschi VII, 2, 16 y 3, 167, 200; *Giorn. d. lett. Ital.* XXXIV, 54-55.

(1) Cf. Anz. f. schweiz. Gesch. 1886, 36.

(2) Tizio, *Hist. Senen, loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) *Carta de T. Campegio de 27 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bologna*. Cf. el **breve de 24 de Septiembre de 1522, á Rufo Teodoli, Div. cam. LXXIV, 6, del *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. sobre los mismos Bergenroth II, n. 490, 540.

(5) *Con S. S^{ta} non intendo sia huomini di molta auctorità ne intelligentia. G. de' Médici en 27 de Agosto de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(6) V. Schulte I, 230. Cf. también Schmidlin 276.

(7) V. en Burmann 44 not. las obras antiguas que tratan de Enkevoirt. Cf. además la importante memoria de Roijaards, Kard. Willem v. Enkevoirt, en

fiar á este antiguo y probado amigo, y exacto conocedor de las cosas de Roma (1), el cargo importantísimo de Datario (2). Ya antes se había llamado á Enkevoirt, la mitad del alma y corazón de Adriano (3); y ahora se esforzó, con un celo que traspasó con frecuencia los límites de lo permitido, por ejercer aquel cargo de confianza como primero y principal consejero del Papa (4).

Además de Enkevoirt, tuvieron gran privanza con el Papa, Dietrich van Heeze, Juan Winkler y Juan Ingenwinkel. Procede este último del Bajo Rhin, era hombre muy hábil, que acertó á conservar su cargo y la confianza del Papa, aun en tiempo de Clemente VII, y murió siendo Datario del segundo Papa Médici (5). Juan Winkler era oriundo de Augsburgo; en tiempo de León X había sido nombrado notario de la Rota, y murió al principio del pontificado de Paulo III, siendo un prelado rico y distinguido (6).

Si Winkler, lo mismo que Ingenwinkel, miraron algunas veces más de lo justo por asegurar con prebendas sus propias ventajitas, Dirk (Dietrich) van Heese fué, por el contrario, una persona desinteresada y enteramente recomendable. Habiendo sido

la que no han reparado Höfler y Schmidlin, que se halla en el *Archief v. ker-
kelijke geschied.* IX (1838), 119-231, y F. Hauptmann en el *Bonner Archiv* IV,
(1892) 37, 64 s., 96 s. V. además *Regesta Leonis X*, n. 8285, 8303, 17716; *Lib. con-
frat. de Anima* 20; *Picks Zeitschr.* 7.-9. Heft, 417; *Grüvenitz, Deutsche in Rom*
130 s.; *Schulte, Fugger passim*; *Dumont, Gesch. der Pfarreien der Erzdi. Köln*
1885, 335; *Zeitschr. des Aachener Geschichtsvereins* XVIII, 320 s., XIX, 2, 116;
Kalkoff, Aleander 65 Anm. 1; *Paquier, Aléandre* 285; de Waal, *Campo Santo*
101; *Petenegg, Urk. des Deutschen Ordens* 602; *Archief v. Haarlem* XI, xiii;
Pericoli, S. Maria d. Consolaz. 119.

(1) *Amicus meus antiquus et praecipuus*, le llama Adriano en un breve de 18 de Febrero de 1522. *Sanuto XXXIII*, 79.

(2) El próximo nombramiento de Enkevoirt para datario, el cual ya había recomendado Manuel en 11 de Enero de 1522 (*Gachard, Correspond.* 8), lo anuncia G. de Médici en una carta de 27 de Agosto de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(3) *Corculi et animae dimidium*. Aleander á Enkevoirt. *Mai, Spicil.* II, 235.

(4) Cf. abajo capítulo II.

(5) *Schulte* I, 231.

(6) Sobre Winkler, cf. *Bergenroth* II, n. 490, 502; *Kalkoff, Aleander* 202, Anm. 1. G. M. della Porta notifica, en una *carta de 23 de Septiembre de 1522 (*Archivo público de Florencia*), que Adriano ha nombrado referendario á «Giovanni Vincle», y que éste posee influjo. Peregrino, en una *relación al marqués de Mantua, fechada en Roma á 22 de Julio de 1535, menciona la muerte de «Giovanni Vincle», como acaecida ayer, y dice que Winkler dejó muchos beneficios y un caudal de 20000 ducados. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

al principio amigo de Erasmo, no siguió después Heeze en manera alguna, los caminos, en parte muy ambiguos, de aquel célebre erudito; sino adhirióse resueltamente á aquellos que meditaban una reforma estrictamente católica. Heeze, á quien alaban los contemporáneos por su erudición, modestia, piedad, severidad de costumbres y delicadeza de conciencia, fué colocado por Adriano VI, como secretario particular, al frente de la Cancillería, y le costó algún trabajo habituarse al despacho de los negocios en la expedición de breves (1). Después de la temprana muerte de su protector, abandonó la Curia, y se retiró de nuevo á su patria, donde murió en Lieja, siendo canónigo de San Lamberto (2).

Fuera de estos compatriotas suyos, honró también Adriano con su confianza á algunos españoles, como Blas Ortiz, y á varios italianos; entre ellos los obispos de Feltre y Castellamare, Tomás Campegio (3) y Pedro Fiori, y principalmente á Juan Ruffo Teodoli, arzobispo de Cosenza (4). Auditor de Cámara fué nombrado Jerónimo Ghinucci (5), y también el cardenal italiano Campegio fué pronto distinguido por el Papa y llamado á tomar parte en muchos negocios (6); pero de todo esto apartaron los ojos los cu-

(1) Esto se saca de los dos ejemplos aducidos por G. M. della Porta en una *carta de 23 de Septiembre de 1522; por lo demás, también es aquí celebrado como bona et santissima persona. *Archivo público de Florencia*.

(2) Sobre van Heeze, v. Burmann 70 not.; Archief v. kerkelijke geschied. IX (1838) 119 s.; Bergenroth II, n. 540, 543; de Ram en el *Annuaire de l'université de Louvain* 1862, 273 s.; Reusens en la *Biogr. nat.* IX, 366 s.; de Ram en el *Bullet. de la commiss. d'hist.* 2 Serie XI, 61 s.; XII 271; v. Domarus en el *Hist. Jahrb.* XVI, 72 s.; Bacha en *Compte rendu de la commiss. d'hist.* XVII, Bruxelles 1890, 125 s. y especialmente el precioso tratado de Allard, Dirk Adriaansz van Heeze, Utrecht 1884, casi desconocido en Alemania. Cf. también Allard, *Hexius en Erasmus*, Utrecht 1884; Pieper en el *Hist. Jahrb.* XVI, 779 s.

(3) V. Alberghi, en una *carta de 3 de Enero de 1523, le llama prelado di bontà, virtù et dottrina. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Cf. Ughelli V, 377, VI, 662, IX, 259. G. Ruffo Teodoli fué llamado al lado del Papa, por un *breve, fechado Caesarangustae, á 2 de Abril de 1522 (Cod. 1888, f. 21 la *Bibl. Angélica de Roma*). Ya en una *carta de 27 de Agosto de 1522 (*Archivo público de Florencia*), indica G. de' Médici, que este prelado ejercerá grande influjo. Cf. también Bergenroth II, n. 502. A Ruffo Teodoli está dedicado el raro escrito de Ant. Pontus, *Rhomitypton, Romae* (A. Bladus) 1524.

(5) Sobre el mismo, cf. nuestras indicaciones vol. VII, p. 328 y Ughelli I, 471. Ghinucci durante cierto tiempo fué tenido por muchos como el más influente después de Enkevoirt y Heeze. V. Albéri 2 serie, III, 76.

(6) Cf. Brewer III, 2, n. 2506.

riales de León X, para poderse disparar (1) contra los flamencos, «hombres estúpidos y como hechos de piedra» (2). Casi todos los italianos se mostraban sumamente hostiles, tanto contra el «barbárico» Papa, cuya gravedad y mesura eran para ellos incomprensibles, como contra las personas de su confianza, de quienes ni siquiera podían pronunciar correctamente los nombres; desaprobaban todo lo que se hacía por su influjo, y los perseguían con su aborrecimiento (3). El poeta Berni expresó la impresión general, diciendo por burla:—«¡Vaya una Corte, vaya unos hombres!—¿Esto se llama sociedad, esto galantes damas?—Kopisch y Winkel, y Görtz y Trinkeforte—¡con tales nombres se asustan aun los perros!» (4)

La aversión contra el Papa extranjero, se convirtió en odio acerbo, á medida que Adriano fué mostrando más sus planes de reformar radicalmente la aseglarada Curia. Sin este propósito, por ventura se le hubiera ido perdonando su procedencia germánica, como en otro tiempo se perdonaron á Alejandro VI sus costumbres españolas y su española servidumbre. Muy acertadamente designa Ortiz los esfuerzos de Adriano VI en orden á la reforma, como el verdadero seminario de los odios que contra él se levantaron (5).

(1) Lett. d. princ. I, 108.

(2) Ya en 23 de Septiembre de 1522 se lamentaba G. M. della Porta del grande influjo de Enkevoirt, de quien decía que daba al Papa molte mali consigli. *Hora tutti dua [Enkevoirt y Winkler] sono odiati gia da ognuno. *Archivo público de Florencia*.

(3) Cf. la *carta de G. M. della Porta, fechada en Roma á 23 de Septiembre de 1522 (*Archivo público de Florencia*). Ya en 21 de Diciembre de 1522, se honraba oficialmente á Enkevoirt y Heeze, con la concesión del derecho de ciudadanos romanos; v. Gregorovius, *Schriften* I, 296. También á otros holandeses les hicieron ciudadanos romanos; v. *Nuova Antologia*, 3 serie, LI, 238.

(4) Berni, *Rime* ed. Virgili 32. Cf. Villari, *Machiavelli* III, 118.

(5) V. Höfler 208.

CAPÍTULO II

Actividad reformatoria y eclesiástica de Adriano VI — Su actitud ante la escisión religiosa, y misión de Francisco Chiericati á la Dieta de Nuremberg.

Adriano VI, aun antes de haber llegado á Italia, había ya manifestado con palabras y hechos su designio de oponerse con toda energía á los numerosos y graves abusos que se habían introducido en las cosas de la Iglesia; y de qué manera precediera al nuevo Papa la fama de eclesiástico reformador, y cuán grandes esperanzas colocaran en él, en este respecto, infinito número de personas, lo manifiestan la multitud de consejos y memoriales que se le enviaron luego después de su elección. Todavía se conserva un buen número de ellos, cuyo mérito y contenido es muy desigual, pero conviniendo todos en reconocer la existencia de grandes y perniciosos males.

Extraordinariamente extenso y muy retórico, es el «Apocalipsis» del canónigo Cornelio Aurelio de Gouda. Este extraño escrito describe con libertad de ánimo, en forma de diálogo, la escandalosa vida de los eclesiásticos, principalmente de los cardenales, los abusos que se cometían en Roma, en especial en la Rota, y manifiesta la segura esperanza de que la reforma y la restitución de las cosas al estado apostólico saldría de Adriano, el más justo de todos los hombres, el vengador de los crímenes, la luz del mundo, el martillo de los tiranos y sacerdote del Altísimo. Como principales medios para el restablecimiento de la

disciplina, recomienda el autor, con encendidas frases, la convocación de un Concilio general, en favor del cual se había pronunciado ya Adriano siendo profesor de Lovaina (1).

En semejante punto de vista se coloca el memorial del célebre humanista Juan Luis Vives, el cual, aunque nacido en España, se había hecho casi flamenco por su residencia de muchos años en Lovaina y Brujas, y estaba unido por la amistad con Adriano VI. Aun cuando era sincero amante de la Iglesia, Vives, que se señalaba como escritor pedagógico y político-social, no estaba ciego respecto de los defectos del clero (2). En su memorial, enviado desde Lovaina en Octubre de 1522, parte de la sentencia de Salustio: que cada señorío se puede conservar solamente, por aquellos medios por los cuales ha sido fundado. En el concepto político, reclama Vives del nuevo Papa el restablecimiento de la paz en la Cristiandad; y en el concepto eclesiástico, una reforma radical del clero. Esta jamás se había alcanzado sino por medio de un Concilio, en el cual salieran á luz todos los daños, aun los más ocultos, y por eso más peligrosos. Aun cuando otros papas habían evitado, como si fuera un veneno, una general reunión de la Iglesia, Adriano nada tenía que temer de ella. La reunión de un Concilio sería necesaria, aun cuando no hubiese estallado la presente borrasca; pero por lo demás, era menester ocuparse en él, no con cuestiones teóricas, sino prácticamente en la reforma de las costumbres; pues las controversias religiosas podían dejarse á las Escuelas de los teólogos (3). Ciertamente, Vives perdió de vista, al dar este consejo, que hacía tiempo que las controversias religiosas habían sido trasladadas por Lutero al púlpito, y luego hasta á las mismas plazas (4); y

(1) *Apocalypsis et visio mirabilis super miserabili statu matris ecclesiae* etc. en Burmann 259-316.

(2) Sobre Vives, cf. Namèche en *Mém. couron.* p. l'Acad. roy. XV, Bruxelles 1841; Francken, L. Vives, Rotterdam 1853. Vives *Schriften übers. mit Abhandl. über sein Leben* von Wychgram, Wien 1883. Arnaud, *Quid de pueris institut. senserit* L. Vives, Paris, 1888. Hause, *Die Pädagogik des L. Vives*, Erlangen 1891. Vadier, J. L. Vives, Genève 1892. F. Kayser en la *Bibl. für kathol. Pädagogik* VIII, Freiburg 1896. Kuypers, *Vives in seiner Pädagogik*, Leipzig 1897. Bröring, *Die Dialoge des J. L. Vives*, Oldenburg 1897. Lecigne, *Quid de reb. polit. senserit* J. L. Vives, Paris, 1898. Würkerl, *Die Schrift des L. Vives über die Armenpflege* (Progr.), Pirna 1902. Weitzmann, *Die sociale Bedeutung des Humanisten L. Vives*, Erlangen 1905.

(3) Vives, *Opera* II, 834 s. Burmann 456 ss.

(4) Hölzer, 29 s., y 360.

negándose las principales doctrinas de la fe, cualquiera Concilio se vería necesitado á declararse acerca de ellas; y finalmente, que los mismos novadores exigían una resolución conciliar.

Los más extensos y mejores proyectos de reforma, se enviaron á Adriano desde la misma Roma. Dos cardenales: Schinner y Campegio, elevaron allí su voz y, valiéndose de su profundo conocimiento de las circunstancias, expusieron lo que debía hacerse para obtener la enmienda sumamente necesaria. El memorial de *Schinner*, que lleva la fecha de 1 de Marzo de 1522, no se ha conservado, desgraciadamente, sino en un extracto que se hizo para Adriano (1); lo cual es muy de lamentar, por darse allí muy amplios y meditados consejos, así referentes á las cosas políticas como á las eclesiásticas. Schinner exhorta ante todo al Papa, á que se dirija prontamente á Roma, y que en otro caso nombre un Legado; pero que por ninguna manera se deje al Colegio Cardenalicio la representación del Papa. Otros consejos miran á la conservación de los Estados pontificios y al restablecimiento de la paz en la Cristiandad. Como enemigo de los franceses, aconseja Schinner, que se ajuste una nueva alianza con el Emperador y con los reyes de Inglaterra y Portugal; pues es necesario alejar de Italia á los franceses, como quiera que en otro caso sería imposible toda empresa contra los turcos. Para remediar los apuros de la Hacienda, debía Adriano solicitar del monarca inglés un empréstito de 200,000 ducados. «Si Vuestra Santidad, continúa el cardenal, quiere reinar de veras, no debe conceder preferencia á ninguno de los cardenales; sino tratarlos al principio á todos igualmente, y preferir luego á los mejores. Las cosas particulares sobre esto, se le comunicarán de palabra, pues sería peligroso confiarlo todo al papel.» Schinner y Enkevoirt señalarán al Papa en Roma empleados dignos; por ahora se llama solamente su atención sobre Jacobo Hanisius para secretario, y Juan Betchen de Colonia para subdatario. A esto sigue el programa para la reforma de la Curia. Respecto de la limitación de la «famiglia» de los cardenales, el mismo Papa debe darles el mejor ejemplo, sustentando una corte lo menos numerosa posible. Debe suprimirse la venalidad de los empleos, principalmente la de los clérigos de cámara y abreviadores; disminuirse el número

(1) V. el texto según el *Cod. Vatic. 3924 en el apéndice n. 67. (*Biblioteca Vaticana.*)

de los penitenciaros y señalarse rentas ciertas, así á éstos como á los funcionarios de la Rota. Los empleados de la Rota no han de poder exigir como derechos sino, á lo sumo, dos ducados, so pena de perdimiento de su oficio, y lo mismo se debe prescribir á los penitenciaros; á los cuales si los fieles les dieran más, deberán aplicarse dichas cantidades para la edificación de San Pedro. Los escribanos pontificios deben atenerse rigurosamente á los aranceles establecidos; se ha de rebajar á la mitad el impuesto fluvial en Roma, con lo cual tomará también nuevo impulso el comercio; y este tributo no debe por ninguna manera arrendarse. Los numerosos empleos vendibles, establecidos por León X, deben sencillamente suprimirse.

No menos decisivas medidas recomendaba la Promemoria que envió al Papa, á España, el cardenal *Campegio* (1). Prescindiendo de los consejos tocantes á los Estados pontificios, se ocupaba exclusivamente en la supresión de los abusos eclesiásticos; pero en esta parte con tanta extensión, que puede señalarse este memorial como el más dilatado programa de reforma de aquellos decisivos días. Con noble libertad de espíritu y gran conocimiento de la materia, descubre *Campegio* sin piedad, los graves abusos de la Curia romana. El punto de vista en que se coloca, es estrictamente eclesiástico: el poder del poseedor de la Santa Sede descansa en la institución divina; si los papas en virtud de ella lo pueden todo, no deben, sin embargo, en manera alguna, considerar que todo les está permitido. Habiendo nacido el origen del mal, de la Curia romana, es menester que se introduzca ante todo allí una radical mudanza.

En primer lugar, requiere *Campegio* una reforma en materia de beneficios. Débese suprimir el abuso de conceder prebendas sin consentimiento del poseedor; la acumulación de beneficios nacida de ambición y avaricia; la costumbre, por extremo perjudicial, de las encomiendas; finalmente las tasas, conocidas con el nombre de *compositio*, que habían hecho á la Santa Sede tan

(1) Hallada y publicada por Höfler en los Abhandl. der Münch. Akad. IV, 3, 62-89 (cf. Adrian VI, 210 s.), pero falsamente atribuida á Egidio Canisio. El verdadero autor lo demostró Friedensburg en la Zeitschrift für deutsche Geschichtswissenschaft, N. F. I, (Vierteljahrshefte 1896/97) 71 ss. También á Höfler se le ha pasado por alto, que el dictamen se halla mejor copiado en el *Cod. Vatic. 6222, f. 79 s. (*Biblioteca Vaticana*), que en el código de la biblioteca pública de Munich.

odiosa á los príncipes, y ofrecido á los heresiarcas coyuntura á propósito para sus ataques. Campegio designa como sumamente necesaria la limitación de las facultades de la Dataria, cuyos empleados eran muchas veces verdaderas sanguijuelas que chupaban la sangre. Las reservas de los beneficios se han de suprimir, salvo en casos extraordinariamente excepcionales; pero lo que de hecho se hubiere concedido, se ha de ejecutar exactamente, y quitar á los empleados toda ocasión de ganancias ilícitas. Campegio establece muy saludables máximas respecto de la provisión de las prebendas: hay que tener en cuenta las personas de los candidatos, no menos que las particulares circunstancias de las diócesis; no deben los extranjeros ser preferidos á los naturales, y nunca se debe admitir sino á los pretendientes hábiles y dignos. Se lamentan principalmente las muchas concesiones, gracias, y concordatos con los príncipes seculares; con lo cual la mayor parte de los derechos y negocios eclesiásticos han sido substraídos al poder de la Santa Sede. Y aun cuando Campegio, aun en interés de la libertad y la dignidad eclesiásticas, recomienda que se limiten lo más posible las concesiones hechas por codicia ó ceguera de los anteriores papas, exhorta, sin embargo, á proceder con gran circunspección y moderación en este tan espinoso terreno.

En segundo lugar, se reprenden los graves abusos que se han originado de la inmoderada concesión de indulgencias. En esta parte, son indispensablemente necesarias considerables limitaciones, en especial, en lo tocante á encomendar las indulgencias á los Franciscanos, y á las cédulas de confesión. El año jubilar que se aproximaba, ofrecía una ocasión oportuna para reformar radicalmente en esta materia. La reconstrucción de San Pedro, había venido á ser un compromiso de honor para cualquiera Papa; por consiguiente, no debía paralizarse, y para esto debía rogarse á los príncipes que ayudaran con un subsidio anual.

En una tercera sección, se ocupa la Promemoria en las necesidades generales de la Iglesia cristiana: la reconciliación de los bohemios, el restablecimiento de la paz, principalmente entre Carlos V y Francisco I, con el objeto de emprender una cruzada contra los turcos, para la cual debería ganarse también á los rusos; finalmente, la destrucción de la herejía luterana, mediante la ejecución del edicto de Worms.

El memorial de Campeggio abogaba también por la reforma radical de la administración de justicia: el Papa no debía en lo futuro suscribir privadamente cosa alguna perteneciente á este distrito, sino remitirlo todo á la autoridad ordinaria; hay que substituir los malos empleados de la Rota por otros buenos, asignar sueldo fijo á los auditores, rebajar los honorarios para el despacho de los negocios, que habían ascendido intolerablemente, y establecerlos con precisión. Por semejante manera se debía reformar el tribunal del Oidor de Cámara. A esto seguían consejos relativos á la reforma del Senador, de los Jueces del Capitolio, del Gobernador de la Ciudad, de los Legados y demás funcionarios de los Estados pontificios; y en último lugar, se proponían los medios para remediar los extremos apuros de la Hacienda. Campeggio desaconseja la repentina supresión de los nuevos empleos que León X había creado para obtener dinero; pues, con esto se disminuiría el crédito en las promesas papales; abogaba más bien por la supresión gradual, y permutación de los mismos por beneficios. Otros consejos se refieren al establecimiento de una Comisión de Hacienda, compuesta de cardenales; á la retención de la primera renta anual de todas las prebendas vacantes, y la cobranza de un impuesto voluntario en toda la Cristiandad. Campeggio se reserva hacer todavía de palabra otras proposiciones.

También contenía enérgicas quejas contra Roma, como fuente central de todos los males, otro escrito por el que, *Zacarias da Rovigo*, procuró influir indirectamente sobre Adriano VI. Repréndese allí principalmente el abuso de conceder las dignidades eclesiásticas, y aun los obispados, á personas demasiado jóvenes. En este escrito, que se compuso cuando se aproximaba la llegada del nuevo Papa á Roma, se aconseja también proceder con parsimonia en la concesión de gracias é indulgencias (1).

Un consejo anónimo, destinado asimismo indudablemente para Adriano VI, señala como lo más principal y necesario, el que los obispos observen la obligación de residencia. En adelante, no se debe conceder á los cardenales ningún obispado como fuente de ingresos, y sus rentas deben determinarse fijamente en cuatro ó cinco mil ducados. A cada país debe señalarse como protector un cardenal. El autor recomienda una rigurosa selección en el

(1) *Carta de Zacarias da Rovigo á Carastosa da Agrada (cf. Fen, *Notizie* 67), existente en el Cod. Vatic. 3588 de la *Biblioteca Vaticana*.

nombramiento de los miembros del Senado de la Iglesia, cuyo número habría de disminuirse, con lo que se evitarían gastos, y el Sacro Colegio obtendría mayor prestigio. Justamente se acentúa la importancia de que se nombren obispos que residan en sus diócesis. So pena de eterna condenación, se dice allí, están obligados los papas á colocar al frente de los fieles, pastores y no lobos. Con respecto al clero inferior, se insiste en la necesidad de elegir solícitamente buenos sacerdotes para las parroquias, los cuales no pongan en su lugar vicarios, sino cumplan con sus obligaciones, especialmente con la de predicar (1).

Con éstos y otros memoriales, (2) quedó Adriano bien enterado del verdadero estado de las cosas, y así de los graves daños, como de las maneras de remediarlos. El Papa, que había presenciado en España los resultados de una legítima reforma, realizada con el espíritu de la Iglesia, estaba firmemente resuelto á emplear todas su fuerzas para emprender en la misma Roma una enmienda decisiva, conforme á las antiguas máximas eclesiásticas, y extender luego asimismo esta reforma á toda la Iglesia. Apenas llegado á la Ciudad Eterna, manifestó, sin dejar lugar á dudas, sus designios reformatorios, otorgando la Signatura de Justicia al cardenal Campegio, y nombrando Datarío á Enkevoirt (3); y muy pronto se expresó también de la manera más franca ante los cardenales. Luego en su primer consistorio de 1.º de Septiembre de 1522, pronunció un discurso que produjo general asombro. No había buscado la tiara, dijo, sino la había aceptado como grave carga, por reconocer que tal era la voluntad de Dios; y tenía principalmente dos cosas puestas en el corazón: la unión de los príncipes cristianos para combatir á los turcos, enemigo común; y la reforma de la Curia romana. En uno y otro asunto debían ponerse á su lado los cardenales, pues el auxilio que había de prestarse á los húngaros gravemente afligidos, y á los caballeros de Rodas, no sufría ninguna dilación; como tampoco la supresión de los graves males de la Iglesia en Roma. Explanando el Papa más de

(1) *Consilium dat. summo pontifici super reform. eccles. christ. que se halla en el Cod. Vatic. 3917, t. 20 s. de la *Biblioteca Vaticana*.

(2) Pertenece sin duda también (el escrito de Z. Ferreri, *De reformatione ecclesiae suaviorum... ad Hadrianum VI*, que sólo conozco por Morsolin, Ferreri 116 s.

(3) Cf. la ** carta de G. de' Médici de 29 de Agosto de 1522. *Archivo pubblico de Florencia*.

propósito este último punto, adujo el ejemplo de los israelitas, los cuales, por no haberse querido enmendar, fueron continuamente afligidos con graves castigos; y así ocurría entonces á la Cristianidad. El daño había llegado hasta tal punto que, como dice San Bernardo, los que se hallaban cargados de pecados no percibían ya el hedor de los vicios. En todo el mundo se hablaba de cuán mal estaban las cosas de Roma en este concepto. No quería decir el Papa precisamente, que los vicios se hallaran en los mismos cardenales; pero se introducían indudablemente en sus palacios sin recibir castigo, y esto necesitaba pronta corrección. Adriano rogaba, pues, urgentemente á todos los cardenales, que apartaran de su comitiva todos los elementos corrompidos, evitaran el excesivo lujo y se contentaran con una renta, á lo más, de 6000 ducados. Era sagrada obligación de ellos dar al mundo buen ejemplo, tener presente el honor y salud de la Iglesia, y prestar auxilio al Papa en la adopción de las necesarias medidas de reforma.

El Papa, refiere un embajador, se sirvió de tan enérgicas expresiones, que todos estaban fuera de sí; vituperó la manera de vida que reinaba en la Corte romana con tal acritud, que ya no se podía decir más. Entablóse luego una discusión por extremo viva; pues, como observa el embajador veneciano, había veinte entre los cardenales, que podían ponerse en parangón con las mejores cabezas del mundo. Por ventura las más graves quejas habíalas dirigido el Papa contra la Rota, en la cual se vendía la justicia; por lo que se resolvió inmediatamente proceder conforme al dictamen de Schinner; de suerte que, aquellos de los oidores que en lo futuro se hicieran culpables de una injusticia, especialmente respecto de sus honorarios, perdieran inmediatamente su empleo (1).

La Curia experimentó muy pronto, que Adriano era el hombre á propósito para realizar sus planes de reforma. Los cardenales palaciegos, que habían establecido su habitación en el Vaticano

(1) Fuera del extracto del discurso del Papa que se halla en el *Cod. Vatic. 3920, f. 103 s. de la *Biblioteca Vaticana*, v. Acta consist., impresas por Laemmer, Melet. 201-202 (después de moribus falta aquí curiae), y las relaciones publicadas por Sanuto XXXIII, 433, 440, que completan esencialmente esta muy sumaria exposición, así como también en el apéndice n. 71 y 73, las *relaciones de G. de' Médici de 1 de Septiembre, y de G. M. della Porta de 6 de Septiembre de 1522 (*Archivio pubblico de Florencia*). V. también Blasius de Martiniellus, el *Diarium existente en el *Archivio segreto pontificio* y Cod. Barb. lat. 2799 de la *Biblioteca Vaticana*.

no, hubieron de salir de él, no quedando allí más que Schinner, cuyo nombre equivalía á un programa de reforma (1). Al licenciado cardenal Cibo, hizole el Papa sentir su disgusto de la manera más clara; y habiéndose presentado á la audiencia, no se le dejó siquiera entrar (2). Todavía causó mayor admiración, que el cardenal Médici, que había promovido la elección de Adriano, fuera tratado exactamente lo mismo que los demás. De todo punto inaudito pareció á los cardenales, el que la prohibición de usar armas se extendiera también desde luego con el mayor rigor á la comitiva de ellos (3). Como un clérigo hubiera dado un falso testimonio en la Rota, ordenó el Papa fuese en seguida reducido á prisión y perdiera todos sus beneficios. Extraordinaria expectación excitó el procedimiento empleado contra Bernardo Accolti, el cual había sido acusado de haber cometido un homicidio en el tiempo de la sede vacante, y se había sustraído al castigo por medio de la fuga. Aquel mal acostumbrado favorito de la sociedad cortesana de León X, que le designaba con el nombre de «el único», fué invitado á comparecer sin demora, mandándosele confiscar, en caso contrario, todos sus bienes, muebles é inmuebles.

«Todos tiemblan, escribía el embajador veneciano, y Roma se ha vuelto á tornar lo que en otro tiempo había sido; todos los cardenales, excepto Egidio Canisio, que pertenece á la Orden de San Agustín, han tenido que quitarse la barba.» Pocos días después anunciaba el mismo diplomático, que toda la Ciudad estaba espantada y atemorizada por lo que el Papa había hecho en solos ocho días (4).

(1) Fuera de Brewer III, 2, n. 2611, cf. la * carta de G. M. della Porta de 4 de Septiembre de 1522: * Il papa non ha restituito ad alcun cardinale stanze in palazzo salvo che a Sedonense (*Archivio pubblico de Florencia*). G. Merino, arzobispo de Bari, escribe á Schinner, en 20 de Septiembre de 1522, ex Puyi non procul a Parisiis: * Gaudeo vehementer D. V. R^m apud S. D. N. in s. palatio residere. Spero enim S^m Suam ex Dominatione V. R^e pro illius in rebus gerendis experientia zeloque et fide incomparabilia erga S^m Suam et Ap. Sedem maxima servitia percepturam. Cod. 1888, f. 21^o de la *Biblioteca Anglica de Roma*.

(2) V. la ** relación de G. M. della Porta de 14 de Septiembre de 1522 á la duquesa Leonor de Urbino (*Archivio pubblico de Florencia*). Sobre el proceso en que Cibo más tarde fué envuelto, v. Stafetti 35 s.

(3) V. la ** carta de G. Staccoli de 2 de Septiembre de 1522 á la duquesa Leonor de Urbino. *Archivio pubblico de Florencia*.

(4) Sanuto XXXIII, 444-445; cf. Rossi, Pasquinate 112 y Guarnera, Accolti, Palermo 1901, 116 s. * Questo papa è homo che non parla mai se non di la gius-

Luego el mismo día 1.º de Septiembre, había mandado Adriano anular todos los indultos concedidos por el gobierno interino de los cardenales, desde 24 de Enero; poco después se redujo á nueve el número de los referendarios, que León X había elevado hasta 40 (1); y también en esto siguió Adriano el dictamen de Schinner. Al propio tiempo se dijo, que el Papa había mandado al Datarío Enkevoirt, que no otorgara en lo futuro á nadie más de un beneficio. Habiendo el cardenal Agustín Trivulzio, alegando su pobreza, solicitado que se le confiriera un obispado, preguntóle el Papa por sus rentas; y como entendiera que le producían 4000 ducados, repuso: «Yo no tenía más que 3000, y todavía pude hacer con ellos ahorros, que me han venido muy bien para mi viaje á Italia» (2). También contra la pública inmoralidad de Roma se dictaron, á mediados de Septiembre, severas ordenanzas (3); y para Alemania, inculcó Adriano VI la disposición del último Concilio de Letrán, de que todos los predicadores hubieran de mostrar de antemano, para predicar, una especial licencia de su obispo (4).

El saludable temor que se apoderó de toda la Curia, subió todavía de punto con la noticia de que Adriano proyectaba suprimir el Colegio de los Caballeros de San Pedro (5), y recuperar todos los oficios de que había hecho grata donación el difunto Papa (6).

ticia, notifica G. M. della Porta el 11 de Septiembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(1) V. Sanuto XXXIII, 445; cf. Ortiz en Burmann 199; Reusens xxxii. Según T. Campegio (*carta de 11 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Bolonia*), Adriano VI conservó solamente ocho referendarios en la Signatura.

(2) V. en el apéndice n.º 72 la *relación de G. M. della Porta de 2 de Septiembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. la **relación de G. M. della Porta de 15 de Septiembre de 1522 á la duquesa Leonor de Urbino. *Archivo público de Florencia*.

(4) Este decreto, que Guglia (Studien zur Geschichte des Laterankonzils. N. F. 46) pone en duda, fué más tarde mencionado expresamente por Chieregati; v. Reichstagsakten III, 446. También se habló de él en el Concilio de Trento, v. Merkle I, 63 y las *actas originales de la congregación general de 21 de Mayo de 1546 en De concilio 62, f. 227, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio*.

(5) Las rentas de los Cavalieri debían ser invertidas en socorrer á los fugitivos de las regiones invadidas por los turcos. *Carta de G. M. della Porta de 4 de Septiembre de 1522, que se halla en el *Archivo público de Florencia*.

(6) **Relación de G. M. della Porta de 9 de Octubre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia*.

Todos aquellos á quienes León X había regalado empleos, ó que se los habían comprado, temían perder sus dignidades y rentas; innumerables intereses quedaron puestos en contingencia, y amenazada la vida de miles de personas, cuando Adriano acometió la empresa de «quitar á las instituciones eclesiásticas el sello de una gran casa de banca, que había impreso el Papa Médici á toda la maquinaria de la administración espiritual» (1). Agregóse á esto, que el Papa se abstenía al principio lo más posible de resolver los asuntos de gracia, y aun en los negocios más urgentes contestaba las más veces con un «ya veremos» (videbimus) (2). No menos severos se mostraban el Datario Enkevort, el secretario privado Heeze, y el flamenco Pedro de Roma, encargado de despachar los decretos de gracias (3). Resonaban innumerables quejas, y se decía que Adriano era excesivamente riguroso y muy lento en todas las cosas (4).

Uno de los pocos que hicieron justicia al concienzudo Pontífice fué, además de Campegio (5) y Pedro Delfino (6), el agente de la duquesa de Urbino, Juan Tomás Manfredi. Ya á 29 de Agosto, había escrito éste, que el Santo Padre parecía ser un buen pastor, y pertenecía al número de aquellos á quienes desagradaba todo lo que no está en orden; toda la Cristiandad tenía justa causa para estar contenta (7). A 8 de Septiembre, repitió Manfredi su opinión favorable: «Aun cuando Adriano es algo lento en sus resoluciones, dice muy acertadamente, hay que tener, sin embar-

(1) H88ler 220.

(2) El Videbimus, que refieren los embajadores venecianos (Albèri 2, serie III, 112) no es ninguna anécdota, como se ve claro por la *carta de G. de Médici de 29 de Agosto y la *relación de G. M. della Porta de 5 de Octubre de 1522, que se hallan en el *Archivio pubblico de Florencia*. La expresión Videbimus et cogitabimus, pasó á proverbio; v. la edición de las Rime de Berni hecha por Virgili, 36.

(3) Cf. Ortiz en Burmann 169.

(4) V. la *carta de G. M. della Porta de 21 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivio pubblico de Florencia*. El embajador veneciano notifica el 7 de Septiembre de 1522, que había pendientes 10000 súplicas, de las que sólo una, en favor del cardenal Médici, obtuvo buen despacho. Sanuto XXXIII, 446. Domarus (Hist. Jahrb. VI, 75-76) califica de fábula esta noticia en atención á los *tomos de súplicas del *Archivio secreto pontificio*.

(5) Cf. su carta á Wolsey, publicada por Brewer, III, 2, n. 2506.

(6) Cf. Raynald, 1522, n. 18 s.

(7) *Questo nostro beatissimo padre mi pare un bon pastore et e persona a chi despiace le cose mal fatte et mi penso che tutta la christianità ne habbi ad rimanere bene satisfatta. *Archivio pubblico de Florencia*.

go, en cuenta, la necesidad en que se halla de orientarse en los principios de su reinado» (1). A fines de Diciembre hacía resaltar el embajador de Ferrara por expresiva manera, el amor de la justicia que distinguía al nuevo Papa; y alude sin duda á León X, cuando acentúa al propio tiempo, que eran desconocidas para Adriano así la simulación como la doblez en el lenguaje (2). También Jacobo Cortese elogiaba, en Enero de 1523, escribiendo á la marquesa Isabel de Mantua, la delicadeza de conciencia, la justicia y vida santa del Papa, con las más encarecidas frases (3).

Pero estos encomiadores, á cuyo número pertenece también hasta cierto punto el embajador portugués (4), no son más que una excepción: el juicio general se hacía cada vez más desfavorable; lo cual tiene relación, sobre todo, con haber limitado Adriano los gastos donde quiera fué posible, para remediar los apuros de la Hacienda que le había dejado León X (5). Sin tener en cuenta que el Papa, no habiendo hallado más que cajas vacías y deudas enormes, no podía seguir otro camino que el de una economía extremada (6), se le difamó muy pronto como mezquino, y se le vituperó como avaro. La liberalidad, que con frecuencia degeneró en prodigalidad, y la desmedida ostentación y magnificencia de los papas del Renacimiento, había obscurecido el juicio público hasta tal extremo, que un Papa económico venía á ser un fenómeno incomprensible para los italianos de entonces. León X había sido

(1) Carta de J. T. Manfredi á la duquesa Leonor de Urbino, fechada en Roma, á 8 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(2) *Carta de L. Catí de 30 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivo público de Módena*.

(3) *Di la timorosità, rectitudine et sanctimonia di S. B^{mo} non se ne potrebbe predicare tanto quanto è in effetto. *Carta de 5 de Enero de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua*; cf. apéndice n.º 78, la *carta de 12 de Enero de 1523.

(4) Cf. su juicio en el Corp. dipl. Port. II, 121, 153.

(5) Cf. las *relaciones de G. M. della Porta de 6 y 9 de Septiembre y 5 y 9 de Octubre de 1522 en el *Archivo público de Florencia*; v. apéndice n.º 73. V. también las *cartas de B. Castiglione de 14 de Septiembre y 4 de Diciembre de 1522 y *la de A. Germanello de 21 de Diciembre de 1522, existentes en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) *N. S^{mo} rafferimò la guardia delli Suizeri e riductò la de cavalli leggieri a numero di 45. Capitan d'epsi Vincentio da Tigoli; rafferimò e Pietro Chivelluzzi di nuovo e li altri cassi. Così per ogni verso va diminuendo la spesa. G. de' Médici, en 3 de Octubre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

popular, por haber amontonado deudas sobre deudas, y su sucesor era impopular, «porque no podía ni quería contraer otras nuevas» (1). El súbito rompimiento con todas las tradiciones del Papa Médici, desvaneció las esperanzas é hirió los intereses vitales de millares de personas, que se convirtieron por esta causa en acerbos enemigos del Papa extranjero, é interpretaron de la manera más odiosa todas sus disposiciones (2), llegando hasta á reprender aquellos actos, de los que se debía haber esperado seguramente, que alcanzarían universal aplauso. Un sobrino de Adriano, que se hallaba estudiando en Sena, se apresuró á acudir á él; pero el Papa le significó inmediatamente que volviera á marcharse. Otros parientes que, llenos de las mayores esperanzas, habían ido á pie á Roma, fueron despedidos con donativos extremadamente moderados. Y aquellas gentes, que no acababan de lamentar bastante, que el Papa se hubiera rodeado de compatriotas suyos, presentaron entonces esta severidad contra su propia familia como un prodigio de dureza (3).

Cuán comúnmente corrieran los más injustos juicios, lo muestran, no sólo las relaciones de los embajadores imperiales, profundamente amargados por motivos políticos (4), sino también las de la mayor parte de los otros diplomáticos; pero Adriano no se dejó desconcertar por este descontento general. Con aquella firmeza que en todo tiempo le había sido propia, perseveró en lo que había reconocido ser necesario. Su programa era, ante todo, acudir al peligro de los turcos, y luego, realizar las reformas en

(1) Höfler 210 y 223. Cuán alejado estuviere Adriano VI de toda codicia, lo muestra su conducta en la muerte del cardenal Grimani. Esto lo reconoce Negri; v. Lett. d. princ. I, 117; cf. además Ortiz en Burmann 226-227. Acertadamente dice Schulte, I, 229: «Adriano nada quería para sí; pero tampoco quería que la curia fuese la gran fuente de oro, á la que todo el mundo pudiese abalanzarse. La difícil situación política exigía la más extremada economía, y su predecesor había ya agotado la porción que á Adriano le correspondía en este torrente de bienes. Muchas veces, para la felicidad de una familia, á un pródigo y maairroto síguese un salvador económico.» Cf. también v. Domarus en el *Hist. Jahrb.* XVI, 74.

(2) Ofrece de esto un buen ejemplo la «relación de G. de Médici de 8 de Septiembre de 1522, copiada en el apéndice, n.º 74. *Archivo público de Florencia*.

(3) Jovius, *Vita Adriani VI*. Advierte Höfler, 383, que la carencia de nepotismo de Adriano, era «un ejemplo, que no se entendía, y aún mucho menos se apreciaba; un hecho, que no se concebía. Ella caracteriza al Papa, que la juzgaba necesaria, y á aquellos que se espantaban de la misma.»

(4) Cf. Bergenroth II, n. 483, 490, 502, 509, 540.

las cosas eclesiásticas, no preocupándose sino en segunda línea de los Estados pontificios (1).

La gigantesca incumbencia que se había impuesto Adriano se dificultó, no sólo por la actitud hostil de los curiales, y los apuros intolerables de la Hacienda, sino también por otros accidentes desgraciados, en los que el Papa no tuvo tampoco ninguna culpa. Luego á principio de Septiembre de 1522, se declaró de nuevo la peste en Roma; y algunos casos de ella se anunciaban ya á 5 de dicho mes, en todos tiempos temido en Roma como peligroso para la salud. En el tiempo siguiente creció continuamente la epidemia. Á 11 de Septiembre se contaban diariamente unas 36 defunciones (2). Adriano VI no dejó de tomar las precauciones necesarias; con rigurosas ordenanzas cuidó de la asistencia espiritual de los enfermos, procurando al propio tiempo evitar la ulterior propagación de la peste, con la prohibición de vender los objetos que habían pertenecido á lo: que morían del contagio (3).

Los curiales deseaban que el Papa saliera de la Ciudad, enteramente apestada (4); para lo cual podían traerle á la memoria que, hasta un Nicolao V, había procurado guardar su vida de esta suerte (5); pero no lo hizo así el Papa flamenco; animosa y constantemente perseveró en su puesto, por más que la epidemia seguía arreciando de día en día. Respecto de las generales ins-

(1) *N. S.^o attende sollecitamente ad ordinare l'armata sua per mandarla al soccorso di Rhodi. Fatto questo attenderà S. S.^o alle cose de la chiesa spirituali, poi alle temporali et di le gente d' arme. G. M. della Porta, á 11 de Septiembre de 1522. *Archivo publico de Florencia*.

(2) Cf. las *relaciones de G. de' Médici de 5, 9 (*La peste al continuo fa più danno), 11 (*La peste va impliando ogni giorno più e ne more trenta sei per giorno), 12 y 14 de Septiembre de 1522. V. también las *cartas de G. M. della Porta de 9, 11, 13 y 14 de Septiembre de 1522. *Archivo publico de Florencia*.

(3) V. en el apéndice n.º 74 la *relación de G. de' Médici de 8 de Septiembre de 1522. Es por tanto una invención lo que narra Jovius (Vita Adriani VI), que el Papa se descuidó en combatir el peligro de la peste.

(4) Ya en 8 de Septiembre de 1522, creía G. de' Médici, que el Papa quizá se partiría; pero en 11 de Septiembre tuvo que notificar: *Il papa non parla di partirsi. *Archivo publico de Florencia*. Sobre la propagación de la peste escribe lo siguiente Stef. Saffa, el 12 de Septiembre de 1522: *La peste qui tocca malamente et hormai ha compreso ogni parte di Roma ne mai è di che non si trovino due et tre morti per stradi. También murió de peste un camarero español del Papa. *Archivo publico de Modena*.

(5) Cf. nuestras indicaciones vol. II, p. 86.

tancias para que apelara á la fuga, era su respuesta: «No temo por mí, y confío en Dios» (1). Adriano VI persistió en este propósito, aun cuando á 13 de Septiembre se sintió él mismo acometido de una indisposición; y es muy significativo el que, á pesar de ella, no se quiso abstener de ofrecer el Santo Sacrificio y despachar los negocios. Á 15 de Septiembre tuvo, sin embargo, tan recia calentura, que hubo de omitir la misa cotidiana (2); pero luego que se halló mejor otra vez, se consagró de nuevo á los negocios, por más que los médicos le aconsejaban con urgencia el reposo (3).

No obstante los esfuerzos que se imponía Adriano, olvidado de su salud, en su celo por cumplir con su deber, su estado se mejoró por manera que, á 22 de Septiembre, pudo considerarse como enteramente restablecido (4). Entonces trabajaba con mucha intensidad y volvió también á conceder audiencias. «Los cardenales asedian formalmente al Papa, escribe un diplomático, y le dan más molestia que todo el resto de la Cristiandad» (5).

La peste continuaba entretanto en Roma, y de nuevo aconsejaban al Papa que pusiera en seguridad su vida con la fuga; pero Adriano no quiso oír hablar de esto, ni hizo caso del peligro, llegando hasta visitar á 28 de Septiembre la iglesia de Santa María del Popolo (6). Lo único á que se dejó finalmente inclinar fué á suspender los consistorios, y permitir á los angustiados cardenales que se marcharan de la Curia (7).

(1) *Il papa mostra non la [sc. peste] temer et dice che si confida in Dio. G. M. della Porta en 13 de Septiembre de 1522. *Archivio pubblico de Florencia*.

(2) Cf. las **relaciones puntuales de G. M. della Porta de 15 y 20 de Septiembre de 1522 (cf. apéndice n.º 75) y *las de G. de' Médici, quien el 14 de Septiembre notifica: *S. S. bieri hebbe un po di doglia di testa e questa nocte passata dubitoron d' un po di febbre. Hoggi ha dato audientia; el 15: El Papa está en cama con fiebre; el 16, 17, 18 y 19 de Septiembre: Dura la fiebre; el 20 y 21: El Papa va mejor. *Archivio público de Florencia*.

(3) *G. M. della Porta en 20 de Septiembre de 1522. *Archivio público de Florencia*.

(4) *Carta de G. de' Médici de 22 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivio público de Florencia*.

(5) V. **la relación de G. M. della Porta de 26 de Septiembre de 1522. *Archivio público de Florencia*.

(6) *Cartas de G. de' Médici de 25, 27, 28 y 29 de Septiembre de 1522. *Archivio público de Florencia*.

(7) *Carta de G. M. della Porta de 27 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivio público de Florencia*. Eneas Pio refiere ya en 17 de Septiembre de 1522: *Molti signori cardinali si sono partiti et altri pensano partire excu-

Á fines de Septiembre contábanse en Roma diariamente 35 defunciones y 41 atacados de la peste (1). El cardenal Schinner sucumbió á 1.º de Octubre á una calentura que le había acometido el 12 de Septiembre (2), y su muerte fué una grave pérdida para la causa de la reforma, cuyo celoso defensor había sido. En Alemania se dijo ya que el mismo Papa había sido víctima de la epidemia (3). Las primeras semanas de Octubre, que por otra parte suele ser el más agradable mes en Roma, produjeron un rápido acrecentamiento del contagio (4). El 8 se contaban cien defunciones en un día (5); todos los que podían apelaban á la fuga; pero el Papa permaneció en la Ciudad, despachando la signatura y hasta concediendo audiencias; sólo luego que hubo dos personas atacadas en el Vaticano mismo, se resolvió Adriano VI á trasladarse al Belvedere (6), é hizo notificar á los cardenales que se dirigieran al Datarío en los negocios urgentes (7). Á 10

sandosi sopra la peste, ma in veritate per mal contentezza. *Archivio público de Módena*.

(1) *Carta de G. de Médici de 30 de Septiembre de 1522, existente en el *Archivio público de Florencia*. En muchas cartas de Médici hay las listas oficiales de los muertos y enfermos, ordenadas según los barrios de la ciudad. Cf. también las *relaciones de T. Campegio de 27 y 30 de Septiembre de 1522, existentes en el *Archivio público de Bolonia*.

(2) *Cartas de G. de Médici de 12 de Septiembre y 1 de Octubre de 1522, existente en el *Archivio público de Florencia*. Blasius de Martinellis (*Archivio secreto pontificio*) y T. Campegio (*carta de 4 de Octubre de 1522, existentes en el *Archivio público de Bolonia*) refieren también, que la muerte de Schinner acaeció el 1 de Octubre. Según esto, hay que corregir á Schmidlin, 294.

(3) Redlich, Nürnberger Reichstag 33.

(4) Ya en 1 de Octubre de 1522, da cuenta *Bart. Próspero de 32 muertos (*Archivio público de Módena*). El 2 de Octubre de 1522, escribe G. M. della Porta: *Questa peste è cresciuta et cresce ogni dì tanto che tutta Roma pensa d'andarsene. El 5: *La peste fa grandissima strage. Muchos buyen. Gli Cardinali fanno grande istanza a N. S. che se ne vada fori. El 10: La peste está también en Marino y Viterbo. *Archivio público de Florencia*. Cf. también Lanciani I, 216 s.

(5) Sanuto XXXIII, 477.

(6) *Carta de G. T. Manfredi de 29 de Septiembre y de G. de Médici de 7 y 8 de Octubre de 1522 (*Archivio público de Florencia*), y la *carta de T. Campegio de 4 de Octubre (*Archivio público de Florencia*). Cf. las relaciones de Saffa de 7 y 17 de Octubre (*La peste qui fa male et ognuno si fugge sicche Roma non ha più quasi faccia di quella era. *Archivio público de Módena*), las *Literae de Roma de 10 de Octubre de 1522, existentes en el *Archivio Gonzaga de Mantua* y Bergenroth II, n. 479.

(7) Cf. *Literae de Roma de 10 de Octubre de 1522, existentes en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

de Octubre salieron de Roma los cardenales Ridolfi y Salviati, el 13, Julio de' Médici, y el 14, el embajador imperial Sessa (1). Los curiales eran de parecer que el Papa debía á toda costa hacer otro tanto; pero ni aun entonces hallaron sus reflexiones acogida en Adriano VI, el cual permaneció en el Belvedere, donde daba audiencias desde la ventana (2). En Noviembre se suspendieron también éstas (3), y de todos los cardenales no quedaban sino tres, y finalmente sólo Armellini. Casi todos los empleados italianos habían emprendido la fuga, y no perseveraron al lado del Papa sino sus fieles flamencos y algunos españoles (4).

Ni en Octubre ni en Noviembre se pudo notar todavía disminución alguna en la epidemia; y á fines de Octubre se contaban en Roma 1750 casas infectadas (5). Baltasar Castiglione traza un horrible cuadro de la desgraciada Ciudad, en cuyas calles se veían numerosos cadáveres, y se percibían los clamores de los enfermos. «De cada diez personas con quien uno se encuentra, escribía, se notan en ocho las señales del contagio; sólo han sobrevivido pocos hombres, y temo que Dios quiere aniquilar á los moradores de esta ciudad. Los enterradores, sacerdotes y médicos, han muerto en su mayor parte, y los que no tienen parientes, apenas hallan quien les dé sepultura» (6). Según Al-

(1) *Cartas de G. de' Médici de 11, 13 y 14 de Octubre de 1522, existentes el *Archivio público de Florencia*.

(2) Sanuto XXXIII, 497. Según *las listas de defunciones, enviadas por G. de' Médici, contábanse el 17 de Octubre 60 muertos, el 18, 59; el 19, 63. Galeotto de' Médici abandonó también ahora la ciudad. El 28 de Octubre escribe desde la «vigna del Card. de Médici», que se cuentan diariamente más de 60 muertos. Un número todavía más elevado (150) indica Sessa en 31 de Octubre. Bergenroth II, n. 496. Cf. también Tizio, *Hist. Senen. en la *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) G. de' Médici refiere «della vigna dello ill. Médici» el *30 de Octubre: Continúo la peste. El *7 de Noviembre: Muchos mueren; por eso huye el cardenal S. Quattro (L. Pucci). *10 de Noviembre: El Papa ya no da audiencia. *13 de Noviembre: La peste aumenta. *Archivio público de Florencia*.

(4) V. Sanuto XXXIII, 493 s.; Ortiz en Burmann 202.

(5) *Hanno facto la descriptione delle case infecte e heri eran mille septem cento cinquanta. G. de' Medici en 28 de Octubre de 1522. *Archivio público de Florencia*.

(6) *Carta de B. Castiglione de 31 de Octubre de 1552. El 6 de Noviembre notifica Castiglione: *che la peste procede più acerbamente che mai, ch'è miracolo atteso la poca gente ch'era rimasta in Roma. *Archivio Gonzaga de Mantua*. V. también la *carta de V. Albergati de 30 de Noviembre de 1522, existente en el *Archivio público de Bolonia*.

bergati. la confusión llegó hasta tal extremo, que se enterraba á los que estaban aún vivos con los difuntos (1).

Cuando, en la primera mitad de Diciembre, refrescó la temperatura, pudo finalmente notarse el decrecimiento de la epidemia. Á 9 de Diciembre, se contaban todavía 33 defunciones diarias; el 15, el 17, y el 18, solamente 9 (2). Como los cardenales diferían todavía su regreso (á 10 de Diciembre, sólo seis se presentaron en el consistorio), envióles el Papa un mandato para que se hallaran todos en la Curia (3). Cuando, hacia el fin del año, no eran ya sino muy pocos los atacados (4), volvió también el Papa á conceder audiencias. Los italianos fugitivos fueron regresando paulatinamente, y tornáronse á emprender los negocios en la Curia (5).

El furor de la peste había hecho perder cuatro preciosos meses, y es verdaderamente maravilloso el modo como Adriano, tan luego como quedó superado el mayor peligro, volvió á su actividad reformatoria. Ya á 9 de Diciembre de 1522, se tomó para este fin una medida importante: todos los indultos que se habían venido concediendo desde Inocencio VIII al Poder secular, referentes á la presentación y nombramiento para beneficios altos y bajos, fueron retirados, para que la Santa Sede pudiera, por vía de provisión, atender á la capacidad de las personas. Aun cuando esta disposición de tenor general, halló grandes limitaciones en los concordatos ajustados con particulares paises, sirvió con todo

(1) Albergati en Höfler 221.

(2) V. las *listas de los muertos enviadas por G. de Médici, que se hallan en el *Archivo público de Florencia*. Cf. también Gregorovius VIII, 391. Cuando cesó el peligro de la peste, se edificó de planca en la Ripetta, en acción de gracias, la iglesia S. Mariae portae paradisi liberatricis pestilentiae. Fuera de Morichini, v. también Forcella XII, 91, 93. Como año de la inscripción, se indica aquí equivocadamente 1522 en vez de 1523. Todavía ahora se puede leer muy claramente 1523.

(3) Sanuto XXXIII, 548, 559, 596. *Heri el papa fece consistorio, dove intervennero solum li rev. cardⁱ Jacobacci, S. Sixto, Siena, Hivrea, Campezo et Trivulsi. *A. Germanello en 11 de Diciembre de 1522 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Blas de Martinellis, *Diarium (*Archivo secreto pontificio*) dice, que en el consistorio tomaron parte siete cardenales.

(4) *Carta de G. de Médici de 27 de Diciembre de 1522, existente en el *Archivo público de Florencia*.

(5) Ortiz en Burmann 208; cf. Lancellotti I, 429; Berni, Rime ed. Virgili 277. Todavía en 4 de Diciembre de 1522, había notificado B. Castiglione: *N. S^a sta ristretto senza dare audientia a persona del mondo. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

para manifestar, «que el Papa no pensaba quedarse á la mitad del camino, y tenía empeño en substituir por algo mejor lo malo, donde quiera lo hallaba» (1). Á 5 de Enero de 1523, volvió Adriano por primera vez á despachar la signatura; y en esta ocasión ordenó expresamente, que no se concedieran beneficios sino á aquellas personas que se consideraran apropiadas y dignas de obtenerlos (2).

Produjo verdadero pánico la noticia, que en los primeros meses del año 1523 se fué propagando cada vez más determinada-mente, de que el Papa acariciaba el plan de suprimir todos los nuevos empleos creados por León X, así los vendidos como los gratuitamente otorgados, y verificar una gran reducción en todos los cargos, principalmente de los escribanos y archiveros (3). De hecho se estableció á principio de Febrero una congregación de seis cardenales con el encargo de hacer propuestas sobre la supresión de los nuevos empleos creados por León X (4). Adriano rompió entonces enteramente con la burocracia eclesiástica — la peor de todas las burocracias.

Produjo asombro y disgusto el que el Papa, á principios de Abril de 1523, despidiera, por motivos de economía, á la mayor parte de los españoles que tenía á su servicio, y poco después, redujera su servidumbre todavía más de lo que había hecho

(1) Bull. VI, 1 s. Höfler 240. V. también la *carta de A. Germanello de 21 de Diciembre de 1522 y *1a de J. Cortese á la duquesa Isabel, de 5 de Enero de 1523, existentes en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) *Carta de A. Germanello de 5 de Enero de 1523, existente en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(3) *Además de Sanuto XXXIII, 620, cf. las *cartas de G. de Médici' de 11 y 14 de Febrero de 1523, existentes en el *Archivio público de Florencia*.

(4) *Cerca el papa tuctavia reterare ad se le intrate de la chiesa et revocar le cose alienate da papa Leone et ha incomensato con li officii crenti da lui et deputati sei cardⁿⁱ ad la revisione de epsi, che sonno li r^{mi} de Vulterra, Flisco, Monte, Ancona, Jacobasi et Campezio, li quali han facte più congregationi sopra de questo et per satisfar al papa par che inclinino ad la revocatione de dicti officii, ma li sono molti clamori de officiali, et quando se facesse serria periculo de qualche scandalo per esserli molti brigate intricate et maxime non possendolo fare el papa de rascione; anchora non è successo altro; laltro di fo facto da tucti dicti cardⁿⁱ congregatione in casa de Vulterra dove comparsero li officiali et allegarono suspecti alcuni di dicti cardⁿⁱ et protestarono che non se procedesse ad ulteriora nisi prima discussa la causa de la suspitione et forono dicte de male parole contra dicti cardⁿⁱ; la cosa resti così suspesa. A Germanello en 13 de Febrero de 1523. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

hasta entonces (1). Si aun antes se habían desatado en la Curia con muy duras expresiones contra la parsimonia, ó, como se prefería llamarla, la avaricia de Adriano (2); desde este momento el enojo no conoció ya límites: «Nunca todavía, decía el embajador de Ferrara, se había juzgado tan mal de un Papa como de Adriano VI» (3).

Para los prelados y cardenales, acostumbrados al lujo y magnificencia de la época leonina, la vida ascética y la gran simplicidad de Adriano, eran continuamente una piedra de escándalo; de hecho, el contraste, sin gradación ninguna intermedia, era el más rudo que podía pensarse. Al paso que León X trataba de buena gana con muchas personas, gustaba de magníficas comitivas, y asistía á los banquetes y comidas; el nuevo Papa vivía con pocos servidores en el mayor retiro posible; no salía más que para visitar las iglesias, y su acompañamiento era entonces el más reducido que podía ser (4); y en vez de mantener poetas y bufones, empleaba su dinero en socorrer á los pobres y á los enfermos (5).

Fué de suma importancia, para los planes de reforma del Papa, el haber ido á Roma, en Marzo de 1523, el doctor *Juan Eck*, uno de los más resueltos defensores de la tendencia rigurosamente católica en Alemania. Negocios político-eclesiásticos de los duques de Baviera, que fueron felizmente despachados por la buena acogida de Adriano VI (6), habían sido la causa del viaje;

(1) «El papa se excusa non haver el modo de posserli far le spese. A. Germanello en 11 de Abril de 1523. *Archivio Gonzaga de Mantua*. Cf. las *relaciones de L. Cati de 14 de Abril (si fuese posible, el Papa despediría á los secretarios españoles) y 29 de Mayo de 1523. En la última se lee: «La S^a di N. S. licentia molti de la sua famiglia che ritornano in Spagna, et a questo proposito già disse a me, che volea parco vivere. Et fra gli altri licentia certi giovanotti soi ragazzi gentilhuomini che havea menati di la. *Archivio público de Modena*. Tomóse esta última disposición, para poner fin á infamantes sospechas.

(2) Cf. en el apéndice n.º 83, la *carta de L. Cati de 21 de Marzo de 1523. *Archivio público de Modena*.

(3) *Pieza adjunta á la carta de L. Cati de 29 de Mayo de 1523. *Archivio público de Modena*.

(4) V. la *carta de G. de' Médici de 1 de Abril de 1523: «Il papa è andato questa mattina con poca compagnia alle VII chiese. *Archivio público de Florencia*. Cf. la *carta de A. Germanello de 2 de Abril de 1523, existente en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(5) Cf. Pericoli, L' osped. di S. Maria d. Consolaz. 73; Volpicella, Studi 213.

(6) El Papa aprobó, fuera de la tributación del clero de Baviera, hasta la quinta parte de sus rentas, la institución de una comisión de visita con pode-

pero por los intereses de sus Duques, no echó Eck en olvido el bien de la Cristiandad, y en sus conferencias con el Papa trató extensamente, así del asunto de la guerra contra los turcos, como de la reforma. Hanse conservado los apuntes de Eck sobre aquellas conferencias (1), los cuales aportan una contribución por extremo importante á la Historia de la reforma eclesiástica de aquella época.

Eck poseía un exacto conocimiento de la situación: así la rápida difusión de la herejía luterana, aun en el sud de Alemania, como los graves males en el orden eclesiástico, le eran conocidos muy por menor. Teniendo en cuenta la situación política de Europa, esperaba muy poco de un concilio general, en lo tocante á las herejías; y pensaba acertadamente, que tampoco se obtendría la victoria por una sencilla condenación de los errores. De acuerdo con los hombres más ilustrados de aquel tiempo, y principalmente con el Papa, requería en la misma Roma comprensivas reformas. Descubría sin misericordia los abusos allí existentes, especialmente en lo relativo á las indulgencias; declaraba urgentemente necesaria una substancial reducción de las diferentes clases de indulgencias, y deseaba se limitaran también las facultades de los confesores.

Eck traza una descripción tan interesante como repulsiva de los manejos empleados por los cazadores de prebendas, con sus innumerables astucias y artimañas. Muy atinadamente observa que, procediendo los tales de Roma, eran causa de dirigirse contra la Santa Sede el aborrecimiento que sobre sí atraían; era, por lo tanto, absolutamente necesario en este punto, un decisivo proceder por parte de Adriano VI; la acumulación de beneficios

res amplísimos, la separación de los agustinos de Baviera de la provincia de Sajonia, y los medios para levantar la facultad teológica en Ingolstadt; v. Eichstätt *Pastoralblatt* 1869, 176; Janssen-Pastor II^o, 361 Anm.; Höfler 324 s.; Sugenheim, *Volkszustände* 181 Anm.; Riezler IV, 95 s.

(1) Editados por Friedensburg en *Koldes Beitr. zur bayr. Kirchengesch.* II 159 s. 222 s.; cf. Dittrich en el *Hist. Jahrb.* V, 371 s., y los excelentes artículos de J. B. Götz, *Beratungen und Ratschläge des Dr. J. Eck in Rom anno 1523*, publicados en el suplemento científico del periódico *Germania* 1902, núms. 17-20, los que especialmente se han utilizado para lo que sigue. Por Marzo de 1523, estuvo también en Roma el obispo Juan de Meissen, quien presentó al Papa un memorandum sobre la propagación de la nueva doctrina y las dificultades de su diócesis (*Cod. Ottob.* 2366, f. 211 s. *Biblioteca Vaticana*); cf. Domarus en el *Hist. Jahrb.* XVI, 86 y Postina en la *Römischen Quartalschr.* XIII, 337 ss.

tenía por séquito innumerables abusos que penetraban hondamente en la vida eclesiástica. Eck recomienda ante todo la disminución de las pensiones y expectativas y la total supresión de las encomiendas é incorporaciones. Mas si podemos adherirnos incondicionalmente á las proposiciones hechas por Eck respecto de las indulgencias y los beneficios, no podemos aceptar del mismo modo todas sus explicaciones sobre la reforma de la Penitenciaría. La completa supresión de las tasas por las dispensas, va demasiado lejos; algunas cosas están exageradas para producir grande impresión; por el contrario, son muy oportunas las declaraciones sobre el abuso de la llamada excomunión menor, el modo laxo de conceder dispensas á los religiosos en lo tocante á sus votos y hábito, y la demasiado acelerada absolución por parte de los confesores de San Pedro. La reforma de los empleados de la Penitenciaría y de todo el sistema de tasas, se imponía ciertamente por necesidad.

Hizo asimismo Eck detenidas proposiciones para la reforma del clero alemán, á la cual deseaba se pusieran por base las disposiciones, desgraciadamente no ejecutadas, del último concilio lateranense. Respecto de la conducta de los obispos, prelados y clérigos inferiores; de la predicación, de la administración diocesana y del excesivo número de días festivos, se dan allí consejos que descienden hasta las cosas más particulares. Para la realización de sus proyectos, tocantes á la reforma de la Curia, todo lo espera Eck del Papa alemán, al cual aconseja también, que trate de la convocación de un Concilio. Además, recomienda Eck que se expida una nueva bula contra Lutero y sus principales partidarios, se suprima la Universidad de Wittenberg, se envíen particulares visitadores á cada una de las provincias eclesiásticas, los cuales deben estar provistos de la autoridad del Papa y del soberano temporal respectivo; y finalmente, que se resucite la antigua y eficaz institución de los sínodos diocesanos y provinciales sobre cuya convocación y deliberaciones hace muy extensas indicaciones; por medio de estos sínodos, debe organizarse y llevarse adelante sistemáticamente la lucha contra las heréticas novedades.

Acerca de la disposición que mostró Adriano VI en particular, respecto de este amplio programa de reforma, tenemos, desgraciadamente, tan pocas noticias auténticas, como sobre el

curso de las particulares deliberaciones acerca de la cuestión de las indulgencias (1). Sólo es cierto que, por más que la capitulación de elección ofrecía un punto de apoyo para proceder cabalmente en esta materia, las dificultades eran, sin embargo, tan grandes, que no se osó dar un paso decisivo. No queriendo Adriano prevenir en esta parte la resolución del Concilio que tenía en proyecto, se limitó á proceder en la práctica con suma parsimonia en la concesión de indulgencias (2).

Con no menores dificultades tropezó Adriano VI cuando quiso poner mano en la reforma de la Dataría. Desde luego se mostró que, en algunas dispensas, no se podía prescindir de los usuales honorarios, sin debilitar al propio tiempo la rigurosa observancia de la disciplina; además, tampoco del pago de derechos por el despacho de bulas y concesión de gracias podía dispensarse en tiempos tan calamitosos, sin grandes perjuicios para el Tesoro pontificio, ya de suyo totalmente exhausto; pues, aun prescindiendo de esta disminución de ingresos, se hubiera tenido que sufrir también la grave carga de la indemnización de los empleados. De esta suerte, se vió Adriano VI forzado á dejar también aquí provisionalmente las cosas en su antiguo estado, bien que velando severamente para limitar todo lo posible la concesión de gracias por medio de la Dataría (3).

(1) Pallavicini II, 4 s., ha refutado tan en particular y con tanto acierto la narración de Sarpi (edición de Ginebra, 1660, 21 s.), que Maurenbrecher (Kathol. Ref. 401) declara también ser esta relación una «pura invención del autor, enemigo del Papa». Para toda la controversia, cf. también las explicaciones de Brischar Beurteilung I, 56 s. inadvertidas para Maurenbrecher, y Wensing 203.

(2) Es inexacta la afirmación de Schulte I, 233, que Adriano no publicó ninguna indulgencia; cf. Sanuto XXXIX, 123, 138 y Pericoli, L'osped. di S. Maria d. Consolaz. 119. También Pallavicini II, 6, dice solamente: fu parchissimo nell'indulgenze.

(3) V. Pallavicini II, 6, quien aquí admite la narración de Sarpi; cf. Maurenbrecher, Kathol. Ref. 401, quien ciertamente se equivoca, al decir que Pallavicini cita aquí papeles perteneciente á Chieregati; porque la cita de que se trata sólo se refiere á las vicisitudes de Chieregati. Las particularidades de la relación son muy sospechosas, pues repetidas veces este autor ha fingido y dicho cosas falsas en sus obras (v. Ehses en el Histor. Jahrb. XXVI, 299 s.; XXVII, 67 s.) y ha entreverado lo verdadero con lo falso (v. Histor. Zeitchr. XCVII, 212). Especialmente la afirmación de Sarpi, de que la oposición á los planes de reforma de Adriano procedió de Pucci y Soderini, no halla confirmación en otra parte alguna; lo que sí refiere un testigo clásico, Egidio Canisio, es lo siguiente: Reformationi Anconitanus (Accolti) restitit. Este testimonio, que hace ya mucho tiempo se halla impreso en Höfler, Analekten 52, se le ha pasado también inadvertido á Maurenbrecher.

Todavía fué más perjudicial que las dificultades mencionadas, para la causa de la reforma, el creciente peligro de los turcos, que reclamó cada día más la atención del Papa. «Si Adriano, á consecuencia de la pérdida de Rodas, no se viera ocupado por mayores atenciones, veríamos lindas cosas», se decía en una relación de un veneciano, poco aficionado á la reforma (1).

La excitación se acrecentó en la Curia, cuando Adriano sustrajo una parte de sus emolumentos á los caballeros de San Pedro, á los inspectores de los cereales y á otros que habían comprado sus empleos en tiempos de León X. El Papa se excusó de esta dura medida, alegando que, para satisfacer á todos, se veía necesitado á imponer á todos algún sacrificio (2); pero entonces se dirigieron públicamente y con más fuerza que nunca, contra el Papa, los reproches de mezquinidad y codicia, y ya se vaticinaba la completa ruina de la Ciudad (3). A 25 de Febrero de 1523, un curial que veía su existencia amenazada por las disposiciones de Adriano, quiso darle de puñaladas; pero la vigilancia del cardenal Campegio frustró aquella tentativa de un hombre enteramente loco (4).

El Papa no se dejó arredrar por tales peligros, como tampoco por las conmovedoras lamentaciones que por todas partes resonaban en torno de él. Donde quiera le fué posible, se opuso á la acumulacion de beneficios, prohibió toda especie de simonía, y veló solícitamente por la elección de personas dignas para los cargos eclesiásticos, tomando las más exactas informaciones sobre la edad, costumbres é instrucción de los candidatos, y peleando con inexorable rigor contra los defectos morales. Nunca mostró acepción de personas; y los más influyentes cardenales, cuando se hicieron reos de alguna culpa, sufrieron el mismo tratamiento que los inferiores empleados de la Curia (5).

A principios de Febrero de 1523, se lamentaban 13 cardenales de la poca importancia que concedía Adriano al Sacro

(1) Sanuto XXXIII, 620.

(2) Jovius, Vita Adriani VI, Höfler 382 s.

(3) Cf. las *cartas de G. de' Medici, fechadas en Roma á 11 y 14 de Febrero de 1523, existentes en el *Archivio público de Florencia*.

(4) Negri en Lett. d. princ. I, 111-112. Jovius, Vita Adriani VI. Deutsche Städtechroniken XXV, 189.

(5) Cf. Ortiz en Burmann 225; Giovio, Lettere ed. Luzio 28; Sanuto XXXIII, 592; XXXIV, 30, 93; Höfler 225.

Colegio, limitando los privilegios del mismo, y tratando todas las cosas sólo con sus hombres de confianza Teodoli, Ghinucci y Enkevoirt; á lo cual contestó el Papa: Que estaba lejos de él cualquiera menosprecio de la dignidad de los cardenales y de sus derechos; que el haber puesto su confianza en otras personas tenía por fundamento, no haber estado nunca antes en Roma, y no haber tenido ocasión de conocer á los cardenales durante el tiempo de la peste (1).

La principal acusación en que insisten los diplomáticos en sus escritos, se dirige contra la economía del Papa, y contra el modo excesivamente lento con que procedía en todos los negocios. Respecto del primer punto, eran las quejas injustas; pero no lo eran tanto en lo relativo al segundo; y aun cuando puede haber también aquí exageraciones, nacidas de la muchedumbre de los descontentos, no cabe duda que los negocios sufrieron desagradables dilaciones. Los empleados de León X, expertos en la composición de instrumentos, parte habían muerto y parte abandonado á Roma; y como Adriano no cuidara de substituirlos en seguida convenientemente, muchas veces se difirió de una manera intolerable el despacho de los documentos. A esto se añadió, tratarse muchas veces los negocios con muy poco acierto; y se refiere expresamente, que los empleados dispuestos por el Papa, no sólo eran pocos en número, sino, en su mayor parte, tan poco hábiles en los negocios, como cachazudos por su misma índole (2); á lo cual se agregaba, que hombres poseedores de puestos importantes, como Jerónimo Ghinucci, que ejercía el cargo de Auditor de la Cámara, diferían los negocios por exagerada estrechez de conciencia (3). También el Datario Enkevoirt era muy lento, y

(1) *S. S.^m rispose, se il s. collegio si tenea offeso dello honore o comodo fussino certi non era di sua volontà, e dello haver facto electione di quelle persone, con le quali si confidava, questo l'haveva facto per non essere stato in corte e non conoscer lor S. R.^{ma}. Carta de G. de' Médici, fechada en Roma á 3 de Febrero de 1523 (*Archivo público de Florencia*); cf. además en el apéndice n.º 79, la *carta de A. Germanello de 9 de Febrero de 1523. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) V. en el apéndice n.º 81 la *carta de Balbi de 23 de Febrero de 1523. (*Archivo público de Viena*); cf. Ortiz en Burmann 197 y la *carta de A. Germanello de 9 de Febrero de 1523, existente en el *Archivo Gonzaga de Mantua* (v. apéndice, n.º 79). Entre los que permanecieron en el servicio en tiempo de Adriano VI, aparece Evangelista (Tarrascone) en *Reg. brev. Lat. 8 (1521-1523) del *Archivo secreto pontificio*.

(3) Alberghati en Höffler, 220.

los cardenales tenían que esperar muchas veces, para despachar con él, dos y tres horas, y ni aun así estaban ciertos de poder alcanzarlo (1).

La grande aversión de Adriano contra la abigarrada caterva de los empleados de su predecesor, se fundaba en parte indudablemente, en la disoluta manera de vida que muchos de ellos llevaban; y el que se excluyeran de la Curia tales elementos, no puede menos de merecer aprobación. Pero al contrario, fué una equivocación lamentable, el que Adriano permitiera tranquilamente se alejase de Roma un varón tan excelente, entusiasta de la reforma y presto á servirle (2), como Sadoletto. «Toda Roma, escribía Jerónimo Negri, en Marzo de 1523, se ha maravillado de esto; pero yo no me maravillo, porque Su Santidad no conoce á Sadoletto.» En esta ocasión repite Negri la frase entonces frecuentemente usada: «Roma, ya no es Roma.» «Después de haber escapado de una peste, añade amargamente, hemos caído en otra todavía peor. Este Papa á nadie conoce; no se oye una palabra sobre concesiones de gracias; todo el mundo está desesperado.» Sería preciso todavía volver á huir á Aviñón ó al más remoto Océano, donde estaba la patria de Adriano; si Dios no venía en su auxilio, se avecinaba el fin de una monarquía eclesiástica, aun sin esto por extremo amenazada (3).

En otra carta posterior, Negri, lo mismo que hizo Berni, modificaba su opinión, al principio totalmente desfavorable. Considerando las extraordinarias dificultades que oponía el Papa á la concesión de gracias, juzga que esta reserva procedía de su falta de conocimiento de las cosas de Roma, y de poca confianza en los que le rodeaban; pero también de su gran delicadeza de conciencia y de su temor de incurrir en pecado; mas las pocas concesiones que el Papa otorgaba, eran sumamente justas, y no procedía de él cosa alguna contraria al buen orden. Es verdad que esto no agradaba á la mal avezada corte; por lo cual podía aplicarse á Adriano VI la frase de Cicerón acerca de Catón: que

(1) *Literae de Roma de 10 de Octubre de 1522, que se hallan en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Lancellotti I, 383.

(3) Lett. d. princ. I, 113; cf. Tiraboschi VII, 1, 16 s.; Joly 121 s. Por Enero de 1523 se había dicho, que el Papa nombraría otra vez secretario á Sadoletto. *Carta de A. Germanello de 5 de Enero de 1523 existente en el *Archivio Gonzaga de Mantua*.

procedía como si viviera en una República platónica y no entre las heces de Rómulo (1).

Esta expresión señala acertadamente una indudable debilidad de Adriano; el cual siendo de índole sumamente idealista, juzgaba con demasiada frecuencia á los demás conforme á lo que veía en sí (2); por lo cual, de una parte se mostraba muy exigente con ellos, y por otra atribuía, aun á las personas indignas, los mejores designios. Los muchos desengaños que hubo de sufrir en este concepto, le hicieron luego excesivamente desconfiado, poco amigable y hasta duro, donde no había absolutamente ninguna razón para ello. La mayoría del Colegio cardenalicio estaba muy aseglarada, y en general era justo usar de severidad; pero sin embargo, Adriano no distinguió bastante entre los elementos buenos, los malos y los peores (3). No trató confiadamente con ninguno de los cardenales, y ni siquiera Schinner, Campegio y Egidio Canisio, que, en lo tocante á la cuestión de la reforma, eran enteramente de su modo de sentir, tuvieron con él verdadera intimididad. Cuán innecesaria aspereza manifestara el Papa, lo muestra un caso acaecido al principio de su pontificado, del cual nos da noticia el embajador veneciano: Celebrábase con gran ceremonial la entrega del tributo de Nápoles, y el cardenal Schinner se permitió llamar la atención del Papa hacia aquel espectáculo. Adriano no contestó por de pronto cosa alguna; mas como el cardenal volviese á instarle á que se asomase á la ventana, Adriano le dió á entender con palabras muy secas que no le molestara (4). Cuando así era tratado un compatriota y partícipe de sus propios sentimientos, es fácil imaginar lo que sucedería con los aseglarados italianos.

No obstante, con el tiempo parece haber entendido Adriano

(1) Lett. d. princ. I, 114. El 8 de Julio de 1523 escribía lo siguiente á Bolo-
nia V. Albergati, quien más tarde opinaba muy de otra manera. *Il modo di
questa corte al presente è d'andar molto in lungo ne le expeditioni, ma al fine
le cose pigliano poi tal verso che facilmente si conosce questo tardare proce-
dere da summa prudentia di N. S., più che da nessun altra causa. *Archivo pú-
blico de Bolonia*.

(2) Esto lo hace resaltar Bosch, 63, con mucha verdad.

(3) Cf. Schulte I, 230.

(4) Sanuto XXXIII, 449, Campegio fué nombrado protector de Inglaterra
en Roma. Enrique VIII agradeció esto al Papa entre grandes elogios tribu-
tados á Campegio, en una *carta de 22 de Febrero de 1523. *Archivo del cas-
tillo de Sant' Angelo*, Arm. IV, c. 2.

que debía ponerse en contacto con los italianos que participaban de sus sentimientos, si quería llevar á buen término sus cada día más amplios proyectos de reforma (1). Para este efecto llamó á Roma á Juan Pedro Caraffa y á su amigo Tomás Gazzella, con el declarado intento de dar apoyo al negocio de la reforma; y á ambos les señaló habitación en el Vaticano (2). Por desgracia no podemos fijar exactamente, ni el tiempo en que tuvo lugar este importante llamamiento, ni los pormenores acerca de la actividad de los mencionados; sólo se puede colegir de lo que dice Giovio, que fueron llamados hacia fines del pontificado, precisamente cuando Adriano meditaba nuevos planes más extensos para reforma de la corrompida Roma: especialmente contra los blasfemos, escarnecedores de la religión, simoníacos, usureros y cristianos nuevos españoles (marranos), y contra los que seducían á la juventud, se había de proceder con los más enérgicos castigos (3).

Es indudable que el haber llamado á un varón tan severo é inflexible como era Caraffa, sólo podía servir para aumentar la poca afición que hacia Adriano se sentía en Roma (4), y el descontento general se explayaba en las más mordaces sátiras é invectivas. Qué insultos, y cuán infames, y al propio tiempo absurdas inculpaciones, se permitieran los descontentos, lo muestra el famoso «Capítulo contra el Papa Adriano» de Francisco Berni, escrito en el Otoño de 1522 (5); el cual reúne en sí todo el desprecio y

(1) Por Mayo de 1523 se decía, que quería destituir á todos los legados. Sanuto XXXIV, 194-195.

(2) Las noticias sobre el llamamiento de los dos citados en el texto, que se hallan en Jovius, *Vita Adriani VI*; Egidio Canisio (Abband. der Münchener Akad. IV, Abt. B. 52) y en la Ist. di Chiusi (Tartinius I, 1024) son por desgracia muy breves. Tampoco Caracciolo, **Vita di Paolo IV*, *Biblioteca Casanatense de Roma* I, c. 10 y Bromato I, 87 s. pudieron aducir más pormenores. El mismo Reumont III, 2, 153; Gregorovius VIII*, 396 y Schulte I, 232 indican, que Adriano VI llamó también á Roma á Gaetano di Tiene, lo cual descansa en un fatal trastrueque de Gazzella con Gaetano, que ya habían rebatido Pallavicini II, 4 y Jensen, Caraffa 41. Con los intentos de reforma de Adriano VI tiene también conexión el llamamiento á Roma de Pighius (Burmman 138) y Nicolás de Schönberg; v. *Tizlo, *Hist. Senen.*, loc. cit. *Biblioteca Chigi de Roma*.

(3) Jovius, *Vita Adriani VI*; cf. Höfler 534. Hacia la comunidad de los judíos de Roma mostró Adriano sentimientos benignos; v. Vogelstein II 37 s.

(4) Hasta se dijo que sería cardenal; v. Albèri, 2 serie, III, 378.

(5) Berni, *Rime* ed. Virgili 30-38. Sobre el tiempo de su composición (29 de Agosto hasta 20 de Diciembre de 1522) v. Virgili, Berni 62 s.

toda la rabia que habían excitado entre los cortesanos de León X, el severo y virtuoso Papa, sus designios de reforma, sus costumbres exóticas y los extranjeros que le rodeaban. Aquel príncipe de los poetas burlescos, dotado de innegable talento, forjó allí una sátira digna de ponerse en el número de las más atrevidas que conoció la literatura italiana de aquella época (1). Es una obra maestra llena de mentiras picantes y de odio contra el extranjero, contra el reformador, contra el bárbaro en materia de arte; pero el odio está sobrepujado todavía por el menosprecio, de que se hace estudiado alarde, hacia el «ridículo bárbaro germánico holandés».

Frente á esta mofa, que aniquilaba poniendo en ridículo, era el Papa impotente; y aun cuando prohibió la solemnidad de Pasquino en la fiesta de San Marcos de 1523, y amenazó á los autores de pasquines con las más severas penas (2), nada aprovechó; pues la sátira, semejante á la hidra de Lerna, renacía con innumerables cabezas. Se continuó tomando al Papa solamente por el lado burlesco, y se refería que Adriano, sólo había desistido de arrojar al Tíber la estatua de Pasquino, porque se le había hecho observar, que haría como las ranas, y gritaría en el agua todavía más que hasta entonces (3).

Hasta qué punto fuera hostil en Roma la opinión pública al Papa extranjero, se saca de casi todas las relaciones contemporáneas; y aun aquellos mismos que reconocían las buenas y nobles cualidades de Adriano, opinaban que era demasiado amigo del Emperador, demasiado avaro y desconocedor del

(1) Además de Virgili, Berni 68 s., cf. Flaminio 209 s. y Studi dedic. a d'Ancona (1900) 190. El mismo Berna advirtió más tarde, que había hecho injuria al Papa; v. Virgili 278.

(2) Lett. d. princip. I, 114* s. Sanuto XXXIV, 194. Acerca del carnaval refiere A. Germanello en 19 de Febrero de 1523: «Son state fatte mascare in Roma solum li ultimi tre di de carnevale, ma macramente, et non è stata facta altera festa. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Sanuto XXXIV, 194. Jovius, Vita Adriani VI. Burckhardt, Kultur I^a, 175 s. Bertani 30 s. Desistió de publicar la sátira «Confessione di M. Pasquino a fra Mariano martire et confessore, que se halla en el «Cod. Ottob. 2812, f. 16^a s. (*Biblioteca Vaticana*), pues Gnoli (Nuova Antologia LI. [1894] 88 s., 530 s.), tiene intento de preparar una edición de ella. Sobre el folleto «Ein clegichs Gesprech... wider den frommen Papst Adrianum» compuesto sin duda por un cortesano alemán, v. Crisstoffels 79 y 102. Este folleto se publicó también en francés: Dialogue et un merveilleux parlement fait par ung abbé, ung cortisan et ung diable. S. I. et a.

mundo. Es significativo, en este concepto, un escrito del agente mantuano Gabbioneta, de 28 de Julio de 1523, el cual, formando excepción entre las relaciones de los italianos, hace por lo demás justicia, hasta cierto punto, á las buenas cualidades de Adriano VI. Gabbioneta describe la majestad del Papa: «Su rostro respira bondad y mansedumbre, y produce toda la impresión de un hombre religioso.» Gabbioneta lamenta con dolorosas quejas, la mudanza que se ha realizado en la corte, tan llena de vida y alegría en tiempo de León X. «Roma está totalmente cambiada; el esplendor del Vaticano ha desaparecido; allí donde en otro tiempo reinaba la más viva animación, no se ve ahora entrar y salir á casi nadie» (1).

También otros testimonios afirman, que el palacio pontificio había quedado desierto; y esta soledad no se había ido produciendo sino gradualmente. Durante meses enteros había sido el peligro de la peste el que obligó á Adriano á encerrarse en su palacio, aislándose enteramente de la Ciudad; pero habiendo sido siempre grande amigo de la soledad, agradó tanto al severo Papa aquella forma de vida «claustral», que aun después procuró conservarla todo lo posible. Los que le rodeaban le confirmaban en este propósito, pues hallaban favorable para sus intereses que Adriano viese, fuera de ellos, al menor número posible de otras personas (2). A esto se agregó haber el angustiado Papa temido desde el principio que se pusieran á su vida asechanzas por medio del veneno (3); en Enero de 1523 se llegó hasta á creer haber descubierto una verdadera conjuración para asesinarle (4).

(1) V. el texto de esta carta característica (*Archivo Gonzaga de Mantua*) en el apéndice, n.º 91.

(2) Ortiz, en Burmann, 207. Enkevoirt dificultaba cuanto era posible la aproximación al Papa, como lo refiere G. M. della Porta ya en 26 de Septiembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. Lanz I, 64 y en el apéndice n.º 72, la *carta de G. M. della Porta de 2 de Septiembre de 1522. *Archivo público de Florencia*.

(4) Lope Hurtado de Mendoza dió cuenta de esto al emperador en una *carta, fechada en Roma en Febrero (falta el día) de 1523: «El Papa fue avisado del gobernador que tiene en la Marca como venian aqui ciertos criados del duque de Camariño á darle ponchoña y con este aviso hizo prender algunos. El que la traía huyó. Los otros han confesado; aunque creo que no se averigua bien la verdad, ha sido obra del duque y non se dice la causa, hase hecho secreto lo mas que han podido. Son X los presos, estan en Santangeli. (*Biblioteca de la Acad. de la Historia de Madrid*, Colec. Salazar A. 27, f. 124). Cf. también Ortiz en Burmann 218 s., y en el apéndice n.º 78 la *carta de J. Cortese de 12 de Enero de 1523 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). A pesar del proceso que

Tales acaecimientos no hicieron sino aumentar la gran desconfianza que abrigaba Adriano VI desde el principio, contra los más de los italianos (1); por lo cual continuó sirviéndose principalmente de sus compatriotas, á los cuales pensaba conocer suficientemente.

Con la queja acerca de mostrarse el Papa poco accesible, se juntaba la otra de que ponía demasiada confianza en los que le rodeaban; y cuando hasta un partidario tan entusiasta del Papa flamenco como Ortiz, le acusa de ello, es de creer que tal reproche sería justificado. Mas, en parte, las personas que más de cerca rodeaban al Papa no merecían, sin embargo, la confianza que Adriano VI les dispensaba. De las relaciones del embajador imperial Sessa, se colige con harta claridad, que muchos de los que pertenecían al número de los más próximos servidores del Papa, eran muy accesibles al soborno, lo cual se asegura principalmente del secretario Zisterer, el cual era alemán. Las demás cosas que el mencionado embajador refiere, acerca de las personas de la confianza del Papa, principalmente sobre la adhesión de Enkevoirt á los cardenales Monte y Soderini (2), no se hallan confirmadas por otros. Es indudable que Enkevoirt siguió ejerciendo sobre el Papa el mayor influjo (3), y que no faltaron desde el principio, entre él y Rufo Teodoli (4), diferencias, cuyo efecto fué perder éste durante algún tiempo su lugar en la confianza

se instruyó contra Giov. Maria Varano, duque de Camerino, adicto á los franceses, no se pudo obtener ningún punto de apoyo, y Clemente VII absolvió al mismo de la sospecha de ser cómplice en este atentado, como también de la del homicidio de Segismundo Varano; v. Balan, *Storia* VI, 67; Hefele-Hergenröther IX, 326; Staffetti, *Cybo* 37. En ningún documento auténtico se halla nada con que afirmar que este negocio estaba en relación con las intrigas de Soderini, como Höfler 486 conjetura.

(1) Cf. Corp. dipl. Port. II, 93 y la *relación de Lope Hurtado de' Mendoza, citada en la nota anterior.

(2) Cf. Bergenroth II, n. 490, 496, 502, 540, 544.

(3) Cf. Bergenroth II, n. 502; Corp. dipl. Port. II, 93, 132 s. *Carta de Balbi á Salamanca de 12 de Abril de 1523. *Archivo público de Viena*.

(4) G. M. della Porta, en 24 de Septiembre de 1522, da cuenta al duque de Urbino de una conversación que tuvo con Rufo Teodoli sobre la mala satisfatione che tutta la corte riceve di questo sì confuso et longo negotiar di S. S^{ma}. Rufo Teodoli pintó, como Enkevoirt se apodera de todo et ha ottenuto di sostituir dui in loco suo da datare le supplicationi, cosa che mai più non fu concessa a persona del mondo se non in caso de infirmità, et stimase che fra poco spatio di tempo si habbiano di scoprire mille falsità, et il povero papa non sa di che importanza sia il sostituir datario. *Archivo público de Florencia*.

del Papa (1). Pero como Rufo Teodoli era muy conocedor de los negocios, su falta se hizo grandemente sensible; y esto con tanto mayor razón, cuanto Adriano tuvo con frecuencia muy poco acierto en la elección de sus empleados. Blas Ortiz atribuye la demora de los negocios, universalmente vituperada, á la negligencia y pereza de los funcionarios; pues, por lo que toca al mismo Adriano, trabajaba más que ningún otro Papa. El que, á pesar de ésto, los negocios se despacharan con mucha lentitud, tenía, además, por motivo, la excesiva delicadeza de conciencia de Adriano, que muchas veces degeneraba en minuciosidad. El Papa quería despacharlo todo por sí mismo, principalmente en los negocios espirituales, sin hacer diferencia entre sí se trataba de cosas importantes ó de poca importancia. El celo del cumplimiento de su deber, con que se consagraba á los negocios, era tan grande, que la temprana muerte del Papa, ya anciano, se atribuye á esta desmedida tensión de su trabajo en un clima á que no estaba acostumbrado (2).

La brevedad del pontificado de Adriano, el cual no pasó de un año y ocho meses, fué en primera línea responsable de la escasez de resultados positivos en la causa de la reforma eclesiástica; y como apenas se puede tomar en cuenta el tiempo que el Papa se detuvo en España, ni tampoco los meses de la peste (3), su reinado fué de hecho todavía mucho más breve. Aun prescindiendo

(1) V. Jovius, *Vita Adriani VI*, quien, por desgracia, no indica el tiempo con más precisión. Por lo demás, la caída de Rufo Teodoli debió haber sucedido después de Marzo de 1523, pues entonces todavía se le designa como principal confidente del Papa, al lado de Eakevoirt y G. Ghinucci. Corp. dipl. Port. II, 132-133. Muy hacia el fin del gobierno de Adriano VI, recobró Rufo el favor del Papa; v. Ortiz en Burmann 217.

(2) Ortiz en Burmann 207; cf. Corp. dipl. Port. II, 93. El 3 de Septiembre de 1523, refieren los embajadores florentinos enviados para dar obediencia: «Le S. V. hanno a sapere che questo papa vuol vedere et intendere ongni cosa et non da auctorità a persona. *Archivio pubblico de Florencia*».

(3) Cf. arriba p. 70 ss. Por Febrero de 1523 presentóse de nuevo la peste, de modo que tuvieron que suspenderse las fiestas de carnaval (v. la *carta de V. Albergati de 14 de Febrero de 1523, que se halla en el *Archivio pubblico de Polonia*); cf. en el apéndice n.º 80, Acta consist. de 11 de Febrero (*Archivio consistorial del Vaticano*); Berni, Rime ed. Virgili 278; Mazzuchelli I, 1, 396; Corp. dipl. Port. II, 139, 143, 169, y el *diario de Cornelius de Fine (*Biblioteca national de París*). Por Mayo ocurrían aún algunos pocos casos de peste; v. la *carta de Girol. Staccoli de 17 de Mayo de 1523 (*Archivio pubblico de Florencia*). Hasta principios de Agosto de 1523, no se había extinguido la peste enteramente; v. la carta de Jovio en Braghirolli, Lett. inedit., Milano 1856, 25.

de su índole particular, y de su edad ya avanzada, no puede, por consiguiente, causar extrañeza que no echara hondas raíces en un suelo tan nuevo como difícil para él, al cual le había trasladado un cambio de fortuna que se debe calificar de casi maravilloso. Totalmente extranjero había llegado a Roma, y extranjero acabó en ella sus días. Para la realización de sus nobles designios y grandes planes, se vió, con todo, necesitado á apoyarse en los italianos, con los cuales no logró entablar cordiales relaciones. La circunstancia de no haber llegado siquiera á entender suficientemente el idioma de ellos, no sólo produjo grandes inconvenientes (1), sino hizo también imposible que se estableciese verdadera aproximación. El Papa flamenco, extranjero y rodeado de consejeros extranjeros, no podía entenderse con el mundo nuevo que encontraba en Roma (2). Cuando Adriano, conociendo el daño que de su aislamiento resultaba, procuró juntarse con los italianos partidarios de la reforma, y se esforzó por mejorar el curso, excesivamente lento, de los negocios (3), vióse acometido de la enfermedad que le acabó. Pero aun cuando hubiera reinado más largo tiempo, difícilmente hubiera podido desempeñar este Papa completamente su grande incumbencia; pues le faltaban los *instrumentos* apropiados para la realización de las medidas reformatorias. También, por otra parte, las dificultades que se hallaban en las mismas cosas eran tan enormes, los daños tan grandes y tan poderosa la fuerza de los abusos arraigados, que se hacían sentir doblemente en Roma, por su índole peculiar, eminentemente conservadora; y los intereses eran tan diversos (4) que no era posible, en un solo pontificado, realizar la gran mudanza urgentemente necesaria. Los pecados que se habían venido

(1) Eneas Pío refiere al duque de Ferrara, en 5 de Octubre de 1523: «La lettera di V. E. ho presentato a N. S^a, la quale ha molto gratiosamente acceptato e non la sapendo legere la dete a D. Jo. Vincler, ne lui anchor la sapea molto ben legere di modo che io fui lo interprete. *Archivio público de Módena*».

(2) Cf. Reumont en su crítica de Höffler, publicada en el *Allgem. Zeitung* 1880, Beil. Nr. 149. Como Adriano, opina Hefeke-Hergenhörther IX, 280, más se fiaba de los holandeses sinceros pero inexpertos, que de los italianos, padecía más daño muchas veces por la incapacidad de aquéllos, que el que le podía preparar la astucia de éstos.

(3) Cf. la «relación de Albercati de 6 de Septiembre de 1523, existente en el *Archivio público de Bolonia*».

(4) Puede verse un buen ejemplo de esto en Sanuto XXXIII, 540. Cf. Cantú, *Eretici* I, 359 s.

acumulando en muchas generaciones de hombres, no podían enmendarse sino por un muy largo y no interrumpido trabajo.

El mismo Adriano que, por especiales y graves respectos, se vió algunas veces necesitado á dispensarse á sí mismo del rigor de las leyes eclesiásticas (1), sintió muy dolorosamente, en horas de desolación, el convencimiento de que todos sus esfuerzos habían de quedar reducidos á reformas aisladas. «¡Cuánto importa, decía con frecuencia, en qué época tiene un hombre que ejercitar su actividad!» (2). Otra vez se lamentaba con su privado Heeze: «Dietrich, ¡cuánto mejor sería que viviéramos todavía pacíficamente en Lovaina!» (3)

Sólo la severa conciencia de sus deberes, que había sido siempre peculiar de Adriano, le mantuvo en estas horas de desaliento. Estaba hondamente persuadido de que la Providencia le había llamado contra su voluntad al más difícil puesto que había en la tierra; por tanto, perseveraba inflexible en él, y se consagró á todas las obligaciones de su cargo sin atender á la flaqueza de su salud (4), hasta que descendieron sobre él las sombras de la muerte.

Quien juzgare sólo por el éxito, nunca hará bastante justicia á Adriano; pues su importancia no se cifra en lo que consiguió, sino en lo que se esforzó por conseguir. En este concepto consiste su mérito inmortal, no sólo en haber descubierto animosamente los daños de la Iglesia, y mostrado una voluntad leal de remediarlos; sino en haber señalado también con claro conocimiento los verdaderos medios para ello, y haber comenzado la reforma por arriba y con decidida resolución (5).

Con la radical reforma de la Curia romana, emprendida por Adriano VI, no quería solamente este noble Papa poner fin al estado de cosas que le producía tan viva repugnancia; sino esperaba también, por este medio, quitar el pretexto para su apos-

(1) Cf. Moring-Burmann 73; H88er 443.

(2) Cf. más abajo el capítulo III.

(3) Esta expresión, que trae Jovius (*Vita Adriani VI*) en forma algo variada, se halla así transmitida por G. M. della Porta en la carta de 23 de Septiembre de 1522, puesta en el apéndice, n.º 75. *Archivo público de Florencia*.

(4) El mismo Sessa enemigo de Adriano VI estaba espantado, de cuánto había padecido la salud del Papa bajo el peso de las obligaciones de su cargo; v. la relación de 22 de Noviembre de 1522 en Bergonroth II, n. 502.

(5) V. Reumont, loc. cit.

tasía de Roma, á los países del otro lado de los Alpes. Pero, como la reforma de la Curia no se podía realizar, sin embargo, tan rápidamente, no le quedó al Papa otro remedio sino apelar, hasta cierto punto, á la magnanimidad de sus adversarios (1). En esto estriba la importancia de la misión de Francisco Chieregati á la Dieta convocada en Nuremberg para 1 de Septiembre de 1522.

Chieregati, natural de Vicenza, elegido por el Papa para la difícil misión de Alemania, donde en seguida se habían puesto las mayores esperanzas en la elevación de Adriano á la Sede Apostólica (2), no era en manera alguna novicio en la diplomacia pontificia: ya en tiempo de León X había sido Nuncio en Inglaterra, en España y Portugal; y en Zaragoza y Barcelona había tenido Adriano VI, que era entonces Gobernador de Carlos V, ocasión de conocer la erudición y gravedad de costumbres de aquel diplomático. Luego que fué Papa, uno de los primeros actos de gobierno que ejecutó en Roma, consistió en otorgar á aquel probado y grave varón el obispado de Teramo, en los Abruzzos (3); y casi al propio tiempo, tuvo lugar su nombramiento para Nuncio en Alemania (4).

Chieregati debió emprender en seguida su misión, difícil y llena de responsabilidad, dirigiéndose á Alemania, que en tan grande efervescencia se hallaba; pues ya á 26 de Septiembre de 1522, hizo su entrada, con pequeña comitiva, en la ciudad de Nuremberg, y dos días después, fué recibido por primera vez en audiencia por el Archiduque Fernando. En ella solicitó, que se procediera contra la herejía luterana, y acentuó los serios desig-nios que abrigaba el Papa, de promover la guerra contra los

(1) H88er 242.

(2) Cf. Hochstratani Ad s. d. n. pontificem modernum cuius nomen pontifi-cale nondum innouit.. Colloquia, pars prima [Coloniae] 1522, f. 2. Cf. Paulus, Dominikaner 103 s.

(3) Sobre F. Chieregati cf. Barbarano, Hist. eccles. di Vicenza IV, Vicen-za 1760; Portioli, Quattro documenti d'Inghilterra, Mantova 1868; Morsolin, Fr. Chiericati. Vicenza 1873. Cf. también Burckhardt I', 329; Gachard, Bibl. nat. II, 64 y Giorn. de lett. Ital. XXXVII, 240 s., como también Cod. Barb. lat. 4907 de la Biblioteca Vaticana.

(4) Stefano Saffa participa desde Roma, el 12 de Septiembre de 1522, que Chieregati in penultimo concistorio recibió el obispado de Teramo y fué nombrado nuncio de Alemania. Saffa le llama *homo noto al papa per atto a nego-tiare (Archivo público de Módena). Según las *Acta consist. I, f. 186 (Archivo consistorial), el consistorio se celebró el 7 de Septiembre de 1522.

turcos y remediar el mal estado de las cosas eclesiásticas; y al propio tiempo, declaró el Legado, en nombre de Adriano, que las annatas y los derechos del palio no se deberían ya en adelante enviar á Roma, sino se retendrían en Alemania y se emplearían exclusivamente para hacer la guerra á los turcos (1).

Habiéndose, finalmente, abierto la Dieta á 17 de Noviembre, el 19 de dicho mes se presentó Chieregati por primera vez á los Estados, y los requirió con enérgicas frases á prestar auxilio á los oprimidos húngaros. Por prudente manera evitó debilitar la eficacia de sus palabras entrando de propósito en las cuestiones religiosas; y hasta 10 de Diciembre, cuando por segunda vez habló del negocio de los turcos, no consideró llegado el momento oportuno para exponer su comisión relativa á los asuntos eclesiásticos, no haciendo sin embargo referencia á ellos por de pronto sino con mucha cautela. Había recibido del Papa el encargo de llamar la atención de los Estados del Imperio sobre las erróneas doctrinas esparcidas por Lutero, en Alemania, las cuales constituían un peligro todavía mayor que el de los turcos; y requerirlos á que pusieran en ejecución el edicto de Worms. Por lo demás, el Papa Adriano no negaba en manera alguna que existían en la Curia romana numerosos abusos, y estaba firmemente decidido á proceder contra ellos con toda resolución. Los Estados declararon que no podían pasar á deliberar y formular conclusiones acerca de estas proposiciones del Papa, mientras no les fueran entregadas por escrito, y se puso de manifiesto que tenían poca propensión á ocuparse en aquellos espinosos negocios. Sólo después que, á 23 de Diciembre, hubo llegado Joaquín de Brandeburgo, el cual ya en la Dieta de Worms había defendido con energía la causa católica, parece haberse entrado resueltamente en las cuestiones religiosas (2).

A 3 de Enero de 1523, leyó Chieregati, en presencia de los Estados y del Gobierno imperial, varios documentos que se le habían enviado de Roma, en los cuales se expresaban con toda claridad los designios y encargos del Papa. El primero era un breve con fecha de 25 de Noviembre de 1522, á los Estados reunidos

(1) Cf. las relaciones de Planitz, editadas por Wulcker y Virck, 201 s.; Redlich, 21 s., y Reichstagsakten, III, 384.

(2) V. Reichstagsakten, III, 321 s., 385, 387 s., 876 s.; Redlich, 42 s., 61 s.; Dittich en el Histor. Jahrb., X, 99 s.